SAN PEDRO CRISÓLOGO

Sermones de san Pedro Crisólogo

Sermones

SABBATISMUS

San Pedro Crisólogo (c. 380–c. 450)
Sermones · Sermones de san Pedro Crisólogo

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

Sermón I.

Sobre los dos hijos, el pródigo y el frugal, y primero sobre la partida del pródigo lejos de su padre

Hoy el Señor ha llamado ante nosotros a un padre con sus dos hijos y lo ha sacado al medio, para mostrar en una hermosa figura la inmensa prueba de su piedad, la cruel envidia de la nación judía, el regreso suplicante del pueblo cristiano. Cierto hombre tenía dos hijos, y el menor de ellos dice a su padre: Padre, dame la porción de la hacienda que me corresponde. Y repartió, dice, la hacienda entre ellos (Lc 15,11-12). Cuanto de piadoso el padre, tanto de impaciente el heredero: se cansa de que su padre viva; y como no puede quitarle al padre el tiempo, se esfuerza por llevarse la hacienda del padre. Mereció no tener la prerrogativa misma de hijo quien no quiso poseer junto con su padre lo que era de su padre. Pero preguntemos qué cosa arrastró al hijo a semejantes osadías, qué confianza lo levantó a una petición tan grande. ¿Qué cosa? Aquella, sin duda, por la que sabía que el Padre celestial no había de ser cerrado por fin alguno, ni encerrado por tiempo alguno, ni disuelto por potestad alguna de la muerte. Y por eso desea gozar de la libertad de vivir quien no había querido enriquecerse con los bienes de quien muere. En efecto, la largueza del

progenitor demostró que esa había sido la ofensa de esta petición. Y repartió, dice, la hacienda entre ellos. A petición de uno, repartió enseguida toda la hacienda a los dos, para que supieran los hijos que lo que antes retenía el padre no había sido por avaricia, sino por amor; que no lo había dado por previsión, no por mezquindad. El padre retenía la hacienda para guardarla a sus hijos, no para negársela; deseando que permaneciera para sus prendas, no que se perdiera. ¡Bienaventurados los hijos cuya hacienda entera está en la caridad del padre! ¡Bienaventurados aquellos cuya posesión permanece entera en el homenaje al padre, en la honra del padre! Por lo demás, los bienes rompen la unidad, separan la fraternidad, dispersan el parentesco, pierden y violan la caridad de los padres, como se ve claro por lo que sigue: Padre, dame la porción de la hacienda que me corresponde. Y repartió, dice, la hacienda entre ellos.

Y no muchos días después, habiéndolo reunido todo, el hijo menor partió lejos a una región remota, y allí disipó su hacienda viviendo disolutamente (Lc 15,13). Y después de haberlo consumido todo, sobrevino un hambre terrible en aquella región, y él comenzó a pasar necesidad; y fue y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella región, y este lo envió a su granja a apacentar cerdos (Lc 15,14-15). Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los cerdos, y nadie le daba (Lc 15,16). He aquí lo que hace la codicia precipitada tras el caudal. He aquí cómo el caudal, sin el padre, desnudó al hijo, no lo enriqueció;

el caudal arrancó al hijo del regazo del padre, lo echó de la casa, lo sacó de la patria, lo despojó de la fama, lo desvistió de la castidad. Lo que había de vida, de costumbres, de piedad, de libertad, de gloria, nada dejó. En efecto, cambió al ciudadano en extranjero, al hijo en jornalero, al acaudalado en indigente, al libre en siervo; unió a los cerdos al que había apartado de un padre piadosísimo, para que sirviera a un ganado cenagoso quien había despreciado obedecer a la santa piedad.

Habiéndolo reunido todo, dice, el menor. Menor, sin duda, no por la edad, sino por el juicio; que reunió los bienes del padre y se fue lejos, mucho más con la mente que con el lugar, para venderse miserablemente a la servidumbre, dando el precio, no recibiéndolo. Así llega a semejante contrato el mercader que no sabe pagar la deuda debida a sus padres, que no sabe devolver correspondencia a quien lo engendró. Junto al padre hay una condición dulce, una servidumbre libre, una custodia sin trabas, un temor alegre, un castigo suave, una pobreza rica, una posesión segura. Porque el trabajo mira al padre, el fruto rebosa sobre los hijos.

Disipó, dice, su hacienda. Lo que se había ordenado bajo el gobierno del padre se disipa cuando el hijo derrocha, para que, aunque sea tarde, comprenda que el padre había sido el guardián de la hacienda, no quien la incubaba. Viviendo disolutamente. Mortal es esa vida, porque muere para las virtudes: quien vive para los vicios queda sepultado para la fama, perece para

la gloria; quien permanece para la torpeza crece para la infamia.

Y después de haberlo consumido todo, sobrevino un hambre terrible en aquella región. A la disolución, al vientre, a la gula se les pone como verdugo el hambre, para que la pena vengadora se ensañe allí donde había ardido la culpabilidad digna de pena. Sobrevino un hambre terrible. A tal fin tiende siempre la voracidad, a tal término llega el derroche del placer, que se ha de huir. Y él comenzó a pasar necesidad. La hacienda dada hace pasar necesidad al hijo, la hacienda que, negada, lo habría conservado rico: de modo que quien junto al padre había abundado sin tener, en sí mismo desfallecía teniendo.

Y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella región, y este lo envió a su granja a apacentar cerdos. Esto encuentra quien se niega a su padre, quien se confía a un extraño: que siente a un juez severo quien huye del más indulgente proveedor. Desertor del afecto, prófugo de la piedad, es destinado a los cerdos, es adjudicado a los cerdos, es entregado a la servidumbre de los cerdos, recorre los pastos fangosos de los cerdos, es pisoteado y ensuciado por las carreras de la piara inquieta, para que sienta qué miserable, qué amargo es haber perdido la dicha de la paz paterna.

Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los cerdos, y nadie le daba. ¡Qué cruel servicio, pues ni siquiera come con los cerdos quien vive para los cerdos! ¡Desdichado quien desfallece y tiene hambre del cebo de un ganado

inmundo! ¡Desdichado quien codicia esa clase de alimento inmundo, y no la obtiene!

Enseñados por esto, instruidos con tales cosas, permanezcamos en la casa del padre, perseveremos en el regazo de la madre, estrechémonos en los abrazos de los parientes, que las entrañas paternas nos estrechen, para que no nos arrastre a los males antedichos la lamentable libertad de la juventud. Que nos cerque la reverencia paterna, nos serene el afecto de la madre, seamos custodiados por los afectos de los parientes. Entre las luces de los allegados no pueden andar sueltos los delitos. Cuantos ojos tienen los allegados, tantas lámparas. El semblante de la madre es el día; el sol resplandece en el rostro del padre. Por eso, a quien vive entre tantas luces de virtudes, las tinieblas de los crímenes no pueden acercarse. Pero la mesa del padre nos alimenta con el manjar de la virtud, el banquete de la salvación, las delicias de la honra y de la gloria.

Y puesto que la larga serie de la lectura nos obliga a hablar más extensamente de esta parábola, quién es el padre, fácil para dar, más fácil para acoger de nuevo; quién es el hermano, tristísimo de que su hermano esté a salvo; quién es el menor, necio al partir, sapientísimo al regresar, lo indagaremos en el sermón siguiente, con nuestras súplicas comunes.

Sermón II.

Sobre lo mismo, donde se trata del regreso del hijo a su padre

Al hijo disoluto, al desertor de un padre piadosísimo: qué males lo abatieron hasta tal punto que, consumido por el hambre, se entregó a la servidumbre de los cerdos, lo tratamos brevemente, como pudimos, en el sermón anterior. Ahora sigamos su regreso, ahora su penitencia, con un deseo ya mejor, con palabras más alegres.

Volviendo en sí, dice, dijo: ¡Cuántos jornaleros de mi padre abundan en panes!, etc. (Lc 15,17). Volvió en sí: primero vuelve a sí mismo, para volver a su padre, él que antes se había apartado de sí cuando se apartó de su padre. Emigra de sí mismo, y pasa todo entero de hombre a bestia, olvidado de la piedad paterna, olvidado de la gracia del progenitor.

¡Cuántos jornaleros de mi padre abundan en panes, y yo aquí me muero de hambre! El hambre hace volver a quien la saciedad había desterrado; el hambre le dio a saborear al padre, a él, a quien la abundancia le había quitado sentir al progenitor. Y si tanto otorgó un hambre aun involuntaria, comprobad lo que puede aportar un ayuno voluntario. El vientre cargado inclina el corazón a los vicios, oprime la mente, para que no pueda sentir la piedad de lo alto. El cuerpo, dice, que

se corrompe agrava el alma, y la morada terrena oprime el sentido que piensa muchas cosas (Sab 9,15). De ahí también el Señor: Cuidad que no se agraven vuestros corazones con la glotonería y la embriaguez (Lc 21,34). Hay que vaciar, pues, el vientre con la moderación del ayuno, para que el ánimo, descargado, pueda tender a lo alto, subir a las virtudes, pueda volar todo él alado hasta el autor mismo de la piedad. Esto lo prueba Elías, que, purificado del peso de la carne por la continuación de un ayuno del Señor, voló al cielo vencedor de la muerte (1 Re 19,8; 2 Re 2,11).

Me levantaré e iré a mi padre (Lc 15,18). Yacía el que dijo me levantaré: comprendió su caída, sintió su ruina, se vio yaciendo en el resbaladero de una vergonzosa disolución, y por eso exclama: Me levantaré e iré a mi padre. ¿Con qué esperanza? ¿Con qué confianza? ¿Con qué seguridad? ¿Con qué esperanza? Con aquella por la que él es padre. Yo perdí lo que era del hijo; él no ha perdido lo que es del padre. Ante un padre no intercede un extraño: dentro, en el pecho del padre, está el mismo que interviene y alcanza con ruegos, el afecto. Las entrañas del padre se ven apremiadas para engendrar de nuevo al hijo por el perdón. Iré a mi padre como reo; pero el padre, al ver al hijo, cubre enseguida la culpabilidad: disimula al juez, porque prefiere cumplir el papel de progenitor; y cambia pronto la sentencia en perdón, él que desea que el hijo vuelva, no que perezca.

Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y ante ti. La confesión revela al padre, el arrepentimiento proclama al

progenitor. He pecado contra el cielo y ante ti. Aquel contra quien se peca en el cielo no es un padre terreno, sino también celestial; por eso añadió: Ante ti. Aquel ante cuyos ojos están, en el cielo y en la tierra, todas las cosas que se hacen.

He pecado contra el cielo y ante ti, y ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo (Lc 15,18-19). Este partió lejos y huyó a una región remota, pero no escapó a sus acusadores, a sus testigos, a los ojos del padre divino. Esto lo revela con más claridad David, al decir así: ¿Adónde iré lejos de tu espíritu? ¿Y adónde huiré de tu rostro? Si subo al cielo, allí estás tú; si desciendo al infierno, estás presente. Si tomo mis alas al alba, y habito en lo último del mar, también allí me guiará tu mano, y me sostendrá tu diestra (Sal 139,7-10). Ve que por todo el mundo los delitos están desnudos a los ojos de Dios: que ni el cielo, ni la tierra, ni los mares, ni el abismo, ni la noche misma pueden velar los pecados a Dios. Siente cuán grande maldad, cuán grande mal es pecar a la vista misma de Dios, y por eso clama: Contra ti solo pequé, e hice el mal delante de ti (Sal 51,6). De ahí que también este hijo menor vocifere de igual modo y clame: He pecado contra el cielo y ante ti, y ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. No dice: «No soy digno de ser hijo tuyo», sino no soy digno de ser llamado hijo tuyo; porque ser llamado pertenece a la gracia, ser, a la naturaleza. Escucha al Apóstol que dice: De aquel que os llamó a su gracia (Gál 1,6). Así pues, este hijo menor, porque había perdido lo que era de la naturaleza, juzga que no merece lo que es de la gracia.

Hazme como a uno de tus jornaleros. He aquí, el hijo de su propia potestad, ¿adónde ha venido a parar? El placer de la disolución, la libertad de la juventud: he aquí, ¿a qué han hecho llegar al hijo? Hazme como a uno de tus jornaleros. Para que su servidumbre se renueve con el arriendo anual, para que su condición de alquilado se desgaste con un trabajo continuo, para que suspire el día entero en la faena como esclavo nacido en casa de un salario miserable, para que sea siempre vendedor de sí mismo y nunca pueda negar su servidumbre. Y pide esto porque quien junto a un extraño había experimentado una libertad esclava cree que junto al padre tendrá una servidumbre libre.

Ya ahora, hermanos, quisiera abrir el misterio de esta lectura, si no me hiciera volver atrás el empeño en su provecho: porque os veo oír estas cosas no como nuestras, con el dolor debido, sino sobrevolarlas con un entendimiento apresurado, como si fueran ajenas. Cosas nuestras, nuestras, y provechosas para todos nos dice siempre Cristo; y para corregirnos el Señor repite ejemplos místicos, él que quiso ser padre de sus siervos, que quiso más ser amado que temido, que se dio a sí mismo como pan de vida, que derramó su sangre en la copa de la salvación. Con comparaciones del pasado corrige a los presentes y a los venideros, para que, abandonando al buen padre, al progenitor piadoso, no marchemos a las lejanías del mundo, harto extrañas, y allí, viviendo disolutamente, disipemos toda la hacienda de la salvación y de la vida; y, consumido todo, padezcamos

un hambre gravísima de esperanza, y así seamos entregados al principal de aquella región, esto es, al diablo, autor de la desesperación; y él nos envíe a su granja, esto es, a los valles seductores de este mundo; nos envíe a apacentar cerdos, es decir, a aquellos que, inclinados siempre hacia la tierra, viven para el vientre, y templan los ardores de la carne en el revolcadero del lodo, los sofocan en el cieno, los refrescan en el remolino de los vicios. Que envíe a sus jornaleros a los cerdos es obra de una crueldad insaciable, que no se contenta con que los hombres se vuelvan criminales si no los hace también caudillos de los vicios y maestros de los crímenes. Cuando los ha hecho tales, no les deja saciarse ni siquiera con la comida y el pasto de los cerdos: para que, hambrientos de vicios, delincan más; la saciedad no puede contener a los disolutos, el placer no sabe saciarse.

Por eso estemos con el buen padre, permanezcamos junto al progenitor piadoso, para que podamos evitar los lazos del diablo y gozar sin cesar de los bienes del padre. Las profundidades las escrutaremos después, porque debemos más a la comunión y a las costumbres.

Sermón III.

Sobre lo mismo, donde se trata de la salida del padre al encuentro de su hijo

La partida del hijo disoluto, su regreso, su culpa, su penitencia, los hemos recorrido hasta aquí en dos sermones: ahora sigamos la salida del padre a su encuentro, la bondad del padre, la inefable misericordia del padre. Levantándose, dice, vino a su padre; y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y se movió a misericordia, y corrió, y cayó sobre su cuello, y lo besó (Lc 15,20).

Levantándose, vino a su padre. Se levantó de la ruina de la mente y del cuerpo: se levantó del abismo del infierno, tocando las alturas del cielo: junto al padre celestial el hijo se levanta por el perdón más de lo que había caído por la culpabilidad. Levantándose, vino a su padre. Viene no con el paso de los pies, sino con el avance de la mente: no necesitó la larga distancia de un camino terreno, porque halló el atajo de la senda de la salvación. No sabe buscar al padre divino recorriendo caminos quien, buscándolo por la fe, enseguida lo encuentra presente junto a sí.

Levantándose, vino a su padre: y cuando aún estaba lejos. ¿Cómo está lejos el que viene? Porque todavía no ha llegado. Este que viene, viene a la penitencia, pero todavía no ha llegado a la

gracia; viene a la casa del padre, pero todavía no ha llegado a la gloria del vestido o de la honra de antes.

Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre. Lo vio aquel Padre que habita en las alturas, y mira lo humilde, y conoce de lejos lo alto (Sal 113,5-6). Lo vio su padre. El padre lo vio, para que también él pudiera mirar al padre; la vista del padre iluminó el rostro del hijo que venía, para que se disipara toda la oscuridad que lo había envuelto por su culpabilidad. No son tales las tinieblas de la noche como aquellas que vienen de la confusión de los pecados. Escucha al Profeta que dice: Me han alcanzado mis iniquidades, y no pude ver (Sal 40,13). Y en otro lugar: Mis iniquidades han pesado sobre mí (Sal 38,5). Y después: Y la luz de mis ojos no está conmigo (Sal 38,11). La noche sepulta la luz de ayer; los pecados, el sentido; los miembros confunden el ánimo. Así pues, si el padre celestial no hubiera irradiado en el rostro del hijo que volvía, y no hubiera quitado con la luz de su mirada toda la niebla de la confusión, nunca habría visto este hijo la claridad del rostro divino.

Lo vio de lejos, y se movió a misericordia. Se mueve a misericordia quien no puede ser movido de su lugar; corre, no con el avance del cuerpo, sino con el afecto de la piedad. Cayó sobre su cuello. No por desfallecimiento de las entrañas, sino de la compasión. Cayó sobre su cuello, para levantar así al que yacía. Cayó sobre su cuello, para quitar con la carga del amor la carga de los pecados. Venid a mí, dice, todos los que estáis fatigados y cargados. Tomad mi carga sobre vo-

sotros, porque es ligera (Mt 11,28-30). Veis que el hijo es ayudado por la carga de este padre, no agobiado.

Cayó sobre su cuello, y lo besó. Así juzga el padre, así enmienda, así da al hijo pecador besos, no azotes. La fuerza del amor no ve los delitos, y por eso el padre redimió con un beso los pecados del hijo, los encerró con un abrazo, para que el padre no desnudara los crímenes del hijo, para que el padre no afeara al hijo. Así cura el padre las heridas del hijo, para no dejar al hijo cicatriz, al hijo mancha. Bienaventurados, dice, aquellos cuyas iniquidades han sido remitidas, y cuyos pecados han sido cubiertos (Sal 32,1).

Si desagrada la acción de este joven, si causa horror su partida, de ningún modo nos apartemos de semejante padre. La mirada del padre ahuyenta los crímenes, expulsa el daño, rechaza toda maldad y tentaciones. Ciertamente, si nos hemos marchado; si viviendo disolutamente hemos dispersado toda la hacienda del padre; si en alguna parte hemos cometido cualquier fechoría y delito; si hemos llegado al despeñadero entero de la impiedad, a la ruina total, levantémonos por fin, y, invitados por semejante ejemplo, volvamos a semejante padre. Y al verlo, se movió a misericordia, y corrió, y cayó sobre su cuello, y lo besó. ¿Qué lugar, os pregunto, hay aquí para la desesperación? ¿Qué ocasión de excusa hay aquí? ¿Qué pretexto de temor? A no ser que acaso se tema el encuentro, aterre el beso, turbe el abrazo, y se crea que el padre lo atrapa para la venganza, no que lo acoge de nuevo para el perdón, cuando atrae

al hijo con las manos, lo encierra en su regazo, lo ata con sus brazos. Pero este pensamiento, destructor de la vida, enemigo de la salvación, lo derriban del todo, del todo lo quitan las palabras que siguen: Y dijo el padre a sus siervos: Pronto, sacad la túnica primera y vestídsela, y poned un anillo de oro en su mano, y calzado en sus pies, y traed el ternero cebado, y matadlo, y comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto, y ha revivido; estaba perdido, y ha sido hallado (Lc 15,22-24). Oído esto, ¿todavía nos demoramos? ¿Todavía no volvemos al padre?

Pronto, sacad la túnica primera y vestídsela. Soportó los crímenes del hijo quien no soportó su desnudez: de ahí que quisiera que el hijo fuese vestido por los siervos antes que visto, para que la desnudez fuese conocida solo por el padre: porque solo el padre no podía ver la desnudez del hijo. Pronto, sacad la túnica primera. Este padre, que no toleró que el pecador quedara en segundo lugar, quiere tener gozo más del perdón que de la justicia. Pronto, sacad la túnica primera. No dijo: «¿De dónde vienes? ¿Dónde estuviste? ¿Dónde está lo que te llevaste? ¿Por qué cambiaste tanta gloria por tanta vergüenza?», sino: Pronto, sacad la túnica primera y vestídsela. Veis que la fuerza del amor no ve los delitos. El padre no conoce una misericordia tardía. Quien examina los delitos los descubre.

Y poned un anillo en su mano. La piedad paterna no se contenta con reparar solo la inocencia, si no restituye también la honra de antes. Y poned calzado en sus pies. ¡Qué pobre volvió

quien se había marchado enriquecido, y de toda la hacienda no trae de vuelta ni el calzado de los pies! Poned calzado en sus pies. Para que ni siquiera en el pie quedara la deshonra de la desnudez; ciertamente, para que, calzado, volviera al curso de su vida anterior.

Y traed el ternero cebado. No basta un ternero común, si no es gordo, si no está cebado; el ternero gordo atestigua la gordura de la caridad paterna. Y traed el ternero cebado, y matadlo, y comamos y celebremos un banquete: porque este hijo mío había muerto, y ha revivido; estaba perdido, y ha sido hallado.

Todavía hablamos de la historia, y ya pensamos en desnudar el misterio escondido. El hijo muerto es resucitado por la muerte del ternero, y un solo ternero se derrama en cebo para toda la familia. Pero hay que diferirlo, para seguir el dolor antiguo del mayor, la envidia todavía más antigua del hermano.

Sermón IV.

Sobre lo mismo, donde se trata del rencor del hijo mayor contra el pródigo que regresa

Gozosos por el regreso del hijo menor y por verlo a salvo, exponemos con lágrimas, y nos duele, la envidia del mayor, que perdió el sumo bien de la frugalidad por el extremo mal del celo y del rencor. Estaba, dice, su hijo mayor en el campo, y al venir y acercarse a la casa, oyó la música y los coros, y llamó a uno de los siervos, y le preguntó qué era aquello. Y este le respondió: Ha venido tu hermano, y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado sano y salvo. Pero él se indignó, y no quería entrar (Lc 15,25-28).

Estaba, dice, su hijo mayor en el campo. Estaba en el campo labrando la tierra, dejándose yermo a sí mismo; ablanda la dureza del terrón, endurece el afecto del corazón; arranca zarzas y hierbas, no arranca los aguijones de la envidia. Así, en la mies de la codicia recoge el fruto del celo y del rencor.

Y al venir, dice, y acercarse a la casa, oyó la música y los coros. La música de la piedad ahuyenta al envidioso, el coro de la caridad lo excluye; y a aquel a quien el orden de la naturaleza llama a venir a su hermano y a acercarse a la casa, el celo no le deja llegar, el rencor no le permite entrar.

La envidia: mal viejo, primera mancha, antiguo virus, veneno de los siglos, causa de muerte. Ella, al principio, expulsó al ángel mismo, y lo derribó del cielo. Ella excluyó del paraíso al hombre, príncipe de nuestro linaje. Ella misma dejó fuera de la casa paterna a este hermano mayor. Ella armó a la descendencia de Abraham, al pueblo de la santidad, para la matanza de su propio autor, para la muerte de su Salvador. La envidia, enemigo interior, no sacude los muros de la carne, no derriba las cercas de los miembros, sino que embiste la ciudadela misma del corazón; y antes de que las entrañas lo sientan, el salteador captura al alma misma, señora del cuerpo, y se la lleva encerrada. Así pues, si queremos merecer la gloria celestial, poseer la dicha del paraíso, habitar la casa del Padre eterno, si queremos no ser tenidos por reos de un parricidio contra el cielo, con fe vigilante, con la luz del espíritu, ahuyentemos y excluyamos las negras asechanzas de la envidia, aplastemos la envidia con todas las fuerzas de las armas celestiales: porque así como la caridad nos une a Dios, así la envidia nos separa de Dios.

Salió, pues, su padre y comenzó a rogarle. El corazón angustiado del padre se ve estrechado por los movimientos diversos de los hijos, y entre las suertes distintas de sus prendas la piedad del progenitor corre de un lado a otro, atónita; porque ve que el hermano es ahuyentado enseguida por el regreso del hermano, y que, por estar a salvo el uno, el otro se le pierde enseguida; y que un largo duelo, compensado por un breve gozo, es turbado por el rencor de la envidia. ¡Oh hincha-

zón del celo: una casa amplia no da cabida a dos hermanos! ¿Y qué tiene de extraño, hermanos? Lo hizo la envidia, hizo que toda la anchura del mundo fuese estrecha para dos hermanos; pues ella levantó a Caín para la muerte del menor, para que el rencor del celo hiciera único a quien la ley de la naturaleza había hecho primero (Gn 4,8).

Pero él respondió y dijo a su padre: Padre, he aquí, tantos años te sirvo (Lc 15,29). Así piensa quien se atreve a juzgar la piedad de su padre. He aquí, tantos años te sirvo. ¡He aquí con qué servidumbre compensa el hijo al padre los beneficios del nacimiento! Nunca desobedecí tu mandato. Esto te lo dio no tu inocencia, sino el perdón de tu padre, porque con gran caridad prefirió cubrir los delitos del hijo antes que desnudarlos.

Y nunca me diste un cabrito para banquetear con mis amigos. Un ánimo envidioso del hermano no puede ser agradecido al padre; y no se acuerda de la largueza paterna quien se olvida de la caridad fraterna. Niega que se le diera un cabrito quien en el tiempo de la división recibió toda su parte de la hacienda. Pues entonces, cuando el hermano menor pidió que se le diera la porción de la hacienda, el padre repartió enseguida el todo entre ambos hermanos, como dice el evangelista: Y repartió la hacienda entre ellos. Pero el envidioso siempre disimula: el envidioso siempre miente. Y nunca me diste un cabrito para banquetear con mis amigos. No cuenta como suyos a los amigos de su padre: tiene no por amigos, sino por extraños, a aquellos por quienes se vio amado en atención a su padre.

Pero después que vino este hijo tuyo, que devoró su hacienda con prostitutas, mataste el ternero cebado (Lc 15,30). Le duele que su hermano haya vuelto, no le duele que la hacienda haya perecido; y no se queja por causa del daño, sino del rencor: quien debía engalanar con lo suyo al hermano que volvía, no debía afearlo así con lo perdido. En el hijo está toda la hacienda del padre; y por eso el padre nada perdió cuando recobró a su hijo. El hermano lo tuvo por pérdida, al ver que había vuelto un coheredero. ¿Y cuándo el envidioso no es avaro, cuándo no cuenta que ha perdido todo lo que otro tiene?

Pero él le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía banquetear y alegrarse, porque este hermano tuyo había muerto, y ha revivido; estaba perdido, y ha sido hallado (Lc 15,31-32). ¡Oh, lo que hace la fuerza del amor! Aun para un hijo malo, no sabe no ser, no puede no ser padre; ve que el hijo ha degenerado en el ánimo; ve que nada tiene de la piedad paterna, nada del linaje paterno, y sin embargo lo llama hijo; lo persuade a obrar; lo hace volver a la gracia, o al menos a la esperanza de su largueza, diciendo: Tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo. Es decir: tolera que el hijo haya vuelto al padre, permite que el padre haya acogido a su hijo; y él no buscó otra cosa que al padre, él que al venir quiso ser colocado no en el lugar de hijo, sino en el de jornalero, diciendo: Padre, he pecado contra el cielo y ante ti; y ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo: hazme como a uno de tus jornaleros. Sea tuyo todo; a él le basta el padre; y para que

no pienses que se te ha mermado algo de lo presente, de lo antiguo, para él buscaré cosas nuevas y futuras. Ciertamente, si sigues el consejo y el mandato del padre, comparte con tu hermano lo presente, para que lo futuro te sea común con él. Alégrate, pues, y alégrate del hallado, para que él se alegre de que tú no hayas perecido. Pero cerremos ya el sermón sobre la historia, para exponer después, revelándolo Cristo, lo que es místico, lo que es profundo.

Sermón V.

Sobre lo mismo, en cuanto figuran al judío y al gentil

Es propio de un deudor astuto y desvergonzado no pagar a menudo lo pactado, y dar largas a un acreedor pacientísimo con un largo y artificioso sofisma. Este es nuestro quinto sermón sobre la partida, sobre el regreso del hijo disoluto, en el que intentaremos, como prometimos, elevar el sentido histórico a una inteligencia mística y singular de la deidad. Orad para que, puesto que en tan gran crédito soy por mí mismo un deudor poco solvente, por Dios resulte para vosotros un pagador solvente.

Cierto hombre tenía, dice, dos hijos (Lc 15,11). Después que Cristo asumió la carga de nuestra carne, y Dios se revistió de despojos humanos, con verdad se llama Dios a sí mismo hombre; el Señor se denomina verdaderamente padre de dos hijos, porque la deidad entremezclada con la humanidad, la piedad asociada a la deidad, mezcló al hombre y a Dios; lo cual unió al Señor en padre. Así pues, este hombre, este padre, tuvo dos hijos por beneficio del Hacedor, no por necesidad de quien engendra; tuvo dos hijos, cuyo ser no mereció, sino que lo mandó: porque Cristo fue hombre a nuestros ojos de tal modo que permaneció siempre Dios en el secreto de su majestad.

Tenía dos hijos. Es decir, dos pueblos, el judío y el gentil; pero al judío lo hizo mayor la sabiduría de la Ley; al gentil lo volvió menor la necedad del paganismo. Porque, así como la sabiduría da canas, así la insensatez quita todo lo que es de varón. A este, pues, lo hicieron menor las costumbres, no la edad; a aquel no lo hicieron mayor los tiempos, sino el juicio.

Y el menor de ellos, dice, dijo a su padre: Padre, dame la porción de la hacienda que me corresponde (Lc 15,12). Este pide al conocedor del corazón, no con la voz, sino con el deseo; porque es la propia voluntad en nosotros la que obtiene de Dios los bienes o los males. En efecto, este, que con el padre era poseedor de toda la suerte, por su propia voluntad vino a parar a una parte, diciendo: Dame la porción de la hacienda que me corresponde. ¿Y cuál es esa porción? ¿Cuál es? El porte, la palabra, la ciencia, la razón, el juicio, que corresponden al hombre por encima de los demás animales en la morada terrena: es decir, según el Apóstol, la ley de la naturaleza. Y por eso repartió la hacienda entre ellos, dando al menor estos cinco beneficios de la naturaleza que hemos dicho; inscribiendo para el mayor, por obra divina, los cinco libros de la Ley: por los cuales la hacienda sería desigual en mérito, igual en número; aquella guardaría el orden humano, esta subsistiría por institución divina; pero ambas leyes conducirían a los dos hijos al conocimiento del padre, los mantendrían en la reverencia de su autor.

Y no muchos días después, dice, el menor, habiéndolo reunido todo, partió lejos a una región

remota; y allí disipó su hacienda viviendo disolutamente (Lc 15,13). Hemos dicho que al menor no lo hicieron los tiempos, sino las costumbres; y por eso dijo: No muchos días después. Porque con el principio mismo del mundo la gentilidad se apresuró hacia la patria de los ídolos; peregrinó a la región lejana del diablo con el ánimo, no con el lugar; vagó por los elementos con vanos pensamientos, no fue zarandeada por las tierras con movimientos corporales: pues en presencia del padre estaba sin el padre; y estando en sí, no estaba consigo. De ahí que el disoluto, por el deseo de la elocuencia mundana, por los lupanares de las escuelas, por las encrucijadas de las sectas, disipó en disputas insensatas la hacienda de Dios Padre.

Y cuando con conjeturas hubo consumido todo lo que había de palabra, de ciencia, de razón, de juicio, el desdichadísimo padecía la mayor indigencia, un hambre grande de conocer la verdad: porque la filosofía impuso el trabajo de buscar la divinidad, y no aportó fruto alguno de hallar la verdad. De ahí que se arrimara al principal de aquella región, por quien era enviado a este mundo, esto es, a la única granja de muchas supersticiones; a apacentar cerdos, es decir, los demonios, que dicen al Señor: Si nos echas, envíanos a los cerdos (Mt 8,31). A apacentar a los demonios con incienso, víctimas, sangre, para llevarse como paga de tal trabajo respuestas falsas. Se mataba una res para que, muerta, adivinara lo que viva no había sabido; y hablara,

muerta, por las entrañas, lo que nunca había proferido con la boca.

Pero como el gentil no hallaba en tales cosas nada divino, nada saludable, nada que le aprovechara, desesperando de Dios, de la providencia, del juicio, de lo venidero, se dejaba caer de la escuela a la glotonería del vientre, deseando saciarse con las algarrobas que comían los cerdos. Esto lo saben los epicúreos, que, tras recorrer las escuelas platónicas y aristotélicas sin hallar allí enseñanza alguna ni de la divinidad ni de la ciencia, se entregan a Epicuro, último autor de la desesperación y del placer. Y comen algarrobas, esto es, anhelan con la boca abierta los placeres del cuerpo, malamente dulces, y apacientan a los demonios, que siempre se ceban con los vicios y las inmundicias de los cuerpos: porque así como quien se une al Señor es un solo espíritu (1 Cor 6,17), así quien se une al diablo es un solo demonio. Pero este menor, aunque lo deseaba, no llenaba sin embargo su vientre con esas algarrobas. ¿Por qué? Porque nadie le daba. El diablo, ciertamente, quería, por el hambre de ciencia, por la dificultad de los placeres, volver al gentil más ávido de buscar lo ilícito, de perpetrar delitos: pero Dios padre permitió que el gentil tuviera hambre para esto, para que la ocasión del error se convirtiera en argumento de salvación: pues al judío lo dejó de tal modo que no lo perdiera; y al gentil consintió que soportara el hambre, para que volviera.

Vuelve, pues, al padre, y clama: Padre, he pecado contra el cielo y ante ti (Lc 15,18). Que el

menor ha vuelto a la casa del padre y clama a Dios llamándolo padre, lo atestigua la voz cotidiana de la Iglesia, que dice: Padre nuestro, que estás en los cielos (Mt 6,9). He pecado contra el cielo y ante ti. Pecó contra el cielo al blasfemar diciendo que el sol, la luna, los astros del cielo son dioses, y profana esas mismas cosas adorándolas. Y ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo, hazme como a uno de tus jornaleros (Lc 15,19). Es decir: puesto que ya no merezco la gloria de hijo, consiga al menos la paga del perdón por un trabajo de jornalero. Y a quien se le ha perdido la honra de descendiente, que le quede al menos una hacienda para vivir en el pan cotidiano.

Pero el padre sale a su encuentro, y sale a su encuentro de lejos. Siendo todavía impíos, Cristo murió por nosotros (Rom 5,6.8). Sale el padre a su encuentro, sale a su encuentro en el Hijo, cuando por él descendió del cielo y llegó hasta la tierra. El Padre, dice, que me envió está conmigo (Jn 8,29). Cayó sobre su cuello. Cayó, cuando por Cristo la divinidad entera se recuesta y se apoya en nuestra carne. Y lo besó. ¿Cuándo? Cuando la misericordia y la verdad se encontraron: la justicia y la paz se besaron (Sal 85,11).

Dio la túnica primera. Aquella que perdió Adán, la gloria sempiterna de la inmortalidad. Puso un anillo en su mano. El anillo de la honra, el título de la libertad, la insigne prenda del Espíritu, el sello de la fe, las arras de las bodas celestiales: escucha al Apóstol: Os he desposado con un solo varón, para presentaros a Cristo como virgen casta (2 Cor 11,2). Y calzado en sus pies.

Para que los pies estuvieran calzados en la predicación del Evangelio, para que fueran dichosos los pies de los que anuncian la buena nueva de la paz (Rom 10,15). Y mató para él el ternero cebado. Aquel del que cantaba David: Y agradará a Dios más que un novillo al que le salen cuernos y pezuñas (Sal 69,32). Se mata el ternero por mandato del padre, porque Cristo, Dios, Hijo de Dios, no podía ser muerto sin la voluntad del Padre: escucha al Apóstol: El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom 8,32). Este es el ternero que se inmola cada día y sin cesar para nuestro banquete.

Pero el hermano mayor, pero el hijo mayor que viene del campo, el pueblo de la Ley, la mies ciertamente es mucha, pero los obreros pocos (Lc 10,2): oye música en la casa del padre, oye coros, y no quiere entrar. Esto lo contemplamos cada día con nuestros ojos. Porque viene el judío a la casa del padre, esto es, a la Iglesia; se queda fuera por envidia, oye resonar la cítara de David, oye la música del concierto profético, oye los coros de la variada asamblea de los pueblos, y no quiere entrar, quedándose fuera por envidia. Mientras juzga a su hermano gentil por sus costumbres de antes y siente horror de él, él mismo se sustrae a los bienes paternos, él mismo se excluye de los gozos paternos. En cuanto a lo que dijo: He aquí, tantos años te sirvo, y nunca desobedecí tu mandato, y nunca me diste un cabrito, ya dijimos que es mejor callarlo que decirlo, porque habla el judío: y no son palabras de quien obra, sino de quien se hincha.

Sale el padre, y dice al hijo: Hijo, tú siempre estás conmigo. ¿Cómo? Por Abel, por Henoc, por Sem, por Noé, por Abraham, por Isaac, por Jacob, por Moisés, por todos los santos, por quienes se deriva la generación judía que se lee en el Evangelio, cuando dice: Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob (Mt 1,2). Y todo lo mío es tuyo. ¿De qué modo? Porque para ti la Ley, para ti la profecía, para ti el templo, para ti el sacerdocio, para ti los sacrificios, para ti el reino, para ti los dones, para ti (lo que está por encima de todo) nació Cristo. Pero porque tú, por envidia, quieres perder a tu hermano, mereces no tener los banquetes paternos, los gozos del padre.

En un sermón estrecho no pudimos abrir, como quisimos, cosas amplísimas; pero para la inteligencia de vuestra ciencia son amplias las cosas que en nuestro sermón parecen estrechas. No sea mal recibida esta plática sencilla y escondida, que nos ha obligado no a narrar, no a declamar, sino a abrir y explicar cosas místicas y excelsas.

Sermón VI.

Sobre la alegría por la conducción de los gentiles a la fe y a la gracia. Sobre el salmo 99 (100)

Puesto que, al volver el hijo menor, toda la familia formó coros y cantó una música celestial, conviene que también nosotros hoy tomemos un salmo, hagamos sonar el tamboril, dispongamos el instrumento, pulsemos la cítara, y hagamos resonar la melodía de David para tan gran gozo de Dios Padre. Aclamad con júbilo a Dios, dice, toda la tierra (Sal 100,1). ¿Qué es lo que indaga la inteligencia de esta exultación? ¿Qué significa que, después de tan grandes, tan terribles, tan admirables preceptos de la deidad, la tierra sea ahora llamada e invitada al júbilo? Aclamad con júbilo, dice, a Dios, toda la tierra. ¿Qué otra cosa, sino que, después que el Dios terrible eligió el oficio de pastor mansísimo, se revistió de la persona de pastor, para reunir en uno, como pastor misericordioso, como a ovejas descarriadas, a los pueblos errantes, a las muchedumbres vagabundas, a las naciones dispersas a lo largo y a lo ancho; o más bien, para conducir y devolver al uso de la leche, al alimento de la hierba, a toda la mansedumbre de las ovejas, a naciones feroces, sedientas de la presa de la muerte, del alimento de la carne, de la bebida de la sangre, del furor

de las fieras? A toda la tierra le manda e impone una disciplina pastoril, diciendo: Toda la tierra, aclamad con júbilo a Dios. Como la trompeta terrible saca al soldado a la guerra, así la dulzura del júbilo invita a las ovejas a los pastos. Convenía, pues, mitigar el fragor del combate con la mansedumbre pastoril, para que una gracia tan mansa salvara a las naciones a las que por largo tiempo había destruido su fiereza natural.

Que el rendimiento del pastor sería bueno cuando Cristo viniera a la tierra, él mismo lo proclamó hoy: Yo soy el buen pastor; el buen pastor da su vida por sus ovejas (Jn 10,11). De ahí que el maestro mismo busque ayudantes, busque compañeros para el cuidado del orbe entero, diciendo: Aclamad con júbilo a Dios, toda la tierra. De ahí que, a punto de volver al cielo, encomiende sus ovejas a Pedro, en su lugar, para que las apaciente. Pedro, dice, ¿me amas? Apacienta mis ovejas (Jn 21,16-17). Y para no forzar con potestad los tenues comienzos del rendimiento, sino llevarlos con piedad, repite: Pedro, ¿me amas? Apacienta mis ovejas. Encomienda las ovejas, encomienda las crías de las ovejas, porque el pastor presciente conocía ya la fecundidad futura de su rebaño. Pedro, ¿me amas? Apacienta mis ovejas. A estas ovejas Pablo, colega del pastor Pedro, con piadoso pasto les ofrecía los pechos llenos de leche, diciendo: Os di a beber leche, no alimento sólido (1 Cor 3,2). Esto lo sintió el Rey bienaventurado; y por eso, en lugar de balido, clama: El Señor me apacienta, y nada me faltará: en un lugar verde, allí me ha

colocado: junto al agua del descanso me ha criado (Sal 23,1-2).

Así pues, tras los continuos gemidos de las guerras, tras una triste vida de sangre, el versículo siguiente anuncia la alegría a una servidumbre que ya vuelve a los pastos de la paz evangélica. El hombre era siervo del pecado, era cautivo de la muerte, era esclavo de los demonios, era esclavo nacido en casa de los ídolos, era el azotado de los vicios, era el encadenado de los crímenes. Así, a tales y tantos malos señores prestaba el hombre una servidumbre mala y miserable. ¿Cuándo no estaba el hombre triste bajo el pecado? ¿Cuándo no estaba de luto bajo la muerte? ¿Cuándo no estaba pálido bajo los demonios? ¿Cuándo no estaba temblando bajo los ídolos? ¿Cuándo no estaba sospechoso bajo los vicios? ¿Cuándo no estaba desesperado bajo los crímenes? Y por eso el hombre lanzaba los más hondos suspiros, cuando soportaba sin cesar tales señores, tan crueles.

Así pues, el Profeta, viéndonos liberados de tales señores y llamados de nuevo al homenaje del Creador, a la gracia del Padre, a la servidumbre libre del único Señor bueno, con razón exclama: Servid al Señor con alegría: entrad, dice, a su presencia con exultación (Sal 100,2). Entrad no con el lugar, sino con el corazón. Entrad a su presencia con exultación. Porque a los que había echado la culpabilidad, a los que había expulsado la conciencia, la gracia los trae de vuelta, la inocencia los hace entrar: Entrad a su presencia con exultación. Quien entra a su presencia con exultación

está libre de culpabilidad, está del todo seguro del premio.

Sin embargo, ¿a qué exhorta? ¿Qué se esfuerza por persuadir aquí el Profeta? Entrad a su presencia con exultación. ¿Quién es libre en presencia de Dios? ¿Quién miente ante los ojos divinos? ¿Quién exulta ante el terror de la majestad de lo alto? Los arcángeles tiemblan, los ángeles se llenan de pavor, las potestades temen, los ancianos se postran ante la faz del cielo; los elementos huyen, las rocas se disuelven, los montes se derriten, la tierra tiembla, ¿y el hombre de tierra entrará sin temor? ¿Y todavía se mantiene exultante? ¿De dónde le viene al Profeta presumir así que debemos hacer esto? ¿De dónde? De lo que sigue: Sabed, dice, que el Señor mismo es Dios (Sal 100,3). Porque es Dios aquel Señor que fue pequeño en nuestra carne; de ahí que sea Dios aquel Señor que fue capaz en nuestra cuna; dulce en el regazo, manso en su condición, afable en nuestra convivencia. Y por eso: Entrad a su presencia con exultación. Porque escondió todo el pavor de la divinidad, todo el miedo al juez, en nuestra condición, lo colocó bajo un aspecto providente: para que quien entra no tema los castigos del juez, sino que cuente con el abrazo del padre. ¿Y cómo no va a exultar quien encuentra un progenitor en aquel a quien había temido como juez instructor?

Entrad a su presencia con exultación: sabed que el Señor mismo es Dios; él mismo nos hizo, y no nosotros mismos. Vano es el trabajo del padre y de la madre, si en el fruto no está presente la obra y la autoridad del Hacedor. Tus manos, dice,

me hicieron y me plasmaron (Sal 119,73). Y en otro lugar: Tú me formaste, y pusiste sobre mí tu mano (Sal 139,5). Por tanto, que nacemos, que somos, no nos lo debemos a nosotros mismos, porque todo se lo debemos al Autor. Mas nosotros somos sus pueblos, y ovejas de su pastizal. Muchísimas veces se ha probado en proverbios que vino del cielo un pastor para hacer volver con un júbilo celestial a los pastos de la vida a las ovejas descarriadas y heridas por una hierba mortal.

Entrad, dice, por sus puertas con confesión (Sal 100,4). Solo la confesión es la que nos hace entrar por la puerta de la fe. Por sus atrios con himnos: confesadle, alabad su nombre. Dijimos que nosotros, puestos ya dentro de la casa del padre, debíamos tomar la armonía espiritual de los cánticos celestiales, para que haya para nosotros confesión a la entrada, himnos en los atrios, alabanza en lo más íntimo, donde habita toda la plenitud de la deidad (Col 2,9). Confesadle, alabad su nombre. Confesadle, porque es Dios, alabad su nombre. Por el cual hemos sido salvados: ante el cual la criatura del cielo, de la tierra y de los infiernos dobla la rodilla (Flp 2,10), y ama al Señor Dios.

Porque el Señor es suave (Sal 100,5). ¿De dónde? Porque su misericordia es eterna. Verdaderamente es suave por la misericordia, solo por la cual se dignó quitar la amarguísima sentencia de todo el mundo. He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo (Jn 1,29). Y su verdad hasta el siglo del siglo. Pues Dios tiene misericordia dejando a salvo la verdad, él que de

tal modo da el perdón a los pecados que guarda la justicia en la misma miseración y en su medida, el cual es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

Sermón VII.

Sobre la hipocresía y la limosna. Sobre aquello de Mateo 6: «Cuando ayunéis, no os pongáis tristes como los hipócritas»

Cuando Dios cambió al Señor en padre, quiso reinar más por la caridad que por la potestad, y prefirió ser amado a ser temido: por eso, con afecto paterno, nos advirtió para que nada de nuestro justísimo trabajo se nos perdiera. El evangelista dice así: Cuando ayunéis, no os pongáis tristes como los hipócritas; pues desfiguran sus rostros para que los hombres vean que ayunan. En verdad os digo, ya recibieron su recompensa (Mt 6,16). La hipocresía: mal sutil, virus secreto, veneno oculto, afeite de las virtudes, polilla de la santidad. Todo lo adverso se esfuerza con sus propias fuerzas, pelea con sus propias armas, ataca abiertamente: por eso se lo evita con la misma facilidad con que se lo ve. La hipocresía finge segura, engaña próspera, miente cuidadosa, y con arte cruel mutila las virtudes con la espada de las virtudes: mata el ayuno con el ayuno, vacía la oración con la oración, derriba la misericordia con la miseración. La hipocresía, pariente de la fiebre, da a beber ardor en copa fría. Lo que la hidropesía es para los cuerpos, la hipocresía lo es para las almas; esto es: la hidropesía tiene sed bebiendo, la hipocresía tiene sed embriagada.

Pues desfiguran sus rostros para que los hombres vean que ayunan. La hipocresía, al desear cautivar los ojos, se vuelve ella misma cautiva de los ojos. Pues desfiguran sus rostros. Y si desfiguran sus rostros, ¿qué adorno del cuerpo quedará? Verdaderamente, como dijo el Señor: Si la luz que hay en ti es tinieblas, ¿cuán grandes serán las tinieblas mismas? (Mt 6,23) Hipócrita, aunque tengas el rostro desaliñado, la piel descuidada, el semblante triste, el aspecto desfigurado, ni hallaste alabanza de los hombres, y ante Dios perdiste el fruto del ayuno. Hipócrita, te afanaste en ayunos para que el trabajo del ayuno no te aprovechara. Hipócrita, entraste en el oleaje de la abstinencia, subiste las olas de la continencia, atravesaste a nado el piélago del ayuno; y en el puerto mismo del ayuno naufragaste: porque no adquiriste ganancia, sino que compraste vanidad, tú que con el crédito de Dios llevaste a cabo un negocio humano. De ahí que hayas de rendir cuentas a Dios, tú que recibiste de los hombres el interés de una mísera alabanza.

Hermanos, hay que huir del virus, hay que guardarse de la peste, que de los remedios crea enfermedades, de la medicina produce dolencia, convierte la santidad en crimen, hace de la expiación culpabilidad, engendra peligro de la propiciación. Quien huye de la hipocresía vence; quien incurre en ella cae. Huyamos de la hipocresía, huyamos, hermanos: sea nuestro ayuno de la sencillez, santo por la inocencia, puro por la pureza, sincero por la sinceridad; sea oculto a los hombres, desconocido para el diablo, conocido

de Dios. Quien no esconde su tesoro lo delata; las virtudes delatadas no permanecerán. Así como las virtudes abandonan a quienes las delatan, así se empeñan en custodiar a quienes las custodian. Por tanto, colóquese en la ciudadela del pecho el ayuno, que es para nosotros la primera virtud contra los vicios: porque, presidiendo él en lo interior, los vicios no podrán sacudirnos en lo exterior.

A esto exhorta Cristo, para que el cristiano pueda tenerlo, cuando dice: Tú, en cambio, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para que no te vean los hombres ayunando, sino tu Padre que está en lo escondido; y tu Padre que ve en lo escondido te lo pagará (Mt 6,17-18). Cuando dice: Unge tu cabeza y lava tu rostro, el maestro serio no ordena que la cabellera rebose de un ungüento seductor, ni quiere que el rostro brille con el lavado acostumbrado; sino que quiere que el ayuno del cristiano se oculte bajo el porte de quien come, porque no quiere que el cristiano reivindique el ayuno con una tristeza artificiosa.

Pero volvamos a lo comenzado. Unge tu cabeza y lava tu rostro, para que no te vean los hombres ayunando, sino tu Padre, que está en lo escondido. Así, no consiente semblantes voluptuosos, sino que excluye los rostros fingidos: la cara abatida por la tristeza busca la fama, no profesa un ayuno voluntario. Si lo quiere, ¿por qué triste? Si no lo quiere, ¿por qué en ayunas? Con razón vive en semejante castigo quien hace para sí de la virtud vicio, de la verdad mentira, de la recompensa pérdida, de la remisión pecado.

Si el labrador no ha hundido la reja, si no ha abierto el surco, si no ha cortado las zarzas, si no ha arrancado las hierbas, si no ha puesto a salvo las semillas, se miente a sí mismo, no a la tierra; y no causa daño a la tierra, sino que no obtiene fruto para sí: y así se vacía, así se engaña, así se combate a sí mismo quien miente a la tierra con mano engañosa. ¿Qué hará? ¿Qué tendrá? ¿Qué hallará quien miente a Dios, mientras la carne pasa hambre y la hipocresía se desborda? Ya que hemos mencionado al labrador, sepa que soporta en vano el trabajo, que nada tendrá, quien, apretando el arado del ayuno y cortando las hierbas de la gula y arrancando las zarzas de la disolución, no haya echado ninguna semilla de misericordia.

Esto quiso descubrir el Señor, que, enseñando sobre el ayuno, añadió enseguida esto: No os atesoréis tesoros en la tierra, donde la herrumbre y la polilla destruyen, y donde los ladrones perforan y roban. Atesoraos, en cambio, tesoros en el cielo, donde ni la herrumbre ni la polilla destruyen, y donde los ladrones no perforan ni roban (Mt 6,19-20). ¿Qué hay tan paternal? ¿Qué procede así del amor? ¿Qué consejo tan previsor nacido de la caridad? No quiere que nada tuyo perezca quien quiere que lo tuyo se guarde en los tesoros celestiales. ¡Qué seguro duerme quien ha merecido tener a Dios por custodio de sus bienes! ¡Cómo no conoce los cuidados, cómo depone las angustias, qué libre está de inquietud, cómo se ve libre de la arrogancia de los siervos quien confía lo suyo al padre para que lo guarde! ¡Cómo guarda el afecto

paterno lo que el temor servil no puede guardar así! El padre, cuando da lo suyo a los hijos, no merma lo que los hijos le han confiado. No sabe lo que es un padre; no se sabe hijo quien no se fía de su padre.

Los cerrojos no dejan fuera la polilla, sino que la encierran; y la engendran, no la rechazan: las cosas guardadas nutren la herrumbre, no la evitan; porque lo que nace de la cosa misma no se evita. Donde hay necesidad, no pueden faltar ladrones. Así pues, quien pone lo suyo entre polillas, herrumbre, ladrones, expone lo que es suyo, no lo guarda. Como de la vestidura nace la polilla, la herrumbre del metal, de la necesidad los ladrones: así de las riquezas se adquiere la avaricia, la codicia de la ganancia, del tener el ardor de tener. Quien quiera, pues, vencer la avaricia, distribuya sus riquezas, no las guarde.

Enviemos por delante, hermanos, nuestros tesoros al cielo; sean los pobres los porteadores, que pueden llevar en su seno lo nuestro a lo alto. Nadie tema el fraude de los cargadores: tuyo es este transporte, por el que lo nuestro es llevado a Dios, siendo Dios el fiador: a quien sea todo honor y gloria, poder e imperio, y acción de gracias por todos los siglos de los siglos. Amén.

Sermón VIII.

Sobre el ayuno y la limosna

El timonel prudente, cuando suelta la nave de la orilla, cuando, a punto de atravesar el mar, entra en las olas, depone los cuidados de la casa, de la patria, de la cónyuge, de los hijos, y se ocupa tan por entero con la mente, el cuerpo y los sentidos en las faenas náuticas, que puede superar los peligros de las olas y, vencedor del riesgo, entrar en el fondeadero de un puerto provechoso. Así nosotros, hermanos, que hemos emprendido el camino de la abstinencia, el piélago del ayuno, la vía de la Cuaresma, soltemos de la orilla del mundo la nave de nuestro cuerpo; renunciemos a los cuidados de la patria mundana; en el árbol de la cruz tendamos todas las velas de la mente; con las cuerdas de las virtudes, los remos de la sabiduría, los timones de la disciplina, aseguremos el rumbo de nuestra embarcación. Y, apartados de las tierras, observemos el cielo: para que, guiados por los signos celestes, podamos mantener entre las sendas líquidas el rumbo sin tropiezo de un camino escondido; y así, gobernando Cristo, soplando el Espíritu Santo, vencida la espuma de los placeres, superadas las olas de los vicios, atravesadas las tempestades de los crímenes, dejados atrás los escollos de los pecados, y evitados los

naufragios de todos los delitos, entremos en el puerto de la Pascua, la ganancia de la vida, los gozos de la resurrección.

Pero puesto que hemos de hacer el camino por llanuras desnudas, por remolinos engañosos, por soledades inciertas, tenemos que llevar con nosotros todo el sustento de comida y bebida: pongamos en nuestras provisiones misericordia abundante, que nos aprovechará. Hermanos, tiene hambre el ayuno, tiene sed el ayuno que no se alimenta con el manjar de la piedad, que no se riega con la bebida de la misericordia. Tiene frío el ayuno, desfallece el ayuno al que no cubre el vellón de la limosna, al que no viste el vestido de la miseración.

Hermanos, lo que es la primavera para la tierra, eso sabemos que es la misericordia para el ayuno. Como los aires primaverales hacen florecer todos los brotes de los campos, así la misericordia lleva a flor todas las semillas del ayuno, hace fructificar toda la virtud del ayuno para la mies celestial. Lo que el aceite es para la lámpara, eso es la piedad para el ayuno: como la grasa del aceite enciende la luz de la lámpara, y con un pasto moderado la hace lucir para consuelo de toda la noche, así la piedad hace resplandecer el ayuno, e irradiar hasta la claridad entera de la continencia. Lo que el sol es para el día, eso se sabe que es la limosna para el ayuno. Como el resplandor del sol hace más claro el día, y dispersa toda la oscuridad de las nubes, así la limosna santifica la santidad del ayuno, y excluye con la luz de la piedad toda la noche de la codicia. Y para

no detenerme en muchas cosas: lo que el alma es para el cuerpo, eso se tiene que es la largueza para el ayuno. Pues así como el cuerpo queda muerto cuando el alma se aparta del cuerpo, así la partida de la largueza es la muerte del ayuno.

El ayuno es, sin duda, muerte de los vicios, vida de las virtudes. El ayuno es paz para el cuerpo, decoro de los miembros, ornato de la vida. El ayuno es fortaleza de las mentes, vigor de las almas. El ayuno es muralla de la castidad, baluarte del pudor, ciudad de la santidad. El ayuno es escuela de méritos, magisterio del magisterio, disciplina de las disciplinas. El ayuno es el viático saludable del camino de la Iglesia. El ayuno es el mando invicto de la milicia cristiana. Pero entre estas virtudes el ayuno florece, vence, triunfa precisamente cuando pelea con la misericordia por capitán. La misericordia y la piedad son las alas del ayuno, por las que se eleva y es llevado al cielo; sin ellas yace y se revuelca en la tierra. El ayuno sin misericordia es un simulacro de hambre, no es imagen alguna de santidad; el ayuno sin piedad es ocasión de avaricia, no propósito de parquedad: porque esa parquedad, cuanto se seca en el cuerpo, tanto se hincha en la bolsa. El ayuno sin misericordia no es verdad, sino figura; pero donde está la misericordia, allí está también la verdad, como lo prueba el Profeta cuando dice: La misericordia y la verdad se encontraron (Sal 85,11). El ayuno sin misericordia no es virtud, sino hipocresía, como dice el Señor: Vosotros, en cambio, cuando ayunéis, no os pongáis tristes como los hipócritas; pues desfiguran sus rostros

para que los hombres vean que ayunan (Mt 6,16). Quien no ayuna para el pobre finge ante Dios; quien, ayunando, no reparte su comida sino que la guarda, demuestra que ayuna para la codicia, no para Cristo.

Ayunando, pues, hermanos, depositemos nuestra comida en la mano del pobre, para que la mano del pobre nos guarde lo que el vientre nos iba a perder. La mano del pobre es el seno de Abraham; donde todo lo que el pobre recibe, enseguida lo guarda. La mano del pobre es el tesoro del cielo: lo que recibe, para que no perezca en la tierra, lo guarda en el cielo. Atesoraos, dice, tesoros en el cielo (Mt 6,20). La mano del pobre es el gazofilacio de Cristo, porque todo lo que el pobre recibe, Cristo lo acepta. Da, pues, hombre, tierra al pobre, para recibir el cielo. Da una moneda, para recibir un reino. Da una migaja, para recibirlo todo. Da al pobre, para darte a ti mismo: porque todo lo que des al pobre, lo tendrás tú; lo que no des al pobre, lo tendrá otro.

Clama Dios: Misericordia quiero (Os 6,6). Quien niega a Dios lo que Dios quiere, quiere que Dios le niegue lo que él desea. Misericordia quiero. Hombre, Dios pide; pero para ti, no para sí. Misericordia quiero. Pide misericordia humana, para conceder la divina. Hay en los cielos una misericordia a la que se llega por las misericordias terrenas. Señor, dice, en el cielo está tu misericordia (Sal 36,6).

Cuando hayas de defender tu causa en el juicio de Dios, toma como patrona a la misericordia, por la cual puedas ser liberado. Quien está cierto

del patrocinio de la misericordia, esté seguro del perdón, no dude de la absolución. La misericordia no solo se adelanta a la causa y se anticipa al juez instructor, sino que incluso revoca la sentencia, absuelve a los condenados. Lo prueban los ninivitas, a quienes, sometidos ya a la sentencia, entregados al castigo, de pie para el sacrificio, destinados a la muerte, la misericordia de tal modo arrebató, de tal modo retuvo, de tal modo se adelantó, que Dios prefirió que se retirara la sentencia antes que negar algo a la misericordia (Jon 3). Estaba, ciertamente, también entonces el ayuno defendiendo la causa, esparcía ceniza, tendía el cilicio, daba gemidos, derramaba lágrimas: y lo que no podía excusar con palabras, lo templaba con el llanto; pero no pudo cambiar la sentencia, si no hubiera venido en su ayuda la misericordia con el alegato final. La misericordia libera a los pecadores y restituye a los santos: porque, si no hubiera estado presente la misericordia, también David, cuando adultera, habría perdido la profecía (2 Sam 11); y Pedro, cuando niega, habría perdido el principado del orden apostólico (Mt 26); y Pablo, cuando blasfema, habría seguido siendo perseguidor. Lo reconoce Pablo cuando dice: Yo, que fui primero blasfemo, y perseguidor, e insolente: pero alcancé misericordia (1 Tim 1,13).

Hermanos, adquiramos misericordia por las misericordias hechas a los pobres, para que podamos estar libres del castigo, seguros de la salvación. Bienaventurados, dice, los misericordiosos: porque ellos alcanzarán misericordia (Mt 5,7). En

vano espera misericordia allí quien no haya hecho misericordia aquí. Quien hace misericordia corre hacia el premio; quien no hace misericordia se precipita hacia el castigo.

Sermón IX.

Sobre lo mismo. Sobre aquello de Mateo: «Mirad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres»

Dios trata con nosotros, trata en este mundo, para que nada se nos pierda en el venidero: como brilla ya desde el principio mismo de la lectura. Mirad, dice, de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos: de lo contrario, no tenéis recompensa ante vuestro Padre, que está en los cielos (Mt 6,1).

¿Y cómo lo que hacen los hombres no se hace delante de los hombres? ¿Se oculta el sentido de una justicia manifiesta? ¿Qué tiene de secreto una obra pública? Quien pueda ocultar los rayos del sol podrá esconder el fulgor de la justicia. La justicia, luz de las cosas, no se vela con designios oscuros. La justicia, cuando brilla por su propia obra, ilumina a todos con su ejemplo. ¿Y por qué el Señor no quiere que se practique delante de los hombres la justicia por la que se sostienen las cosas humanas? ¿Y dónde queda aquello: Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mt 5,16)? ¿Cómo quiere ocultar la justicia cuyas obras quiere que brillen así? Hermanos, aquí el precepto celestial quiere quitar la jactancia, suprimir la ostenta-

ción, despojar la vanidad, apartar la vanagloria: así es como quiere ocultar la justicia. La justicia, que por sí misma le sobra para su gloria, no busca el espectáculo del pueblo, las alabanzas del vulgo, los favores de los hombres, la gloria del mundo: nacida de Dios, mira al cielo; obra ante los ojos divinos; mezclada con los poderes de lo alto, espera siempre ser glorificada solo por Dios. Pero esta es la justicia que viene de Dios; aquella justicia, en cambio, que es hipocresía no es justicia: miente a los ojos, engaña la vista, se burla de los que ven, engaña a los que oyen, seduce a las turbas, arrastra a los pueblos, vende fama, compra aplausos, se hace para el mundo, no se hace para Dios, arrebata una paga presente, no busca un premio en el futuro, ciega los ojos, y, ciega ella misma, sin ver, quiere ser vista: por causa de esta ceguera comienza así Cristo el presente precepto.

Mirad. Es decir, no ansiéis ser mirados. De no practicar vuestra justicia delante de los hombres. ¿Por qué? Para que no os vean ellos. ¿Y si habéis sido vistos, qué? No tenéis recompensa ante vuestro Padre, que está en los cielos. Hermanos, aquí el Señor no juzga, sino que expone: descubre los engaños de los pensamientos, desnuda los secretos de las mentes, anuncia a los que tratan injustamente la justicia la medida de una justa retribución. La justicia que se coloca ante los ojos humanos no puede esperar la paga del padre divino: quiso ser vista, y fue vista; quiso agradar a los hombres, y agradó; tiene la paga que quiso; el premio que no quiso tener, no lo tendrá.

Por qué motivo se dijo esto primero, oigámoslo por lo que sigue. Cuando des limosna, no toques la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas (Mt 6,2). Con razón dice «trompeta», porque tal limosna es hostil, no civil; no entregada a la misericordia, sino al clamor: esclava nacida en casa de la sedición, no criatura de la piedad; mercadeo de la ostentación, no comercio de la caridad. Quien exhibe su limosna insulta. Tú, dice, cuando des limosna, no toques la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser glorificados por los hombres. En verdad os digo, ya recibieron su recompensa. Habéis oído cómo censura la limosna hecha en la asamblea, en las plazas, en las encrucijadas, no gastada para alivio de los pobres, sino expuesta para el favor de los hombres, de modo que se prueba que venden la misericordia, no que la donan. Hay que huir de la hipocresía, hay que huir, hermanos, que, cautiva de la gloria, no alivia la vergüenza de los pobres, sino que la agobia; que del gemido del indigente busca la pompa de su jactancia; que agranda su alabanza con el dolor del pobre; que de la miseria del que pide extiende la fama de su ostentación.

Pero dice alguno: «¿Entonces en la asamblea, en las plazas, en las encrucijadas, se ha de negar la misericordia? ¿No se ha de dar el sustento?» Ciertamente, en todo lugar y en todo tiempo se ha de hacer misericordia, se ha de dar el sustento, se ha de cubrir la desnudez; pero del modo en que enseñó el autor de la misericordia, para que la misericordia no sea conocida de la tierra,

sino del cielo; no dada a conocer a los hombres, sino a Dios. En las plazas, en las encrucijadas, la piedad tiene su secreto: por el contrario, es plaza, es encrucijada, cuando el hipócrita no hace nada secreto en secreto.

Hermanos, Dios, al advertir así, culpa las intenciones, no los lugares; el sentido, no las obras; el afán, no al donante: reprende al que da para su fama, no para el hambre del pobre; juzga no dónde lo haces, cuándo lo haces, sino cómo lo haces: porque Dios mide los hechos por los corazones, no por las manos; y deduce la calidad de las obras del sentido, no de los lugares. Quiere que la misericordia se haga solo delante de él, que es el único remunerador y testigo de la misericordia; y que dice: Tuve hambre, y me disteis de comer (Mt 25,35). Quiere que se le dé a él en el pobre: y quien quiere que se le dé a él quiere deber lo que se ha dado; y quien quiere deber lo que se ha dado quiere que nada se pierda para los que dan. Dios pide cosas pequeñas, para devolver las más grandes. Por eso, hombre, si prestas a interés a Dios en el pobre, no busques hombres por testigos: la fe no busca árbitros. Pone en duda la buena fe del que recibe quien nada da sin intermediarios; quien divulga lo prestado quema de vergüenza al deudor. Por tanto, hombre, cuando vayas a dar a Dios, da en secreto; para que lo que des no sea carga, sino honra. Por esto viene a ti en el pobre el que te enriquece, para que no dudes de que devolverá lo recibido quien gratuitamente te dio tener lo que dieras.

Y cuán pudorosa es la pobreza en el pobre que busca el secreto de tu largueza, lo descubre él mismo cuando dice: Tú, en cambio, cuando des limosna, que no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha (Mt 6,3). ¿Cuánto crees que quiere que lo ignore otro quien quiere que tú mismo, que lo haces, lo ignores en alguna parte de ti? Que no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha. Así como las virtudes están en nuestra parte derecha, así la parte de los vicios está en nuestra izquierda. Así, como lo que hace el donante callado es obra de la derecha, lo que hace el donante parlanchín es hipocresía de la izquierda. La hipocresía, el dolo, la simulación, el fraude, la mentira, la altivez, la hinchazón, la jactancia nos acosan y amenazan desde la izquierda. Así pues, siempre que tengamos que ver con la bondad, la piedad, la misericordia, que no lo sepa la izquierda. La izquierda es la que siempre nos declara las batallas de las almas, y se afana para que las virtudes no lleguen a efecto. Para que no haya piedad, obra la impiedad; para que la limosna no venza, pelea la codicia; se enfurece la avaricia para que la misericordia no cobre fuerzas; para que no reinen la inocencia, la pureza, la sencillez, la santidad, combate sola la hipocresía, a la que Cristo aparta de nosotros con semejante predicación: Tú, en cambio, cuando des limosna, que no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha.

Hermanos, en este mundo huyamos de lo que está a la izquierda, si en el venidero deseamos estar a la derecha y oír: Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os ha sido preparado

desde el origen del mundo (Mt 25,34). Hombre, da en la tierra al pobre lo que quieres que te quede en el cielo. Hombre, sé aquí compañero de milicia del pobre, si quieres reinar allí con nuestro mismo Señor Jesucristo, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

Sermón X.

Sobre conducir a los infieles al bautismo. Sobre el salmo 28 (29)

Todos los que alivian lo arduo de sus tareas y consuelan sus estrecheces prueban que el canto nos fue dado por naturaleza para consuelo del trabajo. Por eso los marineros superan con el canto los peligros del mar; por eso arrastran pesos inmensos con el alivio de los cantares; por eso una voz sonora hace a los caminantes remontar colinas empinadas; por eso el canto que va delante incita a los mismos guerreros a afrontar las amarguras de las batallas. Y, para no decir mucho, todo lo que hay de obra dura, de trabajo, lo vence y lo lleva a cabo un dulce cantar. Así, hermanos, unamos los cantos divinos al ayuno de la Cuaresma, para que una armonía celestial temple y alivie el peso de la abstinencia, invitándonos a ello el bienaventurado David, que, mientras con la flauta acaricia y deleita en los pastos a su querido rebaño, aprendió con el canto a superar las durezas de las guerras, con el canto pudo llamar a las naciones, hacer volver a los judíos, ahuyentar al demonio, convocar a los hijos de Dios al homenaje del Padre de lo alto, como cantó su melodía invitando bien.

Traed al Señor, dice, hijos de Dios (Sal 29,1). ¿Crees que llama así a los poderes celestiales? ¿O que adapta a los hombres para ser hijos de Dios? ¿Y que eleva la carne terrena a una naturaleza celestial? Traed al Señor, hijos de Dios. A hombres, hermanos, a hombres llama aquí el Profeta, a quienes en otro lugar celebra así como hijos de Dios: Yo dije: Dioses sois, e hijos del Altísimo todos (Sal 82,6). Hemos oído, hermanos, adónde nos ha llevado la dignación divina, adónde nos ha elevado la paternidad de lo alto: creámonos hijos de Dios, respondamos a nuestro linaje; vivamos para el cielo; reproduzcamos al Padre por la semejanza, para no perder por los vicios lo que hemos alcanzado por la gracia. Traed al Señor, hijos de Dios. Veis que el Padre celestial percibe el amor por los dones, el afecto por lo dado, prueba la caridad por las ofrendas. Y en verdad, hermanos, no se sabe hijo, carece de entrañas, niega la naturaleza, es ingrato con su padre quien no aplaca al autor de su vida con homenajes, no lo gana con el culto, no lo honra con dones.

Traed al Señor, hijos de Dios. Veamos qué es lo que aquí el Profeta nos recuerda y exhorta a traer a tan gran Padre. Traed al Señor, hijos de Dios, traed al Señor los hijos de los carneros. ¿Es esto todo lo que pide, lo que requiere: que la descendencia divina sea exhortada a ofrecer al Padre divino crías de ovejas, la vil prole del ganado terreno, partos esparcidos por el camino, semillas derramadas por los campos? ¿O acaso Dios, Creador de todas las cosas, requiere ahora víctimas sacrificiales judías, sacrificios cruentos, víctimas

que balan bajo los cuchillos? ¿Y dónde queda lo que dice? No tomaré de tu casa becerros, ni de tus rebaños machos cabríos, porque mías son todas las fieras de las selvas, las bestias de los montes y los bueyes. Conozco todas las aves del cielo, y la hermosura del campo está conmigo. Si tuviera hambre, no te lo diría: porque mío es el orbe de la tierra y su plenitud (Sal 50,9-12).

Y si rechazó esas cosas, ¿qué hijos de carneros pide que se le traigan? Habla a Abraham: Toma a tu hijo amado, y me lo ofrecerás en holocausto (Gn 22,2). Abraham, el carnero, maduro para la inocencia, longevo para la fe, perfecto para la víctima, dispuesto para el holocausto, traía a su hijo, el hijo del carnero: o más bien, se inmolaba a sí mismo en el hijo, santificaba su mente, alegraba su fe, para ser él mismo víctima y pontífice, sacerdote y sacrificio. Toda la pasión estaba allí en el padre, donde el hijo era inmolado; el hijo era colocado sin saberlo, el hijo era ajustado a las ataduras ignorándolo, para obtener de la pasión el martirio, del castigo del padre el premio, para arrebatar del combate del padre la corona. En efecto, la diestra del padre quedó suspendida, la espada del padre fue apartada, porque no se buscaba la muerte del hijo, sino que se probaba la caridad del padre: ni se pedía la sangre del hijo, donde toda la víctima consistía en el amor del padre, como dice la Escritura: Ahora sé que amas a Dios, porque no has perdonado a tu hijo unigénito por mí (Gn 22,12). Hemos llamado carnero a Abraham para probar que Isaac es hijo del carne-

ro: y así resplandece qué hijos de carneros quiere el Profeta que ofrezcamos al Señor.

Traed al Señor los hijos de los carneros. Se exhorta ahora al cristiano a traer a los hijos de los padres, de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles, de los mártires, de los confesores: cuando el rebaño del Señor es soltado al pasto de la fe, cuando el pastor celestial quiere que sus corderos sean llevados al redil del Señor, para que, dispersos por los parajes incultos de las naciones, no sean devorados por las acometidas de los lobos.

Pero lo que exhorta la voz divina, digámoslo ya con más llaneza. Traed al Señor los hijos de los carneros. Traed al Señor a los que han de ser bautizados; traed a los que concibe la fe, no la carne; traed a los que engendra la gracia de Dios, no la naturaleza mundana; traed a los que la inocencia hace corderos, no a los que retiene la torpeza del ganado: traed, traed a aquellos a quienes venir espontáneamente o se lo prohíbe la necesidad, o se lo impide la edad, o se lo retrasa la ignorancia, o los retienen los vicios, o los detienen los delitos, o los engaña la espera, o los confunde la pobreza con su vergüenza; conducid a los que quieren, atraed a los que no quieren, haceos una paga con la necesidad ajena: si un amo tiene un siervo catecúmeno, tráigalo, para tenerlo ya como fiel; ofrezca el padre a su hijo, no lo retrase, para conferir también la vida futura a aquel a quien dio la presente. Lleve el marido a su cónyuge a la fe, para que lo que es uno en la carne no quede dividido en el espíritu. Atraiga el amigo al amigo a la

salvación, para acreditar la caridad humana con la gracia divina. Lleve el ciudadano al forastero, el propietario a su huésped, a la mesa de Dios, para ser humano sin gasto propio con la abundancia divina.

Atraed a los que no quieren; nadie diga: «No quiere», porque también Abraham, para ofrecer a su hijo, lo ató (Gn 22,9); y a Lot los ángeles, para sustraerlo a las llamas, lo sacaron arrastrándolo con las manos (Gn 19,16); y a Pedro el Señor, para que fuera al martirio adonde no quería, lo ciñó con el poder de su auxilio, diciendo: Otro te ceñirá, y te llevará adonde no quieres (Jn 21,18). Y el Padre celestial no solo recibe a los que quieren, sino que atrae también a los que no quieren, como dice el Hijo: Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me envió (Jn 6,44). ¿Cómo se cree cristiano quien no lleva a Cristo lo añoso y lo viejo? ¿O cómo juzga que su casa es el redil de Dios, donde la cría del pastizal, rebaño de Dios, no da balido?

Os ruego y os conjuro, hermanos carísimos, por nuestro Señor, que todos estéis vigilantes en esto, para que en estos días nadie quede desterrado de la gracia de Dios, nadie de la regeneración divina, para que lo que Dios ha de conferir a otros por su gracia crezca y redunde en gozo vuestro. Somos hombres que vivimos en la incertidumbre, y no sabemos lo que dará a luz el día que sobrevenga (Prov 27,1). Obremos, pues, amadísimos, para que los siervos, los hijos, los cónyuges, los padres, sorprendidos por la muerte, no carezcan de la vida presente y no lleguen a la futura.

Sermón XI.

Sobre el ayuno y las tentaciones de Cristo

Lo que la curiosidad humana, lo que el trabajo de los antiguos, lo que la sabiduría mundana, buscando y buscando largo tiempo, no pudo hallar, eso la ley divina concedió fácilmente saberlo y no saberlo. De dónde el mal, de dónde la culpa, de dónde la fuerza de los vicios, de dónde el furor de los crímenes, de dónde las guerras de los cuerpos, de dónde los conflictos del alma, de dónde tan gran tempestad de la vida, de dónde tan cruel naufragio de la muerte: el hombre no lo sabría, si la ley de Dios no hubiera delatado al diablo. El diablo, autor del mal, origen de la maldad, enemigo del mundo, adversario siempre del segundo hombre: él tiende lazos, prepara caídas, cava fosas, dispone ruinas, aguijonea los cuerpos, punza las almas, sugiere pensamientos, infunde iras, da las virtudes al odio, da los vicios al amor, siembra errores, alimenta discordias, turba la paz, disipa los afectos, desgarra la unidad, sabe mucho del mal, nada del bien, viola lo divino, tienta lo humano.

De ahí se refiere que el tentador temerario llegó hasta Cristo, así: Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, después tuvo hambre; y acercándose el tentador le dijo: Si eres

el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes (Mt 4,2-3). Los que oyen esto no vayan contra Dios, no acusen a la naturaleza, no ultrajen al autor, no culpen a la carne, no se quejen del alma, no ataquen a los tiempos, no lo imputen a los astros; dejen de difamar la inocencia de la criatura, entiendan que el mal es accidente, no creado, y que Dios es Creador del bien, el diablo inventor del mal: y así atribuyan los males al diablo, los bienes a Dios; apártense de los males, hagan el bien, pues tendrán en el bien a Dios por ayudador, que da poder hacer lo que manda, y lo que prescribe lo hace él mismo: porque así como el diablo empuja a los males, así Dios conduce a los bienes. Nadie, pues, obedezca a los vicios como si hubieran sido creados juntamente con él, ni piense que es de la naturaleza lo que es del crimen; sino tome con Cristo las armas del ayuno, rechace las acometidas de los crímenes, derribe los campamentos de los vicios, y obtenga la victoria sobre el autor mismo del mal, combatiendo Cristo; vencido el diablo, los vicios nada podrán: porque, muerto el tirano, quedan deshechas las filas del tirano. Escucha al Apóstol que dice: No es nuestra lucha contra la carne y la sangre, sino contra los espíritus de maldad en las regiones celestes (Ef 6,12).

Entonces, dice, Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu (Mt 4,1). No por el diablo, para que fuera un curso divino, no una acometida humana; para que fuera el Espíritu de la presciencia, no la ignorancia humana; y fuera la potestad de Dios, no la potestad del enemigo. El diablo

golpea siempre los comienzos del bien, tienta los rudimentos de las virtudes, se apresura a apagar lo santo en su mismo nacimiento, sabiendo que, una vez cimentado, no puede derribarlo. Cristo, que no lo ignoraba, condescendió pacientemente con el diablo que lo buscaba, para que el enemigo quedara atrapado en su propio lazo, y fuera cogido allí donde pensaba coger; y así, vencido por Cristo, cediera ante los cristianos.

Y habiendo ayunado, dice, cuarenta días y cuarenta noches. Veis, hermanos, que el que ayunemos la Cuaresma no es invención humana; es autoridad divina, y es místico, no una presunción; ni procede del uso terreno, sino de los secretos celestiales. La Cuaresma, cuatro decenas, contiene la disciplina cuadrada de la fe, porque la perfección es siempre cuadrada. Qué misterios encierran en el cielo y en la tierra el número cuatro y el número diez, puesto que ahora no hay tiempo de abrirlo, expliquemos el ayuno que el Señor comenzó. Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches. Hombre, Dios ayuna en ti, tiene hambre en ti; o más bien, ayuna para ti, tiene hambre para ti, él que para sí, así como no sabe comer, así no puede tener hambre. Así pues, cuando Cristo ayuna por causa tuya, tiene hambre de ti.

Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, después tuvo hambre. Esto no es señal de debilidad, sino insignia de poder; porque, cuando dice: después tuvo hambre, prueba que en los cuarenta días y cuarenta noches no hubo hambre en él. Sentir el hambre y vencerla es propio del

esfuerzo humano: no tener hambre es propio del poder divino. Así pues, Cristo no se cansa por el ayuno, no tiene hambre por el hambre; sino que Cristo tuvo hambre para que el diablo hallara materia para tentar, porque no se atrevía a acercarse a él mientras ayunaba, porque, ayunando así, lo percibía Dios, no hombre. Entonces percibió un hombre, entonces lo creyó mortal, entonces pensó que podía ser tentado, cuando el astuto espía vio que tenía hambre.

Y acercándose el tentador dijo. Se acercó con el dolo de quien tienta, no con el afecto de quien rinde homenaje. Se acercó más desvergonzado de lo que se retiró; pero oigamos qué ofreció al hambriento. Di que estas piedras se conviertan en panes. Al hambriento le ofrece piedras: tal es siempre la humanidad del enemigo; así alimenta el autor de la muerte; así el envidioso de la vida: Di que estas piedras se conviertan en panes. Diablo, te engaña tu provisión. Puede convertir el hambre en hartura quien puede cambiar las piedras en pan. ¿Qué le importa tu consejo a quien le basta su propio poder? Di que estas piedras se conviertan en panes. Diablo, te has delatado a ti mismo y no has alimentado a tu Señor. Di que estas piedras se conviertan en panes. ¡Desdichado! Quieres ser malo, pero no puedes; deseas tentar, pero no sabes; al hambriento debiste ofrecerle cosas tiernas, no duras; debiste halagar el hambre no con asperezas, sino con blanduras; debiste apremiar la inanición no con cosas horribles, sino con golosinas. Con estas cosas no habrías podido atrapar no ya al Hijo de Dios, sino ni siquiera a un

hijo de hombre. Entiende, tentador, que ante la presencia de Cristo se te pierden tus artes. Di que estas piedras se conviertan en panes. Puede hacer panes de las piedras quien convirtió el agua en vino. Pero los signos han de concederse a la fe, no al dolo; han de darse al que cree, no al que tienta; y han de hacerse para la salvación del que pide, no para injuria del que los hace. Diablo, ¿para qué quieres tú signos, a quien nada socorre para la salvación, a quien todo le queda para el castigo, a quien aun los signos le aprovechan para la ruina?

Pero recibe la respuesta, para que te entiendas a ti mismo y te sometas a tu autor. No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios (Mt 4,4). Escucha al Verbo del Padre tener hambre de las palabras de nuestra salvación, no de pan, y obrar para que el hombre viva siempre de la palabra celestial, no siempre del pan terreno: y así viva para Dios, de modo que no sepa de su fatiga; porque aquella es verdaderamente vida que no conoce el sudor, no tiene dolores, no tiene fin.

Sermón XII.

Sobre lo mismo

Puesto que vemos que ha llegado la primavera del ayuno y el tiempo de las guerras espirituales, salgamos, como soldados de Cristo, depuesto el entorpecimiento del cuerpo y del alma, al campo de las virtudes, para que los miembros que se nos han ablandado con el ocio invernal se robustezcan con el ejercicio de las armas celestiales. Hemos dado al cuerpo un año, demos al alma unos días; empleamos los tiempos en nosotros, asignemos un tiempo al autor; vivamos un poco para Dios los que hemos vivido del todo para el mundo; dejemos a un lado los cuidados domésticos, permanezcamos en el campamento de la Iglesia; velemos en la línea de batalla de Cristo; no busquemos el sueño de los lechos; unámonos a los valientes; separémonos de los abrazos muelles; que nos posea el amor de los triunfos, que no nos distraigan las caricias de los pequeños; que resuene en nuestros oídos la voz divina; que el ruido de la casa no confunda nuestro oído; tómese un alimento parco de la ración celestial; no se buscará la abundancia del lujo terreno; en las copas guárdese la medida de la sobriedad; que la embriaguez no enerve las fuerzas. Lo que sobre de la soldada, tómelo el pobre compañero

de milicia; que el derroche pestilente nada pierda; en el combate tendrás por auxilio al compañero hambriento al que alimentes.

Así fortificados, hermanos, así equipados, declaremos la guerra a los pecados; dispongamos la lucha contra los crímenes, anunciemos el combate a los vicios, seguros de la victoria: porque ni los enemigos terrenos podrán vencer las armas celestiales, ni los adversarios mundanos podrán oponerse al rey divino; ni el derribo enemigo podrá sorprender a los que están en orden de batalla de la fe; ni el diablo logrará perturbar con sus asaltos a los cautos, a los vigilantes, a los sobrios; ciertamente ni siquiera se atreverá a provocarnos, armados así, a un combate abierto: no osará acometernos con engaños. Persevere el ánimo en la atalaya celestial; reprima y esquive las asechanzas engañosas y ocultas del diablo.

El diablo es, sin duda, malvado por sí mismo, pero se vuelve más malvado cuando se le provoca. Escucha al apóstol que dice: El diablo, como león rugiente, ronda buscando a quién devorar (1 Pe 5,8). Mientras nosotros ayunamos, el diablo tiene hambre, él que siempre se sacia de nuestras culpas. Él lleva nuestro alimento a la glotonería; derrama nuestra bebida en embriaguez, para hacer de la mente demente, volver fangosa la carne, reducir el cuerpo, domicilio del ánimo, vaso del alma, muro del espíritu, escuela de las virtudes, templo de Dios, a escena de crímenes, a desfile de vicios, el placer a teatro. Él se sacia, obtiene placer, se harta de banquetes, cuando el lujo nos disuelve, la lujuria aguijonea, la ostentación arre-

bata, la ambición empuja, la ira apremia, el furor llena, la envidia enciende, la codicia inflama, los cuidados inquietan, los pleitos atormentan, las ganancias atrapan, la usura ata, los documentos de deuda ligan, las bolsas oprimen, el oro aplasta. Cuando mueren las virtudes, viven los vicios, el placer se desborda, la honestidad perece, la misericordia desfallece, la avaricia abunda, la confusión reina, el orden sucumbe, la disciplina es derribada. Estos combaten contra el soldado de Cristo; estas son las cohortes de Satanás, estas las legiones del diablo, estos son los que han asediado el mundo con sepulcros, han debelado a los pueblos, han devastado a las naciones, han llevado cautivo a todo el orbe. Estos son a los que ningún mortal pudo hacer frente por sí mismo: y por eso, para vencerlos, vino Dios mismo, el rey del cielo descendió él mismo, llegó él mismo, vencedor singular, estableciendo el ayuno de la Cuaresma en orden de batalla, para fortificar con las cuatro decenas del ayuno toda la cuadratura del mundo con una muralla inexpugnable.

El ayuno, hermanos, sabemos que es la ciudadela de Dios, el campamento de Cristo, el muro del espíritu, el estandarte de la fe, la señal de la castidad, el trofeo de la santidad. Este lo habría guardado Adán en el paraíso, a quien la gula sacó de allí (Gn 3). Este lo guardó Noé en el arca, cuando la embriaguez anegó el mundo (Gn 7). Por este Lot extinguió el incendio de Sodoma, él que por la embriaguez fue abrasado por el fuego del incesto (Gn 19). Este hizo resplandecer a Moisés con la luz del fervor divino, cuando el desenfreno

y la embriaguez entenebrecieron al pueblo de Israel con los errores de los ídolos (Ex 32). Este llevó a Elías al cielo, cuando la embriaguez arrojó al impío Ajab a los infiernos (2 Re 2). Este hizo a Juan mayor entre los nacidos de mujer, cuando la borrachera hizo del príncipe Herodes un homicida por mandato de mujeres (Mc 6).

El ayuno de la Cuaresma, hermanos, delató y puso al descubierto las antiguas asechanzas del diablo. Pues el diablo, que había despreciado a Cristo cuando comía, lo había contado como hombre cuando bebía; cuando lo vio ayunar, sospecha que es Dios, confiesa al Hijo de Dios. Si eres el Hijo de Dios, dice, di que estas piedras se conviertan en panes (Mt 4,3). Al decir esto, el diablo quiere mostrar un hombre, no a Dios: no quiere preparar alimento, sino que quiere cortar el ayuno. Si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes. Después del ayuno, no el poder divino, sino la debilidad humana busca el pan; ni Dios se cansa de tal modo por el hambre que renuncie a proveerse de alimento, lo cual está en su potestad.

Así, por lo que sigue, el diablo descubre lo que intenta: Si eres el Hijo de Dios, échate abajo (Mt 4,6). Bien claramente quiere probar que es hombre, a quien no le procura una subida, sino una caída: la condición humana se halla difícil para subir, fácil para caer. Si eres el Hijo de Dios, échate abajo. Te equivocas, diablo: ni siquiera sabes tentar: Dios no puede caer.

Entonces le mostró todos los reinos del mundo, y su gloria, y le dijo: Todo esto te daré, si

postrándote me adoras (Mt 4,8-9). ¡Oh audacia del diablo! A Dios le dice: «Adórame»; pero al punto sintió que era Dios por sus poderes, juez por sus castigos, aquel a quien buscaba hacer suplicante con premios: pues en el nombre de Cristo, en el nombre del que ayunaba, comenzó a ser ahuyentado de los cuerpos poseídos, y a dar gloria, temblando, a aquel a quien, soberbio, había infligido astutamente injurias: venció con ayunos, para otorgarnos de este modo las fuerzas para vencer, la forma de vencer. Esta clase, dice, no se expulsa sino con el ayuno y la oración (Mt 17,21). Ayunemos, pues, hermanos, si queremos imitar a Cristo, si queremos superar las engañosas astucias del diablo.

Sermón XIII.

Sobre lo mismo

He aquí el tiempo en que el soldado sale al campo, el cristiano vuelve a los ayunos de Dios. He aquí el tiempo en que se han de deponer el ocio de la carne, la desidia de la mente, el cuidado del vientre y todo el entorpecimiento del homenaje doméstico. He aquí el tiempo en que se han de ejercitar las fuerzas del alma y del cuerpo en el adiestramiento de las armas celestiales. He aquí el tiempo en que, presidiendo Cristo y asistiendo los ángeles, se ha de ejercitar la fortaleza de nuestra lucha. Ahora es el tiempo en que la gula combate con el ayuno, la abstinencia con la glotonería, la castidad con la disolución, la fe con la incredulidad, la piedad con la impiedad, la paciencia con el furor, la codicia con la liberalidad, la misericordia con la avaricia, la humildad con la soberbia, la santidad con la culpabilidad, remunerando Cristo.

Así pues, si alguno, mientras Dios mira, resonando ya la trompeta celestial, apremiando el encuentro con los ángeles, enredado en los atractivos del aposento, enervado por la molicie de las palmas, del todo relajado por las caricias conyugales, descuida venir al ejercicio de la virtud, pierde el premio de la lucha, la gloria de la virtud,

la palma del certamen, la corona de la justicia; incluso será multado en el futuro con el crimen de desertor. Hoy, hermanos, Cristo nuestro rey ha arengado a sus compañeros de milicia desde el tribunal del Evangelio, ha declarado la guerra a los enemigos, ha prometido premios a los que han de combatir, ha expuesto las causas de las guerras, ha descubierto los engaños y los intentos de los enemigos; dónde, cuándo y cómo hemos de combatir lo ha señalado con una disposición triunfal. Y aunque él solo podría obtener la victoria, sin embargo, por nosotros y por nuestro espanto, mandó que estuvieran presentes todas las guarniciones de lo alto. Así pues, quien no quiso oír estas cosas, quien despreció conocer tales y tan grandes estatutos de nuestro rey, juzgad si no se ha despojado a sí mismo de los juramentos de nuestra milicia, y no se ha hecho desterrado de la camaradería celestial.

Pero vosotros, hermanos, que queréis seguir en este ayuno de Cuaresma la forma del ayuno del Señor, mostrad que habéis de combatir, como dijimos antes, contra las tropas de los vicios, contra las líneas de batalla de los crímenes, contra las formas informes de las concupiscencias, contra las legiones de los demonios, todas aéreas, todas dispersas e innumerables, y que habéis de triunfar, por las mismas tentaciones que siguen al ayuno del Señor. Pues cuando el Señor emprendió el ayuno de Cuaresma con aquella prueba incansable de su poder, el diablo salió enseguida a su encuentro para combatir con engaños, ya que no podía resistir con fuerzas al que ayunaba. Pues

cuanto domina a los entregados a la glotonería y a los ebrios, tanto teme a los que oran, tanto huye de los que ayunan, como dice el Señor: No se expulsa sino con el ayuno y la oración (Mt 17,21).

Pero oigamos con qué fraude se atrevió a tentar el diablo: Si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes (Mt 4,3). Habéis oído lo que el enemigo mismo siente y juzga de los ayunos. Si eres el Hijo de Dios. Veis que ya no lo cree hombre, sino Hijo de Dios, a quien había visto libre de la servidumbre del vientre. Sintió, sintió el diablo que el ayuno se antepone a todas las virtudes. Había visto a Juan cambiar las delicias de las ciudades por la morada del desierto escabroso, pisotear la molicie de la carne con la aspereza del vestido, refrenar con alimento silvestre toda la disolución del mundo, y, lo que es la única insignia de la deidad, perdonar a los hombres los pecados. Y sin embargo no le dijo: «Si eres el Hijo de Dios». Pero cuando vio al Señor ayunar sin interrupción, proclama: Si eres el Hijo de Dios. Se equivoca el diablo, que lanza contra el Señor las maldades y los argumentos de su astucia. Si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes. ¿Qué significa que, mientras Cristo ayuna, busque todas las señales de la deidad en la sola promesa del pan? ¿Y a quien por la señal continua del ayuno presiente que es Hijo de Dios, desea probar que es Hijo de Dios por la provisión del pan, por el cuidado del vientre? Si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes. ¿Por qué no dijo: «Si eres el Hijo de Dios, di que se hagan hombres, o ángeles,

o alguna otra cosa», sino di que estas piedras se conviertan en panes? Pide la señal del pan quien teme mucho la señal del ayuno. Pide la señal del pan para huir de la señal del ayuno, temible para él. El mal consejero mete el pan por delante, para cambiar la virtud, para violar el propósito del que ayuna.

Pero veamos qué respondió acerca del pan el Pan que bajó del cielo: No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios (Mt 4,4). ¡Qué verdaderamente vive de la palabra de Dios el Verbo de Dios! ¡Qué verdaderamente el pan no necesita del pan! ¡Qué divinamente convierte las piedras en hombres quien de las piedras suscita hijos a Abraham (Mt 3,9) como señal de su majestad!

Y como el enemigo desvergonzado no sabe ser vencido una sola vez, para múltiple triunfo del vencedor, puso al Señor sobre el pináculo del templo, y dijo: Si eres el Hijo de Dios, échate abajo (Mt 4,5-6). ¡Oh señal! Échate abajo: con más propiedad habría dicho: «Si eres el Hijo de Dios, sube al cielo», puesto que es propio del hombre caer a lo profundo, propio de Dios subir a lo alto. Si eres el Hijo de Dios, échate abajo. Así persuade a los suyos, así provee siempre a los suyos; así eleva a los suyos, para precipitarlos desde lo alto con más violencia en la ruina. Si eres el Hijo de Dios, échate abajo. El diablo se delata con sus consejos: Échate abajo. Busca caídas, ordena despeñaderos, y con tal consejo hace mártires por África sin estrépito, diciendo: «Si quieres ser mártir, échate abajo»,

para empujarlos desde lo alto a la muerte, no para levantarlos de lo bajo y elevarlos a la corona.

Y así como el diablo se delata con sus consejos, así el Señor se revela con su respuesta, cuando dice: No tentarás al Señor tu Dios (Mt 4,7). Al decir esto, quiso que se entendiera que él mismo era Señor, que él mismo era Dios, él que no solo se dio a la tierra desde el pináculo del templo, sino que se arrojó desde los cielos hasta los infiernos, para que hubiera, no la forma de los que caen, sino la resurrección de los muertos.

Advertid, hermanos, si el cruel enemigo, aunque vencido muchas veces, podría ceder ante el hombre, él que oye y siente al Señor Dios, y sin embargo no deja todavía de tentar. Lo puso sobre un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo, y su gloria, y le dijo: Todo esto te daré, si postrándote me adoras (Mt 4,8-9). Dice esto, no como quien puede dar, sino engañar; no para conferir lo prometido, sino para quitar con promesas lo mismo que se tiene. Todo esto te daré. Ofrece a Dios lo que es de Dios, promete al autor lo que es del autor: persuade a que adore el que ha de ser adorado por todos, y, cegado por sus osadías, confiesa antes del juicio al juez cómo engañaba a los sencillos. A quien el Señor responde no tanto con el testimonio de la Ley como con el imperio de su divinidad: Adorarás al Señor tu Dios (Mt 4,10): tú adorarás a aquel Señor Dios ante quien doblan la rodilla todas las cosas, no solo las celestiales y las terrestres, sino también las de los infiernos (Flp 2,10). Adorarás, pues, tú, rechinando y aullando en el infierno, a

aquel a quien ahora, desertor temerario, invitas a adorarte.

Así pues, el diablo, rechazado tantas veces y de tal manera por el Señor, ronda ahora con todo su furor en torno a nosotros, siervos del Señor; y como Cristo arenga a sus soldados, así arenga él a los suyos, y arma a sus ministros. Dice, pues, el diablo: «El tiempo nos derrota ahora gravemente con la observancia del ayuno: por la gula, por la glotonería, por las embriagueces, por la disolución no podemos atacar a los hombres; armad pleitos, sembrad discordias, excitad odios, provocad iras, inspirad mentiras, arrancad perjurios, sugerid blasfemias, difundid palabrerías, infundid engaños, avivad la avaricia, procurad ganancias torpes, para que lo que el vientre no gasta ahora en disolución, lo encierre al menos la bolsa y lo guarde para el castigo. Guardaos ante todo de que la misericordia, de que la limosna, de que la humanidad borren nuestros trabajos pasados, quiten los presentes, supriman los futuros».

Pero nosotros, hermanos, reconociendo los avisos de nuestro rey y oyendo lo que el diablo ha mandado a los suyos, llevemos a cabo nuestros ayunos sin pleito, sin clamor, sin ira, sin engaño, sin simulación, con toda misericordia, caridad, piedad: para que el Señor Cristo, que, despreciando las víctimas sacrificiales cruentas de los ganados, pidió el sacrificio de un espíritu contrito y de un corazón quebrantado (Sal 51,19), aplacado y propicio, tome en el silencio de la paz las víctimas de nuestro ayuno.

Sermón XIV.

Sobre los frutos de la limosna, sobre el salmo 40 (41)

A los diestros en las batallas la trompeta militar les hace sonar la disciplina; a los inexpertos solo les da un clamor aterrador: como maestra de las guerras, da fuerzas a los suyos y pavor a los enemigos. Quien combate sin trompeta no es soldado: lo arrastra el furor, no la batalla; no obra por valor, sino por peligro; busca perecer, no vencer. Hemos dicho esto para que el soldado de Cristo entienda por qué se ha dispuesto el canto celestial. Situados en el campo del mundo, sostenemos la lucha con el diablo, con los vicios. Cuantas veces, pues, truena para nosotros el clamor profético, otras tantas nos ha hecho cautos en la paz, valientes en la formación e invencibles en el combate.

Pues hoy el bienaventurado salmista nos convoca con su clamor a un entendimiento celestial: Bienaventurado el que entiende acerca del necesitado y del pobre (Sal 41,2). ¿Y qué entendimiento cabe donde la pobreza está declarada? El entendimiento tiene su fuerza si escudriña las entrañas, si descubre lo oculto, si desnuda lo cubierto. Pero lo que está puesto ante los ojos, expuesto en público, impuesto por los hechos, no es entender, sino ver. Aterido por la desnudez,

consumido por el hambre, reseco por la sed, tembloroso de cansancio, lívido por la carencia: ¿qué trabajo cuesta entender que es un necesitado? Y si el entendimiento no cuesta trabajo alguno, ¿de dónde viene el fruto del entendimiento? Oremos, hermanos, para que nos conceda entender lo que ha de entenderse aquel mismo que muestra que así se le entiende en el pobre. Que el mismo que cubre el cielo esté desnudo en el pobre, que la saciedad de todas las cosas tenga hambre en el hambriento, que la fuente de las fuentes tenga sed en el sediento: ¿cómo no ha de ser grande entender esto? ¿Cómo no ha de ser bienaventurado entender que sea holgada la pobreza para aquel a quien el cielo le es estrecho; que el que enriquece al mundo pase necesidad en el necesitado; que el dador de todas las cosas pida un trozo de pan, un vaso de agua; que Dios se abaje por amor al pobre de tal modo que no asista al pobre, sino que él mismo sea el pobre? Aquel a quien Dios ha concedido ver esto, lo ve.

Pero cómo trasvasó al pobre en sí, o se derramó él mismo en el pobre, que nos lo diga ya él: Tuve hambre, dice, y me disteis de comer (Mt 25,35). No dijo: «Tuvo hambre el pobre, y le disteis de comer», sino: Tuve hambre yo, y me disteis de comer a mí. Lo que recibió el pobre, proclama que se le dio a él; lo que comió el pobre, dice que lo come él; lo que bebe el pobre, atestigua que se le vierte a él. ¡Oh, lo que hace el amor al pobre! Dios se gloría en el cielo de aquello por lo que el pobre se sonroja en la tierra, y tiene por honra suya lo que al pobre se le cuenta como afrenta. Bastaba haber

dicho: me disteis de comer, me disteis de beber; pero antepone: Tuve hambre, tuve sed, porque pequeño habría sido su amor al pobre por haber asumido al pobre, si no hubiera asumido también los padecimientos del pobre; y ciertamente el amor verdadero solo se prueba con padecimientos. Amor verdadero es haber hecho propias las angustias del angustiado: sobremanera le sabe a Dios la comida del pobre, pues el que no tiene hambre de los bienes de toda la creación anuncia proféticamente, en el reino de los cielos, delante de todos los ángeles, en la asamblea de los que resucitan, que fue saciado con el alimento del pobre. Que Abel padeciera (Gn 4), que Noé salvara al mundo (Gn 6), que Abraham abrazara la fe (Gn 15), que Moisés trajera la Ley (Ex 20), que Pedro subiera a la cruz cabeza abajo: de eso Dios calla, y proclama solo esto, que el pobre comió. En el cielo la primera ración es la del hambriento; la paga del pobre es lo primero que se trata en el cielo; lo que se gasta en el pobre es lo primero que se escribe en los diarios divinos. Bienaventurado aquel cuyo nombre se lee ante Dios cuantas veces se recita en el cielo la cuenta del pobre.

Pero oigamos también el fruto de esta bienaventuranza: En el día malo lo librará el Señor. Quien sabe que lleva su vida a través de los males del mundo, lleve siempre consigo el auxilio de la limosna, llame en su defensa a escuadrones de pobres, abunde como generoso repartidor en el sustento de los pobres, frecuente el don a los pobres, no tiemble al gastar; no sabe de penuria aquel a quien tiende la mano un parco receptor;

no puede agotarse el tesoro del que basta una moneda: En el día malo lo librará el Señor. En el día malo Dios asistirá como libertador a aquel que libró de males al pobre. En las angustias Dios oirá el clamor de aquel que oyó al pobre cuando clamaba. No verá el día malo quien hizo que el pobre tuviera días buenos. Verá el día malo quien entre en el día del juicio sin la abogacía de la pobreza: en vano acusan los pecados a quien el pobre excusa. No puede ser excusado aquel a quien ha acusado el hambre del pobre.

El Señor, dice, lo conserve y le dé vida (Sal 41,3). No dijo: «conserva y da vida», sino que dijo: conserve y dé vida. Lo dijo de modo que esta no fuera la voz de quien anuncia, sino la de quien ruega. El que oyó al necesitado que rogaba, he aquí que ha oído a la Iglesia que en todo el orbe ruega así por él: El Señor lo conserve y le dé vida. Lo conserve, para que no sea arrebatado al castigo; le dé vida, para que resucite de entre los muertos y recobre la vida. Y no lo entregará en mano de su enemigo. ¿De qué enemigo? Del diablo, sin duda: él es el príncipe de las enemistades; desprecia a los enemigos quien ha pisoteado al autor mismo de las enemistades.

Pero el Señor lo ayude sobre el lecho de su dolor (Sal 41,4). El Profeta recorre todas las miserias de la fragilidad humana. Pero el Señor lo ayude sobre el lecho de su dolor. ¿Cuál es el lecho de nuestro dolor, sino nuestro cuerpo? En él yace el alma, y yace doliente, y siente dolor, ella que, deseando volver al cielo, es oprimida por la tierra del cuerpo.

Has vuelto todo su lecho en su debilidad. No vuelve en el lecho al justo, ni al injusto; sino que el Señor vuelve el lecho para el débil. Es, pues, la carne la que es vuelta y la que vuelve. Ella es, pues, la que se revuelve en la adversidad y vuelve en la prosperidad. El Señor, pues, vuelve nuestro lecho cuando nos convierte la adversidad en prosperidad; y como en el lecho del dolor, esto es, en el lecho del cuerpo, se revolvía el ánimo enfermo, el mismo que se revolvía clama: Yo dije: Señor, ten misericordia de mí, sana mi alma, porque he pecado contra ti (Sal 41,5). Porque siente que por el consentimiento de la carne ha contraído la dolencia del ánimo, implora que el alma sea sanada; y pide misericordia confiado, porque tuvo misericordia con el pobre. Bienaventurado el que, prestando a interés al pobre, hizo deudor suyo al juez mismo.

Sermón XV.

Sobre el centurión

Vais a oír hoy, hermanos, cómo un centurión de una cohorte romana se hizo jefe de la milicia cristiana; y con razón, porque comenzó a enseñar antes que a creer. Vino Jesús, dice, a Cafarnaún, y se le acercó un centurión rogándole y diciendo: Señor, mi siervo yace en casa paralítico, y sufre terribles tormentos (Mt 8,5-6). Y Jesús le dijo: Yo iré y lo curaré (Mt 8,7). Y respondiendo el centurión, dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo, pero di solamente una palabra, y mi siervo quedará sano: porque también yo soy un hombre puesto bajo potestad, que tengo soldados bajo mis órdenes, y digo a este: Ve, y va; y a otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace (Mt 8,8-9). Veis que el centurión, antes de asumir el oficio de discípulo, había obtenido en suerte el puesto de maestro. Pues ofrece la forma de pedir, da la norma de creer; expone las razones de la fe; recomienda ejemplos de virtudes, él, que aún no había ingresado en la disciplina de la escuela cristiana.

Se le acercó un centurión rogándole. Esto es saber, no rogar. Mi siervo yace en casa. Defiende la causa del siervo como un maestro: verdadero centurión, que cambió la soldada terrena por el

fruto céntuplo del cielo, y elevó la servidumbre de la milicia del mundo a una dignidad divina. Señor, mi siervo yace en casa. Quien lo llama Señor reconoce fielmente su propia servidumbre. ¿Y cómo este centurión, que así reconoce al Señor, se atrevió a declarar suyo al siervo, como si no supiera que el peculio del siervo pertenece al Señor? ¿O ignora las cosas comunes quien enseña cosas tan secretas, tan profundas? Mi siervo. Lo llamo mío porque yace: si fuera tuyo, Señor, no yacería. Lo prueba el Profeta cuando dice: Mirad, bendecid ahora al Señor, todos los siervos del Señor, que estáis en la casa del Señor (Sal 134,1). Los que estáis en pie, dice, no los que yacéis; tus siervos están en pie, los siervos de los hombres yacen. Mi siervo que yace, para que sea tuyo, que se levante: mío, porque está paralítico; para que sea tuyo, que sea ya sanado. Mío, porque sufre terribles tormentos; para que sea tuyo, que no esté ya bajo castigo.

Señor, no conviene a tus siervos estar sujetos a los males; el castigo de tus siervos es una afrenta para ti; la fuerza de los males no debe poseer a tus siervos; tus siervos, aunque padezcan males, no los padecen para castigo, sino que los sobrellevan para la corona. Las adversidades no son para ellos causas de necesidades, sino causa de victoria. Siervos de los hombres son los que padecen males contra su voluntad, porque sus propios señores, desesperados, no pueden socorrerlos. Pero tú, Señor, a quien sirven los poderes, a quien obedecen las curaciones, a quien se someten las sanaciones, ¿cómo vas a contar por siervo tuyo a quien ves que

es siervo de tan grandes enfermedades? Conocida es tu bondad para con los malos; aun los impíos confiesan tu piedad; los extraños proclaman tu misericordia. ¿Habría yo de llamar tuyo a este, a quien, mientras yace, tu benignidad no busca?

Yace en casa, y sufre terribles tormentos. Por eso la magnitud de su castigo no permite sacarlo y presentártelo, para que una enfermedad doméstica, mostrada en público, no sea a la vez dolor y vergüenza. El centurión conmovió al juez al alegar tales y tantas cosas; y de tal modo lo conmovió, que logró que el Señor mismo del cielo quisiera ir a su siervo. Yo iré, dijo Cristo, y lo curaré. Hermanos, no fue el centurión quien arrastró a la piedad al autor de la piedad; ni empujó a Cristo a ir para aquello a lo que Cristo había venido: antes bien, al centurión se le enseña a percibir, a entender esto: por qué vino Cristo al siervo en un siervo, por qué vino Dios al hombre en un hombre; sin duda para levantar a los que yacen, para erguir a los quebrantados, para soltar a los encadenados, y para cargar él mismo, como clementísimo portador de su propia obra, con aquellos a quienes ya nadie podía ni traer ni presentar.

Pero oigamos ya lo que respondió el centurión: Señor, dice, no soy digno de que entres bajo mi techo. Dio la respuesta debida a la humildad; y con un pavor singular señaló que aquel era el Señor, al temer conducirlo a la casa de su alma, a lo secreto de su corazón, bajo el techo de su conciencia, a lo íntimo de su mente, donde se agita una familia de pensamientos desordenada y confusa,

que no permite que la sala del pecho humano permanezca, sin el estrépito de los vicios, en el silencio de la sinceridad. Así pues, con el temor por maestro, respondió: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo. Por eso Pedro, cuando reconoció a Cristo como autor de todas las cosas, exclamó diciendo: Sal de mí, Señor, porque soy un pecador (Lc 5,8). Pedro le ruega que salga de él del mismo modo que el centurión le suplica que no venga a él; pues uno y otro procuran que la indignidad del hospedaje no quede como afrenta para el huésped.

No soy digno de que entres bajo mi techo. Esto habría estado bien dicho antes de que Dios entrara en el hospedaje de nuestra carne: pero ahora, ¿por qué el centurión prohíbe así a Cristo entrar bajo su techo, si lo ve ya morando entero bajo el techo de su propio cuerpo? Hermanos, el centurión veía ya en Cristo la forma de su propio cuerpo, pero no veía en él las pasiones de su cuerpo. Nació Cristo en la carne, pero nació del Espíritu Santo: recibió el hospedaje de la carne, pero en la sala de una virgen, para que hubiera a la vez la verdad de un cuerpo humano, y no tuviera nada de la contaminación del cuerpo humano. Con razón, pues, juzga el centurión su techo indigno de Cristo, porque Cristo moraba bajo el techo singular de nuestro cuerpo: según aquello del Profeta: He velado, y me he vuelto como pájaro solitario en el tejado (Sal 102,8).

Pero di solamente una palabra, y mi siervo quedará sano. Este centurión, aunque estaba sin la Ley, nada hizo sin ley: dice: Di solamente una

palabra. Porque se había dicho: Él habló, y fueron hechas (Sal 148,5). Y si todas las cosas fueron llevadas a término con un decir, ¿cómo no va a curarse con solo un decir la enfermedad de uno? Di solamente una palabra: ¿y qué se dice sin palabra? Pero él pide una palabra no según el uso del hablar, sino según el poder del hacer; la palabra de la que se dijo: Envió su palabra, y los sanó (Sal 107,20). Di una palabra solamente. Porque él creyó que en la palabra residen todos los poderes. Tu palabra, Señor, es salud; tu palabra es vida; adonde llega tu palabra, de allí huye al instante el dolor, la enfermedad se retira enseguida; la palabra en la que Pedro, al echar las redes, cogió una multitud de peces, y sin la cual soportó la noche de la ignorancia y, pescador en vela toda la noche, no halló fruto alguno. Señor, dice, hemos trabajado toda la noche y no hemos cogido nada, pero en tu palabra echaré las redes (Lc 5,5).

Y como si no bastara lo que había alegado acerca de la palabra, que con una palabra puede concederse lo que pide, lo sostiene con hechos, lo recomienda con un ejemplo. Porque también yo soy un hombre puesto bajo potestad, que tengo soldados bajo mis órdenes, y digo a este: Ve, y va; y a otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. Porque también yo soy un hombre. Es decir: tú, Dios. Puesto bajo potestad. Es decir: tú, la potestad misma de las potestades. Que tengo soldados a mis órdenes. Es decir: tú, los poderes. Y digo a este: Ve, y va. Es decir: di a la enfermedad: Vete, y se va. A otro: Ven, y viene. Es decir: di a la salud: Ven, y viene. Y a mi siervo: Haz esto, y

lo hace. Ese siervo mío será también siervo tuyo, cuando haya recobrado la salud.

Que oiga; ¿qué ha de oír? Has quedado sano; no peques ya más (Jn 5,14); que obre la justicia, para que sea librado de la parálisis de todos los pecados, y pueda salmodiar con el Profeta: Vuelve, alma mía, a tu descanso, porque el Señor te ha hecho bien; porque rescató mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, mis pies de la caída (Sal 116,7-8). Agradaré al Señor en la región de los vivos (Sal 116,9). Hermanos, el que desea llegar al fruto céntuplo, que imite al centurión. Así pues, para no pasar a la ligera sobre la prudencia de este centurión, baste por hoy lo dicho de él: porque es un misterio grandísimo, en el que se representa en figura al gentil.

Sermón XVI.

Sobre los dos endemoniados

Que Cristo atraviese los mares, que recorra los lugares, no es cosa de un deseo humano, sino causa de la salvación humana. Cristo camina, no para ver lugares, sino para hallar a los hombres que habían perecido por diversas desgracias. El que había hecho los lugares, ¿qué cosa nueva podía ver en los lugares? ¿O qué le faltaba a aquel que estaba en todas partes? Como hombre era visto en los lugares, pero como Dios veía en todas partes; veía, en efecto, y veía a los desesperados, a quienes iba a prodigar remedios divinos; iba a la curación de aquellos a quienes ya les había faltado la curación humana, como lo ha probado la lectura de hoy.

Habiendo llegado Jesús, dice, al otro lado del mar, a la región de los gerasenos, le salieron al encuentro dos que tenían demonios, saliendo de los monumentos, sumamente feroces, de modo que nadie podía pasar por aquel camino (Mt 8,28). Grato es saber que el Señor supo y vio qué mal, qué peligro había para ellos en aquellos lugares; y que por eso fue allá, para socorrer a los tan desesperados, tan afligidos, tan desdichados.

Le salieron al encuentro dos que tenían demonios, saliendo de los monumentos. En los monu-

mentos habían puesto su sede los autores de la muerte. Atended qué saña, qué furor, qué rabia tienen los demonios contra el género humano: aunque no pueden soportar el breve tiempo de los hombres, no se contentan con que los hombres mueran, sino que ansían sepultar vivos a los hombres; se confinan en los sepulcros para devolver a los hombres a los sepulcros: se alimentan de cadáveres, se ceban de podredumbre, se deleitan en el hedor, ellos, cuyo único placer es que los hombres perezcan. Pero percibamos qué traman con engaños, qué maquinan con males aquellos cuya crueldad no tiene medida cuando obra a las claras. ¿Qué hacen estos cuando ostentan riquezas, sino sembrar la avaricia? Para implantar la soberbia, proponen la pompa. Pregonan la singularidad, para excluir lo que es de la comunión. Para alimentar la ira, colorean sus motivos. Para violar la piedad, dan quejas a los afectos. Fingen filosofía, para hacer que los hombres no sepan nada buscando más. Figuran muchos dioses, para que Dios, que es uno y verdadero, no sea conocido.

Le salieron al encuentro dos que tenían demonios. Cuando indica que muchos demonios se habían juntado en dos hombres, y una legión entera en uno solo, lo hace para enseñar que de los demonios hay que guardarse, no temerlos; y a la vez muestra cuán singular es el poderío de Cristo, pues con el solo nombre de Cristo se pone en fuga toda la multitud de los demonios. Le salieron al encuentro dos que tenían demonios. Traídos a su presencia, vinieron sin quererlo; por orden de

quien manda, no por su propia osadía; fueron arrastrados contra su voluntad, no corriendo por propia iniciativa. En efecto, ante la presencia de Cristo los hombres salen de los monumentos y, vuelta la suerte, llevan cautivos a aquellos por quienes habían sido cautivados; presentan al castigo a aquellos con cuyos tormentos eran torturados: disponen para la sentencia a aquellos por quienes habían sido ya condenados a los sepulcros.

Le salieron al encuentro dos que tenían demonios, sumamente feroces, de modo que nadie podía pasar por aquel camino. Veis que los demonios habían cerrado el camino a los que venían a Cristo, les habían negado el paso. Porque este es el afán de los demonios: que los hombres no puedan hallar el regreso a Dios. Pues no pueden poseer a los hombres de otro modo que apartándolos de la sociedad con su autor. De modo que nadie podía pasar por aquel camino. Por eso Cristo se hizo camino. De modo que nadie podía pasar por aquel camino. Aquel, no este. Yo soy, dice, el camino (Jn 14,6). Para que la fuerza de los demonios no pudiera oponerse a los que vienen al camino por el camino, a Dios por Dios: a Dios no se puede llegar sino por Dios.

Pero oigamos ya lo que gritaron los demonios. ¿Qué tenemos que ver contigo, Hijo de Dios? (Mt 8,29) Es decir: «Autor de la vida, ¿qué tienes tú que ver con los muertos? Morador del cielo, ¿qué tienes tú que ver con los sepulcros? Aroma del paraíso, ¿qué tienes tú que ver con el hedor? A nosotros, a quienes arrojaste del cielo, a quienes

excluiste del paraíso, a quienes ahora quitas las ciudades, a quienes niegas las regiones habitables, permítenos habitar al menos los sepulcros: y si nosotros somos dignos de tan gran persecución, tú no eres digno de tan gran afrenta». ¿Qué tenemos que ver contigo? ¿Qué? Lo que el juez con el reo, lo que el vengador con el culpable, lo que el rey con el desertor. ¿Qué tenemos que ver contigo, Hijo de Dios? Esto dicen los ladrones al propietario, los salteadores al dueño: retienen los despojos, llevan el botín, y preguntan qué tienen ellos que ver con el que reclama lo suyo. ¿Qué tenemos que ver contigo, Hijo de Dios? ¿Qué? Que devolváis a los hombres, que restituyáis el mundo a su autor; y que, viniendo el Creador, sepáis que ya nada os es lícito sobre las criaturas.

¿Qué tenemos que ver contigo, Hijo de Dios? ¿Has venido antes de tiempo a atormentarnos? ¿Qué tenemos que ver contigo? ¿Y vosotros qué tenéis que ver con los hombres? ¿Qué tenemos que ver contigo, Hijo de Dios? Reconocen, reconocen a Dios, lo confiesan juez, claman que deben comparecer a juicio, y alegan excepción sobre el tiempo. ¿Qué tenemos que ver contigo, Hijo de Dios? ¿Has venido antes de tiempo a atormentarnos? Al autor de los tiempos le oponen un tiempo. ¿Has venido antes de tiempo a atormentarnos? Se quejan del tiempo como si lo hubieran hecho a él junto con el tiempo, así como sepultaron vivos en los sepulcros. ¿Has venido antes de tiempo a atormentarnos? Una crueldad prematura corta el tiempo, se anticipa a la muerte, sepulta a los vivos: y se queja del tiempo, como si debiera tener

injustamente antes de tiempo lo que desea, y no ser castigada en cuanto ha brotado su malicia: la maldad endurecida del mundo pleitea sobre el tiempo. A los malos la paciencia les es breve, a los buenos la venganza tardía; lo que es largo para los ofendidos es corto para los que ofenden.

Había, dice, no lejos de ellos una piara de muchos cerdos paciendo (Mt 8,30). Y los demonios le rogaban diciendo: Si nos echas, envíanos a la piara de cerdos (Mt 8,31). Una servidumbre indigna pide lo que es digno de ella. Envíanos a la piara de cerdos. La maldad suplica ser enviada de los monumentos a los cerdos, porque no sabe dejar sus hedores, sino solo cambiarlos. Envíanos a la piara de cerdos. Caídos del cielo, buscan el cieno; tras las moradas etéreas, pretenden los revolcaderos de los cerdos. Envíanos a la piara de cerdos. Una piara es enviada a otra piara, para que se descubra la multitud de los demonios: para que aparezca que dos hombres cargaron con lo que no pudo soportar un gran número de cerdos.

Les dijo: Id. Y ellos, saliendo, se fueron a los cerdos; y he aquí que toda la piara se precipitó de golpe en el mar, y murieron en las aguas (Mt 8,32). Se entrega ese vil ganado, no para cumplir la voluntad de los demonios, sino para que por tal hecho se dé a conocer cómo se ensañan contra los hombres, cómo buscan la muerte de los hombres, ellos que buscaron así los cerdos para destruirlos. Todo lo que es, lo que se hace, lo que se mueve, lo que vive, los demonios arden en deseos de destruirlo, no de poseerlo. Que nadie, pues, presuma llegar a ser tal: su enemistad contra el género hu-

mano es antigua, su ira firme, su malicia resuelta. Los demonios no ceden si no están atados, no pueden dañar si no se les ordena. Se entrega, pues, ese vil ganado, para que brille que contra los hombres nada les es lícito a los demonios, a quienes hizo falta una orden para que les fuera lícito contra los cerdos. Nosotros, pues, o con nuestros vicios hacemos que ellos reciban potestad de dañar, o con nuestras virtudes, triunfando Cristo, pisoteamos los cuellos de los demonios sometidos a nosotros.

Sermón XVII.

Sobre el endemoniado

Hemos sabido hoy por la palabra del Evangelio que el Señor vino al otro lado del mar, a la región de los gerasenos, y que, al salir él de la barca, le salió al punto al encuentro, desde los monumentos, un hombre que tenía un espíritu inmundo, atado con cadenas y grillos (Mc 5,1-4); un hombre que tenía su domicilio en los monumentos: el autor de la muerte empolla las moradas de la muerte, y, ávido de la matanza humana, a aquellos a quienes no puede matar con su crueldad ansía darles fúnebre sepultura en vida. Se ensaña, se enfurece el ávido recaudador de nuestra perdición, para quien es castigo que el hombre nazca; se atormenta de que muera demasiado tarde: esta misma brevísima vida del hombre se empeña en desterrarla a horribles sepulcros; enemigo confuso y perverso en ambos sentidos, mete a los vivos en los sepulcros, pone comida a los muertos, derrama vino puro, para matar a los vivos e inquietar a los muertos.

El hombre era retenido atado con cadenas y grillos: atado por un crimen ajeno; y por la maldad de su habitante era atormentada la morada inocente. La culpa del diablo redundaba en castigo del hombre, y el salteador, encerrado

dentro, se cebaba en las miserias de su presa; y una envidia execrable expone no al que obra, sino al que padece. Deseando socorrer esta enfermedad, el Señor atraviesa el mar: es decir, en la nave de nuestro cuerpo pasa a los confines del mundo agitado; llega a las costas llenas de los naufragios de nuestra salvación, e inunda con el resplandor de su luz una región sumida en las ciegas tinieblas de la ignorancia, para descubrir las asechanzas del astuto enemigo y poner en fuga con potestad regia al príncipe mismo de la maldad espiritual con sus legiones; para devolver por fin libres a aquellos a quienes una potestad enemiga había tenido largo tiempo cautivos.

Viendo a Jesús de lejos, dice, corrió y lo adoró, y gritando con gran voz dijo: ¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, Hijo del Dios altísimo? (Mc 5,6-7) Te conjuro por Dios que no me atormentes. A una señal de Cristo se invirtió el orden de los castigos; antes, mientras el diablo hacía de bandolero, era vejado un hombre inocente; ahora el hombre corre, pero el diablo corre a su perdición: se inclina la carne, pero es el espíritu inmundo el que yace y queda postrado. Corrió y lo adoró. ¿Qué es esto, diablo? ¿A aquel a quien provocabas a la caída con triple tentación, a quien astutamente pretendías con la promesa de un reino para que te adorara, ahora, temblando y digno de lástima, te postras delante y lo adoras? He aquí que el que prometía todos los honores del reino y de la gloria es hallado habitando en túmulos fétidos por la corrupción de los cadáveres. Así, así engaña este cuando promete, para arrastrar consigo a los

infiernos, cuando, falaz prometedor, se burla de los que le consultan acerca de las cosas de arriba.

¿Qué tengo yo que ver contigo, Hijo del Dios altísimo? Pues también ahora este adora como adulador, no como devoto y obediente, deseando escapar del castigo, temiendo perder la presa. Cree el infeliz que a aquel a quien no pudo vencer con la tentación, ni doblegar con regalos, podrá conmoverlo con la adulación: pero él suele desatar a los atados, hacer volver a los cautivos, recobrar para sí los términos no adquiridos, sino establecidos por él; abatir al enemigo con libre poder, y no buscar con intriga seductora al enemigo que se ha adueñado de los suyos.

Y gritando con gran voz dijo: ¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, Hijo del Dios altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes. ¿Qué hace, qué padece la fragilidad humana, sometida a tales y tan grandes miserias? He aquí que el diablo, para atacar al hombre, clama con la voz del hombre por abogada: y todos los miembros del hombre militan a favor de su enemigo para su propia ruina. ¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, Hijo del Dios altísimo? ¿Qué tengo yo que ver contigo? Lo que el que ha de ser castigado con el juez, lo que el desertor con el rey, lo que el invasor con el dueño. ¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, Hijo del Dios altísimo? Si reconoces al Hijo, sin duda no ignoras al heredero: si conoces al heredero, ¿por qué te atreves a arrebatar la herencia? Te conjuro por Dios que no me atormentes. El tergiversador teme, y disimula: reconoce al Hijo, pero con su arte acostumbrado se empeña

en que no se le entienda Dios: conjura a Dios por Dios, para hacer que él mismo parezca otro, para engañar y burlar el oído de los presentes.

Jesús le preguntaba: ¿Cuál es tu nombre? (Mc 5,9) Pregunta: no lo ignora, sino que cumple el papel de juez, observa el procedimiento del juez instructor: pregunta el nombre para indagar sobre su condición, juzgar de su culpabilidad, condenarlo por su crimen y, dada la sentencia, demostrar plenamente que él es Dios. Respondió Legión, porque somos muchos. La pregunta de Cristo ahuyenta así nuestra ignorancia; nos descubre lo que estaba oculto: una legión contra uno solo. Es evidente la cobardía del soldado si abandona la formación, si retira el paso, si teme entablar combate; allí prevé que uno solo, aun cautivo, es más fuerte que un enemigo numeroso. Ante la presencia del rey, ¿qué son estos, que para capturar a uno solo, y ni siquiera recluta, se juntaron con toda la columna de su cohorte? ¿Dónde estarían si hubieran visto ya allí el estandarte de la cruz, las enseñas de Cristo? Ea, cristiano, avanza seguro: una tropa tan grande y tan numerosa, que así teme a un hombre inerme, huirá lejos si lo ve, si lo siente, si sabe que está armado.

Le suplicaban los espíritus diciendo: Envíanos a los cerdos (Mc 5,12). Mira dónde desea Satanás asentar su sede. De los sepulcros a los cerdos. Infectado una vez de podredumbre, busca moradas fétidas e inmundas; se deleita en la suciedad y en el cieno, él que, sin duda, se alimenta siempre del hedor de los crímenes y de la inmundicia de los vicios. Pero tal es su olor, del Tártaro y cruel, que

ni siquiera la naturaleza de los cerdos fue capaz de soportarlo: en efecto, prefirió hundirse en el mar y perecer en las olas antes que padecer su inmundicia y tolerar su podredumbre. Pero ¿qué pueden presumir los demonios, que ni siquiera los cerdos logran tocar si no se lo permite la potestad divina? Desdichado el que, dejando al juez, busca en vano el favor del verdugo, que no puede ni vejar ni perdonar, ni menguar los tormentos ni añadirlos, sino que, él mismo bribón condenado al azote, lo hace todo según el derecho y el albedrío del que juzga.

Sermón XVIII.

Sobre la suegra de Pedro, enferma y sanada

En la lectura de hoy el oyente atento ha aprendido por qué el Señor del cielo, restaurador de todas las cosas, entró en moradas terrenas y serviles. Pero no es de extrañar que se acercara dignándose a todas las cosas quien había venido clemente a socorrer a todos.

Habiendo entrado Jesús, dice, en la casa de Pedro, vio a su suegra acostada y con fiebre (Mt 8,14). Veis qué invitó a Cristo a la casa de Pedro: no, por cierto, el gusto de recostarse a la mesa, sino la enfermedad de la que yacía; no la necesidad de comer, sino la ocasión de la salvación; la obra del poder divino, no la pompa de un banquete humano. En la casa de Pedro no se derramaba vino, sino lágrimas: allí no turbaba a la familia el cuidado del banquete, sino el cuidado de la enferma: allí ardía la fiebre, no la glotonería. Por eso Cristo entró allí no para tomar un festín, sino para devolver la vida. Dios busca a los hombres, no las cosas humanas; desea dar lo celestial, no codicia hallar lo terreno: Cristo, pues, vino a recibirnos a nosotros, no a buscar lo nuestro. Habiendo entrado, dice, en la casa de Pedro, vio a su suegra acostada y con fiebre. Al entrar en la casa de Pedro, Cristo vio aquello a lo que había venido:

no miró la calidad de la casa, ni las turbas de los que salían a su encuentro, ni la pompa de los que lo saludaban, ni la afluencia de la familia; no, por cierto, el adorno mismo de los preparativos, sino que se fijó en el gemido de la enferma, atendió al incendio de la que tenía fiebre. Vio el peligro de la desahuciada, y al instante extendió las manos a la obra de su deidad: y no se recostó Cristo para lo humano antes de que la mujer que yacía se levantara para lo divino.

Le tomó, dice, la mano, y la fiebre la dejó (Mt 8,15). Veis cómo la fiebre deja a quien Cristo ha tomado: allí no se mantiene la enfermedad donde asiste el autor de la salvación; no tiene acceso allí la muerte donde ha hecho su entrada el que da la vida. Le tomó, dice, la mano. ¿Qué necesidad había de tocar, donde estaba el derecho de mandar? Pero Cristo tomó la mano de la mujer para la vida, porque Adán había recibido la muerte de la mano de una mujer. Le tomó la mano. Para que lo que se había perdido por la mano de la presuntuosa, lo reparara la mano del autor. Le tomó la mano. Para que recibiera indulgencia la mano que había arrancado la sentencia de muerte.

Y se levantó, dice, y le servía. ¿Y necesitaba Cristo el servicio de una mujer, y de una mujer de edad avanzada, de suma vejez, cargada de hijos? ¿No había, pues, en la casa de Pedro un esclavo nacido en casa, un criado, un familiar, un pariente, ni, desde luego, su mujer, que se adelantara al servicio de la madre? Y, en fin, ¿no veía el mismo Pedro motivos para su propia vergüenza, en que una anciana, una suegra, hiciera al maestro lo que

debía el discípulo? Hermanos, Cristo no exigía un servicio humano a aquella en quien había empleado el ministerio de su divinidad: pero admitió que ella sirviera como indicio de la salud devuelta. Cristo ahuyenta las enfermedades de tal modo que enseguida devuelve las fuerzas de antes: donde cura el arte, allí queda el cansancio de la enfermedad; donde sana el poder, allí la dolencia no deja huella.

Pero si queremos saber qué inteligencia espiritual se oculta en esta lectura, no busquemos las florecillas de las palabras: el que busca el fruto que sacia desprecia los parajes amenos de los campos: violetas, rosas, lirios, narcisos son flores gratas, pero más grato es el pan. Lo que es el olor para el olfato, eso es para los oídos el adorno del discurso; lo que da el pan a la vida, eso da la ciencia a la salvación. Hay que dejar a un lado, pues, el deleite de la elocuencia, cuando se requiere la fuerza de la ciencia.

Habiendo entrado Jesús, dice, en la casa de Pedro. Cristo vino a la casa de Pedro, para que la casa de Pedro viniera a Cristo. Cristo vino a la casa de Pedro entonces, cuando entró en las moradas de nuestra carne. Habiendo entrado Jesús en la casa de Pedro. ¿Cuál es la casa de Pedro? Aquella de la que dice el Señor: Y tú, Belén, casa de Judá, no eres la menor entre los príncipes de Judá; pues de ti saldrá un caudillo que regirá a mi pueblo Israel (Mt 2,6). De donde también el Apóstol: De los cuales es Cristo según la carne, que es Dios bendito por los siglos (Rom 9,5).

Habiendo entrado en la casa de Pedro, vio a su suegra acostada y con calentura. Vio a la Sinagoga yaciendo en las tinieblas de su incredulidad, postrada bajo la carga de sus pecados, con fiebre de vicios hasta el frenesí: y por eso le tomó la mano, porque obra la salvación del pueblo judío no solo con la palabra, sino también con las manos. Escucha al Profeta: Pero Dios, nuestro Rey, antes de los siglos obró la salvación en medio de la tierra (Sal 74,12). Le tomó la mano. Para que su mano fuera limpiada de la sangre de los profetas antes de tomar el misterio del ministerio eclesiástico. Y se levantó y sirvió. Por eso la que yacía ha sido levantada y sirve a Cristo, al santificar ahora en obras buenas sus manos, que antes manchaba con obras malas.

Llegada la tarde, dice, le presentaron muchos que tenían demonios, y él expulsaba a los espíritus con su palabra (Mt 8,16). ¿Cómo puede entenderse esto humanamente, que, desaprovechado el día, ávidos de salud, cargaran por la tarde con muchos, y además malheridos, hacia los remedios de la salud? Pero es la tarde cuando termina el día del mundo, cuando el mundo declina de la luz de los tiempos. Tarde vino el que devuelve la luz, para devolvernos a nosotros, los gentiles, que llegamos en la noche de los siglos, un día sempiterno. Y llegada la tarde, le presentaron muchos que tenían demonios. Por la tarde, esto es, en el último tiempo, la piadosa y solemne devoción de los apóstoles nos ofrece a nosotros, los gentiles, a Dios: y son expulsados de nosotros los demonios, que nos imponían el culto de los ídolos. Escucha

al Profeta: Todos los dioses de las naciones son demonios (Sal 96,5). Porque, ignorando al único Dios, servíamos a innumerables dioses con una servidumbre sacrílega y sórdida en extremo.

Y expulsaba a los espíritus con su palabra. Como Cristo no vino a nosotros en la carne, vino con la palabra: donde llegó, pues, la fe que viene de la escucha, la escucha por la palabra (Rom 10,17), nos hizo libres de la servidumbre de los demonios, y volvió cautivos a los demonios tras su impío señorío. Por eso los demonios son atormentados bajo nuestras manos cuando les mandamos, ellos que nos sometían a los leños, nos sujetaban a las piedras, y cada día nos vejaban con un temor vano por medio de figuras vacías.

Ahora es el momento, hermanos, de que la infidelidad no nos haga volver a su servidumbre: no nos dejemos enlazar por los augurios, ni engañar por la adivinación, ni atrapar por las suertes, ni inducir por los manes, ni seducir por las muertes, ni cautivar por las pestes jadeantes; sino encomendémonos al Señor nosotros y nuestros actos, confiémoslos al Padre, creamos a Dios; porque él gobierna el tiempo de los hombres como Dios, y por eso, como padre, dirige los actos de sus hijos, y como Señor no abandona el cuidado de su familia.

Sermón XIX.

Sobre el escriba a quien Cristo no permitió seguirle

Hoy el evangelista comenzó así: Viendo Jesús, dice, grandes turbas a su alrededor, mandó pasar a la otra orilla (Mt 8,18). Cada vez que la turba indócil se derrama en torno al Señor y es zarandeada en la tempestad de la conciencia, abandona la calma, busca las olas, abandona el puerto, entra en los naufragios, y, pugnando por las alturas, se hunde en lo profundo; entonces Cristo manda atravesar este mar turbado por tales turbas. Viendo Jesús, dice, grandes turbas a su alrededor, mandó pasar a la otra orilla. No para huir de los hombres, él que había venido para la salvación de los hombres; sino que da a los insensatos una tregua para creer, espera a los extraviados para que vuelvan; ofrece paciencia y perdón, él que no quiere pronunciar sentencia; soporta a los obstinados, él que quiere no perder, sino salvar lo que hizo.

Acercándose, dice, uno de los escribas, le dijo: Maestro, te seguiré adondequiera que vayas (Mt 8,19). Se aleja, no se acerca, quien promete sin cautela seguir al Señor. Pero ¿quién promete poder con todo? Habría dicho con más cautela: «Te seguiré adondequiera que mandes»; con más humanidad, por cierto: «Adondequiera que

quieras». Te seguiré adondequiera que vayas. Así habla quien ignora qué diferencia hay entre él y el Señor; así habla quien no entiende que Cristo es Dios, sino maestro. Te seguiré adondequiera que vayas. Pedro sigue por el mar, pero se hunde; sigue hasta la Pasión, pero niega. Y si Pedro así desfallece, sucumbe ante pocas cosas, ¿quién es este, que así promete seguir al Señor a todo? Te seguiré adondequiera que vayas. Así habla este, como si pudiera afrontar el combate con Cristo, llegar por la ignominia de la cruz a la gloria, entrar en la ciudadela de la muerte, dar muerte a la muerte por la muerte, penetrar los ignotos senos del Tártaro, romper las cadenas del infierno, devolver a sus propios cuerpos almas retenidas ya por siglos, olvidadas de la luz, sacudir la tierra, hendir las rocas, abrir los sepulcros, sacar de los infiernos a los sepultados, presentar los testigos de su resurrección. Añada aún este que va adondequiera que va Cristo, que se sienta sobre los hombros de los ángeles, que sube a los cielos, que se sienta junto al Padre, que ocupa la cumbre de todas las dignidades celestiales: a esto Cristo, a esto el Señor: ¿por qué un escriba necio, un esclavo nacido en casa soberbio, promete seguir a su Señor?

Pero recibe de Cristo una respuesta digna de tanta presunción: Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza (Mt 8,20). ¿Qué es esto? La zorra, débil en fuerzas, poderosa en astucia, inventora de engaños, artífice de fraudes, maestra del fingimiento, vacía de sencillez, llena

de mañas, salteadora de las aves de corral, enemiga de las casas de la familia: con razón la hace Cristo figura de Herodes, príncipe de los judíos, que, olvidado de la antigua libertad, sometido a la potestad romana, dominaba con arte, reinaba con astucia, mandaba con fraude, presidía con engaños, prevalecía con fingimiento; y como no podía sacar botín de las naciones extranjeras, devoraba a su propia plebe, a los pueblos nacidos en casa, como a aves de corral. Lo prueba Cristo cuando manda decir a Herodes: Id, decid a esa zorra (Lc 13,32). Verdadera zorra el que arrebata con engaños un reino que no mereció ni naciendo ni viviendo. Este Herodes, pues, se dispuso en los corazones de los escribas, hasta la muerte de Cristo, madrigueras para sus maldades: y no dejó lugar donde Cristo reclinara su cabeza, que es Dios (1 Cor 11,3).

Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos. Llama aquí también aves a los demonios que vuelan por el aire, que también ellos hicieron en los pechos de los escribas los nidos de su malicia, donde criar todos los gérmenes de su maldad. Por eso, en cuanto el diablo se mezcló en el ánimo de Judas, concibió al punto el fruto del engaño y dio a luz el crimen del traidor. Veis que Cristo no rechazó al escriba porque quisiera, sino que lo descubrió porque fingía, y lo rehuyó porque era presuntuoso. ¿O por qué Cristo, por qué el autor de la piedad, el dador de la salvación, habría de impedir venir a este que quería, él que poco después retuvo a otro discípulo que deseaba ir, para que no se marchara?

Otro discípulo, dice, le dijo: Señor, permíteme ir primero a enterrar a mi padre (Mt 8,21). Pero Jesús le dijo: Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos (Mt 8,22). ¿Acaso niega así Cristo el último homenaje de la piedad? ¿Prohíbe a los padres el postrer oficio que se les debe? No niega el homenaje de la piedad, sino que antepone a los afectos humanos la servidumbre divina. Oíd lo que dijo el discípulo. Permíteme ir primero a enterrar a mi padre. Esto no debió ser para él lo primero, sino lo segundo; el padre terreno ha de posponerse al Padre celestial.

Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos. Es decir: sígueme hasta la afrenta de la Pasión, para que conmigo puedas llegar a la gloria de la resurrección. Deja que los muertos entierren a sus muertos. ¿Por qué había de volver el hijo de la fe a la casa de la incredulidad? ¿Por qué había de llorar la prole de la salvación al perdido con los perdidos? ¿Qué le importaba a la prenda de la resurrección el sepulcro de su progenitor? Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos. ¿Cómo entierran los muertos a sus muertos? Hermanos, él mismo dijo: Yo soy la vida (Jn 14,6). Lo que es el alma para el cuerpo, eso es Cristo para el alma; sin el alma el cuerpo no vive, no vive el alma sin Cristo: al retirarse el alma, enseguida sobrevienen al cuerpo el hedor, la corrupción, la podredumbre, el gusano, la ceniza, el horror y todo lo que es detestable a la vista: al apartarse Dios, al instante viene al alma el hedor de los pecados, la corrupción de los crímenes, la podredumbre de los vicios, el gusano de la con-

ciencia, la ceniza de las vanidades, el horror de la infidelidad, y se celebra en el sepulcro vivo del cuerpo el funeral de un alma ya sepultada.

Se añadía a la causa que el cadáver de la incredulidad era honrado con exequias incrédulas, y la piedad era atendida con el ministerio de la impiedad. Entró Jesús, dice, en la casa del jefe, y vio a los músicos (Mt 9,23). ¿No hacen de la piedad un sacrilegio quienes contratan música para el duelo, lamentos ajenos para los funerales de los suyos? Pero donde no hay llanto, allí hay un canto comprado y mercenario. Al muerto no lo llora la flauta artificiosa, sino el sencillo afecto. Cristo, pues, no quiso que su discípulo faltara a las exequias paternas, pero no quiso que tomara parte en duelos profanos.

Sermón XX.

Sobre la tempestad del mar calmada

Las lecturas de la Iglesia se distribuyen por un divino secreto de tal modo que confieren a los doctos una ciencia más alta y prodigan a los sencillos cosas saludables, la gracia del entendimiento. Al subir Cristo, dice, a la barca, se refiere que una tempestad atrevida levantó una gran agitación. Al subir él, dice, a la barca, lo siguieron sus discípulos; y he aquí que se produjo en el mar una gran agitación, de modo que la barca quedaba cubierta por las olas; pero él dormía (Mt 8,23-24).

El mar que sometió a los pies de Cristo su lomo hinchado, allanó sus crestas, frenó su movimiento, sujetó sus olas, y por un camino líquido le sirvió una vez con solidez de roca: ¿por qué se ensaña, se enfurece, porfía hasta poner en peligro a su autor? ¿Por qué Cristo mismo, presciente de lo futuro, parecía tan ignorante de lo presente que no se precavía de la borrasca inminente, de la hora de la tempestad, del tiempo del peligro, sino que, entre todos los que velaban, solo él estaba entonces sumido en el sueño, cuando tan gran peligro se cernía sobre él y los suyos? Hermanos, no prueba la pericia del timonel el tiempo sereno, sino la tempestad borrascosa: cuando la brisa es

suave, gobierna la nave el último marinero; en la confusión de los vientos se busca el arte del primer maestro. Por eso los discípulos, después de ver que la destreza de los marineros se había perdido, que los mares se ensañaban contra ellos, que las olas los buscaban, que los torbellinos de los vientos se habían juntado contra ellos, se refugiaron temblorosos en el mismo timonel de las cosas, rector del mundo, maestro de los elementos, pidiéndole que calmara las olas, apartara el peligro, devolviera la salud a los desesperados. En efecto, cuando su sola orden sujetó el mar, rechazó los vientos, quitó los torbellinos, dio la calma, los navegantes perciben, creen, reconocen que él es el autor de todas las cosas.

Pero saquemos ya a la luz lo que hay dentro. Cuando Cristo, para atravesar el mar del mundo, subió a la nave de su Iglesia, los soplos de los gentiles, los torbellinos de los judíos, las borrascas de los perseguidores, los nubarrones del vulgo, las nieblas de los demonios se abalanzaron de tal modo que se hizo una sola tempestad del mundo entero. Espumaban las olas de los reyes, hervían los oleajes de las potestades, rugía la rabia de los súbditos, giraban los remolinos de los pueblos, se divisaban los escollos de la incredulidad, bramaban las costas cristianas, se revolvían los naufragios de los caídos, y era uno solo el peligro de todo el mundo, y uno solo el naufragio.

Entonces los discípulos se acercaron al Señor y lo despertaron, diciendo: Señor, sálvanos, que perecemos; y Jesús les dice: ¿Por qué sois miedosos, hombres de poca fe? (Mt 8,25-26) Despertado,

pues, por los discípulos, Cristo increpa al mar, esto es, al mundo, tranquiliza el orbe, amansa a los reyes, aplaca a las potestades, calma las olas, sosiega a los pueblos, hace cristianos a los romanos. De entre ellos también hizo ejecutores de la palabra de la fe cristiana a los que habían sido perseguidores del nombre cristiano. Esta calma la guardan los príncipes cristianos, la mantiene la Iglesia, la posee la cristiandad, la admira la gentilidad.

Entonces, dice, levantándose, mandó a los vientos y al mar, y se hizo una gran calma (Mt 8,26). Pero aquellos hombres se maravillaron, diciendo: ¿Qué clase de hombre es este, que hasta los vientos y el mar le obedecen? (Mt 8,27) Discípulos son estos que se acercan al Señor, que lo despiertan, que suplican con humilde ruego ser salvados: en cambio, se llaman hombres los que se maravillan de que los elementos obedecieran así a Cristo. Verdaderamente son hombres, y hombres del mundo, los que se maravillan de que el mundo se haya vuelto así a la obediencia de Cristo, los que se pasman de que las cumbres de los templos hayan sido derribadas como las hinchazones de las olas, los que ven huir así las espumas de los ídolos, los torbellinos de los demonios; a quienes deja atónitos la calma profunda y difundida del nombre cristiano en todo el orbe. Y verdaderamente, hermanos, cuando Cristo dormía en la muerte, se levantó en la Iglesia una gran tempestad; al resucitar Cristo de entre los muertos, le fue devuelta a la Iglesia, como está escrito, una gran calma. Ahora, despertemos

a Cristo, que duerme en nosotros, con todo el gemido de las entrañas, con la voz de la fe, con lágrimas cristianas, con hondo llanto, con clamores apostólicos, y digamos: Señor, sálvanos, que perecemos.

Y puesto que la lectura conviene oportunamente al tiempo, y como está escrito: El aquilón es viento duro, pero de nombre se llama Diestro, el que nos acarrea gentes tan fieras, tan amargas; este aquilón, pues, viento duro, se difunde en triste torbellino por el Diestro, por el ábrego, por el austro, por el euro; confunde los mares, borra el aire, derriba los montes, se traga las ciudades, hunde las provincias, obliga a todo el orbe a ser un solo naufragio. Por eso la barquilla de Cristo unas veces es levantada hasta el cielo, otras desciende a lo hondo de los sobresaltos, unas veces es gobernada por las fuerzas de Cristo, otras es zarandeada por el espanto, unas veces es cubierta por las olas de los padecimientos, otras sale a flote con los remos de las confesiones. Pero nosotros, hermanos, clamemos una y otra vez: Señor, sálvanos, que perecemos. Y en verdad, hermanos, si fuéramos uno, y un solo cuerpo humano, si creyéramos que los que perecen son nuestras propias entrañas, clamaríamos sin cesar, con la aflicción del ayuno, con el gemido de las súplicas, con la efusión del llanto: Señor, sálvanos, que perecemos. Y nos esforzaríamos por socorrernos a nosotros mismos en nuestros hermanos: ni veríamos, mientras se enfurece la espada, un mar de nuestra sangre sobre la tierra, ni sentiríamos ya tantos naufragios de cuerpos, y ni siquiera de

almas, y rogaríamos con voz humilde: Señor, sálvanos, que perecemos.

Y sin embargo ninguna compasión, ninguna piedad, ningún pavor, vergüenza alguna o compunción nos despierta al dolor. De Dios, de Dios viene que seamos acosados por males, que seamos azotados siempre, que prevalezcan las gentes, que caiga el granizo, que infecte el tizón, que pueda la impiedad, que dominen las enfermedades, que se ensañe la muerte, que tiemble la tierra: y sin embargo nosotros ni temblamos, ni tememos, ni nos apartamos de los males, ni apetecemos los bienes. Se enfurece la avaricia, jadea la pompa, agrada la iniquidad, deleita lo ajeno, pero lo nuestro perece; vienen los azotes de Dios, pero los provocan nuestras culpas. Si Dios es justo, sin duda es misericordioso con nosotros.

Hermanos, volvamos al Señor, para que Dios vuelva a nosotros; renunciemos a los males, para que nos respondan los bienes: sirvamos al Dios bueno, para no servir a gentes malas y a potestades inicuas, con la ayuda de Cristo, nuestro Señor y timonel, cuyo honor y majestad permanece sin fin por los siglos de los siglos. Amén.

Sermón XXI.

Sobre lo mismo

Cada vez que Cristo duerme en nuestra nave y se adormece en nuestro cuerpo con el sueño de nuestra desidia, irrumpe la borrasca con toda la confusión de los vientos, se ensañan las olas amenazadoras, y mientras con espumosos oleajes se levantan y caen una y otra vez, engendran a los navegantes amargos naufragios en la espera, como lo ha declarado la presente lectura del evangelista, que dice: Y les dijo Jesús aquel día, caída ya la tarde: Pasemos a la orilla opuesta; y despidiendo a la turba, lo toman tal como estaba en la barca (Mc 4,35-36). Y les dijo Jesús aquel día. ¿Qué día? Aquel, sin duda, en que, según Isaías, se levanta para quebrantar la tierra (Is 2,19); aquel día en que todo el resplandor de la luz del mundo se torna tarde; aquel en que, al echarse encima la noche de las tentaciones, se multiplican las imágenes de las vanidades, que hay que huir. Caída ya la tarde. Es tarde entonces, cuando el tiempo extremo y la hora postrera anuncian a los sentidos humanos las confusiones de las cosas que se van produciendo. Pasemos a la orilla opuesta. De lo terreno a lo celestial, de lo presente a lo futuro. Y con razón opuesta, porque lo divino es siempre opuesto a lo humano: mientras esto arrastra a la

fragilidad a los que se le someten, aquello eleva a la virtud a los que lo siguen.

Y despidiendo a la turba. Despiden a la turba los que abandonan el favor popular y al vulgo que vaga siempre con juicio incierto: y, no sujetos a los rumores humanos, no se retrasan en el camino de la virtud, sino que, firmes y seguros por el bien de su conciencia, con Cristo por compañero, atraviesan las olas mentirosas de las alabanzas y de las detracciones.

Y lo toman, dice, tal como estaba en la barca. ¿Qué es esto? De un modo está Cristo en el cielo, de otro se le tiene en la barca; de un modo en la majestad del Padre, de otro se le percibe en la humildad del hombre; de un modo coeterno con el Padre, de otro se le ve temporal a través de las etapas de nuestras edades; de un modo duerme en nuestro cuerpo, de otro vela en la santidad de su Espíritu. Lo toman tal como estaba, dice, en la barca. Es alabanza de la fe recibir a Cristo tal como es y se le tiene en la barca, esto es, en la Iglesia: donde nació, donde creció, donde padeció, donde fue crucificado, donde fue sepultado, donde es de singular salvación confesar que subió al cielo, que se sentó a la derecha del Padre, que de allí ha de venir como juez de los vivos y de los muertos; quien, habiendo confesado así a Cristo, lo ha tomado en nuestra barca, aunque sea golpeado por los escándalos de las olas, no es sin embargo hundido por los peligros, ni cubierto por las aguas.

Y se levantó, dice, una gran borrasca de viento, y echaba las olas dentro de la nave, de modo que

la nave se llenaba (Mc 4,37). Y se levantó una gran borrasca: no se atrevió a tantear el poder del Señor dormido, sino a golpear la fe de los discípulos, a delatar su temor, para mostrar cuánta servidumbre debía a su autor.

Y estaba, dice, en la popa durmiendo (Mc 4,38). Al que duerme acuden los que velan; y creen que puede hacer frente a los elementos enfurecidos aquel a quien ven dominado por el sueño en el más hondo sopor: contemplan que el sopor de la necesidad humana le había sobrevenido de tal manera que no pudo ser despertado ni por el estruendo del mar, ni por el clamor de las olas, ni por el naufragio extremo que amenazaba. ¿Y dónde queda aquello de: He aquí que no dormitará ni dormirá el que guarda a Israel? (Sal 121,4) La majestad, ajena al cansancio, ignorante del reposo, no duerme por sí, ni dormita para sí; sino que todo lo hace por mí, para mí: él, que cuantas veces cambia el aspecto de su obrar, de su rostro, otras tantas reprende nuestras mudanzas y las culpas de las almas. Escucha al Profeta que dice: Sus párpados interrogan a los hijos de los hombres (Sal 11,4). Ved cómo se cierran los ojos de Dios, para no mirar, para castigarlos, a los que pecan. Aparta, dice, tu rostro de mis pecados (Sal 51,11). Y de nuevo se abren, para estimular a los que corren, para levantar a los que se cansan, para mirar a los que suplican. Este sueño del Señor, pues, tantea la fe de los discípulos, delata su duda, y descubre que son de poca creencia, ellos que creen que los elementos pueden levantarse no solo contra ellos, sino contra su mismo autor.

Echaba, dice, las olas dentro de la nave. Porque cuanto las olas, la mole de los gentiles, sacuden e inundan desde fuera la nave del Señor, tanto irrumpen y se ensañan dentro los hinchados oleajes de los herejes. Esta tempestad declara el bienaventurado Pablo haberla soportado, cuando dice: Fuera luchas, dentro temores (2 Cor 7,5). De modo que la nave se llenaba. Con razón refiere el evangelista que la nave estaba llena de olas espumosas, ya que la Iglesia padece casi tantas herejías como cuestiones leemos que hay de la ley divina.

Y él mismo, dice, estaba en la popa durmiendo sobre un cabezal; y lo despiertan y le dicen: Maestro, ¿no te importa que perezcamos? Y levantándose, increpó al viento y dijo al mar: Calla, enmudece; y cesó el viento, y se hizo una gran calma (Mc 4,38-39). Y les dijo: ¿Por qué sois miedosos? ¿Aún no tenéis fe? (Mc 4,40) Mientras la lectura expone el hecho, recomienda con su ejemplo el tiempo presente. Pues se cierne una tempestad borrascosa, grande y muy grave, mientras el torbellino de los vientos, furioso y funesto, se precipita por todas partes: mugen los mares: hasta las islas son socavadas de raíz, y todas las costas son batidas con triste estruendo.

Pero, ya que, como dijimos, Cristo duerme en nuestra nave, acerquémonos a él más con la fe que con el cuerpo, y llamemos a su puerta más con la obra de la misericordia que con el toque de los desesperados. Despertémoslo, no con estrépito insolente, sino con el clamor de cánticos espirituales; no con murmuración perversa, sino

con súplica vigilante. Demos a Dios algo del tiempo de nuestra vida, para que esta desdichada vanidad y lamentable solicitud no consuma el día entero, para que el sueño funesto y el sopor vano no gasten la noche entera; sino que asimismo se asigne una parte del día y de la noche al autor mismo de los tiempos. Vela, hombre, vela; tienes un ejemplo: lo que el gallo dedica a ti, su huésped, muéstralo tú a tu Creador; sobre todo cuando él te canta para tu provecho, cuando te despierta al trabajo, cuando anuncia el día ya cercano: cuánto más conviene que tú, con himnos celestiales, despiertes a tu Dios desde su sede de lo alto para tu salvación. Escucha al profeta que dice: De noche mi espíritu vela por ti, oh Dios (Is 26,9). Y el salmista: Con mis manos de noche ante él, y no he sido defraudado (Sal 77,3). Y el mismo salmista advierte que se han de asignar a Dios tres tiempos del día, diciendo: Tarde y mañana y mediodía contaré y anunciaré, y él escuchará mi voz (Sal 55,18). Mientras Daniel suplicaba asiduamente a Dios en estos tres tiempos (Dan 6,11), obtuvo no solo la presciencia de lo futuro, sino que mereció también la libertad de su pueblo, largo tiempo cautivo.

Digamos, pues, lo que el Profeta: Levántate, ¿por qué duermes, Señor? (Sal 44,24) Levántate, y no nos rechaces para siempre. Digamos con los apóstoles: Maestro, ¿no te importa que perezcamos? Y maestro de verdad, porque no solo es el Hacedor de todos los elementos, sino también su moderador y rector: cuando nos haya oído, cuando se haya dignado despertar, se allanarán

las olas, y se abatirán los hinchados oleajes, y las colinas; huirán los vientos, perecerá la borrasca, y esta tempestad que se cierne, esta gran tempestad, se cambiará en una calma grandísima.

Sermón XXII.

Sobre el desprecio del cuidado de las cosas terrenas, y sobre el siervo vigilante

Siempre se establecen premios para aquellos a quienes se proponen combates duros, y según la grandeza del combate se propone la grandeza del premio. Por eso Cristo pone el reino en el regazo de sus discípulos, para que en el combate no cedan a los peligros ni al temor; desprecia los peligros quien tiende al reino; el que ansía la victoria no sabe temer.

No temáis, dice, pequeño rebaño, porque le ha placido a vuestro Padre daros el reino (Lc 12,32). Rebaño pequeño para el mundo, grande para Dios; pequeño, porque llama gloriosos a los que formó en la inocencia de las ovejas y en la mansedumbre cristiana: rebaño pequeño es el que no mengua desde lo grande, sino que crece desde lo pequeño; el pequeño rebaño designa así la infancia de la Iglesia naciente, a la cual promete que llegará pronto, con incrementos celestiales, a las insignias de su reino. No temáis, pequeño rebaño, porque le ha placido a vuestro Padre daros el reino.

Añadió qué ha de hacer el que va a reinar: Vended lo que poseéis, y dad limosna; haceos bolsas que no envejecen, un tesoro que no se agota, en el

cielo (Lc 12,33). Vended lo que poseéis: no puede ser señor de todo sino aquel que no está atado por lo propio; es propio de una mente abatida acordarse de los asuntos domésticos cuando se le llama al reino; el ánimo rastrero y plebeyo antepone una monedilla a los tesoros regios; un sentido pobre, empollando lo pequeño, pierde lo grande; y, anhelando lo temporal, abandona lo sempiterno. Vended, dice, lo que poseéis, y dad limosna; haceos bolsas que no envejecen, un tesoro que no se agota, en el cielo. Hombre, con tal advertencia Cristo quiso enriquecerte, no despojarte; quiso que lo tuyo permaneciera para ti, no que pereciera; mandó que las bolsas se perpetuaran, no que se vaciaran; te ordenó trasladar, no perder.

Un tesoro que no se agota, en el cielo, adonde no se acerca el ladrón ni la polilla corroe. Obra más con consejo de padre que con derecho de amo: te reprocha que escondas lo tuyo entre asechanzas de ladrones y mordeduras de polillas; se te advierte que no te procures noches en vela, días angustiosos, tiempos inquietos. El guardián del oro, el custodio de la plata, no tiene seguridad, no conoce el reposo; y a quien le falta seguridad se le pierde el reposo; ese es rico en castigo, no en caudal. Un tesoro que no se agota, en el cielo. Es decir: donde yo estoy, ponedlo allí; lo que se me da, yo lo guardo. Hombre, da al Padre, presta a Dios: porque ni el Padre al heredero, ni Dios al hombre, le negará lo prestado; no puede retener lo tuyo quien dio lo suyo. ¿Acaso necesita lo humano quien prodiga lo divino? ¿Acaso codicia

lo nuestro quien nos hizo herederos de lo suyo? Ciertamente, ¿qué negará a aquellos a quienes ha otorgado un reino? Oh hombre, si has de quedarte así aquí, guarda aquí lo que es tuyo: si has de ir allá, ¿por qué abandonas aquí lo que es tuyo? Quien guarda lo que ha de dejar es custodio de lo ajeno, no de lo suyo.

Si en esta vida, en la que somos peregrinos, vivimos, y nos duele ser pobres un poco de tiempo, estar tristes, sin honra: ¿qué será en la patria perpetua, entre ciudadanos eternos, sufrir dolor por el desprecio, castigo por la deshonra, oprobio por la desnudez; y entonces ser condenados a los castigos, cuando otros son promovidos al reino? ¿cuando el pobre es conducido a sentarse con Dios, y el rico es arrastrado al consorcio de los castigados? ¡Ay, qué lamentable mudanza, cuando los desahuciados entre los hombres posean la esperanza divina, y los dotados de bienes humanos sean defraudados de los bienes celestiales! Y esto lo hace el tesoro, que o levanta al cielo el corazón del hombre por la limosna, o lo hunde en la tierra por la avaricia. Y por eso dijo: Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón (Lc 12,34). Hombre, envía, envía por delante tu tesoro a los cielos, para que no hundas en la tierra tu alma celestial. El oro, de lo profundo de la tierra; el alma, de lo alto del cielo. Mejor es, por tanto, que el oro sea llevado a la sede del alma, que no que el alma se hunda en el sepulcro del oro.

A los que, pues, concedió reinar en el cielo, despojados de todos los cuidados de las riquezas

y ya libres en todo, les manda militar para él en el mundo. Estén ceñidos vuestros lomos, y ardiendo las lámparas en vuestras manos; y vosotros sed semejantes a hombres que esperan a su señor cuando vuelva de las bodas (Lc 12,35-36). Estén ceñidos vuestros lomos: allí hay que ceñir la virtud donde hay que reprimir el placer. No sabe vencer los vicios del cuerpo quien depone el cinturón de la virtud. Ceñidos, pues, con el tahalí de la castidad, que es la insignia de la milicia cristiana, cercenemos la flojedad disoluta de la carne, y, en vela por la espera de nuestro rey, no conozcamos el sueño insomne del mundo. No duermen, dice, si no han hecho el mal (Prov 4,16).

Y ardiendo las lámparas en vuestras manos. Bienaventurados aquellos en cuyas manos brillan las lámparas de las obras buenas. Pues así es: Brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mt 5,16). Y como la lámpara ante los ojos, así resplandece la obra buena en las mentes. La lámpara no alumbra solo al que la lleva, sino a muchos; y la obra buena, mientras brilla en el hecho de uno, ilumina a muchos con el ejemplo. La lámpara rechaza la oscuridad de las noches, la obra buena ahuyenta las tinieblas de la malicia. Encendamos la lámpara con obras buenas en nuestras manos, si queremos brillar delante del Señor y de los hombres.

Y vosotros sed semejantes a hombres que esperan a su señor cuando vuelva de las bodas. Como las antorchas son siempre amigas de las

bodas, la castidad de las bodas se celebra con el testimonio de las luces. Pues así como huye de la luz el que se atreve a lo ilícito, así resplandece en luz múltiple el que busca lo lícito. Y vosotros sed semejantes a hombres que esperan a su señor cuando vuelva de las bodas. Hombres son los que, según la servidumbre debida, aguardan con vigilias infatigables la llegada de su señor; pero los que sirven al vientre de tal modo que no conocen la servidumbre divina, y, solícitos del placer de la carne, han perdido la solicitud de salir al encuentro del Señor, no han de llamarse hombres, sino bestias. Y vosotros sed semejantes a hombres que esperan a su señor cuando vuelva de las bodas. Desde que Cristo vino a desposar a su Iglesia, se adorna la cámara nupcial de la esposa: y se adorna con el oro de la fe, la plata de la sabiduría, las gemas de las virtudes, los velos de la santidad, las rosas del recato, los lirios de la castidad, las violetas del pudor. Y hasta lo alto del cielo se eleva el templo de la pureza, la cumbre de la virginidad: y no faltan las cítaras de los salmos, los instrumentos de los profetas, las voces de los apóstoles, y todas las armonías de las bodas celestiales. Bien esclavo del sueño es quien con tal y tan grande clamor no despierta para las bodas del rey celestial.

Y vosotros sed semejantes a hombres que esperan a su señor cuando vuelva de las bodas, para que, cuando llegue y llame, le abran al instante. Al llegar llama; el corazón de buena conciencia abre, el de mala conciencia cierra; la mente justa

se abre al premio, la injusta, como no lo mereció, se cierra.

Velemos, pues, amadísimos, para alcanzar la bienaventuranza que sigue. Bienaventurados aquellos siervos a quienes el señor, cuando venga, encuentre en vela (Lc 12,37). Basten estas promesas de bienaventuranza; pero, ya que Cristo expresa la caridad de esa misma bienaventuranza, dejémoslo hoy para otro día, para oír con más plenitud qué ha prometido a sus hijos tal Padre.

Sermón XXIII.

Sobre el desprecio del cuidado de las cosas terrenas y sobre la promesa del reino

Habéis oído hoy cómo el Señor unió al júbilo pastoril el clangor de la trompeta celestial, para levantar hacia lo divino las mentes de las ovejas, largo tiempo inclinadas, y promoverlas al punto al reino celestial. No temáis, dice, pequeño rebaño, porque le ha placido a vuestro Padre daros el reino (Lc 12,32). La humildad adquirió lo que perdió la soberbia, y el rebaño pequeño y manso domó con su propia mansedumbre todas y tan variadas fierezas. El pequeño rebaño venció y quebrantó tantas especies de fieras cuantas diversidades de naciones sometió al yugo de Cristo. El rebaño pequeño y manso se contentó largo tiempo con ser muerto, largo tiempo soportó ser devorado, hasta que la saña de los gentiles, saciada de sangre o de carnes, gustando la suavidad del pasto evangélico y las corrientes de la fuente divina, evitara todo el contagio y el pasto del mundo, y volviera de bestia a hombre el que de hombre había caído en bestia. Consta que esto lo presintieron los profetas, lo cumplieron los apóstoles, lo soportaron los mártires, como lo atestigua el que dice: Por ti somos llevados a

la muerte todo el día; somos considerados como ovejas para el matadero (Sal 44,23).

Pero al entrar en batalla este rebaño de un orden nuevo, donde vive el que ha sido muerto, vence el que ha caído, encuentra su alma el que la pierde, imitó a su rey; siguió a aquella oveja, a aquel Cordero, que como oveja fue llevado al matadero, y como cordero ante el que lo esquila, no abrió su boca (Is 53,7). Calla el que padece queriendo; grita el que es despedazado contra su voluntad. Ni puede quejarse de la muerte quien asume la muerte por haberse dignado, no forzado. Es insignia de potestad cuando uno muere voluntariamente por muchos; cuando muere sin quererlo, es cosa de extrema necesidad: porque lo uno viene del desprecio de la muerte, lo otro de la condición de la naturaleza. Cristo, pues, como oveja, queriendo y callando, es esquilado para cubrir aquella desnudez que Adán introdujo el primero; como cordero es muerto, para que, inmolado, absuelva el pecado del mundo entero; da su vida por las ovejas, para cumplir la piedad y el cuidado del pastor. Por ti, pues, rey, por ti sacerdote, por ti pastor, por ti sacrificio, por ti oveja, por ti Cordero, por ti se hizo todo el que había hecho todo. Y el que para sí nunca cambia, por ti se cambia tantas veces; por ti se muestra en formas diversas el que permanece en la única forma de su majestad. ¿Y qué más? Dios hombre se te da como puedes soportarlo, porque tal como es no puedes resistirlo.

Pero oigamos ya qué ha prometido tal pastor al pequeño rebaño. No temáis, dice, pequeño

rebaño, porque le ha placido a vuestro Padre daros el reino. ¡Oh bondad derramada! ¡Oh piedad inaudita! ¡Oh afecto inefable! En la sociedad de su caudal toma el pastor a sus ovejas, y al consorcio de su señorío admite el señor a sus siervos; a la participación del reino admite el rey al rebaño del pueblo entero: así, así da aquel cuyo caudal no puede agotarse, cuyo reino no puede menguar, cuya potestad no puede vaciarse dando.

Pero el Señor comenzó con previsión, diciendo: No temáis, pequeño rebaño, porque le ha placido a vuestro Padre daros el reino. La condición servil no es capaz de oír sin temor la promesa de un reino, porque quien apenas es digno de la libertad no puede abarcar las insignias del principado. El Señor, pues, afianza con tal palabra las mentes de los siervos, para que no los derribe el oír de repente el reino prometido. Que un siervo quiera un reino es un crimen; acercarse, un peligro; no temer, temeridad. Pero ¿qué es esto para Cristo? ¿O qué tiene de extraño que dé el reino a sus siervos, que haga a los siervos consortes suyos en el señorío, él que lava los pies de los siervos para servir a los siervos con la servidumbre extrema? Vengan aquí, vengan los que discuten su potestad, y entonces contiendan sobre su igualdad, cuando hayan podido abarcar, expresar, apreciar tan gran piedad; y no calumnien ya si dice que en nuestro cuerpo es menor que el Padre, él que no de palabra, sino también de obra, cuando lava los pies de los siervos, se sometió y se sujetó a los pies de unos siervecillos. Hombre, perdónate ya

a ti mismo, porque, para que te perdonaras, Dios lavó tus pies, tomó tus pies, abrazó tus pies.

Pero volvamos a lo comenzado: No temáis, pequeño rebaño, porque le ha placido (complacuit) a vuestro Padre daros el reino. He aquí que el que da dice que da el Padre. ¿Acaso niega su propia largueza al hablar así? De ningún modo: no mengua su potestad, sino que manifiesta su afecto: hablando así no establece distancia, sino que muestra la voluntad del Padre y la suya, afirma la unidad. Que dijera «complacuit» y no dijera «placuit» enseña el don de la Trinidad: porque lo que plugo al Hijo respecto de nosotros, eso plugo juntamente a la Trinidad.

No temáis, pequeño rebaño, porque le ha placido a vuestro Padre daros el reino: tras tan gran largueza, pues, tras su gracia tan copiosamente otorgada a ti, el Señor manda al que va a reinar arrojar los abyectos y viles peculios de la servidumbre. Vended lo que poseéis, y dad limosna. La potestad regia no admite atuendo plebeyo; el honor augusto no se confiere sino con la diadema y la púrpura. Debe, pues, desechar el hábito de la servidumbre quien se cree rey consagrado por Dios. Por eso el rey de lo alto mandó atar, arrojar, echar a las tinieblas exteriores (Mt 22,13) a aquel que con un vestido indigno se atrevió a entrar en el banquete de su majestad, porque la fealdad del invitado redunda en afrenta del que invita. También el que, enriquecido ya con riquezas, con caudales regios, reserva los peculios de su antigua libertad, cautivo de la miseria, no sabe que es feliz. Es costumbre, es propio de un ánimo

feliz, que el elevado al reino reparta enseguida generosamente lo que fue propio, lo que fue privado, a los padres, a los parientes, a los ciudadanos necesitados, para que no sea mendigo de ánimo quien ha alcanzado caudal y honor. Con tal providencia, pues, con tal consejo, el Señor nos manda vender, prodigar, donar lo vil y caduco, a nosotros, que queremos poseer en el reino celestial todo lo que hay en el cielo y en la tierra.

Pero si quieres conservar el precio de tus fincas, y quizá te deleitan los ahorros de las bolsas, hazte bolsas como las que él mandó, que es ya custodio y proveedor de tu deseo. En efecto, cuando vio que había dicho con dureza: Vended lo que poseéis, añadió enseguida: Haceos bolsas que no envejecen, un tesoro que no se agota, en los cielos. ¿Te has entristecido de nuevo porque te ves obligado a colocar en los cielos lo que tienes? Te lo ruego, confíalo a tu Dios, tú que lo confías a un siervo, y encomiéndalo a Dios antes que al hombre. Pero si temes que la piedad del dador tome algo de allí, que disperse algo, sella tus bolsas con el anillo de la fe, para que con tal custodio duermas tú seguro, porque donde está él no hay lugar para el ladrón. No podrá negarte tu dinero quien te otorgó todo lo suyo, quien te enriqueció con el honor y la gloria de su reino.

Sermón XXIV.

Sobre el siervo vigilante y la felicidad del reino de Dios

Nadie ignora que las vigilias son siempre y para todo saludables, porque en verdad velar más es vivir más. Pues ¿qué hay tan semejante a la muerte como el aspecto del que duerme? ¿Qué tan lleno de vida como la figura del que vela? Hay que conceder el sueño para que repare el cuerpo, no para que lo disuelva; para que devuelva las fuerzas, no para que las enerve. Nadie ignora, pues, que las vigilias son siempre y para todo saludables. ¿Qué arte, qué obra, qué tiempo, qué potestad, qué oficio no busca las ganancias de la vida con la vela nocturna? Por eso el rey, en vela en pie de guerra, se precave contra las asechanzas del astuto enemigo y las evita; entonces el soldado en el campamento rechaza con cauta vigilia nocturna los ataques que sobrevienen de noche. Así el marinero, velando, entra en las vías inciertas de una ruta dilatada, y atraviesa sendas sin camino, y con huella furtiva llega a la deseada morada de un puerto provechoso. De ahí que el pastor junte las noches a los días, y se niegue todo el tiempo de dormir, para que no se dé a los lobos, con el favor del sueño, ocasión alguna de lanzarse contra el rebaño. Así el viajero hábil, por los aires de la noche, se adelanta a los ardores del

sol, y con más previsión destina a la posada el día oportuno.

Sabiendo esto, el Profeta no solo de día, sino toda la noche clamaba al Señor: Señor, Dios de mi salvación, de día he clamado, y de noche ante ti (Sal 88,2). ¿Qué más? El Señor mismo pasa la noche en la oración de Dios (Lc 6,12), para librarnos con la oración antes de redimirnos con la Pasión. Y si el señor vela por los siervos, con razón manda así a los siervos velar por sí mismos.

Estén ceñidos, dice, vuestros lomos, y ardiendo las lámparas en vuestras manos; y vosotros sed semejantes a hombres que esperan a su señor cuando vuelva de las bodas (Lc 12,35-36). Estén ceñidos vuestros lomos. Se ordena un nuevo orden de vigilias, un nuevo atuendo. Estén ceñidos vuestros lomos, y ardiendo las lámparas en vuestras manos. Nada sobre el vestido, nada sobre el calzado, nada sobre el aparato para salirle al encuentro se advierte a los siervos vigilantes; sino que todo el cuidado se manda en ceñir los lomos, toda la fuerza del precepto se pone en apretar los lomos, añadiendo solo el auxilio de las lámparas, sin las cuales ni se abre la oscuridad de la noche, ni se aclara el aspecto del día que llega. Estén ceñidos vuestros lomos, y ardiendo las lámparas en vuestras manos. El cinturón es, en efecto, propiamente indicio de servidumbre, pues hace a los hombres desembarazados para la carrera y los vuelve obedientes.

Pero bastaba haber dicho: «Estad ceñidos»; ¿por qué nombra precisamente los lomos? ¿Por qué el que manda hace mención de los lomos con

tanto empeño, con tanto respeto? ¿Preguntas por qué? Porque en los lomos está toda la causa del cuerpo, de los lomos se suscitan todos los negocios de la carne, en los lomos está toda la ocasión de la caída humana, de la fragilidad humana. De ahí viene lo que vuelve a los hombres ignorantes de la virtud, lo que los hace perezosos. Por eso el Señor manda principalmente que nuestros lomos se aprieten con el tahalí de la castidad, y ordena que todo lo colgante, fluido, suelto de nuestra carne se ciña con la faja continua de la virtud, para que, ceñida la carne, el paso de nuestra mente quede libre, veloz, desembarazado para salir al encuentro del Señor. Pero al oír esto, hombre, debes saber que la carne no te retrasa para salir al encuentro de Dios, porque es compañera inseparable del mismo oficio de ese encuentro, si tú ordenas sus fardos, si alivias sus cargas, si tú, viajero previsor, aprietas sus envoltorios colgantes y sinuosos. ¿Qué más? Será para ti una camaradería saludable, si no eres su director perezoso y flojo; y cómo has de equilibrar sus fardos, moderar sus pesos injustos, lo enseña el Apóstol diciendo así: Mortificad vuestros miembros, que están sobre la tierra: la fornicación, la impureza, la lujuria, la concupiscencia mala y la avaricia, que es servidumbre de los ídolos (Col 3,5). Hay que ceñir, pues, la carne con el cinturón de la continencia, para que, derramada en vicios y agravada con todo el peso de los pecados, no se vea incapaz de seguir los pasos de lo alto y de lo celestial.

Bien añadió, pues, el Señor: Y ardiendo las lámparas en vuestras manos. Porque siempre se

llevan lámparas en el tiempo nocturno como testimonio de inocencia: y así como las tinieblas son siempre amigas de los vicios, así las lámparas son siempre enemigas de los crímenes; las lámparas son siempre compañeras de la obra buena. Pero en las manos de los santos las mismas obras buenas son lámparas, como dice el Señor. Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mt 5,16). Y de verdad llevan sus lámparas, de verdad encienden sus lámparas con el combustible de las obras, de verdad con el ungüento de la misericordia, lámparas que, aunque se ocultan en el lugar, en el propósito, en el afán, centellean en la obra, en la virtud, y resplandecen por todo el orbe de la tierra.

Y como el Señor sabía que la disposición de los que lo esperan es muy triste, muy angustiada, para que nadie fuera vencido por el tedio, para que nadie se cansara con la tardanza, para que nadie sucumbiera a la fatiga de una larga espera, promete a los que perseveran, para la bienaventuranza celestial, un homenaje celestial. Bienaventurados, dice, aquellos siervos a quienes el Señor, cuando venga, encuentre en vela (Lc 12,37). Y para que no se tuviera por incierta la calidad de esa bienaventuranza, añadió enseguida: En verdad os digo que se ceñirá, y los hará recostarse a la mesa, y pasando les servirá. Dios se ceñirá, y hará recostarse a los siervos, y les servirá. He aquí una inaudita mudanza de las cosas, he aquí una terrible reprensión del señorío, he aquí

una temible inversión de la servidumbre: porque el siervo asistió un poco de tiempo, ceñido, esperando a su señor, y sobrellevó con breve fatiga la fidelidad de la espera, para devolverle lo mismo la divinidad se oculta en su misma divinidad. Se ceñirá y los hará recostarse a la mesa, y pasando les servirá. Dios asiste al hombre recostado, y lo asiste en los cielos; el Señor sirve al siervo que banquetea, y sirve ceñido a sus criados, a sus servidores; Cristo hace el ministerio, y lo hace ya constituido en la gloria del Padre.

Hombre, ¿todavía calumnias a Cristo, en la idea de que defirió al Padre? ¿Él, que lavándote los pies en la tierra te mostró el servicio extremo, y te promete de nuevo en los cielos la servidumbre más baja? Cree, hereje, y procura tú también devolverle lo mismo. Él te prepara en los cielos un banquete siendo él mismo el servidor, y tú en la tierra no cesas de acumular y engendrar contra él blasfemias continuas; también él hará sus pasos, porque pasando les servirá; del señorío pasará y emigrará al piadoso servicio de sus fieles; para ti pasará de padre de la misericordia a juez severísimo. Y pasando les servirá. A los que confiesan, a los que esperan, les servirá manjares; te servirá también a ti, pero la sentencia digna de tu negación.

Y si viene en la segunda vigilia, y si viene en la tercera vigilia, y los encuentra así, bienaventurados son aquellos siervos (Lc 12,38). Si viene en la segunda y en la tercera vigilia: el mundo conoce varias vigilias, la espera de la Trinidad conoce solo tres; ¿por qué, sin embargo, comenzó por

la segunda y calló la primera? Porque la primera vigilia había pasado ya en el amanecer de la natividad del Señor. Lo prueban los pastores, que, mientras velan sobre su rebaño, merecen hallar, ver, tener en el pesebre al mismo pastor y autor del rebaño; pero indaguemos cuál es la segunda y la tercera vigilia. Así como la primera vigilia es la de su nacimiento en la carne, así la segunda vigilia es aquella en que vuelve y es resucitado en nuestra carne. En efecto, para que venga al encuentro del que resucita, se despierta el año y se desvela el mundo. La tercera vigilia es aquella en que toda la espera termina con la última venida del que viene; para que, así como él resucitó para nosotros, así nosotros resucitemos ya para él a la vida perpetua.

Sermón XXV.

Sobre el desprecio del cuidado de las cosas terrenas, y sobre la promesa del reino

Habéis oído hoy con qué suave exhortación consoló el Señor los pequeños y terrenos comienzos del rebaño evangélico. No temáis, dice, pequeño rebaño, porque le ha placido a vuestro Padre daros el reino (Lc 12,32). Quita las esperanzas angustiosas, suprime los resultados dudosos, ahuyenta y excluye todo temor, cuando en el comienzo mismo promete el reino a los que nacen. Porque le ha placido a vuestro Padre daros el reino. ¿Quién suspira por la comida, por el vestido, por un caudal plebeyo y por la vileza de un césped primaveral, cuando está cierto del reino, seguro del señorío? Mucho se escatima a sí mismo quien, elevado a lo más alto, se arroja él mismo a lo humilde, se rebaja a lo menesteroso.

Pero conviene saber quién es este Padre, o cómo es, o qué reino promete a sus hijos. Quién es este Padre, lo conoces cada día por tu propia confesión, cuando clamas: Padre nuestro, que estás en los cielos (Mt 6,9). Y cómo es, lo has visto claramente por la grandeza misma de sus obras: de la nada hizo el cielo, y consolidó la tierra a partir de lo líquido, puso los montes en la balanza, encerró los mares dentro de términos legítimos

con la sola autoridad de su mandato. Pero si deseas conocer la calidad del reino que promete a los pequeños, él mismo la revela, diciendo así: Dejad que los pequeños vengan a mí; porque de los tales es el reino de los cielos (Mt 19,14). Estar en el cielo es admirable; vivir en el cielo es cosa de majestad. Ya cuánto valga reinar en el cielo, el sentido mortal deja de poder estimarlo; y sin embargo, hombre, lo que no puedes estimar, lo has recibido. Pues así dice el Apóstol: Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre, lo que Dios preparó para los que lo aman (1 Cor 2,9). Y lo que dudas merecer, ya te ves obligado a confesar que lo tienes y lo posees. ¿Qué tiene, pues, que ver con la tierra quien posee el cielo? ¿Qué tiene que ver con lo humano quien ha alcanzado ya lo divino? A no ser que agraden los gemidos, se elijan los trabajos, se amen los peligros, deleite la peor muerte, y los males infligidos sean más gratos que los bienes otorgados.

Pero veamos qué consejo da tan gran Padre a los que han de reinar. Vended lo que poseéis, y dad limosna (Lc 12,33). Si creéis que viviréis, que reinaréis, que sois ya ricos en lo alto, adonde habéis de estar, adonde habéis de emigrar, donde habéis de reinar, que os precedan ya aquellas cosas que son vuestras; computad con misericordia las míseras riquezas; convertid lo humano en divino. Y para que a nadie le faltara quizá acarreo para llevar lo que despedís, se ha requisado al pobre: los pobres llevan nuestras cargas, y las llevan de buena gana, porque con tal peso no son abatidos, sino levantados.

Vended lo que poseéis, y dad limosna; haceos bolsas que no envejecen, un tesoro que no se agota, en los cielos, adonde no se acerca el ladrón ni la polilla corroe. Haceos bolsas que no envejecen. Veis que este Padre quiere enriquecer a los hijos, no despojarlos. Haceos bolsas que no envejecen. De un modo nuevo, o más bien, de un modo celestial, el que lo escucha compra vendiendo, guarda gastando, adquiere mientras pierde. ¡Cómo desea que el dinero perdure, que las bolsas de las riquezas se perpetúen, que los ahorros permanezcan, el que dice: haceos bolsas que no envejecen! He aquí que enseña la avaricia el que había comenzado a persuadir el desprecio: haceos bolsas que no envejecen. Y el que reprendía a los que atesoran para el tiempo manda buscar bolsas sin fin, para todo el incentivo de la codicia. Cristo, ¿adónde te arrastra el amor a los tuyos? Para ganar al avaro, haces que oiga lo que desea, no lo que debe: mandas bolsas, quieres que se preparen tesoros eternos, que no se agoten; para que el avaro, mientras corre a las ganancias acostumbradas, o se apodere de la virtud, o sea apresado por la virtud. Verdaderamente eres Padre, tú que así obras con tus pequeños, sean cuales sean. Pues también nosotros a veces, cuando nuestros pequeños piden cosas dañinas, les damos cosas saludables bajo apariencia de dañinas, engañando su insensatez, no enloqueciendo nuestro afecto.

Dijiste: Haceos bolsas que no envejecen, tesoros que no se agotan, en el cielo. ¿Para qué se prepara una bolsa? ¿Para qué cerrojos allí, donde la inocencia misma es la custodia? ¿Para qué allí

un sello, donde no se tiene sospecha de fraude? Si también en el cielo hacen falta bolsas, el cuidado no se pierde, sino que se cambia. Señor, tú viste que para los avaros toda la fe está en los tesoros, toda la esperanza en las bolsas: y por eso quieres que se preparen en el cielo bolsas incorruptibles, para que quien no te sigue a ti al cielo, siga al menos a sus bolsas. Avaro, hazte bolsas, y hazlas por mandato de Dios, porque la majestad divina accede a tus deseos. Pero hazte bolsas gastando, porque todo lo que haya recibido el pobre, lo recibe el Padre celestial. ¿Y dónde lo guarda? En el cielo.

Y para que no te duelas quizá de haber perdido siquiera el interés, recibirás centuplicado, en el préstamo celestial, todo lo que hayas transferido al cielo llevándolo el pobre. El interés del mundo es de ciento a uno; Dios recibe uno por ciento; y sin embargo los hombres no quieren tener contrato con Dios. ¿Acaso están solícitos por la caución? ¿Por qué? ¿No se obliga el hombre al hombre con la obligación de un papelito? ¿Dios da caución en tantos y tan grandes volúmenes, y el deudor no queda obligado? Pero dices: «Supongamos que lo deba; ¿a instancias de quién lo restituirá?». De sí mismo; porque no puede mentir a nadie: él mismo es a la vez el ejecutor y el deudor. No será duro en devolver quien es pródigo en dar. Presta, hombre, a Dios lo que Dios te dio; el dador quiere devolver cosas mayores, cuando quiere ser deudor.

Sermón XXVI.

Sobre el dispensador fiel

Lo que hoy se lee que el Señor respondió a Pedro cuando le preguntaba, el oído de muchos lo ha entendido como dicho en figura a los apóstoles mismos, solo a los doctores y a los que presiden las iglesias. Pregunta Pedro: Señor, ¿dices esta parábola para nosotros, o también para todos? (Lc 12,41) El Señor le respondió: ¿Quién piensas que es el dispensador fiel y prudente, a quien el señor puso al frente de su familia, para darles a su tiempo la medida de trigo? (Lc 12,42) Bienaventurado aquel siervo a quien el señor, cuando venga, encuentre obrando así: en verdad os digo que lo pondrá al frente de todo lo que posee (Lc 12,43-44). Pero si aquel siervo dice en su corazón: Mi señor tarda en venir, y comienza a golpear a los criados y a las criadas, y a comer y beber y emborracharse, vendrá el señor de aquel siervo el día en que no lo espera y a la hora que no sabe, y lo partirá en dos, y pondrá su parte con los infieles (Lc 12,45-46).

Esta semejanza obliga ante todo a los obispos de la Iglesia, pero esta figura no exime en absoluto a ningún hombre, a ningún mortal; pues, al hablar al dispensador, respondió a todos, aunque preguntaba uno solo: si hay alguno que nada

haya recibido de Dios, ese no temerá el examen de la administración, el oficio de dispensador. Hombre, si esto mismo que das lo has recibido, ¿cómo negarás tú que has recibido lo que tienes? El repartidor de la Iglesia dará cuenta de los depósitos celestiales, de los graneros divinos; presentará sus razones. Y cuanto mayor es lo confiado que recibe, tanto mayor la deuda que no duda que habrá de devolver, pues dice el Señor: A quien más se le ha confiado, más se le exigirá (Lc 12,48). Y en otro lugar: Los poderosos padecerán poderosamente tormentos (Sab 6,6). Cuanto más alto haya subido el hombre, tanto más alto caerá si resbala. ¿Qué hay más alto que el cielo? Cae del cielo el que peca en las cosas celestiales; se precipita sin esperanza el que ofende ante los ojos mismos del que domina; y carece de excusa el que comete la fechoría siendo testigo el juez mismo. ¿O qué defensa espera aquel a quien acusa el testimonio del juez instructor?

Así el diablo, siendo ángel, y estando en el cielo, y moviéndose siempre ante Dios clarísimo y resplandeciente, al tentar los oídos de Dios, al ensoberbecerse a la vista de Dios, cayó a la tierra, fue arrojado al Tártaro, y de ángel se cambió en diablo; y el que era ministro del perdón se hizo caudillo de los castigos. Por eso el Apóstol advierte al hombre de nuestro orden que no caiga en la soberbia y en el lazo del diablo (1 Tim 3,6-7). El dispensador, pues, de la palabra divina y repartidor de la doctrina celestial, que está continuamente ante el Señor, se mueve siempre entre los altares, nunca se aparta de los ojos de

Dios, que recibe las causas de los pecadores, los dolores del pueblo, ofrece, presenta las súplicas, recibe, refiere, devuelve lo obtenido, convertido por entero de hombre en ángel, no puede pecar sino en la faz misma de Dios entre el santo de los santos, de modo que toma para sí un crimen de allí de donde solía traer el perdón para los demás.

En efecto, Nadab y Abiú, sacerdotes, hijos del sacerdote Aarón, al atreverse a contaminar los altares con fuego extraño, son consumidos por el incendio del altar mismo (Lv 10,1-2), para que recibieran castigo del sacrificio los que habían hecho de la propiciación un pecado: pecado que la embriaguez había suscitado en ellos; pues el olor del vino había ahuyentado el olor del incienso, y el fuego de la embriaguez había provocado la llama del altar. Por eso, porque, enajenados por el vino, habían llevado un fuego ajeno, enseguida son sacados extinguidos por el fuego divino. La embriaguez en otro es un crimen, en el sacerdote un sacrilegio, porque el otro mata su alma con el vino, el sacerdote extingue el espíritu de santidad, pues dice el Apóstol: No extingáis el Espíritu (1 Tes 5,19).

Con razón, entre las demás cosas que el discurso de hoy reprende en el mal dispensador, condena la locura del vino, diciendo: Pero si aquel siervo dice: Mi señor tarda en venir, y comienza a golpear a los criados y a las criadas, y a comer y beber y emborracharse. Con propiedad dijo: comer y beber, y emborracharse, y golpear. La embriaguez es madre de la matanza, engendradora de las riñas, progenitora del furor, maestra

vergonzosa de la insolencia: quien la tiene no se tiene a sí mismo; quien la tiene no es hombre; quien la tiene no comete pecado, sino que es él mismo pecado. La embriaguez es un demonio halagador, un veneno dulce, una rabia voluntaria, un enemigo invitado, un señuelo contra la honestidad y una afrenta al pudor: que ningún cristiano la conozca, que el sacerdote no la toque ni siquiera de oídas; para que el que es forma de las virtudes no se haga de ahí forma de los vicios, y se le halle como ejemplo de ellos.

Pero, ya que se ha dicho bastante a nosotros y a los eclesiásticos, examinemos el dicho del Apóstol, para mostrar cómo la respuesta del Salvador alcanza a todos, a saber, que no hay nadie que se encuentre ajeno a la administración de Dios. No hay potestad sino de Dios (Rom 13,1). Si toda potestad viene de Dios, también de Dios ha obtenido el rey la dignidad de la administración regia. Así el general, así el soldado, así los gobernadores de las provincias, así los de las ciudades: todos estos han de dar cuenta, si en algo excedieron la medida de la potestad confiada; si el rey guardó la justicia, si mantuvo la equidad, si moderó su potestad, si no omitió la misericordia, si sostuvo de tal modo la balanza de su peso que el fiel de su potestad no se inclinara ni ladeara hacia ninguna de las dos partes, si cuidó de todos, si procuró el sosiego de los ciudadanos, si moderó el tributo de tal modo que ni al soldado le faltara lo suficiente ni el contribuyente quedara agotado. Y el general dará razón a Dios de si dio ejemplo de valor a los que le seguían, si estuvo en vela en las guardias,

si fue infatigable en las rondas, si buscó con su propio trabajo la paz de todos. Dará cuenta también el soldado de si obedeció lo mandado, si no extorsionó a nadie, si compensó con trabajo justísimo la soldada recibida. También el juez habrá de afrontar, por su juicio, al juez supremo.

Y tú, que eres señor de tu casa, quiero que te creas dispensador puesto en ella más que señor, para que muestres a tu cónyuge una caridad sencilla, y le infundas con prudencia la doctrina que aprendiste en la Iglesia: a ella el Apóstol le mandó callar en la Iglesia y aprender en casa enseñándole tú, diciendo: Las mujeres callen en las iglesias; y si quieren aprender algo, pregunten en casa a sus maridos (1 Cor 14,34-35). Dedica a tus hijos un afecto sobrio, un cuidado solícito, y edúcalos fielmente en la disciplina del Señor. Da a los siervos la comida y el vestido debidos, remite sus culpas, modera las amenazas, impón la disciplina, y tenlos por hermanos por linaje celestial, a los que posees como súbditos por servidumbre mundana. También vosotros, siervos, debéis fidelidad al señor en la misma servidumbre que lleváis, porque quien no rinda con corazón leal y puro el homenaje debido a su señor según la carne, está obligado ante Dios, que ve los corazones, antes que ante el hombre: ante Dios, que te hizo igual por la gracia, a ti, a quien la condición había hecho desigual por la vileza servil. ¿Qué diré del rico? Cuanto más tiene, tanto más debe.

... En efecto, a la vez devuelve, a la vez entrega a otro: si no quisiera devolver esas cosas, que las confíe a cada uno por partes. Y tú, pobre, no esti-

mes pequeña la administración de la pobreza que se te ha confiado, si la sobrellevas con paciencia, si no eres ingrato, si aun en la misma necesidad eres sobrio y frugal; si das gracias al que da, si al que no da no le lanzas injurias blasfemando; si buscas solo cuanto da la misericordia, no cuanto empuja la codicia importuna. Ciertamente también tú, pobre, que pides de buena gana, da también tú de buena gana a los que piden. Pero quizá dices: «No tengo»: haya ánimo de dar, y no faltará la posibilidad de prodigar; pon tu silla al que llega, pon tu mesa, el candelero, la lámpara: ciertamente sírvele con gusto de lo que has recibido. Así Elías (1 Re 17), así Eliseo (2 Re 4), al desviarse hacia las moradas vacías y pobres de las viudas, suplieron con abundancia lo que a las viudas les faltaba.

Y añadió el Señor, para confirmar esta semejanza, diciendo: Pero aquel siervo que conoció la voluntad de su señor, y no se preparó, y no obró según su voluntad, recibirá muchos azotes; y el que no la conoció e hizo cosas dignas de azotes, recibirá pocos (Lc 12,47-48). Aquel, en verdad, que peca a sabiendas paga con razón más gravemente las penas de la conciencia; pero también este, por las culpas de la ignorancia, no evitará los azotes de la ignorancia: así como no es lícito despreciar a Dios, tampoco es lícito ignorarlo.

Sermón XXVII.

Sobre quitar el escándalo

En el aparato de la guerra siempre se reparten las guardias de los soldados, para que nada se consienta a las emboscadas, nada quede abierto a los engaños. Perniciosísimo en extremo es el enemigo repentino; pues o se adelanta a los desprevenidos, o sorprende a los incautos, o aplasta a los que duermen. Por eso Cristo, nuestro rey antes de los siglos, a lo largo de toda la noche del siglo, mandando de antemano los turnos de las guardias, ha prevenido a sus soldados contra el engaño sutilísimo del diablo, es decir, del antiguo enemigo, contra los asaltos ocultos de los vicios, contra las emboscadas de los crímenes que irrumpen, contra los escándalos que nos nacen de diversas causas, contra las tentaciones de la vida presente, contra las ardientes líneas de batalla de las tribulaciones del siglo, amonestando así: Velad y orad, para que no entréis en tentación (Mt 26,41). Y, disponiendo cómo había de velarse, añadió: Y si viene en la segunda vigilia, y si viene en la tercera vigilia, y así los encuentra, bienaventurados son aquellos siervos a quienes, cuando venga, encuentre velando (Lc 12,38.37). Y bienaventurados en verdad, porque los que velan y se anticipan a los engaños de los

enemigos se gloriarán en la venida de su Señor. Hoy, sin embargo, el Señor ha despertado contra los escándalos las guardias mismas de nuestros jefes, y las ha armado, diciendo a los discípulos: Es imposible que no vengan escándalos (Lc 17,1). Es decir, es imposible que no vengan enemigos.

Y primero, hermanos, nos conviene saber qué son estos escándalos. Los géneros de escándalos son diversos, y los primeros son los que pare el fraude del diablo. Los segundos son los que engendra la astucia humana. Los terceros son los que da a luz desde nosotros mismos la naturaleza, suspicaz e incauta. Y del diablo son los que engañan con la apariencia, los que muestran bienes mientras acarrean males: como aquello dicho a Adán, cuando nos quitó lo humano al prometer lo divino (Gn 3). Y aquello que dijo por medio de Pedro: No te sucederá esto, Señor (Mt 16,22). Se empeña en vaciar el triunfo de la cruz, mientras finge mentirosamente que arde de excesivo amor. Pues cuando el Señor hablaba de la gloria de su Pasión, respondió por medio de Pedro: No te sucederá esto, Señor. ¡Qué dulce el veneno de la serpiente!: hace que el soldado niegue la victoria de su rey antes de que el siervo mismo negara a su Señor. Por eso el Señor manda al siervo detrás de sí y remite el escándalo a su autor, diciendo a Pedro: Ve detrás de mí; y al diablo: Satanás, me eres escándalo (Mt 16,23). Y en verdad Pedro va detrás del Señor, porque, para seguirlo al cielo, subió invertido a la cruz.

Pero de esta clase es también aquel escándalo que causó a los judíos. Pues la piedra puesta

ancha para afirmar los pasos la surcó y la hizo áspera hasta convertirla toda en tropiezo, y la roca de todo el fundamento la volvió escándalo, para que fuera ruina para los desdichados. He aquí, dice, que pongo en Sion piedra de tropiezo y roca de escándalo (Rom 9,33). Por eso el salmista pide con angustiosa súplica: Guárdame del lazo que me tendieron, y de los escándalos de los que obran la iniquidad (Sal 141,9). Y como había saltado por encima del tropiezo y vencido el escándalo, se gloría así: Sobre la roca me exaltaste, y me guiaste, porque te has hecho mi esperanza (Sal 61,3-4).

Hemos hablado del primer género de escándalo; hablemos también del segundo, que dijimos que procede de la astucia humana. Balaam el adivino puso escándalo al pueblo de Israel cuando salió al encuentro de sus guerreros no con hombres de hierro, sino con muchachas pintadas con todas las artes de la alcahuetería, para convertir sus armas en lujuria, cambiar su triunfo en infamia, arrastrar a la culpabilidad a los vengadores de la culpabilidad y, en suma, profanar con la torpeza toda su santidad (Nm 31,16; Ap 2,14). Por eso Moisés lo señaló con tal sentencia al castigarlo. Y matad, dice, a Balaam el adivino, porque este puso escándalo delante de los hijos de Israel. Escándalo maquinó Jeroboán, que con miserable ficción colocó para el pueblo becerras de oro como dioses (1 Re 12,28), para que no buscara al Dios vivo, ni el verdadero templo, ni la ley divina, ni a los reyes legítimos, ni los ritos patrios: así quedó el pueblo esclavizado al error.

Causa escándalo, según el Apóstol (1 Cor 8,10), el que come lo inmolado a los ídolos como si en nada hubiera de dañar, y estima con tal acción que deben despreciarse las piedras insensatas y los dioses de madera, que ni pueden santificar ni valer nada. Pero lo que él estima ejemplo de fe se convierte para los ignorantes en ocasión de error, porque provoca a los que no saben no al desprecio, sino al culto, y a los que no entienden les hace parecer banquete de religión lo que él, sabiendo, consume por afán de burla. Por eso concluye bien el Apóstol y lo declara: Y por tu ciencia perecerá el hermano débil, por quien Cristo murió (1 Cor 8,11).

El tercer género de escándalo es el que se nos engendra de nuestros propios sentidos, cuando somos engañados por los ojos, cuando somos seducidos por el oído, cautivados por el olfato y viciados por el gusto. Por eso Eva fue herida por el alimento prohibido y mortal, tanto por el gusto como por la vista. Y vio la mujer, dice, que el árbol era bueno para comer, y grato a los ojos para mirarlo, y hermoso para contemplarlo (Gn 3,6). Con razón, pues, añadió el Señor que los sentidos mismos escandalizan, diciendo: Si tu ojo o tu mano te escandaliza, córtalo y arrójalo lejos de ti: más te vale venir a la vida sin ojo y sin mano que entrar con todo el cuerpo en la gehena (Mt 5,29-30; Mc 9,43-47). Y aunque el Señor nos mandó cortar así las caídas y los vicios, no los miembros, con todo, si Eva, madre del género humano, lo hubiera hecho así, mejor habría venido a la vida sin ojo y sin

mano que enviar a la muerte a toda su lamentable posteridad.

Debemos, pues, guardarnos, hermanos, de causar escándalo a otros, y de padecerlo nosotros mismos cuando otro lo causa. Escándalo es lo que hiere los sentidos, lo que turba la mente, lo que confunde la pureza de la inteligencia. Escándalo es lo que hizo del ángel un diablo, lo que del apóstol hizo un traidor, lo que introdujo el pecado en el mundo, lo que condujo al hombre a la muerte. Escucha al Señor que dice: ¡Ay del mundo por los escándalos! (Mt 18,7) El escándalo tienta a los santos, fatiga a los cautos, derriba a los incautos, confunde todas las cosas, perturba a todos: y aunque en el presente lugar el Señor habla del escándalo de su Pasión y señala a Judas, por quien viene el escándalo mismo de los escándalos, con todo, para que nadie llegara a esto, advirtió diciendo: Es imposible que no vengan escándalos; pero ¡ay de aquel por quien vienen! Bueno es para él que le cuelguen al cuello una piedra de molino y lo arrojen al mar, antes que escandalizar a uno de estos pequeños (Lc 17,2).

¿Por qué no una piedra, sino una piedra de molino? Porque la piedra de molino, al moler el trigo, al verter la harina, al separar el salvado de la flor de harina, suministra pan a los que trabajan piadosamente. Con razón, pues, a aquel que elige ser ministro del escándalo antes que de la paz se le ata al cuello una piedra de molino, para que lo arrastre a la muerte lo que debió arrastrarlo a la vida: porque convierte los sentidos dados para la vida en escándalo de muerte, persuadiendo a ver

otra cosa, oír otra cosa, sentir otra cosa, gustar otra cosa que la que estaba en Cristo, que la que estaba en la ciencia saludable. Por eso a la piedra angular (Is 28,16), a la piedra del auxilio (1 Sam 7,12), a la piedra desprendida sin intervención de manos (Dan 2,45), que es Cristo, la rodeó así y la arrastró a escándalo de los pequeños, para hacer con ella no el pan de la vida, sino el pan de las lágrimas y del dolor, como atestigua el Profeta, diciendo: Los que coméis el pan del dolor (Sal 127,2). Con razón, pues, como dijo en otro lugar, que le aten al cuello una piedra de molino de asno (Mt 18,6), y reciba el castigo de donde recibió también el sentido, y sea igualado a los jumentos insensatos el que no quiso ser comparado a los hombres que gustan lo celestial.

Sermón XXVIII.

Sobre la vocación de Mateo, publicano y rico, y sobre Cristo que come con publicanos y elige a pobres por apóstoles

Que la pobreza es pariente de las virtudes, lo prueba la disciplina terrena y la celestial. El atleta se presenta desnudo a la lucha, el marinero combate desnudo con las olas, el soldado no se presenta en la línea de batalla sino desembarazado; el que tiende a la filosofía desprecia antes todo lo que hay en los bienes. La pobreza es, pues, pariente de las virtudes; y si la pobreza es tenida así por madre de las virtudes, compañera de las virtudes, conviene entender por qué Cristo eligió así a pobres para el oficio de la virtud.

Pedro y Andrés, Santiago y Juan, hermandad emparejada, o más bien, pobreza duplicada, son elegidos como príncipes de los apóstoles: pobres de caudal, humildes de condición, viles de oficio, oscuros de vida, comunes en el trabajo, entregados a las vigilias, esclavos de las olas, privados de honores, expuestos a las injurias, con la red por amparo, procurándose el sustento y el vestido con la sola pesca. Pero en estos, cuanto más vil parecía su aspecto mundano, tanto más preciosas eran las almas que veía entonces la mirada de Dios. Eran pobres de caudal, pero ricos de inocencia; humildes de condición, pero sublimes

en santidad; viles de oficio, pero preciosos por su sencillez; oscuros de vida, pero resplandecientes por el mérito de su vida; comunes en el trabajo, pero singulares en el propósito: entregados a las vigilias, pero llamados ya a victorias celestiales; esclavos de las olas, pero no sumergidos por las olas; privados de honores, más bien colmados de honores, no privados de ellos; expuestos a las injurias, pero no abandonados a las injurias; captores de peces, pero destinados ya a pescadores de hombres.

Venid, dice, y os haré llegar a ser pescadores de hombres (Mt 4,19); para que con el lanzamiento del cebo vital, con el anzuelo de la palabra celestial, sacaran las almas del remolino de la muerte a la luz sempiterna. Los captores de peces se hacen pescadores de hombres, pasan de un trabajo a otro trabajo, porque el trabajo ejercitado no sabe cansarse. Todo lo que viene del uso no fatiga. La virtud persevera con el ejercicio. Por eso Cristo quiso ejercitar a sus apóstoles en trabajos humanos, para hacerlos incansables en los divinos: quiso Dios que permaneciera en ellos la fortaleza, que el ejercicio les diera la virtud. Y como el fruto proviene del trabajo, quiso que no perdieran sus trabajos, sino que los cambiaran: él mismo les concedió antes la práctica del trabajo, el que después les dio la resistencia de la virtud. Por eso vencieron así en todas las tierras reinos, naciones, cárceles, cadenas, tormentos, muertes, hombres enfurecidos.

Hemos dicho que en los apóstoles fue elegida la pobreza, amiga de las virtudes, querida de

Dios. Que Cristo eligiera para el apostolado a Mateo, rico por el telonio, opulento por las usuras, cargado con las ganancias del siglo, ¿qué diremos? Hoy Mateo comenzó así hablando de sí mismo: Y al pasar Jesús de allí, vio a un hombre sentado en el telonio, llamado Mateo; y le dijo: Sígueme (Mt 9,9). Mateo el publicano, con sus ganancias, nos engendra una cuestión no pequeña, y con su negocio nos propone un gran negocio. Pero dice alguno: «¿Qué cuestión? ¿Qué negocio? Dios acoge a los pobres, pero no rechaza a los ricos. El que tiene acoge y atrae a sí a los que no tienen (Lc 16). Abraham rico, rico Job, David rico. ¿Y qué más dichoso que Abraham? ¿Qué más fuerte que Job? ¿Qué más santo que David? Pues también Abraham, tras los duelos terrenos, recoge en el regazo de su consuelo a las almas piadosas que vuelan de regreso al cielo. Y Job, en medio de las máquinas mismas de las riquezas, venció él mismo al diablo y nos dejó ejemplo de cómo vencerlo. Abraham poseyó las riquezas de tal modo que a menudo las despreciaba cuando se le ofrecían y las pisoteaba cuando se le concedían (Gn 14,22-23); y así amaba poseer las riquezas, no ser poseído por las riquezas; tenerlas como materia de largueza, no como incendio de la codicia».

Pero a esto se responde: las riquezas de los santos fueron inocentes, como dadas por Dios, no adquiridas torpemente; concedidas para el uso de la vida, no para el interés de la muerte. Pero a Mateo el publicano las riquezas así lo publican maestro de la codicia, así lo cocían en el horno de

la avaricia, así lo ataban con las cadenas de las cauciones, así lo oprimían con el peso de los sacos de dinero, que no podía ser levantado a la inocencia, alzarse a la justicia, avanzar hacia la virtud. Por eso su estar sentado era ya un hundirse, no un estar sentado. Por qué Cristo llamó a lo suyo a tal hombre, por qué lo eligió para lo divino, si no se indaga más hondo, constituye una cuestión hondísima, y no solo una cuestión, sino también un escándalo, como lo puso de manifiesto en aquel tiempo la intención de los presentes. Pues ¿cómo no había de turbarse la debilidad humana, cuando veía que el dinero valía tanto ante Cristo que daba fe al fraudulento, gracia al venal, el oficio de la largueza al maestro de la codicia, el magisterio de la santidad al doctor del préstamo, el secreto celestial al publicano del siglo? Quemaba a los que lo veían que la usura, que devasta la tierra, fuera elevada al cielo, y que a la que detestan los hombres la llamara la deidad. Que así sintieron entonces los que lo veían lo revela el mismo Mateo, que, habiendo de decir la verdad sobre sí, no pudo callar esto.

Y estando Jesús a la mesa en la casa, he aquí que venían muchos publicanos y pecadores, y se recostaban con él y con sus discípulos (Mt 9,10). Pero los fariseos, al verlo, decían a sus discípulos: ¿Por qué come vuestro maestro con publicanos y pecadores? (Mt 9,11) Y esto decían los fariseos para que fuera un gran mal, capaz de desagradar incluso a los malos: y si era una impiedad que los publicanos fueran partícipes con Cristo aunque fuera en la comida, ¿qué era asociar a un publi-

cano a las cosas divinas? Hermanos, el ingenio del intérprete se fatigaría en esta cuestión, si el mismo Señor, a quien se le plantea la cuestión, no quitara todo lo que tiene de cuestión.

Repasemos, pues, el orden de la lectura: oigamos por qué vino Cristo a Mateo. Al pasar Jesús, dice. No dijo: «Estando allí»: pasó Jesús, y pasó de largo de allí, para que Mateo no se quedara allí; pasó Jesús de allí, para que Mateo no permaneciera allí de tal modo. Vio a un hombre. No dijo: «Vio a Mateo», porque en Mateo había liberado al hombre; es decir, los hombres a quienes poseía el dinero no pueden servir a Dios, sirviendo al dinero. No podéis, dice, servir a Dios y a Mammón (Mt 6,24). Ven, sígueme. No dijo: «Tráemelo», porque buscaba a Mateo, no los sacos de Mateo. Ven, sígueme. Es decir, depón las cargas, rompe las cadenas, suelta los lazos. Sígueme. Búscate a ti mismo, pierde la usura, para que puedas encontrarte.

Pero oigamos ya qué respondió a los fariseos: No necesitan médico, dice, los sanos, sino los que están mal (Mt 9,12). He aquí por qué había venido Cristo a Mateo: para curar las heridas de la avaricia, para sanar la podre de la usura. Id, dice, y aprended qué significa: Misericordia quiero, y no sacrificio (Mt 9,13). Quiso misericordia, para que Mateo empleara en misericordias lo que había arrebatado por la miseria, y redimiera la pena con aquello mismo con que había comprado la culpa. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores. Al decir esto, no rechazó a los justos, sino que excluyó a los injustos, que mentían ser

justos. Cristo, pues, al venir a los pecadores, quiso borrar los pecados, no quiso permanecer con los pecadores. Lo que es dar vida a un muerto, eso es conceder largueza a un avaro. Así pues, que Cristo llame a Mateo no es aquella cuenta del dinero, sino que es toda ella cuenta de la virtud. En efecto, Mateo se hizo en seguida pobre para la tierra, para ser tenido por rico en el cielo.

Sermón XXIX.

Sobre lo mismo, y sobre el oro

Cuando el Señor llama a Mateo el publicano a la cumbre del apostolado y lo eleva, da la mano a los caídos, devuelve la esperanza a los desesperados, restituye a la vida a los que la muerte retenía ya como suyos. Al pasar Jesús, dice, vio a Leví, el de Alfeo, sentado en el telonio (Mc 2,14). Estaba sentado, desde luego, el que no podía estar de pie, oprimido por el peso de la codicia y todo encorvado por la conciencia misma del fraude.

El oro, pesado por naturaleza, se vuelve mucho más pesado por la avaricia. Por eso oprime más al que lo tiene que al que lo carga, y agobia con más fuerza los corazones que los cuerpos. Nace en lo profundo de la tierra, persigue los cimientos mismos de los montes, y recorre lo hondo de las vetas en ciegos recovecos, y al buscar siempre de nuevo su propia naturaleza, abate a los infiernos los ánimos celestes: siempre oscurece los sentidos, siempre hunde en lo terreno las alturas de las mentes. Repartir el oro es bueno, guardarlo es malo, despreciarlo es fuerte, huirlo es segurísimo: y así como vencerlo es propio de la virtud, así haberlo evitado es propio de la felicidad. El furor del oro hierve en el pecho humano con más ardor que un horno entero se

enciende en sus llamas, y disuelve a los hombres en la tierra con más violencia que él mismo se funde en el calor de las llamas. Señor de la crueldad, enemigo feroz, hiere siendo amado, despoja enriqueciendo, cautiva incluso la mirada misma, quebranta la fe, viola el afecto, hiere la caridad, turba la quietud, arrebata la inocencia, enseña el hurto, aconseja fraudes, ordena el latrocinio. ¿Y qué más? Esto es lo que dijo el Apóstol: La raíz de todos los males es la avaricia (1 Tim 6,10). Hay, en verdad, un solo trueque: que el hombre prudente lo envíe antes al cielo, antes de ser enviado por él, como un necio, al Tártaro. Envíelo por mano del pobre, porque cuanto dio al pobre por amor de Dios lo transmite al cielo sin demora.

Con razón el Señor, deseando que Mateo, trabado con tales cadenas, fuera desatado, lo levanta diciendo: Sígueme. Es decir: sígueme a mí, que voy de lo alto a lo alto, y no al oro, que se hunde de los infiernos a los infiernos. Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón (Mt 6,21). El oro corrompió de tal modo la estirpe de los patriarcas, linaje santo, corona tan grande y singular de hermandad, y la hizo tan desterrada de toda piedad, que entregaron a José a los egipcios, al hermano a los bárbaros, al inocente a los culpables, la condición de libre a la servidumbre (Gn 37,28). Así secó sus mentes, así abatió sus corazones, así convirtió en rabia de fieras cuanto sentido humano había habido en ellos, que no les permitió recordar la ofensa a Dios, el dolor de su santo padre, el sentir de su propia sangre. Mira qué hay más grave que el oro, que, cuando

arruina las costumbres de los hombres, arruina también su naturaleza. El oro cautivó de tal modo con su aspecto al pueblo judío, lo venció con sus halagos, lo engañó del todo con su apariencia, que creyeron que aquello era Dios, y renegaron del Dios verdadero, del Dios conocido por tantos beneficios; así convirtió a los hombres en bestias, que creyeron que la cabeza de un becerro era su cabeza, y antepusieron la cabeza de una res a la Cabeza de todas las cosas (Ex 32). Atended cuánto hay que huir de esta peste, que, habiendo arruinado las costumbres de los hombres, su honra y su vida, quiso y se esforzó en quitar al hombre también a Dios mismo. Esto es lo que hizo traidor a Judas, para obligar a un hombre a negar a Dios, a vender al hermano de su propia sangre, a malbaratar a su Hacedor, y a tasar con un precio aquella misma sangre que el Señor iba a dar espontáneamente como precio nuestro (Mt 26,15). Pero para que los muchos ejemplos sobre esto no engendren hastío, pasemos a lo demás.

Sígueme. Y levantándose lo siguió (Mc 2,14). A menudo se lee de una virtud útil aun en el enemigo, a menudo se la comprueba aun en el adversario. Mateo no es apartado del trabajo, sino cambiado, y más que dejar el telonio lo emprende, para adquirir cosas que han de durar para Dios, no que han de perecer para el hombre; para no reducir, contable triste, la trigésima a la cuadragésima y la quincuagésima moneda, sino guardar, alegre, el fruto de gozo del treinta, del sesenta y del ciento por uno, para provecho de los intereses divinos. Y levantándose lo siguió.

Ánimo generoso, que despreció así, fácilmente y como si nada fueran, las cosas que había tenido por grandes: se ve que antes había acumulado por ignorancia las ganancias presentes, y en cuanto se sintió y se vio libre de ellas, fue arrebatado así a lo divino.

Y sucedió que, estando él a la mesa en su casa, muchos publicanos y pecadores estaban recostados con Jesús y sus discípulos (Mc 2,15). Jesús estaba recostado más en la mente de Mateo que en su lecho, y se banqueteaba no con manjares, sino con el regreso del pecador, para atraer de nuevo con el convite, con la compañía, con el afecto de la humanidad, con su dulcísima conversación, a los que estaban a la mesa, sabiendo que podían deshacerse si reconocían la potestad del juez, quedar abatidos por el terror de su majestad, ser derribados al punto por su sola presencia desnuda; velado con un cuerpo humano, él que quiso socorrer al hombre. Ocultó al señor el que se dignó no negar la confianza a los siervos; cubrió su majestad el que quiso abrazar al frágil con amor de padre.

Pero los judíos se escandalizan, diciendo: ¿Por qué come y bebe vuestro maestro con publicanos y pecadores? (Mc 2,16) Te admiras, judío, de que se mezcle en el convite de los pecadores el que por los pecadores quiso nacer y no rehusó ser muerto: le ladras porque bebe el vino de los pecadores el que por los pecadores derramó su propia sangre. Y si quieres que pueda aún más: él mismo asumió el pecado, para no perder a los pecadores; el juez volvió contra sí su propia sentencia, para

mostrar que había amado a los pecadores pagando la deuda más que perdonándola. Pero baste que el Señor mismo respondió a tales hombres: No tienen necesidad de médico los sanos, sino los que están mal; porque no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores (Mc 2,17). ¿Y quién no estaba enfermo, estando tan enferma la naturaleza misma del género humano? A todos, pues, vino el que encontró a todos enfermos, para curarlos; pero claramente mereció morir el que despreció al médico para no acusarse o no confesarse enfermo.

Pero el Señor abre en seguida la figura de su dicho, diciendo: Porque no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores. No rechaza aquí el Señor a los justos, sino a los soberbios; y señala a aquellos que, sin serlo, se jactan de ser justos. ¿Y dónde estaban los justos, cuando, según el Profeta, no había quien hiciera el bien, no había ni siquiera uno (Sal 14,3)? Para que entiendan su enfermedad, admitan al médico, para ser curados; confiésense pecadores, para que Cristo, ahora padre y comensal, conceda el perdón, no sea que después, como juez, dicte contra los contumaces la sentencia sin fin que merecen.

Sermón XXX.

Sobre lo mismo

La lectura del Evangelio de hoy cambió de tal modo a Mateo el publicano en apóstol, que el que era defraudador de dinero se hizo dispensador de gracia, y pasó de la escuela de la impiedad al magisterio de la piedad; y se hizo maestro de misericordia el que había sido instructor de avaricia. Al pasar Jesús, vio a un hombre sentado en el telonio, llamado Mateo (Mt 9,9). Cuando Jesús pasaba de allí, con razón pasaba de allí: atravesaba Judea, para llegar a los gentiles; pasaba de largo la Sinagoga, para que permaneciera la Iglesia; dejaba atrás la patria de la carne, para volver a la sede de su deidad. En Cristo, hermanos, la injuria de la carne es pasajera, pues en él el honor de la divinidad es sempiterno.

Al pasar de allí, vio a un hombre. Vio más con ojos divinos que con ojos humanos. Vio al hombre, para no ver los pecados del hombre. Vio su propia obra, para desdeñar las obras de los pecadores. Dios lo vio a él, para que él viera a Dios. Cristo lo vio a él, para que él no viera más los escondrijos del dinero. Cristo lo vio sentado, porque, oprimido por el peso de la codicia, no podía levantarse.

Hermanos, peor estaba sentado en el telonio este publicano que yacía en su lecho el paralítico de quien hablamos antes. Porque aquel padecía parálisis de la carne, este de la mente; en aquel se había desordenado la trabazón de los miembros, en este se había disipado todo el orden de los sentidos; aquel yacía cautivo en la carne, este estaba sentado cautivo en el cuerpo y en el ánimo; aquel sucumbía a sus dolores contra su voluntad, este servía voluntariamente a sus vicios; este se tenía por inocente en el crimen de la avaricia, aquel se reconocía pecador entre sus heridas; este acumulaba los pecados de las ganancias, aquel borraba sus pecados con los gemidos de sus dolores. Con razón, pues, se dice al paralítico: Ten confianza, hijo, tus pecados te son perdonados (Mt 9,2), porque había compensado sus delitos con sus dolores; pero al publicano se le dice: Ven, sígueme. Es decir, para que siguiéndome repares lo que perdiste persiguiendo el dinero.

Pero dice alguno: «¿Por qué el publicano, que parece mayor en el crimen, es tenido por mayor en el oficio?» Pues al punto, investido de la segura dignidad del apostolado, no solo la recibió él mismo, sino que concedió a otros la indulgencia de los pecados: ilumina todo el orbe con el esplendor de la predicación evangélica, mientras que el paralítico apenas es tenido por digno del solo perdón. ¿Quieres saber por qué el publicano alcanzó más? Porque, según el Apóstol, donde abundó el pecado, sobreabundó también la gracia (Rom 5,20). Sabemos cómo el publicano representa el tipo del pueblo gentil y el paralítico

es figura del pueblo judío, que hasta hoy está retenido en el lecho por una mala dolencia, de modo que, si no es llevado por la fe de los gentiles, ofrecido a Cristo por la compasión de los santos, salvado por la creencia del pueblo cristiano, no puede llegar a la casa de la fe, a la casa de la patria.

Y estando él a la mesa en la casa, he aquí, dice, que venían muchos publicanos y pecadores, y se recostaban con él y con sus discípulos (Mt 9,10). Pero los fariseos, al verlo, decían a sus discípulos: ¿Por qué come vuestro maestro con publicanos y pecadores? (Mt 9,11) Se acusa a Dios porque se inclina hacia el hombre: ¿por qué se recuesta junto al pecador, por qué tiene hambre de la penitencia, por qué tiene sed del regreso de los pecadores, por qué acepta los manjares de la misericordia, por qué toma la copa de la piedad? Hermanos, vino Cristo a la comida, vino la Vida al convite, para hacer que los que habían de morir convivieran con él; se recostó la Resurrección, para que se levantaran de los sepulcros los que yacían; se reclinó la Indulgencia, para levantar a los pecadores al perdón; vino la divinidad a la humanidad, para que la humanidad viniera a la divinidad; vino el juez a la comida de los reos, para que la humanidad se adelantara a la sentencia de la culpabilidad; vino el médico a los enfermos, para reanimar a los extenuados comiendo con ellos; inclinó el buen pastor sus hombros, para llevar de nuevo la oveja perdida a los rediles de la salvación. Pero esto lo detesta y lo reprocha el fariseo, que piensa que la comida del Señor no es cosa de la virtud, sino del vientre; no del espíritu,

sino de la carne; no de la bondad divina, sino del placer humano; del lujo terreno, no de la gracia celestial. Así, así se ve a sí mismo el que no ve a Dios. ¿Quién reprocha al médico que se recueste junto a los que yacen enfermos, sino un enemigo de la salvación humana? ¿Quién reprende al pastor que se doblega bajo el rebaño cansado, sino el que no sabe del amor a un rebaño de ganancia? ¿Quién juzga al juez por su piedad, sino el que está desesperado? ¿Quién desprecia la comunión con Dios, sino un sacrílego? ¿Quién se horroriza de la indulgencia, sino un cruel?

¿Por qué come vuestro maestro con publicanos y pecadores? ¿Y quién es pecador, sino el que niega ser pecador? Ese es más pecador, y, para decirlo con más verdad, es ya el pecado mismo, el que ya no se reconoce pecador. ¿Y quién es injusto, sino el que se juzga justo? Has leído, fariseo, que no será justificado en tu presencia ningún viviente (Sal 143,2). Mientras estamos en el cuerpo mortal, también la fragilidad domina en nosotros; y aunque venzamos los pecados de obra, no podemos vencer los pecados de pensamiento, ni huir de las injusticias: y si podemos evitarlas en el cuerpo, y si somos capaces de vencer la mala conciencia, ¿cómo podemos abolir las culpas de la negligencia, los pecados de la ignorancia? Fariseo, confiesa tu pecado, para que puedas venir a la mesa de Cristo, para que Cristo sea para ti pan y el pan mismo se parta para el perdón de tus pecados, para que Cristo se haga para ti copa, él que se derrama para la remisión de tus delitos. Fariseo, come con los pecadores,

para que puedas comer con Cristo; reconócete pecador, para que Cristo coma contigo; entra con los pecadores al convite de tu Señor, para que puedas no ser pecador; entra en la casa de la misericordia con el perdón de Cristo, no sea que con tu justicia seas castigado excluido de la casa de la misericordia: reconoce a Cristo, escucha a Cristo, escucha a tu Señor, escucha al médico celestial que refuta perentoriamente tus calumnias.

No necesitan médico los sanos, sino los que están mal (Mt 9,12). Si quieres la curación, reconoce tu dolencia. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores (Mt 9,13). Si deseas misericordia, confiesa tu pecado. Id, dice, y aprended qué significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Cristo quiere misericordia, y no sacrificio; ¿o qué sacrificio buscará el que, para buscarte a ti, se hizo él mismo sacrificio? No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores. No rechazó a los justos; es que sin Cristo nadie es tenido por inocente en la tierra. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores. Al decir esto no rechazó a los justos; es que encontró a todos pecadores. Escucha al salmista. El Señor miró desde el cielo sobre los hijos de los hombres, para ver si hay quien entienda o busque a Dios (Sal 14,2). Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno (Sal 14,3). Hermanos, seamos, seamos pecadores por nuestra confesión, para que, por el perdón de Cristo, no seamos pecadores.

Sermón XXXI.

Sobre el ayuno de los fariseos y de los discípulos de Juan

La bondad es madre de las virtudes, la malicia origen de los vicios; a las virtudes acompaña la gloria, a los vicios se adhiere la confusión como pariente suya; así como los vicios se cubren con engaños, así las virtudes se ilustran con la libertad. Por eso Cristo, luz de las virtudes, obraba con libertad, hablaba con pureza, otorgaba como Dios, soportaba como padre, reprendía como señor: pero los judíos, raza de víboras, muerte de su progenitora, asesinato de su progenitor, al matar a Cristo desgarraron el seno de su madre la Sinagoga. En verdad, como está escrito, raza de víboras (Mt 3,7), inclinaban la cabeza, adulaban con la lengua, herían con engaños, derramaban veneno en blasfemias: y como si no bastara el desprecio para el odio, el desdén para la injuria, así perseguían a Cristo con emboscadas, lo tentaban con engaños, lo acosaban con preguntas, lo atacaban con ultrajes, y, codiciosos, lo cercaban con toda clase de fingimiento. Le ponían delante a los que había que curar en sábado, para que, si no los curaba, naciera el desprecio por su impotencia; y si los curaba, manara de la Ley la calumnia. Le preguntaban con qué potestad hacía prodigios con su mandato (Lc 20,2), para que, si decía que

con la de la deidad, suscitaran la malquerencia; si callaba, le imputaran el crimen del arte mágica. Pues decían: Por Belcebú, príncipe de los demonios, expulsa los demonios (Mt 12,24); y, como hoy se ha leído, ante los discípulos tramaban una tacha contra el maestro a propósito del convite de los publicanos. Ante el maestro acusaban a los discípulos de no saber de ayunos y de entregarse a la gula; y por rencor sembraban causas de odio y semillas de discordia: a los discípulos acerca del maestro, al maestro acerca de los discípulos.

Se acercaron, dice, los discípulos de Juan, diciendo: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos con frecuencia, y tus discípulos no ayunan? (Mt 9,14) ¿Y qué sociedad tienen los fariseos con los discípulos de Juan? Solo que la envidia había unido a los que la disciplina había separado. Aquí el celo pierde ya sus propios derechos: acostumbrado a separar, ha unido. Los judíos no soportaban que Moisés fuera pospuesto al Señor, los discípulos de Juan no querían de ningún modo que Cristo fuera antepuesto a Juan: así ambos bramaban contra Cristo con un rencor común.

¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos con frecuencia, y tus discípulos no ayunan? ¿Por qué? Porque entre vosotros el ayuno es cosa de la Ley, no de la voluntad; el ayuno no mira al que ayuna, sino al que ayuna de buena gana. ¿Y qué fruto del ayuno tenéis vosotros, que ayunáis un ayuno forzado? El ayuno es el arado singular de la santidad: cultiva los corazones, desarraiga los crímenes, arranca los delitos, socava los vicios, siembra la caridad, alimenta la abundancia, prepara la mies

de la inocencia. Los discípulos de Cristo, pues, puestos en plena mies de la santidad, y recogiendo las gavillas de las virtudes, teniendo ya el pan del fruto nuevo, no pueden ayunar los ayunos envejecidos. Estos se ostentan con palabras, se exhiben con la palidez, se venden con el desfallecimiento; agradan a los ojos humanos, no a los divinos.

¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos con frecuencia, y tus discípulos no ayunan? Respondió el Señor: ¿Pueden acaso ayunar los hijos del esposo mientras el esposo está con ellos? (Mt 9,15) ¿Qué significa esto? Juan, interrogado, atestiguó así que Cristo es el esposo: El que tiene la esposa es el esposo; pero el amigo del esposo, que está presente y oye con gozo, se alegra por la voz del esposo (Jn 3,29). Convenientemente, pues, Juan respondió a sus discípulos con la voz de su maestro, para que ellos al menos creyeran y no obligaran a los alegres tiempos del esposo a entrar en un triste ayuno: porque el que busca esposa deja a un lado los ayunos, abandona las austeridades, se entrega del todo a los gozos, se permite banquetes, anda todo afable, todo amable, todo festivo, y hace todo lo que pide el tierno afecto de la esposa. Cristo, pues, que entonces se desposaba con la Iglesia, se daba a las mesas, no se negaba a los que banqueteaban con él, se hacía humano, cortés, afable con piadosa caridad, hasta juntar lo humano con lo divino y hacer de la sociedad terrena un consorcio celestial.

Añadió el Señor diciendo: Nadie pone un remiendo de paño burdo en un vestido viejo, pues

le quita al vestido su plenitud, y se hace peor rotura (Mt 9,16). Llama así al ajuar de la antigua Ley, gastado por las aficiones judías y los sentidos corrompidos, rasgado por las sectas, deslucido por los actos impuros. Paño burdo llama a la vestidura del Evangelio. Pero escucha: el paño no es parte de una rotura, sino principio de un tejido. Pues entonces por primera vez se tejía la tela de la vestidura regia con el vellón de Cristo, con el vellón que daba el Cordero. El Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo (Jn 1,29). Y se tejía la vestidura regia que la sangre de la Pasión había de teñir de fulgor de púrpura. Con razón, pues, Cristo prohibía que este paño burdo se pusiera sobre la vetustez judía, para que no se hiciera peor rotura si la novedad cristiana rasgaba la vetustez judía.

Y duplica el ejemplo, diciendo: Ni echan vino nuevo en odres viejos, de lo contrario revientan los odres, y el vino se derrama, y los odres se pierden; sino que echan el vino nuevo en odres nuevos, y ambos se conservan (Mt 9,17). Llama odres viejos a los judíos; a los cristianos los nombra odres nuevos: porque, así como los odres de piel se limpian de toda suciedad y se untan con especias olorosas para que puedan guardar intacto el sabor del vino, así con los ayunos los cuerpos humanos se limpian de toda la suciedad de los delitos carnales y se hacen odres aptos para los lagares divinos, para recibir del lagar de la cruz el vino nuevo y conservar incorrupta su novedad. Pero así como lo reciben los cristianos, así los judíos, si no se hacen cristianos, no lo

tendrán: corrompidos por los vicios y envejecidos en los males, recibirían el vino nuevo, que es la palabra del Evangelio, de tal modo que reventarían y lo derramarían. Hay que reconocer, pues, que con estos ejemplos Cristo no rehusó que sus discípulos ayunaran, sino que rehusó mezclar el ayuno verdadero con un ayuno fraudulento.

Sermón XXXII.

Sobre el que tenía la mano seca

Todas las obras de los signos de Cristo, obras asombrosas de poder, deben creerse sucedidas no humanamente ni por azar, sino por providencia divina, como hoy nos lo ha mostrado la palabra del Evangelio. Y entró Jesús, dice, en la sinagoga, y había allí un hombre que tenía la mano seca (Mc 3,1). Cristo entra, sí, en la sinagoga, pero el judío ni lo recibe cuando entra, ni lo reconoce presente, ni, cegado, lo entiende cuando obra. Ved cómo la presencia corporal no es nada donde hay una lamentable separación de la mente; así como, al contrario, la ausencia corporal nada importa donde los corazones están asociados por la fe.

Y había allí un hombre que tenía la mano seca. En este hombre se figura la imagen de todos los hombres, en él se lleva a cabo la curación de todos, en él se restaura la salud largamente esperada de todos. Pues la mano del hombre se había secado más por el entumecimiento de la fe que por la sequedad de los nervios, y más por la culpa de la conciencia que por la invalidez corporal. Antiquísima era esta enfermedad, sobrevenida en el principio mismo del mundo, y no podía curarse con el arte o el favor del hombre; contraída por la justa indignación de Dios, había tocado lo ve-

dado, había presumido lo no concedido, cuando se extendió hacia el árbol del conocer el bien y el mal (Gn 3); necesitaba a su autor, no a uno que le aplicara un emplasto, sino a uno que pudiera relajar la sentencia impuesta y, perdonando, desatar lo que había atado con su indignación. En este hombre solo se representa para nosotros una sombra de la salud; pero la salud perfecta se nos reserva en Cristo, porque la sequedad de nuestra mano se deshace por la misericordia entonces, cuando se empapa con la sangre de la Pasión del Señor, cuando se extiende sobre aquel madero vital de la cruz, cuando recoge del dolor una virtud fructuosa, cuando abraza todo el árbol de la salvación, cuando el cuerpo es clavado con los clavos del Señor, para que nunca vuelva al árbol de la concupiscencia y de la voluntad seca.

Los fariseos observaban, dice, si curaría en sábado, para acusarlo (Mc 3,2). Para infamia del juez y maldad del juez instructor, se busca un crimen en la curación, una acusación en la piedad, culpabilidad en el poder, suplicio en la salud. Pero no es de extrañar: siempre lo bueno ofende a los malos, lo piadoso a los impíos, lo santo a los profanos; ¿o cuándo el lascivo no acusa a la disciplina, el vicioso a la virtud, el criminal a la inocencia? Los sacerdotes observaban solícitos en sábado no si pecaba, sino si curaba, para acusarlo. Los amantes de los crímenes vigilan, acechan para acusar las virtudes, como si el sábado hubiera sido dispuesto contra la salud y no para la salud. Si curaría en sábado: observan; con tal intérprete de la Ley, no digo que el enfermo sufra

mucho, sino que expira del todo. El sábado no negó impíamente la curación a los enfermos, sino que con toda piedad concedía a veces descanso a los mortales fatigados por el excesivo trabajo.

Y dijo al hombre que tenía la mano seca: Levántate en medio (Mc 3,3), tú que confiesas tu propia invalidez, que reclamas la piedad de lo alto, testigo del poder divino, prueba de la increencia judía. Levántate en medio, para que a los que no compunge tan gran poder de signos, a los que no doblegan las obras de tan gran salud, al menos los estreche y los ablande la compasión por tan gran invalidez.

Entonces les dice: ¿Es lícito en sábado hacer el bien o el mal; salvar una vida o perderla? (Mc 3,4) Al decir esto, encarece la bondad de su obra y acusa la conciencia de la malicia que habían concebido: porque, mientras él ansiaba sanar al hombre en cuerpo y ánimo, ellos, por afán de acusar, se esforzaban en perderlo; ellos, que incluso le permitían curar en sábado, acechando en su ánimo si curaría, para que, una vez que hubiera curado, fueran condenados por la malignidad de su propio sentir, y fueran con tal tolerancia más perversos que la malicia misma, y más furiosos en el engaño que dementes en tal juicio.

Pero ellos callaban; y mirándolos alrededor con ira, entristecido por la ceguera de su corazón (Mc 3,4-5). Dijo «mirando alrededor», no «mirando», es decir, no mirando solo el rostro como hombre, sino contemplando como Dios los cuerpos, los corazones, las mentes, los sentidos, lo pasado, lo presente, lo futuro. Mirándolos alre-

dedor con ira, entristecido. Se aíra como señor, se entristece como padre, siente dolor como hombre, contempla como Dios. Dice al hombre: Extiende tu mano; y la extendió, y su mano quedó restablecida (Mc 3,5). Extiende tu mano: por un mandato se desata la que por un mandato había sido atada. Extiende tu mano. La pena reconoció a su juez, la obra a su Dios, la indulgencia delató a su Hacedor.

Orad, hermanos, para que solo la Sinagoga se oscurezca con tal invalidez; y que no haya en la Iglesia nadie cuya mano seque la codicia, contraiga la avaricia, debilite la rapiña, encoja y enferme la tacañería: pero si esto mismo sucediera, escuche al Señor y extiéndala pronto en la obra de la piedad, relájela, y tiéndala en la misericordia, en las limosnas. No sabe sanar el que no sabe prestar a interés al pobre.

Entonces los fariseos salieron y en seguida se pusieron de acuerdo con los herodianos para ver cómo perderlo (Mc 3,6). Siempre el judío se une a los herodianos para atacar a los cristianos. Jesús, dice, se retiró con sus discípulos hacia el mar (Mc 3,7). Para probar y mostrar, en comparación con las olas, que el error de los judíos era más torcido. Pero porque Jesús, sirviéndole la barca, es decir, la Iglesia, se aparta de la confusión de las turbas, y el timonel del pueblo cristiano se asienta incansable en toda clase de curación, y ordenó a los vientos y al mar (Mc 4,39) que se aquietaran al fin en la obediencia de la calma, según el profeta: Rompamos sus ataduras, y arrojemos de nosotros su yugo (Sal 2,3), para que, permaneciendo bajo

el yugo de la piedad, merezcamos ser partícipes de la gloria divina.

Sermón XXXIII.

Sobre la hija del jefe de la sinagoga, y sobre la mujer que padecía flujo de sangre

Vais a oír hoy, hermanos, y, por el relato del santo evangelista Marcos, a conocer conmigo cómo ante Cristo se postra y se derrumba el principado de la Sinagoga, y lo confiesa de doble modo Dios y Señor, cuando adora por mandato de la Ley, que dice así: Adorarás al Señor tu Dios (Dt 6,13), y cuando lo declara restaurador de la vida, al implorar la salud de una hija moribunda. Vino a él, dice, uno de los jefes de la sinagoga llamado Jairo: y al verlo, cayó a sus pies, y le suplicaba mucho diciendo: Mi hija está en las últimas; ven, impón tu mano sobre ella, para que se salve y viva (Mc 5,22-23).

Antes de que el sermón abra el misterio del sentido evangélico, place en este lugar exponer un poco los padecimientos de los padres, que toman sobre sí y manifiestan por el afecto y el amor a sus hijos. Con la familia alrededor, entre las tiernas y dulces atenciones de los allegados, la hija yace en un blando lecho: el padre, postrado, yace y se revuelca en la tierra seca; ella desfallece en el cuerpo, él se consume en la mente y en el ánimo; ella soporta los secretos padecimientos de su dolencia, él, todo desaliñado y enlutado, es llevado y

zarandeado entre todo el pueblo; ella muere para el descanso, él vive para la pena. Y ciertamente hemos omitido los angustiados votos de los padres cuando engendran: los peligrosos trances cuando dan a luz a la prole, cuando la crían, los tristes trabajos y los tormentos continuos cuando enferman: peor es el día de la muerte cuando las prendas se les adelantan. ¡Ay de mí! ¿Por qué los hijos no saben cosas tan grandes? ¿Por qué no las sienten? ¿Por qué no se afanan por corresponder a sus padres? Y, sin embargo, la piedad de los padres persevera: porque todo cuanto los padres gasten en sus hijos, Dios, padre de todos, se lo resarcirá a los padres.

Pero volvamos a lo propuesto. Y vino uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo, y al verlo cayó a sus pies, y le suplicaba mucho diciendo: Mi hija está en las últimas; ven, e impón tu mano sobre ella, para que se salve. Que se lamente así con súplica llorosa por los últimos momentos de su hija, que pida así remedio para su dolencia, prueba y muestra sobradamente un afecto desesperado; de ahí que reclame así el orden de la curación: Ven, impón tu mano sobre ella. El enfermo no ordena cómo ha de ser curado, sino que solo implora ser curado. Pero como era jefe de la sinagoga, tenía conocimiento de la Ley; y, mientras lo demás fue hecho con la palabra, había leído que el hombre fue formado por la mano de Dios. Creyó, pues, a Dios, que con la misma mano con que sabía que su hija había sido creada podía ser recreada y devuelta a la vida. Hemos conocido qué es.

Ven, e impón tu mano sobre ella. Para que el que espontáneamente la puso para crear, rogado, la imponga de nuevo para restaurar. Esto es lo que reconoce el Profeta cuando canta en los Salmos: Tú me formaste, y pusiste sobre mí tu mano (Sal 139,5). Porque el que la puso cuando formaba de la nada, la impuso de nuevo para reformar a partir de lo perdido. En efecto, el mismo salmista, en cuanto sintió lo saludable de esta mano y obtuvo su largueza, prorrumpió en un clamor repetido: La diestra del Señor, dice, ha obrado poder, la diestra del Señor me ha exaltado; la diestra del Señor ha obrado poder (Sal 118,16). Y para mostrar que había obtenido lo que el jefe de la sinagoga había pedido, añadió: No moriré, sino que viviré (Sal 118,17). Aquel, al pedir, había dicho: Ven, impón tu mano, para que se salve y viva; este, habiéndolo ya obtenido, exulta: No moriré, sino que viviré. La diestra del Señor es Cristo, como nos lo enseña la palabra profética. Y en verdad obró poder al derrotar al diablo; al saquear, atado el fuerte, como él mismo dijo, los bienes del fuerte (Mt 12,29); al destruir el infierno, al dar muerte a la muerte misma. Y en verdad nos ha exaltado a nosotros, a quienes sacó del abismo y elevó al cielo.

Pero pase ya el sermón a la mujer, que buscó remedio para una herida oculta y una dolencia vergonzosa de tal modo que cubriera su pudor y guardara la reverencia debida al que la curaba. Y se fue con él, dice, y lo seguía una gran muchedumbre, y lo apretujaban: y he aquí una mujer que estaba en flujo de sangre desde hacía

doce años, y había sufrido mucho de muchos médicos, y había gastado todo lo suyo, y nada había aprovechado, sino que iba a peor, habiendo oído hablar de Jesús, vino por detrás entre la muchedumbre y tocó su vestido, diciendo: Si toco aunque sea su vestido, seré salva (Mc 5,24-28). Y al instante se secó la fuente de su sangre, y sintió en su cuerpo que estaba curada del mal (Mc 5,29).

No tanto se confunden dos mares con sus olas cuanto era sacudido el ánimo de esta mujer por un cúmulo incierto de pensamientos. Tras las desesperadas porfías de los médicos, tras las costosas medicinas, tras una curación vana y antiquísima, cuando ya el arte y la pericia habían fallado al que la atendía, cuando ya se había consumido toda la hacienda de la enferma, la herida vergonzosa salió al encuentro de su mismo autor, no por azar, sino por disposición divina, para que lo que en tantos años no pudo curarse con el arte humano se curara con la sola fe y la humildad. La mujer estaba lejos, aquella a quien la naturaleza había cubierto de pudor, a quien por eso la Ley judía había señalado como impura, diciendo: Será impura, y no tocará nada santo (Lv 15,25; 12,4); temía tocar, no fuera a incurrir en el furor judío, en la sentencia de la Ley. No se atrevió a hablar, para no confundir y agobiar el oído de los presentes, para no convertirse en fábula de los pueblos, ella que durante tantos años había sido estadio y skamma de padecimientos. Pues el dolor prolongado y continuo no le permitía soportar ni aguantar más, y la rapidez de Cristo, que pasaba, le cortaba el tiempo de deliberar, y,

por otra parte, sabía que no se daría la salud a quien callara, a quien ocultara su mal.

Entre estas guerras de pensamientos, la mujer halló el único camino de salvación, robar la curación, para arrebatar callada lo que no podía pedir, tanto por su pudor como por reverencia al que había de otorgarla; y para llegar con el corazón al médico, ella que no lo merecía con el cuerpo, a Dios con la fe, y tocar con la mano solo el vestido: sabiendo que este fraude, engendrado no por la voluntad sino por una necesidad pudorosa, le procuraría no solo el perdón, sino también el remedio; sobre todo porque buscaba la ganancia del ladrón sin causar ningún perjuicio a aquel a quien se le quitaba. Piadoso latrocinio, que se comete con la fe por servidora, con la fe que atrae. He aquí dónde se buscó el poder por medios contrarios, dónde el fraude, con el consentimiento de la fe, obtuvo lo que pretendía.

La mujer se acerca entre los que apretujan, para no ser conocida, y presumió que podía robar la curación con la sola fe, para quedar oculta en su porte y en su cuerpo; se acerca por detrás, y se juzgaba indigna de mirarlo. La fe curó en un instante lo que el arte humano no pudo curar en doce años. Después de este ejemplo, por su propio vicio arrastra largos tiempos en las dolencias, y por su negligencia padece largamente, el que no sabe curarse con la sola fe, sino cargarse con el dispendio de los aromas. Tocó la mujer su vestido y fue curada: y quedó libre de su antigua dolencia.

Desdichados nosotros, que cada día tocamos y recibimos el cuerpo del Señor, y no somos

curados de nuestras heridas. No es Cristo el que falta a los enfermos, sino la fe: pues mucho más podrá, permaneciendo ahora en nosotros, curar a los heridos el que, al pasar, curó así a la mujer que se ocultaba. Basta por hoy, hermanos, haber narrado los hurtos de la fe y el poder del Señor que pasaba: pero por qué el Señor, como si lo ignorara, pregunta por la que sabe curada por obra de su poder, lo narraremos en el sermón siguiente, porque ahora sería largo.

Sermón XXXIV.

Sobre lo mismo

Todas las lecturas del Evangelio, hermanos carísimos, nos otorgan grandes provechos para la vida presente y para la futura. Pero la lectura de hoy nos ha traído todo lo que es de la esperanza y ha excluido cuanto es de la desesperación. Dura y deplorable es nuestra condición: la fragilidad innata nos obliga a pecar, y la confusión, pariente del pecado, nos prohíbe confesar; pues hacer el mal no es vergüenza, y confesarlo es vergüenza: tememos decir lo que no tememos cometer. Pero hoy la mujer, buscando una medicina callada para una herida vergonzosa, halló un silencio por el que el pecador puede llegar al perdón. La primera felicidad es no haber caído en la torpeza de los pecados, pero la segunda felicidad es haber hallado el perdón de los pecados quedando ocultos los pecados. Esto lo había comprendido el Profeta, que decía: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido remitidas, y cuyos pecados han sido cubiertos (Sal 32,1).

He aquí, dice el evangelista, que una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años se acercó por detrás y tocó la orla de su vestido (Mt 9,20). La mujer, a quien le había fallado un largo tratamiento, se refugió en una fe repentina: la que

se avergonzaba de pedir la medicina quiso robar la salud; quiso no ser conocida por aquel por quien creyó que podía ser salvada. Como el aire por el torbellino de los vientos, así era turbada la mujer por las tempestades de sus pensamientos: luchaba con la fe su causa, con el temor la esperanza, la necesidad con el pudor; el frío del temor apagaba el ardor de la crueldad, la fuerza del pudor oscurecía la luz de la fe, la necesidad vergonzosa quebrantaba la confianza de la esperanza. Así la mujer, a semejanza de un gran mar, era sacudida por oleajes confusos: buscaba cómo hacer de lo público algo oculto, de la muchedumbre un secreto; procuraba que le volviera la salud y no pereciera el pudor; cuidaba de que su curación no redundara en injuria del que curaba; proveía a que se le devolviera la salud, a salvo la reverencia al Salvador. Con tal sentir, pues, la mujer llegó con razón desde el extremo de la orla a la cumbre entera de la deidad.

Se acercó, dice, por detrás. Pero ¿dónde está el detrás? Y tocó la orla de su vestido. Se acercó por detrás. Pero ¿dónde? No había detrás: allí halló el rostro que evitaba. En Cristo el cuerpo era múltiple, pero la deidad era simple; era todo ojo el que así veía detrás de sí a la suplicante. Se acercó por detrás, y tocó la orla de su vestido. ¡Oh, qué vio habitar esta mujer en lo interior de Cristo, ella que en la orla de Cristo vio habitar todo el poder de la divinidad! ¡Oh, cómo enseñó la mujer cuán grande es el cuerpo de Cristo, ella que mostró que tanto hay en la orla de Cristo!

Oigan los cristianos, que cada día tocan el cuerpo de Cristo, qué medicina pueden tomar de ese mismo cuerpo, cuando una mujer arrebató la salud entera de la sola orla de Cristo. Pero lo que hemos de llorar: la mujer sacó de la herida medicina, y a nosotros la medicina misma se nos vuelve herida. Por eso el Apóstol amonesta así y deplora a los que tocan indignamente el cuerpo de Cristo: Pues el que toca indignamente el cuerpo de Cristo, toma para sí el juicio (1 Cor 11,29). Y que la temeridad toma la debilidad de donde la fe debía recibir la salud, lo añadió a su vez: Por eso hay entre vosotros muchos débiles y flacos, y duermen muchos (1 Cor 11,30). Asimismo llama durmientes a los muertos, a quienes llora ya sepultados en un cuerpo vivo. Pedro y Pablo, príncipes de la fe cristiana, difundieron por todo el orbe el conocimiento del nombre de Cristo; una mujer fue la primera en transmitir la disciplina de acercarse a Cristo; una mujer fue la primera en dar la forma de cómo el pecador borra el pecado con una confesión callada, sin confusión; de cómo el que delinque, conocido solo por Dios, no es obligado a desnudar ante los hombres las vergüenzas de su conciencia acerca de su culpabilidad; de cómo el hombre puede adelantarse al juicio con el perdón.

Pero Jesús, dice, volviéndose y viéndola, dice: Ten confianza, hija, tu fe te ha salvado (Mt 9,22). Pero Jesús volviéndose: no con un movimiento del cuerpo, sino con la mirada de la divinidad. Cristo se volvió hacia la mujer, para que la mujer se volviera hacia Cristo, para que recibiera la cu-

ración de aquel de quien había recibido la vida, y supiera que la causa de su herida presente había sido para ella materia de salvación perpetua. Volviéndose y viéndola. La vio con ojos divinos, no humanos; la vio para devolverla a la salud, no para reconocer a la que ya conocía; la vio; aquel a quien Dios mira es colmado de bienes y carece de males. Esto lo siente todo el mundo por la costumbre, al decir así de los afortunados: «Dios lo ha mirado». Dios miró, pues, a esta mujer, a quien al curarla hizo tan afortunada. ¿Y qué más? Cristo enseñó con el ejemplo de la mujer cuánto aprovecha la sola fe para la salvación entera.

Pero hablemos ya del jefe de la Sinagoga, que, al conducir a Cristo hacia su hija, dio el camino por el que la mujer llegara a Cristo. Así comenzó el principio de la lectura de hoy. He aquí que un jefe se acercó y lo adoraba diciendo: Señor, mi hija acaba de morir; pero ven, impón tu mano sobre ella, y vivirá (Mt 9,18). No se le ocultaba a Cristo, presciente de lo futuro, que sucedería el encuentro con la mujer antes dicha: por el cual el jefe de los judíos aprendería que Dios no ha de ser movido por lugares, ni conducido por un camino, ni arrastrado por la presencia corporal, sino que ha de creerse cuán presente está Dios en todas partes, entero en todas partes, siempre en todas partes; y cómo puede hacerlo todo con un mandato, no con fatiga; enviar sus poderes, no llevarlos; ahuyentar la muerte no con la mano, sino con el imperio; devolver la vida no con arte, sino con un precepto.

Mi hija acaba de morir; pero ven. Es decir: aún permanece el calor de la vida, aún se ven huellas del alma, aún está en camino el espíritu, aún el señor de la casa tiene a su hija, aún el Tártaro no la conoce muerta; así que, para que puedas retener el alma que se va, apresúrate. Necio, pensó que Cristo no podía resucitar a la muerta si no la sujetaba. Por eso Cristo, cuando llegó a la casa y vio que lloraban a la niña como perdida, para mover a la fe los ánimos infieles, dice que duerme, no que ha muerto, para que creyeran que se puede uno levantar de la muerte más fácilmente que del sueño.

No ha muerto, dice, la niña, sino que duerme (Mt 9,24). Y en verdad ante Dios la muerte es sueño: porque Dios resucita al muerto a la vida más deprisa que un hombre despierta del sueño al que duerme, y antes vuelve Dios a infundir el calor vivificante en los miembros helados por la muerte que el hombre pueda infundir vigor en los cuerpos sepultados en el sueño. Escucha al Apóstol: En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, resucitarán los muertos (1 Cor 15,52). El bienaventurado Apóstol, como no pudo expresar con palabras la rapidez de la resurrección, la acomodó a ejemplos. ¿O cómo podría ceñir allí la rapidez de la palabra, donde el poder divino se adelanta a la rapidez misma? Pero ¡cómo aparece allí el tiempo, donde se da sin tiempo una cosa eterna! Así como el tiempo trajo la temporalidad, así la eternidad ha excluido el tiempo.

Sermón XXXV.

Sobre la mujer sujeta a un flujo de sangre

Qué es tocar a Cristo lo enseñó hoy la mujer que padecía flujo de sangre: la cual, cuando toca la orla de Cristo, llama entonces al secreto del pecho divino, y con el hurto de la fe arrebató del extremo de la orla el poder supremo. Feliz fraude, que le trajo la ganancia de la salvación y le quitó en seguida las pérdidas del pudor. Lo prueba lo que hemos oído en la lectura del Evangelio. He aquí, dice, que una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años, acercándose por detrás, tocó la orla de su vestido, diciendo dentro de sí: Con solo tocar su vestido, seré salva (Mt 9,20-21). En las dolencias graves, la fuerza del dolor da a menudo consejo; en los casos desesperados, la necesidad es a menudo maestra; el padecimiento mismo encuentra su medicina. Por eso la mujer halló cómo socorrer su herida vergonzosa: dar a entender con el silencio de la fe lo que no podía dar a entender con un clamor público, llegar por el camino secreto del espíritu al médico celestial, a quien no podía llegar por el camino manifiesto de la carne. La piedad del que curaba le daba mucha audacia, pero la necesidad de una dolencia vergonzosa le quitaba la confianza; la magnitud del dolor la obligaba a acercarse

a Cristo, pero la fealdad de la llaga no la dejaba ir a Cristo. Así la mujer, dudosa, y temblando el consejo de la fe, prefirió ser juzgada por su fe a perecer así de una herida inmunda.

Se acercó por detrás, y tocó la orla de su vestido. Sabiendo que a Dios ni el tacto lo contamina, ni la vista lo ofende, ni el olor lo exaspera, ni el oído lo hiere, ni el pensamiento humano lo mancha. Pues si el sol toca el estiércol y, sin embargo, no se mancha con el estiércol, ¿cuánto más el Creador del sol toca todas las cosas y, sin embargo, no puede mancharse con ningún contacto? Y si el médico, cuando trata la podre de las heridas, cuando cura las partes vergonzosas de los miembros, no lo cuenta como injuria sino como honor, ¿cuánto más Dios no lo estima injuria, cuando, curando, mira nuestras heridas, las toca para remediarlas, las visita para salvarnos? Ofenden la mirada de Dios las heridas de los pecados, no las de los dolores; las enfermedades de los crímenes, no los padecimientos de los cuerpos; la podre de los vicios, no el flujo de las entrañas: porque al hombre se le tiene por voluntario en los delitos, mientras que en las dolencias se halla retenido contra su voluntad. Por eso el pecador recibe castigo, el enfermo recibe curación. La mujer, pues, consciente no de voluntad, sino de dolor, confundida no por un crimen, sino por una dolencia, se acercó por detrás para esquivar los ojos de la muchedumbre, no para evitar la mirada de Cristo; quiso no ser conocida por las gentes, no por Cristo; ansió ocultarse no de Dios, sino de los hombres: porque solo por Dios podía ser vista

estando oculta, oída callando, curada estando encubierta.

Se acercó y tocó la orla de su vestido. Porque en Cristo no creyó nada postrero, no juzgó nada extremo; porque ni Dios es disminuido en el hombre, ni el poder se atenúa en la orla, ni la naturaleza celestial varía según los oficios de los miembros. Por eso la mujer llegó por la espalda al rostro, por el vestido penetró en lo interior, y por la orla tocó la cumbre de la cabeza. Y esto no sin misterio; escuchad al Profeta, que dice: Como el ungüento que descendió hasta la orla de su vestido (Sal 133,2). Veis, hermanos, que a la orla de este vestido ha pasado toda la plenitud del crisma divino, todo el poder de la cabeza divina. A sabiendas, pues, ansió la mujer tocar la sagrada orla de Cristo, para poder tomar de un misterio oculto la medicina de su herida.

Hermanos, grande es esta mujer, y sobremanera admirable, que venció en ciencia a los doctores de la Ley, superó en misterio a todos los judíos, precedió en fe a un apóstol. Pues Judea, con sus escribas y doctores, despreció en un cuerpo a Dios entero: el apóstol Tomás, para creer que Cristo era Dios, metió las manos, introdujo los dedos, abrió las heridas; y, para creer a Cristo, obligó a Cristo a padecer de nuevo (Jn 20,27).

Pero qué persona representa esta mujer, de quién muestra el tipo, de quién presenta la imagen, indaguémoslo con inteligencia espiritual. ¿Quién es esta, a quien la sangre congénita, la invalidez natural, la enfermedad original condujeron así a las causas de la muerte, a la herida

mortal, a las angustias de una dolencia inmunda? ¿Y a quien así ensució con vicios, afeó con crímenes, hirió con heridas secretas, que el arte no soportaba curarla, ni el ojo siquiera verla, ni la decencia siquiera admitirla, ni la Ley misma lograba purificarla; o más bien, a quien la Ley había mandado apartar del templo, alejar de lo sagrado, abstenerse de todo lo santo: y a quien había declarado tan impura que cuanto tocara era tenido por impuro? Esta es, hermanos, esta es la Iglesia, que, herida por el pecado del primer hombre, toda manaba sangre, toda corría desde su origen hacia la muerte.

Sermón XXXVI.

Sobre la hemorroísa, y la hija del jefe de la sinagoga

Es propio del deudor honrado saldar en seguida lo prometido, y no burlar el ánimo del acreedor con demoras ni tenerlo en suspenso con una larga espera. Como la narración del jefe de la sinagoga y de la mujer hemorroísa, enlazada entre sí y extensa, se apartaba de la acostumbrada brevedad de nuestro sermón, preferimos dividir en dos la exposición, para que vuestro oído no quedara menos recreado que cargado.

El jefe de la sinagoga sale al encuentro del Señor, y se postra todo en tierra, expone su causa, da a entender su dolor, mueve el afecto del que otorga, le manda que se apresure y venga a curar; en cambio, a la mujer el Señor le sale al encuentro sin ser buscado: al pasar, le ofreció la ocasión de la salvación; callando, conoció la causa de la que callaba; vio la herida oculta de la que incluso la escondía. Entre el Señor y la mujer se lleva a cabo un comercio tan grande de salvación furtiva: y mientras él, rogado, se pone en camino por una petición pública, el pensamiento de la fe penetra lo divino y llega al secreto. ¡Feliz mujer, que en tan gran multitud está sola con Cristo, de modo que ella sola es consciente de la salud devuelta y del poder excelso! ¡Bienaventurada la que halló tal

acceso, al que nadie podía oponerse! ¡Bienaventurada la que por tal camino se lanzó y se deslizó hasta su autor; la que, antes de ser avergonzada por el hombre a causa de su herida, se vio libre de la fealdad misma de la herida, sabiendo que ante los hombres y por medio de los hombres tenía cerrado todo acceso a la salud, pues suelen horrorizarse de las heridas más que curarlas! Dios limpia las heridas humanas, no las desprecia; no se horroriza de las dolencias de los hombres, sino que las ahuyenta; no detesta las inmundicias del cuerpo humano, sino que las enmienda: porque Dios no sabe mancharse al contacto de su criatura: Dios no puede mancharse.

Pero el evangelista plantea una cuestión cuando dice: Y al instante Jesús, conociendo en sí mismo el poder que había salido de él, vuelto hacia la muchedumbre, decía: ¿Quién ha tocado mis vestidos? (Mc 5,30) Al preguntar, es como si profesara ignorancia: ¿siente que ha salido de él un poder, y no sabe hacia quién había salido? ¿Sabe lo que había concedido, e ignora a quién se lo concedió? ¿Duda de la persona el que está seguro de la salud otorgada? Pero no por error de quien ignora, sino por majestad de quien sabe y sabe de antemano, pregunta aquí el Señor; ni busca lo que le estuviera oculto, sino que muestra así que eso mismo le era bien conocido, pues, preguntando de tal modo, él solo descubre a todos los que lo ignoraban lo que estaba oculto. A la callada suplicante, que intercedía solo con sus pensamientos y se adhería a espaldas suyas a los designios de su poder, la saca al medio, no como examinador

ignorante, sino como inquisidor presciente, y la hace estar ante su mirada, para que la que se había llevado la salud para sí trajera de vuelta también la fe para todos; y la que había probado su poder reconociera su majestad; y no volviera, como pensaba, desconocida la que había dado pleno conocimiento de sí.

Mientras se ruboriza de su herida, mientras en tal curación lo reverencia como Dios, la mujer padecía no pequeñas nubes sobre su fe, y en la luz de su mente ella misma se oscurecía con las nieblas de la confusión. La voz del Señor que preguntaba, pues, como un soplo saludable, ahuyentó las nubes, dispersó las nieblas, iluminó su fe, y a la que se ocultaba en las tinieblas de la noche la hizo más clara que el sol mismo. ¿O es esta menor que el sol, ella que irradia por todo el orbe, que brilla y resplandece en toda la asamblea de la Iglesia? Si hubiera vuelto así sin ser vista, con vuestro permiso, habría burlado al médico, no lo habría probado; y habría podido atribuirse a sí misma lo que había conseguido, no al que la sanaba; ella que había creído que arrebató la curación de la orla del que curaba, no de su conocimiento: ¿o qué había creído que era de aquel cuyo poder había sentido en sí, y a quien, sin embargo, en su intención juzgaba extraño? Ella, ciertamente, aunque antes de la curación su ocultarse hubiera sido por pudor, su juzgarse indigna por humildad, ¿por qué después de la curación no salió espontáneamente a dar gracias, a rendir honor, a tributar la gloria de tan gran obra? Pero, después de ver que el Señor persistía

en su indagación, y que, aunque los discípulos lo excusaban y alegaban el apretujamiento de la muchedumbre, advierte que no puede ocultarse, después que el temor y el temblor de la conciencia comenzaron a acusarla, vino al medio, para profesar públicamente como médico al que había sentido ocultamente, y adorarlo como Dios, y para que de tan grande dolencia suya se hiciera medicina tanto para los presentes como para los futuros, según dice el evangelista: Pero la mujer, temiendo y temblando, sabiendo lo que se había hecho en ella, vino y, postrándose a sus pies, le dijo toda la verdad (Mc 5,33).

Pero, como el relato histórico debe elevarse siempre a una inteligencia más alta, y por las figuras presentes han de conocerse los misterios futuros, qué sacramento encierran bajo la apariencia de estas personas el jefe de la sinagoga, o su hija, o la mujer que padecía flujo de sangre, hay que exponerlo ahora en lenguaje alegórico. La hija del jefe de la sinagoga, a la que va Cristo, y camina, y se apresura, y hace el viaje a paso humano él, que por modo divino no puede ser movido de lugar, es sin duda la Sinagoga, según dice el Señor: No he sido enviado sino a las ovejas que han perecido de la casa de Israel (Mt 15,24).

Pero mientras Cristo se dirige hacia ella, la Iglesia, que, establecida entre todas las naciones, perdido el bien de la naturaleza, perdía y derramaba la sangre del género humano; cuya dolencia, al esforzarse la pericia humana por curarla, no hacía sino acrecentarla: pues la censura de la fragilidad humana y el rigor de la disciplina

mundana derramaron siempre la sangre de los pueblos, y, sin embargo, no pudieron ni abolir a los enemigos, ni reprimir las guerras civiles, ni borrar del todo la demencia de los crímenes; ella, pues, traspasada por tales curaciones, cuando vio consumido todo lo que había sido y era de su hacienda, es decir, el ánimo, la mente, el sentido, el ingenio, el trabajo, la industria, la razón, que prestamos a los gobernantes para su provecho como a médicos, cuando sintió la presencia de Cristo que pasaba, se acercó por detrás, porque, contaminada de sangre, no merecía verlo. Se acerca por detrás, es decir, sigue lo oído de la fe, y toca lo extremo de Cristo como la orla misma, porque no es honrada en los padres, no es santificada en la Ley, no se jacta en los profetas, no es honrada en el cuerpo mismo del Señor, porque se la tiene por extraña a aquel orden de la generación de Cristo. A sus espaldas, es decir, en el último tiempo, sigue a Cristo, y es consagrada por el misterio oculto de la fe, y en verdad tocó el vestido que halló en el sepulcro, por el cual creyó y predicó las señales del Señor resucitado. Pero mientras Cristo se ocupa de ella con sus poderes, en la hija del jefe de la sinagoga desfallece y muere la Sinagoga: para que también ella vuelva a la vida por la fe, ella que por la Ley había muerto y por la naturaleza había perecido.

Entretanto vienen de la casa del jefe de la sinagoga y dicen: No molestes al maestro; la niña ha muerto (Lc 8,49). Y hasta hoy los judíos no quieren que se moleste a Cristo, a quien desean que no venga, y pronuncian la muerte, ellos

que infielmente han perdido la esperanza de la resurrección; pero cuán bien conviene también a nuestra afirmación que de la hija del jefe de la sinagoga se refiera que había pasado doce años en vida, y que de esta mujer se recuerde que había perseverado doce años en su herida, pues en el último y cumplido tiempo de ambas les fueron devueltas la salud y la vida. Pues este número encierra el tiempo de la vida humana: porque, para formar el año, se divide y se cuenta en doce meses: por eso también el profeta indica que Cristo vino en el año aceptable del Señor (Is 61,2); y el Apóstol confirma que Cristo vino en la plenitud del tiempo, diciendo: Cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo (Gál 4,4). Orad, hermanos, para que, así como la Sinagoga murió a sí misma y a la Ley para vivir para Cristo, así también nosotros muramos a los pecados y a la carne, para que podamos vivir en Cristo.

Sermón XXXVII.

Sobre la señal del profeta Jonás

Hermanos, los hechos de los santos no han de atribuirse al azar, sino a los signos: y lo que se tiene por vicios suyos ha de referirse a los misterios, no a las caídas, como hoy lo señaló y lo manifestó la instrucción del Señor, diciendo: Y agolpándose las muchedumbres, comenzó Jesús a decir: Esta generación es perversa; pide una señal, y no se le dará otra señal que la señal del profeta Jonás; porque así como Jonás fue señal para los ninivitas, así lo será también el Hijo del hombre para esta generación (Lc 11,29-30). He aquí que la fuga del profeta se convierte en figura del Señor mismo, y lo que se celebra como un naufragio funesto resulta ser el misterio de la resurrección del Señor. Pues cómo Jonás representó y cumplió en todo el tipo del Salvador, lo muestra el texto de la historia escrita sobre él.

Jonás, dice, huyó de la faz de Dios (Jon 1,3). ¿No huyó el Señor, para mostrar el rostro y la forma del hombre, del rostro y de la forma de su propia deidad? Según dice el Apóstol: El cual, siendo en la forma de Dios, no consideró rapiña ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo (Flp 2,6-7). El Señor asumió la forma de siervo, para ocultarse al mundo, para

adelantarse al diablo; se pone él mismo en fuga hacia el hombre. Y bien se guarda el tipo de Cristo en las palabras mismas de Jonás. No dijo: «Huyo de Dios», sino: De la faz de Dios huyo yo. Dios, que está en todas partes, no tiene adónde huir de sí mismo; pero Cristo, para huir de la faz de la deidad no como de un lugar, sino como de una apariencia, se refugió en el semblante entero de nuestra servidumbre.

Jonás, dice, bajó a Jope, para huir a Tarsis. Escucha al que descendió: Nadie, dice, ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo (Jn 3,13). Descendió el Señor del cielo a la tierra, descendió la deidad a lo humano, descendió el dominio de lo alto a nuestra servidumbre. Y, sin embargo, el que había bajado a la nave subió a la nave para navegar: así Cristo, que descendió a este mundo, con prodigios y maravillas subió a la nave de su Iglesia.

Pero ¿qué significa la tempestad revuelta por los vientos, sino el diablo, que, penetrando en el corazón de Judas, levantó como un mar a reyes, naciones, pueblos, soldados, jueces, y los hinchó en olas, para que las olas, subiendo y cayendo, reclamaran a su propio autor para la quietud del siglo? Escucha las olas del siglo, escucha al Profeta que dice: ¿Por qué se amotinaron las naciones, y los pueblos meditaron cosas vanas? (Sal 2,1) Se alzaron los reyes de la tierra, y los príncipes se reunieron a una contra el Señor y contra su Cristo (Sal 2,2). Y como no faltó la suerte que había de delatar a Jonás, cumple en Cristo la profecía de

David, que dice: Y sobre mi vestido echaron suertes (Sal 22,19).

Pero que Jonás sea el autor de su propia inmersión, cuando dice: Tomadme y arrojadme al mar (Jon 1,12), indica la Pasión voluntaria del Señor; pues ¿por qué consienten que se les mande esto quienes por propia iniciativa podían socorrerse en tal peligro? Pues cuando la salvación de muchos pide la muerte de uno, la muerte se pone en el albedrío del que perece, porque tanto la voluntad puede retener de la muerte al que va a morir como la muerte del que peligra puede adelantarse al peligro: así aquí, donde todo lo del Señor se representa en figura, se aguarda la autoridad del que muere, para que morir no sea necesidad, sino potestad. Escucha al Señor que dice: Tengo potestad para dar mi vida, y tengo potestad para volver a tomarla: nadie me la quita (Jn 10,18). ¿Cómo? Porque Cristo, aunque exhaló su espíritu, no lo perdió; porque no se ve cómo el que recibe y tiene en su mano las almas de todos podría perder él mismo su propia alma. Escucha al Profeta que dice: Mi alma está siempre en tus manos (Sal 119,109). Y en otro lugar: En tus manos encomiendo mi espíritu (Sal 31,6). Pero ¿qué más?

Corre, sale al encuentro, ahí está la bestia del abismo, que había de cumplir y revelar, o más bien, concebir y dar a luz todo el misterio de la resurrección del Señor; ahí está la bestia, ahí está la imagen horrible y cruel del infierno, que, mientras se lanza con fauces ávidas sobre el profeta, sintió y gustó el vigor de su autor, pues al devorar dio en un ayuno. Pero, temblando, acomoda y

prepara el domicilio de su corazón como hospedaje del huésped de lo alto: para que la que había sido toda la causa del peligro llegara a ser ella misma el vehículo inaudito de una navegación necesaria, guardando a su pasajero y devolviéndolo a lo alto tras tres días; y diera a los gentiles lo que había quitado a los judíos, a quienes, al pedir una señal, el Señor determina que solo se les ha de dar esta señal, por la que supieran que la gloria que habían esperado en Cristo había de conferirse toda entera a los gentiles.

Esta generación, dice, es perversa; pide una señal, y no se le dará otra señal que la señal del profeta Jonás. Porque así como Jonás fue señal para los ninivitas, así lo será también el Hijo del hombre para esta generación. Porque, agitándose como el oleaje la incredulidad judía, Cristo fue sumergido en lo profundo del infierno; y recorriendo en un curso de tres días todo lo oculto del Tártaro, dio indicio de la crueldad judía, y de su majestad, y de la muerte destruida, al resucitar.

Con razón, pues, se levantarán los ninivitas en el juicio, y condenarán a aquella generación (Lc 11,32), porque ellos se corrigieron por la predicación de un solo profeta, náufrago, forastero, desconocido; estos, después de tantos prodigios, de tantas maravillas, con todo el fulgor de la resurrección, no vienen a la fe, no se mueven a penitencia. Pues no creen la señal misma de la resurrección, sino que ansían infamarla, al cerrar con dinero los ojos de los soldados, al corromper sus corazones, para que callaran lo que habían sabido, lo que habían visto; comprando la menti-

ra, para quitar de en medio la verdad. Volvieron su propia fechoría contra los discípulos de Cristo, cuando dicen: Decid que sus discípulos vinieron de noche y lo robaron (Mt 28,13). Te equivocas, judío: no se lo habían llevado los discípulos, sino el maestro; y se robó a sí mismo el que parecía muerto. Pero me admira que el judío busque a Cristo, a quien había colocado ferozmente entre dos ladrones: comete con maldad, custodia con impiedad, busca con más iniquidad todavía.

Judío, Cristo no puede perecer, pero tú lo has perdido para ti por tu maldad. Vendrá, vendrá al juicio la reina del Sur, y, siendo juez el mismo que se creía robado, te condenará: porque ella vino del extremo de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y tú, desdichadísimo, mataste a la sabiduría de Dios que venía a ti (Lc 11,31). Los ninivitas fueron dispuestos entonces como figura de las naciones que habían de creer, la reina del Sur como figura de la Iglesia. Bienaventurados somos, hermanos, porque lo que precedió en tipo, lo que fue prometido en figura, nosotros lo veneramos, lo contemplamos y lo poseemos en su forma, en verdad.

Sermón XXXVIII.

Sobre soportar la injuria con ánimo sereno

Cuán grande es la grandeza de la filosofía celestial, cuán grande la virtud de la milicia cristiana, lo enseñó hoy el Señor diciendo así: Si alguno te golpea en la mejilla derecha, preséntale también la otra (Mt 5,39). Cree esto arduo el que no sabe cuán grandes son los premios de la paciencia. ¿Piensas que puede hallar la victoria en las heridas aquel que ni con el golpe de una palma quiere ganar la corona? ¿Puede buscar la gloria con la muerte este a quien le parece pesada una injuria humana sufrida por el honor divino? Hombre, ¿no se componen con tales preceptos los rudimentos de tu infancia? Las palmadas son castigo de niños pequeños, no de varones. Por eso la niñez de Cristo es alentada con mandatos ligeros, para que la juventud evangélica llegue ya con todo su vigor a los graves; para que se goce en obtener con trabajos, castigos y muerte lo que en la infancia no era capaz de adquirir con pequeñas injurias.

Pero para que se pruebe que no es duro lo que se ha mandado, repásese la serie misma de los mandatos. Habéis oído que se dijo a los antiguos: Ojo por ojo y diente por diente; pero yo os digo que no resistáis al mal: sino que, si alguno te

golpea en la mejilla derecha, preséntale también la otra; y al que quiera pleitear contigo y quitarte la túnica, déjale también el manto; y al que te obligue a andar mil pasos, ve con él otros dos (Mt 5,38-41).

Habéis oído que se dijo a los antiguos. ¿A qué antiguos? A los judíos, sin duda, a quienes había hecho antiguos más la malicia que la vejez, a quienes el furor de la venganza tenía tan ávidos que por un ojo reclamaban una cabeza, por un diente una vida. Por eso la Ley los refrenaba con la reciprocidad de la venganza, para que los que no eran capaces de gustar el perdón de la culpa gustaran al menos la medida en la venganza, y exigieran tanta venganza cuanto daño había causado la fuerza del enfurecido. Pero esto a los antiguos; oigamos qué nos manda a nosotros, renovados por la gracia, la bondad divina.

Pero yo os digo. ¿A quiénes? A los cristianos, sin duda. Que no resistáis al mal. Al decir esto, quiere que no paguemos los vicios con vicios, sino que los superemos con virtudes, y que apaguemos la ira cuando aún está en chispas; la cual, si llega al incendio pleno del furor, no se aplaca sin sangre. La ira se vence con la blandura, el furor se apaga con la mansedumbre, la malicia se amansa con la bondad, la crueldad se abate con la piedad, la impaciencia se castiga con la paciencia, la porfía se supera con halagos, la humildad derriba la soberbia. Por tanto, hermanos, el que quiera vencer los vicios, empuñe las armas de la piedad, no las del furor.

Y aunque pueda estar claro para el sabio qué significa que los comienzos cristianos se formen con injurias, sin embargo, porque no entienden en verdad que esto es propio de la virtud, que esto es la cima de la bondad, esto la cumbre de la piedad, que esto es de una filosofía divina y no humana: no resistir al mal, sino vencer el mal con el bien, bendecir al que maldice, no negar al que golpea la licencia de golpear de nuevo, dejar el manto al que quita la túnica, y hacer largueza del botín del que arrebata, añadir al que obliga a mil pasos el propio servicio por otros dos mil; para que la voluntad venza a la necesidad, la piedad a la impiedad; y para que así la virtud del que padece venza lo que manda la fuerza del que obliga: por tanto, aunque estas cosas enseñen cómo el soldado de Cristo se fortalece para la virtud con las injurias, sin embargo, para que quede más claro, indaguemos más hondo por qué causa se dieron estos preceptos. Hermanos, cuando la enfermedad de los pecados, la maldad de los vicios, el frenesí de la impiedad se infundió en las mentes humanas y extinguió cuanto había de ciencia, de sentido y de razón, con furor insensato hizo que las naciones esparcidas por el orbe huyeran de Dios, siguieran a los demonios, adoraran a las criaturas, despreciaran al Creador, desearan los vicios, se horrorizaran de las virtudes, fueran arrastradas por las espadas, se precipitaran en las heridas, perecieran vivos en las muertes. De ahí que los hombres no pudieran sanar de otro modo sino esforzándose médicos celestiales, armados de toda piedad y paciencia, que soportaran así las

injurias del frenesí de los enfermos, sobrellevaran las maldiciones, aguantaran los golpes, fueran desgarrados por las heridas, hasta devolverlos a la sobriedad del sentido, a la sinceridad del espíritu, a la sanidad de la mente; y así lograran que buscaran a Dios, huyeran de los demonios, sintieran sus dolencias, gustaran la salud, rechazaran los vicios, abrazaran las virtudes, evitaran las heridas, se horrorizaran de la sangre, rehusaran la muerte, desearan la vida.

Y si queréis que lo que hemos dicho se conozca más plenamente, hablemos de los ejemplos de los médicos de la carne. ¿No es verdad que, cada vez que el incendio de la bilis inflama a un hombre desdichado y, dominando la fiebre, vuelve loco al enfermo, se turba el sentido, se pierde la mente, sobreviene la fiereza, se retira la humanidad, y, por no decir más, muriendo el hombre vive el furor? Por eso rechina los dientes, desgarra a sus padres, araña a sus allegados, golpea con el puño, muerde y acomete a los que le asisten. Entonces el médico, para alabanza de su pericia, para gloria de su arte, para colmo de su fama, se arma de paciencia: toma tolerancia, desprecia las injurias, aguanta los mordiscos, soporta los trabajos, y padece tormentos no leves para librar del tormento al que sufre; lo alivia con aceite, insiste en sus cuidados, administra la medicina, seguro de que el enfermo recompensará sus servicios con un premio de honor cuando haya recobrado la salud.

Pregunto: ¿qué frenesí mayor, qué fuerza más grave de furor, qué demencia igual a golpear la

mejilla de un hombre santo? ¿A azotar el rostro de un hermano manso? ¿A cubrir la gracia de un semblante apacible con un triste cardenal? ¿A desnudar a un hombre del único vestido con que se cubre? ¿Y por un botín vil no dejar nada a Dios, nada al hombre, nada a la naturaleza, nada al pudor? ¿A forzar al servicio a un hombre ocupado en sus asuntos? ¿Y a contar como consuelo propio el tormento ajeno? Por tanto, hermanos, si reconocemos que los que cometen tales cosas padecen un gravísimo frenesí, obedezcamos a Cristo, y soportemos con toda la fuerza de la piedad los mordiscos, los golpes, las cargas de los hermanos enfurecidos, para librar a nuestros hermanos del tormento y alcanzar nosotros el premio eterno de la paciencia.

Y no desdeñe el siervo recibir de sus consiervos lo que el Señor se dignó recibir de los siervos y por los siervos: no negó su rostro a las palmadas, al que le quitaba la túnica le dejó el manto y el cuerpo; al que lo forzaba al trabajo lo siguió, agradecido y de buena gana, hasta la muerte. Por tanto, hermanos, si el Señor tuvo por digno padecer, ¿cómo, cómo le parece indigno al siervo padecer? Nos equivocamos, nos equivocamos, hermanos; el que no hace lo que mandó el Señor espera en vano lo que el Señor prometió.

Sermón XXXIX.

Sobre la perseverancia en la oración

Lo divino se basta siempre a sí mismo por sí mismo, pero a menudo se da a entender a los hombres con ejemplos humanos por esta razón: porque la providencia celestial no atiende a lo que ella podría decir, sino a lo que el oyente podría captar. Así la fuente brota al principio por los tenues conductos de las vetas, y se desliza poco a poco por arroyuelos estrechos, hasta que con el debido crecimiento irrumpe en toda la anchura de los ríos y se derrama con fuerza. Y, para hablaros de nosotros: nacido el niño, la naturaleza le prepara en seguida un alimento de su misma edad, convierte la comida en bebida, y con una larga infusión de leche dispone para el uso de un alimento más sólido la garganta, todavía torpe, y los conductos entumecidos de las entrañas. Así el Señor nos levanta con ejemplos caseros a comprender lo divino, y nos instruye diciendo: ¿Quién de vosotros tendrá un amigo, e irá a él a medianoche, y le dirá: Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío ha venido a mí de viaje, y no tengo qué ponerle delante; y aquel le responde desde dentro: No me molestes, porque la puerta ya está cerrada, y mis criados están conmigo en el lecho; no puedo levantarme a dártelos? (Lc 11,5-7) Os

digo que, aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, por su importunidad se levantará y le dará cuantos necesite (Lc 11,8).

¡Oh, cuánto quiere dar el que consiente ser así inquietado, así despertado! ¡Oh, cómo quiere que parezca de su necesidad lo que es de su potestad! ¡Oh, cómo ansió salir al encuentro del que llamaba el que colocó así junto a la puerta el lecho mismo de su retiro! ¡Oh, cómo no quiso negar el que mostró incluso al que le negaba cómo podía arrancársele! ¡Oh, cómo el Señor no estaba solo junto a la puerta, sino que el Señor era la puerta misma! Yo soy, dice, la puerta (Jn 10,9), yo, que, mientras dormían los criados, solo y el primero oí la necesidad del que llamaba. ¡Oh, cuán piadoso, cuán misericordioso es el que prueba y forma con ejemplos lo que enseña con mandatos! Cuando des limosna, dice, no toques la trompeta (Mt 6,2). Y de nuevo: Que no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha (Mt 6,3).

¿Quién de vosotros tendrá un amigo, e irá a él a medianoche? Poco es que la noche velara al que hacía misericordia, que la importunidad del que pedía encubriera la largueza del que daba, si no se añadiera también el sueño para colmo del velo de su piedad. En esta acción de humanidad presenta una doble especie de necesidad, la del que pide y la del que duerme, de modo que al uno el huésped lo obliga a pedir, al otro el sueño lo obliga a dar: como que dice que le dará a tiempo precisamente para que parezca no salir al encuentro del amigo, sino volver corriendo al sueño; y para que se le permita dormir, más que porque le agrade dar al

que así pide. ¿Qué más? He aquí que para aquel que llamaba fue el sueño, más que el sonido, su valedor.

Y no creo que sea ocioso que descubra así, que señale así la hora de pedir, diciendo: ¿Quién de vosotros tiene un amigo, e irá a él a medianoche? Como si también en la primera, y la segunda, y la tercera hora de la noche, cuando el blando sopor se derrama primero en los cuerpos de los que duermen y se desliza dulce y entero en las entrañas fatigadas por el trabajo del día, no fuera molesta y áspera la importunidad del que inquieta. Pero este tiempo muestra el juicio devoto y constante del que pasa la noche en vela; este es el tiempo en que el ánimo, ardiente, pero hacia lo divino, entre los trabajos pasados y los futuros, nada concede al cuerpo, nada al descanso: sino que, antes de acabar las obras del día transcurrido, comienza y anticipa ya las del venidero. Esta hora es bien eficaz para alcanzar lo que se pide. Sabiéndolo, el Profeta afirma que ese mismo fue el tiempo de su súplica, cantando: A medianoche me levantaba para confesarte (Sal 119,62). A esta hora sale siempre al encuentro de los que velan aquel esposo celestial que dice: A medianoche se oyó un clamor: He aquí que viene el esposo (Mt 25,6).

No pudo dejar de obtener lo que quería el que, para recibir al huésped, para reconfortar al huésped, se negó a sí mismo todo descanso. ¿O cómo no había de responder al que así pedía, al que así llamaba, aquel que confiesa ser acogido él mismo en el huésped, cuando dice: Fui huésped,

y me acogisteis (Mt 25,35)? Pienso que el que llamaba dijo esto, o quizá alegó de otro modo: «Hice lo que mandaste, da lo que prometiste; te creí cuando decías: No andéis preocupados por el mañana (Mt 6,34). Por eso no me dejó nada que ponerle al huésped de ayer: si yo te soy molesto a ti, que tienes así, ¿cuánto más molesto me fue él a mí, que no tengo? Y, sin embargo, no pude excusarme ante él, porque me esforcé en obedecerte. Aquí está ahora más en juego la vergüenza del que manda que la del que no tiene. El huésped está en casa, y tú duermes; o más bien, tú duermes, tú que no duermes. Yo acogí al huésped: si no das el pan, eres tú quien ha negado el pan al huésped». Con razón, al que así llamaba, al que así pedía, aquel prestamista del Evangelio le dio cuantos panes necesitaba.

¿Qué hacen los que se colocan no en el lecho, sino en el sepulcro mismo? ¿Los que se entregan no al sueño, sino a la muerte? ¿A los que el gallo no advierte, el lucero no despierta, el sol mismo no llama de nuevo y saca a la luz? Estos han perdido el tiempo de suplicar, y la recompensa del huésped, y las obras mismas del día. Nos entristecemos, hermanos, cuando al alba estamos ante el Señor y no vemos con nosotros a nuestros hijos. Aquel en cuya casa había entrado un huésped llamó así a medianoche. Pregunto: ¿por qué tú no velas al menos al alba, tú que tienes un huésped en casa? Lo que aquel dio a la gracia, dalo tú al menos a la pereza; lo que aquel empleó en la humanidad, empléalo tú al menos en la necesidad, más amante del sueño que de ti mismo.

Ciertamente, para que tú, que duermes para la muerte, puedas velar para la vida, escucha lo que sigue: Y yo digo, dice, pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá (Lc 11,9). Porque todo el que pide recibe; y el que busca halla; y al que llama se le abrirá (Lc 11,10). Pero dices: «Concedido que pueda pedir, ¿cómo podré llamar al secreto celestial?» ¿Cómo? Repitiendo las súplicas, y esperando el juicio del dadivoso, soportando con suma paciencia las demoras del que da; porque cualquiera que, habiendo llamado una vez, se indigna en seguida si no es escuchado, ese no es un peticionario suplicante, sino un exactor imperioso. Escucha al Profeta que dice: Espera al Señor, pórtate varonilmente, y que se conforte tu corazón (Sal 27,14). Y si lo difiere de nuevo para el futuro, tú espera pacientemente a tu Señor. Pero si quieres saber dónde debes buscar: hay riquezas en el seno del pobre, y el reino de los cielos está dentro de ti. Dentro de vosotros está el reino de los cielos, dice el Señor (Lc 17,21).

Pero quién es el amigo que duerme, y quién el amigo que viene de viaje, y quiénes son los criados que duermen, y quién es este que llama, y por qué bajo un número fijo pide solo tres panes, cuando yo haya pedido, buscado, llamado, y, importuno insomne, haya merecido recibir, no os lo negaré a vosotros, amigos de mi Señor. Pero me decís: «He aquí que el amigo de tu Señor ha venido a ti». Este suele dar, no recibir; en efecto, estas provisiones el pastor ávido las ha colmado con la abundancia de su propio viático, para probar de la vilísima preparación de nuestra pobreza; y no

consintió, él, riquísimo entre los huéspedes, que yo buscara para él en otra parte, en plena noche, lo que él tenía. Y no es de extrañar, hermanos; el rico siempre quiere dar cuando se desvía hacia el pobre. Este permanece siempre a la puerta de aquel amigo del Evangelio; en el aposento de este persevera aquel dadivoso del Evangelio con sus criados, en cuyo corazón el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo hacen y establecen siempre su morada. ¿Qué más? Es un padre: pedirle a él, buscar en él, llamar por medio de él, en eso he confiado; y por eso yo, prometedor no incauto, he asegurado que os daré.

Sermón XL.

Sobre el buen pastor

Cuando el tiempo de la brisa primaveral ha comenzado a abrir los partos anuales de las ovejas, cuando ha comenzado a esparcir por campos, prados y caminos las copiosas crías del rebaño fecundo, el buen pastor deja a un lado incluso sus cantos, y en un ansioso ir y venir busca, recoge y junta a los tiernos recentales, y los carga, alegre portador, sobre el cuello, los hombros, los brazos, para llevarlos a todos a salvo y conducirlos seguros a los rediles. Así nosotros, hermanos, cuando en la sonriente primavera de la Cuaresma vemos que el rebaño de la Iglesia produce abundantes partos, dejando a un lado los cantos de nuestra exposición y los banquetes de nuestro sermón acostumbrado, empleamos, ansiosos, con gravísimo trabajo, todo nuestro cuidado en recoger y acarrear el fruto celestial. Pero como vemos a los corderos devueltos al rebaño, y ya todos dentro de los rediles de Cristo, volvemos, gozosísimos, a los cantos divinos, poniéndoos delante con toda exultación las provisiones vitales del alimento del Señor: para tener como partícipes en las alegrías a los que hemos sentido como compañeros en el trabajo. Y puesto que este preámbulo nuestro ha hecho e introducido mención del buen

pastor, de aquel que es el único bueno, el único pastor, el único pastor de los pastores, que toda la intención de nuestro sermón y exposición se llene de él y se mantenga en él.

El buen pastor, dice, da su vida por sus ovejas (Jn 10,11). La fuerza del amor lo hace valiente, porque el amor verdadero no tiene por nada lo duro, nada lo amargo, nada lo pesado, nada lo mortal. ¿Qué hierro? ¿qué heridas? ¿qué pena? ¿qué muertes logran separar el amor perfecto? El amor es una coraza impenetrable: rechaza los dardos, aparta las espadas, se burla de los peligros, se ríe de la muerte; si es amor, todo lo vence.

Pero preguntemos si es provechosa para las ovejas esta muerte del pastor, que deja desamparadas a las ovejas, que entrega a los lobos el ganado indefenso, que así abandona el querido rebaño a las mordeduras de las fieras, lo da al saqueo y lo expone a la muerte, como se prueba por la muerte del mismo Cristo pastor. Pues desde que él mismo dio su vida por sus ovejas y permitió que lo matara el furor de los judíos, sus ovejas son saqueadas por la incursión de los gentiles, como de salteadores; destinadas a la matanza, son encerradas en cárceles como en cuevas de bandidos; son despedazadas sin cesar por los perseguidores como por lobos furiosos; son desgarradas con diente rabioso por los herejes como por perros extraños. Esto lo prueba el coro de los apóstoles inmolado, esto lo clama la sangre de los mártires derramada por todo el orbe, esto lo muestran a las claras los miembros de los cristianos entregados a las fieras, consumidos por el fuego, sumergidos

en los ríos: todo lo cual, ciertamente, así como lo trajo la muerte del pastor, así habría podido impedirlo su vida. Por eso, por ti, el pastor prueba su amor con la muerte, porque, al ver que un peligro amenaza a las ovejas, al no poder defender el rebaño, prefiere morir antes que ver algún mal en sus ovejas. Pero ¿qué diremos, puesto que la Vida no podía morir de no haberlo querido? ¿quién habría podido quitar la vida al dador de la vida contra su voluntad? Él mismo dice: Tengo potestad para dar mi vida, y tengo potestad para volver a tomarla; nadie me la quita (Jn 10,18). Así pues, quiso morir el que, no pudiendo morir, se dejó matar.

Preguntemos, pues, qué fuerza, qué razón tiene este amor, cuál es la causa de esta muerte, cuál la utilidad de esta pasión. Y ciertamente la fuerza es segura, la razón verdadera, la causa luminosa, la utilidad de tanta sangre del todo patente: porque de la sola muerte del pastor brilló un poder singular; el pastor salió al encuentro, por las ovejas, de la muerte que amenazaba a las ovejas, para que, con un orden nuevo, capturado capturara al diablo, autor de la muerte, vencido lo venciera, muerto lo castigara, y muriendo abriera a las ovejas el camino para vencer a la muerte. Pues también el diablo, al apuntar al hombre, saltó contra Dios; al ensañarse con el reo, choca con el juez; encuentra el suplicio al infligir la pena; él mismo recibe la sentencia al dictarla; y la muerte, que vive alimentándose de los mortales, muere al devorar la vida; la muerte, que absorbe a los culpables, es absorbida al tragarse al autor

de la inocencia; y perece la muerte misma, que perdía a todos, al querer destruir la salvación de todos. Así, pues, el pastor precedió a las ovejas, el pastor no se apartó de las ovejas; no las entregó a los lobos, sino que les entregó a ellas los lobos, concediéndoles elegir de tal modo a sus propios salteadores que, muertas, vivieran; despedazadas, resucitaran; teñidas en su sangre, brillaran con púrpura real; resplandecieran con vellón de nieve. Así el buen pastor, cuando dio su vida por las ovejas, no la perdió; y así retuvo a las ovejas, no las dejó; ni abandonó así a las ovejas, sino que las invitó, y por campos mortales, por el camino de la muerte, las llamó y las condujo a pastos de vida.

Pero dice alguno: «¿Cuándo sucederá esto? Mira: entretanto las ovejas, es decir, los apóstoles, los profetas, los mártires y los confesores, yacen sepultados: despedazados, están dispersos por todo el orbe; envueltos en sangre, están encerrados en sombríos sepulcros». ¿Y quién duda de que los mártires muertos resucitan, viven y reinan, cuando Cristo, muerto, resucitó para ellos, vive y reina? Escucha la voz de este pastor: Mis ovejas oyen mi voz, y me siguen (Jn 10,27). Es necesario que las que lo siguieron a la muerte lo sigan a la vida; que las que lo acompañaron a la afrenta lo acompañen al honor; y que sean partícipes de la gloria las que fueron partícipes de la pasión. Donde estoy yo, dice, allí estará también mi servidor (Jn 12,26). ¿Dónde? Sin duda sobre los cielos, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios.

Hombre, que no te turbe la fe, que no te fatigue una esperanza demasiado larga: porque es cosa segura para ti la que se te guarda en el mismo autor de las cosas. Habéis muerto, dice, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios; pero cuando aparezca Cristo, vuestra vida, entonces también vosotros apareceréis con él en la gloria (Col 3,3-4). El segador que se fatiga verá en la mies lo que no ve en la semilla, y el que llora en el surco se alegrará en el fruto.

Sermón XLI.

Sobre el ayuno y la limosna

Leemos que muchísimos superaron las guerras de las naciones, de quienes, sin embargo, leemos que no vencieron los combates de la carne; y hemos oído que entregaron el pecho a los delitos quienes no dieron la espalda a los enemigos. ¡Qué dolor! ¡Que los vencedores de las naciones hayan sido cautivos de los vicios; que los señores de los pueblos hayan servido a los crímenes con torpe servidumbre; que se hayan mantenido firmes entre espadas furiosas y se hayan desplomado entre seducciones que enervan; que hayan sido el terror de los reinos y el juguete de los pecados; que en ayunas hayan quebrantado las filas enemigas y, ahítos, hayan deshecho los campamentos de sus propias virtudes; que hayan yacido en el vino derramado los que no supieron yacer en la sangre derramada! ¿De dónde viene esto? ¿de dónde? Porque esto no es razón, sino dolencia; no vida, sino fiebre; frenesí, no naturaleza. Pues cuantas veces la indigestión de los alimentos abate las entrañas, debilita el estómago, corrompe la sangre, vicia los humores, enciende la bilis y engendra el extremo incendio de la fiebre, otras tantas el enfermo pierde la mente, se le va el sentido, es arrastrado por los de-

seos, se ve empujado por lo contrario, rechaza lo saludable, busca lo dañino, huye de la curación. Entonces los médicos se afanan por socorrerlo con el remedio de la abstinencia, para que sane, para que la abstinencia sane lo que la voracidad había herido. Y si por una curación temporal los enfermos obedecen a los médicos y guardan una ardua parquedad, ¿por qué ha de ser duro, por la salvación eterna, obedecer a Cristo con ayunos moderados, gobernar el cuerpo con medida, regir la mente con parquedad, frenar los sentidos con sobriedad? Como las nubes de la tierra oscurecen el cielo, así los banquetes intemperantes oscurecen las almas; como los torbellinos de los vientos confunden los elementos, así los platos amontonados trastornan el estómago; como el oleaje a la nave, así la embriaguez hunde el cuerpo, arroja al hombre a lo profundo, le quita las ganancias de la vida, le hace sufrir el naufragio de la muerte.

Es, pues, una fiebre, es una fiebre la que el bienaventurado Apóstol deplora así como jadeante en las entrañas humanas: Sé que no habita en mí, es decir, en mi carne, el bien (Rom 7,18): si no el bien, sin duda el mal. ¿Qué mal? La fragilidad, ciertamente, que mientras se desliza en la carne, hierve en las venas, penetra en los huesos, se esconde en la médula, bulle en la sangre, así irrumpe en el frenesí de los vicios. La fragilidad es la fiebre de la naturaleza, madre de las dolencias, progenitora de las pasiones; la fragilidad es la que nos impone semejantes necesidades: y donde hay necesidad, no voluntad; donde la cautividad procede de la condición, no consta juicio sobre

la potestad. La fragilidad es aquello por lo que el hombre va, no adonde lo invita la voluntad, sino adonde lo lleva la necesidad. Escucha al Apóstol que dice: No hago lo que quiero (Rom 7,15). La fragilidad, al procurar al hombre lo necesario, le hace llegar a lo no necesario; al procurar el alimento, conduce a la crápula; persuade la embriaguez al servir la bebida; ofrece el sueño para entregar a la pereza; cuida de las cargas del vientre para quitar el cuidado de la salvación; da todo a la carne para no dejar nada al alma: hace del cuerpo un desfile de pasiones; hace que el hombre sea muerte de sí mismo y vida de los vicios. Por eso, si el hombre se siente enfermo de este modo, entréguese al médico celestial, descanse seguro en sus consejos, modérese en los alimentos, guarde medida en la bebida, para poder así superar la dolencia de la fragilidad, huir de la fragilidad de las pasiones, evitar la fiebre y el frenesí de los vicios.

La abstinencia es la primera medicina del hombre; pero para la curación completa requiere los gastos de la misericordia. La abstinencia extingue la fiebre, pero los miembros resecos por el incendio de una larga fiebre no pueden volver a la plena salud si no se los unge con abundante ungüento, si no se los riega con suavísimas fomentaciones, si no se los ayuda con el gasto de la medicina: así el ayuno, aunque excluya las enfermedades de los vicios, ampute las pasiones de la carne, aleje las causas de los crímenes, sin embargo, sin el ungüento de la misericordia, sin el arroyo de la piedad, sin el gasto de la limosna, no devuelve a las mentes la salud perfecta. El

ayuno sana las heridas de los pecados, pero sin misericordia no limpia las cicatrices de las heridas. Escucha al Señor que dice: Dad limosna, y he aquí que todo será limpio para vosotros (Lc 11,41). El ayuno, con un cultivo singular, arranca los vicios, extirpa los crímenes, prepara para buenos frutos el campo de la mente y del cuerpo: pero si no ha puesto los cimientos de la misericordia, el empeño del que ayuna es decrepitud. El ayuno es víctima de santidad, sacrificio de castidad; pero sin el incienso de la misericordia no puede subir a la mirada divina en olor de suavidad. Lo que el alma es para el cuerpo, eso consta que es la misericordia para el ayuno: cuando el ayuno vive de la misericordia, entonces vivifica al que ayuna.

El ayuno, nave de las virtudes, transporta la ganancia de la vida, acarrea el lucro de la salvación. Pero el que entra en el piélago de la carne, surca las olas de los vicios, pasa entre los escollos de los crímenes, deja atrás las costas de las pasiones, si no entra pronto en el puerto de la piedad, no puede ejercitar las virtudes, no puede tener el lucro de las virtudes. El que sabe que está de pie en lo resbaladizo de esta vida, el que comprende que recorre el camino de la carne a través de la caída, el que siente que está expuesto a los asaltos de la ignorancia y a los tropiezos de la negligencia, guarde el ayuno de tal modo que no abandone la misericordia. El ayuno nos abre el cielo, el ayuno nos introduce ante Dios; pero si entonces no nos asiste la misericordia, patrona de nuestras causas, los que no podemos sostenernos por la inocencia no estaremos seguros del perdón, pues

dice el Señor: Juicio sin misericordia para el que no hizo misericordia (Sant 2,13).

El día es grato, pero más grato es el sereno: nuestro ayuno, pues, será por ello más luminoso si el esplendor de la misericordia nos da serenos los días de la Cuaresma. Clama Dios: Misericordia quiero (Os 6,6). Hombre, da a Dios lo que quiere, si quieres que Dios te dé lo que quieres. Misericordia quiero es la voz de Dios; Dios nos pide misericordia, y si se la damos, ¿qué ha de decir? Lo que se ha leído hoy: Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber (Mt 25,35). ¿Y qué más? Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os ha sido preparado desde el origen del mundo (Mt 25,34). El que dé pan al hambriento se dará a sí mismo un reino; se negará a sí mismo la fuente de la vida el que niegue un vaso de agua al sediento. Por amor al pobre Dios vende su reino: y para que todo hombre pueda comprarlo, le pone por precio un pedazo de pan, porque quiere tener a todos, él que pide de precio tanto cuanto sabe que el hombre tiene. Dios vende su reino por un pedazo de pan; ¿quién podrá excusar al que no compra, cuando lo acusa tan gran baratura de la venta?

Hermanos, que nuestro almuerzo sea la cena del pobre, para que la mesa de Cristo se prepare para nuestro almuerzo, como él mismo promete cuando dice: Comeréis a mi mesa en mi reino (Lc 22,30). Hermanos, que nuestros ayunos sean las delicias de los pobres, para que nuestro ayuno temporal pueda cambiarse para nosotros en delicias eternas. Hombre, dando al pobre te das a ti

mismo; porque lo que no hayas dado al pobre lo tendrá otro. Solo tendrás lo que hayas dado al pobre.

Sermón XLII.

Sobre lo mismo

Los bienes del ayuno, hermanos, los hemos tocado brevemente, en la medida en que pudimos, en el sermón anterior; y que la oración es pariente del ayuno lo pusimos de manifiesto en la conclusión misma del sermón. Pero puesto que el ayuno sin misericordia desfallece, el ayuno sin piedad ayuna, la oración sin miseración se debilita, la oración sin largueza se cansa, rehagamos nuestro ayuno con la práctica de la misericordia, levantemos nuestra oración con el oído de la piedad, pongamos junto al ayuno a la misericordia como patrona: porque el ayuno sin misericordia es hambre de avaricia, el ayuno sin piedad es castigo de la codicia; es venganza, no devoción, ayunar no para Dios, sino para la bolsa; desgastarse con la abstinencia e hincharse con una codicia hidrópica; descargar el vientre de alimentos y agobiar la mente con el peso del dinero. Se reduce a sí mismo a una bolsa el que no sabe repartir el dinero, sino encerrarlo: ese es guardián de lo ajeno, no dueño de lo suyo; porque prepara para otro, se niega a sí mismo, ya que el misericordioso distribuye lo que el avaro retuvo.

Es campo cultivado sin semilla el que ayuna sin miseración. El campo cultivado carece de

zarzas, evita las malas hierbas, escapa de todo lo que es propio de la negligencia, de todo lo que es propio del abandono. Pero así como sin semilla se vuelve estéril, con su mismo cultivo no da fruto, da trabajo y no logra llegar a una buena cosecha; así el que ayuna vuelve a cultivar el alma, purifica los sentidos, limpia el corazón, corta los vicios, extirpa los crímenes, da cultivo a la mente, da decoro al cuerpo; sin misericordia no llega al fruto de la vida, no avanza hacia el premio de la salvación. Lo que es un palacio real sin rey, eso es el ayuno sin largueza. El palacio del rey refulge de oro, brilla de mármol, resplandece de pinturas, se agranda en sus espacios, se eleva en su techumbre, se embellece de verdores, es imponente en su mismo retiro: pero sin el rey no tiene honor, carece de gloria, es una soledad vacía, un desierto cerrado, una soledad espantosa. Así el ayuno luce por la inocencia, irradia por la castidad, refulge por la conducta, se adorna con las costumbres, centellea en su porte, se engrandece con todo el ornato de la santidad; pero sin misericordia no tiene gloria, carece de recompensa, no obtiene la palma, pierde la confianza para suplicar, no alcanza el mérito de obtener, como atestigua la Escritura, que dice: El que cierra el oído para no oír al débil, también él clamará, y no habrá quien lo escuche (Prov 21,13).

¿Cómo pedirá misericordia el que la negó? Juicio, dice, sin misericordia se hará al que no hizo misericordia (Sant 2,13). El que no da misericordia a otro se la quita a sí mismo. Tendrá misericordia para sí el que esparce para el pobre.

Esparció, dice, dio a los pobres; su justicia permanece por los siglos de los siglos (Sal 112,9). El que siembra misericordia para el necesitado la cosechará para sí. Los que siembran, dice, con lágrimas cosecharán con gozo (Sal 126,5). No empapa así la lluvia la tierra como las lágrimas de los pobres riegan el ayuno. Hombre, echa en las lágrimas de los pobres las semillas de tu ayuno, porque se secan las virtudes del ayuno, se agostan las mieses de los que ayunan si no han sido regadas por el llanto de los pobres. La lluvia del cielo empapa la tierra, las lágrimas del pobre riegan el cielo; así pues, el cielo tiene sed, y espera del llanto de los pobres lo que hace las veces del rocío, porque la misericordia ara los campos del cielo, la piedad traza surcos por las alturas, allí siembra la misericordia; porque lo que haya recibido la mano del pobre, allí lo cosecha; allí recoge la mies el que confió aquí su semilla al pobre para que la sembrara. Bienaventurado aquel a quien, sembrando así, se le preparan graneros eternos para la vida perpetua. A este sembrador lo describía el bienaventurado Apóstol cuando decía: Pero esto digo: El que siembra con parquedad, con parquedad también cosechará; y el que siembra en bendiciones, de bendiciones también cosechará: cada uno según se propuso en su corazón, no por tristeza ni por necesidad; porque Dios ama al que da con alegría (2 Cor 9,6-7).

Grandes son las obras del Señor, pero la grandeza de la misericordia aventaja a la grandeza: pues habiendo dicho el Profeta: Grandes las obras del Señor (Sal 111,2), añadió en otro lugar: Sus

misericordias están sobre todas sus obras (Sal 145,9). La misericordia, hermanos, llena el cielo, colma la tierra. Señor, dice, en el cielo está tu misericordia (Sal 36,6). Y el mismo: De la misericordia del Señor está llena la tierra (Sal 33,5). Y en verdad, hermanos, habría perecido todo lo que Dios había hecho si no hubiera acudido en su ayuda la misericordia. La culpa y la venganza se llevaban cuanto había venido a este mundo; porque la fragilidad tendía siempre a la caída, y la severidad del que juzga se veía siempre obligada al castigo. Así un ángel es arrojado del cielo (Is 14,12); así el hombre es desterrado del paraíso (Gn 3,23); así el mundo es borrado por el diluvio (Gn 7); así las naciones son confundidas en sus lenguas (Gn 11,7-9), son entregadas a la espada (Gn 14); así las ciudades son abrasadas por el fuego divino (Gn 19,24); así el pueblo sacado de Egipto quedaba oculto en el desierto (Ex 19); así la tierra, abriéndose, devora a un pueblo (Nm 16,32); y, por no alargarme, así el ejército romano, vengador de la sangre de Cristo, destruyó Judea (Mt 24).

Esta es la misericordia de Cristo, grande, generosa, única, que ha reservado todo el juicio para un solo día, y ha asignado al hombre todo el tiempo como tregua para la penitencia; para que lo que de vicios recibe la infancia, arrebata la adolescencia, invade la juventud, lo corrija al menos la vejez; y se arrepienta del pecado al menos entonces, cuando siente que ya no puede pecar; y abandone la culpabilidad al menos entonces, cuando ya la culpabilidad lo ha dejado a él; haga de la necesidad virtud, muera inocente

el que vivió todo entero en el crimen. De ahí que el Profeta corra todo entero a la misericordia, porque no tenía confianza en su propia justicia: Ten piedad de mí, dice, oh Dios, según tu gran misericordia (Sal 51,3). ¿Y por qué grande? Porque tu misericordia, dice, es grande sobre mí; y has librado mi alma del infierno inferior (Sal 86,13). Y si Dios devuelve por la misericordia lo que se había perdido por el juicio, hombre, ¿qué pensabas tú que se mantendría, qué que subsistiría para ti sin misericordia? Queda, pues, probado para ti que no solo el ayuno, sino todas las virtudes vacilan sin misericordia.

Una humanidad ardiente, empleada en Dios, hace de Abraham el principal del banquete celestial (Gn 18): pues porque recibió a dos junto con Dios en una mesa terrena, recibió al pueblo del Oriente y del Occidente en la mesa celestial. Vendrán, dice, del Oriente y del Occidente, y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos (Mt 8,11). Lot, porque recibió a los ángeles en hospedaje, se anticipó al juicio (Gn 19). Por eso venció a la gehena en la carne; el fuego divino no sabe abrasar al misericordioso. Hace, pues, misericordia el que quiere no temer el incendio de la gehena.

En efecto, Cristo, cuando venga, discute sobre la misericordia antes de juzgar sobre la culpabilidad. Cuando se haya sentado, dice, sobre el trono de su gloria, dirá: Tuve hambre, y no me disteis de comer (Mt 25,31.42). No dijo: «Matasteis, cometisteis robo»; sino: Tuve hambre, y no me disteis de comer. No tendrá que responder de

causa alguna sobre el crimen aquel cuya causa sobre la misericordia conste. ¿Por qué? Porque: Dad limosna, y he aquí que todo será limpio para vosotros (Lc 11,41). No será juzgado por su culpa aquel a quien el juez tributa alabanza por su largueza; no exige venganza el que reconoce una deuda de humanidad. Tuve hambre, dice, y no me disteis de comer. Dios come en el cielo el pan que el pobre ha recibido en la tierra. Mientras lo hicisteis a uno de estos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mt 25,40). Da, pues, pan, da bebida, da vestido, da techo, si quieres tener a Dios por deudor, no por juez; nada nos dañará en la tierra si la misericordia es nuestra patrona en el cielo.

Sermón XLIII.

Sobre la oración, el ayuno y la limosna

A los pueblos hay que hablarles al modo del pueblo; a la comunidad hay que dirigirse con lenguaje común; lo necesario para todos ha de decirse a la manera de todos; la lengua natural es querida para los sencillos, dulce para los doctos: el que enseña diga lo que ha de aprovechar a todos; así pues, que hoy los entendidos perdonen una palabra sin arte. Tres son, tres, hermanos, las cosas por las que se mantiene la fe, se afianza la devoción, permanece la virtud. La oración, el ayuno, la misericordia. Lo que la oración pide llamando, el ayuno lo obtiene, la misericordia lo recibe. La oración, la misericordia, el ayuno: estas tres cosas son una sola, estas se dan vida mutuamente. Porque el ayuno es el alma de la oración; la misericordia es la vida del ayuno. Que nadie las desgarre: no saben separarse. El que tiene solo una de ellas, o el que no las tiene juntas, no tiene nada. Así pues, el que ora, ayune; el que ayuna, tenga misericordia; escuche al que pide el que, pidiendo, desea ser escuchado; se abre el oído de Dios el que no cierra su propio oído al que suplica. Entienda el ayuno el que ayuna; sienta al hambriento el que quiere que Dios sienta que él tiene hambre; tenga misericordia el que espera

misericordia; el que busca piedad, practíquela; el que quiere concederse a sí mismo, conceda. Es un pedigüeño desvergonzado el que reclama para sí lo que niega a otro. Hombre, sé tú para ti mismo el modelo de la misericordia: del modo que quieres, cuanto quieres, tan pronto como quieres que se tenga misericordia contigo, así de pronto, así de mucho, de ese modo ten tú misericordia de los demás. Así pues, que la oración, la misericordia y el ayuno sean un solo patrocinio para nosotros ante Dios, que sean para nosotros una sola abogacía, que sean para nosotros una sola oración de triple forma.

Estas son, hermanos, estas son las que ocupan la ciudadela del cielo, las que llaman al recinto secreto de Dios juez, las que defienden las causas del género humano ante el tribunal de Cristo, las que piden indulgencia para los injustos, las que merecen el perdón para los reos. Aquel a quien estas no asisten en el cielo no se sostiene en la tierra; estas, puesto que tienen el dominio en el cielo, gobiernan en la tierra el conjunto de las cosas; estas rigen la prosperidad, estas rechazan la adversidad; estas extinguen los vicios, estas encienden las virtudes; estas hacen castos los cuerpos, puros los corazones; estas dan paz a los miembros, quietud a las mentes; estas hacen de los sentidos humanos una escuela de disciplina; por estas los pechos humanos se levantan en templo de Dios; estas hacen del hombre un ángel, estas confieren al hombre el honor de la deidad. De ahí que por su sufragio Moisés se hace Dios (Ex 7,1), y manda a todos los elementos para sus

triunfos militares: ordena al mar que se aparte, a las olas que se endurezcan, a las profundidades que se sequen (Ex 14), al cielo que llueva; da trigo, obliga a los vientos a esparcir carne (Ex 16); ilumina la noche con el esplendor del sol, templa el sol con el velo de una nube (Ex 13); golpea la roca, para dar a los sedientos frescos raudales de su herida reciente (Nm 20); es el primero en dar a la tierra la ley del cielo, escribe la norma de la vida, fija los límites de la disciplina (Ex 24; 34). Por estas Elías no conoce la muerte, deja la tierra, entra en los cielos, mora con los ángeles, convive con Dios (2 Re 2,11): y un huésped terreno posee las moradas de lo alto. Por estas Juan se hace ángel en la carne, celestial en la tierra, y por el oído, la vista y el tacto él solo capta, retiene y abraza a toda la Trinidad. También nosotros, hermanos, si queremos unirnos a la gloria de Moisés, a la vida de Elías, a las virtudes de Juan, a los méritos de todos los santos, perseveremos en la oración, dediquémonos al ayuno, sirvamos a la misericordia. El que haya vivido en estas, el que haya sido fortificado por ellas, no temerá, escudero cristiano, guerrero del Señor, los dardos del pecado, las armas del diablo, las máquinas del mundo, las cuñas de los vicios, los males de la carne, los lazos de los placeres, las armas de la muerte.

Pero nosotros, que nos levantamos hacia lo incierto, que pasamos el día entre asechanzas, que soportamos las variaciones de las horas, los movimientos de los momentos, los deslices de las palabras, los peligros de los actos, ¿por qué no

queremos entrar en la iglesia por la mañana? ¿Por qué no queremos pedir con la oración matutina la custodia de todo el día? ¿por qué nos agrada estar junto a un hombre todo el tiempo, y no nos agrada asistir ante Dios ni un instante? No es cosa nuestra, hermanos, no es cosa nuestra; esta insinuación sigilosa es del enemigo: se dispone a engañar a los que no deja fortificarse con las oraciones. ¿Por qué se queja de la adversidad el que no pide para sí la prosperidad? Escuchemos la voz de Dios que advierte: Orad, para que no entréis en tentación (Mt 26,41). Va a la tentación el que no va a la oración. Sabiendo esto, el Profeta cantaba: Venid, adoremos, y postrémonos ante él, y lloremos delante del Señor que nos hizo (Sal 95,6). ¿Crees que se digna derramar lágrimas ante Dios el que no se digna pronunciar palabras? Madruguemos, oremos, al menos por temor humano, si no por amor divino; si no invitados por los bienes, al menos obligados por los males. Los malos tiempos nos los hace el desprecio de Dios, no los hace el curso de los tiempos.

Lo que perdimos por el desprecio, recuperémoslo, pues, con los ayunos: inmolemos nuestras almas con los ayunos, porque no hay nada más excelente que podamos ofrecer a Dios, como lo prueba el Profeta cuando dice: Sacrificio para Dios es un espíritu atribulado; un corazón contrito y humillado Dios no lo desprecia (Sal 51,19). Hombre, ofrece a Dios tu alma, y ofrece la oblación del ayuno, para que sea víctima pura, sacrificio santo, víctima sacrificial viviente, que permanezca para ti y haya sido dada a Dios. El

que no dé esto a Dios no tendrá excusa, porque quien ha de darse a sí mismo no puede no tenerlo.

Pero para que esto sea aceptado, que siga la misericordia; el ayuno no germina si no es regado por la misericordia, el ayuno se seca con la sequía de la misericordia: lo que la lluvia es para la tierra, eso es la misericordia para el ayuno. Aunque el que ayuna cultive el corazón, limpie la carne, extirpe los vicios, siembre las virtudes, si no da los raudales de la misericordia, no recoge fruto. Tú que ayunas, tu campo ayuna cuando ayuna la misericordia; tú que ayunas, lo que hayas derramado en misericordia rebosa para ti en el granero. Hombre, pues, para no perder guardando, recoge repartiendo; hombre, dando al pobre, date a ti mismo: porque lo que dejes a otro no lo tendrás.

Sermón XLIV.

Sobre el consejo de los impíos, el camino de los pecadores y la cátedra de pestilencia, sobre el salmo 1

El médico experto, cuantas veces desea aplicar una medicina completa a los extenuados por diversas dolencias, descubre las causas profundas de las enfermedades, expone los ataques ocultos de la peste, advierte que se eviten las regiones pestilentes, muestra muchísimas clases de remedios, explica las virtudes de las hierbas, habla de las cualidades de los medicamentos, promete a los obedientes una salud larguísima: así persuade a los enfermos a curaciones arduas y ásperas y los lleva hasta el fin. De ahí que el santo Profeta, que va a traer del cielo la medicina del cuerpo y del alma, deje al descubierto los profundos escondrijos de la impiedad, desnude las enfermedades encubiertas de los pecadores, muestre las iniquidades, y saque a la luz con admirable razonamiento el veneno secreto, las naturalezas de los vicios, los orígenes de los delitos, las raíces de los crímenes. Así, con piadosa moderación, según la edad, el sexo, el tiempo y las fuerzas, conduce sin cesar las mentes enfermas de los mortales a la salud mediante una curación divina. El salmo que hemos cantado hoy es el prefacio de los Salmos, o más bien, el salmo de los Salmos, el título

de los títulos; es el argumento que engendra los argumentos, es toda la causa de los cánticos que siguen. Y así como la llave de un palacio real, en cuanto ha abierto la primera puerta, hace accesibles las estancias interiores y múltiples, así este salmo, en cuanto ha desatrancado las primeras entradas de la inteligencia, abre el misterio de todos los salmos, abre su secreto.

Bienaventurado el hombre que no se fue en el consejo de los impíos, y no se detuvo en el camino de los pecadores, y no se sentó en la cátedra de pestilencia (Sal 1,1). Bienaventurado el hombre: así como al que va a luchar con las fieras y a afrontar los peligros de los más duros combates se le anuncian antes los galardones, los premios, las coronas, así el Profeta puso por delante la bienaventuranza, para incitar al hombre a vencer toda la ferocidad de los crímenes que enumera después. Bienaventurado el hombre que no se fue en el consejo de los impíos, y no se detuvo en el camino de los pecadores. Que haya dicho «irse en el consejo» y «detenerse en el camino» quizá parezca absurdo, puesto que mantenerse en el consejo e irse por el camino es más del uso de los hombres. Para los perversos, ciertamente, todo es perverso, y no pueden guardar orden las cosas que no se hacen con orden. Sin embargo, aquí el Profeta no habla del andar del cuerpo, sino del de la mente; no prohíbe los resbalones de los pies, sino que aparta las ruinas de las almas.

Bienaventurado el hombre que no se fue en el consejo de los impíos. Se fue, el impío se fue de sí mismo cuando se apartó de Dios; y no se man-

tiene en el consejo el que vaga en pensamientos impíos. Este es llevado ora al cielo, ora devuelto a la tierra, zarandeado por los mares, levantado por las olas, hundido en lo profundo: y como siempre da vueltas en su propia mente como un ebrio, no se calcula a sí mismo, y calcula el cielo. El que cree saberlo todo no se conoce a sí mismo; si se conociera, nunca adoraría el cielo, el sol, la luna, los maderos, las piedras, que todos le han sido dados y sometidos para su servicio; pero adora la piedra, sirve al madero el que desdeñó servir al Dios vivo, al Dios verdadero. Y para recorrer los hechos de la impiedad desde el principio mismo de las cosas: el consejo de la impiedad llevó al ángel de las alturas a los infiernos, transformó en diablo al mensajero del secreto celestial, hizo pasar al hombre del gobierno de la vida al destierro de una morada mortal, lo empujó de las delicias del paraíso a los penosos trabajos del siglo; derribó a la mujer de la gloria de la virginidad a partos sabedores de gemidos. De ahí que, antes de alegrarse, no ignore los dolores, y pague antes la pena de su culpabilidad que se alegre de la salida de la prole. Multiplicando, dice, multiplicaré tus tristezas y tus gemidos; con tristeza y gemido darás a luz hijos (Gn 3,16). ¿Qué fin habrá donde el origen es penal? ¿a quién retendrá la alegría en la vida, si toma de la aflicción el comienzo de la vida? Esto lo sabía el Profeta, que decía: En iniquidades fui concebido, y en delitos me dio a luz mi madre (Sal 51,7).

Si así, hermanos, desde el seno somos arrojados al camino de los pecadores, y corremos la

senda de los delitos a través de todas las edades, pensemos en las vanidades de la infancia, en los resbalones de la adolescencia, en las ruinas de la juventud, en las enfermedades de la vejez, y entonces veremos que así no recorremos el camino de la vida, sino el camino de los pecadores. Este camino lo señala Cristo cuando dice así: Qué ancho y espacioso es el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por él (Mt 7,13). Ancha de delitos, extendida en olas, espaciosa de crímenes, la vida presente es verdaderamente un camino, al que viene el hombre y por el que va. Una generación, dice, va, y una generación viene, y la tierra permanece para siempre (Ecl 1,4). Y por eso dijo antes: Bienaventurado el hombre que no se fue en el consejo de los impíos, y no se detuvo en el camino de los pecadores. No dijo: «no vino»; porque no hay nadie que no venga al camino de los pecadores, al que nos conduce la ley misma de la naturaleza y de la muerte; sino: Bienaventurado el que no se detiene en él. Se detiene, se demora en él el que levanta las cargas de los pecados; y, caminante cargado, llega tarde, y encuentra cerrada para él la morada celestial. Impedido por estos pesos lloraba el Profeta diciendo: Mis iniquidades han sobrepasado mi cabeza, y como carga pesada han pesado sobre mí (Sal 38,5). Y porque las llevó durante todo el tiempo de su vida, exclama: Me he hecho miserable, y he sido encorvado hasta el fin (Sal 38,7). Atraviesa el camino de los pecadores el caminante que ve los males de esta vida, pero los desprecia; los siente, pero los pisotea; los padece,

pero vence; y al huir de ellos, corre más: por eso le sale al encuentro el portero celestial, la morada celestial no se le cierra.

Pero ¿por qué antepuso así el consejo de la impiedad al camino de los pecadores: Bienaventurado el hombre que no se fue en el consejo de los impíos, y no se detuvo en el camino de los pecadores? Porque, aunque el hombre, al nacer, viene enseguida al camino de los pecadores, al principio, sin embargo, yace en él: no corre enseguida por el camino del pecado, sino que, cuando ha empezado a gustar los venenos de la impiedad, entonces toma el sabor de la grasa de los pecados. El impío apunta contra Dios, se va de Dios cuando delinque; a los pecadores Dios los desprecia, él que antes mandó que no se debía pecar. Las tinieblas huyen de la luz, las tinieblas vuelven cuando la luz se aleja: donde está Dios, ningún pecado; donde está el pecado, allí no está Dios. Y para que sepas, hombre, que el hombre corre de acá para allá por el camino de los pecadores lejos de la mirada de Dios, escucha al Profeta: No está Dios delante de sus ojos; sus caminos están manchados en todo tiempo (Sal 10,4-5). Así pues, el hombre resbala más gravemente en el camino de los pecadores cuando se desliza en él por los despeñaderos de la impiedad.

Y no se sentó en la cátedra de pestilencia. El que practica la impiedad la aprueba, la ama; el que la ama no puede no enseñarla: de ahí que, enseñando la impiedad, se siente en la cátedra de pestilencia, y así con palabra melosa derrame sobre los oyentes el veneno de una doctrina mortal.

Como cátedra de pestilencia puso él la filosofía, que enseñó o muchos dioses, o enseñó que el que es o no existe o no puede ser hallado; y él atribuyó la creación misma a la naturaleza, para negar al Autor de la naturaleza. La cátedra de pestilencia la propuso el fariseo, que, anteponiendo las tradiciones humanas a los decretos celestiales, derribó la inmensa luz del pueblo de los judíos. En la cátedra de pestilencia se sentó el hereje, que bajo apariencia de fe escinde, rompe, desgarra la unidad.

Bienaventurado, pues, el hombre que no se fue en el consejo de los impíos, y no se detuvo en el camino de los pecadores, y no se sentó en la cátedra de pestilencia. Y ciertamente bienaventurado, porque, apartándose de estas tres cosas, mereció llegar a la bienaventuranza de la Trinidad. Medite, pues, en la ley del Señor, y medite día y noche, para que merezca ver en lo futuro lo que sigue, y oírlo más ampliamente en el tiempo oportuno.

Sermón XLV.

Sobre el hombre frágil que ruega a Dios que no lo reprenda en su ira; sobre el salmo 6

El responsorio que hemos cantado hoy con la súplica del Profeta, oportuno para el tiempo, apropiado a los males presentes, vuestro afecto lo aprueba y lo reconoce conmigo. Señor, dice, no me reprendas en tu ira, ni me castigues en tu furor (Sal 6,2). ¿Y Dios se hincha de ira? ¿se enciende de furor? De ningún modo, hermanos. Dios ni está sujeto a la pasión, ni se enciende de ira, ni se turba de furor: sino que la ira de Dios es la pena de los que delinquen, el furor de Dios es el suplicio de los pecadores. Hermanos, formados de polvo, modelados de barro, somos pisoteados por los vicios, sometidos a los delitos, consumidos por los cuidados; nos secamos en los miembros, somos disueltos por la muerte, causamos horror en sepulcros fétidos; y así, inhábiles para las virtudes, nos hallamos hábiles para los vicios. Así pues, el Profeta, recordando la fragilidad humana y consciente de su sustancia carnal, como no confiaba en sus méritos, voló al auxilio de la misericordia, para que el juicio de Dios acerca de él se apoyara en la piedad, no en la severidad.

Señor, no me reprendas en tu ira. Es decir: repréndeme, pero no en la ira; castígame, pero

no en el furor: repréndeme como padre, no como juez; castígame no como señor, sino como padre; repréndeme, no para perderme, sino para castigarme; castígame, no para matarme, sino para enmendarme: ¿y esto por qué? Porque soy débil.

Ten piedad de mí, dice, Señor, porque soy débil (Sal 6,3). ¿Qué hay más débil que el hombre, a quien el sentido engaña, la ignorancia burla, el juicio embauca, la pompa daña, el tiempo abandona, la edad cambia, la infancia embota, la juventud precipita, la vejez quebranta? Que Dios, pues, se aíre contra él con ira, se indigne con furor, no es propio de un Creador piadoso, sino de un severísimo juez instructor.

Ten piedad de mí, Señor, porque soy débil. ¿Y qué quieres? Sáname, Señor. Siente las heridas de su estado, siente la mordedura de la serpiente antigua, siente la ruina del primer padre, reconoce que al nacer ha venido a estas debilidades, reconoce que por naturaleza ha llegado a la muerte: y como el arte humano no podía apartar la muerte, se ve obligado a buscar la medicina divina; y para obtener más fácilmente la curación de su enfermedad, descubre las causas de la enfermedad misma, cuenta sus cualidades, declara su magnitud, expresa la fuerza del dolor. Sáname, Señor. ¿Por qué? Porque mis huesos están turbados. Los huesos sostienen toda la estructura del cuerpo; y si los huesos se turban, ¿qué firmeza tienen los miembros? ¿qué fortaleza los nervios? ¿dónde queda la lastimosa sustancia de la carne? Los huesos se turban, hermanos, por el peso de los pecados, por el miedo a la muerte, por el terror del

juicio. Escúchalo decir esto en otro lugar: No hay salud, dice, en mi carne ante el rostro de tu ira, no hay paz para mis huesos ante el rostro de mis pecados (Sal 38,4). Y después: Mi alma está llena de burlas, y no hay salud en mi carne (Sal 38,8).

Con razón, pues, añade: Y mi alma está muy turbada (Sal 6,4). Entre los preceptos de Dios y las pasiones del corazón, entre las virtudes y los vicios, entre la adversidad y la prosperidad, entre las penas y los premios, entre la vida y la muerte, estando en la línea de batalla, sosteniendo guerras, recibiendo heridas, rara vez en pie, cayendo en el sentido, el alma se turba, se turba mucho, porque, impedida por los pesos de la carne, antes de llegar a las virtudes se hace primero cautiva de los vicios. Estas guerras las describe el Apóstol cuando dice: La carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne: de modo que no hacéis las cosas que queréis (Gál 5,17). Y en otro lugar: Veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo en la ley del pecado (Rom 7,23).

Así pues, el bienaventurado Profeta, alegando estas debilidades, estas guerras, estas turbaciones de los ánimos, interpela a Dios con tal voz: Y tú, Señor, ¿hasta cuándo? Es decir: ¿hasta cuándo lo soportas? ¿hasta cuándo disimulas? ¿hasta cuándo no socorres? ¿hasta cuándo permites que se disipe tu obra, que se borre tu imagen, que perezca para ti tu propia criatura? ¿Dónde está tu Cristo, tantas veces anunciado por la Ley, prometido de muchas maneras por nosotros, por los profetas? Venga, venga, antes de que, al perecer

el siglo, no encuentre en el siglo nada que volver a salvar. Venga, venga, para reparar la carne, renovar el alma, cambiar la naturaleza misma en sustancia celestial. Venga, para quitar el pecado, borrar la muerte, destruir el infierno, devolver la vida, dar el cielo, para que la mancha terrena no pueda ya encontrar en nosotros nada que perder.

Que el Profeta pide esto lo muestra la palabra que sigue: Vuélvete, Señor (Sal 6,5). ¿Así habla el hombre a Dios, el reo al juez, el condenado al juez instructor? Vuélvete, Señor. ¿El hombre peca, y Dios se vuelve? Así es, hermanos, porque, según el profeta: Él lleva nuestros pecados, y siente dolor por nosotros (Is 53,4). Y el bienaventurado Juan: He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo (Jn 1,29). Asumió el pecado para quitar el pecado, no para tenerlo. Vuélvete, Señor. ¿De dónde? ¿adónde? De Dios a hombre, de señor a siervo, de juez a padre, para que tu vuelta te muestre piadoso a ti, a quien tu potestad anuncia terrible.

Vuélvete, Señor; libra mi alma. Del infierno inferior (Sal 86,13). Sálvame por tu misericordia. No por mi mérito, el mío, a quien la fatiga aflige, el gemido hiere, las lágrimas deshacen, la ira turba, el enemigo combate. Pero para que esto quede claro, cántese entera la oración misma del Profeta. Sálvame por tu misericordia. ¿Por qué? Porque no hay en la muerte quien se acuerde de ti; y en el infierno, ¿quién te confesará? (Sal 6,6) Me he fatigado en mi gemido; cada noche lavaré mi cama: con mis lágrimas regaré mi lecho (Sal 6,7).

Esto decía el santo David, puesto en la cumbre real, él que ejercía el dominio de la potestad humana de tal modo que guardaba en sí la santidad del espíritu, la gracia de profeta; y nosotros, puestos en medio de toda la ira de Dios, no sabemos decir: Señor, no me reprendas en tu furor. La tierra niega sus frutos, el cielo su templanza, el aire su salubridad: de ahí que una peste difundida por todas partes, por las ciudades, por los campos, consuma con diversas clases de enfermedades a toda clase de mortales; y, sin embargo, nosotros no decimos: Señor, no nos reprendas en tu furor, ni nos castigues en tu ira. Él, después de sus triunfos, ocupaba las noches y los días con gemidos y lágrimas; nosotros, postrados bajo la espada enemiga, no damos ningún tiempo a Dios, no derramamos ante Dios lágrima alguna ni por una hora: sino que de continuo nos entregamos y nos damos a las rapiñas, los fraudes, los perjurios, los engaños, las detracciones, para excitar más y más contra nosotros la ira de Dios con el combustible de los crímenes.

Venid, hermanos, venid con el Profeta: Venid, adoremos, y postrémonos ante él, y lloremos delante del Señor que nos hizo (Sal 95,6); venid, digamos: Señor, no nos reprendas en tu ira, ni nos castigues en tu furor. Para que, acordándose de su misericordia, cambie la ira en misericordia, devuelva lo perdido, libere a los cautivos; y nos conceda ya servirle con alegría, él que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Sermón XLVI.

Sobre la exultación espiritual y la confesión de los pecados, sobre el salmo 94 (95)

Así como al que se abrasa de calor y está encendido por una larga sed le sale al paso una fuente fresca, muy alegre y muy saludable, así a nosotros, puestos en la aflicción y abrumados por el peso excesivo de las tribulaciones, el canto de la voz profética nos despierta hoy a la alegría: Venid, dice, exultemos en el Señor (Sal 95,1). Venid: ¿adónde? ¿o de dónde? De ti, hombre, a ti, donde no un cambio de lugares, sino una conversión de los sentidos rechaza la adversidad, ahuyenta la aflicción, desecha la desesperación, excluye las angustias, y entra en el domicilio de un pecho sincero, prepara una mansión eterna a la alegría divina. Exultemos en el Señor. ¿Y dónde queda aquello de: Bienaventurados los que lloran (Mt 5,4), y: ¡Ay de vosotros, los que reís! (Lc 6,25)? Ciertamente, bienaventurados los que lloran para el mundo, y ¡ay de los que ríen para el mundo!; pero bienaventurados los que exultan en el Señor, los que no saben de rapiñas, no saben de fraudes, no saben alegrarse con las lágrimas de sus prójimos. Exultemos en el Señor. Exulta en el Señor el que de palabra, de acto, de obra, exulta no para sí, sino para su autor. Exultemos en el Señor. Exulta

en el Señor aquel para quien Dios es siempre la única y toda su alegría.

Aclamemos con júbilo, dice, a Dios nuestro salvador. No es esta voz de las ovejas, es del pastor: el cual con dulce júbilo y variada modulación, o saca el rebaño a los pastos, o retiene en reposo al ganado cansado bajo la arboleda umbrosa, o lo anima, con el deseo de una hierba más saludable, a subir a lo alto de las colinas, o a bajar poco a poco, según toda necesidad, a las pendientes de los valles. Pero bienaventuradas aquellas ovejas que admiten la voz de su pastor, atraen, nutren, congregan, y verdaderamente aclaman con júbilo a su pastor: las que se esfuerzan por multiplicar para el Señor las crías de su rebaño.

Adelantémonos a su rostro en la confesión (Sal 95,2). ¿Y quién se adelanta al juez instructor de los pecados, al escrutador de los corazones, al conocedor de los pensamientos, al presciente de lo futuro, presente siempre y en todas partes? Pero hay que adelantársele no por la cercanía de los sentidos, sino por la sagacidad del ingenio; no por la velocidad de los pies, sino por el próvido homenaje de la confesión: puesto que no dijo solamente: «Adelantémonos a él», sino: Adelantémonos a su rostro en la confesión. Es decir, mientras hay esperanza de misericordia, mientras es tiempo de perdón, mientras hay lugar para la penitencia, confesémonos al padre, para no sentir al juez; descubramos a la piedad lo que hemos hecho, para no vernos obligados a pagar a la severidad lo que callamos; digamos nuestros delitos en el tiempo de la indulgencia, para no tener

que llorar, si callamos, al recibir la sentencia. ¿Y qué más, hermanos? No es al juez, sino al juicio, al que el clementísimo Profeta nos exhorta a adelantarnos. Y con salmos, dice, aclamémosle con júbilo. Para que no se creyera irracional un júbilo no expresado en nuestro pecho. Con salmos aclamemos con júbilo. Para que en los salmos resuene el misterio divino, y lo que mueva los ánimos de los oyentes al progreso de la salvación.

Porque Dios, dice, es el gran Señor (Sal 95,3). Aquí abre el misterio del cuerpo del Señor, porque Dios, también en nuestro cuerpo, es el gran Señor. Y rey grande sobre todos los dioses. Conforme a aquello: ¿Quién será semejante a Dios entre los hijos de Dios? (Sal 89,7) Porque, aunque todos los poderes celestiales rigen a los demás, ellos mismos, sin embargo, son regidos por Cristo. Porque en su mano están todos los confines de la tierra (Sal 95,4). Porque lo que está en la mano de Dios no puede obtenerse sin Dios, si deseamos ensanchar las fronteras, extender los límites, recobrar lo perdido. Supliquemos, pues, con las fuerzas de la fe a Dios, por cuyo desfavor se nos pierden estas cosas; y por su propiciación vuelven acrecentadas, él que da como quiere, quita, y cuando quiere; si no puede devolver, no se le tiene por omnipotente; hace muchas cosas como señal de su majestad, como ejemplo de nuestra enmienda y corrección. Vanos son los ajenos amparos si no acuden en socorro los auxilios de nuestro rey.

Porque suyo es el mar, y él lo hizo (Sal 95,5). No penséis que fue buscado, hallado, y no fundado por Dios. Suyo es el mar, y él lo hizo, y sus manos

formaron la tierra seca. ¿Dónde están los que fingen que Dios dio forma al mundo a partir de la materia, y sobre todo del agua? Nuestro Dios, en el cielo y en la tierra, no como descubridor, sino como Hacedor de la materia, lo llevó todo a término de la nada.

Venid, dice, adoremos (Sal 95,6). Lo que sigue, hermanos, muestra a los que no entienden al Profeta como si se hubiera olvidado de su exultación, puesto que a los que ha incitado a la alegría los llama enseguida al llanto. Venid, dice, adoremos, y postrémonos ante él, y lloremos delante del Señor que nos hizo. Había dicho: Venid, exultemos; pero aquí el Profeta desea que derramemos con él lágrimas de nuestras alegrías: porque las lágrimas siempre brotan del gozo como de un gran dolor, y ellas, ciertamente, manifiestan y atestiguan el afecto del pecho interior. A nosotros, pues, que nos postrábamos ante piedras y maderos, conocido por fin el Dios verdadero, quiere que adoremos, nos postremos y compensemos con lágrimas y con el homenaje continuo de la devoción lo que durante mucho y largo tiempo descuidamos. Llora, pues, al arrepentirse de lo pasado, se alegra de lo presente, arde y teme por lo futuro. Que fueron lágrimas de una alegría perfecta lo muestran así las palabras que siguen: Venid, adoremos, y postrémonos ante él, y lloremos delante del Señor que nos hizo. Y como si se le preguntara por qué, da las causas, descubre las razones: Porque él es nuestro Dios, y nosotros el pueblo de su pasto y las ovejas de su mano (Sal 95,7). Por esto, sin duda, cuan devoto es el que

se alegra, tan ingrato, ciertamente, es el que se entristece.

Pero escuchemos ya con más atención lo que advierte: Hoy, si escucháis su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación, el día de la tentación en el desierto, donde me tentaron vuestros padres: me pusieron a prueba, y vieron mis obras (Sal 95,7-9). Cuarenta años estuve cerca de aquella generación, y dije: Estos siempre yerran en el corazón; pero ellos no conocieron mis caminos; a los cuales juré en mi ira: si entrarán en mi descanso (Sal 95,10-11). Cuando dice «hoy», te interpela a ti, te habla a ti, hombre, quienquiera que seas el que oye, para que, oída su voz, no incurras en la culpabilidad del desprecio, en el crimen de la contumacia, tú a quien no corrigieron los preceptos, a quien no corrigió el ejemplo. Pues por esto narró con largo discurso la dureza de los judíos: para hacerte, cristiano, más cauto a ti, con quien Dios no solo convive y cohabita durante cuarenta años, sino a quien todo el tiempo de la vida obedece, y por cuya salvación combate.

Sermón XLVII.

Sobre las parábolas de la perla hallada y de la red echada al mar

Cristo, nuestro Dios, al fundar el cielo, la tierra, el mar, y en ellos criaturas grandes, muchas y variadas, mostró pruebas admirables de su poder: pero en cuanto asume lo humano, hace de hombre, entra en los tiempos, pasa por las edades, enseña con la palabra, cura con el poder, habla en semejanzas, propone ejemplos, abre en sí el peso de nuestro afecto, revela que hay en él la inefable caridad del amor humano. De ahí que recomiende lo celestial con ejemplos terrenos, haga comprender lo futuro por lo presente, figure lo invisible con argumentos visibles; lo prueban las semejanzas que hoy nos proclama a los oídos el Evangelio: Semejante es el reino de los cielos a un mercader que busca perlas finas: y habiendo hallado una perla preciosa, se fue, y vende todo lo que tenía, y la compra (Mt 13,45-46). Que a nadie que oiga esto le ofenda el nombre de mercader: aquí habla de un mercader que da misericordia, no del que da siempre el interés del préstamo; del que provee los adornos de las virtudes, no los incentivos de los vicios; del que lleva la gravedad de las costumbres, no el peso de las piedras; del que porta los collares de la honestidad, no del

lujo; del que luce no la pompa del placer, sino las insignias de la disciplina. Este mercader, pues, expone estas perlas del corazón y del cuerpo, no para un comercio humano, sino para un ejercicio divino; no para la ganancia presente, sino para comprar la futura; no para la gloria terrena, sino para la celestial: de modo que pueda adquirir el reino de los cielos al precio de las virtudes, y con innumerables bienes rescatar la única perla de la vida perpetua.

Añadió el Señor una semejanza, diciendo: Además, el reino de los cielos es semejante a una red echada al mar, y que recoge toda clase de peces: la cual, cuando estuvo llena, la sacaron; y sentados junto a la orilla, escogieron los buenos en vasijas, y a los malos los echaron fuera (Mt 13,47-48). Semejante es el reino de los cielos a una red echada al mar. Esta semejanza revela por qué Cristo eligió pescadores para el apostolado, e hizo de los captores de peces pescadores de hombres: para que con el arte de la pesca se mostrara el tipo del juicio divino. La pesca reúne a los peces confundidos, pero la separación los da escogidos a las vasijas: así la vocación cristiana reúne a justos e injustos, malos y buenos; pero la elección divina distingue a los buenos y a los malos.

Semejante es el reino de los cielos a una red echada al mar. Al mar de este siglo, hinchado de pompa, elevado en su cresta, ondulante de sectas, fluctuante de ignorancia, ruidoso de pleitos, rugiente de ira, cruel de incredulidad, náufrago de pecados, hundido en la impiedad, envió Cristo a sus pescadores, es decir, a Pedro, Andrés, Santia-

go y Juan, probados en su arte, cuando dice: Venid en pos de mí, os haré llegar a ser pescadores de hombres (Mt 4,19). Envió, pues, a sus pescadores llevando redes anudadas con los preceptos de la Ley y del Evangelio, ribeteadas de exhortaciones, ensanchadas con los dones de las virtudes y con la gracia, que reúnen en el seno del Evangelio una pesca sin fin. Este es ahora el tiempo, esto es lo que se hace, hermanos: por las naciones, por los pueblos, se arrastran ahora las redes de Cristo, y traen personas pescadas de todo el orbe, confundidas sin distinción.

Pero puesto que el fin del siglo está cerca, y las redes de nuestra pesca se acercan ya a la orilla del juicio, los peces, es decir, los hombres, que vagan por lo profundo del siglo en un recorrido ocioso y libre, turbados por la sequedad de la orilla, es decir, por la cercanía del fin, se estrellan contra toda la dispensación de las cosas: al ver que las naciones impías se agrandan con triunfos sucesivos, que los pueblos cristianos son estrechados como cautivos por todo el orbe, que los impíos gozan de éxitos prósperos, que los piadosos son pisoteados por una sucesión continua de males, que los señores son sometidos a la servidumbre, que los siervos dominan a los señores, que los hijos se rebelan contra los padres, que los ancianos son objeto de desprecio para los jóvenes, y que todo el estado de la naturaleza, el orden de la vida, ha perecido. Pero, aunque estas cosas sean así, no turban a los fuertes; más bien turban a los débiles; a los fuertes no pueden turbarlos, porque estos toman fuerzas de la semejanza, fortaleza

de la figura. Los peces sacados de lo profundo se revuelven un poco, ciertamente, en la orilla en su confusión, pero la rápida separación, al desechar a los malos, escoge a los buenos; esta breve confusión, que pronto ha de pasar, hace a los buenos, no los turba. Esta es la separación de lo alto, que entrega a los malos a las penas, arrebata a los buenos al honor, conduce a los impíos al Tártaro, envía a los piadosos al reino; padres, ancianos, justos, elegidos, todos ellos destinados a ser consolados con gloria perpetua por una pequeña afrenta.

Lo prueba la comparación misma, cuando se dice: En la consumación del siglo saldrán los ángeles de Dios, separarán a los malos de en medio de los justos (Mt 13,49). En la consumación del siglo: el que cree en la consumación del siglo, el que se queja de la disminución del siglo, el que confía en que han de suceder cosas que permanecerán, ¿por qué busca tener las que han de pasar? Hermanos, el mundo toma su principio del fin; con el fin se renueva la creación, no desfallece; el siglo desfallece no para el Creador, sino para el crimen; y no se acaban los elementos para los justos, sino para los pecadores. En la consumación del siglo saldrán los ángeles a separar a los justos. Y nadie dude de que los ángeles obedecerán a los santos, a quienes también Cristo promete su homenaje. Es voz de Cristo: Me ceñiré, y os serviré (Lc 12,37). Saldrán los ángeles de Dios y separarán a los malos de en medio de los justos. Soportad, justos, soportad; o más bien, justos, conceded

una tregua: esta breve mezcla será compensada con una larga separación.

Separarán a los malos de en medio de los justos, y los arrojarán al horno de fuego (Mt 13,50). He aquí qué morada eligen para sí los que echan a sus vecinos, los que expulsan a los huéspedes; he aquí que los que aquí se preparan delicias con el hambre del pobre, con las penas ajenas, ¡qué fuego encienden allí para sí a partir de un pequeño placer! Allí habrá llanto y rechinar de dientes. Qué mal rechina allí el que aquí ríe mal; y el que ahora se alegra de los males de los pobres llorará entonces por los bienes de los pobres, porque pudo alegrarse con el pobre, pero no quiso: pero vosotros, fieles, alegraos en el Señor siempre (Flp 4,4).

Sermón XLVIII.

Sobre Cristo llamado hijo del artesano, y sobre la envidia

El evangelista, que hoy va a sacar a la luz la envidia de los judíos contra Cristo, comenzó así: Vino Jesús, dice, a su patria, y les enseñaba en sus sinagogas, de modo que se maravillaban y decían: ¿De dónde le vienen a este la sabiduría y el poder? (Mt 13,54) ¿No es este el hijo del artesano? (Mt 13,55) ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Santiago, y José, y Simón, y Judas; y sus hermanas, no están todas entre nosotros? (Mt 13,55-56) ¿De dónde, pues, le viene a este todo esto? No ciegan así las nubes el cielo, la noche el día, la tiniebla el sol, como ciega y entenebrece la mente la envidia. Esto lo prueba el rencor de los judíos, que se maravilla de la sabiduría de Cristo, se pasma ante sus prodigios, ensalza sus obras, recibe sus palabras, y, sin embargo, para que no se vea en él la divinidad, no se perciba la deidad, recuerda y divulga los nombres de sus padres carnales.

Vino Jesús, dice, a su patria. Nadie se maraville de que el Hacedor de las cosas, el Señor de los cielos, el Dios de todos, reciba en suerte una patria y un lugar, cuando se encierra en un seno, se mide por una cuna, se ocupa en los pechos, se estrecha en un regazo, se entrega a unos brazos; y para

quitar las estrecheces humanas, se dio y se ajustó a las estrecheces humanas. Hombre, por estas cosas Dios se abaja hasta ti, por estas te sigue, por estas estrecheces te busca; para reformar con el ejemplo al que formó con su obra; para traer de nuevo con el afecto al que rechazó con el juicio, y guardar en sí al que ve que se había perdido fuera de él.

Vino Jesús, dice, a su patria, y les enseñaba en sus sinagogas. No en su templo, sino en las sinagogas de ellos. Las sinagogas no podían ser suyas, en las que se congregaban turbas de incredulidad, no de fe; en las que se reunía un pueblo de envidia, no de amor; en las que tenía asiento el consejo de los malignos, no el consejo de la buena disciplina. Enseñaba en sus sinagogas, de modo que se maravillaban. Se maravillaban con indignación, no con gratitud; se pasmaban con rencor, no con alabanza; se enfurecían porque una humildad de pie producía lo que los soberbios escaños no podían entender, de modo que se maravillaban y decían: ¿De dónde le viene a este esta sabiduría? Así habla el que ignora a Dios, de quien procede la sabiduría, de quien procede el poder; así habla el que no sabe que Cristo es la sabiduría de Dios, es el poder de Dios. De dónde viene la sabiduría lo prueba Salomón, que, habiendo recibido siendo niño la cumbre del reino, para regir al pueblo que se le había confiado con virtud, no con fasto; con sabiduría, no con hinchazón; con el corazón, no con la altura, quiso, pidió y recibió de Dios la sabiduría.

¿De dónde le vienen a este esta sabiduría y este poder? Que el poder que da ojos que la naturaleza no dio, que devuelve el oído cerrado por la invalidez, que en los mudos suelta las ataduras de su habla, que devuelve a los cojos a la carrera, que obliga a las almas ya encadenadas en los infiernos a volver a sus propios cuerpos, viene de Dios, no lo negaría sino el envidioso de la salvación. Pero los judíos sabían que las obras de Cristo eran de poder divino, no de posibilidad humana; pero la nube del rencor, el humo de la malicia, oscurecían la vista de los que miraban, para que no vieran a través la luz de Cristo, el tiempo del Evangelio, diciendo: ¿No es este el hijo del artesano? Decían: «Este es el hijo del artesano»; pero de qué artesano era hijo no lo decían; decían «el hijo del artesano», para que bajo un arte vil quedara oculto el arte del autor, y el nombre de artesano escondiera el nombre de la deidad. Cristo era hijo de un artesano, pero de aquel que hizo la fábrica del mundo no con el martillo, sino con el precepto; que ensambló los miembros de los elementos no con ingenio, sino con una orden; que fundió la masa del siglo con su autoridad, no con carbón; que encendió el sol no con fuego terreno, sino con calor celestial; que formó la luna, las tinieblas, la noche y los tiempos; que distinguió las estrellas con luz variada; que hizo todas las cosas de la nada, y las hizo, oh hombre, para ti, para que valoraras al artífice por la estimación de la obra. Pero tú, judío, tachas al hijo de este artesano, a quien por tan grandes beneficios deberías corres-

ponder en su hijo: de ahí que no recibas los bienes futuros, porque eres ingrato con los presentes.

¿No es este el hijo del artesano? ¿No se llama su madre María? Otra vez, judío, proclamas el nombre de la madre, ocultas el del Padre; dices padre, no dices el nombre; dices artesano, no dices la obra. Judío, estas cosas te engañan a ti; no engañan a los que han de creer. ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Santiago y José, y Simón, y Judas; y sus hermanas, no están todas entre nosotros? Si la madre, si los hermanos, si las hermanas están entre vosotros, ¿dónde está el padre? No está con vosotros, porque Dios odia a los fingidos, abandona a los envidiosos, se aparta de los ingratos, no permite que los crueles y los impíos moren con él.

Y sus hermanos y sus hermanas, ¿no están todos entre nosotros? Astutamente metes por delante a los hermanos, exhibes a las hermanas, para que con un parto numeroso quede oculta la virginidad de la santa madre, se oscurezca su integridad, y se perciba en el hijo todo lo que es humano, nada divino. Judío, los que llamas hermanos y hermanas de Cristo son hijos de Cleofás, la hermana de María, no de María; y tanto la ley divina como el parentesco humano llaman hermanos a los hijos de hermanos y de hermanas. Así pues, a los hermanos de Cristo no los hizo la virginidad de la madre, que permaneció virgen después del parto, sino la de su tía materna: los hizo la afirmación del parentesco. La bienaventurada María, si como madre hubiera tenido otros hijos además de Cristo, en el tiempo mismo de

la cruz, en el instante mismo de la muerte, no habría sido entregada a un discípulo, no habría sido encomendada a un extraño.

La envidia arrojó del cielo al ángel (Is 14,12), excluyó del paraíso al hombre (Gn 3,23). Ella fue la primera en contaminar la tierra con sangre de hermano (Gn 4,8). Ella empujó a unos hermanos a vender a su hermano (Gn 37,28). Ella hizo huir a Moisés (Ex 2,15), incitó a Aarón a ultrajar a su hermano, manchó a María con el rencor contra su hermano (Nm 12,1); y, por no alargarme, lo que la mente teme, ante lo que la vista tiembla, lo que el oído no puede captar: apuntó a la sangre misma de Cristo y llegó hasta ella. La envidia es peor que todos los males: los que ella atrapa no pueden ser liberados; los que hiere no llegan a la curación, no vuelven a la salud. La envidia es veneno de los delitos, ponzoña de los crímenes, madre de los pecados, origen de los vicios: el que no la haya visto ve los bienes; el que no la haya conocido no conoce los males; el que haya huido de ella vive. La envidia puede evitarse con la huida, no puede vencerse con el combate.

Pero escuchemos ya qué respondió el Señor: No hay profeta sin honra sino en su patria y en su casa (Mt 13,57). Cristo, en efecto, vino a su patria y a su casa, porque está escrito: Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron (Jn 1,11). Pero al decir: No hay profeta sin honra sino en su patria y en su casa, enseña que tener poder entre los suyos es mordedura, es quemadura; sobresalir entre los conciudadanos abrasa la gloria de los vecinos: si

los parientes deben honor a un pariente, lo tienen por servidumbre.

Y no hizo allí muchos prodigios, dice, a causa de su increencia (Mt 13,58). No se hace allí prodigio alguno donde la increencia no lo merece. Aunque Cristo no exige recompensa cuando sana, se indigna, sin embargo, cuando en lugar de honor se le infiere injuria, él que es Dios sobre todas las cosas, bendito y glorioso por los siglos de los siglos. Amén.

Sermón XLIX.

Sobre lo mismo, según Marcos

Cuantas veces el santo evangelista recuerda que el Señor soportó o hizo cosas humanas, otras tantas turba los sentidos de los carnales como con una total agitación de olas. Porque las mentes flacas no saben oír, discernir y administrar los misterios del cuerpo del Señor, como muestra la lectura de hoy, que dice: Saliendo de allí, Jesús se fue a su patria (Mc 6,1). ¿De dónde sale, adónde entra el que no es contenido por ningún lugar, no es encerrado en ningún lugar? ¿A qué patria va el que hizo y posee el orbe entero? Pues dice el Profeta: Tuyos son los cielos, y tuya es la tierra: el orbe de la tierra y su plenitud tú los fundaste (Sal 89,12). Pero Cristo sale y entra no por sí para sí, sino por ti para ti, hasta introducirte a ti, que fuiste expulsado, llamar de nuevo al desterrado, traer y volver a llevar al que fue arrojado.

Se fue, pues, Jesús a su patria. No para devolverse a sí mismo su patria, sino para devolverte a ti la tuya, la que Adán había perdido. Se fue a su patria. Si nació, ¿cómo no va a ser hombre? Si hombre, ¿cómo no ciudadano? Si ciudadano, ¿quién se maravillará de que tenga patria? Pero lo que aquí se reconoce es el modo de la humanidad, no el orden de la divinidad: porque el que es y el

que era antes de los siglos, nuestro Dios, nuestro padre, quiso ser lo último a lo largo de los siglos; para salvar con la piedad a los que había hecho con su potestad, y recobrar compadeciéndose a los que, reprendiendo y mandando, había hecho desterrados. Pues todo lo que leemos que Cristo hizo o soportó por medio del hombre asumido, no lo oigamos como injuria a la divinidad, sino como algo que ha servido para la gloria del hombre. Y lo seguían, dice, sus discípulos. Con razón los discípulos siguen a Cristo cuando vuelve a su patria, a ellos, a quienes una elección tan grande, la plenitud de una gracia tan grande, había hecho ya ciudadanos y vecinos de la patria celestial, inscritos en el registro del orden superior, como dice el Señor: Alegraos, porque vuestros nombres están escritos en los cielos (Lc 10,20).

Y llegado el sábado, comenzó a enseñar en la sinagoga, y muchos, oyéndolo, se maravillaban de su doctrina, diciendo: ¿De dónde le viene a este todo esto, y qué sabiduría es esta que se le ha dado? ¿y tales prodigios que se obran por sus manos? (Mc 6,2) ¡Desdichada y detestable maldad de la mente judía, siempre más pronta a discutir que a creer! Ante los prodigios divinos se conmueve con afán no hacia la fe, sino hacia la calumnia, aun porque mereció oír una sabiduría tan grande. Pero ¿de dónde le viene que, maliciosamente curiosa o quejumbrosa, suspicaz en lo bueno, muy dispuesta a lo dañino, desprecie la doctrina que admira; desdeñe los preceptos que aprueba; vacile ante Dios, se precipite hacia los ídolos; sea astuta en lo divino, toda floja ante

los maderos y las piedras; rebelde a la profecía, contraria a la verdad, perdida en agüeros y mentiras? Pregunto: ¿a quién le es motivo de cautela que el ciego vea? ¿a quién de inquietud que el muerto se levante? ¿a quién de duda que el mudo hable? Ciertamente, ¿quién no sabría que es Dios aquel por cuya sola orden se cura toda invalidez? Moisés había hecho muchos signos, Elías había mostrado las mayores pruebas de poder, y no había hecho obras distintas Eliseo: ¿por qué nadie discute su persona? ¿por qué nadie suscita la cuestión de su condición? ¿por qué nadie, ingrato, indagó con tanta curiosidad de dónde eran, o quiénes eran, de dónde venían estas cosas y por medio de quién las hacían? Pero solo a este se le juzga, el único que no quiso juzgar para no castigar; se le examina con malvada severidad a él, que para conceder el perdón no indagó nada: y aunque él solo, inocente, encontró a todos culpables, como señal de su inmensa piedad prefirió cargar con la sentencia antes que abrogarla, para devolver a los mortales la vida perdida en otro tiempo y restaurar a los muertos. Verdaderamente, como dijo el Apóstol: Grande es el misterio de la piedad, que se manifiesta en la carne de nuestro Cristo (1 Tim 3,16).

Sin embargo, esta rivalidad carnal, cuyo pensamiento es siempre enemigo de la verdad, extiende aún más su curiosidad: no tolera que se crea que Cristo es Dios por sus prodigios y su sabiduría, sino que, con la prueba de sus vecinos, padres, hermanos, parientes políticos, afirma, ansía, desea, entiende que es solo hombre, di-

ciendo: ¿No es este el hijo del artesano y de María, hermano de Santiago y de José, y de Simón y de Judas? ¿y no están también sus hermanas aquí con nosotros? (Mc 6,3) Caifás profetiza con boca profana; y como era sacerdote, venció el sentido de su falsedad con el oficio de la verdad; prueba la sentencia no por su propia autoridad, sino por la del condenado (Jn 11,51). Balaam bendice con boca maldiciente, y, contratado para la maldad, dice todos los misterios de la verdad (Nm 23-24): y así como en las espinas la rosa, es decir, en un arbusto erizado germinan florecillas de admirable fragancia, así a veces los sentidos de los peores son movidos contra su voluntad hacia el bien por el impulso de la divinidad, de modo que lo que dicen no es cosa de mérito, sino de misterio.

Esto vemos que le ocurrió entonces a la malicia judía, que, para afrentar la generación del Señor, mientras por el oficio de José engrandece la verdad del linaje de Cristo, confiesa y declara la cualidad de su verdadero Progenitor, diciendo: Este es el hijo del artesano. Bien calló la persona, para revelar por el oficio al Progenitor, diciendo no «de José», sino «hijo del artesano». ¿Y qué artesano hay como este, que de la nada fabricó un mundo tan grande y tal? ¿y qué artesano es tal que él solo es el autor, él solo el dador de todo buen arte? Di, pues, judío, «hijo del artesano», para que reconozcas sin querer al Hijo de Dios; di «de María», para que, forzado, confieses a un hombre verdadero, pero Hijo de la Virgen; di «hermanos», para que proclames y publiques la gran dignación de tu Creador.

Y aunque tú mismo intentes con esto ocultar las virtudes de la santa progenitora, sin embargo, la verdad del evangelista prueba y afirma que aquellos a quienes tú llamas hermanos fueron hijos no de José y de María, sino de Cleofás, su hermana; pues se sabe que el uso, aun del tiempo presente, llama hermanos a los hijos de los hermanos y de las hermanas. Pues nunca el Señor, contra el orden de la piedad, habría encomendado desde la cruz a su madre a un extraño, es decir, a Juan, si ella hubiera recibido otros hijos además de él: sino que entrega una virgen a un virgen, para que entre tales se tuviera solo el cuidado del misterio, sola la sociedad de la religión; y para que este discípulo tan grande no sirviera a la solicitud mundana, sino que, habiendo de predicar el parto de la virginidad, tuviera en casa con qué probarlo a los que dudaban. Pero Santiago no pudo tener a su cuidado a una sola mujer y madre, él que en los comienzos y en aquel furor judío de entonces gobernó él solo la iglesia de Jerusalén.

Con razón añadió el Señor: No hay profeta sin honra, sino en su patria (Mc 6,4). He aquí cómo piensan los ciudadanos carnales; he aquí cómo sienten y honran los parientes mundanos. Bienaventurado el que, habiendo merecido tener a Dios por padre, no busca nada fuera de la patria celestial.

Sermón L.

Sobre el paralítico curado

Que Cristo realizó misterios divinos en actos humanos, y llevó a cabo negocios invisibles en cosas visibles, lo ha mostrado la lectura de hoy. Subió, dice, a una barca, y atravesó el lago, y vino a su ciudad (Mt 9,1). ¿No es él quien, ahuyentando las olas del mar, dejó al desnudo las profundidades, para que el pueblo de Israel pasara a pie enjuto entre las aguas atónitas, como por las hondonadas de los montes (Ex 14,22)? ¿No es este el que inclinó bajo los pies de Pedro las crestas del mar, para que el camino líquido prestara a los pasos humanos un servicio sólido (Mt 14,29)? ¿Y por qué se niega así a sí mismo la servidumbre del mar, hasta atravesar el paso de un lago pequeñísimo pagando al barquero?

Subió, dice, a una barca, y atravesó el lago. ¿Y qué tiene de extraño, hermanos? Cristo vino a asumir nuestras debilidades, y a conferirnos sus poderes; a buscar lo humano, a dar lo divino; a recibir injurias, a devolver dignidades; a soportar fatigas, a traer saludes; porque el médico que no soporta las debilidades no sabe curar las debilidades; y el que no se ha hecho débil con el débil no puede conferir la salud al débil. Así pues, Cristo, si hubiera permanecido en sus poderes, no tendría

nada en común con los hombres; y si no hubiera cumplido el orden de la carne, la asunción de la carne habría sido ociosa en él. Sostuvo, pues, estas necesidades, para ser probado hombre verdadero por las necesidades humanas.

Subió, dice, a una barca. Cristo sube a la nave de su Iglesia, siempre dispuesto a calmar las olas del siglo, para conducir a los que creen en él a la patria celestial en una navegación tranquila, y hacer vecinos de su ciudad a los que ha hecho consortes de su humanidad. No es, pues, Cristo quien necesita la nave, sino que la nave necesita a Cristo, porque sin el timonel celestial la nave de la Iglesia no logra llegar al puerto celestial por el piélago del mundo en medio de un peligro tal y tan grande.

Esto hemos dicho, hermanos, en lo que toca a la inteligencia espiritual: pero ahora sigamos el orden de la historia misma. Subió, dice, a una barca y atravesó el lago, y vino a su ciudad. El Creador de las cosas, el Señor del orbe, después de haberse estrechado por nosotros en nuestra carne, comenzó a tener una patria humana, comenzó a ser ciudadano de una ciudad judía: comenzó a tener padres, él mismo padre de todos los padres, para que el amor invitara, la caridad atrajera, el afecto venciera, la humanidad persuadiera a los que el dominio había ahuyentado, el miedo había dispersado, la fuerza de la potestad había hecho desterrados.

Vino a su ciudad, y he aquí que le presentaban un paralítico tendido en una camilla, y Jesús, dice, mirando la fe de ellos, dijo al paralítico: Ten

confianza, hijo, tus pecados te son perdonados (Mt 9,2). El paralítico oye el perdón y calla, y no responde con ningún agradecimiento, porque tendía más a la curación del cuerpo que a la del alma; y lloraba de tal modo las miserias temporales de su cuerpo descoyuntado que no lloraba las penas eternas del descoyuntamiento del alma, juzgando más grata para sí la vida presente que la futura. Con razón Cristo no mira la fe de los que lo presentaban, y mira la insensatez del que así yacía, de modo que, con el sufragio de la fe ajena, el alma del paralítico fue curada antes que el cuerpo.

Mirando, dice, la fe de ellos. Veis en este lugar, hermanos, que Dios no busca las voluntades de los necios, no mira la fe de los ignorantes, no escudriña los deseos necios de los enfermos, sino que socorre ante la fe de otro, socorro que confería por la sola gracia, puesto que no negaba nada de lo que es de la voluntad divina. Y en verdad, hermanos, ¿cuándo el médico busca o mira las voluntades de los enfermos, siendo así que el enfermo desea y reclama siempre lo contrario? De ahí que unas veces el hierro, otras el fuego, otras las bebidas amargas les imponga y les aplique contra su voluntad, para que, sanos, sientan la curación que, enfermos, no podían sentir. Y si un hombre desprecia las injurias, desdeña las maldiciones, para conferir espontáneamente vida y salud a los heridos por la enfermedad, ¿cuánto más Cristo médico, por su bondad divina, atrae a la salvación, aun contra su voluntad y sin quererlo, a los heridos por las enfermedades de los pecados

y a los que padecen el frenesí de los crímenes? ¡Oh, si quisiéramos, hermanos, oh, si quisiéramos ver a fondo toda la parálisis de nuestra mente, ver nuestra alma, desprovista de virtudes, tendida en los lechos de los vicios! Nos resultaría claro cómo Cristo mira cada día nuestras voluntades dañinas, y nos arrastra a remedios saludables, y nos apremia contra nuestra voluntad.

Hijo, dice, tus pecados te son remitidos. Diciendo esto, quería que se le entendiera Dios, él que por medio del hombre estaba aún oculto a los ojos humanos; porque en prodigios y signos se le comparaba con los profetas, que por medio de él habían hecho también ellos prodigios: pero dar el perdón a los pecados, puesto que no está en poder del hombre y es la insignia singular de la deidad, ponía en los pechos humanos que él era Dios. Lo prueba el rencor de los fariseos: pues habiendo dicho: Tus pecados te son remitidos, respondieron los fariseos: Este blasfema; pues ¿quién puede remitir los pecados sino solo Dios? (Mt 9,3; Mc 2,7) Fariseo, que sabiendo no sabes, confesando niegas, mientras atestiguas atacas: si es Dios el que remite los pecados, ¿por qué para ti no es Dios Cristo, que con el don de su única indulgencia se prueba que quitó los pecados del mundo entero? He aquí, dice, el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo (Jn 1,29).

Pero para que puedas captar mayores insignias de su divinidad, escucha que penetró el secreto de tu pecho; mira que llegó a los escondrijos de tus pensamientos; entiende que desnuda los consejos callados de tu corazón. Y habiendo

visto Jesús, dice, sus pensamientos, dijo: ¿Por qué pensáis cosas malas en vuestros corazones? (Mt 9,4) Pues ¿qué es más fácil, decir: Tus pecados te son remitidos, o decir: Levántate y anda? (Mt 9,5) Pero para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad de perdonar los pecados, dijo al paralítico: Levántate, toma tu camilla, y vete a tu casa; y se levantó, y se fue a su casa (Mt 9,6-7). El escrutador de las almas se adelanta a los malignos consejos de las mentes, y mostró la potencia de su deidad con el testimonio de una obra, al recomponer los miembros de un cuerpo deshecho, tensar los nervios, unir los huesos, llenar las entrañas, afirmar los miembros, y despertar a la carrera los pasos ya sepultados en un cadáver vivo.

Toma tu camilla. Es decir: lleva al que te llevaba, cambia todos los papeles, para que lo que es testimonio de la enfermedad sea prueba de la salud, para que la camilla de tu dolor sea indicio de mi curación, para que la magnitud del peso afirme la magnitud de la fortaleza recobrada. Vete, dice, a tu casa, para que, curado por la fe cristiana, no te demores ya en los caminos de la incredulidad judía.

Sermón LI.

Sobre el endemoniado sordo y mudo curado

Como el calor se había derramado sobre la tierra más de lo acostumbrado, he callado largo tiempo, para que la aglomeración que nace del deseo de oír no nos produjera ella misma el incendio de la canícula: ahora que la templanza del otoño ha suavizado el aire, volvemos, con la ayuda del Señor, a la palabra del Señor. Cuando un hombre presentó al Señor, para que lo curara, a su hijo poseído por el furor de un espíritu sordo y mudo, el evangelista refirió que el Señor, contra la costumbre de su paciencia, se conmovió de tal manera que arremetió contra la herida del padre antes de moverse a la curación del hijo. Uno de la turba, dice, respondiendo, dijo: Maestro, te he traído a mi hijo, que tiene un espíritu mudo; el cual, dondequiera que lo agarra, lo derriba, y echa espuma, y rechina los dientes, y se seca; y dije a tus discípulos que lo echaran, y no pudieron (Mc 9,17-18). Él, respondiéndoles, dijo: ¡Oh generación incrédula! (Mc 9,19)

Respondiendo uno de la turba: ¿por qué, al preguntar uno, son heridos muchos? ¿por qué, al disputar uno, todos son tachados de increencia? ¿por qué, a la voz de uno, toda la generación es llamada soberbia de incredulidad? ¿Por qué?

Porque este no había venido a Dios, sino que había venido a un maestro; exigiendo la curación no al poder, sino al arte; achacando la tardanza de la curación no a la causa, sino al que curaba; atribuyendo la impotencia de los discípulos a la impericia del maestro; satisfaciendo con semejante clamor el rencor judío de la envidia de los escribas: Y dije a tus discípulos que lo echaran, y no pudieron. Es decir, que era un diablo que no creía a Cristo, un demonio que podía tener en poco el poder del nombre de Cristo. Los discípulos ahuyentaban a los demonios de los cuerpos poseídos no en su nombre, sino en el de Cristo. Así pues, el hecho de que el demonio no cediera a la orden de los discípulos, este lo arrastraba hacia la debilidad del nombre de Cristo, no hacia la culpa de los discípulos. Viendo, pues, el Señor que las multitudes de los judíos que estaban alrededor pensaban así, marca así a fuego en los hijos la incredulidad de los padres, y golpea así en los progenitores a la ponzoñosa prole. ¡Oh generación incrédula!

Viniendo el Señor, dice, a sus discípulos, vio a su alrededor una gran turba, y escribas que discutían con ellos; y enseguida todo el pueblo, al ver a Jesús, quedó estupefacto, y se atemorizaron (Mc 9,14-15). Temiendo, sin duda, perder, al venir el maestro, aquello con que habían insultado a los discípulos; y que, ahuyentado un demonio tan grande, se volviera para los discípulos causa de gloria lo mismo que había sido ocasión de confusión. De ahí que el Señor, preguntando uno por todos, respondiera: ¡Oh generación incrédu-

la!, ¿hasta cuándo estaré con vosotros? Por cuya increencia ni siquiera un demonio es ahuyentado de un cuerpo cautivo.

¿Hasta cuándo estaré con vosotros? «¿Y no enviaré a los gentiles? Allí, a la voz de un solo discípulo mío, se derrumban los templos, huyen los simulacros, se consumen las aras, caen los ídolos, se talan los bosques sagrados, toda la potestad de los demonios es ahuyentada, gimiendo y temblando y aullando, de sus antiguas y decrépitas sedes: los santuarios se cambian en iglesias, las aras se convierten en altares, las víctimas de animales muertos se transforman en la víctima viva del corazón, los agüeros, las adivinaciones, los sueños, quedan puestos en el solo querer de Dios, en el albedrío de Dios únicamente.» ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿hasta cuándo os soportaré? Los soporta con paciencia, no por temor; no por necesidad, sino por misericordia; con expectación, no con miedo, los soporta, los lleva, los espera, él que quiere que el impío vuelva, no que perezca.

Traédmelo: como si no pudiera curarlo estando lejos; pero traed vosotros la causa de vuestra increencia, el título de vuestra infidelidad, la prueba de vuestra incredulidad. Traedlo. Para que vosotros, que ni siquiera quisisteis creer a Dios cuando enseñaba, creáis al menos cuando el demonio confiesa, y os sintáis más malvados que el mismo diablo, cuando lo veáis confesar y temblar enseguida ante la presencia de su juez instructor.

Y se lo trajeron; y cuando lo vio, enseguida el espíritu lo agitó con convulsiones, y, derribado en tierra, se revolcaba echando espuma (Mc 9,20). El hombre se revolcaba, pero el diablo era torturado; la curación sacudía al invadido, pero la majestad del juez acusaba al invasor; el cautivo era presentado, pero el enemigo era castigado; la pena del diablo se manifestaba en el tormento de un cuerpo humano. Hace falta, hermanos, hace falta la luz de Dios, para que en la obra de Dios los ojos humanos no se engañen así.

Y preguntó a su padre: ¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto? Y él dijo: Desde la infancia (Mc 9,21). El autor del tiempo pregunta el tiempo del padecimiento; el médico pregunta el tiempo del padecimiento, no como quien no sabe, sino para descubrirlo, sabiéndolo, a los que no saben. En efecto, con tal pregunta descubre el tiempo, declara la edad, recorre de nuevo la infancia, para que la causa de tan gran mal no toque a la prole, sino al padre, porque la prenda que Dios le había dado la había devuelto al favor del diablo, al honor de los demonios, como dice la Escritura: Y ofrecieron sus hijos y sus hijas a los demonios (Sal 106,37). ¿Qué crimen había cometido la infancia para dar cabida en sí al diablo? ¿qué culpabilidad? Pero los pequeños se llenan del demonio cuando son ofrecidos por sus padres al diablo, cuando son llevados al cuidado de los demonios. En efecto, es desatado por la fe del padre el que la infidelidad del padre había atado.

Es voz del padre: Si algo puedes, ayúdanos, compadecido de nosotros (Mc 9,22). Es decir:

ayúdanos, ten misericordia de nosotros, cuya culpabilidad agrava al inocente, en cuya pena así redunda el peligro del niño. Y bien reclama el Señor la fe a los padres, diciendo: Si puedes creer, todo es posible para el que cree (Mc 9,23). Y el padre: Creo, Señor; ayuda a mi increencia (Mc 9,24). El padre cree; y, como dijimos, es liberado por la fe del padre el que había sido condenado por la infidelidad del padre. Pues a quien aprovechó la fe de su progenitor, ¿cómo podía no dañarle la incredulidad de su progenitor? Pero cómo fue curado, o por qué los discípulos, que habían expulsado a muchos demonios, no pudieron ahuyentar a este, lo expondremos, con la ayuda del Señor, en el sermón siguiente.

Sermón LII.

Sobre lo mismo

Es oficio del maestro disertar sobre lo leído, y establecer y mostrar con lenguaje claro lo que está oscurecido por los sentidos místicos, para que una inteligencia menor no engendre la perdición del oyente a partir de aquello mismo de donde debió y pudo conferirle una ciencia saludable.

Este es, pues, el tenor de la lectura de hoy. Y respondiendo uno de la turba, dijo: Maestro, he traído a mi hijo, que tiene un espíritu sordo y mudo (Mc 9,17). No dijo: «He traído a mi hijo sordo y mudo», sino: He traído a mi hijo, que tiene un espíritu sordo y mudo. ¿Acaso la maldad espiritual se distingue por miembros humanos y se estrecha en sentidos humanos, de modo que soporte nuestras invalideces, nuestras pasiones; y no pueda ver sino por las ventanas de los ojos, ni captar el oído sino por los orificios de las orejas, ni proferir palabra sino por el oficio de la lengua o de la boca, y por eso soporte el miserable estado del sordo y del mudo, cuando su naturaleza tenue y aérea no conoce la carne, rechaza los huesos, como brisa que sopla atraviesa todo el orbe en un momento de tiempo, toma apariencias diversas, se muda en formas variadas, penetra en los corazones, se burla de las almas, inspira pensa-

mientos impíos y torpísimos, y no se percibe de dónde viene ni adónde vuelve, y así, como dardo que vuela, traspasa a las mentes inocentes con herida mortal y con toda facilidad? Poco sería que solo el padre hubiera dicho esto en su súplica, cuando dijo: He traído a mi hijo, que tiene un espíritu sordo y mudo, si el Señor mismo no hubiera expulsado al espíritu inmundo con semejante increpación: Espíritu sordo y mudo, yo te lo mando, sal de él (Mc 9,25).

Pero sigamos ya con lo que pertenece a la solución de la cuestión. Dios, que ha de quemar a los demonios con fuego perpetuo, que ya también en el presente los ata con cadenas, los angustia con tormentos, los apremia con penas, puede también, cuando lo mande, mutilarlos con una invalidez total, y, del modo en que ven, en que oyen, en que hablan, volverlos ciegos, hacerlos sordos y mudos, para que no hablen. Pero en este lugar declárese qué hizo el diablo al hombre. El antiguo desertor, cuando vio que Dios había llegado a la tierra, obstruyó los oídos de los hombres, ató la lengua, y, cerradas las puertas de los sentidos humanos, hizo y preparó del pecho humano el escondrijo de su cueva, pensando que allí no llegaría el oído de la palabra, el poder del nombre divino; al mismo tiempo, engañoso y astuto como es, creyó atrapar al padre y engañar a los padres con tal ficción, para que desesperaran de que pudiera ser curado el que no podía ni oír ni hablar; y para que creyeran que lo que era obra diabólica era propio de la invalidez humana, lo achacaran al hijo, lo atribuyeran a la naturaleza,

lo que el enemigo encerrado dentro había introducido.

En efecto, como refiere Mateo sobre lo mismo, había engañado también con otra simulación al padre de este desdichado; pues le suplica así: Señor, ten misericordia de mi hijo, porque es lunático, y padece cruelmente (Mt 17,15). El demonio quiso entonces que pareciera de la naturaleza humana o de un elemento celeste lo que había sido de su arte, ajustando los padecimientos del hombre a los cursos de la luna; vejaba el cuerpo con los crecientes de la luna, para que creyeran que era de la luna lo que era crimen y furor del diablo. Así se burló de los hombres, embaucó a los ignorantes, difamó ante los indolentes a una criatura que, creada solo para la luz, no sabe dañar a los hombres, a quienes más bien está obligada a ayudar con un servicio continuo. Pero después de que vino el juez instructor de lo oculto, el inspector poderosísimo de los secretos, al que no podrán hacer frente las ficciones escondidas del diablo, es traído el niño para ser sanado por mandato divino; para que todo lo que el diablo había atado fuera desatado por Cristo. Lo procuró, lo procuró el enemigo, que lo que se veía fuese de la naturaleza.

Pero ¿por qué no pudieron los discípulos expulsarlo? Porque este hombre es presentado como figura del pueblo gentil; puesto que el pueblo gentil, según el Apóstol, tenía el espíritu de este aire. El espíritu, dice, del aire, que ahora actúa en los hijos de la desconfianza (Ef 2,2). Este, pues, era sordo y mudo, que no podía ni oír

la Ley ni confesar a Dios, sino que era arrojado en el fuego de la gehena y por las aguas del remolino siempre amargo; y no podía ser sanado por los discípulos ni por hombre alguno, porque a Cristo se le llamaba desde antiguo el oído de la fe, la confesión de la salvación, la redención y la vida de los gentiles. En efecto, cuando el diablo es ahuyentado por la orden de Cristo, se abre lo cerrado, se desatan las ataduras, se devuelve el habla, vuelve el oído, se repara el hombre, y solo el diablo llora haber sido arrojado de su larga posesión. De ahí que el que viene de los gentiles sea primero purificado del demonio con la imposición de la mano y con exorcismos, y reciba la apertura de los oídos, para que pueda captar el oído de la fe, para que pueda llegar a la salvación con el Señor que lo acompaña.

Sermón LIV.

Sobre Zaqueo

Hace poco el bienaventurado evangelista, al describir la vida y el fin del rico inhumano, conmovió y entristeció nuestros afectos humanos; pero hoy, al referir la humanidad y la fe del rico Zaqueo, nos ha elevado y llevado adelante hasta el gozo celestial. Y habiendo entrado, dice, Jesús recorría Jericó (Lc 19,1). ¿Por qué recorre, y no anda? Porque lo que Moisés había andado, Cristo lo recorría; y al pueblo que Moisés introdujo en el camino, Jesús lo condujo al descanso de la morada prometida. Recorría Jericó. Jericó es la ciudad misma que Josué, hijo de Nun, derribó con el séptuple clamor de las trompetas (Jos 6,20). Pero como Cristo vino a salvar lo que había perecido, entra en Jericó, para que lo que la Ley había derribado con su terrible vocerío, Jesús lo levante con el clamor de una piadosa predicación.

Jesús, dice, habiendo entrado, recorría Jericó; y he aquí un hombre llamado Zaqueo, y este era jefe de los publicanos, y era rico (Lc 19,2). Jefe de los publicanos: en una ciudad perdida, se escribe que Zaqueo ejerció la jefatura de un oficio perdido; por el lugar, la persona, el cargo, se muestra la magnitud de la culpabilidad, para que por la

magnitud del crimen resplandezca la magnitud del que lo remite.

Y buscaba ver a Jesús (Lc 19,3). Quien busca ver a Cristo, mire al cielo, de donde es Cristo, no a la tierra, de donde es el oro. Así pues, el rico que mira hacia arriba no carga las riquezas, sino que las pisotea; no se encorva bajo las riquezas, sino que se levanta; y conduce las riquezas al servicio del que las prodiga, no a la servidumbre de la avaricia de riquezas; el avaro es siervo de sus riquezas, no su señor; en cambio, el misericordioso demuestra que tiene tantos siervos como monedas. Buscaba ver a Jesús, y no podía a causa de la multitud, porque era pequeño de estatura. Muy grande en ánimo era el que parecía pequeño en el cuerpo; pues con la mente tocaba los cielos quien en el cuerpo no igualaba a los hombres. Nadie, pues, se cuide de la brevedad de su cuerpo, a la que nada puede añadir; sino procure sobresalir por la fe.

Y corriendo delante, subió a un árbol (Lc 19,4). ¿Por qué peldaños, piensas, llegó este a las ramas de un árbol altísimo? Pisó la tierra, sobrepasó el oro, trascendió la avaricia y pasó por encima de toda la mole de las riquezas, para que, saltando al árbol del perdón, alcanzara el fruto de la misericordia, y desde la atalaya de la confesión contemplara al que otorga la indulgencia. Subió a un árbol sicómoro. Por misterio, no por la ocasión; subió a un árbol sicómoro, para que de donde Adán había cubierto la desnudez de su cuerpo, de allí velara Zaqueo la fealdad de su avaricia. Subió a un árbol sicómoro para ver a Jesús, porque había de pasar por allí. Con verdad dijo

«había de pasar», porque Cristo había venido por los caminos terrenos y los trabajos humanos no para quedarse, sino que había venido para pasar.

Y cuando Jesús llegó al lugar, alzando la vista, lo vio (Lc 19,5). ¡Como si, de no haber vuelto allí los ojos, no hubiera visto, él que, estando ausente, vio de lejos a Natanael bajo el mismo árbol (Jn 1,48)! Pero lo vio, lo vio para el perdón, lo miró para la gracia, lo atendió para la vida, lo contempló para la salvación. Al que Dios ve, no desea reconocerlo como quien ignora, sino que, como quien sabe, quiere verlo para la gloria.

Lo vio, y le dijo: Zaqueo, date prisa y baja, porque hoy es necesario que yo me quede en tu casa. Si había hecho bien en subir, ¿por qué se le dice: Baja? Más arriba dijo: Corriendo delante, subió al árbol. El siervo se adelanta al Señor, y Zaqueo subió al árbol antes de que el Soberano subiera a la cruz; de ahí que se le diga: Date prisa y baja. Si eres sabio, date prisa y baja: baja del árbol de Adán antes que el Señor, para que después de la cruz de la Pasión del Señor subas. Si alguno no ha tomado su cruz y me ha seguido (Mt 10,38); no dijo: «me ha precedido». Baja, pues, para deponer las cargas de tanto fraude, los pesos de la codicia, la mole de las usuras, el magisterio de publicano, la jefatura de una exacción crudelísima, y para que, desembarazado, entres en la escuela de la pobreza, el discipulado de la misericordia, el ejercicio de la piedad, la disciplina de la paciencia, los empeños de las virtudes, la ciencia de la divinidad, la tolerancia de los padecimientos, la

filosofía de la muerte, y, ya perfecto, subas entre las alturas del árbol de la vida.

Baja, porque hoy es necesario que yo me quede en tu casa. Aquel en cuya casa no haya entrado Cristo no llegará a la morada divina; y aquel a cuya mesa no se haya sentado aquí Cristo no se reclinará a la mesa celestial. Y dándose prisa bajó, y lo recibió gozoso (Lc 19,6). Se goza, porque recibió a quien lo recibe a él, porque apacienta a su pastor, porque el acusado inclina al juez con el sufragio de su humanidad, porque con el préstamo de comida y bebida hace suyo y adquiere a su deudor; y así sucede que este publicano no pierde su ganancia, sino que la cambia.

Y al verlo, dice, todos murmuraban diciendo que se había desviado hacia un hombre pecador (Lc 19,7). ¿Y quién está sin pecado? Y si nadie lo está, a sí mismo se niega el perdón quien acusa a Dios porque entra en casa de los pecadores. Dios, cuando busca al pecador, no busca los pecados, sino al hombre: para despreciar el pecado, que es obra del hombre, para no perder su propia obra, que es el hombre. Escucha al Profeta que dice: Aparta tu rostro de mis pecados (Sal 51,11), esto es, de mis obras. Pero de sí mismo: No desprecies las obras de tus manos (Sal 138,8). El juez, cuando quiere perdonar, mira al hombre, no a la culpa; el padre, cuando quiere compadecerse del hijo, piensa en el afecto, no en el delito: así Dios, en el hombre, se acuerda de su propia obra, para olvidarse de la obra humana.

Tú, pues, que reprendes, que murmuras de que Cristo se desviara hacia un pecador, toma

de semejante entrada el camino de la salvación, el ejemplo del perdón, la esperanza de la misericordia, y guárdate de que sea para ti materia de blasfemia lo que es para ti ocasión de salvación. ¿Adónde va el médico, sino al enfermo? No necesitan médico, dice, los sanos, sino los que están mal (Mt 9,12). ¿Adónde va el pastor jadeante, sino a la oveja perdida? ¿Cuándo se mete un rey entre los enemigos, sino cuando quiere liberar a un cautivo? Y quien pierde una perla preciosa no desdeña entrar en lugares inmundos, ni le repugna buscarla entre el estiércol mismo. ¿A qué precipicio no se arroja una madre tras su hijo? ¿Y se acusa a Dios, que creó al hombre a su imagen y semejanza (Gn 1,26), porque busca al hombre entre los pecados con caridad de Hacedor? Murmuras, hombre, porque Dios busca al hombre entre los pecados: ¿qué harás cuando lo veas, por causa del hombre, penetrar las tinieblas mismas del Tártaro?

Escucha, sin embargo, qué hizo Cristo al entrar en casa del pecador. De pie, dice, Zaqueo dijo (Lc 19,8). Ves cómo se ha erguido el que yacía. Yacemos en los vicios, y yacemos oprimidos; estamos de pie cuando, con las buenas obras, somos levantados al progreso. De pie, dice, Zaqueo dijo: La mitad de mis bienes doy a los pobres. Cree que vivirá después de la muerte este que ya envía la mitad de sus bienes a la vida futura. Sea en buena hora perfecto aquel que siempre envía de antemano desde aquí todo lo que tiene allá donde ha de vivir; pero este es compañero de las virtudes, consorte de la prudencia, partícipe de

la fe, pues envía a Dios siquiera la mitad, porque lo que el hombre deja aquí, eso lo pierde. Y en verdad, hermanos, así como este cree que vivirá allá, pues allá transfiere lo suyo, así aquel, te lo aseguro, no cree que vivirá, pues nada se ha preparado allá que pueda tener. Pues si apenas podemos soportar la pobreza temporal, ¿quién aguantará hacerse mendigo para siempre? ¿Qué soldado no envía a la patria todo lo que adquiere con el sudor de la guerra, para que una vejez deleitosa compense los trabajos de la juventud? Y el cristiano, para quien vivir en el siglo es militar, ¿cómo no piensa en consolar los peligros terrenos con los ocios celestiales? Cómo ha de hacer esto el cristiano, el mismo Zaqueo lo enseña con la palabra y lo muestra con el ejemplo.

La mitad de mis bienes doy a los pobres, y si en algo he quitado a alguien con fraude, restituyo el cuádruplo. Quien reparte lo ajeno saquea más dando que robando; y no acalla con ello los gemidos de los que sienten dolor, sino que los prolonga. Me atrevo a decirlo: quien ofrece a Dios de lo defraudado acumula crímenes, no los purifica; porque Dios, en semejante don, mira los despojos de sus pobres, no las misericordias. Sin causa llora ante Dios aquel contra quien la causa del pobre habrá llorado justamente ante Dios. Voz de Dios es: Si tomas en prenda la túnica de tu hermano, se la devolverás antes de la puesta del sol (Ex 22,25). Como la lámpara delata al ladrón, así el sol acusa a los que defraudan.

Si queremos ofrecer a Dios lo nuestro, si queremos poseer junto a Dios lo que es nuestro, merez-

camos también nosotros oír lo que oyó Zaqueo: Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también este es hijo de Abraham (Lc 19,9). El rico inhumano, siendo hijo de Abraham, se hizo hijo de la gehena; este, siendo hijo de la rapiña, dando lo suyo y devolviendo lo ajeno, es adoptado como hijo de Abraham. Pero nadie piense que Zaqueo, al ofrecer la mitad de sus bienes, alcanzó la cima de la perfección, él que, después de todo lo suyo, se dio también a sí mismo al Señor, de modo que, sostenido por el honor del episcopado, pasó de la mesa de las ganancias del publicano a la mesa del cuerpo del Señor; y, abandonando las riquezas fraudulentas del siglo, halló en la pobreza de Cristo las verdaderas riquezas del siglo.

Sermón LV.

Sobre el amor paterno de Dios hacia nosotros, sobre el amor de los padres hacia los hijos, y sobre el castigo de los judíos

Después que los preceptos de la Ley, difundidos en volúmenes, acumulados en libros, no bastaron para encomendarnos el amor divino, el afecto de Dios se injerta y se insinúa en los duros corazones de los hombres por medio de comparaciones, de ejemplos. ¿Quién de vosotros, dice, si su hijo pide pan a su padre, le dará una piedra? ¿O un pez, le dará una serpiente en lugar del pez? ¿O si le pide un huevo, le alargará un escorpión? (Lc 11,11-12) Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará un espíritu bueno a los que se lo piden? (Lc 11,13)

¿Quién de vosotros, si su hijo pide pan a su padre, le dará una piedra? La caridad no tiene dolo; la piedad no admite el fraude, ni el afecto la falsedad. Si es padre, no puede no amar; si ama, no sabe dar sino lo que es bueno. Niega a su padre quien sospecha de la largueza de su padre; no se reconoce hijo aquel a quien inquietan los dones paternos. Excluye todo lo que es de la piedad quien no cree saludable cuanto dé el padre; ¿o cómo podrá un padre dar males en lugar de bienes a sus hijos, él que siempre está dispuesto

a sufrir males por sus hijos, que por sus hijos no rehúye la muerte, no esquiva los peligros? Por eso Dios te hizo padre, por eso quiso que de ti fuera procreado el hombre, él que, habiéndote hecho a ti de la tierra, podía sin duda haber hecho a muchísimos: pero obró así para que, engendrando, supieras cuán grande es el afecto del que engendra, y comprobaras en ti que el amor de tu autor es tan grande como el que tú mismo, autor de un hijo, procuras dispensar a tu hijo.

Ciertamente Dios quiso que sintieras lo que es el afecto del que engendra no solo en ti, sino que quiso que lo vieras en las fieras, en los ganados y en las aves: a estos, aunque los produjo de la tierra con su solo mandato, los obligó después a sentir el trabajo de engendrar, a cambiar de patria, a buscar lugares aptos para guaridas, a proteger a sus crías con lo escarpado de los lugares, a darlas a luz con gemidos, a criarlas con grandísimos trabajos, y a no negarse a la muerte si ven que capturan a sus pequeños. Por tanto, si no por la comparación del hombre, al menos por la de las fieras, por la semejanza de los ganados, por los ejemplos de las aves, aprende cuán grande es la sinceridad de la caridad paterna.

Si, pues, crees a Dios, y lo has confesado padre, todo lo que mande, todo lo que elija para ti, cree que es muy saludable para ti, cree que es muy vivificante. No es lícito examinar los dones de la madre, no conviene revisar las advertencias del padre; así, aunque el aspecto del mandato paterno sea algo triste, la cosa misma es saludable y vivificante. Así Abraham, cuando creyó a Dios

padre, no atendió a las formas ásperas y amargas de los mandatos; recibe la vergonzosa circuncisión (Gn 17); y lo que manda el Padre celestial no lo examina, sino que lo juzga glorioso: considera un parricidio sumamente criminal; pero, porque Dios lo ordena, lo confía todo a la piedad. De ahí que Isaac, al ver sobre sí la espada de su padre, cuando podía horrorizarse, cuando podía sentir dolor, se alegró de ser víctima (Gn 22). De ahí que la hija de Jefté cumplió con su propia muerte el don de su padre, los votos de su padre, con toda acción de gracias (Jue 11). ¿Por qué, pues, quien ya conoce a Dios disputa sobre los dones de su padre? Cuando un pequeño e inocente pide a su padre, ¿no recibe para sí cosas buenas y provechosas?

Pero indaguemos por qué el Señor hizo estas semejanzas. ¿Quién de vosotros, dice, si su hijo pide pan a su padre, le dará una piedra? Pudo decir: ¿acaso cizaña, acaso joyo, que por su vecindad y semejanza se hace pasar por pan, pero engendra angustias? Pero Cristo había venido a los hijos, esto es, a los judíos, de quienes se quejaba, con tal clamor, de haberlos engendrado: Hijos engendré y exalté; pero ellos me despreciaron (Is 1,2); había venido, pues, a los hijos, había venido el pan del cielo, que dijo: Yo soy el pan que bajó del cielo (Jn 6,41). Pero para los judíos se convirtió en piedra de tropiezo y roca de escándalo (Rom 9,33; Is 8,14), como dice el Señor: He aquí que pongo en Sion piedra de tropiezo y roca de escándalo (Rom 9,33). ¿Por qué roca? Porque ansiaban morder la roca, no pedir pan a su padre. Me han rodea-

do, dice, muchos perros (Sal 22,17). En efecto, después de que ellos se muestran convertidos de hombres en perros, el pan celestial se les convirtió en roca, no por vicio del que lo daba, sino por la maldad de los que lo recibían, de modo que no los alimentara, sino que los matara; y, puesto en el fundamento, no los había elevado hasta la cumbre, sino que a los que pretendían la muerte de su padre los arrojaba y hacía rodar a una profunda ruina.

Añadió otra semejanza: ¿Le dará una serpiente en lugar del pez? También Cristo era un pez sacado del cauce del Jordán, que, puesto sobre las brasas de los padecimientos, después de la resurrección dio a los suyos, esto es, a los discípulos, un alimento entonces vivificante; pero para los judíos este pez se cambia en serpiente, como dice el Señor: Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que sea levantado el Hijo del Hombre (Jn 3,14). Los judíos veían a Cristo en la serpiente, porque el ojo impío no puede ver a Dios, no puede ver la piedad.

Dijo también una tercera semejanza: ¿Acaso si le pide un huevo, le alargará un escorpión? Es costumbre y uso que los pequeños pidan siempre un huevo, y que los padres no nieguen el huevo a los chiquitos que lo piden: pero como Cristo había venido a reunir como la gallina a sus polluelos (Mt 23,37), presentó el huevo de la palabra, con el que se nutrieran los santos brotes de la Iglesia. Pero como el judío, por envidia, quería más derramar ese huevo que tomarlo, encontró allí mismo un escorpión, para que, según el Apóstol,

el mandamiento que era para ellos para la vida, fuera para ellos para la muerte (Rom 7,10). Para encomendar la piedad, el Señor presentó y mostró tres ejemplos, para que con tres testimonios, como con tres testigos, animara a los piadosos a la fe en su amor, y convenciera a los impíos de que no por vicio del padre, sino por el suyo, no habían recibido la gracia de la caridad.

Sermón LVI.

Sobre el Símbolo de los apóstoles

Me inquietaría la súbita y confusa tempestad de un parto prematuro, y me turbarían los brotes inmaduros de los vástagos, si no fuera porque con frecuencia, rotas las demoras de los tiempos, con un rudo latrocinio y quebrados los cerrojos de las entrañas, los que van a nacer buscan y arrebatan las repentinas ganancias del vivir. De ahí que el hombre, despreciando a menudo el término del décimo mes, al séptimo mes abandona y deserta las angostas moradas de su primera casa, las estrechas moradas del útero, para que, nuevo combatiente, se alegre de haber vencido al tiempo antes de pagar él mismo su servidumbre a los tiempos.

Y si esto le es lícito a la naturaleza humana, ¿qué podrá oponerse a la naturaleza celestial y divina? ¿O qué no puede el Espíritu Santo, si esto lo puede la carne? ¿O cómo no realiza la gracia de lo alto lo que la fragilidad humana obtiene y cumple? ¿No turbó así Pablo con amargo dolor el camino y las entrañas de nuestra progenitora, de modo que, con un torbellino celestial y con toda la tempestad, se adelantó a los tiempos de la Iglesia que lo daba a luz, para nacer de repente y en el camino (Hch 9,3), él que había de ofrecer

a los gentiles el camino hacia la fe? Con razón se llama a sí mismo abortivo (1 Cor 15,8), y se maravilla de haber nacido, él que sabe que no soportó ningún tiempo de concepción. Pues mientras él mismo, enemigo todavía, golpeaba desde fuera el seno de la santa madre y estrellaba en su mismo nacimiento a sus venerables hijos, de repente se cambia en santo vástago el que había sido el más feroz perseguidor de ese mismo vástago. También el eunuco es engendrado en el camino (Hch 8,36-38). Para que a aquel a quien la temeridad humana había castrado para servidumbre de un hombre, y a quien una castidad forzada había colocado dentro del palacio de un rey, una castidad voluntaria y votiva lo promoviera y trasladara a la gloria del palacio celestial, al servicio del Rey eterno. Bienaventurado este, a quien se concedió no perder las ínfulas del palacio, sino cambiarlas.

Esto dice la razón, hijitos: que a vosotros, a quienes recibimos tristes en el seno de la madre, os llevemos a término alegrísimos en un mismo y único momento. Escuchad la fe, aprended la oración. Pero como, por impedirlo el tiempo, ni nosotros podemos abriros el misterio, ni vosotros podéis devolvernos solemnemente lo que se entrega, procurad aprender ahora con sencillez las palabras del Símbolo, y en el tiempo pascual, en que estas cosas se entregan más plenamente, podáis conocer lo interior del sacramento mismo. Tomad lo que queréis, invadid lo que deseáis, porque el reino de los cielos padece violencia, y los que hacen violencia lo arrebatan (Mt 11,12).

Tomad lo que queréis; y lo que la fuerza puede arrebatar, otórguelo la gracia.

Se enseña a fondo que el ingreso de la vida, la puerta de la salvación, la entrada de la fe, es una confesión singular, inocente y pura, como dice el Profeta: Entrad por sus puertas en confesión (Sal 100,4). De ahí que el mismo Profeta, así advertido, pide la entrada a las casas de Dios, que hablaba en él, diciendo: Abridme las puertas de la justicia, y entrando por ellas confesaré al Señor (Sal 118,19). Veis que no puede confesar quien no haya entrado en esta casa de la salvación y de la fe, en la cual, así como la confesión introduce, así la negación sin duda excluye de ella. Pero oigamos cómo hay que confesar. Con el corazón, dice el Apóstol, se cree para la justicia, y con la boca se hace la confesión para la salvación (Rom 10,10). Y mostró qué se había de creer. Si crees, dice, al Señor Jesús en tu corazón, y lo has confesado con tu boca, serás salvo (Rom 10,9). Con el corazón se cree para la justicia, con la boca se hace la confesión para la salvación. Grande, hijitos, vemos que es por esto el atajo de nuestra fe, ya que entre el corazón y la lengua se mueve y se realiza todo el misterio de la salvación humana. Tienes, hombre, de dónde debes creer: con el corazón se cree para la justicia; tienes de dónde debes confesar: con la boca se hace la confesión para la salvación. ¿Y qué diré? Lo tiene todo en sí el hombre que se tiene a sí mismo; y se tiene a sí mismo quien tiene a Dios; y tiene a Dios quien lo cree suyo y lo confiesa su autor.

Signaos. La fe que se recibe por el oído, se cree con el corazón, se profiere con la boca para la salvación, ha de colocarse en lo secreto de la mente, y ha de confiarse a las entrañas mismas de nuestro pecho, no sea que, al escribirse incautamente en papel y con tinta, no se reserve para los creyentes para la vida, sino que se entregue a los incrédulos para la ruina. En ti, hombre, debes custodiar lo que, puesto fuera de ti, podría perdérsete.

Sermón LVII.

Sobre el Símbolo de los apóstoles

El bienaventurado Isaías, no menos evangelista que profeta, deplora tener labios impuros y habitar en medio de un pueblo que tiene labios impuros, diciendo: Oh miserable de mí, porque estoy compungido, porque, siendo hombre y teniendo labios impuros, y habitando también en medio de un pueblo que tiene labios impuros, he visto con mis ojos al rey, el Señor Sabaot (Is 6,5). Es abatido por un dolor sobrehumano, porque lo que siente y ve de Dios no es capaz de decirlo, no puede anunciarlo, no puede confesarlo. Cuan estrecha es la carne, tan angostos son los labios para su ánimo, tan breve es la lengua como intérprete de su mente. En la carne jadea un fuego encerrado, humea por las venas, inflama las entrañas, hierve en los tuétanos, y enciende siempre todo el interior del hombre, porque lo que contempla con el afecto de la mente no alcanza a sacarlo con la boca, derramarlo con los labios, articularlo con la lengua y exhalarlo por entero en palabras. De ahí que Isaías, cuando vio al rey del cielo, esto es, a Cristo, y contempló en clara visión que él es el Señor Sabaot, lloró por impuros sus labios y los de su pueblo; porque así como la divinidad de Cristo confesada ilumina los corazones,

purifica las bocas, limpia los labios, así la majestad de Cristo negada los mancha. Pero oigamos qué logró este gemido del profeta. Y fue enviado, dice, a mí uno de los serafines, que tenía en la mano un carbón que había tomado con unas tenazas del altar, y tocó mi boca, diciendo: He aquí que esto ha tocado tus labios, y ha quitado las iniquidades, y ha purificado en torno los pecados (Is 6,6-7).

No es este el momento de decir por qué es enviado uno, y quién es este que es enviado, y cuán grande es el que lleva así intrépido en la mano el carbón del fuego celestial, o más bien lo templa de tal modo con su contacto que purifica los labios del profeta sin abrasarlos; pero ahora compungámonos también nosotros con todo el afecto del corazón, y reconozcamos que somos miserables en esta miseria de la carne, y lloremos con piadosos gemidos que también nosotros tenemos labios impuros, para que este uno de los serafines, con las tenazas de la ley de la gracia, nos traiga el ígneo misterio de la fe tomado del altar de lo alto, y toque las bocas de nuestros labios con tal moderación que quite las iniquidades, purifique los pecados, y encienda así nuestras bocas en la llama de una plena confesión, que sea esta una quemadura de salvación, no de dolor. Pidamos también que el calor de este carbón llegue hasta nuestros corazones, para que de tan gran suavidad del misterio tomemos no solo el gusto en los labios, sino la saciedad completa en los sentidos mismos y en la mente; y así como Isaías, después de la purificación de los labios, habló del inefable

parto de la Virgen, diciendo: He aquí que una virgen recibirá en el seno, y dará a luz un hijo (Is 7,14), así nosotros refiramos el sacramento de la Pasión y la gloria de la resurrección: «Creo en Dios Padre omnipotente».

Con razón confesáis hoy haber creído en Dios, cuando os alegráis de haber huido de dioses y diosas desiguales en sexo, confusos en número, vulgares por su multitud, viles de linaje, torpes de fama, máximos en impiedad, primeros en maldad, singulares en crimen, acusados incluso por los rostros mismos de sus sepulcros; porque sería cosa de miseria, de dolor y de infortunio haber tenido como esclavillos a tantos y tales como los que hasta ahora habéis soportado como señores. Pero alegraos de haber llegado al único Dios, vivo, verdadero, solo, pero no solitario, diciendo: «Creo en Dios Padre». Confiese ya al Hijo quien nombra al Padre: porque el que quiso ser llamado Padre, ser dicho Padre, mostró en su clemencia que tiene un Hijo, a quien no recibió del tiempo, no engendró en el tiempo, no tomó por un tiempo. La divinidad ni toma comienzo, ni recibe fin, ni admite un sucesor, ella que no conoce ocaso. Dios no da a luz al Hijo con dolores, sino que con poderes manifiesta que existe; ni hace fuera de sí lo que es de sí, sino que engendra; y mientras está en sí, abre y revela. El Hijo procedió del Padre, no se retiró; ni salió del Padre para suceder a un padre, sino que salió para permanecer siempre en el Padre. Escucha a Juan que dice: Esto era en el principio (Jn 1,2). Y en otro lugar: Lo que fue desde el principio (1 Jn 1,1). Lo que «era»

ciertamente no sobrevino; lo que «fue» se ve que ciertamente no comenzó. Yo soy, dice, el primero, y yo el último (Is 44,6). El que es primero no es posterior a otro; el que es último no deja a otro después de sí; pero cuando dice esto, no excluye al Padre, sino que en sí y en el Padre incluye todas las cosas.

Pero pasemos a lo que sigue: «Y en Cristo Jesús, su único Hijo, nuestro Señor». Así como los reyes son nombrados con los títulos de sus triunfos, y adquieren muchísimos sobrenombres con los nombres de los pueblos sometidos, así Cristo es nombrado con los títulos de sus beneficios: pues se llama Cristo por el crisma, él que, como piadoso sanador, infundió el ungüento de la divinidad en los miembros ya resecos de los mortales; y así como Cristo por el crisma, así se llamó Jesús por la salvación, él que nos infundió el ungüento divino para esto, para devolver a los enfermos una salvación segura, a los perdidos una salud perpetua. «Y en Cristo Jesús, su único Hijo». Porque, aunque son muchos los hijos por gracia, este es uno y único por naturaleza. «Nuestro Señor». Que nos busca, liberados de la servidumbre de tantos, tan crueles, tan torpes señores, no para reclamarnos a la condición anterior, sino para manumitirnos a una libertad perpetua.

«Que nació del Espíritu Santo». Así y de tal manera nace para ti Cristo, hasta que cambie para ti, hombre, el orden del nacer, para que tengas un nuevo orto en la vida, tú para quien el viejo ocaso permanecía siempre en la muerte. «Que nació del Espíritu Santo de María Virgen». Donde

el Espíritu engendra, una virgen alumbra, todo lo que se obra es divino, nada humano; ni hay lugar alguno para la debilidad, donde el poder está asociado al poder. Adán fue adormecido para que del varón fuese tomada una virgen (Gn 2,21); ahora se pasmó la Virgen (Lc 1,29), para que el varón fuese reparado por la Virgen. ¿Qué podrá reivindicar para sí la naturaleza de tan grande, de tal parto, donde, mientras ve renovado su orden, contempla cambiados todos sus derechos, y siente y se admira de que su autor ha venido a su prole? Parezca esto vil a los incrédulos; para los creyentes es un gran misterio.

«Que bajo Poncio Pilato fue crucificado y sepultado». Oyes el nombre del juez, para que reconozcas también el tiempo de la Pasión; oyes «crucificado», para que reconozcas que la salvación perdida nos ha sido reparada por aquello por lo que había perecido, y veas colgar la vida de los creyentes allí donde había colgado la muerte de los incrédulos. Oyes «sepultado», para que no se piense que la muerte fue simulada. Esta es la insignia del poder divino: cuando la muerte muere por la muerte, el autor de la muerte es abatido con su propia espada, el ladrón es capturado por su propia presa, el infierno es reventado por la vida que se tragó.

«Al tercer día resucitó de entre los muertos». Los tres días de su sepultura los dedicó Cristo a tres moradas, para aprovecharles: los infiernos, la tierra, el cielo; para restaurar lo que está en el cielo, para reparar lo que está en la tierra, y para redimir lo que está en los infiernos, a fin de mani-

festar a la vez a los hombres, para su salvación, la gracia de la Trinidad dada en el misterio de los tres días.

«Subió a los cielos». Subió, no para llevarse de vuelta al cielo, él que siempre permaneció en el cielo, sino para llevarte a ti hasta allí, a quien, atado como estabas, desató y sustrajo al infierno. Entiende de dónde, adónde, hombre, has sido elevado por Dios, para que fueras estable en lo celestial, tú que eras resbaladizo y siempre vacilante en la tierra. «Está sentado a la derecha del Padre». Pero para los suyos el Padre no tiene nada a la izquierda. Nuestra confesión no asigna lugares en la sesión divina, sino señales de poder: Dios no conoce lugares, la Divinidad no admite nada a la izquierda.

«De allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos». Concedido que a los vivos: ¿cómo podrá juzgar a los muertos? Pero viven aquellos que para nosotros se cuentan como muertos. Confesad, pues, que resucitarán para el juicio aquellos a quienes la infidelidad estima perecidos; para que los que hayan muerto y los que sean hallados vivos rindan por igual cuenta de sus actos y de su vida.

«Creo en el Espíritu Santo». Después de haber confesado el misterio de la carne asumida, conviene que confieses la deidad del Espíritu, para que la unidad de la Trinidad, igual en poder, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, por todo y en todo, custodie y mantenga en nuestra confesión la verdad íntegra de la fe. «La santa Iglesia católica». Porque ni los miembros se separan de la

cabeza, ni la esposa del esposo: sino que entonces, con tal unión, se hace un solo espíritu, y Dios se hace todo y en todos. Por tanto, cree en Dios aquel que confiesa la santa Iglesia en Dios.

«Y la remisión de los pecados». Él mismo se concede el perdón quien confía en que sus pecados pueden serle remitidos por Cristo. «La resurrección de la carne». Bien crees, si crees que puedes resucitar de la muerte por Dios, para quien los elementos resucitan siempre: así el tiempo del tiempo, así el día de la noche, así las semillas de su sepultura. Ni tú podrás perecer, puesto que ellos reviven; ni es difícil para Dios hacer de ti, anciano, lo que tú mismo haces siempre de una semilla. «La vida eterna».

Esta fe, este misterio, no ha de confiarse al papel, no ha de escribirse con letras, porque el papel y las letras expresan más bien garantías que gracia; pero donde está la gracia de Dios, el don divino, basta la fe para el pacto, la profundidad del corazón para el secreto: para que este Símbolo de la salvación, este pacto de la vida, lo conozca el árbitro divino, lo ignore el testigo falso.

Signaos. Y que el mismo Señor Dios nuestro custodie vuestros sentidos, vuestros corazones; y en lo que os ha mandado, él mismo os asista como valedor.

Sermón LVIII.

Sobre lo mismo

Quien busca la fe no busca razones; quien pide lo divino deja a un lado lo humano; quien nace teniendo a Dios por progenitor trasciende la naturaleza, y nada debe al tiempo quien merece al autor del tiempo. He aquí que vemos que vosotros, piadosos brotes de la fe, queréis nacer antes que ser concebidos, recibir el reino del cielo antes que soportar las estrecheces del vientre; tender a los gozos del padre de tal modo que paséis por alto las dolencias de la madre; y no tenéis por abortivo lo que creéis maduro por Cristo. Así el apóstol Pablo nace maduro por la fe, él que proclama ser abortivo en cuanto al tiempo (1 Cor 15,8). Recibid, pues, la fe por la sola fe; y no busquéis que se os abra la razón de la fe misma, que vosotros, para no pedirla, encerrasteis dentro de la fe con vuestra prisa.

A la fe, hijos, os invita hoy la fe de vuestro autor, que cumple la fe de su promesa antes de recibir la fe de vuestro compromiso; y esto lo ha restituido a las cosas humanas, como antaño lo había prometido de palabra por el Profeta. Ensancha, dice, tu boca, y yo la llenaré (Sal 81,11). Esto es: tú ensancha en la confesión, y yo la llenaré con el misterio de esa misma confesión, y la

enriqueceré con palabra mística, y la llenaré con todo el discurso del arcano celestial. Y en verdad, hijos, todo lo que profesa la obediencia del que oye, todo lo que la del que responde, redunda en gracia de Dios que da y enseña. A punto, pues, de recibir el Símbolo, esto es, el pacto de la vida, el acuerdo de la salvación, y el vínculo indisoluble de la fe entre vosotros y Dios, preparad los pechos, no el papel; aguzad el sentido, no el cálamo; y escribid lo oído no con tinta, sino con el espíritu como ministro: porque no se puede confiar a instrumentos caducos y corruptibles el secreto eterno y celestial, sino que ha de colocarse en la misma arca del alma, en la misma biblioteca del espíritu interior; no sea que un árbitro profano, un examinador malvado, encuentre lo que despedazar, y lo que fue dado para la salvación del que confiesa y cree se convierta en ruina del que desprecia e ignora. Pero al Profeta que te dice: Ensancha tu boca, y yo la llenaré, puedas tú responder: En mi corazón escondí tus palabras, para no pecar contra ti (Sal 119,11).

«Creo en Dios Padre omnipotente». Quien ha confesado al Padre confiesa también al Hijo, porque sin el Hijo no puede llamarse Padre; y porque a Dios nada puede aumentársele, a Dios nada puede añadírsele. Siempre fue el Hijo, porque siempre fue también el Padre; no sabe comenzar el Hijo, porque no sabe faltar el Padre; ni crece el Engendrado, donde el Progenitor no envejece: la eterna y coeterna sustancia del Padre y del Hijo no ha de estimarse por grados humanos, sino por poderes divinos.

«En Cristo Jesús, su único Hijo, nuestro Señor». Entiende a Cristo ungido no con aceite común, sino con el santo, con el Espíritu del que nació. «Que nació del Espíritu Santo». Con tal nacimiento fue consagrada en Dios la humanidad; con tal dignación no fue disminuida en el hombre la deidad. «Que nació del Espíritu Santo de María Virgen». La virginidad creyó a Dios, porque solo por Dios pudo ella ser virgen y madre.

«Que bajo Poncio Pilato fue crucificado y sepultado». Indica al juez para señalar el tiempo; menciona «crucificado» para dar a conocer la cualidad de la Pasión: y para que la fe recoja la prueba del poder divino y de la verdadera resurrección de aquello de donde la impiedad tomó, presuntuosa, materia de afrenta y ocasión de error. Crucificado en la cruz, en lo alto, ante todos sus enemigos, que miraban con toda crueldad y observaban con toda acritud, asumió la muerte. Padece la sepultura, para que los impíos no se jactaran de que no fue a la muerte para vencerla, sino que la simuló para burlarla. «Sepultado, al tercer día resucitó». Y si en la Pasión demostró haber tenido la verdadera sustancia de nuestra carne, por la figura de los tres días resucita a toda la gloria de la Trinidad.

«Subió a los cielos». Subió llevándonos a nosotros, no llevándose de vuelta a sí mismo, él que nunca se retiró del cielo. «Está sentado a la derecha del Padre». Allí el orden es divino, no humano; el Hijo se sienta a la derecha de tal modo que el Padre no se sienta a la izquierda: única y singular es la sesión divina, donde el poder de lo

alto no admite nada a la izquierda. «De allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos». Cesen los hombres, cesen los herejes de juzgar a su juez; esperen el perdón, no sea que por tal presunción incurran en sentencia.

«Creo en el Espíritu Santo». Ahora es perfecta tu confesión en la Trinidad, cuando con voz fiel has confesado al Espíritu Santo de una sola sustancia con el Padre y el Hijo. «Y la santa Iglesia». Porque está tan juntada a Cristo que es trasladada a toda la gloria de la divinidad. «La remisión de los pecados». Adquiere para ti el perdón con tu fe: porque es muy enemigo de sí mismo quien no cree que se le dé lo que con toda benignidad promete el generosísimo dador de la indulgencia.

«La resurrección de la carne». Cree la resurrección de la carne: porque quien no cree esto no tiene fe en lo dicho antes, como dice el Apóstol: Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó (1 Cor 15,16). ¿A quiénes juzgará, sobre quiénes reinará Dios, si la resurrección no devuelve a la vida, al juicio, a los que la muerte arrebató al siglo? «La vida eterna». Es manifiesto que la vida eterna sucede cuando muere la muerte misma.

Sermón LIX.

Sobre lo mismo

Habéis oído la voz del Padre, habéis oído la voz del que llama: «Venid, hijos, venid, venid, porque ha llegado el tiempo de la fe, el día de la creencia, la hora de la confesión». Venid, solicitantes de la fe, traed un pecho sincero, un corazón limpio, una voz pura, para que lo que por medio de nosotros insinúa la palabra saludable, vosotros lo recibáis con oído santo. La fe viene de la escucha, la escucha de la palabra (Rom 10,17). Escuchad con toda sencillez de sentido el acuerdo de la fe, el pacto de la gracia, el Símbolo de la salvación, de modo que en el tiempo de la confesión podáis oírlo y devolverlo: porque devolver esto es tenerlo; quien haya devuelto el don divino no lo pierde.

Dios, al ir a dar la Ley, mandó que el pueblo lavara sus vestidos, lavara sus cuerpos y se limpiara del todo de todo contagio de la carne (Ex 19,10), porque el hombre no puede acercarse a Dios contaminado con la hez corporal, con la suciedad mundana. Aquella Ley, que tuvo la sombra y la figura de la gracia, con razón busca tan gran purificación, con razón exige tan gran pureza. Para los que van a oír todo el misterio de la Divinidad, ¿cuánta pureza de mente, cuánta de cuerpo se necesita? Limpiemos, pues, los corazo-

nes, purifiquemos los cuerpos, abramos los ojos, desatranquemos el sentido, abramos de par en par todas las puertas del alma, para que podamos oír, captar, retener y guardar siempre en lo secreto mismo de nuestro corazón el Símbolo, que es el pacto de la fe.

«Creo en Dios Padre omnipotente». Creemos en Dios si negamos a los dioses, si renunciamos a los ídolos, si abjuramos del diablo y de sus ángeles. Escucha, dice, Israel: el Señor tu Dios es uno (Dt 6,4; Mc 12,29). Y de nuevo: No tendrás otros dioses fuera de mí (Ex 20,3). Tendrá, pues, al Dios verdadero, al único Dios, quien no tenga otro dios. Creemos en Dios, y al mismo lo confesamos Padre, para que creamos que siempre ha tenido un Hijo: y haber tenido un Hijo no concebido, no comenzado, no separado por el parto, no aumentado por el tiempo, no disminuido en grado, no cambiado por las edades, sino un brote que permanece eternamente dentro del eterno Progenitor. Yo, dice, estoy en el Padre y el Padre está en mí (Jn 14,10). Hemos oído al Padre: creamos al Hijo por poder divino, por un orden no humano, por arcano de Dios, no por razón mundana, no por ley del siglo, sino por la potencia de lo alto. Lo que es lícito saber no es lícito discutirlo; conviene creer, no conviene escudriñar: pues por esto dijimos «Dios omnipotente», para que no pensemos nada imposible para Dios.

«Y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor». Cristo por la unción, Jesús se llama por la salvación: porque también la unción, que antaño había corrido en figura por los reyes, los profetas

y los sacerdotes, se derramó con toda la plenitud del Espíritu de la divinidad en este Rey de reyes, Sacerdote de sacerdotes, Profeta de profetas; para que el reino y el sacerdocio, que por otros había enviado por delante temporalmente, los hiciera refluir en su autor mismo y los volviera sempiternos. Y Jesús, esto es, Salvador, con razón se dice salvación, porque él dio el ser a las cosas, y él mismo da la salvación a los que perecen. «Su único Hijo». En sí es Hijo único, el que lo que da a otros por su gracia, él lo posee para sí, único, por naturaleza. «Nuestro Señor». Como dijimos arriba, Señor Dios: un solo Dios consta en Cristo: porque cuanto es, por la deidad y por la humanidad, es un solo Dios. Cesó en Cristo la diversidad de las sustancias, donde la carne comenzó a ser lo que es el espíritu, lo que es el Hombre Dios, lo que es una sola majestad de nuestro cuerpo y de la deidad.

«Que nació del Espíritu Santo, de María Virgen». ¿Qué cosa terrena nace, donde, siendo autor el Espíritu, se la llama virgen en el parto? ¿Quién no lo creerá divino, cuando la que dio a luz no sintió nada humano? Una mujer llevaba a Dios en un templo virginal: de ahí que adquirió el honor de madre y no perdió la gloria de la virginidad.

«Que bajo Poncio Pilato fue crucificado y sepultado». Decimos el nombre del juez, para que así se haga patente el tiempo de la Pasión, la verdad del hecho. «Fue crucificado». Para que, ya que por el leño había venido la muerte, por el leño volviera la vida. «Y sepultado». Para cumplir

todos los oficios de la muerte, para que la muerte muriera por la muerte, para que de la semilla de aquel cuerpo toda la siembra de los cuerpos humanos se levantara y se alzara en una mies vital.

«Al tercer día resucitó de entre los muertos». Para que en tres días se manifestara el beneficio de la Trinidad, para que por un tiempo de tres días se salvara la generación humana de los tres tiempos, esto es, antes de la Ley, en la Ley y en la gracia. «Subió a los cielos». No como quien reclama los cielos, sino como quien los vuelve a reclamar. Nadie ha subido al cielo, dice, sino el que bajó del cielo (Jn 3,13). «Está sentado a la derecha del Padre». Pero no tiene al Padre a la izquierda. La sesión de la Divinidad no admite nada a la izquierda. «Está sentado a la derecha del Padre», como en la deidad una del Padre. «Está sentado a la derecha», para que no sea menor en grado, posterior en orden, sino que reine junto con el Padre en una sola divinidad, con igual potestad: Yo y el Padre, dice, somos uno (Jn 10,30). «De allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos». Si creemos que ha de venir el juez, preparémonos inocentes para el juez: niega que haya juez quien no cree que vendrá: mucho desconfía de ser juzgado quien vive mal. Juzga a los vivos, juzga también a los muertos, a quienes, en efecto, cuando va a juzgarlos, resucita.

«Creo en el Espíritu Santo». Habiendo confesado hasta aquí el misterio del nacimiento, de la Pasión, de la resurrección, de la ascensión, de la venida del Señor, llegamos ya a la confesión del Espíritu Santo: para que, así como en el Padre y en

el Hijo, así se crea en el Espíritu Santo, de modo que proclamemos en la Trinidad una sola deidad, poder, gloria. «Y la santa Iglesia». Creemos también la Iglesia, que creemos recibida por Cristo, confirmada, y la confesamos para la gloria. «La remisión de los pecados». El que va a nacer al hombre nuevo, ¿qué tendrá de la antigua culpabilidad, del pecado viejo? Quien no cree que se le han remitido las deudas pasadas duda que vaya a recibir las futuras.

«La resurrección de la carne». Cree, hombre, que puedes resucitar de la muerte, porque antes de vivir no eras nada: ¿o por qué dudas de que resucitarás, cuando todo lo que hay en las cosas resucita así para ti cada día? El sol se pone, y vuelve a salir; el día es sepultado, y regresa; los meses, los años, las estaciones, los frutos, las semillas, cuando pasan, mueren, cuando vuelven, reviven por su propia muerte; y para que con un ejemplo continuo y doméstico se te enseñe que has de resucitar, cuantas veces duermes y despiertas, otras tantas mueres y resucitas. «La vida eterna». «Amén». Es necesario que quien resucita viva para siempre, porque si no viviera para siempre, no resucitaría para la vida, sino para la muerte.

Signaos. Este pacto de esperanza, este acuerdo de salvación, este Símbolo de vida, esta caución de la fe, que lo retenga la mente, que lo conserve la memoria, para que el vil papel no deprecie el precioso don de la divinidad, para que la negra tinta no oscurezca el misterio de la luz, para que no tenga el secreto de Dios un oyente indigno y profano. Si vuestra caridad me ofreciera siempre

así el silencio, vuestro oído alcanzaría todas las exposiciones de mi sermón: pero dígnese nuestro Dios conceder a mí la confianza de hablar, y a vosotros el deseo de escuchar.

Sermón LX.

Sobre lo mismo

Si la mujer cananea, con un grito súbito, con una fe repentina, con la ayuda de Cristo, recibió lo que pedía y arrancó lo que se le negaba (Mt 15,22-28); si el eunuco etíope, al pasar, encontró en el camino el arcano del baño vital, y lo arrebató de paso (Hch 8,36-38); si el centurión Cornelio, antes de entrar en el bautismo, llegó a Cristo (Hch 10,44-48); si el ladrón, en el momento mismo de la muerte, invadió el paraíso (Lc 23,43): ¿quién os negará también a vosotros la vida que buscáis en el último instante del tiempo? Recibid, pues, la fe a partir de la fe, y para que podáis conocer el misterio de la fe, trabajad a medida que avanza el tiempo.

Moisés, a punto de traer la Ley, llama al cielo y a la tierra: ¿a quién invocará el sacerdote, a punto de presentar la gracia? Él dijo: Atiende, cielo, y hablaré, y oiga la tierra las palabras de mi boca (Dt 32,1); yo diré: «Atiende, Dios, hablaré; y oiga el hombre las palabras de mi boca». Él dijo: Espérese como lluvia mi discurso, y desciendan como rocío mis palabras (Dt 32,2); yo diré: «Venga como rocío tu espíritu, e inunde como un río tu gracia, y hágase ahora el agua del Verbo celestial que salta hasta la vida eterna». Él dijo: Porque

invocó el nombre del Señor, dad magnificencia a nuestro Dios (Dt 32,3); yo diré: «Porque he invocado la fe, dad creencia a vuestro Dios».

Y como las naves de nuestros cuerpos han sido cuidadas con el ayuno de Cuaresma, es necesario que digamos ya el acuerdo de la fe, el Símbolo del comercio celestial, para que bajo una esperanza cierta, por todos los mares del mundo, por las olas infieles del siglo, adquiramos ganancias que permanezcan por los siglos. Recibid, pues, la fe, esperad la cosa misma: porque a quien la fe no le precede en la semilla, la cosa misma no le sigue en el fruto.

Signaos. La palabra crea el oído, el oído concibe la fe, la fe da a luz la creencia, la creencia nutre la confesión, la confesión da la salvación perpetua. De ahí que concurra en mi boca y en la vuestra; así la fe se encuentra consigo misma, así la creencia se abraza a sí misma; así la salvación se saluda a sí misma con el beso de la confesión.

«Creo en Dios Padre omnipotente». Esta voz reconoce y abre todo el misterio de la Trinidad. Dice Dios, no dioses, porque la fe cristiana cree un solo Dios en la Trinidad: conoce al Padre, conoce al Hijo, conoce al Espíritu Santo, no conoce dioses. La divinidad es trina en las personas, pero una es en la Trinidad la divinidad: la Trinidad es distinta en las personas, no está dividida en sustancias: Dios es uno, pero en trinidad; Dios es solo, pero no solitario; la divinidad ni se divide por la trinidad ni se confunde por la unidad: esto siente la fe cuando dice: «Creo en Dios». Enseguida añadió: «Padre». Quien cree que existe

el Padre, confiesa al Hijo; quien cree al Padre y al Hijo, no perciba edades, no piense en grados, no suponga tiempos, no busque concepción, no conozca parto: quien cree a Dios ha confesado lo divino, no lo humano.

Pero dice el hereje: «¿Cómo es Padre, si no precede? ¿Cómo es Hijo, si no sigue? ¿Cómo no da comienzo el que engendra? ¿Cómo lo que es engendrado no toma principio del que engendra? Esto lo enseña la razón, esto lo prueba la naturaleza». Te equivocas, hereje: esto lo tiene la razón humana, no lo tiene la divina; esto lo acepta la naturaleza del mundo, no lo admite la naturaleza de la deidad; la fragilidad humana es concebida y concibe, es dada a luz y da a luz, es engendrada y engendra, recibe comienzo y da fin, recibe la muerte y la transmite, y reserva en la prole todo lo que es de su condición y naturaleza. Pero Dios Padre no engendró en el tiempo, porque ignora el tiempo; no dio comienzo, quien no conoce comienzo; no transmitió el fin, quien no tiene fin: sino que engendró de sí al Hijo de tal modo que todo lo que había en él estuviera y permaneciera en el Hijo. El honor del Engendrado es honor del que engendra, la perfección del Engendrado es la forma del que engendra, la disminución del Engendrado se revela en injuria del que engendra.

Pero al oír esto, hereje, no digas: «¿Cómo puede ser esto?»; has dicho Dios, has creído al Padre, lo has confesado omnipotente; si dudas, has mentido; si dices «creo», ¿cómo no crees, si discutes? Si lo juzgas imposible, has suprimido la omnipotencia que confesaste; pero nosotros, que

confesamos al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo de una sola majestad y gloria, hablemos ya de la fe del cuerpo del Señor.

«Y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor». Después que el Hijo de Dios, como lluvia sobre el vellón (Sal 72,6), se derramó en nuestra carne con todo el ungüento de la divinidad, fue llamado Cristo por el ungüento: y de este nombre fue él solo el autor, que de tal modo fue derramado sobre Dios, e infundido, que el hombre y Dios fueran un solo Dios. Este nombre del ungüento, pues, lo derramó sobre nosotros, que de Cristo nos llamamos cristianos; y se cumplió aquello que se canta en el Cantar de los Cantares. Ungüento derramado es tu nombre (Cant 1,3).

«Y en Cristo Jesús, su Hijo». Aquel es nombre del misterio, este del triunfo: pues así como, ungido por Dios, recibe el nombre del ungüento, así, cuando devolvió al mundo la salvación perdida, tomó del salvar el nombre de Salvador. Ya hemos dicho a menudo que lo que en lengua hebrea se dice Jesús, en latina se dice Salvador. «Y en Cristo Jesús, su Hijo». ¿De quién? Ciertamente de Dios Padre; cuando dices, pues, «en Jesús su Hijo», confiesas que Jesús, el que nació de María, es Hijo de Dios. Guárdate, pues, de sentir ya más en Cristo que fue hombre, sino confiesa siempre que es Dios, como dice el Apóstol: Aunque hayamos conocido a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos (2 Cor 5,16). «Nuestro único Señor». Esto conviene a ambos, porque es el único del Padre y es nuestro único Señor: otros recibieron

por gracia ser hijos, otros ser señores; solo Cristo tiene y posee por naturaleza ser hijo, ser Señor.

«Que nació del Espíritu Santo de María Virgen». Si, según el evangelista, lo que en ella ha nacido es del Espíritu Santo (Mt 1,20), porque Dios es espíritu (Jn 4,24), confiese ya el hereje a Dios nacido de carne virginal; y no arrastre más el misterio celestial, el parto de la virginidad, a la concepción del mundo, a la injuria de la fragilidad terrena.

«Que bajo Poncio Pilato fue crucificado y sepultado». Oyes el nombre del juez, para que reconozcas el tiempo de la Pasión; oyes «crucificado», para que por la ignominia de la muerte sientas la grandeza de la caridad; y sepas que la muerte que vino por el leño ha sido muerta por el leño; y creas que te ha sido devuelto por el árbol de la cruz más de lo que suspirabas haber perdido por el árbol del paraíso. Dices «sepultado», para que la confesión de la sepultura pruebe la verdadera carne de Cristo y una muerte no perfunctoria: haber asumido la muerte y haberla vencido, haber entrado en los infiernos y haber vuelto, haber venido bajo los derechos del Tártaro y haber deshecho los derechos del Tártaro, no es fragilidad, sino potestad.

Confiesas que resucitó al tercer día, para que entiendas que la resurrección de Cristo fue victoria de toda la Trinidad. Dices que subió a los cielos, para que lo creas Señor del cielo, para que reconozcas que volvió adonde había venido, porque, vencido el diablo, pisoteada la muerte, liberado el mundo, triunfa sobre los cielos Cristo,

el que se creía vencido en la tierra. Clamas: «Está sentado a la derecha del Padre». Para que, ya que del Padre y del Hijo una es la deidad, igual la potestad, en la sesión celestial no haya injuria alguna de asiento a la izquierda. «De allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos». Porque, cuando venga Cristo, resucitarán los muertos, serán presentados los vivos, para que por igual defiendan sus causas sobre la cuenta de sus hechos.

Y puesto que ya hemos hablado del misterio del cuerpo del Señor, lleguemos a confesar la deidad del Espíritu. «Creemos en el Espíritu Santo». Al cual la voz divina nos proclama Dios, cuando dice: Porque Dios es espíritu. «Creemos en el santo Espíritu». Al cual el Profeta canta como cooperador del Padre y del Hijo: Por la palabra del Señor fueron afianzados los cielos, y por el espíritu de su boca todo su poder (Sal 33,6). Todo él es Dios, y todo el poder de Dios, quien se prueba ser Creador de los poderes celestiales.

«Creemos la santa Iglesia». A la cual Cristo asumió de tal modo en sí, que la hizo consorte de su divinidad. «Creemos la remisión de los pecados». Porque quien por Cristo y la Iglesia haya nacido al hombre nuevo, no tendrá nada del viejo delito. «Creemos la resurrección de la carne». Para que creamos que esta fue la causa de la Pasión, muerte y resurrección de Cristo: que nosotros resucitáramos de entre los muertos. Resucitará la carne, resucitará tal como somos, para que permanezca el reconocimiento de las personas, para que el mártir tome alegría de la pena

del perseguidor, y el perseguidor tome suplicio del honor del mártir. «Creemos la vida eterna». Porque después de la resurrección no hay fin ni para los buenos ni para los malos.

Signaos. La fe que creemos y enseñamos confiémosla, no con tinta, sino con el espíritu, al pecho, no al papel; démosla a la memoria, no al libro, para que las cosas humanas no violen el don divino, para que un árbitro profano no se apodere del secreto celestial, para que lo que es para vida de los creyentes no resulte ruina para los incrédulos. El sol no da a los ojos legañosos luz, sino tinieblas; el vino no repara las fuerzas de los febriles, sino que las debilita; sin médico la copa de la vida se vuelve letal: así para los incrédulos es pernicioso, sin la fe, el misterio de la fe. Como dice el Apóstol: Tómese la fe de la escucha, y la escucha tómese de la palabra (Rom 10,17); y el acuerdo de la vida, el pacto de la fe, la ley de la salvación no se pegue a los que mueren, sino que se fije en sentidos vivos.

Sermón LXI.

Sobre lo mismo

Si no me consolara la súbita e inesperada conversión del bienaventurado Pablo (Hch 9), apenas creería que vosotros pudierais cambiar tan fácilmente de la mancha terrena a la gloria celestial. Pues una repentina confesión lo hizo enseguida de perseguidor apóstol, y dio a la Iglesia un insigne maestro, al que había encontrado como furioso devastador del nombre cristiano. No menos me anima el ejemplo de aquel eunuco, a quien la fe arrebató a la gracia antes de que el carro lo devolviera a la India y a su casa (Hch 8,27-39). Se añade también aquella admirable prueba del ladrón, que arrebató el paraíso en el momento mismo en que fue colgado para pagar las penas de su latrocinio (Lc 23,43).

Por eso, hijitos, ya que habéis ajustado de tal modo el tiempo de vuestra regeneración que ni nosotros podemos decir lo necesario ni vosotros podéis oír lo debido, confiando la fe a la fe, os entregamos brevemente lo que no podemos encomendar con más amplitud. Pues ¿cómo podríais conocer, exponiéndolo nosotros, el misterio del Símbolo, vosotros que apenas sois capaces de retener en la memoria el Símbolo mismo? Solo esto advertimos: que nadie confíe a las letras lo que

ha de encomendar al corazón para creer, como advierte el Apóstol: Con el corazón se cree para la justicia, y con la boca se hace la confesión para la salvación (Rom 10,10).

A punto de oír la forma de la fe, la norma de la creencia, el orden de la confesión, preparad a la vez el oído del cuerpo y del corazón. Así como una fuente que mana de boca estrecha se ensancha en las grandes aguas de los ríos, así la fe del Símbolo, en un discurso abreviado, abre los más anchos cauces de la creencia. Y así como una raíz fijada en lo hondo se extiende en un brote elevado, así la fe, arraigada en lo profundo del pecho, se eleva a la excelsa cima de la creencia. Por tanto, limpiad de vuestros corazones el cieno de la incredulidad, para que las puras corrientes de la fe corran a través de vosotros; arrancad de raíz en vosotros los matorrales de la increencia, para que crezcan hasta lo alto los robustos plantíos de vuestra creencia. Y puesto que, según la autoridad del Apóstol, con el corazón se cree para la justicia, con la boca se hace la confesión para la salvación, dad ahora a la voz de la confesión lo que ya creéis en el corazón.

«Creo en Dios Padre omnipotente». Quien cree en Dios no presuma discutir a Dios; basta saber que Dios existe; quien pregunta de dónde es, cuán grande es Dios, qué es Dios, ese no lo conoce; el sol oscurece la mirada importuna, se ciega el acceso a Dios no concedido; quien quiera ver a Dios aprenda a guardar la medida de su visión; quien quiera conocer a su Dios no conozca a los dioses de los gentiles; quien dice dioses contradi-

ce a Dios. Servir a uno es libertad; a muchos, cautiverio. Al Dios que has confesado, créelo Padre; para que, creyendo al Padre, aprendas que existe el Hijo; diciendo Hijo, reconozcas que es engendrado del Padre; reconociéndolo engendrado del Padre, no indagues cómo es engendrado, porque has dicho: «Creo en Dios Padre omnipotente». El Omnipotente lo puede todo, y si lo puede todo, ¿quién negará que tiene al Hijo en sí, de sí y siempre consigo? La generación de Dios no tiene comienzo, no conoce fin, no admite salida, puesto que el Engendrado persiste en permanecer en el Progenitor, como dice el Señor mismo. Yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí (Jn 14,10). Yo y el Padre somos uno (Jn 10,30).

Has confesado al Padre, has confesado al Hijo, has confesado el arcano de la divinidad: confiesa el misterio de la encarnación del Señor. «Y en Cristo Jesús, su Hijo». Cristo se llama así por el ungüento de lo alto, pues está infundido de toda la plenitud de la divinidad; Jesús es nombre que viene de la salvación, nombre que todo lo que está en el cielo, lo que está en el infierno, temblando, de rodillas, con la cabeza inclinada, confiesa (Flp 2,10-11). «Y en Cristo Jesús, su único Hijo, nuestro Señor». Así como la deidad del Padre y del Hijo es para nosotros una, así sea una para nosotros la dominación.

«Que nació del Espíritu Santo de María Virgen». El Espíritu y la virgen no son una cópula terrena, sino un secreto celestial: de ahí que lo que nace es divino. Por tanto, que nació hay que confesarlo; cómo nació hay que callarlo; porque

lo que es secreto no puede saberse, lo que está cerrado no sabe abrirse, lo que es singular no se explica con ejemplos.

«Que bajo Poncio Pilato fue crucificado y sepultado». Oyes el nombre del juez, para que no ignores el tiempo; oyes «crucificado», para que se te dé a conocer la cualidad de la muerte, y entiendas qué gastó por ti el que por tu causa recibió la pena de tan gran muerte. Oyes «sepultado», para que sepas que la muerte no fue perfunctoria, sino verdadera. No querer morir es propio del temor humano; haber resucitado de la muerte es propio del poder divino; no te haga tropezar, pues, aquí el oír de la muerte, donde la gloria de la resurrección esconde la injuria de la muerte.

«Al tercer día resucitó». Porque lo que muere es del hombre, lo que resucita es de la Trinidad. «Subió a los cielos». Llevando al hombre allá, donde siempre permaneció. «Está sentado a la derecha del Padre». Se sienta a la derecha, porque la deidad no tiene nada a la izquierda. «De allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos». Juzgará a los vivos y a los muertos, porque resucitarán para el juicio los que se piensa que no existen después de la muerte, a quienes la gentilidad estima perecidos con el siglo.

«Creo en el Espíritu Santo». Para que creas y entiendas que en el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo hay una sola deidad. «Creo la santa Iglesia». Para que confieses que la Iglesia, esposa de Cristo, permanecerá en la perpetua sociedad de Cristo. «Creo la remisión de los pecados, la resurrección de la carne». Quien no cree la remisión

de los pecados, quien no cree la resurrección de la carne, se quita a sí mismo el perdón, él mismo se sustrae la vida.

Lo que habéis oído y creído, lo que habéis confesado, que lo tenga el corazón, lo retenga la memoria, no lo sepa el papel, lo ignore el escribano, para que el misterio de la fe no se divulgue en público, para que el arcano de la fe no pase al infiel. Dios, que os concedió oír y creer el misterio de la fe, haga él mismo que lleguéis a la salvación eterna.

Sermón LXII.

Sobre lo mismo

El ayo piadoso, si no se ha reducido del todo a niño, nunca lleva al niño hasta el varón perfecto; en efecto, entonces adelgaza la voz, deja las palabras, actúa con gestos, pone aparte su juicio, debilita sus entrañas, depone sus fuerzas, afloja los miembros, retarda el paso, ansía no andar, sino gatear: finge reír, simula temer, miente llorar; porque en él la mentira es piedad, haber desatinado es prudencia, la debilidad es poder. Esto creo que hizo el bienaventurado Pablo, cuando dice: Me hice pequeño en medio de vosotros, como si una nodriza acariciara a sus hijos (1 Tes 2,7).

Pero quizá alguno se asombre al ver al ayo hacer estas cosas: no se ríe si es engendrador, si es padre no se admira: no puede llamar a esto necedad quien sabe amar. Por eso a vosotros, ya padres, ya fuertes, ya prudentes, os ruego que me permitáis rendir a los pequeños de mi Señor los servicios de la crianza que les debo: y proferir hoy palabras más acordes con las caricias que con la pericia; no cuadrar, sino licuar los sermones, y derramarlos como leche en gargantas todavía tiernas, como enseña el Apóstol: Os di a beber leche, no alimento sólido (1 Cor 3,2); cambiar la

voz, amar afectos variados, y ¿qué más?, ocuparme con la mente, el corazón y el cuerpo de las débiles mentes de los pequeños.

Pero ya os llamo, piadosos brotes de la Iglesia, con la palabra profética. Venid, hijos; escuchadme (Sal 34,12), o más bien, por medio de mí y por medio de mi voz, escuchad los mandatos del verdadero progenitor, porque Dios os llama por mi boca. Venid, hijos. ¿Venid adónde? ¿Y a qué? El temor del Señor, dice, os enseñaré. ¿Y quién ha de venir al temor? El que quiere la vida, el que desea ver días buenos; el que quiere hacer el bien, huir del mal; el que, tras el combate de la carne y del espíritu, desea obtener el descanso de la paz divina. Venid, hijos; escuchadme: el temor del Señor, dice, os enseñaré. ¿Quién es el hombre que quiere la vida y desea ver días buenos? (Sal 34,13) Guarda tu lengua del mal, y que tus labios no hablen engaño (Sal 34,14). Y así como los crímenes vician la conciencia, así el engaño mancha los labios, las maldiciones contaminan la lengua; y así no puede confesar a Dios el que está manchado en los labios y en la lengua. Y puesto que con el corazón se cree para la justicia, con la boca se hace la confesión para la salvación, santificad los corazones, limpiad los labios, justificad la lengua, para que la voz portadora de la fe salga de un pecho puro con todo el ejemplo de la santidad.

Signaos. El acuerdo o pacto que contiene la esperanza de una ganancia que viene, o que vendrá, se llama símbolo, como nos enseña también el contrato humano: el cual símbolo, sin embargo, entre dos lo afianza siempre una escritura dupli-

cada, y la cautela humana lo deja asegurado en la estipulación, para que no se le infiltre a uno, para que no engañe a otro la mala fe, siempre enemiga de los contratos. Pero esto es entre hombres, entre los cuales el fraude siempre daña, o a aquel que lo hizo o a aquel a quien se le hizo; en cambio, entre Dios y los hombres el Símbolo de la fe se afianza con la sola fe: no se da crédito a la letra, sino al espíritu; y se confía al corazón, no al papel: porque un crédito divino no necesita caución humana. Dios no sabe cometer fraude, no puede padecerlo, porque no es excluido por el tiempo, no es vencido por la edad, no es engañado por el ocultamiento; ve lo escondido, retiene lo robado, posee lo negado. Para Dios su cuenta está siempre a salvo, porque, lo que él prestó, no hay dónde perezca; y si perece para el hombre que lo niega, no para Dios, no perece para el que presta a interés.

Pero dices: «El que no puede ser engañado, ¿por qué exige un acuerdo? ¿Por qué busca el Símbolo?» Lo busca por ti, no por sí; no porque él dude, sino para que tú creas: busca el Símbolo, porque el que vino a tu suerte no desdeña venir a tu contrato; busca el Símbolo, porque el que, aunque siempre lo presta todo él mismo, quiere que se le deba; busca el Símbolo, porque ahora no te convoca a la cosa misma, sino a la fe, y por el acuerdo presente te atrae hacia lo futuro y te invita a la ganancia.

Esto recuerda el Apóstol cuando dice: De fe en fe (Rom 1,17). Y en otro lugar: El justo vive de la fe (Gál 3,11). Nadie, pues, se olvide del Símbolo, nadie eche en olvido el acuerdo contraído con

Dios; nadie, apenas haya recibido la fe, reclame la cosa misma; cuando haya llegado a la esperanza, no se queje de no recibir enseguida lo esperado. Escucha al Apóstol que dice: En esperanza hemos sido salvados; pero la esperanza que se ve no es esperanza; pues lo que uno ve, ¿por qué lo espera? (Rom 8,24) Pero si esperamos lo que no vemos, lo aguardamos con paciencia (Rom 8,25). La esperanza tiende a lo futuro, la fe transporta a lo prometido; cuando han venido las cosas mismas, y han llegado también las promesas, la esperanza cesa, la fe termina.

Dulce es la carta, pero hasta que venga el mismo que la envió; necesario el documento de deuda, pero hasta el pago de lo debido; gratas las flores, pero hasta que se llega a los frutos. Pero la presencia borra la carta, el pago rompe la caución, las flores son consumidas por los frutos: y por eso reconócete designado ahora por la fe hijo del Padre de lo alto, heredero de Dios, coheredero de Cristo (Rom 8,17), partícipe del reino celestial, confesor del juez divino, habitante del cielo, poseedor del paraíso; reconócete promovido ahora en esperanza, no en la cosa misma. Y por eso recibid la fe, retened la esperanza, decid el Símbolo, para que podáis llegar a la cosa misma y a aquellos bienes que antes dijimos.

Signaos. Hoy, hombre, tu alma ha sido presentada a Dios. «Creo en Dios». Ella, mucho tiempo antes, decía Dios, pero no lo conocía; invocaba a Dios, pero lo ignoraba; lo ignoraba, ciertamente, pues lo buscaba de tal modo por las piedras y los leños. Diga, pues, ahora, diga: «Creo en Dios

Padre omnipotente». Ella, tanto tiempo, viendo piedras, no veía a quién creer: pero es verdaderamente Dios el que te concedió ver no viendo, a ti a quien, siendo vistos, los dioses de los gentiles habían hecho no ver. Escucha al Señor que dice: Para un juicio vine a este mundo, para que los que no ven vean, y los que ven se vuelvan ciegos (Jn 9,39).

«Creo en Dios Padre». Hay en Dios piedad, hay en Dios siempre afecto, la paternidad permanece en él; cree, pues, que el Hijo existió siempre, para que no blasfemes diciendo que el Padre no existió siempre. Pero dices: «Si engendró, ¿cómo lo tuvo siempre? ¿Cómo engendró?» Tú que así preguntas niegas la fe que reconoces. Has dicho «creo»: si crees, ¿de dónde viene el «cómo»? El «cómo» es palabra del que duda, no del que cree. «Creo», has dicho, «en Dios Padre omnipotente»: si hay algo que no puede, no es omnipotente; pero tú piensas que él engendró al Hijo de algo, él, de quien confiesas que hizo el todo de la nada; de algo, sin duda, si del tiempo: y si el Padre no admite el tiempo, el Hijo no conoce comienzo. Pero ¡qué miseria, que tú lo hagas temporal a él, que te hizo a ti sempiterno! No, pues, por una concepción de tiempos, no por una pasión de las entrañas, sino que el Padre engendra al Hijo, mientras nos lo revela.

«Y en Cristo Jesús, su único Hijo, nuestro Señor». Atiende, hombre, con qué reverencia se te insinúa y se te entrega la fe: escucha al Padre, para que sientas, entiendas, creas, no discutas al Hijo; y confieses que existe, sin indagar, teme-

rario escudriñador, de dónde, y cuándo, y cómo existe. De ahí que la palabra celestial, apenas te anuncia al Padre, te transmite con toda la mente a Cristo, a Jesús, al Hijo, a nuestro único Señor, para que, cuando veas que no puedes alcanzar, ni estimar, ni comprender lo que en él es humano, no te atrevas a tocar lo que en él es divino.

«Que nació del Espíritu Santo, de María Virgen». Ea, hombre, si es que eres hombre, avanza con tu corazón, levántate con tu mente, dilátate con tus sentidos, aguza las puntas de tu ingenio, despierta las fuerzas de tu ciencia; todo lo que hay en ti de razón, despiértalo, examina, discute, escudriña, y ahora, pasmado como estás, abre tú solo qué es esto: que el Espíritu engendra, la Virgen concibe, la Virgen da a luz, permanece Virgen después del parto; cómo se hace el Verbo carne, Dios hombre, el hombre es trasladado a Dios; cómo una cuna contiene a quien no contiene el cielo; cómo es llevado en hombros el que sostiene todo el orbe; por qué el mismo que hizo todas las cosas, estableció el universo, lo gobierna todo, quiso nacer de ti, ser regido por ti, dispuso ser criado, para vivir teniéndote a ti por padre, él que antes había despreciado tu servidumbre. Y si puedes alcanzar esto del depósito de la divinidad y sacarlo del arcano de la deidad, entonces entra más adentro, sube más alto, contempla con más libertad, y entonces expón, explorador nuevo, descubridor singular, delator de la divinidad, los tiempos del Padre, los comienzos del Hijo.

Sé mayor que Isaías, que dijo: Como oveja fue llevado al matadero, y como cordero sin voz

ante el que lo esquila, así no abrió su boca; en la humillación su juicio fue quitado; su generación, ¿quién la narrará? (Is 53,7-8) ¿De quién? La generación de este, que como oveja fue llevado al matadero. Si la generación de Cristo fue humana, si divina; y si, tal como es engendrado, no puede narrarse, ¿qué ola, hombre, qué oleaje te ha llevado a este naufragio? ¿Qué espíritu te impulsó a revolotear por los aires hacia la ruina? El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una sola deidad, un solo poder, una sola sempiternidad, una sola majestad: pero todo aquello en que el Hijo es disminuido, lo que recibe, aquello en que crece, es de mi cuerpo, no de su sustancia. ¿O te admiras, hombre, de que llame Padre en el cielo el que se digna tener madre en la tierra?

«Que bajo Poncio Pilato fue crucificado y sepultado». ¿Por qué, hombre, acusas a quien en sí es igual al Padre de esto solo: de que en ti quiso ser menor? A aquel de quien oyes que estuvo de pie mientras Pilato estaba sentado, que fue juzgado mientras Pilato instruía la causa, ¿por qué tomas solo esto: que fue entregado a acusadores criminales, condenado por la sentencia de un reo? Pero él quiso nacer de tu carne, quiso ocuparse en tus pechos, yacer en tu regazo, quiso ser llevado en tus hombros, él que quiso ser siempre amado por ti, no temido. Indaga qué mandó primero en la Ley, y verás entonces qué buscó para la gracia. Interrogado el Señor, como dijo el evangelista, cuál era el primer mandamiento en la Ley, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente (Mt 22,37);

de ahí que vino a tu corazón y a tu mente, porque desde el principio buscó ser amado por ti con el ánimo, el corazón, el cuerpo.

«Que bajo Poncio Pilato fue crucificado y sepultado». Hasta aquí el judío; sigue el hereje; que espere: que no se acerque a lo anterior ninguno de aquellos que se apacientan y se ceban con las injurias a Cristo. Pero vosotros, hijitos, escuchad, para que después de la pasión de la muerte ahuyentéis el duelo de la sepultura con los gozos de la resurrección. «Al tercer día resucitó». Para que la resurrección de nuestro cuerpo fuera poder, gracia, beneficio de la Trinidad. «Subió a los cielos». Por mí, él que por sí nunca estuvo ausente del cielo. «Está sentado a la derecha del Padre». Por el orden del poder divino, no del honor humano. Lo hemos dicho: el Hijo se sienta a la derecha de tal modo que el Padre nunca se sienta a la izquierda. «De allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos». ¿Y qué le debe la muerte al juez? De ahí que resucita: para que deba.

«Creo en el Espíritu Santo». Niega a aquel en quien cree quien niega al Espíritu Santo. «En la santa Iglesia». Porque la Iglesia está en Cristo, y en la Iglesia está Cristo; quien, pues, reconoce la Iglesia, ha confesado que ha creído en la Iglesia. «La remisión de los pecados». Date a ti mismo, hombre, el perdón creyendo, tú que has caído en todos los pecados desesperando. «La resurrección de la carne». Esta es toda la enseñanza de la fe: si crees que la carne, que se ha corrompido, que se ha podrido, que ha perecido, puede resucitar, volver a ensamblarse, regresar por Dios, de

quien, cuando lo confesaste omnipotente, juraste entonces que lo puede todo.

«La vida eterna». Con razón añadió «la vida eterna», para que creyera que resucitará el que resucitará por él, que con Dios Padre y el Espíritu Santo vive y reina, ahora y siempre, y por los inmortales siglos de los siglos. Amén.

Sermón LXIII.

Sobre Lázaro resucitado de entre los muertos

Después de la lectura del Apóstol, cuando deseamos volver a los prodigios del Evangelio, al punto nos sale al encuentro Lázaro, vuelto de los infiernos, trayendo la forma de la muerte que ha de ser vencida, portando el ejemplo de la resurrección. Así pues, si os parece, antes de entrar en el alta mar de la lectura, antes de acometer el oleaje de sus cuestiones, antes de penetrar la hondura de semejante hecho, contemplemos el aspecto de la resurrección: porque vemos que esta es la señal de las señales, advertimos que es el prodigio de los prodigios, percibimos que es la maravilla de las maravillas. Había resucitado el Señor a la hija de Jairo, jefe de la sinagoga, pero cuando aún estaba caliente el funeral, cuando la muerte estaba aún a medio camino, estando aún presente el cuerpo, demorándose aún el hombre entre los hombres, estando aún en camino el espíritu, sin conocer aún el alma los cerrojos del Tártaro; y, por no decir más, devolvió la vida a la muerta de tal modo que el derecho del infierno permaneció. Resucitó también al hijo único de su madre; pero de tal modo que detuviera el féretro, se adelantara al sepulcro, suspendiera la corrupción y previniera el hedor, que devolviera la vida

al muerto antes de que, muerto, entrara en todos los derechos de la muerte. Pero lo que sucede con Lázaro es del todo singular: su muerte, su resurrección no tienen nada en común con las ya dichas; en él se cumplió toda la fuerza de la muerte, y resplandece plena la forma de la resurrección. Me atrevo a decirlo: Lázaro habría arrebatado todo el misterio de la resurrección del Señor si hubiera vuelto de los infiernos muerto de tres días; pues Cristo volvió muerto de tres días, como Señor; Lázaro es llamado de vuelta muerto de cuatro días, como siervo.

Pero para probar lo que hemos dicho, gustemos ya de antemano algo de la lectura. Enviaron, dice, sus hermanas al Señor, diciendo: Señor, he aquí que el que amas está enfermo (Jn 11,3). Al decir esto llaman a su afecto, interpelan su amor, apelan a su caridad, se afanan por remover un vínculo con otro vínculo: pero Cristo, para quien es más vencer la muerte que quitar la dolencia, cuyo modo de amar consiste no en aliviar al amado sino en traerlo de vuelta de los infiernos, preparó al punto para el amado no la medicina de la dolencia, sino la gloria de la resurrección.

En efecto, cuando oyó que Lázaro estaba enfermo, como dice el evangelista, se quedó en el mismo lugar dos días (Jn 11,6). Veis cómo da lugar a la muerte, da licencia al sepulcro, permite a la corrupción que pueda, no niega nada a la putrefacción, nada al hedor; y admite que el Tártaro arrebate, arrastre, retenga; y obra de modo que perezca toda esperanza humana y sobrevenga toda la fuerza de la desesperación del mundo, para

que lo que va a hacer sea divino, no humano. Y permanece en aquel lugar a la espera de la muerte tanto tiempo que él mismo anuncia al muerto, y solo entonces declara que va a Lázaro.

Pues dice: Lázaro ha muerto, y me alegro (Jn 11,14-15). ¿Esto es haber amado? Se alegraba Cristo, porque la aflicción de la muerte iba pronto a convertirse en el gozo de la resurrección. Y me alegro por vosotros. ¿Por qué por vosotros? Porque en la muerte y resurrección de Lázaro se pintaba toda la figura de la muerte y resurrección del Señor; y lo que pronto había de seguir en el Señor iba ya delante en el siervo. Una y otra vez decía a sus discípulos: He aquí que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas; y lo condenarán a muerte, y lo entregarán a los gentiles para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen (Mt 20,18-19). Y diciendo esto, los veía volverse harto dudosos, harto tristes, harto desterrados del consuelo; y sabía que habrían de quedar tan oprimidos por el peso mismo de la Pasión que nada de vida, nada de fe, nada de luz podría quedar en ellos, sino que serían oscurecidos por una noche casi total de incredulidad. Y por eso prolonga la muerte de Lázaro hasta el cuarto día, permite que prevalezca hasta el hedor, para que los discípulos no dudaran de que el Señor podía resucitar después de tres días todavía reciente, cuando hubieran visto al siervo resucitar después de cuatro días ya hediondo; y creyeran que fácilmente podía devolverse la vida a sí mismo el que de tal modo había llamado de

vuelta a otro a la vida. Por eso dice: Me alegro por vosotros, para que creáis. Era necesaria, pues, la muerte de Lázaro, para que con Lázaro sepultado resurgiera también la fe de los discípulos.

Porque no estaba allí. ¿Y había un lugar donde no estuviera Cristo? ¿Y cómo no estaba allí, si desde allí anunciaba a los discípulos que Lázaro había muerto? Hermanos, allí estaba Cristo, Dios, pero allí no estaba el hombre Cristo; estaba allí Cristo, Dios, cuando moría Lázaro, pero Cristo había de venir al muerto ahora, cuando Cristo el Señor iba a afrontar la muerte: por eso decía: Porque no estaba allí. Es decir, en la muerte, en el sepulcro, en el infierno, donde por mí y por mi muerte ha de ser derribada toda la potestad de la muerte.

Marta, dice, cuando oyó que Jesús venía, salió a su encuentro, diciendo: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto (Jn 11,20-21). Mujer, ¿confiesas a Dios y dices: Si hubieras estado aquí? A Dios ni los lugares lo ausentan, ni los tiempos lo hacen presente. No moriría Lázaro si el Señor hubiera estado allí, él que estaba allí: es decir, si tú, mujer, no hubieras estado en el paraíso; mujer, tú buscaste las lágrimas, tú hallaste los gemidos, tú compraste la muerte al precio de la gula, ¿y acusas la ausencia de Dios, cuando no niegas que tu presencia fue la causa de la muerte? Cuando la muerte fue procurada por ti, entonces fue motivo de lamento; pero ahora se ha hecho ocasión de poder, porque entonces fue dada para castigo del que pecaba, ahora es permitida para gloria del que resucita; entonces

el Tártaro encontró al hombre, ahora lo pierde. Pero busca ya por la fe, mujer, lo que perdiste por la incredulidad.

Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto; pero aun ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá (Jn 11,22). Esta mujer no cree, sino que intenta creer; su creencia la confunde la increencia. Todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá. Dios da de sí mismo; no pide a sí mismo. ¿Por qué demoras, mujer, la súplica, cuando ya está presente el que va a conceder? Mujer, el que tú deseas como abogado es él mismo el juez; en esto hay potestad del que da, no necesidad del que ruega: Sé, dice, que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá. Mujer, creer esto no es creer; saber esto es no saber. Lo probó el Apóstol: que el hombre, cuando cree saber algo, entonces no sabe (1 Cor 8,2).

Pero oigamos ya lo que respondió el Señor. Tu hermano resucitará (Jn 11,23). Y la mujer: Sé que resucitará en la resurrección, en el último día (Jn 11,24). Marta, otra vez sabes lo que no sabes: sabes que tu hermano puede resucitar en el último día, pero que también puede aquí, no lo sabes; ¿o acaso Dios, que entonces puede resucitar a todos, no puede ahora resucitar a un solo muerto? Puede, puede Dios resucitar a un solo muerto para una señal temporal, él que entonces resucitará a todos los muertos para la vida perpetua. Sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá, y sé que resucitará en la resurrección, en el último día. Marta, delante de ti está la resurrección que tú remites tan lejos.

Yo soy, dice, la resurrección (Jn 11,25). ¿Y qué es Yo soy la resurrección? ¿Y no «yo resucito»? ¿Qué es? Porque asumió al hombre, asumió la muerte: para que el que resucita a uno mandando, resucitando en sí resucite a todos; y para que a aquellos para quienes Adán fue pozo de muerte, Cristo les sea fuente de vida; y se cumpla aquello del Apóstol: Así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados (1 Cor 15,22).

Yo soy, dice, la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre (Jn 11,25-26). ¿Crees esto? Y la mujer: Sí, Señor, yo he creído y creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido a este mundo (Jn 11,27). El que había venido a Lázaro, ¿por qué se ocupa así de Marta? ¿Por qué? Para que ella resurgiera en la fe antes de que él fuera resucitado en la carne. Así obra el que ha venido a mirar por los vivos y por los muertos: y no teme las demoras en el hacer, aquel en cuyas manos permanece la potestad tanto del hecho como de su cumplimiento. Hermanos, consentid que hoy se difiera la palabra, si deseáis oír más ampliamente lo que sigue.

Sermón LXIV.

Sobre lo mismo

Si cada una de las palabras de la Escritura se confiara a un libro entero, ni aun así brillarían para los oyentes los misterios que hay en ellas; ¿y qué hará un sermón repentino y breve, que a modo de relámpago, antes de iluminar los ojos, ya ha huido, y no da a los que miran luz, sino pavor? Orad, pues, para que, ya que vivimos en la oscuridad del mundo y, puestos en la carne, pasamos el tiempo de la noche, no del día, Cristo nos encienda la lámpara de su palabra, para que, yendo ella delante, entremos en lo oscuro del misterio celestial y con paso lento lleguemos a cuanta claridad de la ciencia divina podamos: como aquellos Magos que, midiendo los ojos de su mente, no se atreven a confiarse al esplendor del sol o a la claridad divina, sino que, tomando de noche la tierna luz de una estrella con ojos más tiernos aún, llegaron a la tiernísima cuna de Cristo. Pero ahora, como prometimos, recorramos lo que queda de la lectura del Evangelio.

Marta, dice, cuando oyó que Jesús venía, salió a su encuentro. ¿Tan poco hubo un siervo, un vecino, un amigo, ciertamente algún consolador que estuviera presente, que la mujer sola, por en medio de las multitudes, por toda la aldea, fuera

de la ciudad y en tiempo de duelo, saliera al encuentro del Salvador que venía? Hermanos, en estas personas no corren sucesos, sino que se significan misterios. La mujer corre por la muerte, ella que corrió a la muerte; se apresura al perdón, la que se apresuró a la culpa; llega al Redentor piadoso, ella a quien el pésimo seductor alcanzó primero; busca la resurrección, la que buscó la ruina; y la misma que trajo la muerte al varón, anhela devolver la vida al varón.

Por eso Cristo se detuvo en el lugar, por eso Cristo esperó, por eso no entró entre las multitudes, no se dirigió a la casa, no se desvió hacia el sepulcro, no se apresuró hacia Lázaro, por quien había venido; sino que aguarda a la mujer, se demora por la mujer, recibió primero a la mujer, a la que el persuasor contagió primero; de la mujer ahuyenta la incredulidad, a la mujer vuelve a llamar a la fe, para que la que estuvo al servicio de la perdición sea ella misma la ministra de la salvación; y sea por fin por Dios madre de los vivientes la que por el diablo fue largo tiempo madre de los muertos. Y porque la mujer había sido la cabeza del mal, lleva la causa de la muerte, para lavar el crimen antes de otorgar el perdón, para quitar la causa antes de anular la sentencia; y cuida de que el varón no rehúya tener como partícipe de la vida a la mujer por la que una vez fue engañado; y, por no decir más, la mujer habría perecido si Cristo el Señor hubiera llegado primero al varón. Por eso, hermanos, Cristo nace por medio de una mujer; por eso la mujer siempre resucita al hombre del sepulcro de su vientre, para llamar de nuevo con

sus dolores al que expulsó con sus halagos, para recobrar llorando al que perdió comiendo.

En efecto, cuando Marta se confesó a Cristo y con su piadosa confesión borró cuanto hubo de culpa en la persona de la mujer, es enviada a María, porque sin María ni podía ahuyentarse la muerte ni podía recobrarse la vida. Venga María, venga la portadora del nombre materno, para que vea el hombre que Cristo habitó el recinto secreto de un seno virginal, para que salgan de los infiernos los muertos, salgan los muertos de los sepulcros. Jesús, dice, viendo a María que lloraba, y a los judíos que habían venido con ella llorando, se estremeció en el espíritu y se turbó a sí mismo, y dijo: ¿Dónde lo habéis puesto? (Jn 11,33-34) Respondieron: Señor, ven y mira; y lloró Jesús (Jn 11,34-35). Llora María, lloran los judíos, llora también Cristo: ¿piensas que con igual compasión? Concedamos que María, la hermana, llorara, porque ni pudo retener a su hermano ni pudo salir al paso de la muerte: ella, aunque estaba segura de la resurrección, no pudo sin embargo dejar de llorar por la privación del consuelo presente, por la demora de una ausencia tan larga, por la tristeza de una separación duradera; y a la vez porque una imagen de la muerte tan atroz, tan funesta, tan cruel no pudo dejar de tocar, de conmover a una mente por fiel que fuera. Lloraban los judíos, acordándose de su condición y poseídos por la desesperación de la vida futura. Como la muerte es harto amarga para los vivos, harto turba con su misma partida, más conturba con su ejemplo: cuantas veces uno ve a un muerto, tantas veces

se lamenta de estar destinado a la muerte. Así, el mortal no puede dejar de dolerse de la muerte.

¿Cuál de estas cosas es Cristo? Y si ninguna de ellas, ¿por qué lloraba? Ciertamente el mismo que había dicho: Lázaro ha muerto, y me alegro, se lamenta por aquel de cuya muerte se alegra, entonces, cuando lo resucita; el que no llora cuando lo pierde, entonces lo llora cuando lo recobra; entonces derrama lágrimas mortales, cuando vuelve a infundir el aliento de la vida. Hermanos, la naturaleza del cuerpo humano tiene esto: que la fuerza del gozo, la fuerza de la aflicción producen lágrimas. Pues cuantas veces las entrañas se oprimen por un impulso excesivo de alegría o de tristeza, los ojos prorrumpen al punto en lágrimas. Por eso Cristo lloró no por los dolores de la muerte, sino al recuerdo de aquel gozo, él que con su voz, con una sola voz, ha de resucitar a todos los muertos para la vida perpetua. Se estremece en el espíritu y se conturba con toda la conmoción de sus entrañas, porque todavía resucitaba solo a Lázaro, y no aún a todos los muertos. ¿Quién, pues, pensará que Cristo lloró aquí por debilidad humana, cuando el padre celestial llora al hijo disoluto no mientras se fue, sino cuando lo recobra (Lc 15)?

Cristo lloró a Lázaro al recobrarlo, no al perderlo; en efecto, no llora Cristo cuando ve a los que lloran; sino cuando pregunta y ve que en los que responden no queda nada de fe; había dicho: ¿Dónde lo habéis puesto? Pero ellos respondieron: Señor, ven y mira. Pensaron que no sabía dónde había sido puesto en la tierra el que

sabía dónde lo retenía el Tártaro terrible. Él, al preguntar así, exigía la fe, ofrecía la ciencia, para que los presentes supieran que la muerte, que el sepulcro, que la corrupción, que la putrefacción, que el hedor habían sobrevenido a los hombres no por la creación de Dios, sino por el delito del hombre. Pues cuando dice: ¿Dónde lo habéis puesto?, increpa a las mujeres, reprende a las mujeres; es decir: Al que yo puse en el paraíso, en la región de la vida, mirad dónde lo habéis puesto vosotras.

Pero también los judíos respondían como a la ignorancia del que preguntaba. Señor, ven y mira. ¿Qué? ¿Iban a creer que él da órdenes a la muerte? ¿Qué? ¿Que da órdenes a los infiernos, ellos que creían que no veía lo que tenía ante los ojos, que de sus lágrimas discutían de tal modo? El que pudo abrir los ojos del ciego, ¿cómo no pudo hacer que este no muriera? (Jn 11,37) Pudo hacer que no muriera, pero permitió que muriera el que quiso resucitar al muerto para su gloria: permitió que descendiera a los infiernos, para que apareciera Dios cuando saca de vuelta al hombre de los infiernos. Pero, judíos, vuestros corazones aparecen más obstruidos que los infiernos, vuestras entrañas más duras que los muertos, vuestros ojos más tenebrosos que los sepulcros, cuando la voz que abrió el Tártaro no abrió vuestros secretos, cuando la orden que despierta al muerto no despierta vuestras mentes, cuando la ley que ilumina el sepulcro no ilumina vuestra ceguera. Pero baste esto, para que con Cristo podamos ver más claramente la gloria de Lázaro que resucita.

Sermón LXV.

Sobre lo mismo

Puesto que en un doble sermón hemos tocado ya la muerte de Lázaro, el llanto de María, las lágrimas de Marta, el lamento de los judíos, descarguemos ahora el ánimo, desechemos los cuidados, desocupemos los sentidos, para que con el gozo de tan gran resurrección podamos, con la mente entera, captar y oír. El evangelista proclama así que el Salvador vino al monumento. Jesús, dice, estremeciéndose de nuevo en sí mismo, vino al monumento: era una cueva, y tenía una piedra puesta encima (Jn 11,38). Jesús, estremeciéndose, vino al monumento. Se estremece Cristo, para que la carne reviva; se estremece la vida, para que la muerte sea ahuyentada; se estremece Dios, para que el hombre resucite; se estremece la indulgencia, para que la sentencia no la contradiga: se estremece Cristo al debelar la muerte, porque no puede no estremecerse el que arrebata al enemigo una victoria singular. Y en cuanto a que dijo: estremeciéndose de nuevo, se estremece de nuevo para mostrar las insignias duplicadas de la resurrección: porque, así como por la voz de Cristo los muertos en el cuerpo son resucitados de los sepulcros a la vida, así los

muertos por la incredulidad resurgen a la vida de la fe.

Era, dice, una cueva. Habría bastado decir que vino al monumento; ¿por qué el evangelista recuerda con tanto empeño la cueva? Una cueva, sí, donde el bandidaje del diablo colocó al hombre; una cueva, donde el fraude de la mujer sepultó al varón; una cueva, donde la rapacidad de la muerte encerraba la hechura de Dios. Y tenía una piedra puesta encima. La puerta de la dura muerte, más dura aún, se cerraba con una durísima piedra: pero ¿de qué le sirve al que llora junto al sepulcro, cuando la voz del que llora no penetra barreras tan duras y amontonadas? Cristianos, lloremos ante Dios por nuestros pecados y, puesto que los muertos no oyen, no lloremos con los gentiles.

Dice Jesús: Quitad la piedra (Jn 11,39). ¿Entre los prodigios divinos requiere Cristo ayuda humana? ¿No basta para remover una piedra el que basta para ahuyentar la muerte? ¿No es capaz de descorrer los cerrojos del sepulcro el que prevalece para abrir las puertas del Tártaro? Había dicho por el profeta: Quitaré de su carne el corazón de piedra, y les daré un corazón de carne (Ez 11,19); manda, pues, que los judíos quiten de sí mismos el corazón de piedra, que hagan rodar la roca de la incredulidad, que echen fuera el pedernal de la dura increencia, para que las almas muertas por la infidelidad saltaran fuera del sepulcro del pecho, y se alegraran no tanto de que Lázaro hubiera resucitado cuanto de haber resucitado ellas con Lázaro. Quitad la piedra. Quitad el homenaje

de la mísera humanidad, para que las obras de la bienaventurada divinidad resplandezcan ahora. Quitad la piedra. La que pusisteis vosotros, para que yo reponga ahora al hombre que yo puse.

Respondió Marta: Ya hiede (Jn 11,39). Mujer, y lo que hiede, ¿de quién es? Ya hiede. Ahora te toca a ti lo que de ti vino: no sentirías el hedor junto al sepulcro, si en el paraíso no hubieras querido escuchar al persuasor. Ya hiede. Lo que hiede al destructor no hiede al Creador. Ya hiede. Lo que horroriza al que derriba la obra ajena, no lo aborrece el que ama su propia obra. Pero al hablar así, atestiguas la muerte que tú, mujer, introdujiste; proclamas el hedor, para que la muerte plena se dé a conocer a los oyentes, a fin de que, al resucitar Lázaro, sea el espíritu de uno que regresa, no de uno que estaba oculto. Sea del poder divino, no del arte humano; y que los judíos, que dicen que nosotros expulsamos los demonios por el príncipe de los demonios (Mt 9,34), no digan otra vez que resucitamos a los muertos no por mandato de Dios, sino con auxilio humano. Ya hiede, es muerto de cuatro días (Jn 11,39). Dice también el tiempo, para que sepan que él es el autor de los tiempos, a quien ningún tiempo pone límite. Ya hiede, es muerto de cuatro días. Al hablar así, agranda la desesperación, para que los presentes vean que es Dios quien así da la vida a los muertos, la salud a los desahuciados, el vigor a los que hieden.

Alzando, dice, los ojos a lo alto (Jn 11,41). Alza los ojos a lo alto para darnos la forma de suplicar, no para prepararse a sí mismo un camino de

alcanzar: pues mira hacia arriba el que siempre está arriba con el Padre; el Padre siempre está en él, y él está siempre en el Padre: Yo, dice, estoy en el Padre, y el Padre está en mí (Jn 14,10); Padre, dice, te doy gracias, porque me has escuchado (Jn 11,41). Da gracias por lo concedido; y que el Padre haya escuchado, eso se dice; que el Hijo haya pedido, eso se calla. Hermanos, entre el Padre y el Hijo hay afecto de escuchar, no hay necesidad de suplicar; hay caridad de asentimiento, no hay severidad de mandato; allí todo se hace por amor, donde no se precisa homenaje, como se esclarece por lo que sigue.

Padre, te doy gracias, porque me has escuchado: pero yo sabía que siempre me escuchas (Jn 11,41-42). Sobra el cuidado de invocar donde hay segura confianza de ser escuchado. ¿O qué hace allí el trabajo de pedir, donde la causa de conceder es común? Nadie, pues, disminuya así al Hijo por sus súplicas, no sea que así disminuya al Padre en lo que toca a la salvación de los hombres. Por qué habla así el Hijo, él mismo lo descubre, diciendo así: Padre, te doy gracias, porque me has escuchado: pero yo sabía que siempre me escuchas; mas lo dije por el pueblo que está alrededor (Jn 11,42). Veis que al decir tales cosas eleva, revela su afecto y el del Padre, despliega la gracia, habla la unidad. Había dicho: Todo lo que tiene el Padre es mío (Jn 16,15); y si todo es suyo, ¿cómo pide? El que pide de lo suyo, lo que pide no es de necesidad, sino de amor.

Padre, te doy gracias, porque me has escuchado: pero yo sabía que siempre me escuchas; mas

lo dije por el pueblo que está alrededor, para que crean que tú me enviaste. Dijo que había sido enviado, para que los pueblos supieran que Cristo vino del cielo, no que se retiró del cielo. Así, pues, es enviado, así también recibe lo que tiene, como no se retiró de donde había venido; así, pues, el Hijo recibe lo que tiene, y el Padre no pierde lo que ha dado. Hermanos, que sea escuchado, y que sea enviado, y que venga, y que reciba, y que nazca, y que padezca, y que muera, y que resucite, esto no es de su divinidad, esto es de nuestra debilidad, esto es de nuestra naturaleza: todo lo cual lo llevó por causa nuestra en nuestro cuerpo; no lo soportó por sí mismo en su majestad.

Pero volvamos a lo propuesto. ¿Qué es lo que dice: Padre, te doy gracias, porque me has escuchado? ¿Qué es? Cuando Cristo empezó a golpear las puertas de los infiernos, a remover los portones del Tártaro, a abrir las entradas de la muerte, a desatar la vieja ley de la gehena, a derribar el antiquísimo derecho de las penas, a reclamar el alma de Lázaro, a renovar el camino de regreso desde los infiernos, le salió al encuentro toda la potestad furiosa del Tártaro, mostrando el edicto del príncipe de lo alto, llevando el decreto del rey excelso, portando la sentencia dada hace tantos siglos al hablar Dios; y viendo a un hombre, inquiría quién era este, qué osaba, qué pretendía, por qué solo, o sin temblor, provoca y acomete los temibles accesos de la muerte. A él, que preguntaba quién era, respondieron con voz profética los ángeles, ministros de la resurrección: Él es el rey de la gloria, él es fuerte y poderoso en la batalla

(Sal 24,8). Pero replica el Tártaro: «Yo sé que el rey de la gloria preside en los cielos sobre todas las potestades celestiales, cuyo gesto no puede soportar la creación entera; pero a este lo veo como uno de los terrenos, compuesto de limo, cercado por un cuerpo mortal, y en su misma condición de hombre más vil que los hombres, y, en suma, pronto a ser dado al sepulcro, a ser sometido al instante a mi dominio». Pero insistiendo los ángeles y repitiendo: «Él es el Señor de los poderes, él es el rey de la gloria (Sal 24,10); él es el que preside el cielo, él el Creador del mundo, él el salvador del siglo, él el redentor de todos, y él mismo el autor de la sentencia por la que tú te enfureces, él el que ha de pisar tu cabeza, él el que ha de quebrantar tu imperio, él el que te ha de perder con su juicio; tú, que, mandado prender a los culpables, arrastras a los inocentes, despojas a los santos, amenazas al mismo Hijo de Dios. Devuelve, pues, a uno, antes de que te veas obligado a soltar a muchos».

Pero el Tártaro, sin creer aún estas cosas, recurre al cielo por sus mensajeros acostumbrados, lamentándose con esta queja odiosa: «Yo, Señor, aunque el último de tu creación, aunque sujeto a una triste servidumbre, guardo tus preceptos con ley inviolable, vigilo para que ningún nuevo profanador altere el antiguo derecho de tu sentencia; pero ha aparecido un hombre que se llama Cristo, jactándose de ser tu Hijo; tacha a tus sacerdotes, reprende a tus escribas, viola tus sábados, quebranta tu ley, y obliga a las almas liberadas de la carne, y ya asignadas a la pena y a mi custodia, a

volver a los cuerpos en que habían vivido criminalmente; y cada día avanza con tanta osadía que intenta sacar a Lázaro, ya encerrado en nuestra cárcel, ya atado por nuestra ley, ya sujeto a nuestro derecho, rompiendo los cerrojos de los infiernos: o socórreme pronto, o, si una vez abre las puertas, pierdes ahora a todos los que hemos guardado durante tantos siglos». A esto el Hijo respondió desde el seno del Padre: «Padre, justo es que la cárcel retenga no a los inocentes, sino a los culpables; que la pena atormente no a los justos, sino a los injustos. ¿Hasta cuándo, bajo la culpa de un solo hombre, por la falta de Adán solo, no cesará este verdugo de arrastrar hacia sí con cruel hostilidad a patriarcas, profetas, mártires, confesores, vírgenes, viudas, a los que permanecen en la castidad del matrimonio, a todas las edades, a ambos sexos, ciertamente a los pequeños que no conocen ni el bien ni el mal? Padre, yo moriré, para que no mueran todos; Padre, yo pagaré la deuda de Adán, para que por mí vivan para ti los que por Adán mueren para el infierno; Padre, por causa de tu sentencia yo derramaré mi sangre, con tal que tu creación vuelva a ti; sea el precio de mi sangre, querida para ti, la redención de todos los muertos». A esto el consentimiento de toda la Trinidad mandó que Lázaro saliera, y al Tártaro se le ordenó obedecer a Cristo devolviendo a todos los muertos: por eso clama el Hijo: Padre, te doy gracias, porque me has escuchado.

Atestigua el Apóstol que Cristo es nuestro abogado ante el Padre; en efecto, cuando está sentado, juzga junto con el Padre; cuando está

de pie, desempeña el oficio de abogado. Entonces Cristo, concluida la abogacía, clama con gran voz: Lázaro, sal fuera (Jn 11,43). Entonces el Tártaro devolvió a Lázaro a lo de arriba, atado de pies y manos: temiendo y temblando no fuera que, mientras lo soltaba, mientras se demoraba, mientras devolvía con lentitud a uno, se viera obligado a traerlos a todos. Así se hizo restituidor de los vivos el que solía ser raptor de los muertos. Pues ¿por qué rompió Cristo las cadenas del infierno, desató las ataduras de la muerte, sino para mostrarnos la temible servidumbre del infierno? Pues si el diablo disputó con el ángel sobre el cuerpo de Moisés (Jds 9), ¿cómo no iba a disputar el Tártaro con Cristo sobre la vida y la resurrección de Lázaro? Orad, hermanos, para que los que hemos recibido el gusto de la resurrección, brindándonos Lázaro la copa, merezcamos oír, cuando Cristo vuelva, las voces de la resurrección universal.

Sermón LXVI.

Sobre el rico y Lázaro

Hoy hemos hecho leer dos lecturas, publicadas por dos evangelistas, de tal modo que vuestro entendimiento saliera al encuentro de nuestro sermón y quedaran patentes las cosas ocultas. Por qué la ocasión de Lázaro que resucita nos ha obligado a hacer mención de otro Lázaro, lo oiréis por lo que sigue: ahora deseamos sacar a la luz y presentaros los asombrosos vuelcos, las temibles sucesiones, las condiciones muy de lamentar del rico inhumano y de Lázaro el pobre; porque el rico que en nuestra vida presente despreció escuchar al pobre como partícipe, no mereció encontrar al pobre compasivo en los males futuros; ni recibió, ardiendo, el refrigerio del agua el que negó el refrigerio del pan al pobre que ardía de hambre.

Estando, dice, en los tormentos, alzó sus ojos, y vio a Abraham de lejos, y a Lázaro en su seno (Lc 16,23). En vano mira ahora hacia arriba a Lázaro el que antes desdeñó ver a Lázaro abajo. De tales dijo el Profeta: Fijaron sus ojos para inclinarlos a la tierra (Sal 17,11). Estando en los tormentos. Lo punza la pena al que el arrepentimiento no compungió, y lo atormentan los tormentos al que no conmovieron las llagas de Lázaro: y no sin causa siente los aguijones de las penas el

que se revolcaba ingrato en la púrpura. Vio a Abraham de lejos. Lejos estaba Abraham de aquel para quien el pobre no había sido prójimo. Vio a Abraham, consorte en las riquezas, pero sin parte en la inhumanidad; y Abraham fue rico, pero más en humanidad que en caudal; tú, rico, con tu inhumanidad resultaste mayor que tus riquezas; Abraham, peregrino para sí, fue ciudadano para los huéspedes; tú, que poseías palacios, no diste techo al pobre; Abraham, al acoger a siervos, recibió así al Señor, y poniendo panes ante todos los hombres, acogió al Señor mismo a su mesa; tú, al negar migajas a un solo pobre, has perdido una gota de refrigerio.

Y él, clamando, dijo (Lc 16,24). Así clama allí el que aquí desdeñó oír a los que clamaban; allí la voz es vana, ahí el clamor es inútil. Escucha al Profeta que dice: Pero en el infierno, ¿quién te confesará? (Sal 6,6) ¿En el infierno qué lugar hay para la misericordia? ¿En los tormentos qué esperanza de perdón? ¿Y en la hora de la sentencia quién busca el tiempo de la indulgencia? Padre Abraham, ten misericordia de mí. Hijo cruel, ¿qué misericordia pides, que negándola al pobre te negaste a ti mismo? Y envía a Lázaro. Hijo miserable, si Lázaro hubiera venido a tu mesa, tú no habrías venido a este lecho de banquete. Para que moje en agua la punta de su dedo. El que cierra la mano al pobre suplica así la limosna de la punta de un dedo, y tiene sed de una gota de agua el que encerró lagares de vino para no dar una gota. Para que moje la punta de su dedo. El que no dio sus riquezas compadeciéndose del pobre disminuye

así para sí la misericordia. Y refresque mi lengua, porque soy atormentado en esta llama. Como si tuviera el resto del cuerpo libre del incendio: pero la lengua arde más, la que descuidó mandar que se hiciera misericordia; en la lengua siente el incendio mayor, la que maldijo al pobre, la que contradijo a la misericordia; la lengua es la primera en los tormentos, la que, denigrando al pobre, blasfemó contra el autor del pobre.

Pero oigamos ya lo que respondió Abraham. Hijo, dice, recuerda que recibiste bienes en tu vida, y Lázaro igualmente males (Lc 16,25). Nadie piense, al oír esto, que el rico recibió bienes por bienes, cuando por esto es más culpable: porque, habiendo recibido de Dios bienes por males, desdeñó devolver a Dios bienes por bienes. Pues de tan grandes riquezas ni dio sustento al pobre, ni pagó a Dios el sacrificio de la más mínima ofrenda. Pero el pobre, rico en llagas, desnudo de caudal, despojado del cuerpo, vestido de penas, ofrecía continuamente a Dios como víctima su alma, la única que las llagas no poseían. Por eso recibe descanso por los dolores, gloria por el oprobio, honor por las afrentas, gracia por el desprecio, inmortalidad por las penas, premios por las llagas, una fuente de refrigerio por la sed, las delicias sempiternas de la mesa celestial por el hambre; y al que no acogió el rincón del rico, lo encierra el seno de la consolación divina. Tú, rico, que en otro tiempo brillabas de púrpura, cúbrete ahora de estiércol; en lugar de escarlata, vístete de llamas; en lugar de mullido lecho, soporta la dureza de los tormentos; en lugar de exquisitos

manjares, banquetéate de penas; compensa la abundancia con la penuria; digiere tus borracheras con la sed; en lugar de perfumes, rocíate de hedor: y a ti, a quien asistieron los homenajes del placer, asístante ahora los ministerios de las penas, porque tú mismo, despreciando al pobre, te cambiaste así estas cosas.

Pero añadió Abraham, diciendo: Además de todo esto, entre nosotros y vosotros se ha establecido un gran abismo, de modo que los que quieren pasar de aquí a vosotros no pueden, ni atravesar de allí hasta aquí (Lc 16,26). Al hablar así, declara que tanto los justos como los injustos estaban en los infiernos antes de la venida del Señor, y deja ver que estaban separados solo por lugares, no divididos por regiones. Pero después que el Señor, resucitando de entre los muertos, abrió el infierno, franqueó los cielos, descorrió los cerrojos del paraíso, concedió a los santos entrar en el descanso del paraíso, llegar a la gloria del cielo. El que cree así estas cosas entiende qué dio Cristo a los mortales al venir. Neciamente, pues, piensa el rico que en los infiernos se cambian los lugares, cuando el hombre, obrando aquí bien o mal, se fija allí el término o de la pena o del descanso. Necio en la vida, el rico se muestra más necio en la pena; y el que no conoció el tiempo de sus bienes, no reconoce, digno de lástima, el tiempo de sus males.

Te ruego, Padre (Lc 16,27). Ahora ruegas; ahora es para ti tiempo de padecer, no de rogar. ¿Te ruego, Padre? ¿Qué? Que envíes a Lázaro a la casa de mi padre. ¡Qué bien yacía antes Lázaro

a aquella puerta, en la que con su hambre fijó los títulos de tu inhumanidad, donde coronó de laurel tus jambas con sus úlceras, donde pintó tus migajas con su pus! Sufre, pues, que los vuelcos permanezcan; deja ya los engaños; está claro que tú no puedes ver así a Lázaro: se sabe, se sabe, que te atormenta más la felicidad de Lázaro que el incendio de la gehena.

Respondió Abraham: Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen (Lc 16,29). Es decir: si a Moisés, que quebrantó los reinos de Egipto con los elementos combatiendo a su lado (Ex 7), que secó el mar (Ex 14,21), que endureció las olas, que convirtió las piedras en corrientes (Ex 17,6), que cubrió el sol con una nube, que iluminó la noche con luz (Ex 13,21), que hizo que el cielo lloviera carnes y destilara como rocío panes (Ex 16,13-14), no solo no lo escucharon, sino que hasta intentaron matarlo, ¿se dignarán estos escuchar a Lázaro, a quien cercan tantas llagas cuantos prodigios ciñeron a Moisés? Sufre que también yo sienta lo que engendré, y tú sufre lo que hiciste.

No, padre Abraham (Lc 16,30). En verdad no padre, porque no era hijo de Abraham, sino de la gehena. No, padre Abraham, pero si alguno de entre los muertos va a ellos, harán penitencia. Esto lo dice el rico desde el corazón de todos, esto lo pide desde los deseos de todos, esto lo habla desde los anhelos de todos los mundanos; pues todos solemos susurrar: «Oh, si alguno viniera de entre los muertos y contara aquí lo que allí sucede, todos le creerían». Sin duda, como dirían los que dudan: «¿Quién ha venido de allí, de donde

nadie viene? Que alguien sea algo después de la muerte, ¿quién lo probará? Todos hablamos lo oído, sentimos lo que se nos insinuó con palabras: pues lo que la fe tenga de verdad está hundido en lo profundo».

Pero que es de incredulidad, no de ignorancia, que hablemos así cuando así creemos, lo ha mostrado hoy la lectura del bienaventurado Juan evangelista que siguió. Pues, tal como pide el rico, Dios envió a Lázaro por Lázaro. Pero qué logró al ser enviado, al ser deseado, al resucitar, escuchadlo con paciencia. Los príncipes de los sacerdotes, dice, pensaron matar a Lázaro, porque muchos de los judíos se iban por causa de él, y creían en Jesús (Jn 12,10-11). Como si, deseado, hubiera venido para esto: para soportar los peligros de una muerte repetida. No quieren, no quieren contar lo visto los que quieren que no se crea lo oído.

Sabemos, sabemos que la vida se prepara para los buenos y que para los malos se preparan tormentos: pero porque, cautivos de los vicios, no queremos que llegue el tiempo de las virtudes, fingimos no saber lo que sabemos, y no queremos que venga de los infiernos quien diga qué hay después de la muerte, cuando Cristo, viniendo del cielo y volviendo él mismo de los infiernos, ha enseñado con la palabra y confirmado con el ejemplo qué aguarda a los buenos en el cielo y qué espera a los malos en el infierno. Pero quizá por eso ni creemos estas cosas ni queremos que Cristo venga, porque no queremos pasar del mundo; o más bien, no porque no queramos pasar del

mundo, sino porque nos duele dejar atrás los vicios. Cristo viene no a ahuyentar la vida, sino la muerte; a ahuyentar la muerte, no la vida; a llamar de nuevo al mundo, no a suprimirlo; a perder los vicios, no a destruir del todo su propia creación. Pero orad, hermanos, para que al venir nos encuentre tales como desea y manda que sean los consortes de su reino.

Sermón LXVII.

Sobre la oración del Señor

Habéis recibido la escucha de la fe, hermanos carísimos; escuchad la forma de la oración del Señor. Cristo enseñó a orar con brevedad, él que quiere conceder pronto lo que se pide. ¿O qué no dará a los que le piden el que se dio a sí mismo a los que no le pedían? ¿O qué demora pone en responder el que, al dictar las súplicas, se anticipa así a los deseos de los suplicantes? Lo que hoy vais a oír asombra a los ángeles, maravilla al cielo, hace temblar a la tierra; la carne no lo soporta, el oído no lo capta, la mente no lo alcanza, la creación entera no lo puede sostener: yo no me atrevo a decirlo, no puedo callarlo. Conceda Dios que vosotros podáis oírlo, y yo decirlo. ¿Qué es más de temblar: que Dios se haya dado a la tierra, o que os dé a vosotros al cielo; que él mismo entre en sociedad con la carne, o que os haga a vosotros entrar en el consorcio de la divinidad; que él mismo tome la muerte, o que os recobre a vosotros de la muerte; que él mismo nazca en vuestra servidumbre, o que os engendre para sí como hijos libres; que asuma vuestra pobreza, o que os haga sus herederos, coherederos de su Único? Es ciertamente más terrible que la tierra sea trasladada al cielo, que el hombre sea cambiado por la

deidad, que la suerte de la servidumbre obtenga los derechos del señorío. Pero aunque esto sea de temer, sin embargo, porque la causa no mira al que enseña, sino al que manda, acerquémonos, hijitos, adonde llama la caridad, arrastra el amor, invita el afecto: sientan las entrañas a Dios como padre, resuene la voz, hable la lengua, clame el espíritu, y todo lo que hay en nosotros responda a la gracia, no al temor; porque el que cambió al juez en padre quiso ser amado, no temido.

Padre nuestro, que estás en los cielos (Mt 6,9). Cuando dices esto, no lo tengas como si no estuviera en la tierra; no lo entiendas como si estuviera encerrado en un lugar el que encierra todas las cosas; sino entiende que tienes un linaje del cielo, pues a tu Padre se le tiene en el cielo; y obra de modo que, viviendo santamente, respondas a un Padre santo. Se prueba hijo de Dios el que no se oscurece con los vicios humanos, el que resplandece con las virtudes divinas.

Santificado sea tu nombre (Mt 6,9). De quien somos linaje, por su nombre también somos censados: pedimos, pues, que su nombre, que en sí y por sí es santo, sea santificado en nosotros; pues el nombre de Dios o es honrado por nuestra conducta, o es blasfemado por nuestras acciones. Escucha al Apóstol que dice: Por vosotros es blasfemado el nombre de Dios entre los gentiles (Rom 2,24).

Venga tu reino (Mt 6,10). ¿Y cuándo no reinó Dios? Pedimos, pues, que el que reinó siempre para sí reine ahora en nosotros, para que también nosotros podamos reinar en él. Reinó el diablo,

reinó el pecado, reinó la muerte, y la mortalidad estuvo largo tiempo cautiva: pedimos, pues, que, reinando Dios, perezca el diablo, desfallezca el pecado, muera la muerte, la cautividad sea cautivada, para que nosotros, libres, reinemos para la vida perpetua.

Hágase tu voluntad, así en el cielo como en la tierra (Mt 6,10). Este es el reino de Dios: cuando tanto en el cielo como en la tierra la voluntad de Dios es la única, cuando en todos los hombres Dios es la mente, Dios vive, Dios obra, Dios reina, Dios es todo, de modo que, según aquello del Apóstol: Sea Dios todo en todos vosotros (1 Cor 15,28).

Danos hoy nuestro pan cotidiano (Mt 6,11). El que se nos dio como padre, el que nos adoptó para sí como hijos, el que nos hizo herederos de todas las cosas, el que nos ensalzó con su nombre, el que nos ha dotado de su honor y de su reino, ese mismo nos ha obligado a pedir el pan cotidiano. En el reino de Dios, entre los dones divinos, ¿qué busca la pobreza humana? ¿Un Padre tan bueno, tan piadoso, tan generoso no concede el pan a sus hijos sino cuando se le pide? ¿Y dónde está aquello: No andéis preocupados por qué comeréis, o qué beberéis, o con qué os vestiréis (Mt 6,25)? Manda pedir lo que prohíbe pensar, en cuanto el Padre celestial nos exhorta a que, hijos celestiales, pidamos el pan celestial. Él mismo dijo: Yo soy el pan que bajó del cielo (Jn 6,41). Él es el pan que, sembrado en la Virgen, fermentado en la carne, elaborado en la Pasión, cocido en el horno del sepulcro, guardado en las iglesias, llevado a

los altares, suministra cada día a los fieles el alimento celestial.

Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mt 6,12). Hombre, si no puedes estar sin pecado y quieres que siempre se te perdone todo, perdona siempre; cuanto quieres que se te perdone, perdona otro tanto; cuantas veces quieres que se te perdone, otras tantas perdona tú; o más bien, puesto que quieres que se te perdone todo, perdónalo todo: hombre, entiende que, remitiendo a los demás, te has dado a ti mismo el perdón.

Y no nos induzcas a la tentación (Mt 6,13). Porque en el siglo la vida misma es tentación. Tentación, dice aquel, es la vida del hombre (Job 7,1). Roguemos, pues, que no nos deje a nuestro albedrío, sino que en toda acción nos sujete con su piedad paterna, y en la senda de la vida nos afiance con gobierno celestial.

Mas líbranos del mal (Mt 6,13). ¿De qué mal? Del diablo, sin duda, del cual procede todo mal. Rogamos ser librados del mal, porque el que no haya carecido del mal no puede gozar del bien.

Si los que aún no han nacido, si los que aún están en el seno piden el pan, solicitan el reino, ¿por qué se hace cuestión de que el Hijo de Dios permaneció siempre en lo secreto de Dios Padre? Si la Iglesia engendra, no es razón, es misterio celestial; que el Hijo de Dios haya estado en Dios Padre, no hay modo de tratarlo con raciocinio humano; no a modo humano se ha de estimar la divinidad. Has oído «Dios»: no pienses nada terreno, nada humano; has oído «Padre de Cristo»:

cree esto por sustancia; has oído «padre tuyo»: cree esto por gracia: él tuvo siempre el ser Hijo; a ti te ha dado ahora ser hijo. Así, pues, sábete hijo de tal modo que no ignores que eres siervo; oye de tal modo que has sido reconducido a la semejanza de Cristo, que reconozcas siempre que estás sujeto a Cristo.

Sermón LXVIII.

Sobre lo mismo

La condición mortal, la trabazón terrena, la sustancia de limo, incierta de la vida y de la muerte, gastada por el trabajo, consumida por las penas, la naturaleza sujeta a la podredumbre y al polvo, no es capaz de captar, no alcanza a estimar, no se atreve a ahuyentar, teme creer lo que hoy se ve obligada a confesar. Tan gran gracia de los dones de Dios, tal grandeza de sus promesas, tal largueza de sus mercedes: de dónde podría merecerlas la fragilidad humana, no lo puede hallar. Esto, creo, lo previó sin duda alguna el profeta Habacuc con la mirada de su mente, cuando, sacudido por tan gran pavor, agitado de tal modo por el temblor ante este anuncio, dice: Señor, he oído tu anuncio, y temí; consideré tus obras, y me espanté (Hab 3,2). Temió el anuncio, no porque el profeta, siendo tan grande, hubiera oído entonces al Señor, sino porque el siervo encontró entonces a su Señor vuelto hacia él, y lo oyó como padre; no porque se espantara al contemplar la fábrica de este mundo, armoniosa con elementos tan discordes entre sí, sino porque, considerando entonces las obras de tan gran piedad para con él, fue sacudido por el temblor y el pavor de la admiración. Consideré, dice, tus obras y me espanté.

Se pasmó entonces de verse adoptado como hijo, cuando había perdido la confianza misma de la servidumbre.

En efecto, para que conozcáis el afecto de esta oración, que hoy la Divinidad os insinúa e infunde, el profeta se atreve entonces, libre en cierto modo del pavor ante este don recibido del cielo. Ved lo que dijo a continuación. Guardé vigilancia, dice, y se espantó mi vientre ante la voz de la oración de mis labios (Hab 3,16). Después de haber sentido la largueza del don divino, se guardó a sí mismo, para no soportarse de nuevo como adversario, como enemigo, como ladrón, igual que en el paraíso. Se hace más vigilante, guardián más solícito de sí mismo, el que tras la pérdida de tan gran bien se guardó a sí mismo, tesoro celestial, en vasos de barro (2 Cor 4,7). Y se espantó mi vientre. El profeta llama aquí vientre a lo interior del corazón; pues como el vientre con los alimentos, así el corazón se apacienta y se llena con las percepciones. Y se espantó mi vientre ante la voz de la oración de mis labios. Si el entendimiento del corazón había infundido la voz en la boca, había dado las palabras a los labios, ¿por qué se espantó de sus votos, de sus deseos, de aquello mismo que iba a alcanzar orando? Porque hablaba no por sugerencia de su corazón, sino por el soplo del Espíritu divino. Escucha a Pablo que dice: Envió Dios el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones, que clama: Abbá, Padre (Gál 4,6). Y al transmitir lo oído a su interior, se maravillaba de haber merecido tanto, y todo lo interior del hombre temblaba. Con razón añadió: Y entró el

temblor en mis huesos (Hab 3,16), porque las entrañas mismas del profeta eran sacudidas.

Y debajo de mí, dice, se conmovió mi fuerza. ¿Qué es debajo de mí? En cuanto que uno y el mismo hombre, ya levantado a lo alto por la gracia, yacía debajo por su naturaleza primera, y la fuerza terrena no podía sostener la fuerza celestial. Ya humeó el monte Sinaí cuando Dios, que iba a dar la Ley, descendió sobre el monte (Ex 19,18). ¿Qué iba a hacer la carne, cuando Dios descendió a la carne para conferir la gracia a la carne? Vino como padre, porque el hombre no soportaba a Dios, el siervo no soportaba al señor. Y porque es fiel en las palabras que dijo: Abre tu boca, y yo la llenaré (Sal 81,11), abrid ahora vuestras bocas, para que él las llene de tal súplica, de tal clamor.

Padre nuestro, que estás en los cielos (Mt 6,9). ¿Dónde están los que desconfían de la promesa de Dios? Mira cuán pronto ha sido remunerada la confesión de la fe: en cuanto confesaste a Dios Padre del Hijo único, tú mismo has sido adoptado como hijo de Dios Padre, para que fueras heredero del cielo tú que eras tenido por desterrado del paraíso y de la tierra; y por eso ahora invocas: Padre nuestro, que estás en los cielos. Porque tuviste en otro tiempo un padre que te deshizo en limo, que te condujo y arrastró a los cerrojos del infierno: no conozca la tierra, ignore el amor de la carne, no busque al padre del polvo, no permita que en sí haya licencia para vicio alguno el que reclama a Dios, Padre celestial, por naturaleza. Y el que se cree hijo de Dios responda con la acción, la vida, las costumbres, la honestidad, a tan gran linaje,

no sea que, descendiendo de nuevo a lo terreno, tienda a la injuria misma de tan gran Progenitor.

Santificado sea tu nombre (Mt 6,9). Si el nombre de Cristo da la vista a los ciegos, el andar a los cojos, la salud a los agotados por diversas dolencias, la vida a los muertos, y te santifica a ti mismo, hombre, y a toda la creación, ¿cómo es que tú pides y reclamas la santidad para ese mismo nombre? Porque has sido llamado cristiano por Cristo; y por eso suplicas que la prerrogativa de tan gran nombre se robustezca por los méritos que siguen en ti.

Venga tu reino (Mt 6,10). Manda la devoción, exige los deseos, busca él mismo los votos, el que tiene su venida en su propia potestad. Fiel es aquel soldado que tiene sed de la presencia de su rey, anhela el reino, pide y codicia los triunfos: pero aquí pides que venga a ti y en ti para reinar, en quien el diablo tuvo y mantuvo largo tiempo la ciudadela, la muerte el imperio, el infierno la potestad. Oremos, pues, carísimos, para que Cristo reine siempre en su soldado, y el soldado triunfe siempre en su rey.

Hágase tu voluntad, así en el cielo como en la tierra (Mt 6,10). Bienaventurado aquel día que junta, asocia, iguala las voluntades de los terrenos con las de los celestiales, de modo que entre sustancias desiguales haya una y la misma voluntad. Esta es la paz fiel, la concordia inconmovible, la gracia perseverante: cuando por el orden de un solo señor la familia, diversa por naturaleza, se hace una en la voluntad, y se halla la misma también en el sentir.

Danos hoy nuestro pan cotidiano (Mt 6,11). Después del reino celestial, ¿quién pediría pan temporal? Pero quiere que pidamos, en el sacramento de su cuerpo, el viático del pan, cotidiano y para cada día, para que por él lleguemos al día perpetuo y a la mesa misma de Cristo, para que de aquello de que aquí tomamos el gusto, tomemos allí la plenitud y la entera saciedad.

Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mt 6,12). El que así pide y no condona las deudas, se acusa a sí mismo aun por lo que ora; el que pide que se le conceda tanto, que se le remita tanto, cuanto él mismo remite y concede, invita a Dios a un acuerdo, invita así a Dios a un pacto. Exija cada uno que se le conceda a sí tanto cuanto él mismo haya concedido a otro. Pero, hermanos, hay que perdonar las deudas no solo de dinero, sino de todas las causas, culpas, crímenes; todo aquello en que tú, hombre, puedas incurrir, cuando otro incurra en ello contra ti, lo perdonarás. Pide confiado perdón por sus pecados el que perdona de buena gana al que peca.

Y no nos induzcas a la tentación (Mt 6,13). Nos vemos obligados, hermanos, a pedir esto mil veces de muchos modos, no sea que la fragilidad, atreviéndose a más y presumiendo temerariamente de sí, sin medir sus fuerzas, sucumba en el combate por su mala cautela, y luego Dios, ofendido, entregue a las tentaciones a los que abandona.

Mas líbranos del mal (Mt 6,13). Harto humildemente siente de sí, y no presume salvarse por

sí mismo, el que implora ser librado del mal por Dios.

Signaos. Entended, hijitos, cuán grande es la gloria y la potestad de los perfectos, cuán grande la de los fuertes, cuando tanto poder se manifiesta en la concepción misma, tanta majestad en el parto. Aún no nacido, llama padre, pide la santidad, solicita el reino, da leyes a la tierra, iguala las voluntades terrenas con las celestiales, y, ya consagrado, exige su ración para los trabajos que le han de aprovechar. Danos hoy nuestro pan cotidiano, dice. Bienaventurados vosotros, que habéis empezado a vencer antes de la lucha, a triunfar antes que a vivir, a llegar a los graneros del padre antes que al regazo de la madre, a lanzaros al pasto del rebaño antes que al jugo de la leche, a resonar con todo el júbilo de las victorias antes que a responder con el vagido de la cuna. En verdad, como dijo el Apóstol, lo débil de Dios es más fuerte que los hombres (1 Cor 1,25). ¿O quién podrá referir el misterio de tan gran concepción? Allí la virgen madre da a luz cada día en el mundo, y no deja a su descendencia para el trabajo, sino que envía delante sus retoños a la gloria eterna.

Sermón LXIX.

Sobre lo mismo

¿Piensas que un pecho mortal puede captar la grandeza de la caridad del Señor para con nosotros? ¿Piensas que una mente abrumada por el peso de un cuerpo terreno puede entender y sentir el afecto divino para con nosotros? Pues todo lo que como ornato del cielo centellea, irradia y resplandece, todo lo que en la tierra es fragante en las flores, sabroso en los frutos, gozoso en los animales, ha sido hecho por amor nuestro, ha sido destinado a nuestro servicio. Pero, aunque grandes, son sin embargo pequeñas como indicio del amor de lo alto para con nosotros. Para nosotros los principados de los cielos, para nosotros las potestades etéreas, para nosotros las dominaciones supernas, para nosotros los oficios de los ángeles prestan su milicia en vigilias infatigables. Pero estas cosas son aún pequeñas para afirmar el vínculo divino con nosotros, y menores, y tan ínfimas cuanto la criatura es menor que su Creador.

Dios, incontemplable en su rostro, impenetrable a la vista, inestimable por sentido alguno, inaccesible a la mente, ni siquiera conocido plenamente por el oído mismo, ¿cuántas veces, de qué manera, cuán variada, cuán diversamente se adaptó a las miradas humanas? ¡Cómo se prestó

y se concedió a la comunión humana, a la familiaridad humana, cuando hace a Noé partícipe de su consejo, y le advierte que el diluvio amenaza para expiar el mundo, y señala el siglo entero en la pequeña semilla del arca, con él mismo como guardián (Gn 6); cuando llega a Abraham como huésped, e invitado entra con toda dignación, no rechaza lo ofrecido, toma lo servido como hambriento y cansado, y en un intercambio divino, como necesitado, recibe y acepta lo humano (Gn 18)! Por eso los miembros ya muertos del anciano reviven al punto, las entrañas extinguidas de la anciana estéril son resucitadas, y la naturaleza, sepultada del todo en un cadáver vivo, resurge para dar a conocer a su autor, y, pasado ya su tiempo, engendra a muchísimos por el único Hacedor a quien había creído (Gn 21). A Moisés se le presenta Dios como fuego condensado en la zarza (Ex 3,2); luego trata con su siervo lo que hay que hacer, se ejercita con diversos prodigios en Egipto, y se abre al gesto de su criado; inflige las plagas, o las quita (Ex 8,8); y cuán grande es en el mar, y cuánto ha dado al hombre, lo muestran los homenajes de la ola vengadora, cuando, secado el abismo, la ola cede ante los piadosos, y, endurecida el agua, presta un muro, ofrece un baluarte a los que han de ser liberados, y con todo el poder de su naturaleza se precipita para triunfar sobre el enemigo más cruel (Ex 14). Morando Dios en admirable camaradería en los campamentos israelitas (Dt 23,14), ora hiere a naciones numerosas con el rayo, ora las toca con el granizo (Jos 10,11); ora las derriba con el solo

clamor de las trompetas (Jos 6,20); de modo que sin combate, sin herida, Dios conduce los ejércitos vencedores a los que precede. Asistió a los deseos, asintió a los votos de cada uno, respondió al punto a lo preguntado, reveló lo oculto, predijo lo futuro, descubrió lo buscado, confirió un reino, donó riquezas, templó las lluvias, hizo fecundas las tierras, adornó los mismos matrimonios con la abundancia y el honor de los hijos.

Pero creyó que aún era poco, si mostraba su afecto para con nosotros solo concediendo prosperidad, y no también soportando la adversidad. Después de todo, entra pobre en su mundo: yace en la cuna como hombre; con su vagido implora, busca, exige la piedad que él mismo te mostró. El padre de todos te tuvo a ti por padre; se hizo sujeto a ti aquel a quien está sujeta toda altura; temió aquel ante quien sienten miedo las cosas temibles; huyó aquel en quien todo se refugia; el árbitro de los cielos es huésped en las casas de los pecadores; se alimenta de pan el que alimentará a todos. ¿Y qué más? Es apresado el Pantokrator de los siglos, es presentado ante el tribunal el fundador de la tierra, es juzgado el dispensador del perdón humano, es interrogado el escrutador del corazón, es castigado el dador y restituidor de la vida, es sepultada la resurrección de todos, para que la mente lenta del hombre, y su inteligencia harto perezosa, comprobara en sí al menos con la muerte el afecto de Dios, ella que por los beneficios de Dios ya dichos, e innumerables, no había entendido, no había sentido la caridad de Dios para con ella. Así, pues, el que hizo que exis-

tiéramos, nos dio el vivir, nos enseñó también a orar, porque quiso concederlo todo, él que quiso ser suplicado con su propia oración.

Padre nuestro, que estás en los cielos (Mt 6,9). He aquí, hombre, que hoy Cristo con tu propia voz te adopta como hijo, para hacerte coheredero suyo de Dios Padre, al decir: Padre nuestro. Lo que es de su dignación, quiso que fuera de tu potestad, según aquello: A cuantos lo recibieron, les dio potestad de llegar a ser hijos de Dios (Jn 1,12); y sin embargo manda decir, para que sea dignación del que da, no temeridad del que presume: Que estás en los cielos. No porque no esté en la tierra, sino que quiere que tú, que ya invocas al Padre celestial, tiendas a la naturaleza celestial y la vuelvas a buscar, para que nuestra vida responda a tan gran linaje, no sea que unas costumbres terrenas hagan degenerar a los que una naturaleza celestial ha dotado ya y enriquecido.

Santificado sea tu nombre (Mt 6,9). No porque el nombre que te santifica haya de ser santificado por tu súplica; sino porque por el nombre de Cristo has sido llamado cristiano, has de pedir que por tu conducta este nombre sea santificado y honrado en ti. Porque, así como la fama de las virtudes corresponde tanto a la gloria del nombre, así la infamia del que vive mal redunda en injuria del mismo nombre, como dice el Apóstol: Por vosotros es blasfemado el nombre de Dios entre los gentiles (Rom 2,24). Y en verdad, hijos, el gentil denigra el nombre cristiano cuando ve a un cristiano vivir de otro modo que como profesa y se dice.

Venga tu reino (Mt 6,10). No para que el reino venga a Dios, que siempre lo tiene; sino que pides que venga a ti, que no lo tienes, y que recibas lo que el Señor por su afecto te promete cuando dice: Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os ha sido preparado desde la fundación del mundo (Mt 25,34). Venid, benditos: no dijo «vengamos»; recibid: no dijo «recibamos». Nadie se maraville de que llame padre el que aún no ha nacido; pues si Juan salta de gozo (Lc 1,41) y Jacob lucha en el seno (Gn 25,22), estime el prudente qué puede la naturaleza divina, si tanto puede por Dios la concepción humana.

Sermón LXX.

Sobre lo mismo

Todo lo que se refiere como dicho y hecho por Dios es motivo de maravilla, de asombro, es de temer para los mortales, es de temblar aun para los mismos celestiales: pero nada asombra tanto al cielo, aterra tanto a la tierra, espanta tanto a la creación entera, como lo que vosotros vais a oír hoy, diciéndolo nosotros. El siervo se atreve a llamar padre al Señor, el reo llama progenitor a su juez, la condición terrena con su propia voz se adopta como hijo de Dios: el que perdió lo terreno se estima heredero de la divinidad. Pero nos atrevemos, porque no hay presunción del que dice donde hay autoridad del que manda; pues él mismo, que nos enseñó a orar así, quiso que hoy dijéramos así. ¿Y qué tiene de extraño que consagrara a los hombres como hijos de Dios, cuando se dio y se adaptó a sí mismo como hijo del hombre? Entonces trasladó la naturaleza de la carne a la divina, cuando bajó la deidad a la naturaleza humana: entonces hizo al hombre su coheredero en los cielos, cuando se hizo partícipe de lo terreno. ¿O qué de amor, qué de don pudo negar al hombre el que asumió todo lo que era del hombre, aun el pecado, y la muerte? ¿O cómo no tendrá al hombre por compañero en su prosperi-

dad el que en la adversidad del hombre se hizo su consorte? Hombre, vuelve a Dios, tan amado por Dios; y entrégate todo a su gloria, a él que por ti se rebajó todo entero hasta su propia injuria; y llama padre con confianza al que por tan gran amor compruebas, sientes, entiendes que es tu progenitor.

Padre nuestro (Mt 6,9). Nadie se maraville de que llame padre el que aún no ha nacido: para Dios han nacido las cosas que han de nacer, las futuras están hechas para Dios. Lo que ha de ser, dice, ya fue (Ecl 3,15). Por eso Juan en el seno siente a su autor (Lc 1,41); y se presenta como mensajero ante su madre el que no conocía su propia vida. Por eso se lee que Jacob luchó antes de nacer, triunfó antes de vivir (Gn 25,22). Por eso ya son para Dios los que aún no son para sí mismos, los que fueron elegidos antes de la fundación del mundo (Ef 1,4). Que estás en los cielos. No porque él no esté en la tierra, sino para que por esto sepas que eres un retoño celestial: y si reconoces que eres hijo de Dios, vive como hijo de Dios, para que con la acción, con la vida, con las virtudes puedas responder a tan gran progenitor.

Santificado sea tu nombre (Mt 6,9). Porque has sido llamado cristiano por Cristo, pides que la prerrogativa de tan gran nombre sea santificada en ti; porque el nombre de Dios, que por sí y para sí es santo, o es santificado en nosotros por nuestra conducta, o por nuestra conducta es blasfemado entre los gentiles.

Venga tu reino (Mt 6,10). Él mismo dice: El reino de Dios está dentro de vosotros (Lc 17,21):

si está dentro de nosotros, ¿para qué oramos que venga? Está en la fe, está en la esperanza, está en la espera; pero rogamos ya que venga en la cosa misma. Pero venga a nosotros, no a aquel que siempre correina con su Padre, siempre reina en el Padre; sino venga a nosotros. Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os ha sido preparado desde el origen del mundo (Mt 25,34). Decimos: Venga tu reino. Para que Dios reine en nosotros de tal modo que en nosotros deje de reinar la muerte, deje de reinar el pecado. Reinó, dice, la muerte desde Adán hasta Moisés (Rom 5,14). Y en otro lugar: No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal (Rom 6,12).

Hágase tu voluntad, así en el cielo como en la tierra (Mt 6,10). Ahora en la tierra se hacen muchas cosas según la voluntad del diablo, según la maldad del siglo, según el deseo de la carne; pero en el cielo no se hace nada fuera de la voluntad del Señor. Pedimos, pues, que, muerto el diablo, renovado el siglo, cambiado el cuerpo, destruido el imperio de la muerte, abolido el dominio del pecado, en el cielo y en la tierra, en Dios y en los hombres, haya una y la misma voluntad de Dios.

Danos hoy nuestro pan cotidiano (Mt 6,11). Después del reino celestial, no se nos manda pedir el pan terreno, pues él mismo lo prohíbe cuando dice: No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis o qué beberéis (Mt 6,25). Pero porque él mismo es el pan que bajó del cielo (Jn 6,41), pedimos y rogamos que ese mismo pan, por el cual cotidianamente, es decir, perpetuamente, hemos de vivir en la eternidad, lo tomemos hoy,

es decir, en la vida presente, del banquete del santo altar, para vigor del cuerpo y de la mente.

Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mt 6,12). Al decir esto, hombre, te has dado a ti mismo el límite de la indulgencia y la medida del perdón, tú que pides al Señor que se te perdone tanto cuanto tú mismo hayas perdonado a tu consiervo. Perdona, pues, del todo al que delinque contra ti, si tú mismo quieres no deber nada al Señor por tus delitos: en el otro perdónate a ti mismo, si tú mismo quieres evitar la sentencia vengadora.

Y no nos induzcas a la tentación (Mt 6,13). Dios, como está escrito, a nadie tienta (Sant 1,13); pero se dice que tienta cuando abandona a los que van obstinadamente a los lazos de las tentaciones. Así Adán cayó en las asechanzas del tentador, al abandonar los preceptos de su Hacedor.

Pero de dónde y por quién sería tentado el hombre lo revela al decir: Mas líbranos del mal (Mt 6,13). Es decir, del diablo, que es autor y origen de todo mal: el diablo fue celestial por naturaleza; ahora es maldad espiritual, mayor en edad que el siglo, curtido en la práctica de dañar, peritísimo en el arte de herir; por lo cual ya no se le llama malo, sino el Mal, del cual procede todo lo que es malo. Por eso el hombre no puede ser liberado por sus propias fuerzas, atado con cadenas carnales. Hemos de pedir, pues, que Dios nos libre del diablo, él que prestó a Cristo a la tierra para vencer al diablo. Clame el hombre, clame a

Dios, clame: Líbranos del mal, para que de tan gran mal seamos librados, venciendo solo Cristo.

Padre nuestro, que estás en los cielos. El tema del orar, la materia del pedir, la norma del suplicar, en poquísimas palabras te los ha concedido el mismo que ha de ser rogado por ti, para que de aquí tomes el sentido del pedir, captes la inteligencia del solicitar, recojas la medida del alcanzar, y de un brevísimo magisterio de oración tomes una amplísima disciplina; y a la vez porque, como indicio de amor, el rey mismo desempeñó el oficio de abogado, para dictar él mismo las súplicas a las que él iba a responder. Se ha quitado toda vacilación en el alcanzar, o más bien, se ha conferido toda confianza en el merecer, cuando el que es rogado se lee a sí mismo en las súplicas. El miedo no tiene lugar donde el hijo, con la piedad por intérprete, desea alcanzar del Padre las cosas que son santas.

Sermón LXXI.

Sobre lo mismo

Hermanos carísimos, el que os concedió creer, él mismo os enseñó también a orar, y ajustó toda la forma de pedir en pocas palabras: porque cuando el hijo pide al padre, no se fatiga con mucha súplica; pues así como la necesidad obliga al engendrado a pedir, así la caridad urge al progenitor a dar. El Padre, pues, que concede espontáneamente, no muestra tanto que se le pida cuanto qué se le ha de pedir, para que el hijo agrade pidiendo cosas justas, él que puede desagradar solicitando necedades. Escuchad al Padre, y creed ya que sois hijos, para que podáis alcanzar sin vacilar lo que pidáis.

Cuánto vale la fe, qué puede la creencia, cuán grande es la confesión, hoy se muestra en vosotros. He aquí que la trina confesión de la Trinidad os ha levantado de la servidumbre terrena a una descendencia celestial; he aquí que la fe que ha llamado Padre a Dios os ha ganado hoy a Dios por Padre; he aquí que la voz que confesó a Dios Hijo os ha adoptado como hijos de Dios; he aquí que la creencia que proclamó a Dios Espíritu os ha cambiado de la sustancia mortal de la carne a la sustancia vivificante del Espíritu. ¿Quién será hallado digno de proclamar tan gran

piedad? Dios Padre se digna hacer herederos a los hombres, Dios Hijo no desdeña a los pequeños siervos como coherederos, Dios Espíritu toma la carne como consorte de la divinidad, el cielo se hace posesión de los terrenos, y los adjudicados a la jurisdicción de los infiernos son recibidos en las alturas, como lo prueba el Apóstol cuando dice: ¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles? (1 Cor 6,3) Llamad, pues, padre a Dios, y creed ya que vosotros, aunque aún no nacidos, sois ya sin embargo hijos designados, y procurad que sea vuestra la vida celestial, vuestras las costumbres divinas, y que toda la forma de la deidad se muestre en vuestra forma; porque el Padre celestial enriquece con dones divinos a los hijos que responden a su linaje, y a los que degeneran los devuelve a la servidumbre penal.

Padre nuestro, que estás en los cielos (Mt 6,9). Sucumbiría la conciencia servil, se disolvería la condición terrena, si a este clamor no nos despertara la autoridad del Padre mismo, el Espíritu del Hijo mismo. Envió, dice, Dios el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones, que clama: Abbá, Padre (Gál 4,6). Se fatiga la mente, nuestra carne desfallece ante lo divino, si Dios, el que manda, no cumple él mismo lo que manda hacer. ¿Cuándo se atrevió la mortalidad a llamar padre a Dios, sino ahora, cuando lo interior del hombre es animado por un poder de lo alto? Padre nuestro, que estás en los cielos. Hombre, ¿qué tienes tú en común con la tierra, tú que confiesas que tu linaje es de los cielos? Muestra, pues, una vida celestial en la morada terrena: porque si un pensamiento

terreno ha obrado algo en ti, has infligido una mancha al cielo, una injuria al linaje celestial.

Santificado sea tu nombre (Mt 6,9). Pedimos que Dios santifique su nombre, el nombre que con su santidad salva y santifica a toda la creación. Hermanos, este es el nombre ante el que tiemblan las potestades supernas, el que reciben con servidumbre temblorosa: este es el nombre que da la salvación al mundo perdido: pero pedimos que el nombre de Dios sea santificado en nosotros por nuestra conducta; pues cuando obramos bien, el nombre de Dios es bendecido; cuando obramos mal, es blasfemado. Escucha al Apóstol que dice: Por vosotros es blasfemado el nombre de Dios entre los gentiles (Rom 2,24). Pedimos, pues, pedimos que, cuanto santo es el nombre de Dios, tanta santidad suya merezcamos en nuestras mentes.

Venga tu reino (Mt 6,10). Como si el reino de Cristo no hubiera sido siempre y no fuera, así pedimos que venga ahora. ¿Y dónde está aquello? El reino de Dios está dentro de vosotros (Lc 17,21). Está entre nosotros por la fe, pero suplicamos que venga en la cosa misma. Hermanos, mientras el diablo, con variado género de maldades, con multiforme arte de engañar, turba la mirada sobre las cosas, confunde los sentidos y las costumbres de los hombres, se ensaña con los ídolos, se enfurece con los sacrilegios, engaña con los augurios, miente con la adivinación, embauca con los prodigios, se burla con los astros, ocupa con los espectáculos, asedia con los vicios, hiere con los pecados, lastima con los crímenes, derriba

con la desesperación, aplaza el reino de Cristo y lo mantiene ausente de nosotros. Pedimos, pues, que venga el tiempo en que, pereciendo el autor de tan gran mal, el mundo entero, la creación entera, reine y triunfe para la gloria entera de Cristo solo; y que se haga lo que sigue: que así como en el cielo, así también en la tierra haya una sola voluntad del Señor. Sea la tierra cielo, la vida Dios, el tiempo eternidad, la patria descanso, el caudal inocencia, el honor inmortalidad, la gloria castidad, Dios todo.

Añadió: Danos hoy nuestro pan cotidiano (Mt 6,11). Después de la paternidad de Dios, después de la santidad del nombre divino, después del reino del cielo, se nos manda pedir el pan cotidiano. Cristo no está sujeto al olvido, Cristo no manda cosas contrarias a sus mandatos; él mismo dijo: No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis o qué beberéis (Mt 6,25). Pero porque él mismo es el pan que bajó del cielo (Jn 6,41), que fue ajustado en harina por la muela de la Ley y de la gracia, que fue elaborado por la Pasión de la cruz, que fue fermentado por el misterio de la gran piedad, que levantó del sepulcro el leudado de un amasijo liviano, que, para cocerse al calor de su divinidad, coció él mismo el horno del infierno, que cotidianamente es llevado a la mesa de la Iglesia como alimento celestial, que es partido para la remisión de los pecados, que apacienta y nutre para la vida perpetua a los que lo comen, este pan pedimos que se nos dé cotidianamente, hasta que gocemos de él plenamente en aquel día perpetuo.

Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mt 6,12). Hombre, en tu mano está la potestad del perdón, en ti la de la indulgencia; tú has sido constituido autor de tu propia remisión. En vano pides perdón, tú que desdeñas ser indulgente contigo mismo en el otro. Hombre, tú mismo te has hecho la medida de tu misericordia; cuanta misericordia buscas, tanta haz.

Y no nos induzcas a la tentación (Mt 6,13). La tentación, hermanos, es una apariencia engañosa, que oculta la prosperidad en la adversidad, la adversidad en la prosperidad, y conduce la ignorancia humana a caídas engañosas; pedimos, pues, no caer, empujados por los pecados, en las fosas de las tentaciones. Y se dice que Dios induce cuando abandona a los que corren a los crímenes.

Mas líbranos del mal (Mt 6,13). Aquí «mal» designa al autor del mal, es decir, al diablo. Pedimos, pues, que por este solo don carezcamos de todos los males, al carecer del autor del mal.

Padre nuestro, que estás en los cielos. Nadie, al proclamarse hijo, se maraville de seguir en la condición de servidumbre: hoy has sido designado para una descendencia divina, no promovido; sábete que has obtenido la esperanza, no la cosa misma. Escucha al Apóstol: En esperanza hemos sido salvados: pero la esperanza que se ve no es esperanza, pues lo que uno ve, ¿por qué lo espera? Pero si esperamos lo que no vemos, lo aguardamos con paciencia (Rom 8,24-25). Hoy es el día de la adopción, hoy es el tiempo de la promesa: escucha, cree, espera; cree a tu acreedor, que te

dio crédito a ti, deudor; espera un poco a que venga el que te soportó largo tiempo para que vinieras; dale plazo para su promesa a él, que te ha condonado ya cuanto había de deuda. ¿O por qué te fatigas con la esperanza de Dios, cuando todo el género humano subsiste por la esperanza, vive por la fe? El labrador nunca sembraría jadeante, si no esperara a su tiempo el fruto de su trabajo; el caminante no emprendería la fatiga de un largo viaje, si no creyera que llegaría a su destino; el navegante no entraría incierto en el mar, si no esperara compensar con las ganancias que siguen los peligros de las rutas; el soldado no pasaría todo el tiempo de su juventud entre peligros, si no esperara los copiosísimos honores de la vejez; el hijo no soportaría los tiempos del dominio paterno, si no esperara ser heredero de la hacienda paterna.

Y tú, si te crees ya hijo de Dios, según el Profeta: Espera al Señor, pórtate varonilmente, y que se conforte tu corazón; y espera (Sal 27,14), para que alcances la herencia de Dios por la fe de la espera y por la virtud de la paciencia. Escucha al Apóstol: Somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos; sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él (1 Jn 3,2). Y de nuevo: Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios: pero cuando aparezca Cristo, vuestra vida, entonces también vosotros apareceréis con él en la gloria (Col 3,3-4). Hermanos, bienaventurados los hijos de Dios, porque poseerán la herencia de todas las cosas, y no verán el luto de los tiempos por la muerte del padre.

Sermón LXXII.

Sobre lo mismo

Lo que yo voy ahora a decir con gran temblor, lo que vosotros vais ahora a oír con estremecimiento, o más bien, a invocar con estremecimiento, asombra a los ángeles, llena de pavor a los poderes, el cielo supremo no lo abarca, el sol no lo ve, la tierra no lo sostiene, la creación entera no lo alcanza. ¿Qué es ante esto un pecho mortal? ¿Qué es ante esto la débil mente del hombre? ¿Qué es ante esto la estrechez del sentido humano? ¿Qué es ante esto el soplo de la voz humana? ¿Qué es ante esto la lengua humana, que pronto ha de callar? Habiendo visto esto Pablo invisiblemente, lo reveló no revelándolo, diciendo: Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre lo que Dios preparó para los que lo aman (1 Cor 2,9). En cuanto Isaías hubo recibido esto por su oído, duda de que pueda llegar a ello aun la fe de los hombres, diciendo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? (Is 53,1) Habiendo concebido esto Jeremías por un oír divino, no soportaba el parto de los sentidos de lo alto, clamando: Mi vientre, mi vientre me duele, y los sentidos de mi corazón están turbados (Jer 4,19). Esto lo proclamaba Habacuc por el soplo del Espíritu divino, cuando dice: Guardé vigilancia, y se espantó mi

vientre ante la voz de la oración de mis labios; y entró el temblor en mis huesos; y debajo de mí se conmovió mi fuerza (Hab 3,16). Elevado por el poder de Dios, sintió que su propia fuerza sucumbía debajo de él. Largo sería proseguir sobre este misterio del pavor y enumerar los ejemplos de los santos: el tiempo no me permite detenerme mucho en este temor; el ímpetu de un parto celestial no puede retardar a los que nacen.

Digo, pues, y os interpelo, todavía en el seno, con voz penetrante, os prevengo con exhortación previsora: que antes de ver a la madre invoquéis también al padre; antes de los halagos de la madre, tendáis y os apresuréis al reino del padre; os adelantéis al pan del padre antes de colgaros de los pechos de la madre. Y que ni la necesidad de la madre ni los tiempos de la edad reclamen para sí nada en vosotros: sino que todo en vosotros responda y salga al encuentro del Padre divino, todo del autor celestial.

Padre nuestro, que estás en los cielos (Mt 6,9). Esto es lo que temía decir, esto es lo que temblaba al proferir, esto es lo que la condición de su propia servidumbre no permitía suponer a ninguno ni de los celestiales ni de los terrestres: que pudiera producirse de repente tal comercio del cielo y de la tierra, de la carne y de Dios, que Dios se convirtiera en hombre, el hombre en Dios; el Señor en siervo, el siervo en hijo, y que se hiciera de modo inefable un solo y sempiterno parentesco de la divinidad y la humanidad. Y en verdad la dignación de la deidad para con nosotros es tan grande que la criatura no puede saber de qué

debe maravillarse más: si de que Dios se haya rebajado a nuestra servidumbre, o de que nos haya arrebatado a la dignidad de su divinidad. Por eso, hombre, te exhorta divinamente el que ahora se inflama de tanto amor por ti; por eso, aún en el seno, Dios te adopta como hijo por tu propia voz; por eso él quiere no solo que llegues a ser libre, sino que nazcas libre; por eso manumite por ti a la naturaleza misma, para que el nacimiento de la antigua servidumbre no te imponga lunar alguno, mancha alguna. ¡Oh dichosos vosotros, a quienes se ha concedido dominar antes que nacer, reinar antes que vivir, llegar a la gloria de Dios Padre antes que reconocer la estirpe de vuestra propia vileza! Feliz madre la Iglesia, que os contempla tales, que, aunque permanece virgen, se maravilla de haberos engendrado tales, tan grandes y de tal modo.

Antiguamente este parto se significaba con ejemplos precedentes. Por eso Jacob lucha con su hermano en el seno de su madre, y arrebata de antemano aun los triunfos (Gn 25,22). Por eso en el seno de Tamar los gemelos combaten por el honor de la primacía, retardan el parto, y no desean ver la luz antes que vencer (Gn 38,27-30). Por eso Juan salta de gozo de antemano, y sale al encuentro de su autor antes de salir del seno de su progenitora (Lc 1,41). Y si las prendas humanas militan así para Dios antes de nacer para sus padres, antes de vivir para el siglo, ¿qué tiene de extraño que los retoños divinos de la Iglesia, que la propia descendencia de Dios, aún en el seno, reconozca ya que es de germen de lo alto?

Padre nuestro, que estás en los cielos. Se levanta el asombro: Cristo, desde el pecho de Dios Padre, llama madre y la reconoce en la tierra; y el hombre, desde el seno de su madre, llama padre y lo confiesa en los cielos: Padre nuestro, que estás en los cielos. ¿Adónde te ha llevado de repente la gracia, hombre? ¿Adónde te ha arrebatado la naturaleza celestial? De modo que, puesto aún en la carne y en la tierra, ya no conoces la carne ni la tierra, al decir: Padre nuestro, que estás en los cielos. El que, pues, se confiesa y se cree hijo de tan gran Padre, responda con la vida a su linaje, con las costumbres a su padre, y con la mente y la acción afirme que ha alcanzado al celestial por naturaleza.

Santificado sea tu nombre (Mt 6,9). De quien ciertamente hemos empezado a ser linaje, por su nombre también somos ciertamente censados: y por eso pedimos que en nosotros persevere la santificación de aquel nombre, el honor y la prerrogativa del nombre que la excelsitud de tan gran Progenitor ha ensalzado así.

Venga tu reino (Mt 6,10). No lo pedimos para aquel a quien nunca le faltó el reino, o más bien, que es él mismo el reino y contiene en sí toda la potestad del reino; sino que el que quiere que lleguemos a la gloria prometida del reino nos amonesta a pedir esto con todos nuestros votos, quiere que anhelemos esto con toda la mente. Pues cuanto es temerario el que discute sobre la generación, tanto es perezoso el que no se alegra, no arde, no anhela, cuando tiende y se esfuerza hacia el reino prometido.

Hágase tu voluntad, así en el cielo como en la tierra (Mt 6,10). Así en el cielo, así también en la tierra: entonces todo es ya cielo, entonces la única mente de Dios mueve a todos, entonces todos están en Cristo y Cristo en todos, cuando todos saborean y hacen la voluntad de Dios solo; entonces todos son una sola cosa, o más bien, todos un solo hombre, cuando el único Espíritu de Dios vive en todos.

Danos hoy nuestro pan cotidiano (Mt 6,11). Como en el salmo: Bendito el Señor de día en día, cotidianamente (Sal 68,20); así aquí: Danos hoy nuestro pan cotidiano. Llamamos cotidiano a lo perpetuo; perpetuo es aquel pan que bajó del cielo: Yo soy el pan que bajó del cielo (Jn 6,41). Este pan, pues, es de la bienaventuranza perfecta; hoy, es decir, en el presente, empezamos ya a vivir del alimento de aquel pan con cuya perpetuidad, que es lo cotidiano, seremos saciados en el futuro.

Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mt 6,12). Del pecho del que suplica mana la fuente del perdón, y refluirá hacia el perdón: todo lo que de piedad rebosa y se derrama sobre el otro, cuando se concede a sí mismo tanto cuanto haya condonado al otro. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Mucho puede el hombre misericordioso, que contiende con Dios en piedad, cuando desea que se le dé tanto cuanto haya dado, que se le condone tanto cuanto haya condonado. Hombre, esté siempre en tu pecho el perdón, si quieres no temer los crímenes.

Y no nos induzcas a la tentación (Mt 6,13). Estas palabras necesitan interpretación, porque la tentación es la precursora del diablo y su amarga ministra: pero mientras estamos contenidos en este cuerpo frágil, rogamos necesariamente que ni se abra a la tentación entrada contra nosotros, ni se dé acceso al diablo.

Mas líbranos del mal (Mt 6,13). Que el mismo Señor Dios nuestro nos libre del mal y nos conduzca a todo bien, él que vive y reina, Dios, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

Sermón LXXIII.

Sobre la solemnidad pascual

La festividad de hoy, hermanos carísimos, no nos enlaza con lo viejo, ni guarda las carnes del cordero para el día siguiente: sino que, al hacer participar con solemne devoción lo pasado de lo presente, y al unir nuestra Pascua con la Pascua que vuelve, desteta la infancia de la nueva regeneración, porque, según el Apóstol, Lo viejo ha pasado, y he aquí que todo ha sido hecho nuevo (2 Cor 5,17). El año del Señor se cumple en sus tiempos, no envejece; vuelve en su círculo hasta que nos conduzca al día de la retribución. La solemnidad pascual de hoy aparta ahora de la leche a los que engendró antes, para que con el alimento de un manjar más sólido se robustezcan hasta el varón perfecto de Cristo.

Que Abraham hizo un gran banquete y suscitó la alegría de toda su casa cuando Isaac fue destetado, lo sabemos por el relato de la historia divina (Gn 21,8). Y si el vástago de la vejez, si el hijo único de una estéril, con coros que danzaban, con cítara y tambor y con todo el concierto del salterio resonando, arrastró y movió a la alegría los corazones de toda la familia, ¿cuánto más nos conviene hoy exultar con himnos espirituales, o con cánticos, cuando en el vástago de la Virgen es

destetada toda la fecundidad? Si Ana, compañera de Sara en la esterilidad, que con las lágrimas de sus oraciones humedeció la aridez de su cuerpo y de su naturaleza todo el tiempo que, durante un largo espacio de vida, le había sido negada la posteridad, devolvió como don divino a Samuel, recibido como don divino, apenas fue destetado, y colmó su alegría con víctimas de sacrificios hasta la plenitud de la liberación (1 Sam 1); mucho más debemos nosotros inmolar el sacrificio de alabanza, cumplir los votos, quemar el incienso de suavidad, y con toda la grasa de los holocaustos inmolar víctimas a Dios Padre, cuando la virgen madre presenta al Padre, desde todo el orbe, prendas nutridas y destetadas, tantas en número como las estrellas del cielo, para que se cumpla aquella palabra profética: Bendecirás la corona del año de la benignidad, y tus campos se llenarán de abundancia (Sal 65,12).

Nadie, pues, crea ocioso este saludable misterio de nuestra festividad, ni piense que cosemos un paño nuevo a un vestido viejo, allí donde nada de la vetustez judía unimos a la novedad cristiana: sabiendo, como dice el Apóstol, que toda una nueva creación ha surgido para nosotros en Cristo (2 Cor 5,17); sino que elevamos el conocimiento divino hacia el progreso de la virtud celestial, para que, mientras los recién nacidos son instruidos a la vez en lo que deben hacer, y los engendrados antes aprenden cuánta gratitud deben a Dios por su perfección, se cuelguen del cuello los que acaban de nacer, y con toda piedad se ocupen en los pechos de la madre Iglesia, saquen con tiernas

gargantas el alimento de la inocencia, ensayen a extender los brazos en la obra santa, se esfuercen por afirmar en la carrera de la fe sus pasos temblorosos. ¿Acaso han de ser abandonados los ya nutridos de modo que no los gobiernen el cuidado del padre, la mano del padre, el albedrío del padre? ¿y no han de ser fortalecidos por el consejo de la madre, por la fe de la madre, de manera que, con una prudencia no solo humana sino también divina, perciban y se adelanten a tomar lo saludable? Así Jacob, muy tímido por su propio consejo, muy audaz por el consejo de su madre, entró para adelantarse a tomar la bendición del padre, más místico que engañoso (Gn 27); pues no mintió al llamarse primogénito, porque primero es aquel a quien engendra la gracia celestial, no la naturaleza mortal; bajo las pieles de los cabritos nos figuraba a nosotros, que, para morir al pecado, por exhortación de la madre Iglesia nos revestimos de la vestidura del cuerpo mortificado, y exhalamos el olor del campo por los frutos continuos y la abundancia de nuestras confesiones, hasta que, burlando para salvación la ceguera de Israel, nos adelantemos a tomar la bendición paterna con todo el arcano de la fe, como dice el Apóstol: La ceguera ha venido sobre Israel, hasta que entrase la plenitud de los gentiles, en parte (Rom 11,25).

Sermón LXXIV.

Sobre la Resurrección de Cristo

Que calláramos un poco, hermanos carísimos, lo hizo el trabajo de las vigilias y lo impuso el cansancio del ayuno; y por eso hoy pagamos el sermón sobre la Resurrección del Señor, en la cual, si es divino que Cristo nazca de la Virgen, ¿cuánto más divino es que Cristo resucite de entre los muertos? Lo que es divino, pues, no se reciba con oído humano.

En la tarde, dice, del sábado, que amanece hacia el primer día de la semana (Mt 28,1). La tarde del sábado: esto no lo conoce el día del siglo, esto no lo tiene el uso del mundo. La tarde termina el día, no lo comienza; la tarde se oscurece, no amanece; no se vuelve aurora, porque ignora el orto de la luz. La tarde, madre de la noche, da a luz el día; cambia su orden al reconocer a su autor; hace resplandecer un misterio desde la novedad; anhela servir al Creador, no al tiempo.

En la tarde, dice, del sábado, que amanece hacia el primer día de la semana, vino María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Tarde corre la mujer al perdón, ella que temprano corrió a la culpa. Por la tarde busca a Cristo la que sabía que en las horas de la mañana había perdido a Adán. Vino María y la otra María a ver el sepulcro.

La que del paraíso había tomado la incredulidad se apresura a tomar la fe del sepulcro; se esfuerza por arrebatar a la muerte la vida, la que a la vida había arrebatado la muerte. Vino María. Este nombre es el de la madre de Cristo; vino, pues, la madre en el nombre, vino la mujer, para hacerse madre de los vivientes la que se había hecho madre de los que mueren, a fin de que se cumpliera lo que está escrito: Esta es la madre de todos los vivientes (Gn 3,20). Vino María y la otra María. No dijo «vinieron», sino «vino»; bajo un solo nombre vinieron dos, por misterio, no por azar. Vino María y la otra María. Vino la misma pero otra, otra pero la misma, para que la mujer cambiara en la vida, no en el nombre; en la virtud, no en el sexo; y se hiciera mensajera de la resurrección la que había sido intermediaria de la caída y de la ruina. Vino María a ver el sepulcro. Para que a la que había engañado la vista del árbol la reparase la vista del sepulcro; y a la que había derribado una mirada seductora la levantase una mirada saludable.

He aquí, dice, que se produjo un gran terremoto, pues un ángel del Señor bajó del cielo (Mt 28,2). Tembló la tierra, no porque un ángel bajara del cielo, sino porque el Dominador subía de los infiernos. He aquí que se produjo un gran terremoto. Se conmueve el abismo, saltan en pedazos las profundidades de la tierra, teme la tierra, tiemblan las moles de los montes, se sacuden los cimientos del orbe, es apresado el Tártaro, son citados a juicio los infiernos: es condenada la muerte, que, dirigiéndose contra los reos, fue

a dar contra el juez; tras dominar a los siervos, se encendió contra el Señor; ensañándose contra los hombres, saltó contra Dios. Con razón, pues, perece la ley del Tártaro, se suprimen los derechos del infierno, se quita la potestad de la muerte, y en castigo de su temeridad la injuria hecha al juez instructor resucitó a los muertos: en efecto, se devuelven los cuerpos, el hombre es reintegrado, la vida es reparada, y todo queda ya saldado por el perdón, porque la sentencia pasó en seguida sobre el autor de la vida. He aquí que se produjo un gran terremoto. Ahora un gran terremoto: ¡oh, si entonces siquiera un leve torbellino hubiera derribado el árbol mortífero! ¡Oh, si el humo de una nube hubiera oscurecido la vista de aquella mujer! ¡Oh, si una negra nube hubiera ensombrecido el aspecto de la fruta letal! ¡Oh, si hubiera temblado la mano que tocaba lo prohibido! ¡Oh, si una noche injusta hubiera oscurecido el día del pecado, y se hubiera llevado entonces los lamentos del mundo, y los acrecentamientos de la muerte, y la injuria hecha al Creador! Pero los halagos sirven siempre a los vicios, lo dulce alcahuetea a los delitos, mientras que lo austero y lo fuerte es amigo de las virtudes.

Pues un ángel del Señor bajó del cielo. Al resucitar Cristo, al perecer la muerte, se devuelve a los terrenos el comercio celestial; y la mujer que había tenido con el diablo un consejo letal tiene con el ángel un coloquio vital. Pues un ángel del Señor bajó del cielo, e hizo rodar hacia atrás la piedra. No dijo «hizo rodar», sino «hizo rodar hacia atrás» la piedra, que, rodada contra el

sepulcro, probó la muerte, y, rodada hacia atrás, se mostró defensora de la resurrección. Dichosa la piedra que mereció revelar y velar a Cristo; dichosa la que no abre menos los corazones que el sepulcro; dichosa la que da la fe de la resurrección, y a la fe la resurrección, la que atestigua que la carne divina resucitó. Aquí se cambia el orden de las cosas; este sepulcro devora la muerte, no al muerto; la casa de la muerte se hace morada de vida; una nueva forma de seno concibe a un muerto, da a luz a un vivo.

Pues un ángel del Señor bajó del cielo, y acercándose hizo rodar hacia atrás la piedra, y se sentó sobre ella. ¿Y qué causa tenía para sentarse el ángel, en quien no había cansancio alguno? Pero se sentaba como doctor de la fe, como maestro de la resurrección: se sentaba sobre la roca, para que la solidez de la sede diera firmeza a los creyentes. El ángel ponía sobre la roca los cimientos de la fe, sobre la cual Cristo había de fundar la Iglesia, él que dijo: Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi Iglesia (Mt 16,18). Su aspecto, dice, era como el relámpago, y sus vestiduras como la nieve (Mt 28,3). ¿No basta el fulgor para la gloria del ángel? ¿qué hizo el vestido por una naturaleza celestial? Pero con tal esplendor reflejaba la apariencia y la forma de nuestra resurrección, porque los que resucitan por Cristo son transformados en la gloria de Cristo.

Pero por temor de él se aterraron los guardias, y quedaron como muertos (Mt 28,4). Desdichados aquellos a quienes hiere el pavor de la muerte en el momento en que se devuelve la seguridad

de la vida: pero los ministros de la crueldad, los ejecutores de la incredulidad ajena, ¿cómo podían tomar confianza de las cosas de lo alto? Asediaban el sepulcro, cerraban las puertas a la resurrección, y vigilaban para que la vida no pudiera entrar por ningún lado, ni la muerte perecer: con razón los hirió y los derribó la venida del ángel. La mortalidad, desdichada y siempre enemiga de sí misma, se duele de morir, y combate para no poder resucitar: convenía abrir el sepulcro, y aportar para la resurrección toda la facilidad que hubiera, a fin de que hubiera milagro por el hecho, esperanza por el ejemplo, la cosa misma por el que volvió, creencia por su vivir. Gran demencia es esta: que el hombre no quiera creer lo que desea que le suceda.

Baste haber dicho hoy esto acerca de estos guardias: lo que contiene nuestra fe, para que hoy no sea largo, lo diremos después, por don de nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Sermón LXXV.

Sobre lo mismo

Cuanto yo he andado lejos de vosotros, tanto ha andado lejos de mí la palabra: pero orad, hermanos, para que, así como Dios me ha devuelto a vosotros, se digne devolverme y restituirme la palabra. Habéis oído al evangelista que dice: En la tarde, dice, del sábado, que amanece hacia el primer día de la semana (Mt 28,1). ¿Qué entiende aquí el sentido humano? ¿Qué saborea aquí la sabiduría humana? La tarde que amanece. La tarde termina el día, no lo comienza, ni alumbra luz, sino tinieblas; pero aquí el autor de los elementos cambia el curso de los elementos, para que en la resurrección del Señor percibas todo divino, nada humano. En efecto, al resucitar Cristo, para los fieles amanece la tarde, para los infieles se oscurece el día; para los discípulos la noche se cambia en día, para los judíos el día se vuelve y se cambia en noche. Desde la hora sexta, dice, se hicieron tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora nona (Mt 27,45). Para que se oscureciera la claridad misma del mediodía, que es entera, y se cumpliera lo que está escrito: Se le pondrá el sol a mediodía (Am 8,9); se les pondrá a ellos, es decir, a los judíos; pero para los nuestros: La noche será iluminada como el día (Sal 139,12). Porque la tarde, que

siempre declina hacia una oscuridad profunda, se extendió entonces y se alzó hacia toda la luz de Cristo, y con todo su esplendor llenó todos los pechos de los mortales al resucitar Cristo de los infiernos. La tarde del sábado. Porque el sábado es iluminado por Cristo, no destruido. Pues no vino a abolir la Ley, sino a cumplirla (Mt 5,17). Es iluminado para que brille en el domingo, para que resplandezca en la Iglesia lo que en la Sinagoga se ensombrecía porque los judíos lo oscurecían.

Vino María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Las mujeres preceden a los apóstoles en el servicio, ellas que por el sexo siguen a los varones, por el orden a los discípulos: pero no por eso hacen más tardos a los apóstoles, pues no llevan al sepulcro del Señor figuras de mujeres, sino el tipo de las iglesias: María, y María, la otra de modo que es la misma; la misma como la otra; la otra la misma María, María madre de Cristo: un solo nombre se duplica en dos mujeres, porque aquí la Iglesia que viene de dos pueblos es figurada una a partir de dos pueblos, es decir, de los gentiles y de los judíos, porque los primeros son últimos y los últimos primeros (Mt 20,16). Viene María al sepulcro, viene al seno de la resurrección, viene al parto de la vida, para que Cristo naciera de nuevo para la fe desde el sepulcro, el que había sido engendrado del seno de la carne; y para que a aquel a quien la virginidad cerrada había dado a luz para la vida presente, el sepulcro cerrado lo devolviera a la vida sempiterna. Es señal de la divinidad haber dejado cerrada a la Virgen después del parto; haber salido del sepulcro cerrado con

el cuerpo es señal de la divinidad. María y María vinieron a ver el sepulcro; ves que vinieron, no para contemplar al Señor, sino el sepulcro; y no buscaban entre los muertos al que ya vivía, ellas que creían que el Señor ya había resucitado.

Pues un ángel del Señor bajó del cielo, y acercándose hizo rodar hacia atrás la piedra (Mt 28,2). Hizo rodar hacia atrás la piedra, no para ofrecer salida al Señor que salía, sino para mostrar al mundo que el Señor ya había resucitado; para dar fe a sus consiervos a fin de que creyeran, no para prestar auxilio al Señor a fin de que resucitara. Hizo rodar hacia atrás la piedra. Se hace rodar hacia atrás para la fe la que había sido rodada para la incredulidad. Hizo rodar hacia atrás la piedra, para que fuese título de la vida la misma que había recibido el oficio de hacer guardia a la muerte.

Orad, hermanos, para que ahora baje el ángel, y haga rodar fuera toda la dureza de nuestro corazón, abra lo cerrado de nuestros sentidos, atestigüe también desde nuestras mentes que Cristo ha resucitado, porque, así como es cielo aquel corazón en el que vive y reina Cristo, así es sepulcro aquel pecho en el que Cristo es tenido todavía por muerto y sepultado. Créase que la muerte de Cristo pasó, así como se cree que fue: Cristo hombre padeció, murió y fue sepultado; es, vive, reina, permanece, perdura Dios. Escucha al Apóstol que dice: Aunque hayamos conocido a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos (2 Cor 5,16). Y: En cuanto murió al pecado, murió

una vez; pero en cuanto vive, vive para Dios (Rom 6,10); es decir, vive Dios.

Y acercándose hizo rodar hacia atrás la piedra, y se sentó sobre ella. Se sentaba para enseñar la resurrección, no para aliviar el cansancio. Una naturaleza celestial ignora el cansancio, no conoce la fatiga: pero la piedra se hizo vaso del asiento angélico, cátedra de la doctrina celestial, escuela de vida, porque los judíos la habían puesto como puerta de la muerte, para el servicio de la ceniza, para un triste silencio. Su aspecto, dice, era como el relámpago, pero sus vestiduras como la nieve (Mt 28,3). La claridad del rostro se distingue de la blancura de las vestiduras, y el rostro se compara al relámpago, el vestido del ángel a la nieve, porque el relámpago es del cielo, la nieve de la tierra. Escucha al Profeta que dice: Alabad al Señor desde la tierra, fuego, granizo, nieve (Sal 148,7-8). En el rostro del ángel se conserva, pues, la claridad de la naturaleza celestial; en el vestido, en cambio, se figura la gracia de la comunión humana, y se templa el aspecto del ángel que les habla, para que los ojos carnales soportaran la plácida claridad de las vestiduras, y por el fulgor del rostro temblaran ante el mensajero de su autor, y lo reverenciaran.

Pero por temor de él se aterraron los guardias (Mt 28,4). ¿Por qué aterrados? Porque custodiaban con afán de crueldad, no con homenaje de piedad. Se derrumba, se destruye, no puede sostenerse aquel a quien la conciencia abandona y la culpabilidad empuja. De ahí que el ángel abata a los impíos, y hable a los piadosos y los consuele.

No temáis vosotras. Es decir, teman aquellos: no teman las que buscan, teman los que persiguen. No temáis vosotras, pues sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado; no está aquí (Mt 28,5-6). Es decir: «Yo he venido para instruiros, no para sacarlo a él, que es a la vez Hacedor de las cosas y resucitador de sí mismo».

No está aquí, pues ha resucitado como dijo. Ves que vino el ángel para que el siervo afirmara con hechos lo que el Señor había predicho con palabras; y para enseñar que la potestad de morir y de vivir estaba en manos de aquel que antes de su muerte había predicho su resurrección: pues ciertamente el que pudo saberlo pudo también evitarlo, pero, porque pudo vencer, desdeñó apartarse, porque la gloria del que resucitaba sepultó la injuria del que moría. De lo que sigue, hermanos, trataremos en el sermón siguiente, porque el cansancio del viaje, todavía reciente, nos ha impedido prolongar y extender el sermón.

Sermón LXXVI.

Sobre lo mismo, y sobre la segunda manifestación de Cristo, hecha a las mujeres que volvían del monumento

En el sermón anterior dijimos que María y la otra María tenían la figura de la Iglesia que viene de dos pueblos: hoy deseamos probarlo con lo que sigue, si tan solo se nos concede vuestro benigno oído. Respondiendo, dice, el ángel dijo: No temáis vosotras, pues sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado: no está aquí, pues ha resucitado como dijo (Mt 28,5-6). Venid, ved el lugar donde había sido puesto el Señor. El ángel predica el nombre, dice la cruz, habla de la Pasión, reconoce la muerte, pero en seguida la resurrección, en seguida confiesa al Señor. Y si el ángel, después de tan grandes suplicios, después del sepulcro, reconoce al Señor, habla de su propia servidumbre, y siente que toda la injuria de la Pasión ha pasado a la gloria de la resurrección, ¿por qué el hombre o juzga a Dios disminuido en la carne, o piensa que en la Pasión desfalleció su poder, o cree que su señorío fue consumido por la servidumbre? Con razón, pues, dice «crucificado», y muestra el lugar donde había sido puesto el Señor, no fuera a creerse que había resucitado de entre los muertos otro, y no él mismo. Y si el Señor vuelve en la misma carne, trae de nuevo las

heridas, vuelve a tomar los mismos agujeros de los clavos, y hace testimonios de su cuerpo, indicios de su resurrección, de lo mismo que había sido ultraje de su Pasión, ¿por qué el hombre piensa que volverá en otra carne, o no piensa que volverá en la suya, o acaso el siervo desdeña su propia carne, cuando el Señor no cambió la nuestra? Confórmate, hombre, con que tú mismo serás en tu propia carne, no sea que tú mismo no seas, si resucitas en carne ajena.

El ángel añadió, diciendo: E id pronto, decid a los discípulos que ha resucitado, y os precederá a Galilea; allí lo veréis (Mt 28,7). Aquí el ángel no envía a unas mujeres, sino a la Iglesia en dos mujeres; la envía una, para difundirla así a lo largo y a lo ancho al enviarla. Aquí el ángel envía a la esposa al esposo; en efecto, mientras ellas iban, les salió al encuentro el Señor, y las saludó, diciendo: Salve (Mt 28,9). Les sale al encuentro, y no las aterra con su potestad, sino que se les adelanta con el ardor de la caridad; no las turba con autoridad, sino que las saluda con la ley del esposo; no las agobia con el derecho del que domina, sino que las honra con el amor del consorte: las saluda: Salve. Él mismo había dicho a sus discípulos: No saludéis a nadie por el camino (Lc 10,4); ¿y qué significa que aquí, en el camino, salga al encuentro tan festivo saludador? ¿No espera a ser reconocido, no pide ser comprendido, no admite ser interrogado, sino que va todo él al saludo, va ferviente, y él mismo deshace con el saludo su propio mandato? Lo hizo, lo hizo, porque la fuerza del amor todo lo vence y lo supera: y a la vez,

porque Cristo se saluda a sí mismo en la Iglesia, a la que hizo suya, y así la ha recibido como sus propias entrañas, así en su propio cuerpo, como dice el Apóstol: Y él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia (Col 1,18).

Pero que en estas mujeres permanece plena la figura de la Iglesia lo muestra con evidencia la cosa misma, porque Cristo reprende a sus discípulos que vacilan acerca de la resurrección, afianza a los que tiemblan, y mostrando el costado, con los huecos de los clavos, tomando alimento, a duras penas los hace volver a la fe. Por eso con razón llama muchachos a los que son pequeñuelos en la fe, diciendo: Muchachos, ¿tenéis algo de comer? (Jn 21,5); y en otro lugar a la misma María, que lloraba como por un muerto, la llama «mujer», y le niega el permiso de tocarlo (Jn 20,15-17): pero a estas las encuentra tan perfectas, tan creyentes, tan libres de temor por su sexo, tan presurosas en el misterio, tan entregadas a buscar al Señor con todo el ardor de la fe, que se les entrega para ser tenido con tal saludo, diciendo: Salve. El ángel había dicho: Pues sé que buscáis a Jesús crucificado; y a las que lo buscaban Cristo respondió: Salve; en otro lugar, en cambio, a María no se le da ni siquiera la facultad de tocar, aquí se concede plena licencia no solo de tocar, sino también de tener asido. Ellas, dice, se acercaron y tuvieron asidos sus pies (Mt 28,9). Estas tienen asidos los pies de Cristo, porque tienen en la Iglesia el tipo de la predicación evangélica, y lo merecen por su carrera: y así tocan por la fe las huellas de su Sal-

vador, para alcanzar la gloria de toda la deidad, para llegar al honor.

Aquella otra, en cambio, oye con razón: No me toques (Jn 20,17), ella que en la tierra llora al Señor, y de tal modo lo busca muerto en el sepulcro, que no sabe que reina en los cielos con el Padre. No me toques, es decir, no rindas homenaje con el tacto de la carne a aquel a quien deberías alcanzar con el tacto de la fe; y no pretendas tocar en la tierra como a un hombre solamente a aquel a quien todavía no sabes adorar como Dios en los cielos; cese el cuidado femenino, desista la solicitud mujeril, suba a tu mente una creencia varonil, abarque la anchura de tu corazón mi ascensión, para que en los cielos goces de la eterna bienaventuranza de mi contacto. Según aquello del Profeta: Dichoso el varón cuyo auxilio viene de ti, Señor; dispuso subidas en su corazón (Sal 84,6). No toca a Cristo en la tierra quien no sube por la fe hasta Cristo en el cielo. Que, pues, la misma María, ora colocada en la cumbre de la fe, ora elevada a la cima de la Iglesia, toque a Cristo y lo tenga asido con todo el afecto de la santidad, ora, abatida por la flaqueza de la carne y por la debilidad femenina, dude y no merezca el contacto de su autor, no plantea cuestión: puesto que aquello es de la figura, esto del sexo; aquello es de la gracia divina, esto de la naturaleza humana. Porque cuando nosotros, los mismos, sabemos lo divino, es don de Dios; cuando saboreamos lo humano, nos cegamos por nosotros mismos. Así el bienaventurado Pedro, al confesar al Hijo de Dios, conoce a Cristo por revelación del Padre;

cuando niega a Cristo, siente y padece la ceguera de la carne.

Entretanto los judíos, en cuanto a crímenes, o compran mal los suyos, o venden peor los ajenos, al tasar los pecados con precio, al pesar y compensar los delitos con dinero, al derrochar en sus maldades lo que reunieron con toda maldad. Así compran a Judas, traidor de su Señor, y pesan con un precio la sangre del Redentor del mundo; así encierran en una bolsa la fe del sepulcro abierto, para comprar con monedas de crímenes el crimen de negar la resurrección. Dinero, dice, abundante dieron a los soldados, diciendo: Decid que sus discípulos vinieron de noche y lo robaron mientras nosotros dormíamos; y si el gobernador llega a oír esto, nosotros lo persuadiremos, y os pondremos a salvo (Mt 28,12-14). Y ellos, recibido el dinero, hicieron como se les había enseñado; y se ha divulgado esta palabra entre los judíos hasta el día de hoy (Mt 28,15). Entre los judíos: ¿acaso entre los cristianos? Judío, lo que tú en Judea oscurecías con oro, por la fe ha brillado y resplandecido en todo el mundo: los discípulos recibieron a Cristo, no lo robaron; tú compraste la incredulidad, pero no robaste la verdad; judío, Cristo ha resucitado, tú has perdido tu dinero. Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mt 27,25). Judío, Cristo vive; tú te has dado muerte a ti y a tu posteridad.

Sermón LXXVII.

Sobre la Resurrección de Cristo

Es indicio muy pleno de una devoción perfecta que, en el tiempo de la Pasión, toda la creación padezca con su Creador. ¿Qué carne no tembló cuando temblaba la tierra, qué mente no se entorpeció, qué ingenio no desfalleció, cuando el sol se puso antes de tiempo, cuando la luz huyó? En efecto, hermanos, también nuestras entrañas sucumbieron entonces, el sentido murió con él, nuestra palabra fue sepultada con su autor, para ser ahora resucitada a toda su gloria. Esta fue la causa de mi silencio, esta fue la devota dilación de mi deuda. Y no es de extrañar, hermanos, si mi palabra, con previsión y con todo el homenaje del afecto, siguió a su dador hasta los infiernos, porque sin él no tenía con qué pagaros a vosotros, acreedores tales y tan grandes. Y si algún exactor codicioso y ávido se queja de la tardanza del pago, deje de levantarnos calumnia por el tiempo, porque mi Señor, que es rico, aumenta y compensa multiplicado el interés del préstamo mismo. Que nos libre ya, pues, la generosa humanidad de la lectura evangélica, a quienes la necesidad del oficio trajo y sujetó a una deuda tan grande como esta.

En la tarde, dice, del sábado, que amanece hacia el primer día de la semana (Mt 28,1). En el Señor que resucita no solo se trastocó el derecho de la naturaleza humana, sino que también el orden mismo de la creación fue cambiado de manera señalada. La tarde del sábado, que amanece. He aquí que, al resucitar el Señor, la tarde no se oscurece, sino que amanece; y se hace comienzo de la luz lo que solía ser principio de la noche. La tarde del sábado, que amanece hacia el primer día de la semana. Como la mortalidad a la inmortalidad, la corrupción a la incorrupción, la carne a Dios, así las tinieblas son transferidas a la luz; para que la noche misma se alegre de no haber perecido así, sino de haber sido cambiada, ella que así desfalleció más por la oscuridad que por el tiempo, que más felizmente perdió sus intervalos, perdió el turno de su servidumbre, para fluir e irrumpir en la libertad de la luz perpetua, como dice el Profeta: Y la noche es mi iluminación en mis delicias (Sal 139,11). La tarde que amanece hacia el primer día de la semana. El sábado se alegra de haber sido hecho segundo, él que por mandato de la Ley yacía entorpecido en el ocio; y por la primacía del domingo es admirablemente despertado a las obras del poder divino, él a quien la inercia de la observancia judía hacía extraño al poder saludable, como dice el Señor: ¿No es lícito en sábado conceder curación a los enfermos, auxilio a los afligidos, vista a los ciegos, vida a los muertos? (Lc 6,9); y, interpretándolo así, aquella observancia había sujetado míseramente a la sola servidumbre del vientre el día del sábado, que

Dios había destinado a los estudios de la santa Ley.

En la tarde del sábado, que amanece hacia el primer día de la semana, vino María Magdalena y la otra María. Una vino por el nombre, la que ahora se lee otra en persona diversa. Vino María y otra María. Para que la unidad del nombre figurase una sola en dos, y la diversidad de personas mostrase a la mujer cambiada. Pues dice «vino», no «vinieron», y cuando dice «otra», designa en ambas a la misma con un lenguaje místico, para mostrar que una vino antes de la fe, otra había de volver después de la fe. Viene la mujer, pero vuelve María; viene la que introdujo la muerte, vuelve la que engendró la vida; viene Adán, la que condujo a los infiernos, vuelve la que recibió de vuelta a Cristo de los infiernos. Vino María y otra María. ¿Por qué? Para ver el sepulcro, y no para buscar a Cristo: solo para ver el sepulcro, el título de su culpabilidad, el triste documento de su fechoría, el comercio funesto de su presunción con el diablo, de su ganancia, para recobrar la fe allí de donde soportaba el oprobio perpetuo de su prevaricación.

Y he aquí que se produjo un gran terremoto (Mt 28,2). Si así tembló la tierra cuando el Señor de los suyos resucita para el perdón, ¿cómo se estremecerá cuando el de los culpables se levante para el castigo, como dice el Profeta: La tierra tembló, y quedó en calma, cuando Dios se levantaba para el juicio (Sal 76,9-10)? Y la que no pudo soportar la presencia de un consiervo, esto es, de un ángel, ¿cómo soportará a Dios juez? He

aquí que la salvación humana es reparada por las mismas líneas por las que había perecido. La mujer, primera en la incredulidad, es la primera conducida a la fe; corre la primera hacia el que dio muerte a la muerte, la que había corrido la primera hacia el autor de la muerte; oye la primera al ángel, la que primero había hablado con el diablo.

Un ángel del Señor bajó del cielo, y acercándose hizo rodar hacia atrás la piedra, y se sentó sobre ella. No para conferir la resurrección con tal operación, sino para darla a conocer, como dice el Señor: Tengo potestad para dar mi vida, y tengo potestad para volver a tomarla (Jn 10,18). Nos abre lo cerrado, nos descubre lo oculto, y no saca a la luz a su autor, que ya no estaba en el sepulcro; sino que conduce a sus consiervos, que estaban puestos en la oscuridad de la duda, a la fe de la resurrección; él mismo lo atestigua cuando dice: No está aquí, ha resucitado (Mt 28,6): Hizo rodar hacia atrás la piedra, y se sentó sobre ella. ¿Por qué no la hizo rodar, sino rodar hacia atrás? Para que la piedra que la incredulidad de los fariseos había hecho rodar para el tropiezo y el escándalo, el ángel la hiciera rodar hacia atrás para la fe y la salvación, como dice el profeta: He aquí que pongo en Sion piedra de tropiezo y roca de escándalo (Is 8,14; 28,16; Rom 9,33). Se hace rodar hacia atrás, pues, la piedra, para hacer rodar fuera la muerte, ella que, rodada contra él, había encerrado la vida, como dice la Escritura: Veréis vuestra vida colgada ante vuestros ojos, y no creeréis (Dt 28,66). Y se sentó sobre ella. No reparando el cansancio, sino mostrando así que

era el custodio de un sepulcro sagrado y vital; y con tal indicio de su asiento, como ministro de un oficio celestial, declaraba que la muerte había sido destruida; y que es Dios el que padeció, Dios el que fue recibido dentro de las estrecheces de nuestro cuerpo, Dios aquel de quien, sentado así con vestidura celestial, daba testimonio como defensor. ¿Y qué más, hermanos? Está sentado, porque el ángel nunca se aparta de aquel sepulcro tan venerable.

Pero por temor de él se aterraron los guardias, y quedaron como muertos (Mt 28,4). El terror que derriba a los culpables al punto vuelve sobre los cómplices. Así, así, cuando resuciten los inocentes, el terror y la muerte poseerán a los injustos y a los impíos. Y su aspecto era como el relámpago, y sus vestiduras como la nieve (Mt 28,3). ¿Qué hace el vestido donde no hay desnudez alguna? ¿para qué la vestidura donde no se tiene necesidad de cubrirse? Pero el ángel, hermanos, prefigura así nuestro porte, nuestra forma, nuestra semejanza en la resurrección, donde el hombre es restituido en la claridad misma de su cuerpo, como dice el Señor: Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre (Mt 13,43).

Y respondiendo el ángel dijo a las mujeres: No temáis vosotras, pues sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado (Mt 28,5). Todavía lo buscaban crucificado y muerto, ellas cuya fe había turbado la cruel tormenta de la Pasión, y a quienes el peso de la tentación había encorvado de tal modo que todavía buscaban en un sepulcro al Señor del cielo.

No está aquí (Mt 28,6). Según lo que estuvo en un lugar; pero está aquí, por cuanto está en todas partes, y no lo encierra la capacidad de un lugar. Venid, ved el lugar donde había sido puesto el Señor. El ángel llama a las mujeres a ver, para que el lugar del sagrado cuerpo limpiara los ojos que la vista del árbol prohibido había manchado, al cerrarlos el diablo. Entran en el sepulcro, para que, sepultadas con el Señor, resucitaran a la plena salvación de la fe. Si hemos sido plantados juntamente en la semejanza de su muerte, juntamente lo seremos también en la de su resurrección (Rom 6,5).

Id, decid a sus discípulos (Mt 28,7). Vuelve al varón, mujer ya sanada, y persuádele la fe, tú que le persuadiste la incredulidad; lleva al hombre el indicio de la resurrección del Señor, tú que antes le llevaste el consejo de la tentación y de la ruina.

Sermón LXXVIII.

Sobre la séptima manifestación de Cristo, hecha a los discípulos junto al mar de Tiberíades

Después de aquella tempestad de la Pasión del Señor, desconocida para la tierra, temible para los cielos, inaudita para los siglos, insoportable para los infiernos, vino el Señor al mar, y halló a sus discípulos fluctuando en las tinieblas de la noche. Pues, huido el sol, ¿qué pudo quedar del esplendor de la luna? ¿qué de las estrellas para consuelo de la noche? Pues la tierra era una sola y confusa oscuridad, que cegaba no solo la vista del cuerpo, sino la mirada misma de la mente: y no dejaba a los navegantes buscar ni recobrar la orilla de la fe, el puerto de la salvación.

Llegada ya la mañana, dice el evangelista, Jesús se puso en la orilla; pero los discípulos no conocieron que era Jesús (Jn 21,4). Toda la creación había huido de la injuria hecha al Creador: el mundo se esforzó por evitar la muerte de su Señor, sabiendo que la venganza alcanza a toda la casa en la que el Dominador haya sido muerto por la maldad de los siervos. De ahí que la tierra temblara al abandonarla sus cimientos, el sol huyera para no ver, el día se retirara para no estar presente, las rocas, porque no podían apartarse por naturaleza, se partieran con una herida nue-

va, acusando tan gran fechoría con un sonido, ya que no podían con la voz; el infierno, cuando vio que el Juez mismo penetraba hasta él, vencido y aullando, perdió a los que retenía: de ahí que las almas devueltas a sus cuerpos anunciaran a los vivos que resucitarían los muertos que el mundo había creído perecidos. Así, pues, como todo el armazón del mundo fluctuaba de tal modo en un orden confuso, y creía haber sido devuelto por la muerte de su autor a las tinieblas primordiales y al antiguo caos, de repente el Señor trae de nuevo el día con la luz de su resurrección, y reforma todo el orbe en su cuerpo primitivo, para resucitar consigo para su gloria al que había visto padecer así con él, como dice el evangelista: Llegada ya la mañana; esto es, pasada la noche de la Pasión del Señor, Jesús se puso en la orilla. Para devolver todas las cosas a su antiguo límite, afirmar lo dudoso, calmar lo agitado, ordenar lo turbado, y con su fondeadero estabilizar los cimientos mismos del orbe, que así habían sido conmovidos, de modo que el mundo volviera al punto al homenaje de su autor, él que había huido de la injuria hecha a su autor.

Llegada la mañana, Jesús se puso en la orilla. Para devolver sobre todo a la Iglesia, en la que los discípulos eran entonces zarandeados por amargas olas, al fondeadero seguro de su fe: en efecto, porque los había hallado privados de la virtud de la fe, y los había encontrado del todo abatidos en su vigor varonil, los reprende llamándolos tales muchachos, cuando dice: Muchachos, ¿tenéis algo de comer? (Jn 21,5) Pues allí estaba Pedro, que

había negado. Tomás, que había dudado; Juan, que había huido; no los interpela, pues, como a soldados valerosísimos, sino como a muchachos, como a temerosos; y a los que todavía no halla aptos para el combate, los invita a la mesa como a tiernos, diciendo: Muchachos, ¿tenéis algo de comer? Para que la humanidad los hiciera volver a la gracia, el pan a la confianza, el guiso a la fe; pues no habrían creído que el cuerpo había resucitado si no lo veían comer con todo el modo de un hombre. De ahí que pida alimento la saciedad entera de las cosas: el pan mismo come, porque no tiene hambre de comida, sino siempre de la caridad de los suyos.

Muchachos, ¿tenéis algo de comer? Le respondieron: No (Jn 21,5). ¿Y qué tenían los que no tenían a Cristo, puesto ya junto a ellos, los que todavía no veían con sus ojos al Señor que estaba delante? Pues los discípulos no conocieron que era Jesús. Les dice: Echad la red a la parte derecha de la nave, y hallaréis (Jn 21,6). Llama de nuevo a la derecha a los que el torbellino de la Pasión había empujado y arrinconado a la izquierda. La echaron, dice, y no podían sacarla por la multitud de peces. La habían echado a la derecha, la habían echado a la parte varonil, pero, como muchachos, todavía no podían sacarla: sintieron, sin embargo, por el peso mismo, sintieron que los peces habían venido a la orden del que mandaba, no que habían caído en la captura de un arte humano.

Pero aquel discípulo a quien amaba Jesús dijo: Es el Señor (Jn 21,7). El que es amado ve primero,

porque el ojo del amor mira siempre con más agudeza, y siempre siente con más viveza el que ama. Pedro, cuando oyó. ¿Qué había retardado así aquella mente de Pedro, para oír de otro al Señor, él que solía anunciarlo a los demás? ¿Dónde está aquella palabra singular suya? Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo (Mt 16,16): ¿dónde está? Había huido en la casa de Caifás, príncipe de los judíos; tardaba más en ver a su Señor el que con tanta facilidad había oído la voz de una criada que susurraba (Mt 26,69-70).

Cuando oyó, dice, que era el Señor, se ciñó la túnica, pues estaba desnudo (Jn 21,7). ¡Cosa admirable, hermanos! Cuando el Señor era apresado, Juan arrojó el lienzo, y Pedro fue hallado desnudo: porque a Juan lo cubrió la huida, a Pedro así lo desnudó la negación (Mc 14,51-52). Cosa admirable, hermanos, y verdaderamente admirable, que el que en la nave fue desnudado se sumerja vestido en el mar: porque la inocencia nunca está desnuda, y la culpabilidad siempre se refugia en un velo. En efecto, como Adán, así también ahora Pedro, después de su culpa, ansía cubrir su desnudez, ellos dos que antes de la culpa habían estado ciertamente vestidos de una santa desnudez. Se ciñó la túnica, y se echó al mar. Para que el mar lavara lo que la negación había manchado así. Se echó al mar. Para ser el primero en volver el que había recibido en el orden el principado. Y se ciñó la túnica. Él, que había de ser ceñido por la pasión del martirio, como dice el Señor: Otro te ceñirá, y te llevará adonde tú no quieres (Jn 21,18).

Pero los otros discípulos vinieron en la barca, pues no estaban lejos de tierra, sino como a doscientos codos, arrastrando la red de peces (Jn 21,8). Los otros llegan en la barca, y arrastran la captura de peces, para conducir consigo al Señor, con trabajo fiel, a la Iglesia zarandeada por las tormentas del siglo, y a los que con la red evangélica arrebatan hacia la luz de lo alto y levantan de lo profundo. No estaban, dice, lejos de tierra. No estaban lejos de la tierra de los vivientes aquellos a quienes el fin de lo presente había hecho ya próximos a lo futuro. Sino como a doscientos codos. De los judíos y de los gentiles duplica el número de cien el que une la vida y la salvación de dos pueblos. La parte restante de la lectura la trataremos en el sermón siguiente, con la ayuda del Señor.

Sermón LXXIX.

Sobre la Resurrección de Cristo

Puesto que ya hemos recorrido las lecturas de Mateo y de Marcos sobre la Resurrección del Señor, indaguemos ahora cómo ha tronado sobre ella el beatísimo Lucas. El primer día de la semana, dice, muy de madrugada, vinieron las mujeres al monumento, trayendo los aromas que habían preparado (Lc 24,1). Muchas veces hemos dicho que lo que se hizo en torno a la resurrección de Cristo se hizo a la forma de nuestra resurrección: de ahí que los evangelistas expongan la serie de los hechos de Cristo con un lenguaje más místico que nuevo. El primer, dice, día de la semana. Bien dice «uno», porque el día de la resurrección no conoce otro; madre de la luz eterna, ignora el tiempo de la noche; el día perpetuo amanece perpetuamente; la luz de los que resucitan no puede morir; la luz que borra la noche no sabe extinguirse.

Vinieron, dice, al monumento, trayendo los aromas que habían preparado: y hallaron la piedra removida del monumento, y entrando no hallaron el cuerpo del Señor Jesús (Lc 24,1-3). ¿Qué significa que las que antes habían huido del monumento vuelvan ahora audaces al sepulcro: intrépidas vuelven al cadáver pavoroso,

invaden confiadamente la tristeza del sepulcro; y no hallando al Señor, buscan con constancia, permanecen con más constancia; y no se llenan de pavor de que la noche añadida al monumento, al engendrar tinieblas, añada temor? Hermanos, la mujer es causa del mal, autora del pecado, camino de la muerte, título del sepulcro, puerta del infierno, toda la necesidad del lamento: por eso nacen para las lágrimas, son entregadas a las tristezas, son sujetas a los gemidos, y son tan fuertes en los lamentos cuanto débiles se las halla en las fuerzas: y cuanto menos preparadas están para los trabajos, tanto más preparadas están para las lágrimas: de ahí que con lágrimas venzan las armas, con llantos doblen los reinos, con lamentos quiebren toda la fortaleza de los varones. No es de extrañar, pues, si para las lágrimas, para el cadáver, para el sepulcro, para el homenaje al cuerpo del Señor, las mujeres parecen aquí más ardientes que los apóstoles; donde la mujer corre la primera a las lágrimas, la que corrió la primera a la caída; se adelanta al sepulcro, la que se adelantó a la muerte; se hace mensajera de la resurrección, la que fue intérprete de la muerte; y la que había tendido al varón la noticia de tan gran ruina tiende ella misma a los varones el anuncio de una gran salvación, para compensar con la noticia de la fe lo que quitó con el oído de la incredulidad.

No es aquí invertido el orden, sino místico; no se pospone a los apóstoles a las mujeres, sino que se los reserva para cosas mayores; las mujeres toman sobre sí el homenaje a Cristo, los apóstoles toman sobre sí las pasiones de Cristo; ellas llevan

aromas, estos azotes; ellas entran en un sepulcro, estos en la cárcel; ellas se apresuran al homenaje, estos vuelan a las cadenas; ellas vierten aceite, estos derraman sangre: ellas quedan atónitas ante la muerte, estos toman sobre sí muertes. ¿Y para qué decir más? Ellas se quedan en casa, estos marchan a las líneas de batalla, para que, como soldados devotos, prueben la fe en la adversidad, la virtud en los trabajos, la paciencia en las injurias, la muerte en los peligros, el aguante en las heridas, la devoción en los castigos, la constancia en el desgarro de sus entrañas. Las mujeres, pues, llevan lágrimas por Cristo; los apóstoles, superado el diablo y vencidos los enemigos, traen a Cristo la victoria y el triunfo.

Que de los apóstoles se refiera que, al anunciarles las mujeres que el Señor había resucitado, o no lo creyeron, o lo juzgaron un desvarío, nadie lo reproche con dureza: duda hondamente el que cree más hondamente; no puede ser engañado el que no es fácil de oído; muy desidioso es el que después de un ejemplo es hallado incauto; el soldado bisoño corre a la línea de batalla, porque no conoce la causa de la guerra, ignora la fuerza del guerrero; es pericia, no es pereza, cuando el soldado veterano avanza poco a poco. Así Adán, novato, cayó pronto al creer pronto; y al prestar oídos fácilmente al relato de la mujer, se sujetó a sí y a sus descendientes al peor enemigo: pero el veterano Pedro no oye fácilmente a una mujer, cree tarde a las mujeres que anuncian, y delibera como veterano, para no lanzarse como muchacho. En efecto, cuando dos de los discípulos, que

después de la resurrección merecieron tener a Cristo como compañero de camino, volvieron y anunciaban que habían visto al Señor, los apóstoles juzgan lo que oyen no un desvarío, sino algo varonil: prestan oídos, fijan los rostros, abren los ojos, despliegan los corazones, y de tal modo confían a sus sentidos lo que se dice, que tras el ardor de la vacilación beben sedientos el anuncio de la fe del río que derramaba la lengua de sus compañeros. Así como las copas frías apagan y refrescan el ardor de la sed, así el oído de la mente se vuelve más alegre después de la tristeza.

Hermanos, ¿quién puede captar las causas del nacimiento del Señor? ¿Quién merece estimar la obra de la resurrección del Señor? Pensar estas cosas, captarlas, estimarlas, no podrá nadie sino el que lo haya recibido de Dios mismo: que el Creador de las cosas es creado por un parto de mujer, que el Señor del mundo es visto en la servidumbre humana, que el pastor de todos necesita pasto; que es entregado a los reos el que absuelve a todos; que es castigada la vida del mundo, que muere el resucitador de los muertos, que el que encierra todas las cosas es encerrado en un sepulcro, que el Señor de los de arriba es hallado en los infiernos. Quien, pues, puede captar estas cosas, juzgando con hondura, no se admira de las vacilaciones, los temblores, los temores, las huidas, los escondites de los apóstoles. Así pues, hermanos, de que los apóstoles duden, de que reciban estas cosas tan tarde con tan gran creencia, no nos admiremos nosotros, que hasta ahora no creemos, sino oremos para merecer sentir acerca

de ellas tanto cuanto conceda aquel que otorga al hombre sentir lo divino. Lo que queda de la serie de la lectura lo escrutaremos en el próximo sermón, con la ayuda de Dios.

Sermón LXXX.

Sobre la Resurrección de Cristo y la segunda manifestación, hecha a las mujeres que volvían del monumento

Puesto que en el último sermón tocamos la primera parte de la lectura, oigamos hoy lo que hay en lo que sigue. Respondiendo, dice, el ángel dijo a las mujeres: No temáis vosotras, pues sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado; no está aquí; pues ha resucitado como dijo; venid, ved el lugar donde había sido puesto el Señor (Mt 28,5-6). ¿Piensas que se reprocha la ausencia de Pedro, de Juan, de todos los discípulos, que se castiga su desidia, porque las mujeres, las primeras, solas, en vela, salen ardientemente al encuentro de Cristo que resucita; y que la porción varonil misma queda así señalada, de modo que la debilidad femenina se adelanta a la gloria de la resurrección? De ningún modo, hermanos; esto es causa, no azar; misterio, no suceso; orden, no culpa: pues aquí la mujer sigue al varón, no lo precede, donde el varón resucita en Cristo. Entiende, pues, que Pedro no cedió ante las mujeres, sino ante Cristo; no ante la criada, sino ante el señor; ante un misterio, no ante el sueño; ante el orden, no ante el temor: en efecto, el varón ya estaba en Cristo cuando el ángel vino a las mujeres, para

que, cuanto el Señor aventaja al ángel, tanto precediera el varón a la mujer en honor.

No temáis vosotras. Porque a los buenos los posee el amor, a los malos el pavor; y a los impíos los aterra el temor, a los piadosos los consuela el afecto. No temáis vosotras. Es decir: Tema el judío que lo entregó, Pilato que lo condenó, el soldado que se burló de él, la impiedad que lo crucificó, la crueldad que le dio a beber amargas copas, la saña que asedió al sepultado, la incredulidad que compró la mentira, que vendió la fe, la inhumanidad que se duele de que su Señor haya resucitado, no se duele de haberlo matado: a vosotras, en cambio, os conviene alegraros, no temer, porque ha resucitado el que buscabais muerto, vive el que llorabais asesinado.

Pues sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. Es decir: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? (Lc 24,5) ¿por qué buscáis la vida en un sepulcro? Id más bien al encuentro del que vive: y no acudáis ya al homenaje del que muere. Sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado: no está aquí. Así habló el ángel, porque abrió el sepulcro con este fin: no para que de allí saliera Cristo, que ya no estaba allí, sino para mostrar que Cristo ya no estaba allí.

Ha resucitado como dijo. Doble es el poder: volver de entre los muertos, y conocer de antemano lo futuro. Venid, ved el lugar donde había sido puesto el Señor. Venid, mujeres, venid, ved dónde pusisteis vosotras a Adán: dónde sepultasteis al hombre, dónde con vuestro consejo hundisteis al varón, por lo cual hicisteis que el

Señor yaciera así por los siervos mismos; y entended que la magnitud del perdón hacia vosotras es tan grande como fue la magnitud de la injuria hecha al Señor. Venid, ved el lugar donde había sido puesto el Señor. El poder angélico confiesa que es el Señor el que fue crucificado: ¿y la debilidad humana discute si es el Señor el que resucita? Cristo asumió las pasiones humanas de tal modo que todo lo que es de la divinidad no lo pierde.

E id pronto, decid a sus discípulos que ha resucitado, y he aquí que os precederá a Galilea: allí lo veréis (Mt 28,7). Tampoco aquí se pospone a los apóstoles a las mujeres, sino que la mujer es absuelta de su culpabilidad en cuanto lleva el anuncio de la vida, lleva el anuncio de la resurrección, ella que había llevado el anuncio de la muerte y de la ruina.

Y yéndose, dice, a toda prisa del monumento con temor y gran gozo (Mt 28,8). Las mujeres entran en el sepulcro para hacerse partícipes de la sepultura, compañeras de la Pasión; salen del sepulcro para levantarse por la fe antes de resucitar en la carne. Saliendo con temor y gran gozo. ¿Y dónde queda No temáis? Porque el temor no fue quitado, sino cambiado; el temor se había apartado de la culpabilidad, pero permanecía por el servicio; malo es el temor de la culpa, bueno el temor de la reverencia: habían perdido a Adán cuando les fue dado, temían en gran manera perderlo a él mismo una vez devuelto. Con temor y gran gozo. Está escrito: Servid al Señor con temor, y exultad en él con temblor (Sal 2,11). Con temor y gran gozo. Porque el temor del Señor es santo,

permanece por los siglos de los siglos (Sal 19,10). Permanece, pues, en la santidad el que persevera en el temor de Dios.

Corrían a anunciarlo a sus discípulos, y he aquí que Jesús les salió al encuentro, diciendo: Salve (Mt 28,8-9). Cristo sale al encuentro de las que corren con fidelidad, para que lo que habían creído por la fe lo reconocieran por la vista: y para afianzar con su presencia a las que el oído tenía todavía temblorosas. Jesús les salió al encuentro, diciendo: Salve. Les sale al encuentro como Señor, las saluda como padre; anima con el afecto, guarda con el temor; las saluda, para que sirvan por amor, no huyan por temor. Ellas se acercaron y tuvieron asidos sus pies. Quiso ser tenido el que padeció ser apresado. Se acercaron y tuvieron asidos sus pies. Para que supieran que el varón está en la cabeza de Cristo, que ellas están en los pies de Cristo: y que les ha sido dado por Cristo seguir al varón, no precederlo.

Les dice: No temáis (Mt 28,10). Lo que había dicho el ángel lo dice también el Señor, para que a las que el ángel había afianzado Cristo las hiciera más firmes. Pero id, decid a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán. Resucitando de entre los muertos, Cristo volvió a tomar al hombre, no lo dejó: llama, pues, hermanos a los que hizo consanguíneos de su cuerpo; llama hermanos a los que adoptó como hijos de su Padre; llama hermanos a los que, heredero benigno, se dio como coherederos.

Pero oíd cómo, al resucitar Cristo, resucita la impiedad: He aquí que algunos de los guardias

vinieron a la ciudad, y anunciaron a los príncipes de los sacerdotes todo lo que había sucedido (Mt 28,11). Y ellos, reunidos con los ancianos y tomado consejo, dieron abundante dinero a los soldados, diciendo: Decid que sus discípulos vinieron de noche y lo robaron mientras nosotros dormíamos (Mt 28,12-13). Los que dan dinero no compran cosas para perderlas, sino para guardarlas; los judíos, al vender Judas, compraron para perder a Cristo; ahora derramaron abundante dinero para perderse a sí mismos, la Ley, el templo, la patria. Hombres sanguinarios y dolosos, fijan el precio de la falsedad, redactan el instrumento de la incredulidad, con un comercio cruel trafican con el fraude de la fe, con el latrocinio de la verdad: corrompen a los soldados, para que llamen hurto a lo que era el arcano de la resurrección: Vinieron de noche sus discípulos, y lo robaron. No contentos con haber dado muerte al maestro, maquinan cómo podrían perder a los discípulos; hacen del poder del maestro el crimen de los discípulos. Vinieron de noche sus discípulos, y lo robaron. Claramente lo dejaron ir los soldados, lo perdieron los judíos; pero los discípulos se llevaron a su maestro, no con hurto, sino con fe; con virtud, no con fraude; con santidad, no con crimen; vivo, no muerto: de ahí que se los envíe a Galilea para que puedan verlo, porque Dios no es visto en el lugar de la incredulidad.

En cuanto a lo que dijo: Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra (Mt 28,18). Declara esto: que él mismo se la dio a sí mismo en sí mismo, como lo prueba el Apóstol cuando

dice: Dios estaba en Cristo reconciliando consigo el mundo (2 Cor 5,19). El Hijo de Dios al hijo de la Virgen, Dios al hombre, la divinidad a la carne, confirió lo que siempre poseyó con el Padre, y el Espíritu. Y por eso dice: Id, bautizad a todas las gentes en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28,19). Para que una sola y misma potestad recreara para la salvación a todas las gentes que había creado para la vida. Y he aquí, dice, que yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del siglo (Mt 28,20). Está siempre con nosotros el que está siempre con el Padre, y vendrá a nosotros por lo que asumió de nosotros. ¿Y qué más, hermanos? Que nace, que padece, que resucita, que recibe, no es, no es por necesidad suya: esto es por nuestra salvación.

Sermón LXXXI.

Sobre la quinta manifestación de Cristo, hecha a los discípulos cuando Tomás estaba ausente

Mientras la rebelde Judea se empeña en vencer en guerra a su Creador, y levanta manos impías para dar muerte a su autor, quitó la paz a las tierras, disolvió la concordia de las cosas, rompió de tal modo el pacto de los elementos que devolvió el mundo entero al antiguo caos: en efecto, pone en fuga al día, invade la noche, quita con las tinieblas la luz, a las cosas el cielo, hace temblar la tierra, mezcla a los muertos con los vivos, confunde los infiernos y lo de arriba, y, disipado el orden para injuria del Creador, no dejó nada en absoluto pacífico, nada en absoluto amigo. De ahí que Cristo, vuelto de los infiernos, para devolver la paz a las cosas, exclame: La paz con vosotros (Lc 24,36).

Mientras los discípulos, dice, hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos, y les dice: La paz con vosotros. Bien añade «con vosotros», porque ya la tierra se había detenido, el día había vuelto, el sol había regresado, y el armazón del mundo tenía ya restituido su orden. Para los discípulos, en cambio, todavía seguía la guerra, y el conflicto de la fe y de la incredulidad los hacía chocar con violencia. No sacudió el torbellino de la Pasión la tierra tanto como el corazón de los

discípulos: y por eso los ejércitos de la creencia y de la increencia devastaban sus ánimos con pertinaz combate: acosaban sus mentes tropas de pensamientos, y con las incursiones de la desesperación y de la esperanza se quebraban sus pechos, aunque robustos. Entre los innumerables milagros de los signos de Cristo, y los múltiples géneros de su Pasión, entre las insignias de la deidad y las flaquezas de la carne, entre los daños de la muerte y los dones de la vida, los sentidos y las mentes de los discípulos eran llevados de aquí para allá: ora su espíritu era elevado al cielo, ora sus almas eran estrelladas contra la tierra; y desatándose tal tormenta en su interior, no podían hallar ningún puerto de quietud, ningún fondeadero de paz. Viendo esto Cristo, escrutador de los pechos, que manda a los vientos, impera a las tormentas y con solo un gesto cambia las tempestades en calma, en seguida los afianza con su paz, diciendo: La paz con vosotros, yo soy, no temáis.

«Yo soy aquel crucificado, muerto, sepultado. Yo soy. Por mí Dios, por vosotros hombre. Yo soy. No un espíritu en figura de carne, sino la verdad misma en la carne. Yo soy. Yo, de entre los muertos, soy el vivo; de los infiernos, soy el de arriba. Yo soy, aquel de quien huyó la muerte, ante quien temblaron los infiernos: el Tártaro confesó a Dios cuando se llenó de pavor. No temáis: tú, Pedro, por haber negado; tú, Juan, por haber huido; todos, por haber desertado; por haber juzgado de mí con pensamientos del todo infieles; por no creer todavía, aun viéndome. No temáis, yo soy. Yo, que os llamé por la gracia, os elegí por el

perdón, os sostuve por la piedad, os llevé por la caridad, y ahora os acojo por sola bondad, porque un padre no sabe ver las culpas cuando recibe a su hijo, cuando el afecto vuelve a tomar a los suyos».

Turbados, dice, y aterrados, creían ver un espíritu (Lc 24,37). ¿Por qué? porque el Señor había entrado estando cerradas las puertas. Los discípulos, pues, aturdidos por el sueño de la tristeza, atribuían a Cristo no lo que puede el poder divino, sino lo que admite la naturaleza humana. Creían ver un espíritu. Pues el espíritu del hombre atraviesa en el seno los cercos, penetra los muros, para entrar, cerrado el cuerpo, en el cuerpo encerrado: así el alma, cuando da fin a la vida, cuando se aparta de la dulce convivencia del cuerpo, no es retenida por los cerrojos de las casas, por los obstáculos mundanos: una sustancia celestial no sabe ser encerrada en cárceles terrenas, según aquello: El espíritu, no sabes de dónde viene, ni adónde va (Jn 3,8). Los discípulos, pues, no creían que el Señor, habiendo entrado después de la resurrección a puertas cerradas, hubiera traído de nuevo la solidez del cuerpo, suponiendo que solo el alma había vuelto en imagen de carne, como suelen aparecerse imágenes corpóreas a los que duermen. Creían, dice, ver un espíritu. Así pues, como hemos dicho, en los discípulos no se apaciguaban las guerras de los pensamientos, sino que las guerras de los pensamientos crecían más y más, y el tumulto de las mentes se acrecentaba con las mismas visiones; y de donde se afirmaba la fe de la resurrección, de allí nacía el escrúpulo de toda vacilación. Que hubiera venido era un

hecho; que hubiera entrado a puertas cerradas no era fe: no era fe, sino poder; no era humano, pero era hombre; para que fuese un cuerpo verdadero en la potencia de la deidad, no una vana apariencia de carne para injuria de la resurrección.

Así pues, para reprimir los conflictos de pensamientos que de esto nacían, respondió Cristo: ¿Por qué estáis turbados? ¿y suben pensamientos a vuestros corazones? (Lc 24,38) Bien suben, no bajan: porque los pensamientos humanos, oprimidos por el peso de la carne, intentan subir al alto misterio de Dios, y en sus mismos esfuerzos se quiebran, se derrumban, son depuestos a tierra, a no ser que ayude aquel que concede al hombre pensar lo divino. ¿Por qué estáis turbados? ¿y suben pensamientos a vuestros corazones?

Ved mis manos y mis pies (Lc 24,39). Ved: es decir, «Velad». ¿Por qué? Porque no es un sueño lo que veis. Ved mis manos y mis pies. «Porque con los ojos cargados todavía no podéis mirar a la cabeza, ved las heridas de la carne, ya que no veis las obras de Dios; considerad los títulos de los enemigos, ya que todavía no habéis considerado las insignias de Dios; palpad, para que al menos la mano dé fe, ya que el ojo que ve está así cegado: el ojo no ve, vea el tacto; entren vuestros dedos en las huellas de los clavos, escudriñen vuestras manos lo hondo de la herida, abrid los agujeros de las manos, surcad el costado, renovad las heridas, porque no puedo negar a los discípulos para la fe lo que no negué a los enemigos que se ensañaban para el castigo; palpad, palpad, y llegad hasta los huesos, ardorosos indagadores,

para que al menos los huesos sostengan la verdad de la carne, y las heridas conservadas atestigüen que soy yo mismo. Pregunto: ¿por qué no creéis que he resucitado yo, que resucité ante vuestros ojos a innumerables muertos? A no ser que acaso el poder que estuvo presente para otros me faltara a mí, según aquella voz que me insultó cuando pendía en la cruz, diciendo: Salvó a otros, a sí mismo no puede salvarse: si es el rey de Israel, que baje de la cruz, y creeremos en él (Mt 27,42). ¿Y qué es mayor, sacudirse los clavos y bajar de la cruz, o subir de los infiernos pisoteando la muerte? He aquí que me he salvado a mí mismo, y, rotas las cadenas del infierno, he subido a lo alto, y sin embargo ni siquiera entre vosotros he hallado fe en mi deidad. ¿O acaso una muerte de tres días niega la fe del creer? ¿No llamó mi voz de los infiernos, ante vosotros, a Lázaro, de cuatro días y ya hediondo, no lo volvió a llamar a la vida mi mandato? Y si un siervo de cuatro días se levanta, ¿por qué no ha de resucitar el Señor de tres días?»

Pero como ellos todavía no creían por el gozo, y estaban maravillados (Lc 24,41). Los gozos deseados, aun cuando han sido dados, apenas se creen; lo anhelado, cuando llega, causa estupor: de ahí que los apóstoles se admiren de una resurrección de Cristo más rápida de lo que habían esperado; y que crean más tarde no es de incredulidad, sino de amor, pues, escrutando así la fe, no la niegan, sino que la buscan; y mientras miran más hondo, ansían que sea verdadero lo que contemplan.

Hermanos, no fue el temor de la incredulidad, sino la magnitud de la causa, lo que hizo a los

discípulos tardos para estas cosas, atónitos ante cosas tan grandes; no ver lo visto, no saber lo sabido, no creer lo creído, no lo hace la increencia, sino un milagro singular. Hermanos, para los prodigios la naturaleza es harto infante: si no crece por Dios, no puede captar lo maduro, no es capaz de sentir lo perfecto. Dios, pues, conceda él mismo que lo que no podemos por nosotros lo captemos por él, y lo sintamos.

Sermón LXXXII.

Sobre la resurrección de Cristo, y la cuarta manifestación, hecha a los dos que iban a la aldea

Puesto que san Mateo ya nos ha indicado para nuestra salvación lo que había conocido de la resurrección del Señor, oigamos hoy qué refiere también el bienaventurado Marcos. Y cuando pasó el sábado, dice, María Magdalena, y María la de Santiago, y Salomé compraron aromas, para venir a ungir a Jesús (Mc 16,1). Las mujeres en este lugar se afanan con devoción femenina, ellas que llevan al sepulcro no la fe, como a un vivo, sino ungüentos, como a un muerto, y le preparan, como a un sepultado, los homenajes de la tristeza, no, como a quien resucita, los gozos de los triunfos divinos. Cristo aceptó la muerte para que la muerte muriese; Cristo, al ser muerto, mató aquello que a todos mataba; Cristo entró en el sepulcro para abrir el infierno. Disuelta, pues, la ley del Tártaro, destruida la cárcel del infierno, y aniquilado el imperio mismo de la muerte, Cristo ya no ha de ser ungido como muerto, sino adorado como vencedor. Las mujeres pasan la noche, velan, permanecen insomnes, penetran la oscuridad de la aurora que irrumpe: por eso parecen sufrir una luz dudosa no menos del corazón que del cuerpo.

Y muy de mañana, dice, el primer día de la semana, vienen al monumento, salido ya el sol (Mc 16,2). Si muy de mañana, ¿cómo salido ya el sol? ¿Así que no sabe el evangelista lo que dice? El evangelista sabe lo que dice, pero lo que oye no lo sabe el que no ha aprendido; este relato no es de error, es de verdad: no admite el desliz de la palabra humana, sino que descubre la verdad de un hecho obrado desde el cielo. Había dicho: Desde la hora sexta hasta la hora nona se hicieron tinieblas (Mc 15,33); así, el sol, que fuera de su hora se había retirado para padecer con el Señor, cuando el Señor resucitaba le salió al encuentro con su claridad antes de tiempo: y el que, para morir con su autor, había mortificado su misma claridad de mediodía, irrumpió antes del alba, vencidas las tinieblas, para levantarse con su autor. Muy de mañana. Porque entonces el sol madrugó para hacer la mañana; y el que antes había huido anticipándose a la noche, ahora se adelanta él mismo a la noche para ahuyentarla, para que la noche devuelva a la luz las horas que el terror de la Pasión del Señor había invadido.

Decían, dice, entre sí: ¿Quién nos hará rodar hacia atrás la piedra de la puerta del monumento? (Mc 16,3) ¿De la puerta del monumento, o del corazón? ¿del sepulcro, o de los ojos? Mujeres, el pecho está cerrado con cerrojo, los ojos están cerrados: y por eso no veis la gloria del sepulcro abierto; derramad el aceite no sobre el cuerpo del Señor, sino sobre la lámpara de vuestro corazón, si deseáis ver, para que con la luz de la fe quede patente lo que se encierra en la oscuridad de

la increencia. Y mirando, dice, vieron la piedra removida, pues era muy grande (Mc 16,4). Grande, en verdad, y muy grande, y ya grande más por el mérito que por la forma, la que bastó para encerrar y cubrir el cuerpo del Creador del mundo.

Y entrando en el monumento, vieron a un joven sentado a la derecha, cubierto con una túnica blanca (Mc 16,5). Entraron en el sepulcro para que, sepultadas con Cristo, resucitaran con Cristo del sepulcro, y se cumpliera aquello del Apóstol: Fuisteis sepultados con él en el bautismo, en el cual también habéis resucitado (Col 2,12). Ven a un joven, para que distinguieran la edad de nuestra resurrección; ven a un joven, porque la resurrección no conoce la vejez, ni la perfección eterna admite edades. El hombre, donde no sabe nacer, no sabe morir; y donde no sabe nacer ni morir, allí ni admite el menoscabo de las edades ni necesita de sus incrementos. Ven a un joven sentado a la derecha, porque la resurrección no admite nada siniestro. Los caminos, dice, que están a la derecha los conoce el Señor (Prov 4,27). Y: Entonces pondrá a los justos a su derecha (Mt 25,33). Orad, hermanos, para que también nosotros muramos a los vicios, seamos sepultados a las pompas temporales, para resucitar a la eternidad en Cristo, y, puestos a la derecha, merezcamos oír: Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os ha sido preparado desde el origen del mundo (Mt 25,34).

Cubierto con una túnica blanca. Esa túnica no es de vellón mortal, sino de poder vital; resplandeciente de luz celestial, no de color terreno; y

clara por don del Creador, no por arte del batanero, como dice el Profeta: Envuelto en la luz como en un vestido (Sal 104,2), y de los justos: Entonces los justos brillarán como el sol (Mt 13,43). Los terrenos se cubren con vestiduras terrenas; y por eso, así como brillan por la novedad, así se ensucian por la vetustez: los celestiales, en cambio, se envuelven en un manto de luz celestial, y, elevados por encima de la mugre terrena, ni se afean jamás por la vetustez ni se oscurecen con mancha alguna; sino que las vestiduras que una vez haya dado la resurrección se visten de luz perpetua.

Pero ellas, saliendo del monumento, huyeron; pues las había invadido el temblor y el pavor (Mc 16,8). El ángel se sienta en el monumento, las mujeres huyen del monumento; porque él confía en su sustancia celestial, ellas se turban por su condición terrena. No sabe temer el sepulcro quien no puede morir; las mujeres, en cambio, tiemblan por lo sucedido, y, como mortales todavía, temen mortalmente el sepulcro: de ahí que no digan nada a nadie. Y no dijeron nada a nadie (Mc 16,8). Porque a las mujeres se les ha dado oír, no hablar; se les ha dado aprender, no enseñar, como dice el Apóstol: Las mujeres callen en la iglesia (1 Cor 14,34). En efecto, la misma María después va y anuncia, pero llevando ya no a la mujer, sino a la Iglesia, para que allí, como mujer, calle, y aquí, como Iglesia, proclame y hable.

Después de esto, dice, se mostró a dos de ellos que iban de camino (Mc 16,12). ¿Por qué no a tres, por qué no a cuatro, sino a dos? Porque aquí se muestra que la fe de la resurrección ha de predi-

carse a dos pueblos, es decir, a los gentiles y a los judíos: por eso, como hemos dicho, se prueba en las dos mujeres, como en los dos discípulos, que se figura una sola Iglesia. Se mostró bajo otro aspecto. Nadie piense que Cristo con su resurrección cambió el aspecto de su rostro, de modo que el que era él mismo en la herida fuera otro en el rostro; sino que se cambia el aspecto en cuanto de mortal se hace inmortal, y de corruptible incorruptible, de modo que esto es haber cambiado de sustancia, no haber cambiado de persona, y haber adquirido la gloria del rostro, no haber perdido el reconocimiento del rostro. Y para que un sermón apresurado no huya de las cuestiones ni pase volando sobre ellas, demos a conocer en el próximo sermón lo que sigue, según lo revele el Señor.

Sermón LXXXIII.

Sobre la novena manifestación de Cristo, hecha a los once discípulos sentados a la mesa

Hoy el bienaventurado evangelista ha presentado a los apóstoles, en el tiempo mismo de la cruz, como entregados a las mesas, ávidos de festines, ocupados en convites, olvidados de la Pasión del Señor. Estando a la mesa, dice, aquellos once, se apareció el Señor (Mc 16,14). Estando a la mesa: ¿dónde? ¿Junto al sepulcro del Señor, y en seguida a la mesa del siervo? ¿Esta es la fe de los siervos? ¿esta la caridad de los discípulos? ¿este el ardor de Pedro? ¿es este el amor de Juan, tomado del pecho mismo de Cristo? ¿es este el afecto ganado en tanto tiempo, con tantos dones, con tantos prodigios, que en el momento mismo de la Pasión, caliente todavía la muerte, reciente todavía el entierro, exultando los enemigos, insultando la Judea entera, los discípulos comieran con todo el adorno del lecho y con todo el deleite de los comensales? Muerto Moisés, lo asisten los ángeles, Dios mismo cuida de su sepulcro: se detiene el campamento de los judíos, se deja de lado el camino, se soporta la horrible estación del desierto, se proclama un duelo de treinta días, y con un largo homenaje de lamentación se honra el funeral de un siervo (Dt 34,5-8); ¿y Cristo,

verdadero y único Señor, Creador de las cosas, redentor de todos, después de aquella trágica Pasión, después de la muerte, y muerte de cruz, de tres días muerto, no merece lágrimas de sus discípulos? Tiembla la tierra, se turba el Tártaro, se parten las rocas, saltan los monumentos, huye el sol, se sepulta el día, todo se hace noche, y solo los discípulos, en alto lecho, en un solo coro, en pleno ocio, banquetean seguros en sus delicias; ¿y así, hermanos, los encontró el maestro mismo, vuelto de los infiernos: Estando, pues, a la mesa aquellos once, se apareció el Señor y les reprochó su increencia y la dureza de corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado? A esto, Pedro fiel, Pedro devotísimo, ¿qué diremos? Estando ellos a la mesa. ¿Acaso comiendo? Hermanos, esto no era recostarse a la mesa, sino yacer; ni era aquel un coro de convite, era aquella una reunión de dolor; allí el pan no era de gozo, sino de tristeza; allí las copas se mezclaban con la hiel de la cruz, no con la dulzura del vino.

Estaban encerrados, dice, por miedo a los judíos (Jn 20,19). Si temían, si estaban encerrados, ciertamente no comían; y si no comían, aquella no era una casa, sino una cárcel; aquel no era un lecho, sino un sepulcro: entonces toda la pena de la Pasión del Señor había pasado a los discípulos; y no solo en sus costados, sino también en sus corazones se clavaba entera la lanza del dolor; entonces sus manos, clavadas con los clavos de la tristeza, y sus pies quedaban sujetos; entonces la amargura judía les daba a beber vinagre, entonces hiel; entonces para ellos se puso el sol, huyó el

día; entonces una noche profundísima poseía sus mentes y sus almas; entonces la más cruel tentación de los pensamientos los estrellaba contra los escollos de la incredulidad, en el naufragio de la fe; entonces la desesperación, que es la peor entre todos los males, y en la adversidad llega siempre la última, los tendía en sepulcros funerarios. Por eso, como hemos dicho, el Señor no los halló recostados a la mesa, no banqueteando, sino yaciendo, sino sepultados: y por eso reprocha su increencia, porque de tal modo habían creído a la desesperación, que nada creían de la resurrección predicha por el Señor, no la creían anunciada por los siervos; y no dejaban en sí nada de fe y de salvación, sino que, muertos al siglo, sepultados al mundo, todos creían que aquella sola casa era ya para ellos un solo sepulcro.

De ahí que el Señor, viendo que se habían sustraído al mundo, los llame de nuevo al mundo, los vuelva a enviar al mundo, diciendo: Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda la creación (Mc 16,15). Venid al mundo, para que vosotros, que pensáis que todos yacéis ya en un solo domicilio, veáis de repente que el mundo entero yace a vuestros pies. Venid a todo el mundo, predicad el Evangelio a toda la creación. Es decir: sed vosotros esperanza para todos, vosotros que fuisteis para vosotros mismos causa de desesperación; y comprobad entonces cuán grande es vuestra increencia, cuando veáis que el mundo cree lo que de vosotros oye, vosotros que no pudisteis creer lo que visteis; y sabed entonces cuán grande es la dureza de vuestro corazón,

cuando sintáis que, sin haberme visto, en todo el orbe las gentes más feroces me reconocen a mí, a quien vosotros negasteis puesto ante vuestros ojos. Veréis a los divididos en la tierra, a los encerrados en islas, a los colgados de las rocas, a los apartados en la soledad, a los sabihondos de los magos, a los quejumbrosos de los griegos, a los peritos de los romanos, buscar con la sola fe la fe que vosotros buscasteis con la mano, con el dedo, surcando mis heridas. Pero, puesto que os envío como testigos de mi Pasión, de mi muerte, de mi resurrección, concedo que hayáis escrutado estas cosas más a fondo, con tal que vuestra vacilación se convierta en firmeza para los que os han de creer.

El que crea, dice, y sea bautizado, se salvará (Mc 16,16). Hermanos, lo que es el alma para el cuerpo, eso es la fe para el bautismo: de ahí que quien es engendrado de la fuente vive de la fe: El justo, dice, vive de la fe (Rom 1,17). Muere, pues, todo aquel que haya estado sin fe. El que crea. Que la Trinidad es un solo Dios; que en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo hay una sola majestad en toda igualdad; que la deidad es distinta en la Trinidad, no está confundida en la unidad, sino que es una en la deidad, es trina en las personas; que Dios es el nombre de la Trinidad; que el Padre y el Hijo no han de ser computados por orden, sino estimados por la caridad; que el Espíritu Santo no ha de ser tenido por inferior, más o menos; no como exterior ha de ser tenido, más o menos, porque la divinidad no conoce nada exterior; que Cristo se hizo hombre de tal modo que

permanece lo que es Dios, murió de tal modo que resucitó desde su propia muerte a los muertos de todos los siglos; que no resucitó para sí, sino para nosotros; que nos introdujo en el cielo cuando se elevó a sí mismo al cielo; que está sentado para la autoridad de Juez, no para el descanso de un fatigado; que vendrá, no en un lugar, como para moverse, él que está en todas partes, ni para apoderarse de su mundo, él que posee el mundo entero, sino para que el mundo merezca ya para siempre la visión de su autor. Crea el hombre también la remisión de los pecados, porque la región celestial, aunque es amplísima, no da cabida al pecador; y no desespere el hombre por la magnitud de sus pecados, porque, si hay algo que Dios no pueda perdonar, no es omnipotente. Crea también la resurrección de la carne, para que sea el hombre mismo el que resucita, para que reciba el castigo el mismo que peca, el premio el mismo que trabaja. Crea la vida eterna, para que no tenga lugar la muerte segunda.

Pero que los demonios, es decir, los antiguos enemigos, sean expulsados de los cuerpos humanos; que de una sola boca se derrame el habla variada de las lenguas; que las serpientes tocadas por Cristo no conozcan sus venenos; que las copas envenenadas no puedan dañar, por Cristo, a los que las beben; que las enfermedades de los cuerpos huyan al contacto del que predica a Cristo, es, hermanos, el sumo indicio de la creencia. Estas señales, dice, seguirán a los que crean: En mi nombre expulsarán demonios, hablarán en lenguas nuevas, tomarán serpientes, y si beben

algo mortífero, no les hará daño; impondrán las manos sobre los enfermos, y quedarán sanos (Mc 16,17-18). Hombre, sé, pues, médico para ti mismo por la fe, para no verte obligado a someterte, con daño tuyo, a médicos extraños, y a comprar caro lo que posees gratuitamente. Orad, hermanos, para que también en el presente sintamos siempre la medicina de la fe, y, puestos en la espera de Cristo, nos gloriemos en su venida seguros de nuestra conciencia.

Sermón LXXXIV.

Sobre la quinta manifestación de Cristo, hecha a los discípulos cuando Tomás estaba ausente, y sobre la sexta, cuando estaba presente

En los cuarenta días en que, después de su resurrección, se refiere y se cree que el Señor se apareció de diversos modos a sus discípulos, no sin razón el sermón se pone al servicio de estas mismas lecturas, de estos mismos misterios, y en ellos se apoya, para convertir, con el múltiple indicio de la resurrección, la aflicción de la Pasión del Señor en gozo perfecto de vuestra caridad; y para que el que antes resucitó por su poder en nuestro cuerpo, resucite ahora también por la fe en nuestros corazones. Y siendo tarde aquel día, el primero de la semana, y estando cerradas las puertas donde estaban reunidos los discípulos por miedo a los judíos, vino Jesús, y se puso en medio de ellos (Jn 20,19). Siendo tarde: lo era más por la aflicción que por el tiempo; es tarde cuando las mentes están oscurecidas por la nube de la aflicción y de la tristeza. Era tarde. Porque, aunque el crepúsculo había dado algún indicio de la resurrección, todavía no había brillado para ellos el Señor con la plena claridad de su luz.

Y estando cerradas las puertas, donde estaban reunidos los discípulos por miedo a los judíos. La

magnitud del terror y de la fechoría había encerrado con tan gran torbellino la casa y a la vez los corazones de los discípulos, y había así renunciado a toda entrada de luz, que, ocupados más y más sus sentidos por la aflicción, crecía la ciega efusión de la noche. Ningunas tinieblas de la noche se comparan con la oscuridad de la aflicción y del espanto, porque no pueden ser templadas por luz alguna ni de consuelo ni de consejo. Escucha al Profeta: Temor y temblor vinieron sobre mí, y me cubrieron las tinieblas (Sal 55,6). Y estando cerradas las puertas, donde estaban reunidos los discípulos por miedo a los judíos, vino Jesús, y se puso en medio de ellos. Pregunto: ¿por qué se duda de que la divinidad absoluta pudiera penetrar el arcano de un cuerpo cerrado, y el domicilio virginal cerrado con cerrojo en toda su integridad, ella que después de la resurrección, hecha densa por el misterio de nuestro cuerpo, entra y sale a puertas cerradas, y con tal indicio se muestra autora de toda la creación, a la que la creación no resiste, a la que la creación sirve en todo? Pero si la virginidad no sabe negar a su Creador la concepción y el parto, si la puerta cerrada no puede negar a su Creador la entrada y la salida, ¿cómo podía la piedra del monumento, por grande que fuera, por sellada que estuviera por la malicia judía, resistir al Salvador que resucitaba? Pero así como la virginidad y la puerta con sus cerrojos dan fe de la deidad, así la piedra removida afirma la fe de la resurrección, ella que, removida, no preparó a su Señor ninguna salida, sino que de noche ofrece y admite la entrada a la fe.

Vino Jesús, y se puso en medio de ellos: y les dice: La paz con vosotros. Los corazones de los discípulos sufrían los combates de un continuo conflicto de fe y de duda, de desesperación y de esperanza, de desfallecimiento y de magnanimidad; previendo, pues, las guerras de tales pensamientos, el inspector de los secretos devuelve primero la paz a los que lo ven, para que el que, quitado así, había dejado materia de conflicto, devuelto a sus ojos, cortara toda causa de contienda. Se alegraron, dice, los discípulos al ver al Señor (Jn 20,20). Se alegraron: cuanto más grata es la luz después de las tinieblas, la serenidad después de la oscuridad de la tempestad, tanto más aceptable es el gozo después de la aflicción.

Les dice de nuevo: La paz con vosotros (Jn 20,21). ¿Qué manifiesta esta largueza de la paz repetida, sino que la quietud que había impuesto a los sentidos de cada uno quiere que se conserve también entre ellos con el don de la paz repetida: pues sabía que en adelante tendrían no pequeñas contiendas acerca de su vacilación, mientras uno se jactara de haber perseverado en la fe, y otro se doliera de haber dudado. Así pues, para recortar la jactancia y la hinchazón del arrogante, y para sanar y excluir las pasiones del que había flaqueado, el piadoso moderador, atribuyendo a la causa, no a los discípulos, todo lo que había sucedido, reprimió con el imperio de su paz las guerras que iban a nacer: para que ninguno reprochara al otro lo que él mismo, a quien todo se le debía, había perdonado para el futuro. Pedro niega, Juan huye, Tomás duda, todos abandonan: si Cristo no les

hubiera dado su paz, Pedro, que era el primero de todos, sería tenido por inferior, y el que lo seguía quizá se alzaría indebidamente contra el primero.

Como me envió el Padre, así también yo os envío. La palabra «enviado» no disminuye al Hijo, sino que lo declara, porque aquí quiso que se entendiera no la potestad del que envía, sino la caridad del enviado, cuando dice: Como me envió el Padre. No «el Señor», sino «el Padre». Así también yo os envío. No todavía con la autoridad del que manda, sino con todo el afecto del que ama: os envío a soportar el hambre, a las cargas de las cadenas, a la miseria de la cárcel, a sufrir toda clase de castigos, a aliviar a todos del execrable yugo de la muerte; todo lo cual, ciertamente, lo impone a las mentes humanas la caridad, no la potestad.

A quienes remitáis los pecados, les quedan remitidos; y a quienes se los retengáis, les quedan retenidos (Jn 20,23). Dio la potestad de remitir los pecados el que con su soplo infundió en sus corazones al mismo Remisor y se lo otorgó. Dicho esto, sopló sobre ellos, diciendo: Recibid el Espíritu Santo: a quienes remitáis los pecados, les quedan remitidos (Jn 20,22-23). ¿Dónde están los que establecen que los pecados no pueden ser remitidos a los hombres por medio de hombres; los que oprimen a los que una vez cayeron por impulso diabólico, para que no se levanten; los que con espíritu cruel sustraen la curación a las dolencias y niegan la medicina a las heridas; los que impíamente insultan a los pecadores con la desesperación de volver? Pedro remite los peca-

dos, y con todo gozo acoge a los penitentes, y abraza esta potestad concedida por Dios a todos los sacerdotes, él que después de la negación, si no hubiera vuelto a buscar la penitencia, habría perdido a la vez la gloria del apostolado y la vida. Y si Pedro volvió por la penitencia, ¿quién se sostiene sin penitencia?

Pero Tomás, habiendo oído de sus condiscípulos que habían visto al Señor, respondió: Si no veo la marca de los clavos, y meto mi mano en su costado, no creeré (Jn 20,24-25). ¿Por qué Tomás busca así las huellas de la fe? ¿por qué examina con tanta dureza, al resucitar, al que padeció con tanto amor? ¿por qué una diestra devota vuelve a surcar así las heridas que clavó una mano impía? ¿por qué la mano del que rinde homenaje se esfuerza por volver a cavar el costado que abrió la lanza de un soldado impío? ¿por qué la curiosidad despiadada del que sirve renueva los dolores infligidos por el furor de los perseguidores? ¿por qué un discípulo, que va a probar al Señor con tormentos, a Dios con castigos, al médico celestial con una herida, busca así? Cayó la potestad del diablo, fue abierta la cárcel del infierno, se rompieron las cadenas de los muertos, al morir el Señor fueron arrancados los monumentos, y al resucitar el Señor fue cambiada toda la condición de la muerte. Del mismo sacratísimo sepulcro del Señor fue removida la piedra, fueron desatados los lienzos, y al resucitar él para la gloria huyó la muerte, volvió la vida, resucitó una carne que ya no habría de conocer caída: ¿y por qué, Tomás, explorador harto astuto, reclamas que a ti solo

se te presenten solas las heridas como indicio de fe? ¿qué tal si estas hubieran sido abolidas con lo demás, qué peligro habría engendrado para tu fe esa curiosidad? ¿Piensas que no habrían podido hallarse monumentos de la piedad, ni pruebas de la resurrección del Señor, si no surcabas con tus manos unas entrañas así aradas por la crueldad judía? Esta piedad, hermanos, buscó, esta devoción exigió, que ni la misma impiedad dudara en adelante de que el Señor había resucitado. Pero Tomás se ocupaba de la incertidumbre no solo de su corazón, sino de todos los hombres: y, habiendo de predicar estas cosas entre las gentes, indagaba, como ejecutor diligente, cómo sostendría el misterio de tan gran fe. Ciertamente fue profecía más que vacilación. Pues ¿por qué habría de pedir tales cosas, si no hubiera conocido con espíritu profético que solo las heridas habían sido conservadas por el Señor como indicio de su resurrección? En efecto, espontáneamente concedió a los demás lo que este implora más tarde.

Vino, dice, Jesús y se puso en medio, y les mostró las manos y el costado (Jn 20,19-20). Pues el que había entrado a puertas cerradas, y con razón era tenido por los discípulos por un espíritu, no podía acreditarse a sí mismo ante los que así dudaban sino por la pasión misma del cuerpo, por las señales mismas de las heridas. En efecto, viene y dice a Tomás: Trae aquí tu dedo, y mira mis manos, y trae tu mano, y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel (Jn 20,26-27). Para que, abriéndolas tú de nuevo, estas heridas derramen la fe por todo el orbe, ellas que ya

derramaron el agua para el baño, la sangre como precio de todos.

Respondió Tomás y dijo: ¡Señor mío y Dios mío! (Jn 20,28) Vengan y oigan los herejes: y, como dijo el Señor, no sean incrédulos, sino fieles. He aquí que muestra no solo un cuerpo humano, sino, por las pasiones de un cuerpo sujeto a la pena, que Cristo es Dios y Señor, mientras Tomás lo proclama a gritos. Y verdaderamente es Dios el que vive desde la muerte, resucita desde la herida: porque, aun habiendo asumido tales y tan grandes cosas, vive y reina, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Sermón LXXXV.

Sobre la entrada de Cristo en el templo, y la admiración de los judíos

Aunque algunas cosas parezcan ocultas por la profundidad de su misterio, ninguna solemnidad del culto de la Iglesia es infructuosa: la festividad divina no ha de consagrarse según nuestras voluntades, sino que ha de celebrarse por sus propias virtudes. El ánimo cristiano no sabe entregar a la desesperación lo que procede de la tradición de los Padres y ha sido robustecido por los tiempos mismos, sino que desea venerarlo con toda la elocuencia de la devoción.

Ya a mitad de la fiesta, dice, subió el Señor al templo (Jn 7,14). ¿Qué templo? ¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? (1 Cor 3,16) Hoy ha subido el Señor al templo de nuestro pecho, él que tan clementemente bajó a la forma de nuestro cuerpo: y que la subida de Dios se realiza en lo alto del corazón humano lo afirma el bienaventurado Profeta cuando canta: Dichoso el varón cuyo auxilio viene de ti, Señor; tus subidas están en su corazón (Sal 84,6). Ya a mitad de la fiesta, subió el Señor al templo. Con razón, a mitad de la fiesta, subió el Señor al templo, porque había de concedernos desde el cielo el día de fiesta perfecto: todo

lo sublime, todo lo que en los corazones humanos tendía al cielo, el peso de la Pasión del Señor lo había encorvado hasta el infierno. Pues por esto Cristo se queda y se detiene cuarenta días en la tierra: y, si es lícito decirlo, difiere el encuentro con el Padre, suspende el abrazo del Padre, hasta revelarse por entero, y reformarse para la gloria de su ascensión. Aquel, pues, en cuyo templo no haya subido aquí Cristo, no subirá al cielo con Cristo.

Subió al templo, y enseñaba, y los judíos se admiraban, diciendo: ¿Cómo sabe este letras, sin haber aprendido? (Jn 7,14-15) Bien se admiran de Cristo, de que sepa sin haber aprendido, cuando ellos mismos resultan no saber los preceptos de la Ley que aprendieron y enseñan, como dice el Señor: ¿Tú eres maestro en Israel, y no sabes estas cosas? (Jn 3,10) Se admiran los judíos, ya rebeldes, no quieren creer: saben admirarse, rehúsan entender, son capaces de no saber. Se admiraban los judíos, diciendo: ¿Cómo sabe este letras, sin haber aprendido? Que una virgen dio a luz, lo rebajas, no te admiras; que Dios siente y obra en nuestro cuerpo, lo desacreditas, no lo reconoces; que el ciego ve, el sordo oye, el cojo corre, el muerto resucita, y Cristo habla todos los arcanos de Dios, ¿no te admiras? ¿esto solo, que sepa sin haber aprendido, esto te admira? Este es el mismo que no aprendió las letras, sino que las dio; este es el que fundó el entendimiento, por el cual se forman las letras; ¿el perito de la Ley se admira de que el autor de todas las cosas no haya aprendido letras? Dios está presente, sin duda, origen

de todas las cosas, que hace ser lo que no fue; sin haber aprendido, enseña.

...

Sermón LXXXVI.

Sobre el anuncio y la concepción de san Juan Bautista

El habla mundana, como se profiere desde el sentido humano, sirve a los ingenios humanos y se les acomoda; pero el habla divina está en potestad del que la da, no del que la dice. Habéis oído cómo aquel Zacarías, esplendor del sumo sacerdocio, enmudeció mientras oraba; calló el padre de la voz (Yo, dice, soy la voz del que clama en el desierto (Jn 1,23)); enmudeció el engendrador del clamor; y el que había entrado para traer respuestas salió y trajo silencio. Veis, pues, que mi silencio, que antes os entristeció, vino de un antiguo uso pontifical, no de la irrupción de una novedad. Él, cuando sintió que las ataduras de su lengua habían cerrado la puerta de su habla, mandó con una seña que nadie indagara las causas de su silencio, porque quien había aprendido a saber el misterio celestial no había aprendido a decirlo; pero esto por un tiempo, porque el habla del sacerdote se difiere, no se quita; se guarda, no se niega; queda en suspenso por un misterio, no se destierra. En efecto, que el propio Zacarías calle no es pena, sino signo; no es invalidez terrena, sino secreto celestial; Dios, que da el hablar, hace callar; y manda el silencio el que infunde la palabra; el habla divina domina, no sirve, porque

la palabra es Dios; y por eso no habla cuando se le manda, sino cuando manda; no cuando se le exige, sino cuando dona; no cuando se la fuerza, sino cuando viene. Por eso, hermanos, cuando viene, escuchad; cuando no viene, tened paciencia; cuando se da, recibidla; y cuando se niega, orad; porque el maestro recibe lo que merece el oyente.

Así pues, tanto para vosotros como para mí quedó en suspenso el sermón anterior, para que nuestro pudor ocultara el flujo de la mujer, y la causa de su vergonzosa herida, y su vergüenza, de tal modo que lo que ella calló quedara encerrado también en nuestro silencio (Mt 9,20); pero volvamos a la palabra comenzada. La fuente de Jerusalén rebosa cuando el ángel la agita, no cuando el oyente tiene sed (Jn 5,4); así el habla del sacerdote abunda cuando Dios la da, no cuando el sacerdote perora. De ahí que el propio Zacarías, que pronunciaba profecías para los pueblos, calla para sí, para que no seamos ingratos con Dios si quiso que calláramos una vez nosotros, a quienes siempre ha concedido una palabra sin tropiezo. Él no desdeña recibir de nuevo la palabra de su hijo, a quien había dado la luz; y vosotros, hijos, pedid en la oración voz para nosotros, para que podáis oír el sermón. Restituid mi gozo, para que podáis poseer la alegría acostumbrada y cumplir aquello del Apóstol: ¿Quién es el que me alegra, sino el que se entristece por mí? (2 Cor 2,2) Venga, pues, venga al medio el bienaventurado Zacarías, que callando nos consuela con un ejemplo piadoso, y con su silencio no nos deja estar tristes por

nuestro silencio. Venga, venga el precursor de la palabra, espejo del sacerdocio, ejemplo de santidad, príncipe de los evangelistas, cierre de los profetas.

Hubo, dice, en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías (Lc 1,5). Cuando se dice bajo qué rey es alguien sacerdote, se templan los males: siempre está presente el consuelo en la aflicción, y no le falta consolador a aquel sobre quien se cierne el perseguidor. Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías. Hasta Herodes, presidían a la nación judía la santidad sacerdotal, la gravedad de los ancianos, la piedad de los padres: el derecho era la Ley divina; nada valía allí la ambición, nada la temeridad, nada la presunción, porque todo se hacía por orden divino, no humano; pero Herodes, viniendo de una nación extranjera, invadió el reino, violó el sacerdocio, confundió el orden, cambió las costumbres, despreció a los ancianos, mató a los jóvenes, mezcló las tribus, borró los linajes, corrompió la estirpe, arrancó de raíz cuanto había de disciplina divina y humana. Pero ¿qué tiene esto que ver con el santo Zacarías? Así pues, para que no se creyera que algo semejante se había admitido también en el mismo Zacarías, el evangelista se ve obligado a referirlo así: Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, del turno de Abías. Porque hasta él permaneció la estirpe del sacerdocio, transmitida desde los tatarabuelos, los abuelos y los padres; se conservó el tiempo de la Ley, toda la disciplina del sacrificio, por cuanto el

mérito y la vida del sacerdote contenían la impiedad del rey, la iniquidad del tiempo, la rabia de la ambición, el furor de la temeridad.

Pero oigamos lo que sigue. Sucedió que había de poner el incienso, entrando en el templo del Señor, y toda la multitud del pueblo oraba fuera a la hora del incienso (Lc 1,9-10). A la hora del incienso, hermanos, el sol se ponía ya en el templo judío, para levantarse matutino en la Iglesia; y se echaba encima la tarde de la doctrina judía, porque era inminente la aurora del Evangelio; se oscurecía el día de la Ley, para resplandecer entero en la gracia. De ahí que Zacarías, a la hora del incienso, es decir, en el último tiempo de las ceremonias de la Ley, ofrece el incienso con Espíritu profético: ofrece preces, insta sus deseos, encomienda sus votos, recuerda el tiempo, repite las promesas, exige a Cristo. Y toda la multitud oraba fuera. Ora, pues, para que el pueblo que estaba fuera sea introducido; porque a quienes la Ley conduce hasta la puerta, la gracia los introduce en el templo.

Se apareció también, dice, un ángel del Señor, de pie a la derecha del altar del incienso; y Zacarías, al verlo, se turbó, y el pavor cayó sobre él (Lc 1,11-12). Así pues, no es de extrañar que se turbe el sacerdote, que se pasme el doctor, que se llene de pavor el prelado, que calle lo mínimo cuando ve lo máximo, que abandone las palabras cuando contempla los signos. Y para que no parezca que solo Zacarías temió, escucha a otro profeta que dice: Señor, he oído tu anuncio y temí; consideré tus obras y me espanté (Hab 3,2). El que habla con

Dios se espanta; ignora por qué habla el ángel; ¿y por qué nos detenemos?

Digamos ya por qué calla el sacerdote. Y respondiéndole el ángel, dijo: Yo soy Gabriel, que estoy ante la presencia de Dios, y he sido enviado a ti para decirte estas cosas y anunciarte esta buena nueva; y he aquí que estarás callado y no podrás hablar (Lc 1,19-20). ¿Qué culpa tiene el que calla, si impone el silencio la fuerza del que manda?

Así pues, también nosotros, tan pequeños, que hemos callado: tened por cierto que lo que callamos no fue cosa de olvido, sino del tiempo; de un asunto divino, no de cálculo humano. No estemos, pues, tristes, porque, por don de Dios, el silencio de un momento se compensará con un sermón continuado, y lo poco de nuestra tristeza se convertirá en gran gozo. Doy gracias a mi Dios, que me convirtió la pérdida del habla en ganancia de amor: porque cuán grande es vuestra caridad para conmigo lo delató la palidez, lo atestiguó el clamor, lo mostraron las lágrimas, lo manifestó la oración derramada.

Sermón LXXXVII.

Sobre lo mismo

Así como, cuando los ojos se han oscurecido por un dolor excesivo y una larga enfermedad, la luz se vuelve enemiga si no se les devuelve poco a poco (aunque ciertamente la luz fue hecha solo para los ojos y solo para los ojos es amiga, y por ellos se da o se niega al resto del cuerpo), así, cuando las mentes se han entenebrecido por la prolongada enfermedad de la incredulidad, si no se restituye paulatinamente la claridad de la fe, ante el esplendor repentino de la fe misma se espesa más la oscuridad de la incredulidad: con el largo uso la naturaleza siempre o se desarrolla o se embota. De ahí que el Señor, estando ya cegados los corazones por la negra nube de la infidelidad, para hacer resplandecer el misterio del parto virginal, envió antes la concepción de una esterilidad desesperada y añosa: para que quien veía revivir tras larga vejez unos miembros áridos y, acabado ya el curso de una vida veterana, reflorecer en la primera juventud, y a la naturaleza misma, en su edad de ocaso, despertada para las insignias de un siervo que nacía, creyera que la flor de la pudicicia, el título del pudor, la insignia de la castidad, los cerrojos de la virginidad podían

permanecer después del parto, podían conservarse, saliendo del seno el autor mismo.

Y para que a nuestro prefacio y a la semejanza que tomamos de los ojos fatigados por una antigua dolencia asista ahora y les dé su asentimiento la misma autoridad de la que hablamos, y muestre los ojos de los hombres, mal acostumbrados a la noche, oscurecidos, llevados adelante poco a poco, devueltos a la luz: en Juan el Señor encendió y envió delante una lámpara de su propia luz, para que, gustada en él la luz, soportaran ya el resplandor mismo del Sol divino, captaran la claridad misma de la deidad. Según lo que se dijo de Juan: Él era una lámpara que ardía y brillaba (Jn 5,35): para que aquel abriera con luz apacible las densas tinieblas de la noche, y él mismo devolviera a los que ya anhelaban la luz el día que no conoce la noche, perpetuo. De ahí que también a los Magos, moradores todavía de la noche y pasmados con todos sus ojos, una estrella que centellea tenuemente los acostumbra a la luz y los atrae gradualmente hasta la misma fuente de la luz y de los días (Mt 2,9).

Y en verdad, hermanos, es congruente, porque la cuadriga de los tiempos recorre las metas del año entero, y nos trae de nuevo la fiesta del nacimiento de nuestro Señor, y nos devuelve ya sus gozos. Hablemos ahora del nacimiento de Juan, del parto de la estéril, para que por este atajo de la creencia lleguemos, entre las luces invernales que las nubes y las nieblas vuelven dudosas, con la lámpara delante y la estrella por guía, a aquello donde hay parto sin parto, donde es creado el au-

tor mismo del que procrea, donde nace el origen mismo del que engendra.

Hubo, dice el evangelista, un sacerdote llamado Zacarías, y su mujer Isabel; y no tenían hijo, porque Isabel era estéril, y ambos habían avanzado en sus días (Lc 1,5.7). La esterilidad se agrava con la vejez extrema, y se sustrae a la esperanza de engendrar cuanto hay de cuerpo y de naturaleza; y, para que no quedara ni siquiera pensamiento alguno de descendencia, se había llegado a tal punto de tiempo y de edad que, acabado el calor vital, un frío mortal poseía ya las entrañas de la estéril, de modo que el padre mismo reconocía que ya no podía nacer un hombre por medio de un hombre allí de donde se habían retirado las cosas humanas. Así, así, hermanos, se planta la creencia en los duros corazones de los hombres, y se injerta la fe; y entonces se cree que todo es divino, cuando nada ha sido humano.

Le tocó en suerte a Zacarías poner el incienso, entrando en el templo del Señor (Lc 1,9). Bien dijo «entrando en el templo», no «entrando al templo»: porque él mismo era el templo más familiar de Dios, que llevaba en la pureza de su pecho todos los secretos de la Ley y presentaba un incienso no tanto de olíbano como de pura súplica. Porque Dios descansa con más agrado en su propia obra que en la del hombre, y no huele tan a gusto la gota del árbol de Arabia como la santidad de un corazón y un pecho sinceros.

Se le apareció un ángel del Señor, dice, de pie a la derecha del altar del incienso (Lc 1,11). Habría bastado decir: «Se le apareció un ángel»; ¿por qué

tanto empeño en «a la derecha del altar»? Para que tú, oyente, entiendas que en los santos ángeles no hay nada siniestro, según dice la Escritura: El Señor conoce los caminos que están a la derecha (Prov 4,27). Se le apareció un ángel. Cuando ya había desfallecido el hombre entero, para que Juan naciera de una estéril antes de que Cristo naciera de la Virgen, se dijo de Juan: He aquí que yo envío a mi ángel (Mt 11,10).

Feliz la naturaleza que, para crecer hasta Dios, desfalleció así en los ancianos; feliz la que cambió los daños de la esterilidad por una fecundidad virginal; feliz la que concibió en un solo parto todo lo que lamentaba confundir en el orbe entero; feliz la que se hizo madre que hace germinar a los vivientes, ella que antes era origen lastimoso de los mortales, que paría para los dolores con dolor, que daba a luz para los gemidos con gemido, que producía al hombre para los peligros con peligro de quien engendra, y que en el orto mismo anunciaba el ocaso con lamentos y lágrimas; que siempre devoraba sus partos, sabiendo que con tantas aflicciones engendraba a quienes habían de morir. Se alimentaba, pues, la naturaleza más bien de la esterilidad, para no ensañarse más gravemente con la fecundidad misma, pues había de dar a luz llantos antes que hijos: ella, que ciertamente con lágrimas, aflicción y gemidos buscaba e interpelaba tanto tiempo a su autor, entendiendo que esto le había sobrevenido por culpa, y que no había sido establecido por su piadosísimo autor cuando fue creada. De ahí que el Señor, Hacedor él mismo de la naturaleza,

recorre el camino de una concepción virginal, de un parto virginal, con huella invisible y por senda desconocida, y anda el camino del nacimiento humano con paso divino, no humano, para liberar primero, naciendo, a la naturaleza misma de la servidumbre de la muerte, a la que de tal modo había sido entregada, y, purificada la fuente, devolver a los arroyos la pureza celestial. Con razón salta Juan en el seno, él que mereció conocer la libertad de su origen antes que existir, mereció sentir antes que vivir.

A la hora del incienso se abre por medio de un ángel la esterilidad, se manda la concepción, se promete el parto, y entre los santuarios se procura un nacimiento sagrado: de ahí que, todavía en el seno, apenas concebida la trabazón de sus miembros, hay profecía en Juan: a una señal de Dios habla antes de llegar al oficio de la voz. Pero, para no omitir lo que más hay que decir mientras deseamos concluir en un sermón abreviado las cosas profundas y admirables de una lectura tan amplia, trataremos de lo que sigue la próxima vez, si a Dios le place.

Sermón LXXXVIII.

Sobre lo mismo

Estar siempre en deuda es angustioso, hermanos; estar siempre atado con los lazos de un préstamo es triste; pero a mí, a quien mi promesa hace con frecuencia deudor vuestro, la naturaleza misma y la obligación de tal deuda me halagan mucho, porque el que promete da, no recibe; y el que debe dando, hace al acreedor más bien obligado a sí; y donde el que prestó debe, y el que debe prestó, allí se prueba que el contrato es de estrecho vínculo, no de necesidad; y en tal préstamo del alma corre un interés no de carga, sino de dulcísima honra. Después de que la palabra evangélica describió que se apareció al sacerdote Zacarías un ángel del Señor, añadió diciendo: Y Zacarías se turbó al verlo, y el temor se precipitó sobre él (Lc 1,12). Si quien está pendiente de la potestad de un juez siempre se turba y tiembla ante la llegada de un alguacil, y estima y mide la importancia del mandato por la persona del que viene; y, aunque tenga buena conciencia, siente pavor hasta que conoce las causas del que viene y entiende de qué clase son: ¿qué hará, con qué pavor temblará, cuando la débil naturaleza del hombre haya sentido una potestad de lo alto, cuando el hombre haya mirado a un ángel y

haya visto a un ministro del trono divino? La carne nunca está segura de su conciencia: como lo comprobó el mismo Zacarías, de quien ahora hablamos, que ofendió en el tiempo mismo de la propiciación; que mientras cree, duda, pues dice el ángel: Porque no creíste a mis palabras (Lc 1,20); mientras merece lo pedido, incurre en castigo; es condenado cuando ha recibido los dones mismos; pierde la voz justo cuando recibe la voz. De ahí que el ángel, antes de exponer sus mandatos, entregar sus dones, referir lo obtenido, disipa el miedo, ahuyenta el temor, conforta los ánimos turbados por un pensamiento vacilante, para que la mente, que había salido de sí por un exceso de pavor, vuelta a sí misma, sintiera y captara tan gran largueza de beneficios, diciendo: No temas, Zacarías, porque tu súplica ha sido escuchada, y tu mujer Isabel te dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Juan (Lc 1,13).

¿Piensas que un sacerdote tan grande se olvidó así del pueblo, así de todos, como para pedir por la concepción de una cónyuge anciana, por el parto de una estéril desesperada; como para que el enviado de todos estuviera entonces presente para sí solo; como para que el abogado de todos orara aparte por sí; como para que estrechara tan gran oficio del pontificado dentro de los cuidados domésticos, lo encerrara y ocupara en las estrecheces familiares, y el prelado anciano destinara el incienso de todo el pueblo al solo deseo de un hijo propio, y, tan entrado en años y mirando ya el tiempo mismo, se encendiera en tal deseo de un parto intempestivo? De ningún modo, her-

manos, de ningún modo sospeche esto un alma fiel del santo Zacarías. Y sin embargo el ángel refiere que en esto estuvo el efecto de toda la súplica, diciendo: Tu súplica ha sido escuchada, y tu mujer Isabel te dará a luz un hijo. Si el ángel respondió a lo pedido, el sacerdote suplicó solo por su hijo; si la súplica del sacerdote se hizo por todos, ¿por qué el ángel refirió como obtenido solo el hijo? ¿Por qué nos detenemos, por qué tenemos tanto tiempo en suspenso los ánimos de los oyentes? ¡Cómo asistió este venerable prelado no a sí solo, sino a todos; cómo respondió el ángel a todos; cómo proveyó Dios en este único vástago del sacerdote, al que ciertamente había escogido para sus padres y para la naturaleza misma con este fin: darlo al mundo entero, concederlo a los siglos, donarlo a los pueblos, y que fuera hijo del misterio, traído entre los santuarios, concedido entre los misterios; que fuera prelado engendrado de un venerable prelado; que fuera ángel concebido en santas entrañas por boca de un ángel; que fuera voz de Cristo: Yo soy la voz del que clama en el desierto (Jn 1,23); que fuera voz de Cristo reservada para Cristo, para sus tiempos; que fuera heraldo del Juez, que había de clamar su presencia; que fuera quien, por la penitencia, llamara a los pueblos de Cristo al perdón!

Cuánto hizo, pues, por todos, cuánto obtuvo para todos este sacerdote, ya ignorante de sí, ya muerto para sí, extraño a su cónyuge, ya privado de descendencia, aprendámoslo enseguida por lo que refiere el ángel. Y muchos, dice, se alegrarán en su nacimiento (Lc 1,14). No es hijo único el

que ha sido creado para el gozo de todos. Porque será grande delante del Señor (Lc 1,15). El que es grande delante de Dios, ¿quién probará cuán grande es entre los hombres? Y no beberá vino ni bebida fermentada. El que nació del cuerpo santo de un sacerdote, y en extrema vejez, cuerpo purificado de todos los vicios y libre de los ardores de la juventud, no conoce el vino, ignora la bebida fermentada, que engendran los excesos y los vicios de la embriaguez, y disipan todos los adornos de las costumbres, los ornamentos de las virtudes. Y no beberá vino ni bebida fermentada, sino que será lleno del Espíritu Santo ya en el seno de su madre. Según aquello del Apóstol: Hermanos, no os embriaguéis con vino, en el cual está la disolución, sino llenaos del Espíritu Santo (Ef 5,18). Y será lleno del Espíritu Santo ya en el seno de su madre. Bienaventurado Juan, que mereció tronar por el Espíritu de Dios antes que gemir en el llanto del hombre; bienaventurado, que mereció poseer lo divino antes de recibir en suerte lo humano; bienaventurado, que mereció conocer el cielo antes que la tierra; bienaventurado, que, antes de ver lo presente, mereció anunciar lo futuro; bienaventurado, que pudo contener a Dios antes de ser contenido él mismo por su cuerpo; bienaventurado y singularmente bienaventurado, que, antes de saber buscar, conquistó el mérito; bienaventurado, que no llegó a la gracia por el trabajo, sino que bajó a los trabajos por la dignación de la gracia misma.

Y a muchos, dice, de los hijos convertirá (Lc 1,16). ¿A quién? Dígalo el ángel, para que el here-

je, porque blasfema, porque niega, enmudezca; dígalo el ángel, para que el fiel oiga y se alegre; crea el hereje, y vuelva corriendo. Convertirá. ¿A quién? Al Señor su Dios, dice. ¿Quién es este Dios? Aquel de quien dice el profeta: Este es nuestro Dios, y no hay otro fuera de él, que halló todo camino de la disciplina, y lo dio a Jacob su siervo, y a Israel su amado (Bar 3,36-37). ¿Cuándo lo dio? Entonces, sin duda, cuando escribió en las tablas de la Ley la regla de toda la vida, toda la norma de la disciplina.

Estate atento, oyente, para que sepas quién es este Dios nuestro, fuera del cual no hay otro. ¿Quién es? Después de esto fue visto en la tierra, y convivió con los hombres (Bar 3,38). ¿Quién otro fue visto en la tierra, sino Cristo, que vivió en nuestra carne? ¿Y quién otro convivió con los hombres, sino el que moró con los hombres en un cuerpo humano? Y si este es nuestro Dios, y no hay otro fuera de él, hereje, si no lo has tenido a él, ¿a quién tendrás? No hay otro, dice, fuera de él; ¿y ahora no dices: «¿Dónde está, pues, el Padre?»? El profeta dice: No hay otro fuera de él; ¿y dónde está? En el Hijo, sin duda, porque fuera del Hijo no hay Padre. Yo estoy en el Padre, dice, y el Padre está en mí (Jn 14,10). Por eso también el profeta no dijo «No hay otro», sino «No hay otro fuera de él»: es decir, lo hay; pero está en él. Pero dices: «Y si está en él, ¿cómo es otro?» Hereje, de tal modo es otro en persona, que es el mismo en sustancia; de tal modo es el mismo en sustancia, que no hay confusión de la Trinidad; de tal modo es la unidad de la Trinidad, que no hay distancia alguna en

la deidad; de tal modo está en sí, y sin él no es toda la Trinidad, que hay en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo personalidad definida, no divinidad separada.

Y él irá delante de él (Lc 1,17). ¿Delante de quién? Delante de Cristo, que es el Dios de ellos. Nuestro Dios, el Dios de todos, el Dios fuera del cual no hay otro: En el poder de Elías. Que nadie, al oír esto, alegue la metempsychosis: aquí habla de aquel espíritu que mereció por la gracia divina, no del que recibió de la carne para la vida; y habla de aquel poder que tuvo de lo alto, no del que obtuvo para la firmeza del cuerpo. Juan, pues, vino en el espíritu de Elías y camina en su poder, él que en todo, en el alimento, el vestido, la honra, la castidad, la abstinencia y todas las virtudes, representa a Elías y a Cristo. Prepare para el Señor un pueblo perfecto. Que nuestro Dios y Señor se digne prepararlo y confirmarlo en vosotros para gloria de su nombre.

Sermón LXXXIX.

Sobre lo mismo

Todo lo que fue creado por Dios es bueno para nosotros, y muy bueno, según dice la Escritura: Y vio Dios todas las cosas que había hecho, y he aquí, muy buenas (Gn 1,31). Así pues, todo lo que fue creado por Dios es bueno, y muy bueno; pero entre los vicios y las virtudes se tiene por intermedio, de tal modo que de ello los entendidos toman materia de doctrina y los ignorantes hallan causa de error. Porque los sabios conocen al Creador por la contemplación de la criatura; pero los necios, al estimar dioses a las criaturas mismas, no pueden conocer al Creador. De ahí que los gentiles se hicieran dioses del sol, la luna, las estrellas, el oro, las piedras, los maderos, cosas que los cristianos saben sujetas a su servidumbre. Ni es de extrañar que la criatura sea así intermedia, cuando el mismo Cristo, Creador de todas las cosas, es para los fieles salvación y para los infieles ruina, según dice el evangelista: Este está puesto para ruina y resurrección de muchos (Lc 2,34). También los apóstoles son tenidos por unos para muerte, por otros para vida, como prueba Pablo cuando dice: Para unos somos olor de muerte para muerte, para otros olor de vida para vida (2 Cor 2,16). Así pues, también las lecturas del Evangelio se hacen

para los buenos materia de inteligencia saludable, y para los malos ocasión de error.

Antes, cuando el beatísimo evangelista refería que Juan Bautista fue atado con las cadenas de Herodes, muerto por los adulterios de Herodías, decapitado en premio de una bailarina, advertimos que algunos se habían turbado: por qué Dios había entregado al santo a una sacrílega, al virgen a una adúltera, al ángel a una bailarina. Hermanos, de las virtudes de Juan y de los crímenes de Herodes trataremos abundantemente en otro sermón; ahora digamos cuál fue en Juan la causa de las cadenas, cuál la necesidad de la cárcel, cuál la utilidad de la muerte. Juan no podía morir con la suerte común, él que nació por un privilegio singular: cuando Cristo, Dios, nacía en la carne, Juan, ángel, fue engendrado en la tierra, para que así los oficios terrenos se mezclaran con los celestiales, como lo divino se mezclaba con lo humano, y en la tierra no le faltara a Dios un ángel, ni al Señor el orden del homenaje celestial.

Pero oigamos el orden del nacimiento de Juan, para que podamos hallar las causas de su muerte. Hubo, dice, en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, del turno de Abías, y su mujer era de las hijas de Aarón, y su nombre era Isabel (Lc 1,5). Y eran ambos justos delante de Dios, caminando en todos los mandamientos y justificaciones del Señor sin queja (Lc 1,6). Los grandes oradores, sobresalientes en ingenio, cada vez que se disponen a narrar las virtudes de varones ilustres, conmemoran a sus abuelos y tatarabuelos, para que al honor de los

presentes se añada la dignidad de los antiguos, y la alabanza de los padres redunde en gloria de los hijos. Mayor es la gloria innata que la buscada; precede lo que viene del origen a lo que sigue del trabajo; es más dichoso tener la gloria que buscarla: de ahí que el evangelista, para ensalzar la gloria de Juan, dice el linaje de Zacarías, su padre, y de Isabel, su madre, recuerda a sus abuelos, escribe sus méritos, pronuncia sus títulos, ordena sus grados, despliega su vida, ensancha sus insignias, pregona su santidad.

Hubo, dice, en los días de Herodes, rey de Judea. Recuerda el tiempo de un rey nefando, que violó la sagrada costumbre del sacerdocio, confundió el orden, deshizo lo estatuido, suprimió lo instituido. Y esto se añade al mérito de Zacarías: que, aunque Herodes extendió sobre casi todos los atrevimientos de su temeridad, no se atrevió a nada contra este, quedó vencido por sus virtudes, para que la inmaculada sucesión del sacerdote se conservara para gloria de su vástago. Y su mujer era de las hijas de Aarón. Aarón, primer pontífice en la Ley, fue el origen del sacerdocio: por eso, con razón, dejados de lado todos los demás, se la dice hija de aquel cuya santidad ostentó en sí como memoria, santidad que ella, piadosa guardiana de tan gran linaje, transmitió gloriosísimamente a su hijo.

Pero el evangelista describe las alabanzas de esta madre: Eran, dice, ambos justos delante de Dios. Es una dicha nueva, es un matrimonio singular, cuando permanece en dos una sola mente, una sola santidad en dos: concordaba en la mente

lo que distaba en el sexo; y en las costumbres era uno lo que la vista duplicaba; y por las virtudes hacía iguales a quienes la naturaleza había hecho desiguales. Eran, dice, justos ambos delante de Dios. Agradar a los juicios humanos, ser justo ante los hombres, es propio de la virtud humana, y también de grandísimo trabajo; pero ser justo delante de Dios, que escruta los corazones, examina los pensamientos, ve los movimientos de las mentes, no es del trabajo humano, es del don divino. Si es grande el que no peca en la carne, ¿cuán grande es el que no peca en el corazón? Juan, pues, nació por encima de la carne, de estos que delante de Dios no pecaron ni de corazón ni de cuerpo.

El evangelista añadió, diciendo: caminando en todos los mandamientos y justificaciones del Señor sin queja. Caminando: camina el que no se detiene en las encrucijadas de los pecadores, el que se siente peregrino en este siglo, el que entra intrépido en las ásperas moradas de las virtudes, el que, caminante incansable, sube los montes de las justificaciones, las colinas de los mandamientos, para gozar de la presencia de Dios, su padre, de la bienaventuranza de la patria celestial. Caminando en todos los mandamientos y justificaciones. Estos, en todos: en los que nadie, o pocos. En todos los mandamientos y justificaciones. ¿Quién atraviesa los incendios de las codicias sin conocer su humo? ¿quién escapa de lo resbaladizo de la vida sin caer nunca? ¿quién camina sin mancharse por los remolinos de los vicios? ¿quién lleva adelante los negocios

de la carne, los asuntos de la vida, los actos del mundo, y no estará en queja, cuando el nacer mismo está lleno de lágrimas y de quejas? Porque la parturienta se queja por el dolor, y el que nace para las lágrimas se queja por naturaleza. Pero en Zacarías e Isabel cayó la culpabilidad, pereció la queja, quedó amputada toda acusación, porque en ellos se preparaba aquello de donde nacería toda santidad; pero que esto resplandezca ya desde la lectura misma.

Y no tenían, dice, hijo, porque Isabel era estéril (Lc 1,7). Esta esterilidad no era maldita, sino mística, en la cual el parto no fue quitado, sino diferido; ni estaba cerrada a la descendencia, sino al tiempo: se cultivaba con el tiempo, se sembraba con la virtud, maduraba con la edad, crecía con la vejez, para que en un hijo singular se compensara toda la fecundidad, cuando en uno solo nacía una multitud acumulada de virtudes. Bienaventurada esterilidad, que se reservaba para un solo parto y esperaba a Juan, para que, puesto que a él se le debían todas las primicias, no pereciera la dignidad del primogénito. Y ambos habían avanzado en sus días. Habían avanzado, no habían fallecido: la edad vivió en los santos; no desfalleció, sino que avanzó. ¿O qué les falta a aquellos a quienes siempre se suman incrementos de virtudes? Así pues, en Zacarías e Isabel se entumece el sexo, se enfría la carne, se adormecen los miembros, pasa el tiempo, transcurre la edad, se extingue todo cuanto pertenece al orden humano y al negocio conyugal, para que naciera un ángel por don divino, no por parto de los hombres.

Habíamos prometido exponer, a partir del nacimiento de Juan, las causas de su muerte; pero como hoy el sermón nos ha llevado más lejos, y para la prueba del asunto nos es muy necesario lo que sigue, cuéntese lo que acabamos de decir para gloria de su nacimiento; y no seamos ingratos con vosotros, nosotros que diferimos la deuda, no la negamos: porque, con los deudores, la dilación crece en favor del acreedor. Esperad, pues, lo que promete el deudor, y esperad seguros, porque las promesas no pueden negarse cuando a una estéril se le pagan tan generosamente las cosas negadas.

Sermón XC.

Sobre lo mismo

Que somos levantados por las caídas de los santos, cimentados por el temblor de los santos, nos lo enseñó hoy la vacilación del sacerdote Zacarías: el cual, al no creer las promesas de Dios, sino discutirlas, y al no percibir por la fe las obras divinas, sino escudriñarlas con la razón humana, paga la culpa de la infidelidad con una larga condena de silencio. Había oído del ángel: Tu súplica ha sido escuchada, y tu mujer Isabel te dará a luz un hijo. Él entonces respondió: ¿Cómo sabré esto? Porque yo soy anciano, y mi mujer ha avanzado en sus días (Lc 1,18). ¿Acaso, cuanto había perdido la esperanza de descendencia por la larga vejez, otro tanto no había aprendido con la larga experiencia de la vida que nada había imposible para Dios? Lo había leído un sacerdote de tanto tiempo, lo sabía un pontífice veterano: que por ley puede ser constreñida la naturaleza, no el autor de la naturaleza; y que el tiempo puede prescribir al hombre, no puede prescribir a su Hacedor. Conocía que de los cuerpos de Abraham y de Sara, muertos por la extrema vejez y apartados del nombre de padre y de madre por una famosísima esterilidad, había brotado Isaac para toda la fecundidad de la estirpe israelita (Gn 21,2), al

cual no le estorbó tanto que le faltara la naturaleza cuanto le aprovechó nacer por beneficio del autor, no de la naturaleza. Había aprendido que a Rebeca (Gn 25,21) y a Ana (1 Sam 1,20), agotadas largo tiempo, largo tiempo privadas del auxilio de la naturaleza, Dios les dio lo que la esterilidad había negado.

Instruido, pues, por cosas tan grandes, ¿por qué dice: ¿Cómo sabré esto? Porque yo soy anciano, y mi mujer ha avanzado en sus días? Hermanos, la naturaleza del hombre es muy temerosa ante Dios, muy débil ante los poderes divinos, y no se encuentra en el trance tal como se estima antes del trance; y bastante se ignora a sí misma antes de probarse con los hechos y de experimentarse con los ejemplos. Pide el cielo, pide las alturas, escudriña lo de arriba, mueve el cielo, llama al cielo; pero cuando haya movido el cielo, no podrá sostener el peso del cielo. Ambiciona subir a la cumbre de la fe, arde por penetrar el cielo con su propia fuerza; pero cuando empieza a caminar con pasos humanos por las vías etéreas, y cuando mira hacia abajo a su naturaleza, no confía tanto en lo pasado cuanto tiembla ante la caída. Así el bienaventurado Pedro, cuando sobre las aguas imita el andar divino, y como nuevo caminante pisa el camino blando con pasos duros, suplica por su caída antes de alegrarse de lo concedido (Mt 14,30).

Así ahora Zacarías, que había llorado largo tiempo que el diablo tuviera poder, que la muerte reinara por la culpa de un solo hombre, que los hombres nacieran para los trabajos, para los

gemidos, para los peligros; que fuera lícito desear hijos, aunque llenos de penalidades y destinados a morir, y sin embargo no poder obtenerlos; estar entre las filas de los crímenes, ser asediados por las tropas de los vicios, ser sacudidos y quebrantados siempre por el embate de las debilidades; ver de lejos los estandartes de las virtudes, la esperanza de la Ley, la libertad de la gracia, y sin embargo que nadie pudiera llegar allá por sus propias fuerzas; querer el bien y no hacerlo; odiar los crímenes y no vencerlos; que Dios debía ya tener misericordia, debía ya socorrer así a los cautivos: este pontífice, pues, como llamaba a los oídos de Dios con tan continua queja, con tal lamentación, Dios, a quien pedía cosas tan piadosas, tan justas, tomó del vástago mismo de su respuesta y estableció una prueba admirable, por la que creyera que Dios podía dar la vida a los muertos y devolver la salvación a los desesperados, si a una vejez muerta le había dado descendencia, si a una esterilidad desesperada le había dado un hijo; como lo descubre la palabra evangélica cuando dice: Tu súplica ha sido escuchada, y tu mujer Isabel te dará a luz un hijo: mensajero de esta redención, precursor de esta salvación; que no oirá a Dios, como tú, por una voz, ni lo doblegará con gemidos. No buscará él, como tú, nuestros sufragios para obtener; sino que, puesto él mismo en nuestro rango y sostenido por el honor angélico, tendrá en su mano al Dios tan deseado por todos, nunca conocido por nadie, invisible aun para los mismos ángeles; lo abrazará en su regazo, y, visible ya para el mundo, lo entre-

gará con brazos felices, lo señalará con palmas beatísimas, para que lo contemplen los ojos humanos; hará a Dios conocido de todos, conducirá al Señor al consorcio de sus siervecillos, mezclará al Juez con los reos, atestiguará que el censor ha asumido en sí la persona de los culpables, como probando que la sentencia de la condena humana cesará, cuando él mismo es juzgado, él mismo corre por el perdón, el que había de entregar a los reos al castigo.

Para que resplandezca este misterio de inmensa piedad, Zacarías, tu hijo sumerge a su Señor en el bautismo de la penitencia, lo lava para la remisión de los pecados: porque quiso la fuente ser lavada, el juez instructor recibir el perdón, el Juez mismo someterse a su propia sentencia, para no condenar a los reos, para no descargar la venganza sobre los culpables; sube a la cruz, gusta la muerte, padece la sepultura, entra en el infierno, el que quiso ser castigado para no castigar, el que quiso ser amado más que temido. Cuando Zacarías, hermanos, oyó que había merecido con sus preces tan gran misterio, aterrado por la consideración de la cosa misma, turbado por la estimación del misterio mismo, no creyó merecer tanto, y dudó que Dios descendiera a cosas tales y tan grandes. De ahí que diga: ¿Cómo sabré esto? Porque yo soy anciano, y mi mujer ha avanzado en sus días. Es decir: «Así como la razón humana no permite que yo tenga un hijo, así la majestad eterna no consiente que Dios nazca y muera». A él, que no creía de modo perdonable, el ángel le dio solo la pena de un signo, no de la incredu-

lidad: es propio de la cautela creer tarde cosas humildes acerca de Dios, y más tarde aún pensar cosas injuriosas acerca de Dios.

Añadió el ángel, diciendo: Yo soy Gabriel. Para que, por un nombre tan grande y por el mérito de un ministro tan grande, el pontífice sopesara la fidelidad de la promesa y creyera en su calidad. Yo soy Gabriel, que estoy ante Dios, y he sido enviado a hablarte (Lc 1,19). Al decir su nombre, designa su mérito; cuando refiere que está presente, refiere que es enviado; reconoce la servidumbre, para que la prerrogativa del nombre no oculte el homenaje debido. Yo soy, dice, Gabriel, que estoy ante Dios, y he sido enviado a hablarte y a anunciarte estas cosas.

Verdaderamente, grande es el Señor, y su sabiduría no tiene número (Sal 147,5). Cura al enfermo de su herida, afianza al vacilante con el castigo, con el suplicio completa la prueba de la fe, al decir: Y he aquí que estarás callado y no podrás hablar (Lc 1,20). Para que de ti y en ti alcances la regla del creer, y por un ejemplo doméstico creas que Dios puede hacer lo que promete: porque cuando quiere, cierra el órgano de tu voz; y cuando quiere, puede ciertamente abrir el oficio de tu boca; y cuando quiere hacer de una estéril una fecunda, de una fecunda una estéril, cuando lo promete, puede; cuando quiere, concede los oficios del parto; cuando quiere, tiene poder para negar los servicios de la naturaleza. Obró, pues, el ángel de modo que el pontífice, instruido con tal prueba, no diga más: ¿Cómo sabré esto? El que pudo comprobar por el indicio

de toda la creación que Dios lo puede todo, y el que había leído que el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos subsistió de la nada, debió creer que él podía hacer lo que quiere de algo, y devolver al desesperado lo que promete; y el que hizo el todo de lo que no era no se fatiga en hacer lo que quiere de lo que es.

Y el pueblo estaba esperando a Zacarías, y se extrañaban de que se demorara en el templo (Lc 1,21). Pero, al salir, Zacarías no podía hablarles, y conocieron que había visto una visión en el templo (Lc 1,22). Y él les hacía señas, y permaneció mudo. Sale el pontífice llevando en la boca el indicio de la esterilidad, portando en el pecho la figura de la concepción, para que, cuando la madre diera a luz al hijo, el hijo diera la voz, entonces el padre de la palabra pronunciara el misterio, y el nacido diera el perdón a su padre antes de lavar los antiguos crímenes de los pueblos. Y porque el que no creyó calló, con razón el Profeta, porque creyó, se gloría diciendo: Creí, por eso hablé (Sal 116,10).

Hermanos, la fe da la palabra, la infidelidad niega la palabra. Si, pues, hermanos, como dije, la caída de los santos nos levanta, el temblor de los bienaventurados nos afianza, juzguemos que nunca nada es imposible para Dios, y no indaguemos cómo hará lo que promete, aquel para quien haber querido es haber hecho, haber dado es haber prometido.

Sermón XCI.

Sobre lo mismo

Los que saben sacar oro de la tierra, donde han advertido una vena rica, allí emplean cuanto hay de arte, cuanto hay de trabajo; también nosotros, porque sabemos que en el santo Zacarías se esconde un tesoro celestial, ocupemos en él todo lo que es de nuestro sermón, todo lo que es de vuestro oído, de modo que se haga ganancia común lo que se haya buscado con trabajo común. Hubo, dice, en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, del turno de Abías (Lc 1,5). Esto ya lo hemos dicho. Y su mujer era de las hijas de Aarón. Así comenzó el evangelista, para que en la cónyuge del sacerdote se mostrara conservada la nobleza del linaje sacerdotal.

Eran, dice, ambos justos delante de Dios (Lc 1,6). Ambos justos, porque en ambos había una sola justicia. Ambos justos, porque el matrimonio entre ellos se fundaba no en el cariño, sino en la santidad. Ambos justos, porque, dispares en el sexo, eran tenidos por pares en los méritos. Ambos justos, porque, así como había en los dos una sola carne, así había en los dos un solo espíritu. Imítenlos los cónyuges, para que a quienes une el afecto, los una también la virtud. Eran, dice, justos ambos delante de Dios. Ambos justos

delante de Dios. ¿Y dónde queda aquello: No será justificado en tu presencia ningún viviente (Sal 143,2)? Ante los hombres quizá alguien sea tenido por justo, porque los hombres, así como conocen las culpas de los cuerpos, así ignoran los vicios de la mente; pero delante de Dios, a quien están abiertos los cerrojos del pecho, a quien no se le ocultan los secretos de los pensamientos, ¿quién es tenido por inocente y justo? ¿Hay algún hombre que no peque de corazón, que no falte con el pensamiento, que no tropiece por la duda, que no incurra en la caída del temblor? Moisés duda (Nm 20,12), Aarón se desvía (Ex 32,4), Pedro niega (Mt 26,70), ¿y quién es justo? ¿Y cómo son ambos justos delante de Dios? Delante de Dios, pero por Dios. Ambos justos delante de Dios. No por el trabajo, sino por la gracia. Escucha al Apóstol: Justificados gratuitamente por su gracia (Rom 3,24). Y otra vez: No de vosotros, es don de Dios; no por las obras, para que nadie se gloríe (Ef 2,8-9). Y otra vez: ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (1 Cor 4,7) Así pues, el evangelista refiere no lo que no tuvieron, sino lo que recibieron; no lo que se buscó, sino lo que se donó.

Eran, dice, ambos justos delante de Dios, caminando en todos los mandamientos y justificaciones de Dios sin queja. Dijo «caminando» para mostrar que corrieron en las virtudes, que no se detuvieron; que anduvieron en el camino de la justicia, que no se sentaron; que no se quedaron en la ruta de los mandamientos, sino que llegaron

a la plenitud de los mandamientos. Caminando en todos los mandamientos y justificaciones de Dios sin queja. Bienaventurados, hermanos, aquellos a quienes no hiere la culpa, no lastima el crimen; pero más bienaventurados estos, a quienes ni siquiera tocó la queja. Sin queja. Si la niñez, si la adolescencia, si la juventud estuvo sin queja, donde todo es queja, ¿cómo sería su vejez? Si tal el comienzo, ¿cuál el fin? Haber subido a las cumbres de las justificaciones, a las colinas de los mandamientos, y no haber vacilado en nada, es propio de una gracia singular, es insignia de una dicha única.

Y no tenían, dice, hijo, porque Isabel era estéril (Lc 1,7). No dijo «No tenían hijos», sino «No tenían hijo», porque había de ser singular el que había de nacer de tales padres. Escucha al Señor que dice: No surgió entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista (Mt 11,11). Porque Isabel era estéril. Estéril en el cuerpo, pero fecunda en virtudes; tardía para la descendencia, pero no tardía para Dios; no cerrada al vástago, sino al tiempo; no negada al hijo, sino reservada para un misterio.

Y ambos, dice, habían avanzado en sus días. Habían avanzado: así se describe el misterio de una vejez que todavía no ha decaído en méritos, no desfallece por la edad, sino que avanza; ni siente los detrimentos del cuerpo la que recibe los aumentos de la virtud. Hermanos, el parto de la santa Isabel no fue quitado, sino diferido, hasta que pasara el tiempo de la carne, la pasión del cuerpo, la necesidad del matrimonio, la causa

del placer, el sentir de la codicia, y todo lo que confunde, agrava, carga la conciencia humana. Porque durante largo tiempo se purificaba la casa del sacrificio, el hospedaje de la santidad, el aposento del aposentador de Cristo, el domicilio de un ángel, la sala del Espíritu Santo, el templo de Dios. ¿No sabéis, dice el Apóstol, que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? (1 Cor 3,16) En efecto, cuando quedó apaciguada toda la queja del cuerpo, y se hicieron del todo sin queja, enseguida huye la esterilidad, revive la vejez, la fe concibe, la castidad da a luz; nace uno mayor que el hombre, igual a los ángeles, trompeta del cielo, heraldo de Cristo, arcano del Padre, mensajero del Hijo, abanderado del Rey de lo alto, perdón de los pecados, corrección de los judíos, llamamiento de los gentiles y, para decirlo con propiedad, el broche de la Ley y de la gracia, que sujetaba sobre el pecho de su santo padre el manto doble del sumo sacerdote. Así pues, el evangelista describe las virtudes del padre y de la madre, para que por los grandes méritos de quienes lo engendraron se conociera la dignidad del vástago, y se probara mayor que el hombre el que en su nacimiento sobrepasaba la ley del nacimiento humano.

Pero si ha de salir, nazca ya Juan, porque está próximo el nacimiento de Cristo; surja el nuevo lucero, porque ya irrumpe el resplandor del verdadero Sol; dé su voz el heraldo, porque está presente el juez; resuene la trompeta, porque viene el Rey; y porque Dios ha de salir, vaya ya delante el ángel. Pero, puesto que lo que está por encima de

los hombres, las virtudes del ángel que nace, no basta el hombre para referirlo, hable ya el ángel. Dijo el ángel a Zacarías: No temas, Zacarías: tu súplica ha sido escuchada; he aquí que Isabel, tu mujer, te dará a luz un hijo; y le pondrás por nombre Juan; y tendrás gozo y alegría; y muchos se alegrarán en su nacimiento (Lc 1,13-14). Porque será grande delante del Señor; y no beberá vino ni bebida fermentada; y será lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre; y convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor su Dios; y él irá delante de él en el Espíritu y poder de Elías, para convertir los corazones de los padres a los hijos, y a los incrédulos a la prudencia de los justos, para preparar para el Señor un pueblo perfecto (Lc 1,15-17). Queda ociosa el habla humana, calla la predicación del predicador, cuando por el pregón angélico se proclama la gloria de Juan; resuena su virtud, se alaba a una su alabanza; ni hay nada que el hombre pueda añadir a aquel a quien Dios confirió todo.

Será lleno del Espíritu Santo, dice, ya desde el seno de su madre. Veis cómo Juan llegó al cielo antes de tocar la tierra, recibió el Espíritu divino antes de tener el humano, acogió los dones divinos antes que los miembros del cuerpo, comenzó a vivir para Dios antes que para sí; o más bien, vivió él para Dios antes que Dios viviera para él, según aquello del Apóstol: Vivo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí (Gál 2,20). Al sexto mes salta en el seno de su madre, y anuncia que Cristo ha venido al seno de la Virgen. Mensajero ardiente, que ansió anunciar antes que vivir; caudillo

impaciente, que antes de llegar al cuerpo llegó al Rey; antes empuñó las armas que los miembros; antes buscó la batalla que la luz; y para vencer al mundo, venció antes a la naturaleza; él, sin entrañas, despierta las entrañas de su madre; y porque el cuerpo tardaba, con el solo espíritu cumple el oficio del que anuncia la buena nueva. ¿Qué diré? Juan, antes de preceder a Cristo, se precedió a sí mismo. Los corazones del padre, de la madre y del hijo los llena uno y el mismo Espíritu Santo, para que con un solo órgano de santidad resuene el cántico del nacimiento del Señor. Y no es de extrañar, hermanos: siempre la fiesta honra los nacimientos reales, la dulce armonía los celebra. Y nosotros, hermanos, glorifiquemos el nacimiento de Cristo con cánticos, honrémoslo con dones: porque el cristiano falta a la fe si no hace lo que hace el mago (Mt 2,11).

Sermón XCII.

Sobre lo mismo

Poco a poco la palabra evangélica nos hace avanzar hacia lo más alto, nos eleva hacia lo de arriba. Y no es de extrañar, hermanos, si un carro etéreo arrebató a Elías al cielo (2 Re 2,11), cuando cada día esta cuadriga de los Evangelios lleva al género humano y lo transporta al reino del cielo. He aquí, hermanos, que ya nos ha acercado, del parto de la estéril al parto de la Virgen, y del nacimiento de Juan al nacimiento de nuestro Salvador. Pero escuchemos con más paciencia lo que aún queda acerca del pontífice Zacarías, para que podamos llegar por un camino real a la cuna de nuestro Rey: nosotros, que por esto subimos al asiento seguro de la cuadriga celestial, para evitar las inquietantes y arduas sendas de los atajos.

Pero se ha leído: Y sucedió que, cuando se cumplieron los días de su oficio, se fue a su casa (Lc 1,23). Así asistía al único templo una tribu entera: servían millares de sacerdotes, porque la observancia misma del oficio pontifical estaba dividida entre muchísimos, repartida por tiempos, distribuida por turnos, para que ni una multitud confusa turbara el orden del sacerdocio, ni uno, leyendo continuamente, negara a otro el oficio debido.

Pero después de esto concibió Isabel, su mujer (Lc 1,24). Tenían la facultad del matrimonio, tenían concedida la licencia de engendrar, ellos en quienes había todavía la adolescencia de la Ley, en quienes apremiaba todavía la infancia de la religión. La Ley, hermanos, prohibió lo ilícito; no negó lo lícito; mantuvo dentro del don, nada pudo conferir por encima del don; rigió la naturaleza, no elevó al hombre por encima de la naturaleza. La Ley, puerta de la fe, mensajera de la gracia, precursora del Evangelio, pedagogo de la infancia de la religión, permitió en el sacerdocio de la Ley la castidad conyugal, para anunciar la gloria venidera de la virtud perpetua en el pontificado de la gracia. Según esta indulgencia, pues, Isabel, muerta ya por los años, revive para un parto santo, y los miembros áridos y surcados de arrugas reverdecen con médulas vitales en entrañas fecundas: también el tiempo mismo, ese mismo en que había cesado, es devuelto al cuerpo; y la casa del seno, arruinada por la excesiva vejez, se repara de repente con un rostro nuevo; se pasma el orden, falla la costumbre, se admira la naturaleza misma, y por el aderezo de la morada se dan a conocer el mérito y la dignidad del huésped. Pero Juan se admiró mucho de ser peregrino en la morada común, él que supo que, excluido por el tiempo, rechazado por la naturaleza, había sido recibido en ella por beneficio del autor, no del que engendra.

Y se ocultaba cinco meses, diciendo: Así me ha hecho el Señor (Lc 1,24-25). Con razón confiesa que el Señor lo hizo todo, ella que veía que nada

se le había conferido por medio del hombre. Y se escondía cinco meses, porque lo que tenía, si bien era don divino, no era, sin embargo, de su tiempo. Se ocultaba cinco meses. Se ruboriza la anciana encinta, se avergüenza la viejecita de su primer parto, y la vejez extrema esconde a la parturienta, para que la risa ante una vejez fecunda no aumentara el oprobio de la esterilidad. Que una concepción senil y veterana se expone a la risa, lo prueba Sara, muy semejante en esta esterilidad y edad (Gn 18,12): ella, que cuando supo, por promesa del Señor, que se le devolvía el parto, que se le donaba un hijo a ella a quien ya casi le faltaba la vida, también ella se rió de su parto; y que una mujer encinta, y unas canas cargadas, podían ser objeto de risa para todos, lo atestigua por el nombre mismo de su vástago, según dice la Escritura: Y llamó el nombre de su hijo Isaac (Gn 21,3). Nombre que ella enseñó que significa risa, añadiendo: Risa me ha hecho el Señor (Gn 21,6). De ahí que Isabel quiera ocultar el sagrado misterio, diciendo: Así me ha hecho el Señor. Así ahora la fatiga la vergüenza de la concepción, cuanto tiempo la afligió la penalidad del parto negado; el padre calla por castigo, por vergüenza la madre se oculta. ¡Oh, qué gran voz nace del silencio! ¡Oh, qué gran trompeta, que ha de clamar a los siglos, se engendra en la taciturnidad! ¡Oh, qué secreto del Juez divino da al heraldo!

Así me ha hecho el Señor en los días en que me miró para quitar mi oprobio entre los hombres (Lc 1,25). La honra de la unión conyugal, la dignidad del matrimonio, es la procreación de dulces

hijos; porque es muy penoso y muy triste carecer del premio de la virginidad y no tener el consuelo de los hijos; soportar las cargas del matrimonio y no llegar al fruto del matrimonio. De ahí que se alegre de que se le haya quitado el oprobio de la esterilidad, diciendo: Así me ha hecho el Señor en los días en que me miró para quitar mi oprobio entre los hombres. Porque esto se tiene entre los hombres por desgraciado, pero ante Dios no hay culpabilidad alguna donde no hay culpa del que engendra, sino juicio del que niega. Ciertamente, si esto lo trae alguna debilidad corporal, la causa es la necesidad, no la voluntad.

Pero ahora apártese toda perezosa inteligencia de la carne, rechácese toda la debilidad del sentido corporal; y exclúyase todo empeño del ingenio humano, cualquiera que sea; ábranse los ojos de la fe, descórranse los cerrojos de los oídos del corazón, corra y acometa el paso de la mente, para que podamos llegar al misterio de la concepción virginal, penetrar hasta el sacramento del parto virginal, con la ayuda del Señor Jesucristo, que, engendrado de ella, vive ahora en los reinos celestiales con Dios Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

Sermón XCIII.

Sobre la conversión de la Magdalena

Quizá el oyente atento se admira de que Cristo haya ido a una comida, y a la comida de un fariseo. Cristo entró en la casa del fariseo no para tomar manjares judíos, sino para prodigar la misericordia divina; ni se recostó para tomar copas sazonadas con miel, perfumadas de flores, sino para beber las lágrimas de la penitente en las fuentes mismas de los ojos: Dios tiene hambre de los gemidos de los que delinquen, tiene sed de las lágrimas de los pecadores.

Un fariseo, dice, rogaba al Señor que comiera con él; y, entrando en la casa del fariseo, se recostó a la mesa (Lc 7,36). Y he aquí una mujer que era pecadora en la ciudad, cuando supo que el Señor estaba recostado a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con ungüento, y, de pie detrás, junto a sus pies, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los secaba con los cabellos de su cabeza, y besaba sus pies, y los ungía con ungüento (Lc 7,37-38). Veis que Cristo vino a la mesa del fariseo no para llenarse de manjares carnales, sino para mostrar en la carne un negocio celestial; ni para probar lo que se le puso delante humanamente, sino para aprobar lo que se hizo detrás de él divinamente. Porque siempre reconocemos

que Cristo, por medio de actos humanos, ejerció poderes divinos, en cuanto se comprueba que todo lo que hizo, aun corporalmente, es nuevo y ajeno al uso de los mortales.

El fariseo invita a Cristo a comer: ¿qué busca allí la mujer no invitada? Un extraño no irrumpe por los cerrojos de una casa, el no invitado no se atreve a entrar en la intimidad de un banquete, un testigo disoluto no osa perturbar los manjares preparados para solaz de las mentes tras el trabajo; ¿y qué es esto, que esta mujer desconocida, o más bien, mal conocida, cargada de lutos, llena de lágrimas, clamorosa en su llanto, sin saberlo el portero, sin que nadie se entere, ignorándolo el anfitrión mismo, recorre todas las entradas de la casa, atraviesa todas las tropas de los sirvientes, vuela hasta la intimidad misma del banquete, y hace de la casa de la alegría una casa de lamentación y de llanto? Hermanos, no vino rogada, sino mandada; entró presentada, no presumiendo: él mismo hizo así que se le presentara, el que con sentencia celestial mandó que fuera absuelta. En efecto, mientras el fariseo, ilustre por su vestido, el primero en el lecho, hinchado ante los ojos mismos de Cristo, dispuesto a agradar con su festín al hombre, no a Dios, se tiende festivo, viene la mujer, y viene por detrás, porque el ánimo culpable se pone a la espalda para el perdón, porque sabe que por la culpa ha perdido la confianza del rostro; viene a satisfacer a Dios, no a agradar al hombre cuando viene; viene ella a ofrecer un banquete de piedad, no de placer. En efecto, pone también la mesa de la penitencia,

sirve los platos de la compunción, presenta el pan del dolor; templa la bebida con lágrimas en medida, y para todas las delicias de la deidad toca toda la sinfonía de su corazón y de su cuerpo, da el clamor del órgano del llanto, modula la cítara con largos suspiros, ajusta los gemidos a la flauta; y al golpearse a menudo el pecho, acusando a su propia conciencia, hace resonar címbalos que agradarán a Dios; y mientras así lleva manjares a los ojos divinos, se lleva de vuelta de este modo toda la abundancia de la misericordia.

He aquí una mujer que era pecadora en la ciudad. Amontona el evangelista la fechoría de la mujer, para acumular la indulgencia del dador. Pecadora en la ciudad. Había pecado con la ciudad, porque su fama había tocado la fama de toda la ciudad; y así se había hecho no solo pecadora, sino el pecado mismo de la ciudad. Ella supo que el pecado de la ciudad no podía ser quitado sino por aquel solo que solo había venido a abolir el pecado del mundo. Y cuando supo que el Señor estaba recostado a la mesa en casa del fariseo. La pecadora no se atreve a acercarse al que está de pie, ni al que está sentado: Dios, cuando está de pie, reprende; cuando está sentado, juzga; cuando se recuesta, yace junto a los postrados. Cuando supo que el Señor estaba recostado a la mesa en casa del fariseo. Supo que la majestad de lo alto se inclina a compadecerse; y por eso creyó que estaría pronto a darle el perdón el que tan pronto había venido a la mesa del fariseo.

Trajo un frasco de alabastro con ungüento. Llevó aceite, porque buscaba del médico celestial

una medicina para una herida mortal. De pie detrás, junto a sus pies. El que busca un perdón pronto siempre se dirige a los pies. Y con razón de pie, porque ya no puede caer el que mereció llegar a los pies de Cristo. De pie detrás, junto a sus pies. Para que, apoyada en las huellas de Cristo, recorriera el camino de la vida la que había corrido por el camino de la muerte. Con lágrimas regaba sus pies. He aquí que se cambia el orden de las cosas: el cielo da siempre la lluvia a la tierra; he aquí que ahora la tierra riega el cielo, o más bien, por encima de los cielos y hasta el Señor mismo salta la lluvia de las lágrimas humanas, para que, según el salmista, se cante también de las aguas del llanto aquello: Y las aguas que están sobre los cielos alaben el nombre del Señor (Sal 148,4-5). Con lágrimas regaba sus pies. ¡Oh, cuán grande fuerza hay en las lágrimas de los pecadores! riegan el cielo, lavan la tierra, extinguen la gehena, borran la sentencia dictada por promulgación divina contra toda fechoría.

Y los secaba con los cabellos de su cabeza. Lava con lágrimas los pies del Señor, los seca con su cabellera. La pobreza queda sin excusa; la inhumanidad no tendrá perdón, porque la naturaleza se basta del todo a sí misma para el homenaje al Creador. Y los secaba con los cabellos de su cabeza. Sobre la cabeza de la pecadora refluía la ola para purificar los crímenes, para que la mujer, con su propia fuente, lavara la inmundicia de sus pecados en un nuevo bautismo. Y los secaba con los cabellos de su cabeza. Para convertir, según el salmista, la coronilla de cabellos (Sal 68,22)

con que había andado en sus delitos, a la santidad con tal servicio. Y besaba sus pies. Habían precedido, intercediendo, las lágrimas, para que siguieran los besos devotos, porque las lágrimas son prueba de satisfacción, los besos son indicios de reconciliación. Y los ungía con ungüento. Sabemos, por lo que refiere otro evangelista, que una mujer derramó óleo sobre la cabeza del Señor (Mt 26,7): no es, pues, lo que hace esta mujer de un homenaje blando y carnal, sino que es misterio de plena humanidad; porque en la cabeza de Cristo está Dios, en los pies los que anuncian la buena nueva de la paz.

Orad, hermanos, para que también nosotros merezcamos juntamente ser contados en alguna medida en la unción del Señor, y seamos ungidos con el ungüento que se derrama sobre los pies del Salvador: porque, así como es oblación cuando se ofrece el ungüento, así es crisma perfecto cuando rebosa de las huellas del Señor. Pero de quién es figura esta mujer, o qué gran arcano prefigura, lo diremos, por don de Dios, cuando se expongan las cosas que siguen.

Sermón XCIV.

Sobre lo mismo, y sobre el fariseo que murmura, y Cristo que responde

Puesto que en el sermón anterior recorrimos la primera parte de la lectura de hoy, nos admiramos juntos de con qué fervor, con qué fe, con qué audacia, con qué novedad de homenaje la mujer pecadora tocó las huellas mismas del Salvador: ahora oigamos qué dijo el fariseo callando, y qué respondió Cristo, a quien hablan las cosas calladas. Viéndolo, dice, el fariseo que lo había invitado, dijo para sí: Si este fuera profeta, sabría sin duda quién y qué clase de mujer es la que lo toca (Lc 7,39). Fariseo, lo que ves no es ignorancia, sino potestad; es de juicio divino, no de error humano. Fariseo, te equivocas: si hubiera sido profeta, más bien habría podido no saber, porque la profecía no es del albedrío humano, es don divino: por eso el profeta sabe no cuanto quiere, sino cuanto le haya dado aquel que concede la profecía. Si este fuera profeta, sabría sin duda quién y qué clase de mujer es la que lo toca. El contacto de una mujer mala quema al de mala conciencia, contamina al semejante, marca al sospechoso, infama al hombre de mala voluntad; pero la pecadora se hace buena, se hace santa, se hace inocente, cuando ha tocado al dador del perdón. El estiércol toca

el sol, pero no lo mancha. Cuando las heridas tocan al médico, la podredumbre no lo contamina. Aunque el reo toque al juez, no puede mancharlo cuando suplica. Así el pecador, cuando toca al Señor, no ensucia al Señor; sino que él mismo queda libre de todo pecado y arrebata de inmediato la santidad. Lo prueba la mujer que padecía flujo de sangre, la cual, cuando tocó la orla del Señor, no contaminó la orla, sino que ella misma quedó de inmediato libre de la impureza de su antiguo padecimiento.

Si este fuera profeta, sabría sin duda quién y qué clase de mujer es la que lo toca. El fariseo creería que Cristo es profeta si viera cosas expuestas a los ojos, conocidas por la gente. ¿Qué piensas que creerá, en cuanto aprenda que él es árbitro de su mente, juez de su corazón, testigo de su conciencia, juez instructor de sus pensamientos? ¿Piensas que al menos entonces reconocerá que es Dios, al que ahora, tras tantos prodigios, no juzga ni siquiera maestro? Si este fuera profeta, sabría sin duda quién y qué clase de mujer es la que lo toca. La mujer tenía una herida, la conocía, y por eso buscaba de tal modo al médico de tan gran herida; el fariseo, herido por la enfermedad de la incredulidad, febril por la llama de la soberbia, por el frenesí no se sabía loco. De ahí que Cristo volviera primero su cuidado allí donde se ensañaba una enfermedad desconocida, para que el médico celestial curara con una sola medicina a dos enfermos.

Viéndolo el fariseo que lo había invitado, dijo para sí, diciendo. A él, porque el fariseo había

pensado para sí, Cristo le respondió en voz pública; y al descubrir el secreto del corazón del fariseo, demuestra que él mismo había sido el autor de toda profecía. Respondiendo, dice, Jesús le dijo: Simón, tengo algo que decirte (Lc 7,40). A ti, que necesitas medicina y no sabes buscar la medicina; a ti, que llamas maestro a Dios y abandonas la disciplina de Dios: ¿ignoras que hace gran injuria al maestro el que se reconoce discípulo de aquel cuya enseñanza no sigue? Porque así como la probidad del discípulo es alabanza del maestro, así el discípulo que no conoce la disciplina es vituperio del maestro. Simón, tengo algo que decirte. Respondió: Maestro, di. Otra vez «Maestro, di», y no «Dios, di». Ya, ya presintiendo a Dios, al que llama maestro.

Dos deudores, dice, tenía un prestamista: uno debía quinientos denarios, y el otro cincuenta (Lc 7,41). Como no tenían con qué pagar, se lo condonó a ambos; ¿quién, pues, le ama más? (Lc 7,42) Respondiendo Simón, dijo: Pienso que aquel a quien más condonó (Lc 7,43). Y el Señor: Has juzgado rectamente. Habéis oído cómo el acreedor celestial compensa toda la deuda con la caridad, y para el incremento de todo el préstamo exige y requiere el interés del amor solo. Merece castigo el deudor que descuida rescatar su caución con el amor solo.

¿Quieres saber, hombre, qué debes a Dios? Que fuiste hecho es crédito de Dios; que eres capaz de razón es préstamo de Dios; que posees el discernimiento del mal y del bien, lo recibiste; y que recibiste la norma de vida por el documen-

to de deuda de la Ley, no puedes negar que te comprometiste con Dios cuando él estipulaba. Pero, puesto que por los vicios de la carne te hundes en el lodo como un cerdo, y, viviendo a la manera de los cuadrúpedos, te privas de la razón de que estás dotado, y en el remolino de los crímenes, perdido el discernimiento del bien y del mal, los confundes, y disipas la hacienda de la Ley divina, cautivo del placer mundano, te has hecho deudor luctuoso de un préstamo glorioso, a quien, faltando las ganancias de las virtudes, se le multiplica el interés de los crímenes. Pero aunque hayas caído en esto, aunque hayas rodado hasta ahí, mira que no desesperes: hombre, te queda con qué satisfacer al piadosísimo acreedor. ¿Quieres ser absuelto? Ama. La caridad cubrirá la multitud de los pecados (1 Pe 4,8). ¿Qué peor que el crimen de la negación? y sin embargo Pedro pudo borrarlo con el amor solo, como lo prueba el Señor cuando dice: Pedro, ¿me amas? (Jn 21,15-17) Entre todos los preceptos de Dios el amor ocupa el primer lugar. Amarás, dice, al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con toda tu fuerza (Mc 12,30). Ama, pues, hombre, a Dios, y ámalo entero, para que puedas sin trabajo vencer y borrar todos los pecados.

Es propio de una tierna milicia, de un delicado combate, alcanzar la victoria sobre todos los crímenes con el amor solo, como se aclara por lo que sigue. Volviéndose, dice, hacia la mujer, dijo a Simón (Lc 7,44). ¿Qué significa que Cristo, vuelto hacia la mujer, hable a Simón? Que mientras mira

a la penitente, reprende al que le ladra. Dijo a Simón: ¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa, no diste agua para mis pies, pero esta ha regado mis pies con lágrimas, y los ha secado con los cabellos de su cabeza; no me diste beso, pero esta, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies; no ungiste mi cabeza con óleo, pero esta ha ungido mis pies con ungüento (Lc 7,44-46). Por eso te digo: sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; pero a quien menos se le perdona, menos ama (Lc 7,47). Queda probado que el amor borra y lava todos los pecados. Pero ¿qué significa lo que dijo: A quien menos se le perdona, menos ama? ¿Entonces basta como motivo para pecar que se adquiera una caridad mayor? De ningún modo. La caridad socorre en lo pasado, no libra de lo futuro; la caridad no sabe pecar mientras ama; la caridad no es caridad si delinque; la caridad de Dios es guardiana de la santidad.

Hermanos, si sabemos que somos pecadores, y no queremos ser pecadores, demos lágrimas a los pies de Cristo, esparzamos los cabellos, fijemos besos, derramemos con toda devoción el óleo de la piedad, para que se nos diga: Vuestros muchos pecados os son perdonados, porque habéis amado mucho (Lc 7,47). Imitemos a esta mujer, que vemos no solo libre de pecados, sino llegada a la cumbre entera de la santidad. Pero quién es esta mujer, puesto que el sermón de hoy sobre la caridad nos ha hecho diferirlo, lo expondremos, como ya prometimos, en lo que sigue, con Dios por autor.

Sermón XCV.

Sobre lo mismo, donde se trata de la conversión alegórica de la Magdalena

Todo lo que se refiere que Cristo hizo corporalmente está de tal modo apoyado en la verdad histórica, que siempre se comprueba lleno de misterios celestiales. Y puesto que lo que estaba en la superficie de la lectura ya lo hemos tocado en un sermón repetido, orad para que, como prometimos, expongamos su interior, revelándolo el Espíritu Santo. Es indecoroso el discurso que presenta los hechos de Dios con una exposición solamente humana.

Un fariseo, dice, rogó al Señor que comiera con él (Lc 7,36). El fariseo, hermanos, es llamado el católico de los judíos; porque cree la resurrección y disiente del saduceo, que niega la resurrección. De ahí que ruegue a Cristo, es decir, al autor de la resurrección, que coma con él: porque el que convive con Cristo no sabe morir; ciertamente vive siempre. Rogaba al Señor que comiera con él. Ruegas, fariseo, comer con él; cree, sé cristiano, y comes de él. Yo soy, dice, el pan que bajó del cielo (Jn 6,41). Dios siempre concede más de lo que se le pide; porque se dio a sí mismo para ser comido el que era rogado para que concediera la confianza de comer con él; y sin embargo de tal

modo dio esto, que no negó aquello que se le pidió. ¿No promete esto también espontáneamente a sus discípulos? Vosotros, que habéis perseverado conmigo, comeréis y beberéis a mi mesa en mi reino (Lc 22,28-30). Cristiano, el que aquí se te dio para ser comido, ¿qué de lo suyo podrá negarte en el futuro? Y el que te preparó tan gran viático para tu sustento, ¿qué no te habrá preparado en aquella morada perpetua? Comeréis a mi mesa en mi reino. Has oído del banquete de Dios: no andes inquieto por la calidad del banquete. El que merece llegar a la mesa del rey comerá cuanto poseen el dominio y la potestad del reino; así el que llegue al banquete del Creador tendrá entre sus delicias cuanto se contiene en la creación.

Pero volvamos a lo comenzado. Y entrando en la casa del fariseo. ¿Qué casa? Ciertamente, entró en la sinagoga y se recostó. En la sinagoga, hermanos, se recostó Cristo entonces, cuando se acostó en la muerte: pero envió su cuerpo a la mesa de la Iglesia, para que la carne celestial fuera para salvación de los gentiles que habían de comerla. Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros (Jn 6,53). Pero cómo se come la carne de Cristo, cómo se bebe también su sangre, lo saben los que han sido instruidos en los sacramentos celestiales.

He aquí, dice, una mujer que era pecadora en la ciudad (Lc 7,37). ¿Qué mujer? La Iglesia, sin duda. Pecadora en la ciudad. ¿En qué ciudad? Aquella de la que había dicho el profeta: ¿Cómo se ha hecho ramera la ciudad fiel de Sion? (Is 1,21) Y

en otro lugar: He visto iniquidad y contradicción en la ciudad, e iniquidad y fatiga en medio de ella y en la justicia; y no se apartaron de sus plazas la usura y el engaño (Sal 55,10-12). En la ciudad, pues, cercada por los muros de la incredulidad, fortificada con las torres de la soberbia, trazada con las plazas de las iniquidades, cerrada con las puertas de las contradicciones, pintada con los afeites del engaño, endurecida con los pedernales de las usuras, agravada con los dolores de los negocios, infamada por los lupanares, es decir, por los templos de los ídolos, esta mujer, es decir, la Iglesia, arrastraba una gravísima culpabilidad de tan gran sentina de pecados precedentes.

Pero cuando oyó que Cristo había venido a la casa del fariseo, es decir, a la sinagoga; que allí, esto es, en la Pascua judía, había entregado los misterios de su Pasión, abierto el sacramento de su cuerpo y de su sangre, manifestado el arcano de nuestra redención, despreciando a los escribas como pésimos porteros. ¡Ay de vosotros, legistas, que os habéis llevado la llave de la ciencia! (Lc 11,52) Rotas las puertas de las contradicciones, despreciada la jefatura misma del coro farisaico, ardiendo, jadeando, abrasándose, llegó hasta lo más íntimo del banquete de la Ley: y allí halló a Cristo, entre los manjares del amor y las dulces copas, entregado, caído por el fraude judío, según aquello del Profeta: Porque si un enemigo me hubiera ultrajado, lo habría soportado ciertamente; y si el que me odiaba hubiera hablado mal contra mí, me habría escondido ciertamente de él; pero tú, hombre de un mismo sentir, mi guía y mi co-

nocido, que tomabas conmigo dulces manjares, en la casa del señor anduvimos en concordia (Sal 55,13-15).

Cuando supo que el Señor se había recostado en casa del fariseo, es decir, en la sinagoga, entregado a todo dolo, a todo fraude, que había padecido, había sido crucificado y sepultado, sin embargo, tan grande injuria no la retrae del fervor de la fe, sino que lleva ungüento, lleva el óleo del crisma cristiano: y porque no mereció ver el rostro corporal de Cristo, está detrás, no en el lugar, sino en el tiempo, se adhiere a sus huellas para seguirle; y derrama ya lágrimas más de deseo que de conciencia, para merecer ver volviendo a quien no mereció ver partiendo. Derrama, pues, lágrimas a los pies del Señor con amor desbordante; mientras sostiene con las manos de las buenas obras los pies de los que anuncian su reino, los lava con las lágrimas de la caridad, los besa con los labios de la confesión, y derrama todo el ungüento de la misericordia, hasta que, vuelto hacia ella (¿qué es «vuelto»? es decir, de regreso), diga a Simón, diga a los fariseos, diga a los que niegan, diga al pueblo de los judíos: Entré en vuestra casa, no disteis agua para mis pies (Lc 7,44).

¿Y cuándo dirá esto? Cuando venga en la majestad de su Padre, y separe a los justos de los injustos, como el pastor que separa las ovejas de los cabritos; y diga: Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me acogisteis (Mt 25,42-43). Es decir: «No disteis agua para mis pies; pero esta, al lavar los pies de los míos, ungir sus pies, besar

sus pies, ha hecho a los siervos lo que vosotros no hicisteis al Señor, ha hecho a los pies lo que vosotros negasteis a la cabeza, ha dedicado a los más pequeños lo que vosotros negasteis a vuestro autor». Entonces dirá a la Iglesia: Tus muchos pecados te son perdonados, porque has amado mucho (Lc 7,47). Porque entonces habrá remisión de los pecados, cuando se quite toda la materia del pecar, cuando la corrupción se revista de incorrupción; cuando la mortalidad alcance la inmortalidad, cuando la carne del pecado se haga carne de toda santidad, cuando la servidumbre terrena se cambie en dominio celestial, cuando la milicia humana sea promovida al reino divino.

Orad, hermanos, para que también nosotros, puestos en la porción de la Iglesia, merezcamos llegar a lo que hemos enumerado, con Cristo mismo por autor, a quien sea el honor y la gloria juntamente con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

Sermón XCVI.

Sobre la parábola de la cizaña

Si los dichos o los hechos de Cristo estuvieran sometidos por doquier a los sentidos carnales, mi ánimo se entorpecería, quedaría ocioso, dormiría el ingenio, el corazón se consumiría, se apagaría cuanto hay de vigor y de calor humano. Les propuso, dice, una parábola (Mt 13,24). Así como en la piedra el fuego está frío, el fuego se esconde en el hierro, y sin embargo el fuego mismo se enciende en llama al chocar el hierro y la piedra, así la palabra oscura resplandece al confrontar la palabra y el sentido. Ciertamente, si no hubiera nada místico, no quedaría distinción entre el infiel y el fiel, entre el impío y el piadoso, y sería el devoto como el contumaz, el perezoso como el que trabaja, el desvelado como el que duerme; pero ahora, cuando el alma pide, la mente llama, el sentido busca, la piedad espera, la fe exige, el empeño merece, aparecen a la vez el fruto del que suda, la pena del desidioso y la justicia del dador, porque saben mejor las cosas recibidas que las poseídas, y deleitan más las halladas que las puestas delante. De aquí que Cristo vela su doctrina con parábolas, la cubre con figuras, la oculta bajo sacramentos, la vuelve oscura con misterios.

Les propuso, dice, una parábola. A ellos, es decir, no a los suyos, sino a extraños; a enemigos, sin duda, no a amigos; a los que miraban para calumniar, no a los que escuchaban para la salvación. Por eso les hablo en parábolas, dice, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden (Mt 13,13). ¿Por qué? Porque quien calumnia lo pasado no merece ver lo presente; ni es digno de reconocer la gracia quien escondió la Ley para que no fuera conocida. Ay de vosotros, legistas, dice, porque os habéis llevado la llave de la ciencia; vosotros no entrasteis, y a los que entraban se lo impedisteis (Lc 11,52).

Les propuso, dice, una parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre. ¿Y en qué ofende Cristo, si se hizo a semejanza de los hombres para socorrer al género humano que perecía? ¿Escandaliza el Señor si, para manumitir a los siervos, se le encuentra en la condición de la servidumbre? cuando todo lo que es majestad de lo venidero, todo lo de la venida y del reino, he aquí que se compara a un hombre. El reino de los cielos es semejante, dice, a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras los hombres dormían, vino su enemigo y sembró encima cizaña en medio del trigo, y se fue (Mt 13,24-25). Habéis oído cómo el sembrador del mundo sembró buenos los principios de las cosas, y ningún mal procedió del autor del origen; el mal fue sembrado encima por el enemigo, el mal no fue engendrado por el padre de las cosas. Y vio Dios, dice, todas las cosas que había hecho, y he aquí, muy buenas (Gn 1,31). Buenas, y muy

buenas: pues lo que Dios, al hacerlo, llamó mundo, el enemigo, al mancharlo, lo volvió inmundo; y al hombre, a quien Dios colocó para la vida en el paraíso de delicias, el enemigo lo arrastró a la muerte en esta vida de fatiga; y el afecto que Dios infundió en la carne por naturaleza, el enemigo, por envidia, lo trocó en parricidio. Lo prueba Caín, que fue el primero en teñir la tierra con sangre de hermano, y resultó digno inaugurador de la muerte en el fin de su hermano. Así la muerte, nacida de la discordia, siempre rasga y separa la caridad humana.

Y como es largo recorrer cada cosa, nos vemos obligados a mostrar, siquiera en pocas palabras, cómo el enemigo ha sembrado siempre, para nuestra ruina, males sobre bienes, vicios sobre virtudes, cosas de muerte sobre cosas de vida. ¿No llenó Dios toda la tierra a partir de un solo hombre, y el piadoso sembrador, de una sola semilla, multiplicó todo el género humano hasta tan gran mies? Pero el enemigo pronto redujo a todos los hombres a uno solo; y, sembrando males encima de lo que había sido bien sembrado, lo borró con el diluvio, no lo regó. Así la Ley, sembrada de preceptos divinos y veraces, la disfrazó con invenciones humanas y mentirosas: de modo que del sacerdote se hiciera un perseguidor, del maestro surgiera un pervertidor, del defensor de la Ley resultara un enemigo. Así, de las criaturas hechas para el conocimiento del Creador mintió que eran dioses, para que Dios no fuera conocido. De aquí que hizo necios a los sabios del siglo, enseñó a los observadores del mundo a no ver nada, hizo

que los profesores de la ciencia no tuvieran ciencia, despidió ignorantes a los investigadores de todas las cosas. Así el enemigo, sembrando encima cizaña herética, confundió la mies evangélica sembrada con semilla celestial, para hacer de las gavillas de la fe haces para la gehena, a fin de que no llegara a ser trigo de los graneros celestiales. ¿Y qué más? Después de haberse convertido él mismo de ángel en demonio, se empeñó con arte, con engaños, con artificios, con fraude, en que ninguna criatura se mantuviera en su estado.

Pero expliquemos ya las palabras de la presente parábola. El reino de los cielos es semejante a un hombre. ¿A quién? A Cristo, sin duda. Que sembró buena semilla. Porque en la semilla misma de las cosas la obra fundadora del Creador no conoce el mal. En su campo. Es decir, en el mundo, como dice el Señor mismo: Este campo es el mundo (Mt 13,38). Pero cuando los hombres se durmieron. Es decir, los santos Padres, patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, que duermen temporalmente en el sopor de la muerte, porque la muerte de los santos es sueño; en cambio, la de los pecadores es muerte, porque los pecadores viven en el infierno para la pena y perecen para la vida.

Viniendo su enemigo. Es decir, el diablo. Sembró encima cizaña. Sembró encima, no sembró. Preceden los bienes del Creador, los males del diablo vienen detrás; de modo que el mal que procede del diablo es accidente, no naturaleza. Sembró encima cizaña en medio del trigo. Porque el diablo suele sembrar de balde herejías entre los

fieles, pecado entre los santos, pleitos entre los pacíficos, engaños entre los sencillos, maldad entre los inocentes: no para ganar cizaña, sino para perder el trigo; ni para capturar a los culpables, sino para arrebatar a los inocentes. El enemigo busca más al jefe que al soldado; y no asedia a los muertos, sino que ataca a los vivos: así el diablo no busca capturar a los pecadores, a quienes posee sometidos, sino que se afana por capturar a los justos.

Sembró encima cizaña en medio del trigo, y se fue. Porque el diablo empuja ciertamente con fuerza a la ruina, pero, después de haber derribado, abandona; el diablo no busca al hombre, sino que busca la perdición del hombre. Hermanos, él se goza en nuestros males, se hincha con nuestras ruinas, se fortalece con nuestras heridas, tiene sed de nuestra sangre, se sacia de nuestra carne, vive de nuestras muertes. El diablo no quiere tener al hombre, sino perderlo. ¿Por qué? Porque no quiere, no soporta, no tolera que el hombre llegue al cielo de donde él cayó.

Y como hoy el sermón nos arrastra demasiado lejos, dejemos para otro día lo restante, para aliviar el trabajo común y desarrollar más plenamente lo que se ha de decir. Que nuestro Dios se digne conceder a mí la gracia de hablar, y a vosotros el deseo de escuchar.

Sermón XCVII.

Sobre lo mismo

Puesto que el sermón anterior, apresurado para moderar el trabajo común, no pudo llegar a todo el secreto de la parábola que recorría de paso, ahora, según lo revele el Señor, expliquemos lo restante. Les propuso, dice, una parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras los hombres dormían, vino su enemigo y sembró encima cizaña en medio del trigo, y se fue (Mt 13,24-25). Pero mientras los hombres dormían. El insidioso se esconde de noche, de día huye de los que velan, acomete a los que duermen; el valiente busca el combate, desafía abiertamente a la vista de todos y quiere obtener la victoria delante de los pueblos. Haber caído sobre los que dormían es señal de máxima debilidad.

Pero mientras los hombres dormían, vino su enemigo. El malo nunca deja de ser necio. ¿Qué logró aquí el enemigo? Concedamos que los siervos durmieran: ¿acaso dormía también el Señor? Concedamos que el sueño cerró los ojos de los siervos tras el trabajo: ¿acaso algún cansancio había vencido los ojos del señor? Enemigo, prófugo de la luz, velaste, trabajaste, pero no te

ocultaste: pues, mientras los siervos duermen, el Señor mismo te ve; desertor del cielo, te adelantaste, hiciste, pero no aprovechaste. Para Dios no puede perecer lo que él mismo custodia: autor del fraude, no delinques contra el Señor, sino contra los siervos, en cuanto haces que se atribuya a su negligencia lo que es fraude tuyo. Él, él te ve, el que es testigo de todo, del fraude y del trabajo. Aguardan, pues, al que obra bien los frutos de su trabajo, y aguardan al que defrauda las penas de su maldad; ellos llevarán el trigo al granero celestial, tú te llevarás los haces de tu cizaña a la gehena.

Pero mientras los hombres dormían, vino su enemigo y sembró encima cizaña. ¿Para qué? Para que pereciera la mies del Señor; y esto, ¿qué tenía que ver con la ganancia del enemigo, sino que el espíritu de la envidia cuenta como ganancia suya el daño de los hombres, y piensa haber adquirido lo que para los hombres ha perecido? Pero el diablo maquinó esto, como dijimos, al amparo de las tinieblas, para que el daño de la mies adulterada recayera sobre los siervos, y recibieran castigo de aquello mismo de donde habían esperado la palma. En efecto, los siervos, desvelados por el temor, se llenan de pavor de por qué han sucedido estas cosas: temiendo que los brotes de la cizaña redundaran en desfavor de aquellos cuya conciencia no tenía nada fuera de haber echado la buena semilla. De aquí que se adelantaron a la audiencia de su señor, para no cargar, seguros de su inocencia, con la culpabilidad de su silencio: cuando se cita al inocente por una culpabilidad,

mientras arde por descargarse, apremia y estimula al juez instructor.

Pero cuando creció la hierba y dio fruto, entonces, dice, apareció también la cizaña (Mt 13,26). Lo que se esconde en la hierba se manifiesta en la espiga; y lo que se oculta en el brote se descubre en el fruto: así, a quienes como creyentes juzgamos iguales, los hallamos desiguales en la fe; así la mies del juicio saca a la luz lo que el brote de la Iglesia oculta. Según aquel dicho del Señor: Por sus frutos los conoceréis (Mt 7,16). Muchas flores prometen multitud de frutos, pero, abatidas por los soplos de los vientos, muy pocas perseveran hasta el fruto: así, en la Iglesia se ven en tiempo de paz muchos creyentes en Cristo; pero cuando ha soplado la tormenta de la persecución, pocos se encuentran en el fruto del martirio. Pero santa Eufemia pagó más en fruto de lo que prometió en flor; ella, permaneciendo la flor de su virginidad, llegó al copioso fruto del martirio.

Se acercaron, dice, los siervos del padre de familia, diciéndole (Mt 13,27). Se acercaron, hermanos, con la mente, no con el cuerpo; no en el lugar, sino en la fe; hablaron no con el clamor de la voz, sino con el dolor callado del corazón: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? «Sembraste tú, no nosotros: en lo que hacemos perfectamente, siempre somos atribuidos a ti, nuestro autor, y tú mismo, en las cosas que nos mandas hacer, asistes como el que obra. Por tanto, si por tu dignación nos haces consortes de tu obra, no nos atribuyas solo a nosotros que nazca la cizaña. Señor, o la inocencia nos protege

contigo, o la culpabilidad te alcanza a ti con nosotros; no pudimos malquerer nuestra propia obra, no pudimos comprarnos desfavor con grandes sudores; tú tienes lo que quieres, de donde quieres, cuando quieres; nosotros no tenemos nada fuera de tu gracia, por la cual estamos en pie, vivimos, nos movemos y somos (Hch 17,28), y sin la cual yacemos, desfallecemos y perecemos. ¿Acaso, pues, trabajamos nosotros estas cosas para nosotros mismos de modo que perecieran? Pero quién hizo esto, tú, el único que no duermes, lo viste mientras nosotros dormíamos; y si tú lo viste, justo Juez (¿quién sabe lo hecho? el que vela, no el que duerme), entonces descúbrelo, para que a nosotros, a quienes ves tan angustiados, nos hagas igualmente seguros.»

Dijo el señor: Un hombre enemigo ha hecho esto (Mt 13,28). Un hombre enemigo ha hecho esto; y tú, Señor, ¿por qué, viéndolo, lo permitiste? ¿Por qué? Porque no puede temer los fraudes aquel para quien nada puede perderse; y porque es más discernir lo mezclado que impedir la mezcla, es mayor restaurar lo perdido que conservar lo intacto; y a la vez porque es necesario que haya cizaña, para que los que son probados se hagan manifiestos (1 Cor 11,19).

Pero los siervos le dijeron: ¿Quieres que vayamos y recojamos la cizaña? Así los siervos devotos prometen un trabajo infatigable, y no soportan ver, ni siquiera por un tiempo, la fealdad de la mies del Señor; pero el Señor, a quien los tiempos no fatigan, y que puede, cuando quiere, abolir el agravio hecho a su mies, lo prohíbe diciendo:

No. Y por qué lo prohibió, lo revela en seguida. No sea que, al recoger la cizaña, arranquéis con ella también el trigo (Mt 13,29). ¿Tan inexpertos eran los cultivadores, tan ignorantes de su oficio, tan faltos de la ciencia del discernimiento, que al arrancar la cizaña arrancaran también el trigo? ¿Dónde están los profetas que profetizaban por el Espíritu de Dios? ¿Dónde Pedro, a quien el Padre revela (Mt 16,17)? ¿Dónde Pablo, en quien obra (Gál 2,8) y habla (2 Cor 13,3) Cristo? ¿Dónde todos los santos, santos sin duda, pero siervos, que saben solo cuanto el dador de las ciencias concedió a cada uno?

Pero dices: «Esto no tenía nada de oculto». ¡Nada había allí oculto, cuando una cosa se veía en la apariencia y otra se tenía en la flor, y lo que hoy era cizaña mañana se convertía en trigo! Así, hoy se tiene por hereje al que mañana se hace fiel; y quien al presente se ve pecador, en lo futuro se presenta justo. De aquí también que el autor remitía ambas cosas a la mies, es decir, hasta el juicio, tiempo de su divina paciencia y de nuestra penitencia, para que el que se haya cambiado de malo en bueno sea contado como trigo del Señor, para ser reunido en los graneros celestiales; y el que de fiel se haya hecho infiel sea destinado al fuego de la gehena. ¿Y qué más? Si la paciencia de Dios no socorriera a la cizaña, la Iglesia no poseería ni a Mateo, evangelista salido de publicano, ni a Pablo, apóstol salido de perseguidor. En efecto, Ananías quería arrancar el trigo cuando, enviado a Saulo, se quejaba así de Pablo: Señor, ¡cuántos males ha hecho a tus santos! (Hch 9,13); es decir,

arranca la cizaña; ¿qué tiene que ver la oveja con el lobo? ¿qué el devoto con el contumaz? ¿qué hace un predicador así enviado a un perseguidor? Pero mientras Ananías veía a Saulo, el Señor veía entonces a Pablo; mientras Ananías hablaba de un perseguidor, el Señor conocía entonces a un predicador; y mientras él lo juzgaba cizaña del infierno, Cristo lo ponía ya como vaso de elección, como trigo en el granero celestial. Ve, dice, porque él es para mí un vaso de elección (Hch 9,15).

Sermón XCVIII.

Sobre la parábola del grano de mostaza

Habéis oído hoy, hermanos, cómo toda la grandeza del reino celestial ha sido comparada a un grano de mostaza. ¿Y qué significa que una semejanza tan pequeña, tan mínima, o más bien, la mínima de las mínimas, encierre tan gran potestad? Pues así dice el Señor: ¿A qué es semejante el reino de Dios? ¿y a qué lo estimaré semejante? (Lc 13,18) Cuando dice: ¿A qué es semejante?, muestra y expresa como el afecto de quien busca. ¿Y él, el único Verbo, fuente de la ciencia, río de la palabra, que riega los corazones de todos, abre los sentidos, ensancha el ingenio, se afana ahora en hallar una semejanza?

Pero oigamos qué encontró. El reino de los cielos es semejante, dice, a un grano de mostaza (Mt 13,31). Buscando en el cielo y en la tierra, no encuentra nada sino un grano de mostaza en el que encerrar todo el poder del dominio de lo alto; ¿y aquel reino, poderoso por su singularidad, feliz por su eternidad, refulgente por su divinidad, difundido por todo el cielo, extendido por toda la tierra, lo estrecha y encierra en las angosturas de un grano de mostaza? El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza. ¿Esta es toda la esperanza de los creyentes? ¿Esta es la suma de

la expectación de los fieles? ¿Esta es la felicidad de las vírgenes, comprada con largos trabajos de continencia? ¿Esta es la gloria de los mártires, conquistada con el derramamiento de toda su sangre? ¿Esto es lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre (1 Cor 2,9)? ¿esto es lo que el Apóstol promete, por un misterio inefable, que está preparado para los que aman a Dios? Hermanos, no nos turbemos fácilmente ante los dichos del Señor; pues si lo débil de Dios es más fuerte que los hombres, y lo necio de Dios es más sabio que los hombres (1 Cor 1,25), esto mínimo de Dios se halla más magnífico que toda la grandeza del mundo; con tal que sembremos este grano de mostaza en nuestras mentes de tal modo que crezca para nosotros en un gran árbol de inteligencia, y con toda la altura del sentido se eleve al cielo, y se difunda en todas las ramas de las ciencias, y así encienda nuestras bocas ardientes con el vivo sabor de su fruto, y así arda en nosotros con todo el fuego de su semilla, y llamee en el pecho, y con su gusto nos quite todo el hastío de nuestra ignorancia.

El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza, que un hombre tomó y echó en su huerto, y creció, y se hizo un gran árbol, y las aves del cielo reposaron en sus ramas (Lc 13,19). A semejanza de un grano de mostaza, como dice, es el reino de Dios, que se trae de lo alto por la palabra, se recibe por el oído, se siembra por la fe, se arraiga por la creencia, crece por la esperanza, se difunde por la confesión, se extiende por la virtud y se dilata en ramas, a las que llama a las aves

del cielo, es decir, a los sentidos espirituales, y en ellas las acoge en morada tranquila. Venga el hereje, venga, porque a los que vuelven siempre está abierta la entrada de la Iglesia; venga, oiga, y deje ya de ladrar contra la piedad del Señor: si toda la majestad del reino celestial vino a semejanza de un grano de mostaza, ¿por qué se cuestiona que Dios descendiera al hombre, el Señor a la forma de siervo? Pues así vino, hereje, para que todo creciera para ti por la fe, a ti, a quien ya todo te había faltado por la naturaleza.

El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza. Pero volvamos al grano de mostaza: así toda la suma del reino permanece y se mantiene en el reino de los cielos. Cristo es el reino de los cielos, que, como un grano de mostaza, echado en el huerto del cuerpo virginal, creció por todo el orbe en el árbol de la cruz, y dio tal sabor de su fruto, al ser triturado en la Pasión, que todo lo vital lo sazonó y condimentó con su contacto. Pues así como en el grano de mostaza, mientras está entero, su poder se mantiene oculto, pero su poder se manifiesta con máxima vehemencia si se lo tritura, así Cristo quiso ser triturado en el cuerpo, él que no quiso que su poder quedara oculto. Y también nosotros, hermanos, trituremos este grano de mostaza, para sentir su fuerza en esta semejanza. Cristo rey, porque él mismo es todo el origen del reinar; Cristo reino, porque en él está toda la majestad de su reino; Cristo hombre, porque todo el hombre es restaurado en Cristo; Cristo grano de mostaza, por donde toda la grandeza de Dios se disminuye a toda la pequeñez del

hombre. ¿Y qué más? Él mismo se hizo todas las cosas, para restaurar en sí a todos; Cristo hombre recibió el grano de mostaza, es decir, recibió el reino de Dios el hombre Cristo, el que siempre tuvo Cristo, Dios; lo echó en su huerto, es decir, en la Iglesia esposa.

De este huerto hace mención a menudo en el Cantar de los Cantares, diciendo: Huerto cerrado (Cant 4,12). La Iglesia es un huerto, difundido por todo el orbe con el cultivo del arado del Evangelio, cerrado con los aguijones de la disciplina, limpiado de toda mala hierba por el trabajo apostólico, ameno con los plantíos de los fieles, los lirios de las vírgenes, las rosas de los mártires, el verdor de los confesores, fragante de flores sempiternas. Este grano de mostaza, pues, lo echó Cristo en su huerto, es decir, por la promesa de su reino, que se arraigó en los patriarcas, nació en los profetas, creció en los apóstoles, en la Iglesia se hizo un gran árbol, dio múltiples ramas en los dones, que enumera el Apóstol diciendo: A uno se le da palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia, a otro el cuidado de las curaciones, a otro la operación de prodigios, a otro profecía, a otro discernimiento de espíritus, a otro géneros de lenguas (1 Cor 12,8-10).

Habéis oído, hermanos, en qué árbol brotó este grano de mostaza; habéis oído qué raíces echó; habéis oído en qué ramas, cuáles y cuán grandes, se ha difundido ya y repartido, en las que las aves del cielo, no del aire, con el vuelo de las alas de la sabiduría y de la prudencia, reposan en la seguridad de la fe. Y tú escucha: si quieres

no temer a las bestias terrenas, si quieres evitar las aves rapaces, los buitres voraces, es decir, las aves del aire, que son todas las maldades espirituales, elévate de la tierra, abandona lo terreno: toma las alas plateadas de la paloma profética (Sal 68,14), toma plumas radiantes con el fulgor del Sol divino, vuela lejos en forma de oro, para que en tantas y tales ramas, sin que ya lazo alguno te tiente, reposes siempre, fuerte por tal vuelo y segura por tan gran morada. De la semejanza siguiente hablaremos en el discurso siguiente, según lo enseñe el Señor.

Sermón XCIX.

Sobre la parábola de la levadura

Bien ha corrido hoy la serie de la lectura, de modo que la mujer del Evangelio, nuestra madre, recibiera del Señor la levadura por la cual este templo se elevara hoy para nosotros y surgiera en tan gran masa de santidad. Pues así comenzó el Señor: ¿A qué estimaré semejante el reino de Dios? (Lc 13,20) Es semejante a la levadura que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó fermentado (Lc 13,21). El buen Señor, Cristo, amante de los suyos, repite las semejanzas de su reino, varía las comparaciones, que no toma de lo oculto, no capta de las cosas celestiales, sino que saca del uso cotidiano, propone desde la vida común, para que llegue a toda clase de hombres lo que ha de aprovechar a todos, según aquello del Profeta: Oíd esto, todas las gentes; escuchad con vuestros oídos, todos los que habitáis el orbe, los nacidos de la tierra y los hijos de los hombres, a la vez el rico y el pobre (Sal 49,2-3). Si trajera a la vista algo de lo oculto de la divinidad, algo del secreto regio, algo de los aposentos íntimos de los ricos, el pobre no lo sabría, la pequeñez no lo comprendería, la sencillez no lo tendría por conocido: pero ahora dice cosas conocidas para el rico, usuales

para el pobre, familiares a todos por la necesidad misma de la vida, porque en el llamamiento de Dios se busca al hombre, y en su llamamiento no se hace distinción de persona.

Pero volvamos a desplegar la semejanza leída. ¿A qué, dice, estimaré semejante el reino de Dios? Diciendo esto mantiene en suspenso los ánimos de los oyentes, y los deja atónitos con total estupor sobre qué pueda compararse al reino de Dios, al imperio divino: y mientras ellos vagan con la mente por muchas y grandes cosas, el Señor del cielo, en el hospedaje de un pobre, en la mano de una mujer panadera, halla y forma el ejemplo de su reino, diciendo: Es semejante a la levadura que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó fermentado.

Antes comparaba su reino a un grano de mostaza; ahora lo hace semejante a la levadura. Antes recuerda que un varón tomó el grano de mostaza; ahora afirma que una mujer tomó la levadura. Antes dice que un varón sembró una semilla exigua para el crecimiento de un gran árbol; ahora muestra que una mujer escondió un poco de levadura para el progreso de toda la masa. En verdad, como dijo el apóstol Pablo: Ni el varón sin la mujer, ni la mujer sin el varón, en el Señor (1 Cor 11,11). Una semejanza variada conduce al único reino a los sexos diversos, y la vocación cristiana no separa al varón de la mujer, a quienes Dios une, la naturaleza asocia, y con admirable semejanza el porte los hace semejantes, la forma los compone; y hace Dios que el hombre sea uno en dos, dos en uno, siendo el otro el mismo hombre

en el vínculo conyugal; para que no haya ni una singularidad desamparada ni una unión confusa.

Pero ¿por qué el Señor presenta estas semejanzas de su reino por medio de un varón y de una mujer? ¿Por qué forma tan gran majestad con ejemplos tan viles, tan dispares? Hermanos, un misterio precioso se esconde en esta vileza, como dice el Apóstol: Este misterio es grande, pero yo lo digo en Cristo y en la Iglesia (Ef 5,32). En estas comparaciones se trata el negocio principal del género humano; por medio del varón y de la mujer se lleva a término la causa del mundo, tratada a lo largo de los siglos: Adán, el primer hombre, Eva, la primera mujer, son llevados desde el árbol de la ciencia del bien y del mal al ardor de la mostaza evangélica, para que los ojos que el árbol seductor había cerrado al abrirlos, el árbol de la mostaza, con el colirio y la misma acritud de su grano, los abriera al cerrarlos; para que las bocas que el gusto del árbol venenoso había infectado, el árbol saludable las sanara con el sabor ardiente de su gusto; y para que este árbol, con su ígneo alimento, encendiera con todo el ardor de su trato la conciencia que aquel había dejado fría con total rigidez. Aquí la desnudez ya no se agita ni se avergüenza, donde el perdón cubre al hombre entero y el vestido de la fe le da calor: pero esto se confiere a la mujer por medio del grano de mostaza que había recibido el varón.

Pero qué se confiere al varón por medio de la levadura que recibió la mujer, investiguémoslo con más cuidado. Es semejante, dice, el reino de Dios a la levadura que una mujer tomó y escondió

en tres medidas de harina. La cosa se toma del uso: el varón siembra en el campo el árbol de la mostaza, en casa la mujer procura la levadura y prepara los panes para el alimento, porque al varón le espera fuera el trabajo, a la mujer la ciñe dentro el cuidado doméstico. De aquí que Sara, estéril y anciana, de esta preparación de la levadura y de tres medidas, ofrece tres panes cocidos bajo la ceniza a la hospitalidad dada al Señor y se los presenta en místico homenaje (Gn 18,6), para que la esterilidad del mundo, encerrada en total vejez, colocara la levadura de la fe en tres medidas, es decir, en la igualdad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y pusiera ante su Señor tres panes en la confesión de la Trinidad; y por este don se hiciera fecunda para toda la prole del germen cristiano.

Pero volvamos a lo propuesto. La mujer recibió de Dios la levadura de la fe, ella que había recibido del diablo la levadura de la incredulidad; la escondió en tres medidas, es decir, en los tres tiempos de los hombres, que van de Adán a Noé, de Noé a Moisés, de Moisés a Cristo; para que la mujer que en Adán había corrompido con la levadura de la muerte toda la masa del género humano restaurara con la levadura de la resurrección toda la masa de nuestra carne en Cristo; para que la mujer que había hecho el pan del gemido y del sudor cociera el pan de la vida y de la salvación; y fuera por Cristo verdadera madre de todos los vivientes la que en Adán era madre de todos los muertos. Por esto, en efecto, quiso Cristo nacer: para que, así como por Eva vino a todos la

muerte, así por María volviera a todos la vida. Y María cumple el tipo de esta levadura, ostenta su semejanza, sella su figura, en cuanto recibe de lo alto la levadura del Verbo, y la carne humana en el seno de la Virgen, o más bien, en el seno de la Virgen, la amasó toda en masa celestial.

Pero qué sentido alegórico queda en esta semejanza, manifestémoslo ya. La mujer que recibió la levadura es la Iglesia: la levadura que recibió es el misterio de la doctrina celestial: las tres medidas en que se dice que escondió la levadura son la Ley, los Profetas, los Evangelios, donde el sentido divino se esconde y se oculta en una palabra mística, para que no se oculte al fiel y se oculte al infiel. Y lo que dijo: Hasta que todo quedó fermentado, es aquello que dice el Apóstol: En parte conocemos y en parte profetizamos; pero cuando venga lo perfecto, cesará lo que es en parte (1 Cor 13,9-10). En el amasijo está ahora la ciencia divina: rocía los sentidos, levanta los corazones, acrecienta los ingenios, y al modo de las doctrinas ensancha, suscita, difunde hacia el crecimiento de la sabiduría celestial: todo queda fermentado. ¿Cuándo? Al venir Cristo.

Sermón C.

Sobre la sirofenicia, o cananea

Hoy el bienaventurado Marcos, al encomiar la prudencia de la mujer sirofenicia, refiere su fe, ensalza el ardor de su creencia, y plantea a los oyentes atentos una cuestión no pequeña, diciendo: Y levantándose de allí, el Señor se fue a la región de Tiro y de Sidón, y, entrando en una casa, quiso que nadie lo supiera, y no pudo ocultarse (Mc 7,24). Quiso y no pudo: querer y no poder no es propio de la majestad divina, es de la debilidad humana; pues está escrito: Todo lo que quiso el Señor lo hizo, en el cielo y en la tierra, en el mar y en todos los abismos (Sal 135,6). Y el Apóstol: ¿Quién resiste a su voluntad? (Rom 9,19) Sucumbe a la necesidad la voluntad que no es libre y absoluta. El leproso dice al Señor: Si quieres, puedes limpiarme (Mt 8,2); y el evangelista dice: Quiso, y no pudo. ¿Qué dice el bienaventurado Marcos? ¿Acaso ha de ensalzarse la fe de la mujer de tal modo que se doblegue la capacidad y la voluntad del Señor? ¿O es tan grande la sagacidad de la fe que, sin quererlo Dios, pueda escudriñar el secreto divino? Tal me parece también aquello, cuando el Señor quiere sacar a la luz la fe de la hemorroísa y probarla con una demostración de su poder, preguntando: ¿Quién me ha tocado?

(Mc 5,30) A lo que los discípulos le dicen: Las turbas te oprimen, ¿y dices: Quién me ha tocado? (Mc 5,31) A los discípulos les parecía que todos los que oprimían al Señor solo con el cuerpo lo tocaban, y que por tal empuje carnal todos por igual se le unían: igualmente él, que había percibido otra cosa y preguntaba otra cosa, sabía que la mujer había llegado a su majestad, había penetrado hasta su poder, con la mente, no con el cuerpo, no con un tacto común, sino con la fe. Por eso clama, no el hombre, sino Dios; no la carne, sino el espíritu: ¿Quién me ha tocado?, para que el poder de la obra revelara a aquel a quien entonces la humanidad ocultaba.

Pero indaguemos con más claridad qué significa quiso y qué significa no pudo. Cristo, recordando su promesa, había venido primero para la salvación del pueblo de Israel, para pagar fielmente lo que había prometido a Abraham y a su descendencia, David, y a la posteridad de este: pero, como ellos se mostraron indignos por su incredulidad, la fe de los gentiles obtuvo, arrebató, arrastró lo que la infidelidad de los judíos despreció y perdió. Escúchalo decir: No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mt 15,24). Pero las ovejas, rabiosas ya por el contagio de los lobos, y por su propia fiereza más feroces que las mismas bestias, quisieron siempre despedazar y violentar a su pastor: y por eso Cristo no podía cumplir su querer, no por imposibilidad suya, sino por la maldad de los perdidos, y lo que había llevado a unos se veía obligado a conferirlo a otros, como él mismo dice: El reino de los

cielos padece violencia, y los que hacen violencia lo arrebatan (Mt 11,12). Hizo violencia la fe de los gentiles para arrebatar la herencia del Padre, para arrancar toda la herencia misma de los hijos, como se muestra más claramente en la presente lectura.

Pues la mujer, en cuanto oyó hablar de él, cuya hija tenía un espíritu inmundo, entró y se postró a sus pies (Mc 7,25). Era una gentil, sirofenicia de raza (Mc 7,26). Y le rogaba que echara al demonio de su hija. Él le dijo: Deja que primero se sacien los hijos; pues no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros (Mc 7,27). No dijo: No está bien echarlo a los perros; sino: No está bien quitarlo a los hijos y echarlo a los perros: porque dar pan a los perros, aunque no sea cosa de humanidad, es con todo cosa de razón humana. El perro, mientras sus amos duermen de noche, guardián y desvelado, delata al extraño, inquieta al ladrón, sale al encuentro del salteador, para aliviar el cuidado y la solicitud de los criados.

Pero ¿cómo quitó el pan a los hijos, a quienes tantas veces y de tal manera lo ofreció, lo dio, se lo puso delante? Pero ellos se empeñaron en pisotear lo ofrecido para su maldad, no en tomarlo para la vida: y, sin embargo, la perra, con toda su fe, con todo su deseo, se apresuró a lamerlo, desmenuzado y pisoteado por los hijos. Por eso respondió así: Sí, Señor, pues también los perrillos debajo de la mesa comen de las migajas de los niños (Mc 7,28). Con razón la que se confesó perra es cambiada en ser humano, y con justicia son convertidos en perros los que no quisieron

ser hijos; con razón es adoptada como hija, levantada, honrada a la mesa, la que se abatió bajo la mesa con laudable y previsora humildad; con justicia se banquetea ahora con las migajas del pan entero la que entendió y confesó que por sus méritos apenas lo merecía. ¿Y qué más? De aquí que, por causa de su justicia, el Señor no pudo ni dar a los judíos ni negar a los gentiles.

Sermón CI.

Sobre la muerte que los fieles han de despreciar, y por qué Dios la permitió. Sobre aquello de Lucas: «No temáis a los que matan el cuerpo», etc.

Habéis oído, hermanos, cómo Cristo interpela a sus soldados con una exhortación regia, para que, despreciando la muerte, no teman a los que matan el cuerpo. En efecto, inscribe en los derechos de amigos a los que, por anhelo de triunfo, por amor de la libertad, derramen su sangre con gozo y sin temblor; pues así dice: Pero a vosotros, amigos míos, os digo: No os aterréis ante los que matan el cuerpo, y después de esto no tienen más que hacer (Lc 12,4). Pero os mostraré a quién habéis de temer: temed a aquel que, después de matar, tiene potestad para arrojar a la gehena (Lc 12,5). Pero a vosotros, amigos míos, os digo: No os aterréis: porque la virtud prueba la libertad, el miedo delata la servidumbre; pues el libre nace para la gloria, el siervo para el temor; con razón, pues, se eleva a la amistad de Dios quien por Dios desprecia las muertes humanas, no conoce los temores. Si la imitación de las costumbres hace amigos, si la semejanza de las costumbres une, con razón llama Cristo amigos a quienes ve y prevé que, imitándolo, pisotearán los dardos del mundo y el mismo espanto de la muerte.

Pero a vosotros os digo. Es decir, no a todos, sino a los amigos. Pero a vosotros os digo. A quienes esta muerte libera, no termina. A vosotros os digo. A quienes la disolución del cuerpo promueve a lo mejor, no traslada a la pena. A vosotros os digo. Para quienes con la muerte la vida se inicia, no se acaba. A vosotros os digo: cuya muerte se hace preciosa no por su propia cualidad, sino por su causa, en cuanto encuentra las ganancias de la vida más que pierde el interés de la vida.

Pero oigamos qué dice a sus amigos. No os aterréis ante los que matan el cuerpo. Oigan los que gastaron los viejos volúmenes de los antiguos sobre el bien de la muerte, y sin embargo no pudieron sacar de ellos nada de virtud, ni hallar algún consuelo. Porque, aunque con todas las fuerzas de la elocuencia armaron los ánimos para soportar la muerte, secaron las lágrimas, quitaron los suspiros, negaron los gemidos, encerraron los dolores, sin embargo nada consiguieron para sus lectores ni de esperanza cierta, ni de vida perpetua, ni de verdadera salvación. ¿Quién diría al hombre, quién al sabio? «Morir es propio de la naturaleza; es necesario perecer. Los antiguos vivieron para nosotros, nosotros vivimos para los venideros, nadie para sí; querer lo que no se puede quitar es propio de la virtud: acepta voluntariamente aquello a lo que te ves forzado contra tu voluntad; la muerte, antes de venir, no existe; y cuando ha venido, no se sabe que ha venido. No te duelas, pues, de haber perdido lo que, una vez perdido, no te dolerá». Pero, cuando han dicho tales cosas, hablan todo de la sentencia, no de la

vida. Porque de dónde, y cuándo, y cómo, y por quién te vino la muerte, no lo supieron: pero a nosotros el autor de la vida nos reveló al autor de la muerte; pues Dios hizo la vida, el diablo maquinó contra la vida, como declara la palabra divina: Dios no hizo la muerte, sino que por la envidia del diablo entró la muerte en el orbe de la tierra (Sab 1,13; 2,24).

Pero dices: «¿Por qué permitió Dios que su obra pereciera por obra del diablo?» Oh hombre, si quisieras saber lo que preguntas, te darías un poco de tiempo, prestarías el ánimo, abrirías los oídos, para que tú mismo, árbitro tan curioso, conocieras el asunto principal. Pero tú, ocupado siempre en otras cosas, nunca en ti mismo, perezoso y ocioso, te quejas de no saber las causas de las cosas, todos los negocios de los siglos, la profundidad de los juicios y el secreto impenetrable. ¿No es verdad que, para conocer los trazos de las letras, los rudimentos, entregado a un maestro, clavado a las escuelas, sufriéndolo todo, trabajo y castigo, no conocías ni casa ni padres? ¡Qué útil te es aquello para lo que se te asigna un maestro, se te impone la escuela, y el doctor, con tus castigos y con su trabajo, te suplica que quieras saber estas cosas, que te dignes oír cosas tales y tan grandes! Lo prueban los apóstoles, y sobre todo Pablo, que enseñó siendo azotado, no azotando, para que, como maestro eximio, soportara y recibiera tantos padecimientos cuantas costumbres hay en el hombre. Y nosotros aprendamos en un instante esos principios de las cosas, las causas del mundo, porque se nos manda; ¿y cómo se nos

manda? y tú no escuchas como debes; y a nosotros esta servidumbre, tal necesidad, nos excusa; a ti tan gran libertad, tal voluntad, sin duda te acusa: lo que decimos es de nuestro oficio; lo que decimos de menos es de tu hastío.

¿Preguntas, hombre, por qué Dios no extinguió en seguida la muerte junto con su autor, y no proveyó entonces con su providencia contra el veneno letal, para que no llegara a la perdición de todo el orbe, y sobre todo de su propia imagen? El cielo que ves, hombre, afianzado por todo el aire, lleva muchas aguas, y él mismo no es llevado por nada, porque solo el mandato lo suspende, solo la fuerza del precepto lo sostiene, como declara la palabra divina: El que extiende el cielo como una piel, el que cubre en las aguas sus partes superiores (Sal 104,2-3). La tierra, que es pisada por tan gran peso y se solidifica con la carga de los montes y con su mole, flota sobre un fundamento líquido, como dice el Profeta: El que fundó la tierra sobre las aguas (Sal 136,6), para que lo que está en pie sea del mandato, no de la naturaleza. Él mismo lo dijo, dice, y fueron hechas; él mismo lo mandó, y fueron creadas (Sal 148,5), para que lo que está en pie sea de obra divina, no de razón humana. Al mar, que es llevado en tan alta cresta de su agitación y se eleva hasta las nubes, lo frenan tenues arenas, para que veamos que tan gran potestad no cede al polvo, sino al precepto. Todas las cosas que hay en ellos se mueven y viven hechas por solo un mandato; que han de disolverse de nuevo por solo un mandato lo confirma el Profeta cuando dice: Al principio tú, Señor, fundaste la tierra, y

los cielos son obra de tus manos; ellos perecerán, pero tú permanecerás, y todos envejecerán como un vestido; y como un manto los cambiarás, y serán cambiados (Sal 102,26-27). ¿Cómo? Para que la vetustez perezca para el tiempo, no la criatura para el Creador.

Pero tú, quienquiera que seas el que preguntas, dices ya que nos hemos desviado: porque, cuando tú preguntas por qué Dios permitió que la muerte permaneciera para destrucción de su hechura, nosotros hemos descrito con largo discurso el cielo, la tierra, el mar, hechos de la nada y que de nuevo han de disolverse desde la nada, y te hemos procurado cada vez más materia de indagación. Dices: «Yo pregunté por qué perece el hombre; tú has asegurado que también los elementos mismos han de perecer, para procurar a los cansados sentidos de los mortales el consuelo de la universalidad del perecer, no el reposo de la razón; como si no fuera cosa de dolor que perezca el cielo, se disuelva la tierra y toda la faz de las cosas sea abolida por la ley de la mortalidad». Dices, te ruego: «¿Qué hay más hermoso que el cielo? ¿qué más espléndido que el sol? ¿qué más grato que la luna? ¿qué más adornado que las estrellas? ¿qué más saludable que la tierra? ¿qué más útil que el mar? ¿o qué vetustez hay en ellos? perseveran tal como nacieron o fueron hechos; sin duda sería más grato que estos permanecieran que perderlos». Hombre, quizá sería más agradable, pero no más útil: pues, permaneciendo ellos, tú vacilaste; brillando ellos, quedaste ciego para no ver; la claridad del cielo aturdió tus sentidos, el

sol cegó tus ojos con su esplendor: pues, engañado por su belleza, negaste al artífice; a estos los confesaste regidores del mundo, a estos dioses, a los que el Dios verdadero había sometido a tu servicio; es necesario, pues, que todo se disuelva, que todo se renueve, para que al menos entonces creas que fueron hechos, cuando veas que han sido restaurados. No pienses que nos hemos desviado, pues ves que hemos recorrido toda la creación como prueba para tu inteligencia.

Hombre, cuando tu autor te hizo del polvo, no lo viste; pues, si te hubieras visto hecho, nunca habrías llorado tanto que has de morir. Te viste perfecto, te viste viviente, te viste hermoso, te viste ya semejante a tu autor: ¿de dónde venías, qué eras, puesto que no te habías visto ni nacer ni morir, lo ignorabas? De aquí que lo diste todo a la naturaleza, tú a ti mismo, nada a Dios: por eso Dios, por medio de la naturaleza, te redujo, permitió que de la nada fueras devuelto al polvo; para que así veas lo que fuiste, y, habiendo de resucitar, des gracias, tú que, hecho, creado, te mostraste ingratísimo.

No temamos, pues, hermanos, como dijo el Señor, a los que matan el cuerpo, porque no aniquilan esta vida, sino que la desmontan, en cuanto de temporal la hacen sempiterna. ¿Qué más, hermanos? Permitió entonces morir el que podía resucitar; el que basta para vivificar permitió que se matara; a quien sea el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Sermón CII.

Sobre el centurión

Que Cristo, mientras permanecía en nuestro cuerpo, no resucitó a todos los muertos, no sanó a todos los enfermos, creamos que no le faltó a su potestad, sino al tiempo. De otro modo habría iluminado todo el orbe con todo el fulgor de su poder, y habría suprimido el tiempo de la fe, y nada habría reservado para la gloria de su segunda venida. Pero ahora templó de tal modo las señales de sus prodigios que mostró un indicio de su divinidad, concedió una prueba plenísima para creer y quitó la excusa de la astuta infidelidad, como hoy lo ha mostrado con su fe y su previsión el centurión que recuerda el evangelista Lucas.

El siervo de cierto centurión, dice, que estaba enfermo, se moría, y le era precioso (Lc 7,2). Este centurión era romano; pero él mismo era más cristiano, con fruto del ciento por uno. Y este militaba más para Dios que para el siglo; y, valiente en la guerra humana, más valiente en la divina, permanecía en la custodia de la paz. Cuyo siervo, que estaba enfermo, se moría, y le era precioso. Era un siervo que se tasaba a precio. Busquemos, pues, quién es este siervo que le era precioso. Si el alma domina, el cuerpo sirve; y para el hombre nada hay más precioso que el cuerpo. Este siervo

precioso de aquel centurión estaba enfermo de muerte; por eso el centurión rogaba que Cristo solo, otorgando vida perpetua al cuerpo mortal, lo socorriera.

Habiendo oído hablar, dice, de Jesús, le envió a unos ancianos de los judíos (Lc 7,3). Un gentil envía judíos a Cristo; y a los puestos bajo la Ley, el que estaba sin Ley les muestra al autor de la Ley. Nadie se extrañe, pues, de que un gentil, es decir, un cristiano, llame, o conduzca, o lleve hasta Cristo. Le envió a unos ancianos de los judíos, rogándole que viniera y salvara a su siervo. Y ellos, habiendo llegado a Jesús, le rogaban con insistencia diciendo: Es digno de que le concedas esto, pues ama a nuestra nación, y él mismo nos edificó la sinagoga (Lc 7,4-5). Los judíos ruegan por un gentil, ellos que no ruegan por sí mismos; y hacen mucho por la salud del siervo ajeno, ellos que nada hacen por la salud de sus propios hijos. Dicen: Es digno de que le concedas esto. Si es digno el que oye, cree, envía a Cristo: el que viene a Cristo, ve y no cree, ¿cuán indigno se demuestra? Pues ama a nuestra nación. Él ama a vuestra nación, a la que así hace suplicante ante Cristo; pero vosotros la odiáis, vosotros que así la volvéis contumaz contra Cristo. ¿O cómo no ama el cristiano a vuestra nación, él que, al reconocer que Cristo es de vuestra nación, levanta y ensalza a la gloria celestial cuanto es de vuestra nación? Pues ama a nuestra nación, y él mismo nos edificó la sinagoga. Habéis oído que la sinagoga está siempre derruida, y yace continuamente en escombros, y no se levanta en edificio celestial, a no ser que el

constructor cristiano la haya edificado hasta la cumbre de la Iglesia.

Jesús, dice, iba con ellos (Lc 7,6). Pero ellos no iban con Jesús, con quien no iban con la mente; ni estaban con él quienes, separados de corazón, parecían unidos por el cuerpo. Y cuando ya no estaba lejos. ¿De quién? Del gentil. Por mucho que los judíos se separaban de Cristo, Cristo, sin embargo, se unía a los gentiles. Y cuando ya no estaba lejos, el centurión le envió unos amigos. El que antes había enviado judíos ahora envía amigos: para señalar, con este modo de hablar, que los judíos son enemigos, como lo prueba el Apóstol cuando dice: Enemigos por causa de vosotros (Rom 11,28). Los judíos, al envidiar que los gentiles hayan creído, perdieron cuanto había de la Ley y de la gracia. Le envió unos amigos. Escucha al Señor que dice a los apóstoles: Ya no os llamaré siervos, sino amigos (Jn 15,15). Así como la fe promueve a los siervos a amigos, así la incredulidad reduce a los hijos a una servidumbre penal.

Le envió unos amigos, diciendo: Señor, no te inquietes. ¿Por qué? Porque no soy digno de que entres bajo mi techo. Veis que Cristo conducía a los judíos más que era traído por los judíos, para que oyeran que en el centurión estaba la reverencia a la Divinidad, en el gentil el culto de la Ley, en el soldado la soldada de la gracia, en el romano la doctrina de la fe, en el frío pagano el calor cristiano, en un pecho terreno un secreto celestial, y todo el conocimiento del dominio de lo alto en toda la servidumbre del siglo. Señor, no te molestes.

Es decir: Dios, ¿por qué te molestas en un cuerpo humano? ¿por qué te agotas con trabajo terreno? ¿y te fatigas con la longitud del camino? ¿por qué peregrinas de lugar en lugar, tú que estás todo en todas partes? ¿y tienes y posees dentro de ti toda la creación? Señor, no te molestes, no soy digno de que entres bajo mi techo. Hermanos, ¿cuál es el techo que hace al hombre digno o lo vuelve indigno, con el que invita o rechaza el acceso de lo divino? Hermanos, este techo es el cuerpo, que cubre el alma, que oculta el sentido del espíritu, que vela el domicilio del corazón, que aparta de la visión celestial la libertad de la mente. Bajo este techo, pues, el centurión juzga indigno que entre Cristo, es decir, que la majestad divina entre en un cuerpo humano. No soy digno de que entres bajo mi techo. Pero Dios, que, cuando quiere, hace que lo humano sea divino, y, cuando se digna, cambia en su espíritu lo que es de nuestra carne, no desdeña habitar la carne ni entrar bajo el techo de nuestro cuerpo.

Por lo cual, dice, tampoco me consideré digno de ir a ti (Lc 7,7). Esto es propio del devoto en ambos sentidos: juzga indigno que Dios venga a él, y sabe que él no es digno de acercarse a Dios. ¿Quién entra ante el juez sin ser llamado? ¿quién se presenta ante el rey sin ser mandado? cuánto más nadie viene a Dios sin ser llamado. A los que llamó, dice, también los justificó (Rom 8,30). El centurión, pues, no rehúye la venida del Señor, no rechaza la presencia de Cristo, sino que procura que sea gracia del que llama, no temeridad del que presume.

Pues lo que Dios puede lo sugiere y lo forma con un ejemplo humano, diciendo: Pues también yo soy un hombre puesto bajo potestad, que tengo soldados bajo mis órdenes; y digo a este: Ve, y va; y a otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace (Lc 7,8). Es decir: si yo, que estoy puesto bajo potestad, con solo el imperio de una palabra hago que me obedezcan los que me están sujetos, ¿cómo tú, que no estás sujeto a nadie, y a cuya potestad todo está sujeto, no puedes curar con una palabra que manda? ¿enviar la salud? ¿mandar prodigios? ¿O no puedes rehacer con la palabra lo que con la palabra hiciste? Lo dijo, dice, y fueron hechas; lo mandó, y fueron creadas (Sal 148,5). ¿O no eres capaz de reparar algo a partir de algo, tú que preparaste todas las cosas de la nada? Di una palabra, pues, y mi siervo quedará sano (Lc 7,7). Cumplió lo que el Profeta cantó de Dios: Envió su palabra, y los sanó; y los libró de su corrupción (Sal 107,20).

Hermanos, este centurión, al decir: No soy digno de que entres bajo mi techo, representa la figura del pueblo cristiano, que juzga no merecer la presencia corporal de Cristo, sino que por la sola palabra, por el mensaje, solo por el oído de la fe, oye, cree, contempla en su propia curación todos los prodigios del Señor. Pues cuando dice: Digo a este: Ve, y va; y a otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace, muestra así el rechazo de los judíos, el llamamiento de los gentiles, la obediencia del pueblo cristiano. Digo a este, es decir, al judío, que no creyó, Ve, y va; y a otro, es decir, al gentil, porque creyó, Ven, y viene; y

a mi siervo, es decir, al cristiano, Haz esto, y lo hace. Oremos, hermanos, para que merezcamos ser cristianos no solo de nombre, sino por la fe; y para que lo que se manda no solo lo oigamos, sino que hagamos lo oído. Porque así como es propio del siervo devoto haber hecho lo mandado, así es propio del contumaz no haber hecho lo mandado.

Di una palabra, pues, y mi siervo quedará sano. Al oír esto, dice, Jesús se maravilló (Lc 7,9). El Creador de las maravillas se maravilla; el Hacedor de los oídos, como quien no sabe lo no oído, así se asombra de lo oído: pero, al maravillarse de que un gentil haya creído así, reprende la increencia de los judíos. En efecto, dice a las turbas que lo seguían, reprendiendo así a los judíos que permanecían en la muerte: En verdad os digo, ni en Israel he hallado tanta fe. Es verdad, hermanos: solo la fe vive, y vivirá, en los gentiles; las señales y los prodigios se cansan y nada aprovechan en los judíos.

Sermón CIII.

Sobre el hijo de la viuda resucitado de entre los muertos, y sobre la resurrección de los cuerpos

Hoy el bienaventurado evangelista, por haber anunciado que el hijo único de una madre viuda, ya atado con las ligaduras fúnebres, puesto ya sobre el lamentable féretro, yendo ya, seguido por las turbas, al sepulcro de su cárcel, fue devuelto a la vida por Cristo (Lc 7,12-15), ha conmovido los corazones de todos, ha movido las mentes, ha dejado atónito el oído. Pero que se maravillen de esto los gentiles, que se pasmen los judíos, que tiemble el mundo: nosotros, en cambio, que creemos que todos los muertos desde los siglos han de ser despertados de los sepulcros a la sola voz de Cristo, ¿por qué nos maravillamos? Se levantarán, dice Isaías, los muertos, y resucitarán los que están en los monumentos (Is 26,19). Y el Señor: Vendrá la hora en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan vivirán (Jn 5,25). A esto el Apóstol: En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la última trompeta; pues sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles (1 Cor 15,52).

¿Qué trompeta es esta, que lleva la guerra a los infiernos, deshace la mole del sepulcro, truena vida a los muertos, da el triunfo a los que resuci-

tan a la luz perpetua? ¿Cuál es? Aquella de la que el Señor habló más arriba: Los muertos oirán la voz del Hijo de Dios. Trompeta no la que, con el aliento comprimido, por el cuerno hueco de madera o de bronce da a los combatientes un triste mugido, sino la que, desde el corazón del Padre, por la boca del Hijo, da a la vez a los infiernos y a los de arriba un clamor vital. Y a la última trompeta: la trompeta que al principio llamó al mundo de la nada, ella misma al final volverá a llamar al mundo de su perdición; y la que en el inicio levantó al hombre del limo, ella misma en el fin resucitará al hombre del polvo.

Hermanos, así lo creemos, porque la trompeta de la voz divina dividió el caos, reunió el orbe, limpió los elementos, distinguió el mundo, suspendió el cielo, fundó la tierra, ató el mar, sumergió los infiernos, dio a los órdenes sus turnos, mandó el servicio continuo de las cosas; y para que el orbe no se estremeciera vacío, le adaptó habitantes, y así distinguió sus moradas: en el cielo puso a los ángeles, que viven solo de espíritu; en la tierra estableció las diversas vidas de los seres terrenos; en el aire dio a las almas aladas el volar; en las aguas hizo tanto lo pequeño como lo grande, para que viviera una multitud de seres animados; y de modo admirable unió así la trabazón del mundo a partir de partes separadas, que ni la mezcla diferenciada confundiera, ni la distinción de las cosas rompiera la unidad. De aquí que la pareja del día y de la noche esté dividida de tal modo que el trabajo se apoye en el reposo, y el descanso en el trabajo. De aquí

que el sol y la luna recorren por turno las metas del mundo, para que el sol con luz redoblada amplíe la claridad del día, y la luna con luz casi igual no deje del todo ciegos los tiempos de la noche. De aquí que las estrellas cambian en su curso sus diversos ortos, para señalar de noche los tiempos y dar guía a los caminantes. De aquí que los tiempos vienen yéndose, comienzan a ser mientras dejan de ser. De aquí que las semillas nacen, crecen, se desarrollan, se hacen jóvenes, envejecen, caen, mueren, y de nuevo, sepultadas en surcos vitales, deshechas en la podredumbre, vuelven de una muerte saludable a su vida, son resucitadas de la corrupción en forma perpetua.

Y si, hermanos, la voz de Dios, la trompeta de Cristo, por días, por meses, por estaciones, por años, llama, vuelve a llamar, lleva, vuelve a traer, manda ser, hace no ser, da a la muerte, devuelve a la vida, ¿por qué lo que siempre hace en todas las cosas no podría hacerlo una vez en nosotros? ¿O en nosotros solos se cansa el poder divino, por quienes solos la majestad de Dios ha obrado todo lo que se ha dicho? Hombre, si para ti todas las cosas reviven de su muerte, ¿por qué no habrías de revivir tú para Dios de la muerte? ¿O en ti solo perece la criatura de Dios, por quien toda la creación subsiste, se mueve, se cambia, se renueva cada día?

Hermanos, digo esto no queriendo vaciar el poder de las señales de Cristo, sino que exhorto a que, con el ejemplo de uno que resucita, nos estimulemos a la fe en la resurrección de todos, y creamos que la cruz de nuestro cuerpo es el arado;

la fe, la semilla; el surco, el sepulcro; la disolución, el brote; la espera, el tiempo; para que, cuando sonría la primavera de la venida del Señor, el verdor de nuestros cuerpos, entonces maduro, resucite en mies vital, que ya no conocerá fin, no conocerá canas, no sufrirá las varas ni sentirá los azotes. Porque, depuesta en la muerte la paja de la vetustez, lo nuevo se levanta en fruto de un cuerpo glorioso. Si ante las lágrimas pasajeras de una sola viuda Cristo se conmovió de tal modo que le salió al encuentro en el camino, que restañó los torrentes de dolor que goteaban de sus ojos, que rechazó la muerte, devolvió al hombre, resucitó el cuerpo, restituyó la vida, convirtió el llanto en gozo, y cambió las exequias lúgubres en fiesta natalicia, y devolvió vivo de la muerte a la madre al que había sido entregado al féretro; ¿qué hará ahora, cuando se inflame con su fuerza ante las lágrimas incesantes de su Iglesia, ante los sudores sangrientos de su esposa? Pues por la Iglesia suplicante derrama lágrimas incesantes, por los mártires suda sangre sagrada, hasta que Cristo, saliendo al encuentro de su hijo único, es decir, del pueblo cristiano, al que tantos tiempos llevan a la muerte, lo devuelva desde el féretro mortal a la vida perpetua, al gozo sempiterno de la madre de lo alto.

Pero, puesto que ha llegado el tiempo del nacimiento de Cristo, y la virginidad que va a dar a luz irradia ya como milagro celestial, y el orto del rey divino no nos lo anuncia ya una estrella, sino la subida misma del sol, salgamos todos a su encuentro para adorarlo, y con dones

sagrados reconozcamos que Dios y rey ha salido del templo virginal: ofrezcamos dones, porque al rey que nace siempre se le prepara una ofrenda pública; ofrezcamos dones, porque el adorador con las manos vacías es harto poco devoto. Lo prueba el mago, que, cargado de oro, encendido de incienso, consagrado con mirra, se inclina ante la cuna de Cristo (Mt 2,11). ¿Qué es esto, si lo que hizo el mago no lo hace el cristiano? ¿Qué es esto, si en el gozo del nacimiento de Cristo llora el pobre, gime el cautivo, se lamenta el forastero, se queja el peregrino? El judío honró siempre las fiestas celestiales con diezmos: el cristiano, ¿qué piensa de sí mismo, si no las honra ni siquiera con centésimas?

Hermanos, nadie piense que digo esto por afán de declamador y no por afecto de quien se duele. Me duelo, ciertamente me duelo, cuando leo que los Magos regaron con oro la cuna de Cristo, y veo que los cristianos han dejado vacío el altar del cuerpo de Cristo, y sobre todo en este tiempo, cuando se derrama el hambre inmensa de los pobres, cuando se derrama la turba lamentable de los cautivos. Que nadie diga: No tengo, cuando Dios pide de lo que tienes, no de lo que no tienes; cuando con dignación pone en cuenta las dos monedas de la viuda. Seamos devotos del Creador, para que nos sea devota la criatura. Aliviemos las angustias de nuestros prójimos, para ser librados de nuestras angustias. Llenemos el altar de Dios, para que la plenitud de los frutos llene nuestros graneros. Ciertamente, si no damos, no nos quejemos de no recibir. Que

nuestro mismo Dios os conceda tanto los bienes presentes como los futuros, por nuestro Señor Jesucristo, a quien sea todo honor y gloria perpetua, junto con el Espíritu Santo, ahora y siempre, y por todos los siglos de los siglos. Amén.

Sermón CIV.

Sobre el rico cuyo campo fue fértil

Cuantas veces este rico se presenta en medio, a quien por tantos siglos, en todo el orbe, cada día, acusa el clamor de la voz divina, tantas veces se ahuyenta el engañoso atractivo de las riquezas, tantas veces se apaga la llama furiosa de las codicias, tantas veces se calma la rabia insensata de la avaricia. Pues así comenzó hoy el Señor Jesús. El campo de cierto hombre rico produjo frutos abundantes; y pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, pues no tengo dónde recoger mis frutos? (Lc 12,16-17) Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los haré mayores, y allí recogeré todos mis bienes que me han nacido; y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes guardados para muchos años: descansa, come, bebe, banquetea (Lc 12,18-19). Pero Dios le dijo: Necio, esta noche te reclaman tu alma; y lo que has preparado, ¿para quién será? (Lc 12,20) ¡Desdichado, a quien la fertilidad hizo estéril, la abundancia angustiado, la copia inhumano, las riquezas mendigo! Un campo humano soportaba a un dueño inhumano; y lo que la tierra derramaba con largueza, él lo encerraba y amontonaba con estrechez; de modo que era guardián de lo ajeno el que no quiso ser repartidor de lo suyo, ingrato para con Dios, malo para

sí, enemigo de los pobres, baldón de los ricos, cárcel de la naturaleza.

El campo de cierto hombre rico produjo frutos abundantes, y pensaba dentro de sí. Como si alguien pudiera pensar fuera de sí; pero este pensaba dentro de sí, él que, recibido en su corazón el consejo de la impiedad, no dejó para sí nada de piedad, nada de misericordia. Pensaba dentro de sí, diciendo. Se sirvió de sí mismo como de un consejero digno de él, él que no podía tener consuelo para un ánimo malo, no podía tener colega. Y pensaba dentro de sí, diciendo. Una mente impía combatía con la piedad, y padecía una guerra intestina el que había perdido la paz y el sosiego de la misericordia. Y pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré? Es voz de quien pregunta; ¿y a quién piensas que preguntaba este? Había otro en él, porque el diablo se había instalado ya como dueño en sus aposentos íntimos; y el que había entrado en el corazón de Judas tenía el secreto de su mente. ¿Qué haré, pues no tengo? ¿Habéis oído cómo el rico no tiene? He aquí que clama: No tengo. Es verdad, porque no tiene siempre el que siempre busca; y no tiene dónde recoger el que así busca para recoger.

Pero oigamos qué le respondió el consejero interior. Derribaré mis graneros. Apareció claramente el que se escondía, porque el enemigo siempre empieza por la destrucción. Obra, obra, para que destruyas lo que tienes y no rehagas lo que codiciaste. Rico desdichado, ignorante de lo presente, discurres con suma necedad sobre lo futuro; ¡cuánto mejor habrías trasladado lo pre-

sente allí donde está la sede del alma! Pero ahora las cadenas de tus graneros han estrangulado las gargantas de los pobres, han atado los cuellos de los forasteros, han triturado las entrañas de los hambrientos: por eso te preceden y te siguen los gemidos de los pobres, te acusan los rostros lívidos de los forasteros, te acomete la turba plañidera de los que piden; para que, condenado por el Juez de lo alto, recibas hartura de penas, tú que, negándolos a los demás, cerraste para ti los cerrojos de tus graneros.

Al rico que pensaba dentro de sí le respondió con razón de tal modo aquel que conoce los pensamientos de los hombres, que son vanos (Sal 94,11): Necio, esta noche te reclaman tu alma; y lo que has preparado, ¿para quién será? Bien dicho necio, porque allí todo había sido de la carne, nada del corazón. Bien dicho necio, porque para un alma que pronto había de partir preparaba provisiones harto largas. Esta noche te reclaman tu alma. Con razón esta noche, porque, huyendo de la luz de la misericordia, se había entregado como esclavo a las tinieblas de la avaricia, diciendo: Come, bebe, banquetea. Que los que beben son hijos de la noche, no del día, lo declara así el Apóstol. Y los que se embriagan, de noche se embriagan (1 Tes 5,7); es llevado por lo oscuro, es tomado por las tinieblas, el que confió y guardó el sustento de la vida en los cerrojos de sus graneros. Te reclaman tu alma. ¿Por qué no dijo: El que la había dado la reclama, sino: La reclaman? Porque Dios reclama las almas de los santos y las conduce

de vuelta; los ministros del Tártaro reclaman y arrastran las almas de los impíos.

Y pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, pues no tengo dónde recoger mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros y los haré mayores, y allí recogeré todos mis bienes que me han nacido; y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes guardados para muchos años: come, bebe, banquetea. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche te reclaman tu alma; y lo que has preparado, ¿para quién será? Por eso este rico fue sorprendido de tal modo que perdió lo pensado más que lo preparado; y se cumplió aquello del Profeta: Saldrá su espíritu, y volverá a su tierra; en aquel día perecerán todos sus pensamientos (Sal 146,4). Este pensó qué dejaría tras de sí, no qué enviaría delante de sí: por eso, según el Apóstol: Se desvanecieron en sus pensamientos, y se oscureció su corazón insensato; creyéndose sabios, se volvieron necios (Rom 1,21-22). Aquel a quien se dice «necio», despertado del sueño de la vida presente, nada encuentra en sus manos en aquella perpetuidad; como dijo el salmista: Durmieron su sueño, y nada encontraron en sus manos todos los hombres de las riquezas (Sal 76,6).

Vela, pues, rico, en la obra buena; en la mala, duerme; para que tu mano no esté vacía para el pobre, para que esté siempre llena para ti. Porque cuanto el rico derrama con largueza, tanto rebosa con largueza en bienes. Sé, pues, rico en misericordia, si quieres ser siempre rico: y entonces tus graneros serán mayores, entonces llenos, si no

están vacíos de largueza, encerrados por la codicia.

Sermón CV.

Sobre la mujer que tenía un espíritu de enfermedad

Hoy la curación de Cristo dio una admirable prueba del poder divino, y desnudó la astucia del fraude diabólico, y liberó a una mujer herida por una larga y oscura herida; como dice el evangelista: Estaba Jesús enseñando en la sinagoga los sábados, y había una mujer que tenía un espíritu de enfermedad desde hacía dieciocho años, y estaba encorvada, y no podía en modo alguno mirar hacia arriba (Lc 13,10-11). Cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo: Mujer, quedas libre de tu enfermedad (Lc 13,12). E impuso sobre ella las manos, y al instante se enderezó y glorificaba a Dios (Lc 13,13).

Tenía un espíritu de enfermedad, y estaba encorvada: la herida estaba patente, pero el autor de la herida no estaba patente; todos veían la dolencia, pero no veían la materia de la dolencia. La pena estaba a la vista, pero en la pena misma se ocultaba encerrado el verdugo; se veía el cuerpo encorvado, pero no se veía el peso del cuerpo encorvado; en medio de los ciudadanos llevaba la mujer a su enemigo, pero los ciudadanos no veían al enemigo para expulsarlo. El arte del espíritu malvadísimo se creía necesidad del cuerpo, para que el salteador astuto tuviera cautiva con enga-

ño a la que no podía tener con la fuerza. El diablo no sería nada, si los hombres fueran más solícitos y más cautos. ¿O en qué ha prevalecido jamás contra el hombre por su fuerza, sino por arte, mentira, asechanzas, fraude, engaño, maldad, el ministerio de los vicios, el furor de los crímenes? Él explora siempre las voluntades de los hombres, y de las voluntades buenas huye; pero a las voluntades malas las secunda, para ser ministro de las maldades, alcahuete de los crímenes, parásito él mismo de los vicios. Y como no puede por la potestad, domina a las mentes más torpes con la servidumbre más torpe. Así engañó a Eva con la mentira, así enlazó a Judas con la codicia, así cegó a los judíos con la envidia, así entenebreció a los gentiles con el error de los ídolos, así confundió a los pueblos con la pompa de las cosas, así ocupó a los pequeños con la vanidad, para que no saborearan lo sano.

En efecto, oigamos qué maquinó respecto de la presente mujer. Y he aquí, dice, una mujer que tenía un espíritu de enfermedad desde hacía dieciocho años, y estaba encorvada, y no podía en modo alguno mirar hacia arriba. Veis que esta mujer, abatida, suspiraba bajo el peso del espíritu malvadísimo, que siempre abate a los hombres con los pesos de los pecados y los inclina a la tierra, para que no vean el cielo, no saboreen lo de arriba, no contemplen a Dios, no vuelvan a su libertad por medio de su autor; sino que, con la cabeza inclinada, los ojos clavados, el rostro hacia el suelo, se mantengan siempre cautivos bajo el yugo del antiguo enemigo. Así estaba oprimido

aquel publicano, que no podía levantar los ojos al cielo, sino que golpeaba su pecho consciente del pecado; y como no había lugar para negar, buscaba lugar para la misericordia, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador (Lc 18,13). Soportando esto, el beatísimo Profeta cantaba así: Mis iniquidades han sobrepasado mi cabeza, y como carga pesada han pesado sobre mí (Sal 38,5). Y para descubrir al autor de esa obra, en otro lugar habla así: La coronilla de los que se pasean en sus delitos (Sal 68,22). Porque a los que no resisten a los delitos, sino que se pasean en ellos, el diablo los cabalga y les recorre la coronilla; para que los que van al mal por su propio afán sean llevados a lo peor por el impulso del diablo, como dice el Apóstol: Como quienes iban, erais llevados (1 Cor 12,2).

Pero investiguemos qué inteligencia espiritual encierra esta historia. Y he aquí una mujer que tenía un espíritu de enfermedad desde hacía dieciocho años, y estaba encorvada, y no podía en modo alguno mirar hacia arriba. ¿Quién es esta, de cuya enfermedad se describen incluso los tiempos? ¿Quién es esta, a la que una dolencia ardiente se empeñaba así, no en levantar de la tierra, sino en inclinar hacia ella? ¿Quién es? Esta que ahora es la santa Iglesia, progenitora de hijos santos, a la que, como dice el Apóstol, el espíritu de este aire, el espíritu de la desconfianza, el espíritu del error (Ef 2,2), vejaba con una molestia espiritual, y así con pesos diversos la doblegaba y la abatía hacia la tierra, para que nunca se levantara hacia el cielo con la mirada.

Pero ¿qué significa que esta, que lleva el tipo de la Iglesia, se encuentre así encorvada en la Sinagoga? ¿Qué significa? Porque, al huir de los sacrilegios de los gentiles y apartarse de las cargas de los ídolos, incurre en otras más graves y lleva los pesos de la Sinagoga, como lo prueba el Señor cuando dice: Ay de vosotros, escribas y fariseos, que atáis cargas pesadas y las ponéis sobre los hombros de los hombres, pero vosotros ni con el dedo más pequeño queréis moverlas (Mt 23,4). Por eso también el bienaventurado Pedro: ¿Por qué, pues, tentáis ahora a Dios, dice, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nosotros ni nuestros padres pudimos llevar? (Hch 15,10) De aquí que Cristo, deseando aliviar a los hombres de estas cargas, clama: Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os aliviaré: tomad sobre vosotros mi yugo, porque es suave (Mt 11,28-30). Cuando dice todos, llama sin duda tanto a los judíos como a los gentiles.

Pero ¿por qué se prolonga durante dieciocho años la enfermedad de esta mujer? Porque, si el Decálogo de la Ley no hubiera llegado a la gracia de la ogdóada, nunca la santa Iglesia, nunca esta mujer habría llegado a la plenitud del tiempo, al día de la salvación, al tiempo favorable, a la presencia de su Salvador. Que esta mujer llevaba así la figura de la Iglesia lo indica la cualidad misma de la curación. La llamó a sí, dice, e impuso sobre ella las manos. Que así cura siempre la Iglesia lo sabe bien quien mereció hacerse cristiano y ve cada día hacerse cristianos. Pues, para que el gentil encorvado por los pecados se enderece

hacia el cielo, primero se ahuyenta del gentil el espíritu malo por la imposición de las manos. Pues el que con sola la palabra había ahuyentado a los demonios, y había sanado todas las enfermedades con solo un mandato, ¿por qué impone sus manos sobre esta mujer? ¿Por qué respecto de esta cambia el orden de la curación, sino porque ya entonces en una sola sana a todos; o más bien, porque no acoge a la Iglesia sin antes purificarla del diablo por la imposición de sus manos y hacerla cristiana; y además, para formar e instituir con el sacramento de la presente curación el cuidado de los cristianos que han de hacerse?

Pero el jefe de la sinagoga se indigna de que Cristo cure los sábados, y hoy el judío se atormenta con furor de celo ante la curación de la Iglesia, porque revuelve con inteligencia terrena los sentidos celestiales, y cree que el sábado está consagrado a las bestias, no a los hombres, él que en sábado corre presuroso a socorrer al buey o al asno en peligro, y al hombre que muere en sábado no le concede nada de piedad, nada de miseración. Y esto hace el insensato, de modo que viola el sábado en su pecho, y en el hombre viola la santidad misma: y así prescribe a Dios con la Ley de Dios; y observando el sábado, devuelve así a Dios el sábado que Dios concedió clementemente al judío por el trabajo terreno y la obra de la carne. Y se volvieron como arco torcido (Sal 78,57) los que así retuercen contra el Señor de la Ley los rectísimos preceptos de la Ley. Judío, el que a ti de las tareas humanas, para que al menos un día, o el sábado, cesaras, por tu salud, del cuidado … Y tú,

cristiano, guarda para el Señor el día del Señor, si quieres ver aquel día del Señor, si quieres poseer por el Señor cuanto es del Señor.

Sermón CVI.

Sobre la higuera que no dio fruto

Así como un maestro experto, para hacer oír a los rudos y entender a los tardos, golpea, despierta, enciende con variado género de doctrina los sentidos y el ingenio de sus discípulos, así el Señor, con semejanzas variadas, con comparaciones diversas, convoca e invita a la escucha del Evangelio los ánimos perezosos y tardos de los pueblos; pues hoy comenzó así: Cierto hombre tenía una higuera plantada en su viña, y vino buscando fruto en ella, y no lo encontró (Lc 13,6). Y dijo al viñador: He aquí que hace tres años que vengo buscando fruto en esta higuera, y no lo encuentro: córtala; ¿para qué ocupa además la tierra? (Lc 13,7) Pero él le respondió: Señor, déjala también este año, hasta que cave alrededor de ella y le eche estiércol, y si da fruto; y si no, en adelante la cortarás (Lc 13,8-9).

Cierto hombre tenía una higuera plantada en su viña. Pregunto: ¿qué hay tan llano, tan claro, tan común, tan familiar para los rústicos, tan propio para los entendidos, como la forma de la semejanza propuesta? La cual, viniendo del uso general, a todos instruye con la palabra y convierte con el ejemplo. El árbol infructuoso enreda el césped, mata los espacios, agota las fuerzas de la

tierra, consume con pérdidas al cultivador, hastía al dueño: y así, cortarlo es ganancia, no tenerlo es provecho. Así ciertamente el hombre que, con actos estériles y pobres, trastorna, ahoga, hunde el don de la naturaleza, el regalo del alma, el beneficio de la razón, la excelencia del sentido, el juicio de la mente, la industria del arte, el bien del cultivo, y niega al autor el fruto, al cultivador la gratitud; como el árbol de la tierra, así este merece ser cortado de la vida. Y así como el árbol infecundo, si está en una viña, al derramar una sombra mortífera sobre las fuerzas que tiene debajo, se vuelve enemigo no solo de sí mismo, sino también de los sarmientos fecundos: así el hombre desidioso, indolente, si preside a los pueblos, se vuelve dañino no solo para sí mismo, sino para muchos, en cuanto corrompe y pierde con su ejemplo a los que lo siguen.

Pero oigamos por qué dijo el Señor esta semejanza. La higuera, pasado el tiempo invernal, al sacar sus brevas en flor y simular con sus flores su fruto, engaña a los incautos, se burla de los ignorantes. Pues pronto arroja las brevas, avanza perezosa y brota en yemas; y se vuelve posterior a los demás en el fruto la que parecía haberse adelantado a los demás. Con razón, pues, la Sinagoga es comparada por el Señor a la higuera, que, calentada en el tiempo de la Ley, floreció temporalmente en figura del fruto eclesial. Pues, afianzada en la raíz de los patriarcas, elevada en la cumbre sacerdotal, extendida en las ramas proféticas, llena de las brevas de la observancia judaica, florecía, para dar entonces fruto por Cristo solo en

esperanza, o más bien, para dar después del fruto al mismo Cristo, como dice el salmista: Del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono (Sal 132,11).

Por eso los santos, sabiendo esto, tomaban de la flor la esperanza del fruto, y consolaban lo presente con lo futuro: viendo ya, ya mismo, suceder lo eterno a lo mortal, lo perpetuo a lo caduco, la gracia a la Ley, la Iglesia a la Sinagoga, lo celestial a lo terreno, lo divino a lo humano, Cristo a todas las cosas; y porque lo esperaban venidero con larga paciencia, se gozaron con gozo fiel de que hubiera venido. De estos era aquel Simeón, a quien se le había prometido que no vería la muerte hasta ver al Cristo del Señor, y teniéndolo en sus brazos, prorrumpió en tales palabras. Ahora despides a tu siervo, Señor, según tu palabra, en paz (Lc 2,29). Porque han visto mis ojos tu salvación (Lc 2,30). Pero los ignorantes, al poner su confianza en la Ley entera y no ser solícitos de la espera de Cristo, no merecieron ni acoger a Cristo ni reconocerlo: y así fueron engañados por las florecillas de la Ley, como la higuera engaña con sus brevas a los que no saben. De aquí que el Señor remite a la higuera a los que desean saber los tiempos de su venida, diciendo: Mirad la higuera y todos los árboles (Lc 21,29). Cuando ya echan su fruto, sabéis que está cerca el verano; así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios (Lc 21,30-31). Veis que la higuera no señala lo presente, sino que así indica lo futuro.

Pero sigamos ya por orden el ejemplo propuesto. Cierto hombre tenía una higuera plantada en

su viña. La Sinagoga es la higuera, el dueño del árbol es Cristo, la viña en la que se dice plantado este árbol es el pueblo de Israel, como dice el profeta Isaías: La viña del Señor Sabaot es la casa de Israel (Is 5,7). Vino, dice, buscando fruto en ella, y no lo encontró. Vino Cristo, y en la Sinagoga no encontró ningún fruto de fe, porque estaba toda sombreada por los engaños de la incredulidad. Vino Cristo a la higuera, a la que se lee que huyó Adán desnudo después de la culpa, como dice el libro del Génesis: Y conocieron que estaban desnudos: y cosieron hojas de higuera, y se hicieron ceñidores (Gn 3,7). Vino, pues, Cristo a la higuera para encontrar a Adán, para cubrir al desnudo con la piadosa vestidura de su cuerpo, a aquel cuyo pudor la higuera no velaba, sino que estimulaba; a aquel a quien esta higuera, es decir, la Sinagoga, con sus circuncisiones desnudaba la parte pudorosa del cuerpo, y no se la cubría.

Vino, dice, buscando fruto, y no lo encontró. Y dijo al viñador: He aquí que hace tres años que vengo buscando fruto en esta higuera, y no lo encuentro; córtala. El viñador, a quien se manda cortar la higuera infructuosa, es el ángel que preside la Sinagoga, que, como no puede excusar su esterilidad, obtiene una tregua suplicando. Pero no hay que pasar por alto lo que dijo: He aquí que hace tres años. Los tres años son tres tiempos por los que Cristo vino a la Sinagoga a buscar fruto, es decir, por la Ley, por los profetas, por su misma presencia corporal, para que la higuera infructuosa, que ya negaba a la divinidad sus frutos como no necesarios, no negara al menos los ali-

mentos necesarios a Cristo hombre, hambriento, a punto de comer.

Pero oigamos ahora qué respondió el viñador. Señor, déjala también este año. El viñador ruega que se conceda todavía el año del tiempo evangélico, del que dice Isaías: Predicar el año aceptable del Señor, y el día de la retribución (Is 61,2). ¿Para qué? Hasta que cave alrededor de ella. Quiere cavarla a fondo con el arado apostólico, porque no pudo sentir el cultivo de la podadera de la Ley. Y le eche estiércol. Necesario para una raíz tan grande, que, a pesar de tanta fertilidad del suelo santo, abrigada por la lluvia celestial, no mereció ser fecunda. Higuera estéril, la mísera Sinagoga es abonada con la miseración de los gentiles, para que, ayudada con los más viles abrigos, vuelva al fruto la que con tanta y tan preciosa fertilidad se apartó del fruto: y si después de esto permanece en la misma esterilidad, ya no con la hoz del viñador, sino con el hacha del dueño mismo, desesperada e inútil, será cortada. Y por eso no dijo: En adelante la cortaré, sino: La cortarás, según aquello de Juan: Ya el hacha está puesta a la raíz de los árboles: todo árbol, pues, que no da buen fruto será cortado y arrojado al fuego (Mt 3,10). Porque, después del cultivo del tiempo evangélico, el hacha del juicio cortará los árboles infructuosos, y el incendio último los recibirá y los quemará.

Sermón CVIII.

Sobre el hombre, para que sea víctima y sacerdote para Dios. Sobre las palabras del Apóstol: «Os ruego por la misericordia de Dios», etc.

Admirable piedad, que suplica para rogar, para otorgar. Pues hoy el bienaventurado Apóstol, no pidiendo cosas humanas sino otorgando las divinas, ruega así: Os ruego, por la misericordia de Dios (Rom 12,1). El médico, cuando persuade a los enfermos a tomar remedios ásperos, obra con ruegos, no obliga con mandato, sabiendo que es cosa de la debilidad, no de la voluntad, que el enfermo rechace lo saludable cada vez que aparta de sí lo que le ha de aprovechar. Y el padre atrae a su hijo al rigor de la disciplina no con potestad, sino con amor, sabiendo bien cuán áspera es la disciplina para los sentidos aún no maduros. Y si la debilidad del cuerpo se mueve así con ruegos a la curación, y si así el ánimo del niño apenas se deja llevar a la cordura con halagos, ¿qué tiene de extraño que el Apóstol, que es siempre médico y padre, para levantar a los remedios divinos las mentes humanas heridas por las enfermedades de la carne, ruegue así: Os ruego, por la misericordia de Dios?

Introduce un nuevo género de súplica. ¿Por qué no por el poder? ¿Por qué no por la majestad,

no por la gloria de Dios, sino por la misericordia de Dios? Por ella sola, en efecto, escapó Pablo del crimen de perseguidor y alcanzó la dignidad de tan grande apostolado, como él mismo reconoce, diciendo: Yo, que antes fui blasfemo y perseguidor, e insolente; pero alcancé la misericordia de Dios (1 Tim 1,13). Y de nuevo: Palabra fiel y digna de toda aceptación: que Cristo vino a este mundo a salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero; pero alcancé misericordia, para ejemplo de todos los que han de creer en él para la vida eterna (1 Tim 1,15-16). Os ruego, dice, por la misericordia de Dios. Ruega Pablo, o más bien, por medio de Pablo ruega Dios, porque quiere ser más amado que temido. Ruega Dios, porque no quiere ser tanto Señor cuanto padre. Ruega Dios por la misericordia, para no castigar con rigor.

Escucha al Señor que ruega: Todo el día, dice, he extendido mis manos (Is 65,2). ¿No ruega con su misma actitud quien extiende las manos? He extendido mis manos. ¿A quién? Al pueblo. ¿Y a qué pueblo? A uno que no solo no cree, sino que contradice. He extendido mis manos. Extiende los miembros, dilata las entrañas, adelanta el pecho, ofrece el seno, abre el regazo, para mostrarse padre con el afecto de tan grande súplica.

Escucha a Dios que ruega también de otro modo: Pueblo mío, ¿qué te he hecho, o en qué te he contristado? (Miq 6,3) ¿No dice: «Si la divinidad es desconocida, sea conocida al menos la carne»? «Ved, ved en mí vuestro cuerpo, vuestros miembros, vuestras entrañas, vuestros huesos, vuestra sangre. Y si teméis lo que es de Dios, ¿por

qué no amáis al menos lo que es vuestro? Si huis del Señor, ¿por qué no volvéis corriendo al padre? Pero quizá os confunde la magnitud de mi Pasión, que vosotros hicisteis. No temáis. Esta cruz no es mi aguijón, sino el de la muerte. Estos clavos no me clavan dolor, sino que me clavan más hondo vuestra caridad. Estas heridas no sacan fuera mis gemidos, sino que más bien os meten a vosotros en mis entrañas. La extensión de mi cuerpo os abre mi regazo, no crece para mi pena. Mi sangre no se me pierde, sino que se entrega para ser vuestro precio. Venid, pues, volved, y al menos así poned a prueba al padre, a quien veis devolver bienes por males, amor por injurias, y por tan grandes heridas tan grande caridad».

Pero oigamos ya qué ruega el Apóstol: Os ruego, dice, que presentéis vuestros cuerpos. Al rogar así, el Apóstol elevó a todos los hombres a la cumbre sacerdotal. Que presentéis vuestros cuerpos como víctima viva. ¡Oh oficio inaudito del pontificado cristiano, cuando el hombre es para sí mismo víctima y sacerdote; cuando el hombre no busca fuera de sí lo que ha de inmolar a Dios; cuando el hombre, para sacrificar a Dios, trae consigo, y en sí, y lo que es por sí; cuando permanece la misma víctima y sigue siendo el mismo el sacerdote; cuando la víctima es degollada y vive, y el sacerdote que la ha de ofrecer no sabe matar! Admirable sacrificio, donde se ofrece un cuerpo sin cuerpo, sangre sin sangre.

Os ruego, dice, por la misericordia de Dios, que presentéis vuestros cuerpos como víctima viva. Hermanos, este sacrificio desciende del modelo

de Cristo, que inmoló su cuerpo por la vida del mundo de modo vivificante; y verdaderamente hizo de su cuerpo una víctima viva, porque vive aun después de ser muerto. En tal víctima sacrificial, pues, la muerte se consume, la víctima permanece, la víctima vive, la muerte es castigada. Por eso los mártires nacen con la muerte, comienzan con el fin, viven al ser muertos, y brillan en el cielo los que en la tierra eran tenidos por extinguidos.

Os ruego, dice, hermanos, por la misericordia de Dios, que presentéis vuestros cuerpos como víctima viva, santa. Esto es lo que cantó el Profeta: Sacrificio y oblación no quisiste, pero un cuerpo me has perfeccionado (Sal 40,7). Sé, hombre, sé sacrificio y sacerdote de Dios; no pierdas lo que te dio y concedió la autoridad divina; revístete de la túnica de la santidad, cíñete el cinturón de la castidad; sea Cristo el velo de tu cabeza; persevere la cruz como defensa de tu frente; pon sobre tu pecho el misterio de la ciencia divina; enciende siempre, como fragancia, el incienso de la oración; empuña la espada del Espíritu; haz de tu corazón un altar; y así, seguro, acerca tu cuerpo para ser víctima de Dios. Dios busca la fe, no la muerte; tiene sed del voto, no de la sangre; se aplaca con la voluntad, no con la matanza. Esto lo probó Dios cuando pidió como víctima al hijo del santo Abraham (Gn 22,2). Pues ¿qué otra cosa inmolaba Abraham en su hijo sino su propio cuerpo? ¿Qué otra cosa requería Dios en el padre sino la fe, él que, así como mandó que el hijo fuera ofrecido, así no permitió que fuera muerto?

Fortalecido, pues, con tal ejemplo, hombre, ofrece tu cuerpo, y no solo degüéllalo, sino también despedázalo por todos los miembros de las virtudes. Porque tantas veces mueren para ti las artes de los vicios cuantas veces hayas inmolado a Dios las entrañas de las virtudes. Ofrece la fe, para que la incredulidad sea castigada; inmola el ayuno, para que cese la voracidad; sacrifica la castidad, para que muera la lujuria; impón la piedad, para que se deponga la impiedad; invita a la misericordia, para que la avaricia sea borrada; y para que la necedad sea consumida, conviene inmolar siempre la santidad: así tu cuerpo será tu víctima, si no ha sido herida por ningún dardo del pecado. Vive tu cuerpo, hombre, vive cada vez que es inmolado por ti a Dios con la vida de las virtudes, con las muertes de los vicios. No puede morir quien merece ser muerto con una espada vivificante. Que nuestro mismo Dios, que es el camino, la verdad y la vida, nos libre de la muerte y nos conduzca a la vida.

Sermón CIX.

Sobre la víctima del cuerpo y del alma que se ha de ofrecer a Dios de modo razonable. Sobre las mismas palabras del Apóstol

Puesto que el sermón precedente toca solo los comienzos de la lectura del Apóstol, oigamos ahora, acerca de lo que sigue, lo que el Señor inspira; pues así comenzó: Os ruego, dice, por la misericordia de Dios, que presentéis vuestros cuerpos como víctima viva. ¿Acaso el Apóstol, al hablar así, aprueba solo los cuerpos como dignos de las víctimas divinas, y a las almas, como réprobas, o las calla, o las pasa por alto, o las abandona? ¿No es el alma del cielo, el cuerpo de la tierra; este es regido, aquella rige; aquella domina, este sirve; este vive, aquella vivifica; aquella permanece, este desfallece; este padece las edades, aquella no las conoce; y, por último, la muerte, que domina solo sobre el cuerpo, no lo alcanza mientras el alma está presente? ¿Y por qué se calla el alma, y solo el cuerpo es llamado así a ser víctima de Dios?

Hermanos, aquí el Apóstol honra el cuerpo, no disminuye el alma. Pues el cuerpo, al que capturan los pecados, al que atan los delitos, al que oprimen los crímenes, al que corrompen los vicios, al que abaten las pasiones, a este desea el

Apóstol soltarlo, se afana por librarlo, trabaja por levantarlo, se esfuerza por expiarlo, para que el cuerpo suba al origen del alma, y no baje el alma a la naturaleza del cuerpo; y el cuerpo acompañe al alma al cielo, y no siga el alma al cuerpo a la tierra. Escucha a la Escritura, que dice con qué tormentos del cuerpo, y cuán grandes, es agobiada el alma: El cuerpo, que se corrompe, agrava el alma, y el pensamiento terreno oprime el sentido que piensa muchas cosas (Sab 9,15). Así pues, el Apóstol no quiere que el alma sea depuesta, sino que el cuerpo sea levantado; y quiere que el alma y el cuerpo, es decir, el hombre entero, lleguen a ser víctima santa, sacrificio agradable a Dios. Y que también el alma es sacrificio de Dios, lo declara el salmista diciendo: Sacrificio para Dios es un espíritu contrito (Sal 51,19).

Que presentéis vuestros cuerpos como víctima viva, santa, agradable a Dios. Porque el hombre no agrada por el hecho de vivir, sino que agrada por el hecho de vivir bien; ni se hace el hombre víctima por ofrecerse a Dios, sino por ofrecerse santamente a Dios. Pues cuanto aplaca a Dios una víctima inmaculada, tanto lo exaspera una víctima, si ha sido manchada. Escucha a Dios que dice: No me ofrecerás lo cojo, ni lo tuerto, ni lo contaminado por el contagio de la muerte, sino lo maduro y sin mancha (Lv 22). De ahí que el Apóstol pida para Dios una víctima viva. Así pues, hermanos, si nosotros el incienso de la misma propiciación …

Lo prueba Caín, que, pontífice ingrato, repartió así con Dios, de quien había recibido el todo,

cosas pequeñas, de modo que lo peor lo quemaba en el altar y lo mejor lo reservaba para su propio desfavor; en fin, mientras reparte mal lo suyo con su autor, separó a sí mismo y a su descendencia de la vida y del género humano (Gn 4,3-5). Sigamos, pues, a Abel hacia el premio, no acompañemos a Caín hacia la pena. Abel, llevando un cordero al sacrificio de Dios, es tomado como cordero; Caín, llevando para sí rastrojo, halló para sí el combustible con que habría de ser quemado.

Que presentéis vuestros cuerpos como víctima viva, santa, agradable a Dios, vuestro culto razonable. Cuanto aplaca el culto que se apoya en la razón, tanto exaspera el que no tiene razón. Culto razonable es el que no se turba por la presunción, no se confunde por la temeridad, no se viola con lo ilícito, no se maquilla con la simulación. Ante el servicio del rey tiembla la guardia militar; el señorío humano exige una servidumbre solícita, el temor del que obedece vigila el albedrío del que manda; porque la devoción cauta adquiere el premio de una justa remuneración, y la servidumbre presuntuosa no escapa a la pena de la temeridad. ¿Quién, sin ser llamado, se precipita a la servidumbre de la corte real? ¿Quién se atrevió a declararse soldado sin título? ¿Quién usurpa el nombre de una dignidad sin las ínfulas de la dignidad? Y si estas cosas entre los hombres son solícitas y cautas, si se apoyan en la razón, si se afianzan con el orden, si se guardan con temblor, ¿cuánto más cauta es ante Dios la devoción, más temible la servidumbre, más solícita la veneración, para prestar con razón un culto divino?

Razonable, dice, vuestro culto. El culto que arde con razón es fervor; es furor el que no se frena con la razón. De ahí que el pueblo judío, al buscar para sí a Dios fuera de la razón, perdió al Dios a quien servía con razón (Ex 32). De ahí que los hijos de Aarón, al olvidar la razón, al presumir de acercar fuegos terrenos a los fuegos divinos, cambiaron la llama del sacrificio saludable en un incendio de castigo para sí mismos (Lv 10,1-2). De ahí que Saúl, hinchado en su altura real, al pensar que también algo del sacerdocio le era lícito, perdió, profanador del altar, el reino que había recibido (1 Sam 15). De ahí que el judío, al cultivar la Ley sin la razón de la Ley, dio muerte al autor de la Ley. De ahí que el gentil, ignorante de la razón, al rendir culto a pueblos de dioses y a monstruos de dioses, no mereció llegar a la servidumbre del Dios que es uno y verdadero. De ahí que Arrio piense rendir culto al Padre blasfemando contra el Hijo; y al dar al Hijo un comienzo, el desdichado impone al Padre un fin. De ahí que Fotino, al negar que el Hijo sea coeterno con el Padre, se afana en que el Padre, en cuanto Padre, no haya existido siempre. De ahí que todas las herejías, al lanzarse a la injuria de la divinidad, al falsear la Trinidad con nombres, rinden culto a las blasfemias.

Nosotros, en cambio, hermanos, dispongamos también nuestros cuerpos para ser víctima viva de Dios, procuremos nuestro culto razonable, para que haya fe verdadera, conciencia pura, mente sobria, esperanza firme, corazón limpio, carne casta, sentido santo, ánimo piadoso, razón segura, caridad casta, misericordia generosa, vi-

da santa, porte modesto, y para que la humildad acompañe siempre nuestro paso en todo culto de Cristo.

Sermón CX.

Sobre la salvación puesta bajo la fe, sobre la justificación de Dios por Cristo, y sobre la muerte que se ha de sufrir por Cristo. Sobre las palabras del mismo: «Y no fue escrito solo por Abraham», etc.

El bienaventurado Apóstol levanta siempre para los primeros y los últimos, es decir, para judíos y griegos, el único y singular estandarte de la fe para la salvación: quien no haya merecido tenerlo y retenerlo, no podrá poseer la gloria de los triunfos celestiales. Solo él, hermanos, ordena la formación de los que combaten contra la incredulidad, señala al rey, une a los compañeros y aterra al enemigo impío con su sola vista.

Pues así comenzó hoy: Y no fue escrito solo por Abraham que le fue reputado como justicia, sino también por nosotros, que creemos en aquel que resucitó de entre los muertos a Jesús, nuestro Señor (Rom 4,23-24). Veis, hermanos, que mientras los anteriores creen lo futuro y los posteriores lo pasado, así unos y otros llegan a la salvación por un solo camino de la fe, mientras ellos profesan a Cristo que ha de venir, nosotros que ya vino; ellos se admiran y creen que había de descender hasta la muerte a la manera del hombre, nosotros nos gloriamos de que murió y resucitó. ¿Y qué más, hermanos? Por eso esta salvación fue negada a los

ojos tanto de los que precedieron como de los que siguen, para que estuviera toda en la fe.

En cuanto a lo que dijo: Que resucitó de entre los muertos a Jesús, nuestro Señor. Para que nadie crea que fue por otro, él mismo es el Hacedor y el resucitador de su propio cuerpo, él que dijo: Tengo potestad para dar mi vida, y tengo potestad para volver a tomarla (Jn 10,18); pues ni la resurrección pudo ser resucitada por otro, ni la vida ser vivificada por otro, ni negarse a sí misma lo que había de otorgar a todos. Porque ni la fuente tiene sed, ni el pan tiene hambre, ni el sol necesita luz, ni el descanso mismo se cansa.

Que fue entregado, dice, por nuestros delitos, y resucitó por nuestra justificación (Rom 4,25). Entregado por los delitos, no para que fuera castigada la vida que no podía morir, sino para que fueran borrados solo los delitos, que nos habían desterrado de la vida. Y resucitó por nuestra justificación. Mientras permanece la condena, el condenado no puede ser justificado; a nosotros, pues, a quienes la culpa del primer padre había entregado de tal modo que la muerte nos retenía por derecho como sujetos a ella, Cristo, padre celestial y verdadero, desatada la condena de la muerte, nos justifica por su propia muerte, por la resurrección, para que no perezca el reo, sino la culpabilidad; y para que la pena misma, es decir, la muerte, que había recibido orden de herir a los reos, con razón desfallezca y pierda las ínfulas de su potestad.

¿Por qué se atrevió ella, cruel e impía, a tocar al inocente, al juez mismo? Y por eso añadió:

Justificados, pues, por la fe, tengamos paz con Dios (Rom 5,1). Es decir: cese, cese la contienda, madre de las disensiones, enemiga del sosiego, adversaria de la paz; no se ensalce el judío por la Ley, no se ensoberbezca el gentil por la naturaleza, deshínchese el filósofo de sus opiniones espumosas y vanas, nadie se gloríe de los méritos, nadie de las obras; porque la vida que la primera prevaricación había quitado, y que la furiosa contienda había alejado de nosotros, la restituyó y la devolvió la paz divina. Tengamos paz con Dios por nuestro Señor Jesucristo. No se rebele la tierra contra los cielos, no se alce la carne contra el espíritu, sino que, humilde, se junte a la gloria perpetua de la paz de lo alto.

Por quien tenemos acceso (Rom 5,2). Por eso él mismo se hizo para nosotros camino, por la fe a esta gracia. La guía de esta vida es la fe, hermanos. En la cual estamos firmes y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios. Estamos firmes, ciertamente, por la fe, no por el cuerpo; y nos gloriamos en la esperanza, no en una cosa ya recibida.

Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación obra la paciencia, la paciencia la prueba, la prueba la esperanza, y la esperanza no confunde (Rom 5,3-5). Ved por qué edades el justo se robustece hasta el varón perfecto: en la tribulación, la paciencia, la prueba, la esperanza. La tribulación, hermanos, sacude y turba como la primera infancia del varón justo; pero cuando lo ha hallado paciente, entonces lo instruye para

cosas mayores, adolescente ya de buena índole. La tribulación obra la paciencia. Es la paciencia, hermanos, la que prueba que el joven de Cristo es apto para las virtudes. Y la esperanza no confunde. Es la esperanza la que hace perfecto al varón y lo conduce, incansable, a la medida de la plenitud de Cristo. Es propio de la virtud perfecta poseer con la fuerza de la esperanza lo que no tienes de hecho.

Porque la caridad de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado (Rom 5,5). Y para mostrar la cualidad de la caridad divina derramada sobre nosotros, añadió: Pues ¿por qué Cristo, cuando aún éramos débiles, según el tiempo, murió por los impíos? (Rom 5,6) Pues apenas muere alguno por un justo: ¿por un hombre bueno quizá alguno se atreva a morir? (Rom 5,7) Pero Dios acredita su caridad en nosotros, porque, cuando aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros (Rom 5,8). Si Cristo amó así al género humano hasta dar su muerte por los impíos y los pecadores, ¿qué otra cosa creemos que dará a los justos sino su vida, su reino, su gloria? De ti asumió la muerte, para emplearla por los impíos sobre la tierra; te reserva lo que en sí y por sí posee siempre, y posee en el cielo.

Digamos, pues, con el Profeta: ¿Qué retribuiré al Señor por todo lo que me ha retribuido? (Sal 116,12) Tomaré el cáliz de la salvación (Sal 116,13). Es decir: también yo moriré por él. ¿Y qué semejanza hay? Él, espontáneamente, por el impío y el pecador; yo, apenas, por el justo y el bueno;

yo apenas, porque a la muerte no me lleva tanto la voluntad cuanto la necesidad. Escúchale decir a Pedro: Pero cuando hayas envejecido, otro te ceñirá, y te llevará adonde tú no quieres (Jn 21,18).

En la adversidad, hermanos, la necesidad no puede compararse con la voluntad; aquietarse es propio de la necesidad, querer es propio de la virtud. Al que quiere, la muerte misma le está sujeta, porque la muerte siempre ha dominado al que no quiere. Y sin embargo, hermanos, ya que el hombre no puede devolver nada semejante a la caridad divina, dé lo que pueda, porque es aceptado según lo que tiene. Desfallezca para la gloria, muera para la vida, perezca para la salvación. Gloriémonos, hermanos, del nuevo intercambio de este comercio; porque la muerte, que entre los hombres era toda la reparación de la piedad, se ha hecho por Cristo la acreditación de la caridad divina.

Sermón CXI.

Sobre el pecado original. Sobre las palabras del mismo: «Por tanto, así como por un solo hombre entró el pecado en este mundo»

La presente lectura del Apóstol, hermanos, al decir que por un solo hombre el mundo entero recibió sentencia, no nos impulsa a perorar, sino a llorar, con un dolor renovado e íntimo. Pues si los eximios profetas de un pueblo singular, y de una sola ciudad, y a veces de un solo hombre, lamentaron largamente su peligro, ¿qué mente no se oscurecería con tinieblas totales, qué sentidos no confundiría un embotamiento total, qué ojos no convertiría en fuentes y raudales de lágrimas, cuando la caída de uno fue la ruina de todos, y la culpa de uno descendió a la pena de todos, y el vicio del padre preparó una perdición mortal a todo el género, diciendo el Apóstol: Por tanto, así como por un solo hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte (Rom 5,12)? ¡Miserable de mí! El mismo que era causa de todos los bienes se hizo aquí puerta de los males.

Entró el pecado en este mundo. En este mundo: ¿te admiras de que dañara a su posteridad quien con su fechoría condenó al mundo? Pero dices: «¿Cómo entró? ¿Por quién entró?». ¿Cómo? Por la culpa. ¿Por quién? Por el hombre. ¿Y qué?

¿El pecado es naturaleza, o sustancia? No es naturaleza ni sustancia, sino accidente; y es esta una potestad adversa, que se ve en la obra, se siente en la pena, combate el alma, hiere la mente, viola y confunde a la naturaleza misma. ¿Y qué más, hermanos? Esto es el pecado para la naturaleza: lo que el humo para los ojos, la fiebre para el cuerpo, la amarga salobridad para las fuentes más dulces. Ciertamente el ojo es puro y luminoso por naturaleza, pero se turba y se oscurece por la injuria del humo. Y el cuerpo está vigoroso en las partes de sus miembros y en sus sentidos, por cuanto ha sido hecho por Dios; pero cuando la fuerza de las fiebres ha comenzado, y su tempestad a dominar, todo él se vuelve débil: entonces la amargura de la boca, entonces la niebla de los ojos, entonces los pasos vacilantes, entonces el aire enemigo, entonces los seres queridos pesados, entonces los mismos cuidados parecen odiosos. Y las fuentes, cuanto son gratas por su dulzura y su naturaleza, tanto se vuelven ingratas cuando han recibido algún vicio por una añadidura.

Pero volvamos a lo comenzado. Así como por un solo hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte. He aquí, hermanos, la puerta: por el hombre el pecado, y por el pecado se ve que hemos entrado en la muerte. ¡Pecado, oh fiera cruel, que no se contenta con ensañarse contra el género humano con una sola cabeza! A la cual hemos visto devorar con boca trina todos los tan preciosos retoños de la estirpe humana: con boca trina, hermanos, el pecado atrapa, la muerte devora, el infierno engulle. ¿Y con qué

fuente de lágrimas, como dijimos, ha de ser llorado por nosotros tal padre, que nos dejó herederos de tantas miserias, que no solo perdió los bienes que se le habían otorgado, sino que dejó así a toda su descendencia sujeta a tan fieros acreedores? ¡Oh dura y cruel herencia! ¡Oh desdichados de nosotros, herederos a quienes ni plugo adquirirla ni fue lícito renunciar a ella!

Escucha lo que sigue: Y así la muerte pasó a todos los hombres. Pero para que no parezca quizá injusto que por uno pasara a todos: es porque todos son por uno; detestas haber sido condenado por aquel por quien te glorías de haber sido dado a luz. Pero dices: «Si al linaje debo el haber nacido, ¿acaso también al crimen, para que la naturaleza me haga reo antes que la culpa?». A esta cuestión tuya responde enseguida la palabra del Apóstol que sigue, diciendo: En quien todos pecaron. Si en él todos pecaron, con razón por él todos recibieron el suplicio. Así como por un solo hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte: y así pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron. Sea en el hombre, sea en el pecado: por él y en él todos pecaron. No se convirtió, pues, el pecado en naturaleza, sino que el pecado, al introducir la muerte, exige por medio de la naturaleza la pena que se le debe.

Dios había hecho la naturaleza de tal modo que creara a los hombres para la vida; pero ella, al engendrar contra su voluntad para la muerte, reconoce que está sujeta al pecado, a cuya pena sirve en la vida. Pues ¿quién pensaría esto, hermanos, que la naturaleza quiera que sus partos

se extingan, y que sus retoños tan queridos sean muertos? Pero mientras gime y se conduele, suspira por la libertad perdida y anhela alzar los ojos hacia ella. Pero por quién la recibió, lo mostró expresamente Juan el primero, que al ver a Cristo proclama y clama, diciendo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (Jn 1,29). El pecado del mundo, hermanos, es el que el Apóstol atestigua que entró por un solo hombre. Alegraos, pues, hermanos, porque el pecado que con pesado lastre nos hundía hacia el Tártaro ha sido quitado por Cristo, sumergido ya en el Tártaro; y a nosotros, a quienes la culpa del primer padre había entregado a la muerte, la gracia del segundo y divino padre nos llamó de nuevo de la pena a la vida.

Así pues, el hombre no podía salvarse sin Cristo, porque el pecado del mundo entero permanecía hasta su venida. Pero tú abrazas el ser justificado por Cristo; y el haber sido condenado por Adán, lo rechazas; y te quejas de que la pena de otro te haya dañado, tú que ves que la justicia de otro te ha socorrido. ¿Acaso no está todo el árbol en la semilla? El vicio de la semilla es, pues, el vicio de todo el árbol. Si la naturaleza hubiera podido socorrerse a sí misma por sí misma, nunca el autor mismo la habría asumido en sí para repararla. ¿Crees que fue creada para la vida, tú que todavía dudas de que haya sido reparada por su autor?

Pues hasta la Ley, dice, el pecado estaba en el mundo (Rom 5,13). Cuando oyes «hasta la Ley», entiende «hasta el fin de la Ley», es decir, hasta

la venida de nuestro Señor Jesucristo. Pues el pecado no se imputaba, dice, cuando no había ley. ¿Y cuándo no hubo ley, si comenzó con el hombre mismo? Si no hubiera habido ley, Adán ciertamente no habría sido prevaricador, como lo descubre el mismo Apóstol cuando dice: Pero reinó la muerte desde Adán hasta Moisés (Rom 5,14). Ambos habían recibido una ley: pero Adán prevaricó en cuanto la recibió; Moisés promulgó para los prevaricadores la que había recibido, diciendo el Apóstol: La Ley fue puesta a causa de las prevaricaciones (Gál 3,19). Reinó, pues, la muerte por la ley, porque, cruel, devoró más gravemente a los prevaricadores que a los pecadores, y a los caídos no solo por el vicio del padre, sino ya por su propia fechoría.

Pero reinó, dice, la muerte desde Adán hasta Moisés, aun sobre aquellos que no pecaron a semejanza de la prevaricación de Adán. Porque no solo devoraba a los grandes, sino también a los pequeños; y no solo a los culpables, sino que devastaba también a los inocentes: inocentes, digo, de culpa propia, no de la del padre. Y por eso la condición era más gravemente digna de llanto, porque el niñito saldaba la pena de aquel padre cuya vida apenas había gustado; y expiaba el pecado del mundo quien no había conocido el mundo. Aquietémonos, pues, hermanos, en que por uno y por el delito de uno reinó la muerte, si deseamos que todos sean absueltos por uno, y ser por Cristo: porque quien vive se lo debe a Cristo, no a sí mismo; y el morir se lo deberá a Adán.

Sermón CXII.

Sobre la muerte por el hombre, sobre la vida y la gracia obtenidas por Cristo, y sobre la abundancia del delito a causa de la Ley. Sobre las palabras del mismo: «Pues si por el delito de uno reinó la muerte por uno»

Si alguien ofrece un vaso de agua fría a un caminante sediento, reanima un tanto el ánimo del que se abrasa, y socorre de veras a la humanidad, pero no apaga del todo la sed: así también, para los que desean conocer el gran secreto de la ciencia divina, no basta nuestro sermón, que por el momento sirve a la prisa y al tiempo. Pues si para aprender a fondo las cosas humanas toda la vida del hombre es breve, ¿qué tiempo creemos que basta para poder entender lo divino? Concededme, pues, perdón, hermanos, si en un punto de tiempo, apenas el momento de una sola hora, no puedo esclarecer lo oscuro, abrir lo cerrado, afianzar lo dudoso, tocar lo profundo, abrir de todos modos el misterio inefable de tantos siglos, y decirlo, si no somos capaces de hablar con cautela a los rivales, con seguridad a los hijos, con confianza a los creyentes, con firmeza a los incrédulos. Pero, como hoy la palabra apostólica se ha derramado toda con clara luz en los sentidos de los oyentes, y no ha dejado nada ambiguo a las mentes católicas, cuando dice: Pues si por el

delito de uno reinó la muerte por uno (Rom 5,17), dejando a un lado el afán de declamar, nos apoyaremos con toda sencillez en las mismas palabras apostólicas, para que en los que desean saber la verdad no se engendre por nuestro sermón ninguna oscuridad.

Pues si por el delito de uno, como dice, reinó la muerte por uno, ¿por qué la autoridad evangélica se esfuerza en insinuar y probar que la muerte fue adquirida para la posteridad por un solo y primer hombre? Y aunque basta aquella sentencia que dice: Dios no hizo la muerte (Sab 1,13), por qué algunos quieren que una muerte tan feroz, tan cruel, tan despiadada haya sido hecha por Dios, no lo puedo saber. Nadie sin sacrilegio piensa que un Dios tan piadoso, tan bueno, haya podido crear la muerte, cuyo autor el mundo entero, con dolor continuo, con gemidos, con lágrimas, acusa y detesta. Si aun entre los hombres la muerte es la pena de los crímenes, ¿con qué osadía se cree que fue creada junto con el hombre, y que fue implantada por Dios, como pena, en un inocente antes que la vida?

Pero oigamos al Apóstol: Pues si por el delito de uno reinó la muerte por uno, mucho más los que reciben la abundancia de la gracia, y del don, y de la justicia, reinarán en la vida por uno solo, Cristo nuestro Señor. He aquí uno y uno, Adán y Cristo. Por aquel reinó el pecado para la muerte, por este reinó la gracia para la vida. En efecto, estos dos principios de vida y de muerte, de absolución y de pena, de libertad deseada y de

condenación extrema, los abre y declara la palabra del Apóstol que sigue.

Por tanto, así como por el delito de uno sobre todos los hombres para condenación, así también por la justicia de uno sobre todos los hombres para justificación de vida (Rom 5,18). Por uno y uno, o reina la muerte o se concede la vida. ¿Qué podría, pues, añadir aquí la palabra de un intérprete? Si a estas palabras añades el silencio, sucumbe todo empeño de los rivales. Por el delito de uno sobre todos los hombres para condenación, así también por la justicia de uno sobre todos los hombres para justificación de vida. Como el río a la fuente, como el fruto a la semilla, así sirve a su origen la posteridad, entregada o arrebatada, como se prueba más plenamente por lo que añadió el Apóstol.

Pues así como por la desobediencia de un solo hombre muchos fueron constituidos pecadores, así por la obediencia de uno muchos serán constituidos justos (Rom 5,19). Sea el hombre pecador, para que Dios sea justo, porque la culpabilidad recae sobre el juez, si la pena hiere al inocente. Y por eso dijo: Así como por la desobediencia de un solo hombre muchos fueron constituidos pecadores. Para que supieran que habían sido partícipes de la culpa de aquel cuyos compañeros en la pena sienten que son.

Pero oigan ya los amantes de la Ley, con el testimonio del Apóstol, de qué sirvió la Ley. Pero la Ley, dice, se introdujo para que abundara el delito (Rom 5,20). He aquí, como dice el Apóstol, que la Ley no produjo una mengua de los delitos, sino

su abundancia; no por sí misma, hermanos, sino por aquel que por flaqueza no podía soportar la Ley. No es la magnitud de la luz la que embota los ojos, luz que Dios creó solo para los ojos, sino que la debilidad de los ojos no puede sostener toda la luz y soportar su claridad: así también la Ley, hermanos, que por sí era muy justa y muy santa, al exigir del hombre frágil una disciplina severa, cargó y delató más y más al delincuente. ¿Y esto por qué, hermanos? Para que, por la gracia y el perdón del Hacedor, volviera a la vida el que, por la hinchazón y la ignorancia, al gloriarse mal de su inocencia, era conducido a la deuda y a la pena del padre.

La enfermedad, pues, estaba oculta, por la cual los secretos de todas las médulas y los conductos de las venas tendían a la ruina de los mismos órganos vitales, y engendraba en todas las entrañas cierta synkrisis. Vino la Ley, para delatar la herida y anunciar por fin que el médico celestial venía a la vieja dolencia. Vino la Ley, para sacar a la piel, con las cataplasmas de los mandamientos, lo que se ensañaba mortalmente en lo hondo. Vino la Ley, para abrir con el filo de los preceptos como un absceso de largo tiempo, y para que un derrame saludable secara luego el pus largo tiempo acumulado. Sin embargo, por sí misma, hermanos, no podía ni cerrar la herida ni dar al enfermo la salud perfecta. Cuando el enfermo vio esto y, desdichado, reconoció al fin su estado, comenzó a dirigirse presuroso al médico, para que lo que por la Ley había sido delatado, y por ella misma largo tiempo agrandado, fuera cu-

rado por la pericia y la gracia de tan gran médico. Decimos que la herida fue agrandada, hermanos, porque después de la incisión, la putrefacción, el hedor, el horror, la molestia se engendran en la herida misma por el corte, y por la curación el aspecto mismo de la lamentable dolencia se hace peor que lo que había sido el peligro para el que lo ignoraba mientras estaba oculto. Vino, pues, el médico; y al que estaba ya cansado de remedios y extenuado por las molestias de las curas, lo socorrió con la sola autoridad de su palabra. Como lo confiesa aquel centurión, cuando dice: Di una palabra, y mi siervo quedará sano (Mt 8,8). Y había de cumplirse aquello del Profeta: Envió su Verbo, y los sanó (Sal 107,20).

Y por eso sigue: Donde abundó el pecado, sobreabundó también la gracia. Como si dijera: Donde se ensanchó la herida, se derramó con más abundancia la salud. Nadie sea, pues, ingrato con la Ley, porque al que había hallado enfermo y postrado, lo levantó, lo cuidó y, para entregarlo a la salud, lo condujo con saludable alegría hasta el médico, para que, como dijo el Apóstol: Así como reinó el pecado para la muerte, así reine la gracia para la vida eterna, por Jesucristo nuestro Señor (Rom 5,21). La gracia para la vida; el pecado reina para la muerte. La fe recta no atribuye a Dios, el autor, la muerte, ni la ruina del hombre, sino la salvación. Sea la muerte del hombre, sea del pecado, para que se crea que la vida, creada y devuelta, es solo por Cristo.

Sermón CXIII.

Sobre no permanecer en el pecado para que abunde la gracia, y sobre servir a las virtudes. Sobre las palabras del mismo: «¿Qué diremos, pues? ¿Permaneceremos en el pecado para que abunde la gracia?», etc.

El bienaventurado Apóstol, cuando pregunta lo sabido, cuando indaga lo manifiesto, reprende e increpa, en efecto, a los que corrompen las palabras divinas con su interpretación, y sacan de ellas apoyos para los crímenes, de donde debían haber tomado enseñanzas de virtudes. Pues así comenzó hoy: ¿Qué diremos, pues? ¿Permaneceremos en el pecado para que abunde la gracia? (Rom 6,1) Había dicho antes, hermanos: Donde abundó el pecado, sobreabundó también la gracia (Rom 5,20); y por eso comenzó así, y, en aquel magisterio divino y singular, se hace partícipe de los ignorantes como por una pregunta, para responder con plena erudición lo que es propio de la prudencia celestial.

Pues si donde abundó el pecado, sobreabundó también la gracia. ¿Qué diremos, pues? ¿Permaneceremos en el pecado para que abunde la gracia? «Si la piedad es propicia a los que delinquen, si la gracia es copiosa para los que pecan, si la largueza divina es amiga de los injustos, ciertamente, si los bienes futuros se adquieren con los

males presentes, ¿para qué el arduo camino de las virtudes, para qué el duro trabajo de alcanzar la justicia, para qué el tormento continuo de guardar la inocencia entre los malos? Auméntense las fechorías humanas, para que la bondad celestial rebose; hagamos el mal, como dijo, para que venga el bien (Rom 3,8); permanezcamos en el pecado, para que abunde la gracia».

A esto, hermanos, el mismo Apóstol que pregunta respondió: De ningún modo (Rom 6,2). Pues los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos todavía en él? Cuando dice De ningún modo, execró así la inteligencia y el sentido de los necios: puesto que el médico no sirve a la herida, sino a la curación y a la salud; ni se alegra de la putrefacción ni de las enfermedades, sino solo de la salud. Así también Dios, que aplicó una magnitud y un vigor de medicina en proporción a la magnitud de la herida, no otorgó la gracia al pecado, sino al hombre; y derramó la lluvia de su piedad no para multiplicar los delitos, sino para borrarlos. Nadie, nadie se felicite de tal modo por su enfermedad que quiera permanecer en la herida. Ingrato con el médico, enemigo de la curación es el que siempre arde por ser curado y nunca desea sanar aquí; y de tal modo desea que la gracia de Dios rebose por sus pecados, que desea que se le acumulen los pecados. Desdichado el que con tal deseo se empeña en ser reo por medio del perdón. Hay que huir, hermanos, de esta demencia, hay que huir de ella, que aun después de la curación se mantiene cautiva del

amor a las enfermedades; pues la recaída es muy a menudo una enfermedad mortal.

En cuanto a lo que dijo: Pues los que hemos muerto al pecado, habla aquí en la figura del tiempo presente: porque dijo que nosotros estamos muertos al pecado, no dijo que el pecado esté ya del todo muerto para nosotros; porque, aunque el pecado mismo esté difunto, en cuanto al acto de la obra, para los santos y los fieles, vive sin embargo, y todavía se ensaña para nuestra muerte. Pero entonces morirá en nosotros el pecado mismo, cuando esto corruptible se haya revestido de incorrupción, y esto mortal se haya revestido de inmortalidad, y se haya cumplido la palabra que está escrita: ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, infierno, tu victoria? (1 Cor 15,54-55) Pero el aguijón de la muerte es el pecado (1 Cor 15,56). Pero vive para el pecado el que, como dice en lo que sigue, sirve a sus concupiscencias; y el desdichado se esclaviza a sus aguijones, el que secunda los vicios, el que sucumbe a los crímenes en una cautividad infeliz y continua, el que afirma que lo que es del delito es de la naturaleza, y usa de una enfermedad que es accidente como si fuera obra y beneficio del Hacedor.

Y por eso, para refutar la ignorancia de tales hombres, añadió diciendo: ¿No sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados en su muerte? (Rom 6,3) Pues hemos sido sepultados juntamente con él por el bautismo en la muerte (Rom 6,4). Oigan los fieles y entiendan cómo la sepultura de tres días del Señor es figurada en el bautismo por la

triple inmersión; para que se alegren de haber resucitado con Cristo, si no todavía en el cuerpo, ya en la novedad de la vida; y sea todo el hombre domicilio de las virtudes, el que antes había sido receptáculo de los vicios. Para que, como dijo, así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en novedad de vida. Cristo refiere a la gloria del Padre cuanto es de sus poderes; y el hombre, que nada tiene suyo, se afana por atribuirse a sí mismo el haber resucitado por Cristo. En cuanto a lo que dijo: Caminemos en novedad de vida, confirma lo que dijimos antes: que, si no todavía en este cuerpo, al menos en la vida avance del todo transformado; entiéndase a sí mismo, y domine a los elementos, el que hasta ahora por ignorancia servía a los elementos; dé lo suyo para la gloria, el que antes robaba vergonzosamente lo ajeno; y el que practicaba lo ilícito de la carne, desprecie aun las licencias corporales; y el que hasta ahora se empeñaba impíamente en extinguir la inocencia, muera él mismo más gloriosamente por la inocencia. ¿Y qué más? Si del hombre viejo ha sido hecho ya nuevo, cambie él mismo el remolino de los vicios en fuente de virtudes.

Hasta el fin de la lectura inculca esto el bienaventurado Apóstol, esto demuestra: que puede vivir con Cristo, que puede reinar con Cristo, el que sigue la inocencia de Cristo resucitado, imita su vida, se esfuerza por cumplir su santidad. En cuanto a lo que dice: Para que sea destruido el cuerpo del pecado (Rom 6,6), sea destruido, hermanos, en el acto, no en la sustancia; en la obra,

no en la figura; porque quiere que el hombre perezca al pecado, no a Dios, él que dice: Consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios (Rom 6,11). Y se esfuerza, hermanos, con toda piedad por restituir al hombre a la libertad de lo alto, él que dice: No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal (Rom 6,12). Y de nuevo: El pecado no os domine (Rom 6,14). No dijo: «No venga a vosotros»; no dijo: «No provoque, no cosquillee»; sino: No reine, no domine; luche para gloria del que vence, combata y caiga para triunfo del vencedor; y duélase por fin el impío dominio del pecado de ser pisoteado con toda seguridad por los que fueron un día sus siervos; y gima el cruel tirano por verse sujeto a los pies de sus cautivos; y lamente el viejo enemigo haber llegado al triunfo de aquellos sobre los que largo tiempo había triunfado.

Sermón CXIV.

Sobre los siervos de la Ley y de la gracia. Sobre las palabras del mismo: «¿Hemos pecado, porque no estamos bajo la Ley, sino bajo la gracia?», etc.

Así como para el peregrino el regreso a lo suyo es siempre dulce y querido, y los vestíbulos de la casa natal le son gratos después de un tiempo, así para mí, después de los intervalos de la predicación, es más suave el regreso a la serie de las lecturas apostólicas. Pues una necesidad religiosa nos obliga a menudo a apartarnos del orden propuesto del discurso y del camino continuo de la palabra; porque el orden de la doctrina ha de moderarse de tal modo que ahora no se estorbe una cosa con otra. Por eso, oigamos qué ha dicho hoy el bienaventurado Apóstol.

¿Qué dice, pues? ¿Hemos pecado, porque no estamos bajo la Ley, sino bajo la gracia? (Rom 6,15) De ningún modo. Esta pregunta, hermanos, convence de impericia a los que, cautivos de la costumbre de la Ley, no saben sentir por su beneficio los poderes de la gracia; y a los que la serie de los preceptos de la Ley delató como contumaces, las solas ventajas de los dones y la pompa de las festividades los hicieron y volvieron obstinados en observancias vanas. Y puesto que el tiempo ha excluido la Ley, ¿qué hará el cultor de la Ley, apar-

tado de la Ley? Judío, ¿qué tienes que no hayas perdido? Y si lo has perdido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras perdido? ¿Dónde está el templo, dónde está el sacerdote, dónde el sacrificio, dónde el incienso, dónde tus purificaciones, dónde la devoción de tus solemnidades, que no se podía omitir? Pero, para que seas judío, con razón eres circuncidado, porque has sido cortado de todos los bienes arriba dichos. Pues está escrito: Maldito todo el que no permanezca en todas las cosas que están escritas en el libro de la Ley (Gál 3,10). Si es maldito el que ofendió en una sola cosa, ¿cuántas veces será maldito el que resulte no haber cumplido nada de todo ello?

¿Hemos pecado, dice, porque no estamos bajo la Ley, sino bajo la gracia? Como si dijera, hermanos: ¿Hemos pecado porque, ya sanados, no permanecimos en la curación? ¿Hemos pecado porque, ya curados, dejamos el fuego, el hierro, los medicamentos? Infeliz el enfermo que después de la curación no quiere curar el tormento. ¿Y qué más, hermanos? ¿Nunca cura quien busca y espera el albedrío del enfermo? Pues, como de un humor frío se enciende siempre fuego en el cuerpo, y el rigor excesivo, mientras atormenta y sacude los miembros, produce y engendra él mismo más agudamente el incendio; así el enfermo, para aumentar la llama que siempre arde y jadea en sus venas, espera impaciente que se le dé agua fría, sin saber que entonces el calor se apaga con el calor, y el incendio se alimenta con el frío. La Ley, pues, mientras espera y soporta siempre la voluntad del hombre, y sin embargo el hombre,

impedido por el fardo del pecado, no alcanza a obedecer los mandatos de la Ley, no libra a su cultor del vínculo del pecado, sino que lo obliga con el crimen de la prevaricación.

Y por eso añadió diciendo: ¿No sabéis que de aquel a quien os presentasteis como siervos para obedecer, siervos sois de aquel a quien obedecisteis, ya del pecado para la muerte, ya de la obediencia para la vida? (Rom 6,16) ¿Qué es esto, hermanos, que, cuando hablábamos de la Ley, descubrió que el hombre había sido siervo del pecado? Ya del pecado, dice, para la muerte, ya de la obediencia para la vida. Porque había dicho antes: El pecado no os domine; pues no estáis bajo la Ley, sino bajo la gracia (Rom 6,14). Los que están, pues, bajo la Ley, son oprimidos y doblegados por el imperio del pecado, y no podrán los desdichados ser librados de la vergonzosísima servidumbre del pecado, si no los manumite la gracia.

Pero doy gracias a Dios, dijo, de que fuisteis siervos del pecado (Rom 6,17). ¿Da gracias así, como quien se alegra de que el hombre haya sido siervo del pecado? De ningún modo. Da gracias, no porque antes fuimos siervos de un señor tan cruel, sino porque ya no estamos subyugados, como lo manifiesta más expresamente por lo que sigue, diciendo: Pero habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la que fuisteis entregados; y, librados del pecado, os habéis hecho siervos de la justicia (Rom 6,17-18).

Obedecimos, hermanos, por beneficio del que llamaba, no nuestro, porque así estábamos rete-

nidos cautivos en nuestro albedrío. Pero habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina. ¿A cuál? A la del Evangelio, sin duda, donde con un nuevo género de libertad la servidumbre no fue suprimida, sino cambiada, porque mejor es el servicio devoto que la libertad errante y presuntuosa. Os habéis hecho siervos de la justicia. Esta servidumbre, hermanos, no ata, sino que libera; no grava, sino que honra; borra la mancha de la servidumbre, no la imprime a fuego. ¿Qué hay aquí, pregunto, que no sea divino, donde la servidumbre es expulsada por la servidumbre, donde la condición es ahuyentada por la condición, donde la muerte muere por la muerte, donde la perdición es sanada por la perdición, y, para decirlo con propiedad y brevemente, donde toda la adversidad es derribada por la punta de la misma adversidad?

En cuanto a lo que dijo: Hablo a lo humano, a causa de la debilidad de vuestra carne: pues así como presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad para la iniquidad, así presentad vuestros miembros para servir a la justicia para la santificación (Rom 6,19). Muestra la grandeza de su piedad cuando rebaja la doctrina evangélica a ejemplos tan humildes y casi vergonzosos; para imponer a la servidumbre, y ordenárselo, tanto para la santidad cuanto para la inmundicia, cuanto para la iniquidad tanto para la justicia. Absurda, hermanos, e indecorosa parece la comparación, que quiere al hombre sujeto tanto a la gloria cuanto a la torpeza; ¡pero ojalá al menos tanto! ¿Y cuándo

sirve la fragilidad humana tanto a Dios cuanto al mundo, tanto al cielo cuanto a la tierra, tanto a la virtud cuanto a los vicios? El hombre entero, desdichado, se entrega de tal modo a la carne, se ocupa de tal modo en las cosas presentes, que no deja en sí nada que sirva a la vida futura, que sirva a los bienes divinos.

La fuerza del halago temporal la aplicó convenientemente el bienaventurado Apóstol a las conciencias humanas en una sola frase, la expresó convenientemente, para que los miembros humanos sirvan a la justicia, a la castidad y a la limpieza con tanta voluntad cuanta fue la vehemencia y la demencia con que se entregaron a la torpeza y a los vicios. Pide poco, o quizá nada, el que desea conceder reteniendo la propiedad; y quita toda excusa el que manda que con cosas posibles para ti y acostumbradas debas pagarle por las más grandes. Da, pues, hombre, a Dios tanto cuanto diste a la carne y a los vicios. ¿Y por qué habías de deberte a ti mismo antes a los vicios, no a Dios, siendo así que Dios te pide a ti mismo solo, ciertamente, por amor tuyo?

Sigue: Pues cuando erais siervos del pecado, erais libres respecto de la justicia; pero ahora, librados del pecado, os habéis hecho siervos de la justicia (Rom 6,20.18). Antes siervos del pecado, ahora siervos de la justicia. He aquí que, por el Apóstol, la servidumbre sucede a la servidumbre: tú, contumaz, muestra ahora el tiempo de tu libertad; el pecado antes te mentía libre, mientras te tenía miserablemente cautivo; ahora la gracia te llama siervo, a ti, a quien, para hacerte verda-

deramente libre, adoptó como hijo del mismo Dios. Se ha cumplido, pues, la sentencia de Cristo en que dice: El que quiera ser señor, sea siervo (Mt 20,27). Bienaventurada es esta servidumbre, que engendra un señorío sempiterno. Pues aquella libertad nos trajo el fruto de la pena y una confusión insoportable, como dice: ¿Qué fruto tuvisteis entonces en aquellas cosas de las que ahora os avergonzáis? Pues el fin de ellas es la muerte (Rom 6,21). He aquí cómo manumite, he aquí con qué premio honra el diablo aquella servidumbre: que la muerte a la vez termina la vida y comienza la pena. Pero los que sirven a Cristo, hermanos, burlada la muerte junto con sus soldadas, son trasladados a la vida perpetua de la santidad; pues el fin de Cristo no admite fin, porque este fin no mata al hombre, sino que lo perfecciona.

Sermón CXV.

Sobre la Ley abrogada por la gracia. Sobre las palabras del mismo: «¿Acaso ignoráis, hermanos, pues hablo a quienes conocen la Ley?», etc.

Después de haber acariciado vuestros ánimos y corazones tocando la cítara davídica con el plectro y la modulación de la inteligencia espiritual, y de haberos presentado también los temibles comienzos del Evangelio que truena, para despertar vuestros sentidos, creímos que había que volver pronto al magisterio apostólico, para que el triple orden del sermón mantenga y ofrezca la disciplina saludable de la doctrina eclesiástica. Pues el canto relaja los ánimos del trabajo continuo, y la autoridad evangélica repara la mente y la despierta al trabajo, y el vigor apostólico no permite que nuestros sentidos se aparten del camino recto ni vaguen. Hallamos que hoy sigue por su orden esta lectura del bienaventurado Apóstol.

¿Acaso ignoráis, hermanos, dice, pues hablo a quienes conocen la Ley, que la Ley domina al hombre todo el tiempo que vive? (Rom 7,1) Y propone una comparación. Pues la mujer que está bajo marido, en vida del marido, está ligada a la ley; pero si su marido muere, queda desligada de la ley del marido: por tanto, en vida del marido, será llamada adúltera si estuviere con otro varón;

pero si su marido muere, queda desligada de la ley del marido (Rom 7,2-3). Veis, hermanos, la gran enseñanza del magisterio celestial del bienaventurado Apóstol: cómo afirma con testimonios de la Ley que los tiempos de la Ley han pasado, y vació toda su prerrogativa con el admirable ejemplo del matrimonio. Y con razón se compara la Ley a un matrimonio carnal, porque no obtuvo con la Sinagoga un consorcio espiritual.

Pues, habiéndola recibido para la observancia de la disciplina, para la fecundidad de una descendencia santa, para el aumento del pudor, para la custodia de la castidad, para el secreto sagrado y venerable del tálamo de lo alto, para la unidad mística del lecho celestial, halló en ella la inmundicia de toda prostitución. Pues salió al encuentro de tan gran varón, es decir, de la Ley, no compuesta en sus costumbres, no adornada con los collares de las virtudes, no grave en el andar, no cubierta, en verdad, con aquel velo nupcial del pudor virginal; sino lasciva de ojos, suelta de pasos, ganada de antemano por los halagos, y toda pintarrajeada de engaños y simulaciones. Y cuando tan gran varón, al verla, la despreció con justa indignación, y la arrojó lejos de su sociedad, y la execró con todo el juicio de su gravedad, ella ni se sonrojó al ser despreciada, ni se corrigió al ser desdeñada, ni recapacitó, sino que, rechazada, voló toda precipitada a los lupanares de los ídolos, y prefirió sufrir la infamia de la fornicación e incurrir en el crimen del adulterio antes que no horrorizarse de la torpeza de un atuendo

que agradaba mal. Por eso también el bienaventurado profeta con razón la deplora, diciendo: ¿Cómo se ha hecho ramera la ciudad fiel de Sion? (Is 1,21) Cuyos adulterios describe también el santo Ezequiel casi en todo su volumen. De ahí que, hermanos, cuando en el Evangelio esta adúltera era acusada ante el Señor por los escribas y los doctores de la Ley, el Señor apartó su rostro y se inclinó hacia la tierra, para no ver el crimen que habría de castigar; y prefirió, hermanos, escribir el perdón en el polvo antes que dar sentencia en la carne (Jn 8,3-8).

A esta adúltera se esfuerza el Apóstol por llamarla de nuevo al consorcio de Cristo, y no permite que la retrase el temor de su antigua caída, ella que, en vida del marido, con razón resultó adúltera porque estuvo con otro varón, pero ahora no abandona la Ley, ella que acude al autor de la Ley; sino que muere a la Ley, entregada por las sentencias de la Ley, para vivir a la gracia y resucitar por el perdón, ella que había sido muerta y mortificada por la Ley. En efecto, aunque afirma que ella queda libre del derecho marital por la muerte del marido, atestigua en lo que sigue que la difunta es más bien ella, no el marido: porque no muere la Ley al hombre, sino el hombre a la Ley; ni pasa el mandamiento, sino que falla al mandamiento el que resbala del mandamiento.

Escucha lo que sigue. Así pues, hermanos míos, también vosotros habéis sido mortificados a la Ley (Rom 7,4). ¿Acaso dice: «La Ley ha muerto para vosotros»? También vosotros habéis sido mortificados a la Ley. Y bien añadió: Por el cuerpo

de Cristo. Porque la Ley ata al reo, estrecha al que le está sujeto, castiga y mata al criminal. Así pues, el que por el cuerpo de Cristo ha sido eximido y arrancado de todo crimen, muere felizmente a la Ley, para vivir a la inocencia y a la gracia.

Para que seáis, dice, de otro, que resucitó de entre los muertos. De otro. Él mismo se hizo otro, cuando mudó nuestra corrupción en incorrupción, y trasladó la mortalidad a la gloria de la inmortalidad. Para que fructifiquemos, dice, para Dios. Consortes de la naturaleza celestial por Cristo, no para la tierra, sino para Dios; no para la muerte, sino para la vida; y afirma que el fruto se lleva a Dios, no a la carne.

Pues cuando estábamos en la carne, dice, las pasiones de los pecados, que eran por la Ley, obraban en nuestros miembros para que fructificáramos para la muerte (Rom 7,5). Cuando dice: Cuando estábamos, indica el tiempo pasado, cuando, puestos en la sola carne, o más bien expuestos, éramos obligados a saborear, hacer, querer solo lo que es de la carne, según aquello otro del Apóstol: Los que están en la carne no pueden agradar a Dios (Rom 8,8). Pues cuando estábamos, dice, en la carne, las pasiones de los pecados, que eran por la Ley. Diré como fue dicho por el Señor: Si la luz que hay en ti es tinieblas, ¿cuán grandes serán las tinieblas mismas? (Mt 6,23) Si por la Ley las pasiones de los pecados dominan los miembros humanos, ¿qué harán por sí mismas las pasiones, que secundan desgraciada y penosamente al hombre en cuanto nace? Puesto que se engendra así, al que así nace lo

oprimen las angustias, lo apremian los peligros, lo afligen las penas: son las pasiones, hermanos, por las que se debilita la infancia, se arrastra la niñez, enloquece la adolescencia, la juventud y la vejez se colman de muchos duelos; ellas son las que acompañan toda la vida del hombre hasta la caída, mientras el enemigo la perturba; las cuales la Ley, al prohibirlas, las recordó; al examinarlas, las agrandó; al acusarlas, las hizo más queridas; y lo que por la ignorancia estaba oculto, lo hizo por el conocimiento más conocido. Y así como las espinas crecen más cuando se cortan con la hoz, así, cuando son podadas por la Ley, retoñan las pasiones, porque por dentro, como fijas en la raíz de la carne, se afianzan. La Ley tiene por dentro un cultivo de la fe muy justo, y no aprovecha: por eso, con su estímulo, lleva el mismo terrón de la carne humana a una cosecha de muerte.

Las pasiones, dice, de los pecados, que eran por la Ley, obraban en nuestros miembros para que fructificáramos para la muerte. El instrumento que era para la vida, lo reclaman para sí en nosotros las pasiones para una cosecha de muerte. Heridos, pues, de este modo por la gracia de Cristo, somos absueltos de la ley de la muerte, y recibimos dentro al Espíritu Santo, debelador y vencedor de los vicios; para que las pasiones, excluidas fuera, golpeen, tienten, provoquen, pero caigan para gloria de nuestros triunfos. Para nosotros, para nosotros desea vencer el que, aunque era señor nuestro, se dignó militar, como dije. Sirvamos, pues, en la novedad del Espíritu (Rom 7,6), libres ya de la servidumbre de la carne,

porque el verdadero señorío es el servicio de la santidad del Señor; pues el hombre viejo y la letra vieja corrompieron y perdieron toda la disciplina.

Sermón CXVI.

Sobre el conocimiento del pecado por la Ley. Sobre las palabras del mismo: «¿Qué diremos, pues? ¿Es pecado la Ley? ¡De ningún modo!», etc.

Cuantas veces resuena un canto místico en género diverso, pero con voz concorde, apacienta y deleita el oído con suave dulzura; así, cuando la doctrina divina y celestial se expone de modo vario, pero con un solo Espíritu y un mismo sentido, despliega y abre con más gusto y con suavidad máxima el misterio de la ciencia evangélica. Y por eso, después de la melodía profética y de los asombrosos milagros de los poderes de Cristo, volvamos al orden de las lecturas apostólicas. Tal fue, pues, el contenido de la lectura de hoy.

¿Qué diremos, pues? ¿Es pecado la Ley? (Rom 7,7) De ningún modo. Pero no conocí el pecado sino por la Ley: pues no sabía de la concupiscencia, si la Ley no dijera: No codiciarás. Pero, tomada ocasión, el pecado obró en mí por el mandamiento toda concupiscencia (Rom 7,8). Habéis oído, hermanos, de qué enfermedad padeció sin Cristo la condición humana, cuán cautiva estuvo sin la gracia la fragilidad humana, que por la Ley, por los mandamientos, no era refrenada, sino armada para los crímenes: que para esto oía, para esto

conocía, no para vencer los pecados, sino para cometerlos.

No conocí el pecado sino por la Ley. No conocer los vicios es propio de la felicidad; conocerlos, del peligro; haberlos vencido, de la virtud. Un rey noble y fuerte sale lejos al encuentro de sus enemigos, y se anticipa a las asechanzas de los que acometen de tal modo que no pueda abatirse la lealtad de los soldados ni turbarse la constancia de los ciudadanos: así ahora un ánimo generoso, por la gracia de Cristo, traspasa las lamentables estrecheces de su cuerpo, y de tal modo se anticipa por entero a los delitos, pisotea los vicios y abate por entero los crímenes con exterminio, que no puedan engañar los sentidos con afeites, depravar el ingenio con engaños, disolver con tumultos los corazones míseros y débiles, encender con ardor, con sangre, ocasiones humeantes, atormentar con variado género de pasiones los miembros, débiles por naturaleza. Lo que el fuego para la mies seca, eso son los vicios para el cuerpo humano; solo con la separación se vencen con más seguridad, mueren por la ignorancia, y, desconocidos, felizmente se desvanecen. Pues si llegan a la mente y a los sentidos, si tocan los ánimos, si una vez penetran los miembros, se engendra y se alza un incendio inextinguible: y si la onda celestial no riega los corazones, no inunda las mentes, no empapa los miembros, todo lo que es fortaleza humana se somete y se reduce a ceniza.

¿Es la Ley, dice, pecado? De ningún modo. Pero no conocí el pecado sino por la Ley. Como si dije-

ra: El oro no es avaricia, pero no conocí la avaricia sino por el oro. El vino no es embriaguez, pero no conocí la embriaguez sino por el vino. La belleza del cuerpo no es concupiscencia, pero el decoro de la forma me arrebató a la concupiscencia y me llevó a la caída. Así pues, no son males en sí mismas las cosas que Dios creó para la utilidad, para la salud, para el agrado, sino que por ellas se da ocasión de delinquir. Así, el avaro acusa al oro, el ebrio al vino, el lascivo o el galante quiere que sea de la hermosura lo que le sucedió para su ruina.

Así también la Ley, que había sido dada por Dios para la salvación, que era por sí celestial y santa, se hizo por el hombre para la ruina del hombre desdichado, como lo prueba el Apóstol por lo que sigue, diciendo: Así pues, la Ley es santa, y el mandamiento santo, y justo, y bueno (Rom 7,12). Lo que era bueno, pues, no trajo la muerte, sino el pecado, que había traído principalmente la muerte, que había hecho a la naturaleza humana frágil, débil, propensa a las caídas y a los vicios. Lo que estaba oculto y causaba estragos como enemigo en el cuerpo humano, la Ley lo reprendió, la Ley lo delató, al amonestar al hombre sobre la inocencia, la santidad, la justicia, la virtud, la fe; al argüirlo de vicios, de delitos, de crímenes.

Pero el hombre comenzó, sí, a oír de las virtudes, comenzó a querer, pero no alcanzó; comenzó a detestar los vicios, pero a seguirlos; a odiar los delitos, pero a cometerlos; a horrorizarse de los crímenes, pero a consumarlos: por eso tarde se sintió siervo cautivo, se sintió malamente entre-

gado a la rabia, y comenzó a clamar: ¡Infeliz de mí, hombre! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte? (Rom 7,24) A lo cual se responde: La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Rom 7,25). Oído esto, comenzó a buscar la libertad por medio del autor, la salvación por medio del perdón, a esperar la vida por la sola gracia. Pues largo tiempo había ignorado por qué era difícil la inocencia, por qué laboriosa la justicia, angustiosa la santidad, ardua la virtud, la fe toda llena de peligros, por qué tenían los delitos tantas tropas, por qué los crímenes crecen mientras se cortan, y las virtudes desfallecen mientras se cultivan. La Ley abrió, la Ley enseñó, la Ley mostró con toda luz que los crímenes por el pecado, las virtudes por Dios, dominan en los sentidos humanos, en la mente humana; y que no pueden ser vencidos los delitos antes de que haya sido extinguido el autor de los delitos, que es el pecado, que Cristo quitó, atestiguándolo Juan cuando dice: He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo (Jn 1,29).

Pues sin la Ley, dice, el pecado estaba muerto (Rom 7,8). Pero yo vivía en otro tiempo sin la Ley (Rom 7,9). Pero cuando vino el mandamiento, el pecado revivió. Y yo morí, y se halló que el mandamiento que era para la vida era para mí para la muerte (Rom 7,10). Pues el pecado, tomada ocasión por el mandamiento, me sedujo, y por él me mató (Rom 7,11). El pecado estaba muerto no porque no existiera, sino porque se ignoraba; y con propiedad se dijo: El pecado revivió. Porque estaba sepultado en nuestra ignorancia: no revi-

vió el mandamiento por el pecado, sino el pecado por el mandamiento, al hacer prevaricar al que antes era pecador; al hacer al reo además contumaz, suscitando a un desertor y a un rebelde. Por eso con razón el hombre ya entonces exclama que está muerto, cuando reconoció de dónde, y por qué, y por quién moría.

Qué tirano tan cruel es el pecado, hermanos, ya lo vemos. Por el mandamiento me sedujo, y por él me mató. Porque tendió como lazo el argumento de la salvación, porque hizo que la cura fuera dolencia, porque mudó el instrumento de la salud en herida mortal, porque convirtió la vida misma en espada letal: Por el mandamiento me sedujo, y por él me mató. Pero ¿cómo podría, ya muerto, proveer para sí, puesto que había sido muerto? Pues ¿quién podía socorrer al muerto, sino Cristo, que, muerto, reparó la vida? Que devolvió a la muerte el talión por la muerte, mató a la muerte y la delató como contumaz, ella que, mandada a velar sobre las penas de los reos, se atrevió a atentar contra el juez mismo, presumió acometer al mismo autor de la inocencia: por eso con razón la muerte ha muerto, y en mí no vivo yo, sino que vive, obra, reina, impera Cristo.

Sermón CXVII.

Sobre el primero y el último Adán. Sobre las palabras del mismo: «Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente», etc.

Dos hombres, refirió hoy el bienaventurado Apóstol, dieron principio al género humano, a saber, Adán y Cristo: dos hombres iguales en el cuerpo, pero desiguales en el mérito; en la trabazón de los miembros semejantísimos con toda verdad, pero en su mismo principio desemejantes con toda verdad. Fue hecho, dice, el primer hombre, Adán, alma viviente; el último Adán, espíritu vivificante (1 Cor 15,45). Aquel, el primero, fue hecho por este, el último, de quien también recibió el alma para vivir; este fue formado siendo él mismo su autor, para no esperar la vida de otro, sino para otorgar él solo la vida a todos; aquel es modelado de vilísimo limo, este procede del precioso seno de la Virgen; en aquel la tierra se muda en carne, en este la carne es promovida hasta Dios. ¿Y qué más? Este es el Adán que, cuando entonces modelaba a aquel, colocó en él su propia imagen. De ahí que asuma también su persona y recibiera su nombre, para que no se le perdiera lo que había hecho a su imagen. Primer Adán, último Adán; aquel primero tiene principio, este último no tiene fin. Porque este último es verda-

deramente él mismo el primero, como él mismo dice: Yo el primero, y yo el último (Is 48,12). Yo soy el primero, es decir, sin principio. Yo el último, ciertamente sin fin.

Pero no es primero, dice, lo espiritual, sino lo animal, luego lo espiritual (1 Cor 15,46). Primero, ciertamente, la tierra que el fruto; pero no es tan preciosa la tierra como el fruto; aquella exige gemidos y trabajos, este otorga sustancia y vida. Con razón el Profeta se gloría de tal fruto, diciendo: Nuestra tierra dio su fruto (Sal 85,13). ¿Qué fruto? Aquel, sin duda, del que dice en otro lugar: Del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono (Sal 132,11).

El primer hombre, dice, de la tierra, terreno; el segundo hombre, del cielo, celestial (1 Cor 15,47). ¿Dónde están los que piensan que la concepción de la Virgen, el parto de la Virgen, ha de equipararse a los partos de las mujeres, siendo así que aquello es de la tierra, esto del cielo; esto es del poder divino, aquello de la debilidad humana; aquello es en un cuerpo de pasión, esto es todo en la tranquilidad del Espíritu divino, en el reposo del cuerpo humano? La sangre calló, la carne quedó atónita, los miembros se adormecieron, y todo el palacio de la Virgen quedó suspendido en una estancia celestial, hasta que el autor de la carne tomara la vestidura de la carne, y se hiciera hombre celestial, que no solo devolviera la tierra al hombre, sino que diera al hombre también el cielo. La Virgen concibe, la Virgen da a luz, la Virgen permanece. Por tanto, la carne es consciente del poder, no del dolor; ella que, al dar a luz,

recibe más bien aumentos de integridad, ignora los daños del pudor; se presenta más bien como testigo de su propio parto, ella que no soportó ninguna de las pasiones del parto; y la nueva madre se admira de haber asistido a misterios celestiales, entendiendo que el orden del que nace nada tiene de la costumbre humana. Si el mago reconoce con su don que Dios nació así, lo reconoce mientras adora, considerad qué debe sentir, qué debe creer el cristiano.

Pero oigamos lo que sigue. Cual el terreno, tales también los terrenos; y cual el celestial, tales también los celestiales (1 Cor 15,48). ¿Cómo podrán hallarse tales los que no nacieron así, no permaneciendo en lo que nacieron, sino perseverando en lo que renacieron? De ahí, hermanos, que el espíritu celestial fecunde el seno de la fuente virginal con la arcana mezcla de su luz; para que a los que el origen de una estirpe de limo había derramado terrenos bajo una mísera condición, los dé a luz celestiales, y los lleve a la semejanza de su autor.

Así pues, renacidos ya, reformados ya a imagen de nuestro Creador, cumplamos lo que manda el Apóstol. Por tanto, así como hemos llevado la imagen del terreno, llevemos también la imagen del celestial (1 Cor 15,49). Haya sido necesidad que, formados de tierra, no pudimos respirar lo celestial; que, nacidos de la concupiscencia, no fuimos capaces de evitar la concupiscencia; que, adquiridos por los halagos dominantes, fuimos obligados a soportar la torpeza de los halagos; que, recibidos en la morada de este mundo, fui-

mos cautivos de los males: renacidos ya a semejanza de nuestro Señor, como dijimos, nosotros a quienes ciertamente concibió una virgen, vivificó el espíritu, llevó el pudor, engendró la integridad, nutrió la inocencia, instruyó la santidad, ejercitó la virtud, adoptó Dios como hijos, llevemos toda la imagen de nuestro autor con toda semejanza: no en la majestad en que él solo es, sino en la inocencia, la sencillez, la mansedumbre, la paciencia, la humildad, la misericordia, la concordia, en que se dignó hacerse y ser común con nosotros. Cese el prurito pestífero de los vicios, sean vencidos los halagos mortales de los delitos; sea reprimido el furor execrable, origen de los crímenes; disípese de los sentidos toda la niebla de la pompa secular; arrójese de las mentes la ilusión de la codicia mundana; deséese la pobreza de Cristo, que posee en los cielos riquezas sempiternas; custódiese toda la santidad del alma y del cuerpo, para que no en grandeza, sino en el obrar, la imagen de nuestro Creador sea llevada y resplandezca en nosotros.

Afirma el Apóstol lo que dijimos, cuando dice: Esto digo, hermanos, que la carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios (1 Cor 15,50). He aquí cómo se predica la resurrección de la carne: porque allí la carne será poseída por el espíritu, no poseerá la carne al espíritu, como se ve claro por lo que sigue. Ni la corrupción poseerá la incorrupción. Ves que no perece la carne, sino la corrupción; no el hombre, sino la culpa; no la persona, sino el crimen; para que el hombre, viviendo en Dios y ante Dios, se alegre de haber

alcanzado por fin el término de los delitos. Sobre la resurrección hay que pronunciar un sermón propio, hermanos, porque no conviene hablar de pasada, y al final mismo de la palabra, de lo que nos traslada a los tiempos eternos y a la vida perpetua.

Sermón CXVIII.

Sobre la muerte y la resurrección de la carne

Puesto que toda la esperanza de la fe cristiana está puesta en la resurrección de los muertos, para que nadie se atreva a dudar de ella, os hemos hecho leer hoy la amplísima lectura del bienaventurado Pablo, que la afirma con autoridad, con hechos, con ejemplos, a la cual nuestro sermón no ha podido hallar qué añadir. Pero, como vuestra caridad exige siempre la servidumbre de nuestro oficio, ansiamos, con el ardor mismo de la resurrección, repetir estas mismas cosas, inculcar con más vehemencia estas mismas cosas. Hermanos, siempre agrada hablar de la resurrección, continuamente deleita oír de la resurrección, porque morir nunca agrada, vivir siempre deleita. Resuene, pues, siempre en nuestra boca la resurrección, siempre la resurrección se transmita al oído de nuestra mente, para que la muerte, que siempre asedia nuestros sentidos, con su terror, con sus lamentos, sea ahuyentada de nuestros sentidos.

Porque así el labrador canta las cosechas abundantes y los banquetes hartos, para no sentir el enorme trabajo del arado y el sudor. Así el marinero modula cantos de puertos y ganancias, para no temer las ruinas de las olas, los peligros

del mar. Así el soldado, para no temer las heridas, para no temblar ante las espadas, celebra a voces botines y triunfos. Por eso, con la mente, con la boca, con los ojos, contemple, cante, piense el cristiano la resurrección, para que pueda despreciar y pisotear todo el espanto de la muerte.

La muerte, hermanos, es señora de la desesperación, madre de la increencia, hermana de la corrupción, engendradora del infierno, cónyuge del diablo, reina de todos los males, que combate a todo el género humano con un orden tan insaciable que primero envía delante a su susurradora, la desesperación, que aconseja tales cosas: «Hombre, ¿por qué pierdes tu tiempo? He aquí que viene tu señora, la muerte, reduciendo tu alma a la nada, consumiendo tu carne con la podredumbre, tus huesos con la vejez, para hacer que tú, que no exististe antes de nacer, no existas después de la muerte. Paga, pues, tus deudas antes de la muerte, tú que pronto has de morir: a ti, a tus edades: da a los juegos la infancia, da a las delicias la adolescencia, da a los placeres la juventud, dame a mí la vejez, para que no pienses en vano en la esperanza, desesperado».

Después de ella envía a su hija, la increencia, que amenaza así: «Como si no hubieras de morir, como si hubieras de escapar a la muerte, ¿así dispones de la vida? Hombre, te engaña la fe, tú crees a la fe, que, para quitarte lo presente, promete lo futuro, y, para arrebatarte lo que hay antes de la muerte, promete no sé qué cosas invisibles después de la muerte. ¿Quién ha venido de allá, o qué sabio cree lo prometido durante tantos siglos

y no cumplido? ¡Oh, si comieras y bebieras! Come y bebe, porque mañana morirás (Is 22,13)».

A la tercera hermana de su maldad, la corrupción, la dirige con tal furor que invade, atrae, ocupa las miradas de los hombres, mostrando por los sepulcros las últimas cárceles, demuestra que los suyos yacen allí inmóvilmente encadenados; y, para turbar a los hombres, los sentidos del hombre, con todo horror, con todo pavor, derrama podredumbre, eructa pus, esparce hedores, y proclama que ha dado de sí innumerables verdugos, los gusanos, para un solo cuerpo de hombre. ¿Por qué no habían de creer los cristianos a la desesperación, por qué no a la increencia? Estas son las guerras de la muerte: con estos capitanes, con estos consejos, con tal combate cautiva, devasta, mata a todos los que la naturaleza trae a la vida presente; conduce a los reyes, arrastra a los pueblos, empuja a las naciones; nunca pudo ser rescatada con riquezas, doblegada con ruegos, ablandada con lágrimas, vencida con fuerzas.

Erraron, hermanos, los que intentaron escribir sobre el bien de la muerte. ¿Y qué tiene de extraño? Los sabios del mundo se tienen entonces por grandes e ilustres, si han persuadido a los sencillos de que lo que es el sumo mal es el sumo bien: con razón dice de ellos la Escritura: ¡Ay de los que dicen al bien mal, y al mal bien! ¡Ay de los que ponen las tinieblas por luz, y la luz por tinieblas! (Is 5,20) Y en verdad, ¿a quién no engañarían estos, a quién no pudieron cegar, ellos que lograron que los incautos creyeran que vivir es un mal, morir un bien? Pero estas cosas, hermanos,

la verdad las aparta, la luz las ahuyenta, la fe las combate, el Apóstol las tacha, Cristo las borra, él que, al devolver el bien de la vida, delata, condena, excluye el mal de la muerte.

Pues así comenzó el Apóstol: Os doy a conocer, hermanos, el Evangelio que os prediqué, que también recibisteis, en el cual también estáis firmes, por el cual también os salváis: en qué términos os lo prediqué, debéis retenerlo, a no ser que hayáis creído en vano (1 Cor 15,1-2). Pues os transmití en primer lugar lo que también recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día según las Escrituras (1 Cor 15,3-4). La largueza de Dios enriquece al que ha de vivir, no al que ha de morir. ¿O qué bien recibe, si no existirá él mismo que lo recibe? En el cual también estáis firmes. Está firme, ciertamente, el que vive siempre, porque el muerto yace siempre. En el cual también os salváis. Si alguno muere, perece; se salva, en cambio, el que vive siempre. En qué términos os lo prediqué, debéis retenerlo, a no ser que hayáis creído en vano. No solo, hermanos, creyó en vano, sino que también vivió en vano el que creyó haber nacido solo para esto, para perecer.

Hombre, ¿qué se levanta para ti que no se ponga? ¿Qué hay para ti que, habiéndose puesto, no vuelva a levantarse? El día se levanta por la mañana, y de nuevo resurge por la mañana; por la tarde es sepultado en la noche, y de nuevo resurge por la mañana. El sol nace cada día, muere cada día, resurge él mismo cada día; los tiempos, mientras pasan, perecen; mientras vuelven, revi-

ven. Por eso, hombre, si no crees a Dios, si no te aquietas en la ley, si no asientes a lo que oyes, cree al menos a tus ojos, o aquiétate en los elementos que continuamente te predican tu resurrección. Ciertamente, si son muy inferiores estas cosas que están en tus manos y que son levantadas de la muerte por tu obra, que te enseñen que tú puedes ser levantado por la obra de Dios.

Ve a la semilla, enseñándotelo el Apóstol (1 Cor 15,36-37); toma el trigo seco, sin sentido, sin movimiento; traza un surco, cava la tierra, haz un sepulcro, sepulta el trigo, mira cómo perece por la muerte, se hincha con la humedad, se corrompe con la podredumbre; y cuando ha llegado a todo aquello que la desesperación, que la increencia, que la descomposición te sugerían más arriba, entonces de repente revive en el germen, echa vello en la hierba, se rejuvenece en el tallo, madura en el fruto, y resurge a toda aquella misma apariencia y forma que tú llorabas perdida; para que el trigo, hombre, no tanto te enseñe a comer cuanto a saber, no tanto te obligue a trabajar cuanto a creer. Callemos lo demás, porque de dónde, y cuándo, y cómo, y por quién vino la muerte, lo declara el bienaventurado Apóstol con palabra llana y muy clara y divina. Hombre, recibe la fe, porque se da gratuitamente; cree la resurrección, porque quien la promete no pide precio.

Sermón CXIX.

Sobre la verdadera carrera por la corona de gloria. Sobre las palabras del mismo: «¿No sabéis que los que corren en el estadio», etc.

El bienaventurado apóstol Pablo nos exhorta a la corona de la gloria celestial no solo por la doctrina de la Ley, sino con el ejemplo de este mundo. Pues así dice, entre otras cosas, como ha oído vuestra dilección. ¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos corren, pero uno solo recibe el premio? (1 Cor 9,24); y añadió: Corred de tal modo que lo alcancéis.

Según el ejemplo terreno, muchos, ciertamente, como dice el Apóstol, corren en el estadio, pero uno solo recibe la corona, es decir, el que corre mejor; así también en el estadio de la vida presente muchos, ciertamente, corren, pero uno solo recibe la corona. Corren los judíos por la Ley, corren los filósofos por una sabiduría vana, corren también los herejes por un anuncio falso, corren los católicos por la verdadera predicación de la fe: pero de todos estos uno solo recibe la corona, es decir, el pueblo católico, que, emprendida la carrera de la fe, tiende a Cristo, para llegar a la palma y a la corona de la inmortalidad. Por eso los judíos, y los filósofos, y los herejes corren en vano, pues no caminan por la senda recta de la

fe. Pues ¿de qué aprovecha a los judíos correr por la observancia de la Ley, si no conocen a Cristo, señor de la Ley? Corren también los filósofos por la vana sabiduría del mundo, pero su carrera es superflua y vacía, pues no conocen la verdadera sabiduría de Cristo. Pues la verdadera sabiduría de Dios es Cristo, que no se adorna con palabras ni con un discurso brillante, sino que se conoce por la fe del corazón.

Corren también los herejes por la envenenada afirmación de su fe, corren por los ayunos, corren por la limosna, pero no pueden llegar a la corona, porque no corren; pues su falsa fe no merece recibir la gracia de la fe verdadera. Lo manifiesta el Apóstol en otro lugar, cuando dice: Y si distribuyere toda mi hacienda a los pobres, y si entregare mi cuerpo al fuego para que arda, pero no tengo caridad, de nada me aprovecha (1 Cor 13,3). Pues no tiene la caridad de Cristo quien no cree fielmente en Cristo. Y por eso añadió bien el Apóstol, diciendo: Corred de tal modo que lo alcancéis. Debemos, pues, correr con una carrera fiel, en la fe de Cristo, en los mandamientos de Dios, en las obras de justicia, para poder llegar a la corona de la vida eterna.

En efecto, cómo hemos de correr, lo muestra a continuación el mismo Apóstol, diciendo: Todo el que, dice, lucha en el certamen, se abstiene de todo; y ellos, ciertamente, para recibir una corona corruptible, nosotros, en cambio, una incorruptible (1 Cor 9,25). Mira con qué ejemplos nos invita el Apóstol a la corona de la inmortalidad prometida. En este certamen terreno, los que quieren

vencer se abstienen de ciertos alimentos, de la bebida excesiva, se abstienen de toda impureza, con tanta castidad que no buscan ni siquiera sus propios matrimonios; y no esperan poder vencer de otro modo sino guardando su cuerpo casto y pudoroso. ¿Y después de tan gran trabajo qué otra cosa reciben sino una corona pequeña, y corruptible, y ciertamente vil? Si, pues, por una corona corruptible algunos emprenden tan gran trabajo, ¿cuánto más debemos nosotros soportar todo trabajo, a quienes se promete el premio celestial y la corona de la gloria eterna?

Hemos, pues, de luchar en un combate no ligero: porque combatimos contra los espíritus de la maldad, contra el diablo y sus ángeles; combatimos contra la injusticia, contra la impiedad, contra la malicia, contra la impudicia, contra los diversos halagos de los pecados. Y si al combatir vencemos, recibimos tantas coronas cuantos vicios hayamos vencido. Grande es, pues, este certamen, en el que ofrecemos un espectáculo al Señor: pues somos mirados mientras combatimos por el Señor, somos mirados por sus ángeles; vencemos en la tierra, pero recibimos el premio de la virtud en los cielos. En efecto, los santos mártires, puestos en el certamen del combate, vencieron no solo los vicios de los pecados, sino la muerte misma, y recibieron los premios de la inmortalidad. En este certamen, primero nuestro Señor y Salvador combatió y venció, para mostrarnos un ejemplo de combate y de victoria.

Al tratar, pues, estas cosas con vosotros, echamos la semilla del buen combate en vuestros

corazones, hallando vuestros pechos como surcados por el arado de la justicia. Cultivad, pues, la palabra que sembramos en vosotros, para que pueda germinar lo que ha sido sembrado. Que Dios, con su visita, os infunda el rocío de su piedad; y dé crecimiento a nuestras semillas, para que, recogidas las gavillas de los méritos, podáis llegar al fruto del ciento por uno.

Sermón CXX.

Sobre evitar la figura del mundo, y tomar la forma del Salvador. Sobre las palabras del mismo: «No os conforméis a este mundo», etc.

Cristo manifestó hoy que los apóstoles son sal, diciendo: Vosotros sois la sal de la tierra (Mt 5,13). Que nadie, pues, lo lleve con impaciencia si molemos las palabras del bienaventurado Pablo como granos de sal divina, para que, adormecidos más profundamente, podamos sazonar la inteligencia del sentido. Pues los granos de sal enteros saltan, para que, adelgazados más finamente, desciendan ellos mismos a las médulas: así la palabra del Apóstol, leída en común, ofrece un sentido sencillo, presta una ciencia profunda, y se repite con lectura asidua para llegar a aquello que antes escudriñamos.

Hoy dice el bienaventurado Apóstol: No os conforméis a este mundo (Rom 12,2). ¿Piensas que el bienaventurado Pablo apóstol, al decir esto, se opone a que nos conformemos a las figuras de los elementos? ¿O a que seamos como los reyes de los persas, que, ora con una esfera puesta bajo sus pies, para que se crea que pisan el polo, usurpan mintiendo el lugar de Dios; ora con la cabeza radiada, para no ser hombres, se sientan en figura de sol; ora con cuernos puestos sobre sí,

como si les doliera ser varones, se afeminan en luna; ora toman como las formas variadas de los astros, para perder la figura del hombre y no adquirir nada de la claridad de lo alto? Pero aunque estas cosas desciendan de la vanidad del mundo, y para los sabios sean tan dignas de huir como de reír, sin embargo el Apóstol, cuando dice: No os conforméis a este mundo, corrige la vida del mundo, reprende sus costumbres, juzga su modo de vivir, castiga sus voluntades, condena la disolución, y aparta, ahuyenta, excluye de las mentes cristianas toda la pompa de las vanidades seculares.

Pero aquí solo recuerda brevemente lo que al principio de esta Epístola expuso más ampliamente, donde figura así la figura del mundo en sus vicios: Llenos de toda iniquidad, malicia, fornicación, avaricia, maldad; colmados de envidia, homicidios, contienda, engaño, malignidad; murmuradores, detractores, aborrecibles para Dios, insolentes, altivos, soberbios, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desordenados, sin afecto, sin misericordia; los cuales, habiendo conocido la justicia de Dios, no entendieron que los que hacen tales cosas son dignos de muerte: no solo los que las hacen, sino los que consienten a los que las hacen (Rom 1,29-32). Hermanos, habéis oído la forma del mundo, habéis aprendido su apariencia, habéis visto su figura: si es que es forma y no monstruo informe, donde por la confusión de los crímenes se ha borrado toda la faz de las cosas, donde por el connubio de los pecados se ha disuelto toda la

figura del mundo, donde por las enfermedades de los delitos ha sido quitada la imagen misma del Hacedor, donde el hombre está sepultado en los vicios, donde bullen las maldades de un cuerpo corrompido, donde el hombre es sepulcro del hombre, donde en el hombre no se ve al hombre, sino un cadáver.

El Apóstol, pues, nos prohíbe ser conformes a esta forma, y nos veda configurarnos a esta figura; no permite que seamos semejantes a esta semejanza, sino que nos reforma a la forma de Dios, nos llama de nuevo a la semejanza de Cristo, y la reduce toda a la imagen del Hacedor, diciendo: Sino reformaos en la novedad de vuestro sentido (Rom 12,2). Es decir, sed renovados en vuestros sentidos por Cristo, desechada la figura de este mundo; y, arrojada toda la deformidad de la imagen envejecida, reducid vuestra forma a la forma de vuestro Salvador: para que la novedad de vuestros sentidos resplandezca en vuestros actos, y el hombre celestial camine ya en la tierra con porte celestial. Y cómo compone la forma del hombre nuevo, que se manifieste ya.

Pues así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, y cada uno miembros los unos de los otros (Rom 12,4-5). Y teniendo dones diferentes según la gracia que nos ha sido dada (Rom 12,6). Obra, obra para que el cuerpo, que coloca en la acción celestial, en la vida de lo alto, en las costumbres de la santidad, se mantenga por el consenso y la trabazón de los

miembros: que ni el pie confunda el ministerio del ojo, ni el ojo el oficio del pie, con perversa hinchazón; sino que los miembros de la santidad estén contentos con los dones del dador, y crean que es de todos los miembros lo que haya hecho un solo miembro, porque no sabe disminuirse un miembro que es honrado entero en el cuerpo.

De ahí que el Apóstol pinte así los actos para los miembros, los miembros para los actos: Sea el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que da, con sencillez; el que preside, con solicitud; el que se compadece, con alegría (Rom 12,7-8). La caridad sin simulación; aborreciendo el mal, adhiriéndoos al bien; adelantándoos unos a otros en la honra; benignos unos con otros; no perezosos en la solicitud; fervientes en el espíritu; sirviendo al Señor; gozosos en la esperanza; pacientes en la tribulación; constantes en la oración; tomando parte en las memorias de los santos; practicando la hospitalidad: bendecid y no maldigáis; alegraos con los que se alegran, llorad con los que lloran; procurando el bien no solo delante de Dios, sino también delante de los hombres (Rom 12,9-17). No seáis prudentes ante vosotros mismos, no devolviendo a nadie mal por mal; si es posible, en cuanto depende de vosotros, teniendo paz con todos los hombres; no vengándoos vosotros mismos, sino dad lugar a la ira (Rom 12,16-19). Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; no te dejes vencer por el mal, sino vence en el bien al mal (Rom 12,20-21).

Más arriba, hermanos, el Apóstol descubrió los miembros de los vicios; ahora nos ha revelado los miembros de las virtudes; para que el cuerpo celestial, consolidado con tales miembros, robustecido con tales nervios, pueda fácilmente derribar las guerras del mundo, superar los combates del diablo. Y el que vive así, como enseñó el Apóstol, ¿no derriba al mundo? ¿No aplasta la carne? ¿No vence al diablo? ¿No se iguala a los ángeles? ¿No es mayor que el cielo? Claramente mayor que el cielo, porque el cielo no se mueve espontáneamente, no obra por voluntad, no hace nada por juicio, sino que sirve siempre por sola necesidad, porque una vez se le mandó servir; se guarda incontaminado no por sus fuerzas, no por su trabajo: por eso, aunque no esté sujeto a la pena, tampoco se halla en condición de premio. Pero el hombre, compuesto de terrena vileza, al vencer la mancha terrena, al quebrantar los aguijones de la sangre, al sobrepasar las pasiones de la carne, trasciende el cielo, vuela hasta la sede misma de la deidad: y así se hace mayor que el cielo, supera a los ángeles por los méritos, no por la naturaleza.

Lo prueba el apóstol Pablo, que, al vencer plenamente la tierra, entró en el cielo, y atravesó otro, y mereció llegar hasta el tercero (2 Cor 12,2). Y con justicia, pues debe ser el primero en subir a los cielos el que así, con la palabra y con el ejemplo, enseñó a los hombres a penetrar los cielos. Será, será mayor que el cielo el que haya vivido como enseñó Pablo; será más resplandeciente que el sol el que de tal modo brilla con los rayos de las virtudes por todo el orbe que no

se deja oscurecer por ninguna noche de vicios. Será, será este más luminoso que la luna, el que templa estas tinieblas no con una luz menguada, sino que ahuyenta toda la noche del mundo con el pleno fulgor de los méritos: ni, como la luna, siente las pérdidas diarias de la luz, sino que con la lámpara continua de las obras persiste en la claridad de la luz de lo alto; ni este, como aquella, es interrumpido por una oscuridad mensual, sino que permanecerá en la continua claridad de Dios. Y si aquella es grande porque mitiga la noche, ¿cuánto mayor es este, cuya vida no recibe nada de la noche? De las estrellas callo, porque cuantas estrellas tiene el cielo, tantas son las virtudes con que resplandecen los santos, diciendo el Señor: Vosotros sois la luz del mundo (Mt 5,14), brillad como lumbreras en el mundo (Flp 2,15). En suma, el cielo, el sol, la luna, las estrellas (diciéndolo Dios) pasarán (Mt 24,35), pero el justo permanecerá en la continua claridad de Dios.

Quisiera, hermanos, pronunciar sobre cada palabra del Apóstol un discurso propio; pero como una lectura frecuentada engendra hastío en el oyente, y nosotros no podemos callar por más tiempo los prodigios evangélicos, sea grato a vuestra caridad que hayamos cerrado la presente lectura con un sermón breve. Que nuestro Dios mismo se digne insinuar en vuestros santos sentidos tanto lo que dijimos como lo que callamos.

Sermón CXXI.

Sobre el rico y Lázaro

Habéis oído hoy, hermanos, el fin de la pobreza, y habéis conocido cuál es el término de las riquezas, pues dice el Señor: Un hombre era rico, y se vestía de púrpura y lino finísimo, y banqueteaba espléndidamente cada día (Lc 16,19). Y había un mendigo llamado Lázaro, lleno de llagas, que yacía a su puerta, deseando saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico, y nadie se las daba; pero también los perros venían y lamían sus llagas (Lc 16,20-21). Y sucedió que murió el pobre, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham (Lc 16,22). Pero el rico murió y fue sepultado en el infierno. Ved, hermanos, qué lamentable mudanza de las cosas: al pobre lo llevan los ángeles, al rico se lo traga el infierno. Ved, hermanos, la muerte del pobre ha vencido toda la vida del rico, y la sola elevación del pobre ha sobrepasado toda la pompa y la gloria del rico. ¿Por qué engaña así la sepultura a los ojos? ¿por qué miente así la pompa de las exequias? Aquí toda la ciudad sale a rendir homenaje al rico cuando se saca su cuerpo; el pobre va solo, al pobre lo lleva la compasión de dos porteadores, y no cuatro, como a un muerto, sino dos bajo una sola pértiga, como si los portadores fueran obli-

gados contra su voluntad a una carga que se ha de arrojar. Con razón se le asignan en seguida oficios angélicos, con razón homenajes divinos, a quien tan cruelmente se le negaron aun los últimos oficios de la humanidad. Delante del funeral del rico va una turba enlutada de siervos; delante del féretro del pobre va una multitud de ángeles que salmodian. En un túmulo de mármol y con vestidura esmerada yace encerrado el cuerpo del rico; la carne del pobre descansa en su limo natural, y en ese lecho de materia no conoce la mordedura de los gusanos: se adelantó a la podredumbre y al hedor.

Pero preguntemos, hermanos, qué culpa del rico, qué crimen, qué maldad lo entregó a los suplicios del infierno, y, antes del juicio, hizo que el registro de su condenación se cantase durante tantos siglos, refiriéndolo el juez mismo, pues dice el Señor: Un hombre era rico, y se vestía de púrpura y lino finísimo, y banqueteaba espléndidamente cada día. Y había un mendigo llamado Lázaro, que yacía a la puerta del rico, y deseaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico. ¿Acaso las riquezas son criminales solo por sí mismas? ¿o son los vestidos, solos y por sí mismos, dignos de condenación ante Dios? ¿y son los banquetes por sí mismos tan dignos de castigo que no solo carezcan del premio de los buenos, sino que soporten y merezcan la perdición de todos los malos? ¿O es la mendicidad por sí misma tan aprobada y santificada, son las llagas tan sagradas, que son arrebatadas por manos de ángeles al regazo del santo Abraham? Y es de

admirar, hermanos, que Abraham, rico en otro tiempo, desprecie a este rico, como dice la Escritura: Abraham era muy rico (Gn 13,2); y al que tuvo por igual en los bienes presentes, ahora lo reprueba y consiente que esté en el castigo, sobre todo cuando la palabra divina no ha revelado ni los bienes de este pobre ni los males de aquel rico. ¿Por qué, pues, Abraham ahora busca al pobre, y rehúye y rechaza al rico? ¿O cómo es que las riquezas mantuvieron inocente a este Abraham, y las riquezas hicieron criminal a este; a aquel lo promovieron al descanso de todos los bienaventurados, y a este lo destinaron a la sima de todos los males?

Pero para que el sermón propuesto no fatigue largo tiempo vuestro ánimo ni tenga en suspenso vuestro oído, debemos apresurar la solución de esta cuestión. Abraham, hermanos, fue rico no para sí, sino para el pobre, y anheló no tener riquezas, sino repartirlas: cada vez más se esforzó por guardar sus recursos en el seno del pobre antes que en los graneros, como lo enseña cumplidamente todo el curso de su vida. Pues él mismo vivió siempre afanado como peregrino, y así, para que el peregrino no se sintiera peregrino: morando él bajo una tienda, no consintió que el forastero quedara sin techo; y, huésped él mismo, siempre acogió al huésped; desterrado de su patria, sin conocer domicilio, él fue a la vez señor de todos y su patria; sabiendo que no había sido puesto como acaparador, sino como dispensador de la largueza divina, para vengar a los oprimidos, liberar a los cautivos, arrancar a los que ya

estaban a punto de morir, se entrega él mismo a la muerte, nuevo guerrero, él, en quien la piedad para con el otro fue más querida que su propia vida. Abraham, recibido el huésped, permaneció de pie junto a él, no se sentó; y no fue comensal del huésped, sino su servidor. Abraham, al ver al peregrino, no supo que era señor; él mismo portador de la comida, solícito, destinó a la cocina a su mujer, bien delicada como era: y el que se confía a sí mismo y todas sus cosas a sus criados y se los encomienda, apenas se atreve a encomendar el huésped a su cónyuge, por muy probada que fuera.

¿Y qué más, hermanos? En efecto, su humanidad, tan santa, estuvo siempre preparada por manos santas, de tal modo que invitó a Dios mismo a su casa y lo obligó a hospedarse. Vino a Abraham, vino al descanso de los pobres, vino al refugio de los huéspedes, aquel que en el futuro reconocerá haber sido recibido en el huésped y en el pobre, cuando diga: Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui huésped, y me acogisteis (Mt 25,35).

Y sucedió que murió el pobre, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. No sin razón, hermanos, acogió entonces a todos los santos en su descanso, y en la misma bienaventuranza celestial desempeña el oficio de dispensador: porque, como aquí acogió siempre a peregrinos y pobres, mereció recibir a Dios mismo con los ángeles, ver como huésped bajo su tienda a aquel a quien siempre tuvo por dador. Y en verdad, hermanos, se tuvo por poco dichoso si en la misma gloria

de lo alto cesaba del piadoso oficio de la hospitalidad, y gozaba únicamente de los dones divinos, él, que aquí se tuvo por cruel si negaba a alguien los bienes humanos. Abraham, hermanos, sale siempre de lejos al encuentro de los que vienen, llama con ruegos incluso a los que pasan, obliga con gran súplica a los que no quieren a sentarse a su mesa, pone siempre ante sus huéspedes lo primero y lo cebado de sus rebaños, ofrece siempre panes calientes hechos por sus manos y las de su cónyuge, que su incesante humanidad no permitía en modo alguno que fueran fríos y del día anterior.

Pero este otro rico, o más bien cautivo de las riquezas, siervo de sus bienes y encadenado a sus mismos caudales, tan solo innoble sepulcro de la pompa, en quien se habían apagado del todo la vista y el oído de la piedad, desprecia no ya a una persona, no ya a un pobre, sino a la misericordia misma, mientras Lázaro yacía así a su puerta. Con púrpura, con lino finísimo, con vestidos delicados, con banquetes halagüeños alimentaba el alma cruel sus entrañas de hierro: y Dios, ávido buscador de la salvación humana, deseando ablandarlo, arrojó a su puerta no tanto a Lázaro como la fragua misma de la piedad; dije fragua, por las entrañas de hierro. Así pues, el mendigo Lázaro es puesto ante aquellos ojos impíos, acercado a ellos, y para que el rico pueda dar, se acrecienta más y más el caudal del rico; pero el rico, más duro que el diamante, todo lo que Dios aportaba al caudal del rico para el sustento del

pobre, o lo derrochaba torpemente, o lo guardaba cruelmente.

Además Dios: para que no callara, para que clamara, para que amonestara al rico, para que el pobre en ayunas mostrara que solo buscaba pan, para que moviera el ánimo del que abundaba a dar al menos lo mínimo, se acrecienta el hambre del pobre. Deseaba, dice, saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico. Pero el rico, ahíto de platos variados, eructaba su indigestión hasta el cielo, para no oír la voz del pobre que yacía en tierra y en tal estado. Y otra vez Dios, como para unos oídos endurecidos nada era la voz de una sola boca que clamaba, para abrir el corazón del rico abre con heridas todo el cuerpo del pobre, para que, al amonestar al rico, tuviera el pobre tantas bocas como heridas. Se deshacen sus entrañas, brotan las llagas, se ensancha la abertura de las heridas, se derrama la podre, y toda la carne del pobre se dispone como escena de la piedad: para que a quien no había movido la voz del hambriento, lo conmovieran al menos los suspiros, o los dolores, los gemidos y todo el cúmulo de desdichas; pero el rico, con ojo soberbio, con corazón insaciable, desdeña oír, ver y sentir todo esto.

Aún busca Dios cómo puede el rico desatarse de su obstinación. Desata al pobre las manos de sus miembros, para que ni siquiera pudiera ahuyentar a los perros del rico, a los que había de alimentar con sus heridas para herida del rico: y de un modo nuevo, hermanos, se trastoca el orden de la humanidad; la mendicidad se hace humana, para que la codicia se descubra inhuma-

na. El rico no alimenta al pobre ni con las migajas que caen de la mesa, y Lázaro el pobre, porque no tenía otra cosa, se mostró humano con los perros aun con sus propias carnes. Rico miserable, si no diste pan, ¿por qué no quisiste al menos ahuyentar a los perros? Pero tus perros son más mansos que tú, o más bien tú eres más cruel que tus perros: pues mientras tú te ensañas, ellos perdonan, sacando no los dientes para morder, sino las lenguas en servicio, de modo que, a manera de esponja, no lastiman las heridas, sino que las limpian. Rico, en tus perros la piedad venció al hambre: en ti la hartura no conquistó la piedad. Pues que los perros se cuidaron de hacer esto con empeño, lo prueba la experiencia misma, que está siempre ante los ojos. Pues los perros siempre curan sus heridas lamiéndolas: los perros curan al pobre por enseñanza de la naturaleza, y el hombre descuida al hombre, mientras la naturaleza misma lo acusa gravemente. Es verdad, es verdad, que el rico no puede dar ni migajas, porque el avaro siempre está necesitado. Hay que diferir el sermón, hermanos, porque hemos agotado el tiempo de hablar, y siguen los pasajes de la lectura que más que nada debemos exponer.

Sermón CXXII.

Sobre lo mismo

Nuestro sermón de hoy, hermanos, debería referir, en cuanto alcanza, las virtudes de san Andrés: pero como dijimos que devolveríamos lo que queda sobre aquel rico y sobre Lázaro, el pobre del Evangelio, y como al bienaventurado Andrés le basta y le sobra para su gloria la prerrogativa de su apostolado y de su martirio, si os place, paguemos lo que prometimos, lo que debemos, devolviéndolo el Señor mismo. Pues, sabiendo que el cansancio siempre engendra hastío tanto en quien habla como en quien escucha, en la exposición anterior diferimos la mayor parte de la lectura propuesta, para que, repuestas las fuerzas de los ánimos, recibiéramos lo que sigue de la palabra saludable con todo vigor y con el oído debido.

Pues tras lo que dijimos, sigue esto. Y alzando los ojos, estando en los tormentos, vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno (Lc 16,23). Y alzando sus ojos. Tarde alza el rico sus ojos, que siempre tuvo bajos hacia la tierra. Rico, los ojos que alzas son ellos mismos tus acusadores; los ojos que alzas no aplacan al juez, sino que lo inflaman; no traen perdón, sino culpabilidad; y exigen un cúmulo de penas, no consuelo. ¿Adón-

de alzas los ojos? ¿por qué clamas todavía, rico? ¿adónde miras, rico? Allí está Lázaro, allí está el delator de tu impiedad, el testigo de tu crimen, el que prueba tu crueldad.

Y clamó, dice, Padre Abraham, ten misericordia de mí (Lc 16,24). Ahora reconoces a un padre, y ahora no sabes que él es padre para ti, a quien así despreciaste como padre en Lázaro: ahora te sale al encuentro el justo, que entonces, para ser bondadoso contigo, consintió que Lázaro fuera atormentado largo tiempo. Infeliz aquel a quien así acusa su mismo origen, a quien así condena el mismo autor de la luz; infeliz aquel a quien en el juicio, por la magnitud de su crimen, no pudo compadecer el progenitor, ni perdonar el padre, ni socorrer el afecto. ¿Por qué clamas todavía, rico? Todavía rico, pero en crimen, no en caudal; no en hacienda, sino en culpabilidad. ¿Por qué clamas? ¿qué pides? En este lugar ya no se tramita una petición, sino un pleito, donde enfrente está el mismo que padeció: pero el lugar de los litigantes es distinto: este litiga de cerca, aquel de lejos; este sugiere desde el seno, clama aquel desde el Tártaro; suplica aquel desde el descanso, se queja este desde la pena.

Pero ¿qué dice el rico?: Padre Abraham, ten misericordia de mí. Bien dirías, si Lázaro, sentado en el seno, no ocupara el pecho mismo del juez; bien dirías, si Lázaro no poseyera todos los secretos del justísimo juez instructor. En vano ruega al juez aquel a quien así acusa un confesor inocente; y en vano cree que el juez puede socorrerle, cuando

por boca del juez pronuncia sentencia el mismo que soportó tanto.

Ten misericordia de mí, y envía a Lázaro. ¿Todavía eres tan cruel con Lázaro? Envía a Lázaro. ¿Adónde? Al infierno desde el regazo, desde el trono sublime al abismo más profundo, al rechinar de los tormentos desde la santa quietud, desde tan gran silencio de los bienaventurados. Y envía a Lázaro. Según veo, lo que hace el rico no es de dolor nuevo, sino de rencor antiguo, y le abrasa más el cielo que la gehena. Es un mal grave, es un incendio insoportable para ellos ver felices a los que en otro tiempo tuvieron en desprecio. Todavía no abandona la malicia al rico, a quien ya posee la pena, que no pide ser llevado a Lázaro, sino que quiere que Lázaro sea traído hacia él. Al lecho de tu tormento, rico, el bondadoso Abraham no puede enviar a Lázaro, a quien tú no te dignaste admitir a tu mesa. Ya se os han trocado los papeles: tú ves la gloria de aquel cuyo suplicio así despreciaste; él ve tus tormentos, él, que entonces te admiraba en tu gloria.

Pero veamos, hermanos, por qué se lamenta así para que le envíen a Lázaro. Envía a Lázaro para que moje en agua la punta de su dedo y refresque mi lengua. Te equivocas, rico: esta llama no es tanto de la lengua como de la mente, no tanto de la lengua como del corazón; y este es todavía el ardor de la conciencia, no aquel incendio último que te queda y te espera. Pues si ya te rodeara todo el fuego del juicio final, y ya te tuviera la sentencia de aquella condenación sin esperanza, nunca alzarías los ojos, nunca te atreverías a

hablar con el padre, nunca a rogar por ti, nunca a interceder por tus hermanos. Ciertamente, si ya te posee todo el fuego del infierno, si te abraza la llama de la gehena, ¿por qué deseas alivio solo para los ardores de la lengua? A no ser que, mientras tu pecho jadea con la llama de su crimen y de su culpabilidad, la lengua se quema más, arde, se abrasa, la que insultó al pobre, la que negó la misericordia: ella se adelanta al juicio, ella gusta antes y padece los tormentos, ella es la primera de todo el cuerpo en sentir el ardor, ella que, cuando gustaba aquí la primera los variados manjares de las delicias y las copas perfumadas, no quiso mandar la piedad, no ordenó que se hiciera misericordia, y aun la denigraba cuando otros la hacían. Él es el que se vestía de púrpura y lino finísimo. ¿Qué es esto, rico? ¿no te defiende del calor el lino finísimo? ¿no resiste la púrpura al infierno? Estas cosas se quedaron; estas cosas te abandonaron, y tú mismo ahora sudas desnudo, te abrasas, tú que en otro tiempo te burlabas de los calores, vestido de una desnudez artificiosa.

Y envía a Lázaro para que moje en agua la punta de su dedo y refresque mi lengua. ¿Qué es esto, rico? ¿dónde están los torrentes de tus lagares? ¿dónde están los graneros ensanchados para el hambre del pobre no menos por la codicia que por la abundancia? ¿dónde están los vinos guardados para la penuria del pobre con los años y con el olvido mismo del tiempo? ¿dónde están las efusiones, los derrames, los ríos de tus servicios? Todo esto pereció para ti, no para tu crimen, tú que tienes sed de una gota de la punta de un

dedo, que, si se la hubieras dado aunque fuera sola al pobre, no tendrías sed. Una gota te hizo despiadado, y una migaja inhumano, cosas en las que se cifran todo el sustento y la vida del pobre. Quisiera saber, rico, si, puesto en la pena, te perdonas siquiera a ti mismo, porque no habrías llegado a estos males si entonces hubieras dado una migaja de tan grandes graneros, una gota de tan grandes lagares. Poco es lo que la carne necesita, lo que la naturaleza exige, lo que basta para la vida; la avaricia es la causa de que el hombre acumule cosas grandes y muchas, no para sí, sino para otros, para su propio tormento, presente sin duda, o venidero.

Pero dices, rico: «Aunque negué el vino, pido agua, que el mismo autor de todas las cosas y la naturaleza dieron como común a todos los vivientes». Creo, rico, que también negaste el agua al pobre, al que opusiste muchísimos perros para que no entrara por tu puerta, para que no llegara a tu pozo. Pero ¿qué es lo que dices? Envía a Lázaro para que moje en agua la punta de su dedo, ¿y no para que traiga agua? luego el agua está cerca: y si está cerca, ¿por qué no la tomas de cerca? ¿por qué? porque tus manos están atadas, con razón, rico, porque, desatadas por la invalidez las manos de Lázaro, desdeñaste socorrer. Debe el hombre, debe repartir sus miembros con los débiles: y Job, como no los daba, sino que los devolvía, decía así: Yo fui ojo de los ciegos, y pie de los cojos; yo era padre de los inválidos (Job 29,15-16). Hombre, si no tienes una moneda, da tu mano al pobre, porque hace mayor misericordia el que lleva de la

mano a su mesa al pobre débil. Se dio a sí mismo al pobre el que se adaptó al servicio del pobre, se adaptó a la servidumbre del pobre. De nuevo, hermanos, dejemos para otro día la plenitud de la palabra presente, para exponer en una tercera audición qué sentencia recibió el rico del beatísimo Abraham.

Sermón CXXIII.

Sobre lo mismo

Es propio del deudor desvergonzado o diferir lo prestado o negar lo prometido; del honrado, pagar lo uno y lo otro sin demora y en seguida. Prometimos que devolveríamos todo lo que queda sobre aquel rico, que, aunque se mostró despiadado con Lázaro, resultó más feroz y cruel consigo mismo. Hasta aquí, tanto el santo evangelista como nuestro sermón, en cuanto pudo, han declarado lo que el rico dijo a Abraham. Se dijo: Y alzando sus ojos, estando en los tormentos, vio de lejos a Abraham, y clamando dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje en agua la punta de su dedo y refresque mi lengua, porque soy atormentado en esta llama (Lc 16,23-24).

A él respondió ahora Abraham: Hijo, recobraste bienes en tu vida (Lc 16,25). ¡Oh admirable piedad! todavía llama hijo a quien así ve degenerado por su propia crueldad. ¡Oh singular bondad! todavía llama hijo a quien vio esclavo nacido en la casa del infierno, prole de las penas, ya el último bien mueble de la gehena. Pero lo llama hijo para que la impiedad del hijo se descubra más y más, cuando aun con alguien así persevera la piedad de la palabra paterna. «Tú me llamas padre, yo

te llamo hijo para que te duelas gravemente de haber perdido lo que naciste. Todavía te llamo hijo para que te duelas más amargamente de haber perdido lo que la gracia y la naturaleza te habían dado; porque no haber tenido no es de tanto dolor cuanto es de tristeza haber perdido lo que se tenía. Te llamo hijo para que entiendas que lo que padeces es del juicio, no del furor: te llamo hijo para que en mí permanezca mi paciencia, y en ti tu pena».

Pero este, hermanos, entiende que no es hijo, él, que reconoce y sopesa que es por su propio mérito que perdió lo que por naturaleza tenía de tan bondadoso padre. Él, que entonces sin duda habría respondido a su linaje, si hubiera sido bondadoso, si hospitalario, si misericordioso, si hubiera sido humano con el pobre. Quien no hace las obras de su progenitor niega su linaje, como enseña el Señor: Si fuerais hijos de Abraham, haríais las obras de Abraham (Jn 8,39). Prueba la fidelidad a su linaje el que se presenta como defensor de la obra paterna. Pero ¿qué dice Abraham? Hijo, recobraste bienes en tu vida. Si el crimen de este rico es solo este, que recobró bienes, ¿cuán reo es el que se apodera de lo que no se le debe? Si tan criminal es el que encierra lo suyo, el que no reparte lo recibido, ¿cuán digno de pena es el que se echa sobre lo suyo e invade lo ajeno?

Hermanos, demos lo nuestro, si es que es nuestro; demos al menos lo que creemos nuestro; evitemos lo ajeno, apartémonos de lo extraño; y ciertamente, si a alguien le quitamos algo, devol-

vámoslo con toda presteza: no sea que, dejándolo todo aquí, allí pobres de caudal, ricos de crimen, seamos llevados junto a este rico. Aprenda, sin embargo, el rico que recobró los bienes, no que los recibió. Veis, hermanos, que por la palabra del santo Abraham se delata el ánimo de este rico, se acusa su sentido, se castiga su entendimiento, pues creyó que todo lo que poseyó por largueza del Señor no le había sido dado, sino devuelto. Entended con qué sentido anduvo, con qué corazón caminó, quien creyó que Dios era su deudor, y, rico para su mal, hizo a su Señor sujeto a sus intereses: ignorando que el Señor, aunque anduvo pobre en la tierra, subió sin embargo rico al cielo. Y él dio, no recibió en préstamo, el que dio a uno cinco talentos, a otro dos, a otro uno; por eso promete que exigirá el interés, no que lo pagará, cuando dice al siervo: Siervo malo y perezoso, debías haber dado mi dinero a los banqueros, y yo habría venido y lo habría exigido sin duda con intereses (Mt 25,26-27). Pero este rico es tanto más impío porque no fue piadoso con el otro: pues, aunque recobró bienes, recobró, indigno, bienes no por bienes, sino por males.

Pero pasemos a Lázaro, y preguntemos qué es lo que dice: Y Lázaro igualmente recobró males. Y bástele esto para el mérito, sóbrele para la gloria, si no hizo bienes, sino que recobró males. Bienaventurado es sin duda, hermanos, el que cree fielmente que de Dios recibe los bienes y recobra los males. Bienaventurado el que siempre paga a Dios sus deudas: y ciertamente, si no puede, pida al menos con toda humildad que se le per-

donen las deudas, como enseña el Señor mismo: Decid: Perdónanos nuestras deudas (Mt 6,12). Bienaventurado el que paga a Dios las deudas aun cuando no entiende haberlas contraído, como enseña más hondamente el Profeta cuando dice: Lo que no robé, entonces lo pagaba (Sal 69,5). Bienaventurado el que ante Dios siempre se acusa para excusarse, pues así amonesta la Escritura: El justo es acusador al comienzo de su discurso (Prov 18,17). Y si es justo, ¿por qué se acusa el justo? porque no será justificado en tu presencia ningún viviente (Sal 143,2). Delante del hombre puede quizá el hombre gloriarse de su justicia, de su inocencia, de su mérito; delante de Dios no hay hombre que se jacte de su inocencia, que se gloríe de su propia justicia. De aquí que aquel fariseo, como no ora, sino que cuenta sus obras justas, las pone en cuenta, las eructa, se retira injusto y peor que el publicano (Lc 18,11-14).

Pero vayamos a lo restante. Pero ahora este es consolado, dice, y tú eres atormentado. Ved, hermanos, entended, hermanos, por lo que se ha dicho, que a justos e injustos, aunque había distinción de lugares, los contenía todavía una sola región del infierno; y aunque los separaba ya un gran abismo, no los separaba todavía la morada celestial; y aunque los dividía una triste hendidura, todavía no los dividía la altura de arriba asignada a los ángeles. Una espada flamígera (como refiere el legislador) giraba a la puerta del paraíso, para que no quedara abierto allí acceso al hombre (Gn 3,24): con puertas de bronce y cerrojos de hierro estaban atrancadas las puertas de

los infiernos, para que las almas que allí habían sido arrojadas desde lo alto no tuvieran salida alguna.

Pues también el documento de deuda del padre, que destinaba a cada uno a la muerte, estaba escrito con el estilo de la culpa y con la tinta de la culpabilidad misma, y para daño de la descendencia corría el largo interés de los tiempos. Ni había nadie capaz de entrar en el paraíso, de extinguir la llama puesta por Dios, o de abrir las puertas del infierno atrancadas desde el cielo, o de saldar el documento de deuda que por mandato de Dios se guardaba encerrado en el arca de la Ley. De aquí que vino el Señor mismo, el que había desterrado al primer hombre, es decir, al siervo contumaz; el Señor mismo, que había cerrado el paraíso, que había cerrado el infierno, descendió con toda su potestad a la tierra y a los infiernos, para extinguir lo encendido, abrir en seguida lo cerrado, abolir la fechoría del primer hombre plasmado. De aquí que lleva el ariete de su cruz para asaltar el infierno, para quebrar y romper las mismas puertas del Tártaro, guarnecidas de bronce y de hierro. De su costado derrama agua, para templar el camino del paraíso; para extinguir el fuego del infierno del lado de los santos, para borrar todo el documento de deuda, y saldar el antiguo, y para remitir él mismo padeciendo lo que él mismo había introducido al imponerlo.

Reconoced, hermanos, alegraos, hermanos, de que tras el triunfo de Cristo quedó disuelta la custodia de los santos, y de que nada más se debe al infierno respecto de los santos: pues Cristo pe-

netró hasta los infiernos para liberar a los justos, no a los injustos. Entendamos, hermanos, cuánto nos aprovechó Cristo; o más bien, cómo sin Cristo en nada había salvación, puesto que, además de esta disolución de los cuerpos, también las almas de los santos estaban retenidas, atadas, en los infiernos. Bienaventurado, pues, Lázaro, que lo debió todo a Dios, para no deber nada al crimen. Bienaventurado, porque aquí recobró tantos males, para poseer allí todos los bienes.

Y añadió Abraham, diciendo: Nadie puede pasar de aquí a vosotros, ni atravesar de allá hasta aquí (Lc 16,26). Aterra, hermanos, aterra en extremo oír esta palabra, que muestra que después de la muerte los que una vez fueron destinados a la custodia penal en los infiernos no pueden ser trasladados al descanso de los santos, a no ser que, redimidos ya por la gracia de Cristo, sean librados de esta desesperación por la intercesión de la santa Iglesia; de modo que lo que la sentencia niega, la Iglesia lo merezca, la gracia lo conceda.

Sin embargo, aquí el rico todavía ruega, y dice: Padre Abraham. Todavía lo llama padre, el que por sus méritos perdió así padre y patria. Padre Abraham. Aquí el miserable miente aun en la pena. Padre Abraham, envíalo a la casa de mi padre (Lc 16,27). Si de veras llama padre a este, ¿la casa de qué otro padre pide entonces? a no ser que acaso crea tener por padre en la ausencia a aquel a quien en la presencia ve que ha perdido de tal modo: y así cree que la casa de aquel padre se le

guarda por favor de aquel cuyo seno ve que allí se le niega, ve que se le rehúsa el descanso.

Padre Abraham, envíalo. ¿A quién? A Lázaro, por supuesto. ¿Adónde? A la casa de mi padre. Ahora, y tarde, el rico, no misericordioso sino digno de lástima, invita a Lázaro a la casa de su padre, a quien en todo aquel tiempo, echado a sus puertas por la compasión de su hacienda, no acogió; y bajo apariencia de piedad quiere que Lázaro vuelva a las antiguas heridas, a los gemidos pasados, a quien con su primera petición no pudo hacer bajar a sus tormentos. Antes dijo: Envía a mí. Ahora dice: Envía a mis hermanos. Siente dolor; obra el infeliz para no ver feliz a quien en otro tiempo había tenido por infeliz: Envía a mis hermanos. ¿Adónde? A la casa de mi padre. ¿Para qué? Porque tengo cinco hermanos, dice, para que les dé testimonio, no sea que también ellos vengan a este lugar de tormentos (Lc 16,28). ¿Con quién es piadoso el que tan impío es consigo mismo? Desvergonzadamente presume obtener para otros la penitencia, el que tan cruelmente no se procuró a sí mismo nada para el perdón.

Envía a Lázaro a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos. ¿Y piensas que Lázaro bastará para tus cinco hermanos, él, que contigo, en tanto tiempo, con tantas heridas, clamando con todo su cuerpo, no logró nada? Con razón le respondió Abraham: Tienen a Moisés y a los profetas; que los oigan (Lc 16,29). Deja que Lázaro descanse tras tantos trabajos, y tú llora tus penas, que sufres por tu mérito. Pero Dios, no por consejo tuyo, sino por don suyo, proveyó hace tiempo a

la salvación de tus hermanos y de todos: dio la Ley por Moisés, concedió la profecía por Elías; que los oigan, pues, para que no sientan tus tormentos.

Respondió el rico: No, padre Abraham, pero si alguno resucita de entre los muertos, le creerán (Lc 16,30). Le respondió Abraham: Si no creen a Moisés y a Elías, tampoco creerán aunque alguno resucite de entre los muertos (Lc 16,31). Nada hay tan verdadero, hermanos: quien no quiso creer a Cristo cuando hablaba desde el cielo por la Ley, cuando venía del cielo, ya no merecerá creerle cuando vuelve de los infiernos. Cristo mismo, hermanos, nuestro Dios y Señor, habló a Moisés desde el cielo, él mismo habló en la tierra en un cuerpo terreno, él mismo volvió de los infiernos con un cuerpo terreno: y, sin embargo, cuando refería qué bienes hay en los cielos, qué males hay en los infiernos, los hermanos de aquel rico, que se entienden en los pueblos judíos, no quisieron creerle con toda obstinación.

Pero, hermanos, como el tiempo nos impide ahora decir quién es el rico, o quién Lázaro el pobre, y quiénes son los cinco hermanos del rico, y no permite abrir qué inteligencia espiritual se esconde en esta historia, enseñados por Cristo sobre lo que aguarda a los justos junto a él, lo que espera a los injustos en los infiernos, obremos, corramos, con la palabra, con la obra, con la misericordia, para que podamos alcanzar los bienes de arriba y, aterrados, evitar y apartarnos de los males.

Sermón CXXIV.

Sobre lo mismo

Cuantas veces Dios nos pone delante un rico vestido de púrpura, cuantas veces se nos presenta un pobre llagado, tantas se nos despliega un skamma de la misericordia, tantas se nos abre un estadio de la piedad; para que desde el espectáculo celestial podamos considerar en cuán breve tiempo el pobre, por pobre que sea, llega a la palma, y el rico a la ruina. Un hombre, dice, era rico, y se vestía de púrpura y lino finísimo, y banqueteaba espléndidamente cada día (Lc 16,19). Y había un mendigo llamado Lázaro, que yacía a su puerta, deseando saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico (Lc 16,20-21). Se vestía el rico de púrpura, el pobre de cardenales; el rico de lino finísimo, el pobre de inmundicia; de oro el rico, el pobre de hedor; el rico se recostaba en un lecho de plumas, yacía el pobre sobre la tierra durísima; el rico eructaba banquetes, el pobre jadeaba podre; derramaba el rico vinos, el pobre lágrimas; el rico, harto, arrojaba panes, el pobre hambriento no tenía migajas; el rico alimentaba con sus manjares a los que ladraban al pobre, el pobre saciaba con sus heridas a los perros del rico.

Y, por no decir mucho, leemos que al rico le vinieron todos los bienes, al pobre todos los males;

y sin embargo, ni las adversidades quebrantaron al pobre, ni todas las prosperidades aprovecharon al rico: antes bien, la pobreza llevó al pobre a la filosofía, el dolor a la virtud, el desprecio a la paciencia, la necesidad a la voluntad, el hambre al ayuno, la sed al aguante, la muerte a la vida, la pena al premio, la tierra al cielo, la indigencia al reino; y así la púrpura elevó al rico a la soberbia, el lino finísimo al lujo, la copia a la inhumanidad, la abundancia a la impiedad, los ungüentos a la languidez, el esplendor a la ceguera, la altura a la ruina. Así pues, ni la prosperidad levanta a los flojos, ni la adversidad postra a los fuertes: porque no son las riquezas ni las pobrezas, sino el ánimo el que o conduce a los agradecidos al premio, o arrastra a los ingratos a la pena.

A la puerta del rico se pone al pobre lleno de llagas: y esto no sucede por azar humano, sucede por juicio divino, para que el combate del rico y del pobre se diera en la tierra, y el espectáculo permaneciera en el cielo. El rico estaba en pie revestido todo de las armas de las riquezas; y frente a él el pobre yacía vestido de su sola carne, a no ser acaso que su coraza fuera la única herida de todo su cuerpo. El rico se entretenía entre coros de siervos; el pobre, despojado de la piel, era acosado por los aguijones de los dolores. Lanzaba el rico los dardos de la impiedad, Lázaro oponía el escudo de la miseración; el rico blandía su crueldad para herir al pobre; la fortaleza del pobre frustraba el alma culpable del rico, porque, al desertar de él el cuerpo, se pasó todo al alma, y, pisoteada la carne, subió todo al espíritu, escudero de lo alto,

para que la crueldad del rico no encontrara dónde poder herir.

Pues para esto había obrado Dios que el rico estuviera siempre ante los ojos del pobre, y el pobre ante los del rico, para que ambos se prestaran mutuamente la curación de su diversa dolencia. Estaba enfermo el pobre en el cuerpo, en la mente el rico. De aquí que se difería la curación del pobre, para que el rico tomara de la herida medicina, del gemido compunción, de las lágrimas penitencia, de la paciencia ejemplo, del hambre misericordia, de la sed sentimiento; en suma, de la compasión terrena el consorcio celestial: sin duda para que el rico, sostenido por tantos bienes, fuera agradecido a Dios, cuando el pobre permanecía agradecido a Dios en todos los males, viéndolo el rico. Con razón, pues, era llevado por los ángeles el que yacía; el que lloraba era consolado en el regazo de Abraham; y vive para Dios siempre el que no supo ni vivir para sí en el mundo.

Sucedió, dice, que murió el pobre, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham (Lc 16,22). Pero murió el rico, y fue sepultado en el infierno. El miserable recibió la sepultura del alma antes que la del cuerpo, y no fue entregado al descanso del cuerpo antes que al sepulcro de la pena; para vivir siempre para la pena, puesto que una vez murió para la vida.

Y fue sepultado en el infierno: y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno (Lc 16,23). ¡Qué mudanza de las cosas! ¡adónde bajó el rico! ¡adónde subió el pobre! Allí mira hacia arriba al

que aquí había mirado con desprecio hacia abajo; y desde el infierno ve en el seno de Abraham al que, cuando yacía ante él, no veía desde su soberbio lecho. Padre Abraham, ten misericordia de mí (Lc 16,24). Neciamente pide al padre la misericordia que había negado al hermano. Ten misericordia de mí. ¿Qué tiene él que ver con la misericordia, para quien todo se ha vuelto ya pena? ¿O qué súplica ante el padre podrá socorrer a aquel cuyo acusador está sentado en el seno del padre? Lázaro ocupa el pecho del padre, y golpea toda la equidad de su santo corazón, para que se mantenga padre del hijo bueno, juez del malo.

Padre Abraham, ten misericordia de mí: y envía a Lázaro para que moje en agua la punta de su dedo y refresque mi lengua, porque soy atormentado en esta llama. Envía a Lázaro: «para que él mismo, que es causa de mi tormento, ahora ministro de refrigerio, me tienda ahora él mismo el consuelo de la punta de su dedo, él, a quien, cuando yacía, negué entonces el consuelo de toda mi mano». Y envía a Lázaro para que moje en agua la punta de su dedo y refresque mi lengua. Así pues, tiene sed de una gota el que, cuando el pobre tenía sed, derramó lagos de vino; y cree que una gota de la punta del dedo apagará las llamas de la gehena el que con sus medidas durante todo el día no apagó los incendios de la embriaguez. Pero pide que se le dé para refrigerio esta gota, que había negado para el ardor del pobre. Esta gota es, rico, la que te hace cruel; esta gota es la que, negada por ti, secó la boca de Lázaro, porque

para el refrigerio del cuerpo basta una gota, y una migaja.

Deseando, dice, saciarse de las migajas que caían de la mesa. Se esparcía el pan, se derramaba el vino, y lo que se negaba al pobre para su vida extrema, todo eso se le perdía al rico en pompa. Y envía a Lázaro para que moje en agua la punta de su dedo, y refresque mi lengua. La lengua está en la cabeza, cabeza del mal; ella denigra al menesteroso, insulta al pobre, ladra a la piedad, censura la misericordia: y con razón es la primera en la gehena, delantera en el tormento, capitana de las penas, porque ella prohibió la misericordia, ella, a quien se le había dado mandarla.

Y aunque el orden de la lectura me obliga a mí a decir y os invita a vosotros a oír quién es el rico vestido de púrpura, quién es Lázaro el pobre, quiénes son los cinco hermanos del rico, cómo antes del día del juicio siente el rico los tormentos de la gehena; sin embargo, el dolor me hace volver a decir: Murió el rico y fue sepultado en el infierno.

Y si hay bajo la tierra una cárcel, si hay una kausis ardiente, si hay unos infiernos que atormentan sin fin, si hay un alguacil sombrío que nos arrebate a estas cosas tras los trabajos del siglo, ¿por qué estamos atónitos? ¿dónde estamos? ¿qué sueño es este que nos burla? ¿qué olvido mortal es este que nos tiene? ¿por qué, despreciado todo, no es nuestro único cuidado escapar de tales males, no sea que, viviendo para el mundo, corriendo para otros, seamos arrebatados de repente a penas tan grandes, tales, tan crueles?

Y si hay posibilidad de subir a lo alto, si hay facultad de vivir en los cielos, si está el seno de Abraham preparado para el descanso de todos los buenos, si está Lázaro en el seno de tan gran padre; o más bien, puesto que no hay duda, donde se describen lugares, personas y nombres, ¿por qué no cambiamos la tierra por el cielo? ¿por qué no compramos con lo caduco lo eterno? ¿por qué no adquirimos con lo perecedero lo que permanece? para evitar los suplicios del infierno, y poder ver con amplitud, tener y poseer lo que deseamos oír con estrechez.

Sermón CXXV.

Sobre el administrador injusto

La sal es condimento saludable de todos los alimentos, si no falta la medida: de otro modo, sin medida, ella misma se pierde y echa a perder lo que ha salado; pues el exceso amarga lo que la medida podía sazonar. Así el sentido que hay en nosotros, si guarda medida, da sabor, pare inteligencia, engendra prudencia, dilata el corazón, aumenta el ingenio, madura lo que se ha de decir, ordena lo que se ha de oír, y se hace dulce para sí, se hace para quienes lo gustan toda la plenitud de la dulzura; y sin duda será melifluo aquel sentido que no profiere por la boca nada amargo. Hemos dicho esto primero, para que en los sentidos del Evangelio hayamos de contener la medida de nuestro sentido: de modo que no viole el alimento vital, el pasto divino, el sabor celestial, sino que nos lo guarde con sobriedad cautísima, según aquello del Apóstol: No saber más de lo que conviene saber, sino saber con sobriedad (Rom 12,3).

Pero oigamos ya lo que dijo el Señor: Un hombre era rico (Lc 16,1). ¿Y quién era este hombre, sino Cristo? ¿Quién el rico, sino él, que en nuestra pobreza poseía todas las riquezas de la creación? Un hombre era rico. Esto inculcaba una y otra vez a los judíos, para que entendieran que en aquel

a quien pertenecía la pobreza humana había una deidad opulenta. Era rico. Era rico en su majestad el que a los ojos de los judíos era pobre. ¿Y cómo no iba a ser rico aquel a quien ministraban los ángeles, obedecían los poderes, servían los elementos, y lo que no existía se hacía al mandarlo, venía al ser llamado?

Un hombre era rico: y tenía un administrador. ¿A quién, sino al hombre, a quien se había confiado toda la posesión para cultivar el mundo? Un hombre era rico, y tenía un administrador: y este fue difamado ante él. Como si no lo hubiera sabido de antemano, como si no lo hubiera previsto aquel a quien son conocidas las cosas ocultas, a cuyos ojos están desnudas aun las que se cubren.

Y este fue difamado ante él. ¿Creyó, pues, él a la fama? ¿lo conoció porque la fama se lo anunciaba? De ningún modo. Sino que comenzó a indagar las cosas que conocía, que cubría con su piedad, cuando la tierra acusaba: La voz de la sangre de tu hermano clama desde la tierra (Gn 4,10); clamaba la tierra, clamaba el cielo, se dolían los ángeles, cuando ya hablaba toda la fama del siglo. Y este fue difamado ante él de haber disipado su hacienda. Antes se leyó que el hijo menor había disipado la hacienda de este hombre; ahora se dice que el administrador disipó sus bienes. Así como el mismo Cristo es Dios y hombre, el mismo padre de familia y padre; así consta que este mismo es administrador e hijo: hay aquí diversidad de causas, hay cambio de nombres, no hay variedad de personas.

Y fue difamado ante él de haber disipado sus bienes, y lo llamó (Lc 16,1-2). Lo llamó por medio del Evangelio. Y le dijo. ¿Y qué no hace por medio del Evangelio, por el cual reprende las costumbres, desnuda lo oculto, abre la conciencia, castiga lo cometido, enumera los males, y al que persiste en ellos le amenaza con la pena, aunque al convertido le promete el perdón? Y lo llamó, y le dijo: ¿Qué es esto que oigo de ti? Imputa como oído lo conocido, porque no quiere apresurar la sentencia contra el reo; y al que está convicto ante él lo cita como a un acusado, él, que anhela que el perdón preceda así al juicio.

¿Qué es esto que oigo de ti? Da cuenta de tu administración, porque ya no podrás administrar. ¿Por qué une cosas tan severas a tan bondadosas? ¿por qué lo aparta de la administración antes de conocer la cuenta? Da cuenta, porque ya no podrás administrar. Ahora pide la cuenta a la manera de un hombre, ahora como Dios anuncia lo presente y lo futuro. Da cuenta, porque ya no podrás administrar. Pide la cuenta, no para exigirla, sino para condonarla; pide, para que se le pida; pide aquí, para no pedírtela; pide en el siglo, para no pedirla en el juicio; pide pronto, para que el tiempo de las penas no excluya el tiempo de la satisfacción. Da cuenta de tu administración: porque ya no podrás administrar. ¿Por qué? Porque ha llegado el fin de la vida, el tiempo de la muerte; ya te apremia la citación de lo alto, ya llama el juicio. Apresúrate, pues, para no perder el tiempo de la satisfacción, tú que perdiste el tiempo de la obra.

Da cuenta. Es decir: ajusta la cuenta, ajusta lo tuyo, para no tener que devolver lo mío; y la ajustarás si dejas ya de disipar. «Las deudas anteriores las asumí yo cuando te asumí; pagué yo cuando te absolví; yo, juez instructor, comparecí por ti para ser oído por el juez instructor; juez, entré en juicio; me hice reo de mi reo, asumí las penas de los penados, no rehuí la sentencia de los condenados; destructor de la muerte, recibí la muerte; penetré los infiernos, destructor del infierno, para no solo sustraerte por todo esto de tu pena, sino también hacerte consorte de mi dignidad. Obra, pues, de modo que a ti, a quien el tiempo de tu administración ha excluido, no te encierre la perpetuidad de la condenación que yo pronuncio».

Pero examinemos ya qué respondió el administrador. Dijo dentro de sí: ¿Qué haré? (Lc 16,3) ¿Qué haré ahora? Siempre desea el hombre hacer el bien cuando la muerte le ha quitado el tiempo de hacerlo. Dijo dentro de sí. Busca consejo dentro de sí el que fuera ya no tenía con qué socorrerse. Dijo dentro de sí. Punza su corazón, aguijonea su mente, y sacude todo su interior, para arrancarse a sí mismo la penitencia que pudiera dar por sí. Cavar no puedo. No le habían faltado las fuerzas, sino el tiempo para el trabajo. Cavar no puedo, mendigar me da vergüenza. Teme la confusión del juicio futuro, en el que ya no es tiempo de arrepentirse, sino de penas, y donde el reo se avergüenza más de su conciencia que del fuego de la gehena.

Mendigar me da vergüenza. ¿Y quién no se avergüenza de mendigar en los cielos? Miserable aquel a quien la temporalidad tuvo rico: la sempiternidad lo poseerá mendigo; y el Tártaro lo tendrá desnudo, a quien el cielo pudo recibir y retener opulento. La presente figura apunta a un pueblo, pero es bueno para nosotros, bueno en extremo, si cada uno nos aplicamos esto, si lo referimos a nosotros, que en la tierra debemos sentirnos administradores, no creernos señores; haber recibido el ministerio de un reparto temporal, no haber hallado un derecho perpetuo de poseer; guardarnos de que la fama de la hacienda arruinada nos preceda ante el padre de familia, según aquello del Apóstol: Los pecados de algunos son manifiestos, y van delante al juicio; a otros, en cambio, los siguen (1 Tim 5,24). No llega al término fijado de la vida el que pierde el tiempo de su administración, aquel de quien corrió la voz de haber disipado lo confiado. De aquí, de aquí viene la salida prematura, de aquí la muerte antes de su día, de aquí la citación amarga, de aquí la devolución más acerba que ella misma, como se lamenta el Profeta, clamando: Los hombres sanguinarios y dolosos no llegarán a la mitad de sus días (Sal 55,24).

Pero ¡ojalá, cuando la enfermedad nos advierte de la citación, cuando la fiebre nos excluye sin clemencia de la administración, cuando la fuerza del dolor nos obliga a apresurarnos a rendir la administración, siguiéramos el hecho y el sentido del presente administrador, nos volviéramos al consejo del alma, a la compunción del corazón, a

la penitencia de la mente, al sufragio de la misericordia, al patrocinio de la piedad, a la abogacía de la confesión! ciertamente pediríamos los documentos de deuda de los deudores del Señor; y si no todo, al menos la mitad, como este administrador, la condonaríamos para nuestro perdón; para que los que, disipando los bienes confiados, somos llamados administradores de iniquidad, alcancemos al fin, por un piadoso fraude, la alabanza del juez mismo.

Y alabó, dice, al administrador de iniquidad (Lc 16,8). Y como el hecho del administrador evangélico suscita una cuestión no pequeña, él, que, reo de muchas cosas, se lee que agradó por un solo fraude: por qué agradó así, o quién es este, lo expondremos más plenamente, con la ayuda de Dios, en el sermón siguiente.

Sermón CXXVI.

Sobre lo mismo

Cuán ventajoso, cuán lucrativo es desatar los nudos de los deudores, aflojar las cadenas de las cauciones, nos lo enseña e instruye el ejemplo del presente administrador: el cual, mientras modera con prudente asentimiento los montones de documentos de deuda, no solo escapó de las estrecheces angustiosísimas del examen, sino que además se ganó la alabanza del examinador, que perdurará por los siglos. Y vosotros, hermanos, templad con oído benignísimo lo que mi promesa me hizo deberos sobre la presente lectura, no sea que un examen severo nos agobie a mí y a vosotros a la vez, a quienes la inteligencia podrá aliviar benignamente. Sigamos, pues, ya lo que queda de la lectura, y oigamos qué consejo halló el administrador.

Dijo, dice, dentro de sí: ¿Qué haré, pues mi señor me quita la administración? (Lc 16,3) Cavar no puedo, mendigar me da vergüenza. Sé lo que haré... (Lc 16,4). Y así, convocando a cada uno de los deudores de su señor, dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi señor? (Lc 16,5) Y él dijo: Cien tinajas de aceite. Y le dijo: Toma tu caución; y siéntate en seguida, escribe cincuenta (Lc 16,6). Luego dijo a otro: Y tú, ¿cuánto debes? (Lc 16,7) Él dijo: Cien

coros de trigo. Y le dijo: Toma tu escrito, y escribe ochenta. Y el señor alabó al administrador de iniquidad, porque había obrado con prudencia (Lc 16,8).

Aun ahora es claro que en las lecturas evangélicas se contienen muchísimas cuestiones, oscurecidas por misterios divinos, veladas por sentidos celestiales, y que no se somete fácilmente al entendimiento humano lo que por boca de Cristo se profiere de los arcanos celestiales. Y el señor alabó, dice, al administrador de iniquidad, porque había obrado con prudencia. Pregunto: ¿qué capta en este lugar un ánimo mundano? ¿qué capta y recibe aquí el oído común? donde entre el administrador y los deudores del señor se alaba la invención de un fraude astuto, donde se quita la honradez del deudor, se suprime el pudor, se viola la inocencia, se sepulta toda vergüenza, donde el administrador, en el tiempo de rendir cuentas, arde más en el fraude de lo que jadeó en el lujo en el tiempo de su administración; en el momento del examen se ensaña contra los bienes mismos del señor, para su pérdida, más de lo que derramó y disipó en los días de su gestión; y el que antes había vaciado la hacienda disipándola, vaciando el documento de deuda arruina más lo que había quedado; y no se cuida de cómo podría resarcir lo que faltaba, sino que discurre cómo podría disminuir lo que quedó.

Decía al deudor: ¿Cuánto debes a mi señor? No decía: «¿Cuánto me debes a mí?». Apelaba a la conciencia, ponía por testigo el ánimo del deudor, al hablar así. ¿Y por qué el administrador, sin

miramiento al señor, provocaba al deudor a tan gran fraude? ¿Cuánto debes a mi señor? Dice él: Cien tinajas de aceite. Toma tu caución, y escribe cincuenta. A tan gran fraude conspiraba y obraba el administrador, hasta perder toda buena fe, mientras urdía la caución. ¿Cuánto debes a mi señor? Ambos sabían que el acreedor de lo alto estaba presente en todas partes y siempre, y que no se le podía adelantar con fraude; pero ni aun a los ojos del señor deja de robar quien una vez ha empezado. Concedamos, sin embargo, que sea costumbre humana que el deudor busque atajos fraudulentos, y que el administrador mire por sí robando así: ¿por qué, de nuevo, aprueba el señor el fraude? ¿alaba los hurtos? ¿pregona la falsedad? ¿Llama prudencia a lo que es maldad, y juzga piadoso lo que da a muchos un pésimo ejemplo de falsedad? Sepa así a los sentidos carnales; a los espirituales, que son de la luz divina, empiece ya a brillar.

Se repite por medio del administrador la parábola que se había anticipado por medio del hijo menor. El administrador de iniquidad es el pueblo de los gentiles, llamado así por el inicuo Mammón. Haceos amigos, dice, con el Mammón de iniquidad (Lc 16,9): el pueblo que, abandonado el Creador, se había entregado todo a la servidumbre de Mammón. Quienquiera que esté libre de la cautividad de este Mammón, y no se vea ya agobiado por el cruel peso del dinero, sitúese en una atalaya celestial, y desde allí mire hacia abajo a Mammón, que domina con furor tiránico al mundo y a los mundanos. Manda a las naciones,

da órdenes a los reinos, decreta guerras, recluta guerreros, vende sangre, causa muertes, traiciona patrias, destruye ciudades, somete pueblos, asedia fortalezas, veja a los ciudadanos, preside el foro, borra el derecho, confunde lo lícito y lo ilícito, y, llegando hasta las muertes, tienta la fe, viola la verdad, censura la buena fama, disipa la honradez, desata los afectos, quita la inocencia, sepulta la piedad, rompe el parentesco, socava la amistad. ¿Y qué más? Este es Mammón, señor de la iniquidad, que domina inicuamente los cuerpos y las mentes humanas.

Así pues, el administrador de este Mammón, es decir, el pueblo gentil, reo de la hacienda así disipada, es citado por el Señor mediante el Evangelio para que rinda cuenta de su administración, esto es, del bien natural. A él se le dice entonces: Ya no podrás administrar. Cuando se le anuncia el fin del siglo. En efecto, cree, según el Apóstol, que pasa la figura del mundo (1 Cor 7,31), que pasan los tiempos de la administración humana; y dentro de sí, vuelto en sí, se pregunta qué debía hacer. Dijo dentro de sí: ¿Qué haré? Gimió el corazón, sintió dolor la mente, respondió la fe, la creencia dio un consejo saludable: que el administrador volviera ya al verdadero señor, y, repartiendo a Mammón, sometiera vencedor al cruel señor a su propia servidumbre, para que se hiciera ocasión de salvación lo que había sido instrumento de perdición.

Va, pues, el administrador, antes gentil, ya cristiano, al primer deudor de su señor. ¿A quién? Al deudor judío, a quien pregunta qué y cuánto

debe a su señor, como si no conociera la medida de la deuda. El portador de la caución ya la conocía por el Evangelio, pero preguntando buscaba así la confesión; en efecto, el deudor confiesa la calidad y la cantidad de la deuda, diciendo: Cien tinajas de aceite. ¿Por qué no un peso de plata o de oro? ¿por qué no ciento diez, o noventa, sino cien? Para que tanto por la deuda como por el número brille un misterio celestial. Debía el judío el aceite, que por el documento de deuda de la Ley había recibido para ungir a los reyes, a los profetas y a los sacerdotes, en figura del crisma cristiano, hasta que llegara al príncipe mismo de los reyes, de los profetas y de los sacerdotes, a quien había que devolver y derramar toda la plenitud centenaria del crisma. Pero como el deudor, contra la fe de la caución, para no pagar la deuda, mató impíamente al acreedor, la caución misma de la Ley, es decir, la Ley, pasó a los gentiles: para que el judío, convicto por medio del gentil, porque convirtió la deuda en crimen, pague el interés de la penitencia.

Ves, pues, que el administrador no aconseja el fraude, sino la penitencia: incita a adquirir misericordia, no empuja a la falsedad, cuando dice: Toma tu caución, siéntate en seguida, y escribe cincuenta. Que el número quincuagésimo pertenece a la misericordia lo muestra David cuando canta el salmo quincuagésimo, clamando: Ten misericordia de mí, oh Dios, según tu gran misericordia (Sal 51,3). El número quincuagésimo descubrió la misericordia, en cuanto la Ley prescribe que el año quincuagésimo, que es el jubileo, borre

y desate las ataduras de todos los deudores, de todos los contratos (Lv 25,10). Así pues, este administrador obra para que por la misericordia de Cristo el judío sea solvente, él, que por la caución de la Ley estaba retenido, confundido por deudas impagables. Debe el judío el aceite, él, que, según el Apóstol, había secado en sí la grosura del olivo fecundo con la esterilidad de la increencia (Rom 11,17). De ahí que, por el calor de la fe evangélica, toda ella vuelve ya a las ramas cristianas, y toda revive en la gracia.

Luego decía a otro: Y tú, ¿cuánto debes? Él dijo: Cien coros de trigo. Después que el grano de trigo, que es Cristo, fue sembrado en la tierra de nuestra carne, y fue fecundado para la abundancia celestial por la sepultura del Señor, sucedió que el hombre debe ya a su autor el fruto centésimo. Si el grano de trigo, dice, no muere al caer en tierra, queda solo (Jn 12,24). Viéndolo, pues, el administrador provee bien cuando dice: Toma tu caución, y escribe ochenta. Porque así como el quincuagésimo confiere misericordia, así el octogésimo prefigura toda la fe y la gracia. Este es el número en el que el lector bien conocedor de la Ley, bien estudioso del Evangelio, entiende que están el decálogo de la Ley y la ogdóada de la gracia. Así pues, cuando el administrador dice: Escribe ochenta, obra para pagar por la gracia lo que no podía devolver por la naturaleza. Con razón, pues, este administrador mereció la alabanza de su señor, él, que en los documentos de deuda no maquinó fraude, sino salvación.

Lo que dijo: Los hijos del siglo son más prudentes en su generación que los hijos de la luz (Lc 16,8), ha de entenderse así: que los que en otro tiempo eran hijos del siglo, es decir, los gentiles, son ahora elegidos de Dios; y los que eran hijos de Dios, esto es, los judíos, han quedado ahora entre los hijos del siglo. En su generación. Aquella en que renacieron, no aquella en que nacieron. Escríbase esto, dice, para otra generación (Sal 102,19). Esta otra generación es la de los que buscan al Señor. Que el Dios de la ciencia y de la iluminación ilumine vuestros corazones, y derrame toda la plenitud de su ciencia en lo secreto de vuestra mente.

Sermón CXXVII.

Sobre la degollación de san Juan Bautista

Hoy, al referírsenos la virtud de Juan y la fiereza de Herodes, se nos conmovieron las entrañas, temblaron los corazones, se nubló la vista, se embotó el entendimiento, huyó el oído. ¿O qué se mantiene firme en los sentidos humanos, cuando la magnitud de los crímenes ha destruido la magnitud de las virtudes?

Herodes, dice, prendió a Juan y lo ató, y lo puso en la cárcel (Mt 14,3). Juan, escuela de virtudes, magisterio de vida, forma de santidad, norma de justicia, espejo de virginidad, título de pudicicia, ejemplo de castidad, camino de penitencia, perdón de los pecados, disciplina de la fe; Juan, mayor que el hombre, igual a los ángeles, suma de la Ley, sanción del Evangelio, voz de los apóstoles, silencio de los profetas, lámpara del mundo, heraldo del juez, precursor de Cristo, aposentador del Señor, testigo de Dios, en medio de toda la Trinidad, es dado a una incestuosa, es entregado a una adúltera, es adjudicado a una bailarina. Con razón, pues, se nos conmovieron las entrañas, temblaron los corazones.

Pero Herodes es el que profanó el templo, suprimió el sacerdocio, confundió el orden, violó el reino, corrompió todo lo que había de religión; lo

que había de vida, de ley, de costumbres, de fe, de disciplina, lo destruyó y lo confundió. Herodes, sicario contra los ciudadanos, ladrón contra los nobles, devastador contra los aliados, saqueador contra los de su casa, exterminador del pueblo, asesino de sus hijos, homicida contra los extraños, parricida contra los suyos, embriagando la tierra de cruor, permanecía en su sed de sangre. De aquí que sorbió la sangre piadosa de Juan en una enorme copa de crueldad: pero hable ya la lectura misma.

Herodes, dice, prendió a Juan, y lo ató. El que había desatado las ataduras de los pecados es atado con las ataduras de un pecador, para que el perdón, atado, no deje lugar al perdón. Lo ató y lo puso en la cárcel. Herodes, ¿tú cometes adulterio, y Juan va a la cárcel? ¿Así juzgas, sentado, reo, en el lugar del juez, perseguidor de la inocencia en el lugar de su vengador? Pregunto: ¿dónde está la faz de las cosas? ¿dónde la fama? ¿dónde el pudor? ¿dónde la reputación del juez instructor público? ciertamente, ¿dónde está Dios? ¿dónde el hombre? ¿dónde lo lícito? ¿dónde la ley? ¿dónde los derechos mismos de la naturaleza? Todo a la vez, Herodes, está confundido, obrando tú, juzgando tú, mandando tú.

Prendió, dice, a Juan, y lo ató, y lo puso en la cárcel. Herodes, la causa te persigue a ti, las cadenas te arguyen a ti, la cárcel te acusa a ti, te divulga la injuria de Juan sacada a la luz pública: quien indaga la causa de la custodia, halla en ti qué castigar, y en Juan qué llorar. Juan, conocido del orbe, reconocido por la fama de su virtud, ce-

lebérrimo por su santidad, mientras atrae hacia sí a los que indagan su injuria, hace que tu incesto sea conocido de todos; logra que te posea la confusión pública, a ti, a quien no pudo corregir la corrección secreta. Juan hostigaba a Herodes con advertencias, no con acusación; quiso corregirlo, no que pereciera: pero Herodes, ardiendo en las teas de la lujuria, prefirió perecer antes que volver, y poseer ilícitamente a la mujer de su hermano.

Para los cautivos de los crímenes, para los enemigos de la inocencia, siempre es odiosa la libertad, contraria la virtud a los viciosos, aborrecida la santidad por los sacrílegos, enemiga la castidad para los impúdicos, la integridad un castigo para los corrompidos, adversa la frugalidad para los disolutos, insoportable la misericordia para los crueles, la piedad para los impíos, la justicia para los injustos. Lo prueba el evangelista cuando dice: Pues Juan le decía: No te es lícito tener a la mujer de Felipe tu hermano (Mt 14,4). He aquí por qué ofende Juan, he aquí por qué se enfurece Herodes: quien amonesta a los malos ofende; incurre en odio quien reprende a los criminales. Decía Juan lo que era de la Ley, de la justicia, de la salvación; ciertamente lo que no era de odio, sino de amor: he aquí qué recompensa obtuvo del impío por su piedad.

Queriendo, dice, matarlo, temió al pueblo (Mt 14,5). Fácilmente se desvía de la justicia quien en las causas no teme a Dios, sino a los hombres. Este temor puede diferir la facultad de pecar, no puede quitar la voluntad: de ahí que aun a los

que ha retenido del crimen los vuelve más ávidos del crimen, y el hombre hierve en su ánimo hasta realizar el mal que piensa. Solo el temor de Dios corrige las mentes, ahuyenta los crímenes, guarda la inocencia, otorga una facultad perpetua.

Pero oigamos la pasión misma del beatísimo Juan. En el natalicio de Herodes bailó la hija de Herodías en medio del triclinio, y agradó a Herodes: por lo cual prometió con juramento darle cualquier cosa que le pidiera (Mt 14,6-7). Pero ella, instruida de antemano por su madre: Dame, dice, aquí en un plato la cabeza de Juan el Bautista (Mt 14,8). Esta es la antigua malicia de la mujer, que echó a Adán de las delicias del paraíso (Gn 3,23); esta hizo terrenos a los hombres celestiales, esta envió al género humano al infierno, esta quitó la vida al mundo por el fruto de un solo árbol. Este mal que lleva a los hombres a la muerte, este mal huyó el profeta Elías (1 Re 19,3); y aquel cuya lengua se hizo llave del cielo huyó como reo de la faz de una mujer; esta halló verdadera fatiga y angustia, esta que ahora mata a Juan el Bautista, abate la niñez, pierde la juventud, seduce e inquieta la vejez ya muerta.

Instruida de antemano por su madre: Dame, dice, en un plato la cabeza de Juan el Bautista. Desde el pecho de su madre, lanzando un rugido, la nueva fiera, despreciada la presa del cuerpo, se lanza a la cabeza misma para cortarla. Y el rey se entristeció, pero, a causa del juramento y de los comensales, mandó que se le diera, y envió a decapitar a Juan, y fue traída su cabeza en un plato, y fue dada a la muchacha, y la muchacha

se la dio a su madre (Mt 14,9-11). Habéis oído, hermanos, cuán grande crueldad nace del placer, cuán grande impiedad de la lujuria.

Y fue traída su cabeza en un plato. La casa se convierte en arena, la mesa se traslada a la gradería; los comensales se hacen espectadores, el banquete se trueca por el furor; el manjar se hace matanza, el vino pasa a sangre, se pone fin al natalicio; en el orto se exhibe el ocaso, el banquete se cambia en homicidio, los instrumentos resuenan una tragedia mundana; entra una bestia, no una muchacha; busca amputar, no bailar; corre una fiera, no una mujer; esparce melenas por la cerviz, no cabellos; dilata sus miembros en contorsiones, crece con los aumentos de su crueldad; se hace grande en crueldad, no en cuerpo; y la fiera singular, hasta que coge su presa, ruge con la boca, rechina con los dientes; no recibe el hierro, sino que lo saca.

Pero, para que nadie piense que queremos declamar sobre tales cosas, no queremos declamar, sino clamar: que las alegrías de vuestras fiestas sean cautas, y la solemnidad de vuestros natalicios guarde medida en el regocijo; que asista Cristo a nuestros banquetes, que se coma en presencia del autor; que con la honestidad del convite se honre a la naturaleza misma, que os dio el ser; que la alegría de vuestra mesa llegue a los pobres, que vuestra familia dance con la disciplina de la inocencia, que se aparte el lujo, se ahuyente el derroche; que la peste de las bailarinas, los halagos de los cantores, los fomentos de los placeres, las cargas del vientre, los naufragios

de las mentes se corten junto con los banquetes de Herodías; para que vuestro gozo presente llegue a la alegría sempiterna.

Hoy, hermanos, dirigimos el sermón no solo contra Herodes, sino también contra Herodías; porque el oyente entiende bien cuán grande es la felicidad del mártir cuando ha oído la miseria del perseguidor: conviene, sin embargo, que sepamos que Juan nació de su muerte, y que de su natalicio murió Herodes.

Sermón CXXVIII.

Sobre san Apolinar, obispo y mártir

El bienaventurado Apolinar, primero en el sacerdocio, él solo adornó esta iglesia de Rávena con el honor nativo e ínclito del martirio. Con razón Apolinar, porque, según el mandato de su Dios, perdió aquí su alma, para encontrarla para la vida sempiterna. Bienaventurado el que así consumó su carrera, guardó la fe (2 Tim 4,7), que verdaderamente fue hallado por los creyentes el primero en su lugar. Y nadie crea que por el nombre de confesor es menor que un mártir aquel a quien ve, por disposición de Dios, vuelto cada día y muchas veces al certamen. Escucha a Pablo que dice: Cada día muero (1 Cor 15,31). Morir una vez es poco para quien puede traer a menudo a su rey una gloriosa victoria sobre los enemigos. No hace al mártir tanto la muerte como la fe y la devoción; y así como es propio de la virtud sucumbir en la línea de batalla, en el combate, por amor al rey, así es propio de la virtud perfecta luchar largo tiempo y llevar a término los certámenes. No es que no persiguiera al mártir, porque no le diera muerte en seguida; antes bien lo probó como mártir, porque no le arrancó la fe; lanzó el astuto enemigo los dardos que pudo, y agotó toda clase de sus armas: y sin embargo no pudo mover la

mente de aquel fortísimo caudillo, ni violar su constancia.

Es lo sumo, hermanos, despreciar por el Señor la vida presente, si es necesario; pero es glorioso también, aun con vida, desdeñar el mundo y pisotearlo junto con su príncipe. Cristo se apresuraba hacia el mártir, el mártir se apresuraba hacia su rey. Con razón dijimos «se apresuraba», según aquello del Profeta: Levántate a mi encuentro, y mira (Sal 59,5). Pero, para retener para sí a su defensor, la santa Iglesia salió con vehemencia al encuentro de Cristo, para reservar la corona a la justicia vencedora, y concederse en tiempo de guerra la presencia de su combatiente. El confesor derramaba a menudo su sangre, y con sus heridas, por la fe de su mente, daba testimonio de su autor.

Mirando hacia el cielo, despreciaba la carne y la tierra. Sin embargo, la todavía tierna infancia de la Iglesia venció, lo retuvo, y obtuvo que el mártir fuera retardado en su deseo. Digo infancia, hermanos, que siempre lo obtiene todo, que lucha más con lágrimas que con cálculo de fuerzas. Pues no pueden tanto el semblante y el sudor de los fuertes cuanto pueden las lágrimas de los pequeños, porque allí se quiebran los cuerpos, aquí los corazones; allí apenas se mueven los juicios de la mente, aquí toda la piedad se inclina y desciende.

¿Y qué más, hermanos? La santa madre Iglesia se esforzó, se esforzó, para no separarse nunca de su prelado. He aquí que vive; he aquí que, como buen pastor, está presente en medio de su rebaño,

y nunca se separa su espíritu, que se adelantó en el cuerpo por un tiempo; se adelantó, digo, en la apariencia, pero por lo demás descansa entre nosotros en la morada misma de su cuerpo. El diablo quedó extinguido, el perseguidor sucumbió: he aquí que reina y vive el que deseó ser muerto por su rey, el cual vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos.

Sermón CXXIX.

Sobre san Cipriano, mártir (de autoría dudosa)

Puesto que hoy nos hemos reunido para Dios en el natalicio del santo mártir Cipriano, en el que triunfó del diablo en un admirable certamen, y puesto que nos dejó un glorioso ejemplo de sus virtudes, por eso conviene que nos regocijemos y alegremos. Así pues, cuando oís el natalicio de los santos, carísimos, no penséis que se llama así aquel día en que nacen de la carne a la tierra, sino aquel en que nacen de la tierra al cielo, del trabajo al descanso, de las tentaciones a la quietud, de los tormentos a las delicias, no fugaces, sino firmes, estables y eternas, de las risas mundanas a la corona y a la gloria. Tales natalicios de los mártires se celebran dignamente. Así pues, cuando se celebra una festividad de este tipo, no pienses, carísimo, que los natalicios de los mártires se celebran solo con comidas y con banquetes más profusos: sino que se te propone para imitarlo lo que celebras en la memoria del mártir.

Mira, pues, carísimo, la presteza del pueblo que está alrededor. Pues en este día estuvo presente en otro tiempo una turba de impíos, cuando san Cipriano era herido por orden del tirano; había turbas de malvados, coros de espectadores expectantes; ahora una multitud de fieles ha acu-

dido con devoción a alegrarse juntos: entonces una turba de los que se ensañaban, ahora de los que se regocijan; entonces de desesperados, ahora de los que esperan. Por eso, pues, se celebran con alegría anual los natalicios de los mártires, para que lo que se hizo una vez permanezca por todos los siglos en la memoria de los devotos. El hecho sucedió, carísimo, para que no dijeras que lo ignorabas; se celebra cada año, para que no digas: «Me he olvidado».

Animaos, pues, carísimos, a imitar estas cosas; desead esta gracia de la magnanimidad; pedid que se os dé lo que él mereció alcanzar. Pues todos los que desean las cosas celestiales no pueden enredarse en los lazos de los bienes terrenos, porque pusieron su modo de vivir en los cielos: como dice el santo Apóstol: Nuestro modo de vivir, en cambio, está en los cielos (Flp 3,20). Diríjase, pues, el deseo de nuestro corazón a la morada celestial, donde, cuando vuestro tesoro haya sido repartido a los pobres, allí estará también vuestro corazón (Mt 6,21). Y el tesoro de todos los bienes es Cristo, que con el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo se digne colmaros y llenaros de dones celestiales, ahora y para siempre.

Sermón CXXX.

En la consagración de un obispo

Así como la larga espera de una gran promesa enciende el ánimo, fatiga la mente, así el cumplimiento deseado de la promesa despierta todos los sentidos y lo interior de las entrañas. De aquí que hoy, como dijo Isaías, la santa madre Iglesia, festiva, toda gozosa y engalanada, ha salido, se ha vestido la túnica de su alegría; y como esposa se puso la mitra, y se compuso y adornó con variado ornato, como el cielo resplandece con las luces de las estrellas, y la tierra florece con sus flores; y como el huerto produce sus brotes, así produjo ella con alegría a la vista de todos sus hijos (Is 61,10-11).

Porque, según la promesa de David, hoy en lugar del padre le ha nacido un hijo (Sal 45,17), que no la doblegue con el peso, no la atemorice con la autoridad, no la inquiete con la agitación, no la turbe con la aspereza, sino que la sostenga con fiel servicio; que con cuidado vigilante la haga del todo segura, procure lo necesario con trabajo solícito, ordene la familia con suave instrucción, salga al encuentro de los huéspedes, sirva a los padres, obedezca a los reyes, colabore con las potestades, dé a los ancianos reverencia, a los niños gracia, a los hermanos amor, dispense afecto a los

pequeños, muestre a todos por Cristo una servidumbre libre.

David dijo: Escucha, hija, y mira (Sal 45,11). Yo diré: «Escucha, madre, y mira»: en lugar de tus padres te nacieron hijos (Sal 45,17). Sean ancianos en prudencia, padres en gravedad, hijos en caridad, jóvenes en virtud, descendencia en dulzura, infantes en inocencia, pequeños en malicia, ignorando las cosas del mundo: poseyendo toda la presencia del reino de Dios, como atestigua el Señor cuando dice: Dejad que los pequeños vengan a mí, porque de los tales es el reino de los cielos (Mt 19,14). Tales engendra el vínculo de la perpetua virginidad, tales engendra la unión de la vida celestial, que no conoce el sexo, consciente de la concepción, sabedora del parto, ignorante de la corrupción, íntegra en el pudor, cerrada en la integridad, casta en sus prendas, difundida en la fecundidad. Esta madre tan piadosa, mientras hoy celebra la fiesta natalicia de uno de sus brotes, abre su seno, extiende sus abrazos, emite su voz, canta en cánticos divinos, para llamar a todos, acoger a todos, encerrar a todos en el regazo de la caridad para que se alegren con ella.

Está presente también la madre misma del imperio cristiano, perenne y fiel, la cual, mientras con la fe, con las obras de misericordia, con la santidad, en honor de la Trinidad, sigue e imita a la bienaventurada Iglesia, mereció procrear, abrazar, poseer una augusta trinidad. Así recompensa la Trinidad a los que arden en su amor y en su ardor: esta mereció que se le diera honor, que se alegrara de que la gracia de Dios le hiciera una

religión semejante a la suya. Esta mereció que la dignidad de la progenitora redundara por la progenitora en sus descendientes. Orad, hermanos, para que también a los príncipes cristianos, que con piadosa devoción se dignan acudir a nuestras alegrías, asistir a nuestras solemnidades, los encomiende por largo tiempo, con igual gracia, la devota súplica de todos los sacerdotes.

Sermón CXXXI.

Sobre Dios, cómo es visto; sobre el rencor y la obstinación de los judíos; y sobre la muerte del hombre

Muchas veces hemos dicho que Dios no se ve con los ojos corporales, que la divinidad no se encierra en la mente carnal, que la razón humana no abarca al Hacedor de las cosas, sino que solo la fe alcanza a Dios, la creencia entera lo percibe, y la mirada del hombre, por grande que sea, contempla no cuán grande es, sino que es. En efecto, Moisés, que de siervo es promovido a amigo, de hombre hasta Dios, busca el rostro de Dios, pero no lo encuentra; pide, pero no recibe; y se le advierte que vea solo la espalda de Dios (Ex 33,23): para que el hombre busque seguir a Dios, no precederlo; ni presuma buscar qué cosas haya antes de Dios; sino que reconozca, adorándolo, que todo existe por Dios.

Con frecuencia Dios muestra a los hombres la forma de hombre, y recoge su magnitud tan grande en la breve figura de nuestra hechura, para que nuestro débil ojo pueda contemplar la presencia divina, nuestra estrecha mirada pueda recibirla. Así vino Dios a Abraham en forma de hombre, se presenta en figura de huésped, y a la manera de un caminante fatigado recibió agua para sus pies; y además, invitado a la mesa, se sacia con lo que

se le sirve del ternero y del pan: y así se confía y se entrega todo al servicio humano, que con el tacto mismo, con la vista, parece cumplir en todo a un hombre verdadero, y esto en el tiempo en que el Dios verdadero vino para dar descendencia a la extrema esterilidad de una anciana sin esperanza, abriéndole las entrañas para el parto (Gn 18,1-10). Así sale al encuentro de Jacob, compañero de camino del caminante, y de tal modo se ofrece como socio en compañía humana, que Dios entero se mete en la lucha con el hombre que lo provoca, y entonces parecía vencer por nervios o músculos, cuando el vencedor da dones celestiales, da regalos divinos (Gn 32,25-30).

Así vio Isaías a Dios sentado con atavío real (Is 6,1), para que reconociera que, si los reyes no son regidos por Dios rey, los gobernantes mismos, siendo hombres, nada pueden regir. Así ve Daniel a Dios Padre, de cabello níveo, de venerable ancianidad, terrible por su antigüedad, rodeado de ángeles, ígneo en su sede, sentado para juzgar (Dan 7,9-10). Así contempla al Hijo mismo de Dios que viene en el hijo del hombre con las nubes del cielo (Dan 7,13), para que conociera que Cristo, desconocido antes para tantos incrédulos, siempre había sido conocido por los fieles. Si tantas veces Dios es visto por los hombres en figura de hombre, ¿por qué el judío, viendo ahora a Cristo hombre, se exaspera así, a no ser que acaso la figura, el honor, la verdad se tenga por injuria?

Nos refirió hoy el evangelista que Cristo dijo: Si alguno guarda mi palabra, no verá la muerte eter-

namente (Jn 8,51). A esta palabra respondieron los judíos: Ahora conocemos que tienes un demonio: Abraham nuestro padre murió, y los profetas; y tú dices: Si alguno guarda mi palabra, no gustará la muerte eternamente (Jn 8,52). ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abraham? (Jn 8,53) ¿Quién te haces a ti mismo?

¡Cómo se apoderó de todos la incredulidad! ¡oh, cómo cierra los ojos el rencor! ¡cuánto confunde el juicio del corazón la maldad que ha juzgado de antemano! ¡oh, cuán duramente amputa la obstinación la razón! el sentido humano pervertido no puede oír lo que una vez decidió odiar: a los malos les es odiosa la bondad, la justicia es enemiga de los injustos. De aquí que los hombres mentirosos no pueden conocer la verdad, y el ánimo, como juez, no puede hallar lo verdadero entre los mensajes de las falsedades. Quien decidió errar oye siempre lo que quiere, no lo que es. Había dicho Cristo: Si alguno guarda mi palabra, no verá la muerte eternamente. El judío no examina lo oído, no busca interpretarse lo dicho: lo que él estima imposible, exige que lo pruebe el que lo promete; sino que en seguida, de la concepción de su mente, pare la blasfemia, siembra injurias, esparce maldiciones, y se esfuerza por vaciar con ultrajes la autoridad del que habla, de modo que no se crea que puede dar lo eterno a los mortales el que así parece sujeto a las cosas humanas.

Ahora sabemos que tienes un demonio. El demonio, autor del mal, promete males, no bienes; suele matar, no vivificar; ni quiere que los hom-

bres sean eternos, a quienes ni siquiera permite ser temporales. Luego Cristo no es un demonio, sino Dios, que devuelve la vida que había dado, y con su palabra hace eternos a los hombres, a quienes el diablo con su persuasión había hecho temporales.

Abraham, dice, murió, y los profetas, y tú dices: Si alguno guarda mi palabra, no verá la muerte eternamente. Oiga el fiel, para conocer por la revelación de la fe lo que el infiel no sabe oír, lo que no puede ver quien se sumergió en la oscuridad de la increencia. Dijo Cristo: No verá la muerte. Tu obstinación, judío, con razón busca llamarlo falsedad. Abraham y los profetas, oyendo la palabra, la guardaron tenazmente, y sin embargo murieron, pero no eternamente. Así pues, cuando dice: No verá la muerte, y añadió: eternamente, promete la resurrección; no niega que hayan de morir temporalmente. Judío, a nosotros, a quienes la muerte en el siglo presente hacía no ser, la resurrección nos rehace perpetuos para el futuro. Óyele decir esto más abiertamente: Todo el que crea no morirá eternamente, sino que pasará de la muerte a la vida (Jn 5,24; 11,26). ¿Cómo no muere? Porque pasa de la muerte a la vida. Muere, pues, muere todo el que nace de condición mortal; pero vive, y vive eternamente, todo el que renace de la generación vital.

Pero digo: ¿por qué el que pudo quitar la muerte quiso que el hombre pasara por la muerte? pues parece más grato el médico que se anticipa a las enfermedades que el que aplica a las enfermedades una medicina tardía y no sin dolor. Judío,

también esto lo habría hecho el médico Cristo, si el enfermo no hubiera sido ingrato con el médico. Él dio la vida y predijo al hombre que vendría la muerte: pero aquel que no había sentido la adversidad no supo conservar la prosperidad. Cuán buenos son los bienes no podemos saberlo sino por el conocimiento de los males. Así pues, será engrandecido Cristo, que dio la vida antes, cuando aún no se poseía, y ahora la devuelve perdida: y el hombre, más conocedor de la vida, será más cauto consigo, será más agradecido a su autor.

¿Acaso eres tú mayor, dice, que nuestro padre Abraham? Mayor sin duda, y tanto mayor cuanto el señor que el siervo, cuanto Dios que el hombre, cuanto el hacedor que la hechura, cuanto el que vivifica que el muerto, cuanto el que resucita que el resucitado. Respondió Jesús: Abraham se regocijó por ver mi día; lo vio, y se alegró (Jn 8,56). Él, para mostrar que Abraham vive, dijo que había visto su día, es decir, el día en que Cristo nació al mundo. El Hacedor de los días no está sujeto al día, el autor del tiempo no conoce tiempos; pero Cristo, nacido hombre por el hombre, asumió el día y el tiempo. Abraham se regocijó por ver mi día. Si Moisés y Elías acuden al monte para contemplar al Cristo prometido (Mt 17,3), ¿cómo no iba a acudir también Abraham al parto de la Virgen, para fijar sus ojos, pacientísimo esperador, en la bendición prometida en las naciones, es decir, en su descendencia?

En verdad, en verdad, dice, os digo que antes que Abraham, yo soy (Jn 8,58). Si todo fue hecho por él, y sin él nada fue hecho (Jn 1,3), y este es

aquel a quien el Padre dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Gn 1,26), ¿cómo no lo vio Abraham? Hagamos al hombre a nuestra imagen, y semejanza. El ángel y Dios, así como es diversa su sustancia, así lo es su imagen. Luego no habla el Padre sino al Hijo, cuando dice: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, ellos, que tienen una misma imagen y una misma sustancia.

Tomaron piedras para arrojárselas (Jn 8,59). También los que edificaban la torre, para caer desde más alto, se proveyeron ellos mismos de piedras; y estos miserables trajeron piedras, no para matar a Dios, sino con que matarse a sí mismos. Jesús se escondió. No por temor, sino por perdonar: Dios, cuando huye del pecador, lo perdona; Dios no quiere perder al rebelde cuando se aparta.

Sermón CXXXII.

Sobre la unidad de los fieles

Si la naturaleza engendrara y produjera todas las cosas perfectas, todas robustas, sin carecer de nada, sin duda se aboliría la piedad, faltaría el ingenio, perecería el arte, el oro quedaría oscuro en la tierra, la gema escondida en la piedra: pero a ambos los halla, limpia, distingue, pule la disciplina del artífice; y el mismo arte los lleva hasta la belleza y la gracia de un precioso collar; y lo que la tierra produce del generoso manantial de la naturaleza, o se eriza de espinos, o se vuelve selva bajo una lozanía agreste que la domina, si la diligente industria del agricultor no lo hace volver a su cultivo; y, para no divagar más, aduzcamos con un solo ejemplo, y doméstico, aquello en que nos apoyamos. En la cuna, el hombre recién nacido ya es hombre en el hombre, pero está escondido; hay cuerpo, y no lo hay; se ven miembros, y no lo son; viven cosas que no tienen vigor de sentido; se inclina la piedad, se afana la industria, trabaja el arte; y, para decirlo más plenamente, cuantos miembros tiene el hombre, tantos magisterios se afanan por perfeccionar al hombre. ¿Y qué más? todo lo que la naturaleza engendra o produce, la piedad lo nutre, la industria lo cultiva, el arte lo adorna.

¿Y qué tiene de extraño, hermanos, que Dios, que quiso padecer por el hombre para honrar la industria del hombre, quisiera que en las cosas presentes también la naturaleza fuera débil? De aquí que el sentido se esconde en la letra, se oculta el misterio divino en el lenguaje humano; para que lo que a los creyentes, aunque todavía futuro, ya les es patente, se oscurezca para los incrédulos y para los que no creen, como si el castigo de los infieles redundara en gloria de los fieles. Pues no es pequeño tormento no percibir lo visto, no saber lo oído, rehuir lo saludable como nocivo, guardarse de las virtudes como de vicios, pues dice el Señor mismo: Hablo en parábolas, para que viendo no vean, y oyendo no oigan (Lc 8,10); y a los fieles: Pero a vosotros se os ha dado conocer el misterio de Dios (Mc 4,11).

Que nadie, pues, hermanos, tenga por común o vil, a causa de su sencillez, la palabra del Evangelio, sobre todo cuando la misma trompeta de la lectura evangélica, resonando, ha proclamado de antemano lo que no ha de negarse a los que piden bien y desean piadosamente, diciendo: Si dos de vosotros se ponen de acuerdo sobre la tierra acerca de cualquier cosa que pidan, les será hecha por mi Padre (Mt 18,19). Habéis oído cuánto puede y prevalece el acuerdo de la santa petición: no dijo esto o aquello, sino que promete concederlo todo, cuanto desee la unidad de la petición, cuando dice: Acerca de cualquier cosa que pidan, les será hecha. Salvadas, sin embargo, esta cautela y reverencia: que se pida a Dios lo que es digno de Dios; pues quien pide a Dios males, juzga y

tiene a Dios por autor del mal: y como ruega por cosas viles e indignas, el peticionario degenerado ignora la potestad y la potencia del que da. No cosas impías, pues, sino piadosas; no terrenas, sino celestiales; no conformes a los halagos, sino a la virtud; no dignas de odio, sino aptas para la concordia, han de implorarse siempre de tal dador.

¿Dónde están los que presumen que puede despreciarse la asamblea de la Iglesia, y afirman que las oraciones solitarias han de preferirse a la venerable congregación, cuando él promete que estará en medio de dos o tres reunidos, y que concederá todo lo que se le pida (Mt 18,20)? El que nada niega a tan pocos, ¿qué negará a los que piden en las asambleas y en la congregación de los santos? Así el Profeta, creyéndolo, se gloría de haberlo obtenido, cuando dice: Te confesaré, Señor, con todo mi corazón, en la asamblea de los justos y en la congregación (Sal 111,1). Confiesa con todo el corazón quien oye que se le ha de conceder todo lo que haya pedido en la asamblea de los santos.

Pero algunos, bajo apariencia de fe, se esfuerzan por excusar la desidia de su desprecio; de modo que, descuidado el ardor de la venerable reunión y congregación, fingen haber destinado a la oración el tiempo que dieron y emplearon en los cuidados domésticos; y mientras son esclavos de sus propios deseos, desprecian y desdeñan las instituciones divinas. Estos son los que disipan el cuerpo de Cristo, dispersan sus miembros: ni permiten que la forma de la condición del Señor

llegue a su hermosura, la cual el Profeta, cuando la vio en espíritu, cantaba así: Hermoso en forma más que los hijos de los hombres (Sal 45,3). Cada miembro tiene, sin duda, la tarea propia de su oficio, que, sin embargo, solo podrán cumplir si, conectados entre sí y ensamblados, llegan a la hermosura de un cuerpo perfecto. Esta es, pues, la diferencia entre la gloriosa plenitud de la congregación y la vanidad de la separación, presumida por ignorancia o negligencia: que en la salud y en el honor de un cuerpo entero su hermosura es la unidad de los miembros, y en la separación de las entrañas hay una ruina fea, mortal y horrenda.

Hombre, ¿qué otra cosa te enseñó en tu cuerpo, o una unión tan dividida, o una división tan unida, sino que vivieras uno de muchos, y uno en muchos? Es precioso el ojo por el comercio saludable de los miembros, pero si permanece en el cuerpo; de otro modo, cuando falte al cuerpo, no estará presente para sí: todos los miembros le deben el servicio de su luz; pero también el ojo mismo siente que debe al cuerpo el ser luz, pues, aunque provee con todos los miembros al ministerio de los miembros, arrancado del cuerpo ni siquiera ve. Quienquiera que sea el que se cree ser algo, instruido por tal ejemplo, permanezca en la Iglesia, para ser algo; de otro modo, cuando le falte a ella, al punto deja de ser algo para sí. El que desee conocer esto más plenamente, lea las enseñanzas del Apóstol que habla del cuerpo de Cristo (1 Cor 12,12-27), porque la amable brevedad del sermón no nos permite recorrerlas.

La Ley fue dada no a uno, sino a todos. Cristo no vino por uno, ni a uno, sino a todos, y por todos; para reintegrar a todos en uno: este único bien, este único gozo lo proclama así el Profeta, presciente del futuro: Mirad qué bueno y qué agradable es que los hermanos habiten en unidad (Sal 133,1). Porque a Dios no le es acepta la singularidad, sino la unidad. El Espíritu Santo se derrama con toda la abundancia de su fuente sobre los apóstoles reunidos en uno (Hch 2,1-4), cuya venida, por precepto del Señor, se advirtió a los discípulos que esperaran juntos (Hch 1,4). Hermanos, pierde los dones divinos, pierde la largueza de la gracia, queda defraudado de los bienes de la caridad, no permanecerá en él la bendición de la unidad, el que, malhechor por sí mismo, y neciamente suficiente para sí desde su propia falta, busca así la vida fuera de la Iglesia, la vida que el Profeta atestigua que está solo en ella, diciendo: Mirad qué bueno y qué agradable es que los hermanos habiten en unidad; porque allí mandó el Señor la bendición y la vida para siempre (Sal 133,1.3).

Sermón CXXXIII.

Sobre san Andrés, apóstol

Con razón se cree que el bienaventurado Andrés nació hoy, pues no fue derramado del seno materno a la vida presente, sino que se sabe que fue engendrado para la gloria celestial por la concepción de la fe y el parto del martirio. Pues no lo acogió llorando una cuna materna, sino que lo recibieron triunfante las moradas secretas de lo alto; pues no saca del pecho de su progenitora el débil alimento de la leche, sino que, como soldado devotísimo de la virtud, derramó su sangre por su rey. Vive, porque como guerrero de la milicia celestial dio muerte a la muerte.

Sigue aquí al Señor muriendo, ardiendo y anhelante, y con todo el paso de su virtud se empeña en adherirse a las huellas del Señor, para que su carrera no lo hiciera desigual a su hermano, a quien la naturaleza había hecho semejante, la vocación compañero, la gracia misma igual. A una sola palabra del Señor, como él, dejó padre, patria y caudal: en trabajos, oprobios, viajes, afrentas y vigilias, por largueza de Cristo, se entregó sin descanso a la compañía de su hermano: lo único es que en el tiempo de la Pasión del Señor huyó; pero ni en esto fue desigual, porque huyó. Pero si negar se tiene por alguna culpa,

no es más grave huir que negar. Pero lo demás hay que callarlo: el perdón, hermanos, igualó a quienes la culpa había separado así.

Y el fervor del martirio que vino después probó plenamente devotos a aquellos a quienes el miedo que lo precedió había reprobado. Pues la cruz de la que habían huido, después la acometen ardientemente con fuerzas unidas, para que de donde habían contraído la culpabilidad, de allí subieran al cielo, de allí recibieran el premio y la corona. Pues Pedro subió a una cruz, Andrés a un árbol; para que los que ansiaban padecer con Cristo expresaran en sí mismos la figura y la forma de su Pasión, y, redimidos por el leño, fueran consumados en la palma. Así nuestro Andrés, aunque cede en el orden, no cede, sin embargo, en el premio y en el trabajo.

Sermón CXXXIV.

Sobre santa Felicidad, mártir

Como el tiempo no nos permite enumerar los variados y múltiples triunfos de los mártires, que la crueldad del perseguidor, burlada tantas veces, ha acumulado, todo el discurso de nuestro sermón se refugia en aquella que mereció tener tantos hijos como días recibió el mundo. Verdaderamente madre de las luces, fuente de los días, que resplandece en todo el orbe con el fulgor séptuple de su descendencia. Bienaventurada la que no solo padece por la Ley, sino que, madre santa, mereció engendrar el septenario de la Ley misma: un septenario, hermanos, que iluminara no el arcano de un solo tabernáculo temporal, sino que alumbrara a la Iglesia sempiterna con sagrado incienso. Dichosa la que mereció llevar tantas prendas de virtudes como los sagrados volúmenes de los preceptos que llevó aquella arca (Ex 25); y como aquella enseñaba con la palabra, así esta enseñara con el ejemplo. Ya entonces, hermanos, los dio a luz mártires, cuando los consagró con el número siete, y místico, de sus partos.

Venga acá, acá san Pablo, que todavía está de parto hasta que Cristo se forme en el hombre (Gál 4,19). He aquí una mujer que una y otra vez

está de parto, hasta que la debilidad se cambie en poder, la carne pase al espíritu, la tierra sea trasladada al cielo. Ardía, anhelaba dar a luz en un solo día como santos mártires a los que, pequeñuelos, apenas había engendrado en el curso de los años. He aquí la mujer, he aquí la madre, a quien la vida de sus hijos hizo inquieta, la muerte segura. Bienaventurada aquella junto a quien en la gloria futura están tantos candelabros como vástagos; bienaventurada la que envió delante tantos al reino; más bienaventurada la que nada suyo perdió en este mundo. Corría de un lado a otro más alegre entre los cadáveres traspasados que entre las queridas cunas de sus hijos, porque con los ojos interiores veía tantos premios como heridas; tantas recompensas como tormentos; tantas coronas como víctimas. ¿Y qué más, hermanos? No es, no es verdadera madre la que no sabe amar así a sus hijos.

Sermón CXXXV.

Sobre san Lorenzo

El día de hoy se ilustra con la corona del bautismo del mártir Lorenzo, egregio mártir cuyos méritos no ignora ninguna parte del orbe romano. Padeció en la cabeza misma de las naciones, es decir, en la ciudad misma de Roma. Pues allí sirvió como diácono, y en la flor misma de su juventud tiñó de púrpura con su sangre la hermosura de su juventud. Su pasión es insigne y muy admirable: la narraré brevemente, con la ayuda del Señor.

Siendo él entonces arcediano, era obispo el bienaventurado Sixto, cuyo triunfo de martirio fue tres días antes. Cuando, pues, san Lorenzo seguía a su obispo Sixto, que marchaba al martirio, sostenido por la fe, triste en su afecto, no porque aquel padecía, sino porque él mismo era abandonado por él, el venerable anciano se volvió a mirar al venerable joven y le dijo: «No estés triste, hijo; dentro de tres días me seguirás». Entonces él, bebida la profecía, ya prontísimo en el corazón, ebrio por el espíritu, esperó como cierto el futuro que había predicho aquel que lo conocía.

Después fue apresado y conducido: y como era arcediano, se creía sin duda que en su poder estaban las riquezas de la Iglesia, que deseaba el

perseguidor, no tan avaro como furioso. Odiaba al que mataba: pero amaba lo que había en su poder y que aquel despreciaba. Era san Lorenzo pobre en riquezas, rico en costumbres: no negó que tuviera las riquezas de la Iglesia, sino que, para mostrarlas, pidió un plazo de tres días, y luego mandó que se reunieran las multitudes de los pobres. Entonces, en el mismo día de su corona, presentado para el interrogatorio, como si fuera a mostrar lo que aquel buscaba, mostró lo que él tenía. Entonces dice el perseguidor: «¿Dónde están los bienes de la Iglesia?». Pero él, extendiendo la mano hacia los pobres: «Estos son —dice— los bienes de la Iglesia».

Dijo la verdad, pero amarga. Pero ¿qué tiene de extraño que la verdad aumentara el odio? El cruel tirano y avaro enemigo, escocido por haber sido burlado, que tal vez había pensado en una pena más suave, matar al venerable joven con la espada, mandó preparar las llamas; más ardía que quemaba; quemaba en la carne, ardía en el corazón. Su suplicio era tanto más grave cuanto más interior. Entonces se trajo, para tostar y, por decirlo con más verdad, para asar para el martirio, aquella noble parrilla de Lorenzo: fue atado al hierro, pero él tenía la parrilla del suplicio por lecho de descanso: dije suplicio según el ánimo del que castigaba, no según la conciencia del que padecía. Pues no hay suplicio del condenado donde no hay pena del pecado. Y así el beatísimo mártir, mostrando con qué quietud yacía sobre aquel hierro encendido, dijo a los que estaban

alrededor: «Dadme ya la vuelta, y si un lado está cocido, comed».

Admiramos su paciencia: admiremos el don de Dios. Allí la fe no solo no ardió, sino que además consolaba al que ardía. ¿Por qué la fe consolaba al que ardía? Porque tenía asido como fiel al que prometía. Que la fe no desfalleciera, que la esperanza no se apartara, que la caridad se encendiera más entre las penas corporales del fuego, eran dones de Dios. Hermanos míos, que nadie atribuya a su propio poder lo que no da sino Dios. Con razón el Apóstol, hablando a los mártires, como oísteis cuando hoy se leía en su Epístola: A vosotros, dice, se os ha concedido por Cristo, no solo que creáis en él, sino también que padezcáis por él (Flp 1,29). Alabemos, pues, los méritos de los mártires como dones de Dios, amémoslos, oremos, añadamos después nuestra voluntad. Porque la voluntad sigue, no precede. Pero, con todo, no falta la caridad si no falta la voluntad; pues la misma voluntad ardiente se llama caridad. ¿Quién hay que tema queriendo? ¿quién hay que ame sin querer? que hierva la oración y se celebre la fiesta del mártir: pero, para que no sea vano el que celebra, imite.

Sermón CXXXVII.

Sobre la predicación de san Juan Bautista

Después de que la fertilidad del suelo judío quedó agotada por la reja de la Ley y por el cultivo continuo, el bienaventurado Juan, volando al desierto de los gentiles, prendiendo con el fuego del espíritu las zarzas de los crímenes, cortando con el hacha de la venganza los árboles infructuosos, allanando las ásperas colinas de la soberbia, levantando al igualarlos los valles de la humildad, y disponiendo toda la llanura de la tierra (perdida la hierba), poniendo debajo las aguas del Jordán para que la nutrieran: y así prepara para la semilla del Evangelio extensos barbechos, los dispone fecundos. Vino, dice, la palabra del Señor sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto (Lc 3,2). El Verbo se hizo carne, y habitó en nosotros (Jn 1,14). ¿Sobre Juan? ¿Por qué no a Juan, sino sobre Juan? Porque lo que es de arriba está sobre todos. Vino la palabra del Señor sobre Juan. Porque Juan es voz, Dios el Verbo. Vino la palabra del Señor sobre Juan. Dios sobre Juan, el Señor sobre el siervo, la palabra sobre la voz. Pero tú me dices: «¿Y qué de que la voz preceda a la palabra?». Precede, pero no prevalece: va delante para el homenaje del que la sigue, no como indicio de su propia potestad. La voz no es ella misma el juez, sino mensajera del

que juzga: la palabra juzga, la voz truena antes: la potestad mira al que manda, no al que clama. Pero que lo reconozca, lo atestigüe, lo afirme la voz misma, el heraldo mismo, que clama: El que viene después de mí, dice, es más fuerte que yo (Mt 3,11). ¿Por qué? Porque en mí está el terror, en él está la sentencia.

Vino a toda la región del Jordán (Lc 3,3). Vino al Jordán, porque las inmundicias judías ya no podía lavarlas una tinaja, sino un río. Como está escrito: Había, dice, unas tinajas de piedra, según la purificación de los judíos (Jn 2,6). Vino al Jordán. Para llevar a los penitentes con agua, no con vino. Vino a toda la región del Jordán, predicando un bautismo de penitencia para la remisión de los pecados (Lc 3,3). En Juan había perdón, pero no sin penitencia; había remisión, pero comprada con llantos; había curación de la herida, con dolor; había un bautismo que quitara la culpa, pero no borrara la conciencia. ¿Y qué más? Por el bautismo de Juan el hombre era purificado para la penitencia, no era promovido a la gracia. Pero el bautismo de Cristo de tal modo regenera, de tal modo transforma, de tal modo hace al hombre nuevo a partir del viejo, que no conoce lo pasado, no recuerda lo antiguo, el que, de terreno hecho celestial, posee ya lo celestial y divino. De aquí que al hijo que vuelve después de su vida disoluta el padre le devuelve la primera túnica de la inmortalidad, le pone el anillo de la libertad, mata el ternero cebado (Lc 15,22-23), convierte las aguas de la penitencia en el vino de la gracia, para que copas de vino puro saciaran ya el banquete de

la gracia: de modo que la sobria embriaguez del cáliz del Señor aboliera los dolores de la conciencia, los gemidos de la penitencia, los lamentos por los pecados: como dice el profeta: Y tu cáliz que embriaga, ¡qué excelente es! (Sal 23,5) Pues cuanto es deforme la embriaguez terrena, tanto es excelente y hermosa la embriaguez celestial.

Decía, pues, a las multitudes que salían para ser bautizadas por él: Raza de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? (Lc 3,7) Haced, pues, frutos dignos de penitencia, y no comencéis a decir: Tenemos por padre a Abraham (Lc 3,8). Porque os digo que Dios es poderoso para suscitar de estas piedras hijos a Abraham (Lc 3,8). Porque ya el hacha está puesta a la raíz de los árboles (Lc 3,9). Todo árbol que no da buen fruto será cortado y arrojado al fuego (Lc 3,9). Raza de víboras. Reprende con un ejemplo, señala con una comparación, descubre con una figura, para poder transformar ya no solo las costumbres, sino la naturaleza misma de esa casta venenosa. Raza de víboras. Porque a los que Dios había creado hombres, había hecho hijos de Abraham, la malicia los parió y convirtió en víboras; y a los que el Hacedor celestial había colmado con la dulzura de la piedad, la amarga impiedad los hizo derramar vómitos mortales, veneno de serpiente; y, con un augurio nefando de crueldad, ser concebidos de la muerte del padre, ser engendrados de la muerte de la madre. Raza de víboras. Prole ingrata a la naturaleza, cuyo nacimiento es la ruina de su engendrador, cuya vida es la muerte de su madre.

Raza de víboras. Se cuenta que la víbora, en el tiempo de su concepción, arranca de un mordisco la cabeza de su cónyuge, recibida dentro de su boca, para concebir por besos sangrientos no un feto, sino un crimen; como si diera a luz hijos verdugos de su propia maldad, por orden de la venganza, no de la naturaleza. Pues las crías, concebidas de la matanza del padre, exigen el alimento de la sangre antes que el de la leche, y piden venganza; pues se dice que las víboras rasgan el seno de la madre y, con entrañas todavía inmaduras, con madura furia, rompen el domicilio criminal de su concepción, de modo que para ellas vivir es esto: no ver a su madre, a la madre que las engendró tales. Obligados, hemos descrito con más extensión el tipo y la figura de la comparación que había hecho san Juan, para que sea cosa no de insulto, sino de verdad, que los judíos sean llamados así por él.

Raza de víboras. Muestra, hermanos, que tales fueron la Sinagoga y sus hijos, a la cual Cristo había venido con afecto de cónyuge, como dice Juan: El que tiene a la esposa es el esposo (Jn 3,29): entre abrazos y los besos sangrientos de Judas, la cabeza de Cristo fue reclamada, y pedida con la boca, cuando se dice: Crucifícalo, crucifícalo (Jn 19,6). De ahí que las prendas concebidas en sangre se armen enseguida para la ruina de la madre de tal modo que, desgarrado el seno de la Sinagoga, acudieran juntas a la voz de Juan y renacieran para la descendencia de Dios. Raza de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? ¿Cuál es esa ira venidera? Aquella que no tiene fin, que

no libra al hombre con la muerte, sino que lo ata: y no permite ya tener esperanza de perdón a quien una vez ha destinado a la pena del Tártaro.

Advertidos así, reconocen su linaje y su crimen, y por eso respondieron diciendo: ¿Qué haremos para salvarnos? (Lc 3,10) Y él, respondiendo, les dijo (Lc 3,11). Lo que va a decir, hermanos, temo decirlo, no sea que haga tantos rebeldes cuantos oyentes veo hoy despreciadores. ¿Qué haré? Temo hablar, no puedo callar: la piedad me prohíbe una cosa, la utilidad me empuja a otra: la piedad, para que el oyente, mientras desprecia, no caiga bajo ello; la utilidad, para que el que lo habría de hacer no deje de oírlo y por ello el maestro falte. Hablo, hermanos, para que también el desnudo se vista, y yo me despoje. El que tiene dos túnicas, dice, dé al que no tiene; y el que tiene alimentos, haga lo mismo (Lc 3,11). ¿Piensas que pide mucho el que de dos túnicas pide una? No pide mucho, porque no pide una joya, sino una túnica; no oro, sino pan. Y si el que de dos túnicas no da una es reo, ¿qué es el que ha negado una de muchísimas, el que encarcela sus vestidos y encierra su pan con este fin, que el pobre perezca de hambre, se consuma de frío? Ese sepulta sus vestidos, no los guarda; no los confía al cuidado, sino a los sepulcros: lo que niega al pobre lo da a las polillas: y él mismo, por sus vestidos, es devorador de su propio cuerpo, como dice el Señor: Su gusano no morirá (Is 66,24); porque el hambre del pobre ha golpeado a Cristo; el dolor del hombre ha saltado a las entrañas de Dios, el gemido del cautivo ha penetrado hasta

lo íntimo de Cristo, el desprecio del necesitado ha redundado en injuria de su Creador, como él mismo declara cuando dice: Tuve hambre, y no me disteis de comer; estuve desnudo, y no me vestisteis (Mt 25,42-43).

Vinieron también los publicanos, diciendo: ¿Qué haremos? (Lc 3,12) Escuchen los publicanos: No pidáis nada más de lo que os está establecido (Lc 3,13). Ha descubierto qué hace reo al publicano: que no pidáis más. El que pide más es exactor de fraude, no de tributo: piensen cuán reo es ante Dios el que embarga al cansado y al oprimido; más y más lo hunde y lo agota con su fraude, y al que apenas alcanza para sus deudas le impone más, y aumenta lo que no se debe. Vinieron también los soldados, diciendo. Escuchen también los soldados qué respondió este maestro también a los soldados que le preguntaban: Y nosotros, ¿qué haremos? (Lc 3,14) Y les dijo: No hagáis extorsión a nadie, ni calumniéis; contentaos con vuestra soldada. Es verdadero soldado el que no hace extorsión, sino que defiende; el que no infiere calumnia, sino que la rechaza; el que corre a la soldada del rey, no el que corre al botín.

El bienaventurado Juan enseñó lo divino de tal modo que no perturbó lo humano: ordenó la cosa pública, no la trastornó; probó que lo que enseñó estaba ordenado por Dios, que es posible hacer y guardar la justicia. Pero qué hay entre el bautismo de Juan y el bautismo de Cristo, puesto que hay que explicarlo con más amplitud, ahora lo callamos.

Sermón CXXXIX.

Sobre remitir al hermano su delito

Como el oro está escondido en la tierra, así el sentido divino se oculta en palabras humanas: y por eso, siempre que se nos abren los dichos del Señor, que la mente despierte, que el ánimo atienda, para que el entendimiento pueda entrar en el secreto de la ciencia celestial. Oigamos por qué el Señor comenzó así hoy. Mirad por vosotros, dice (Lc 17,3). ¿Qué significa esta novedad de expresión? ¿A dónde apunta esta advertencia fuera de lo acostumbrado? Mirad por vosotros, dice. Mira por sí el que no se entromete en los actos ajenos, importuno, desvergonzado, curioso. Mirad por vosotros, dice. El ojo errante, la mirada lasciva, la vista desvergonzada no mira a sus propias ruinas, corre y se precipita a las caídas ajenas; ciego para sus propios crímenes, ve con claridad los errores ajenos; ignorante de sus males, es acusador y testigo de los ajenos; tibio ante su propia culpabilidad, se inflama y arde en el examen de la de otro, y de un inocente. Y, por no extenderme, como dijo el Señor: El ojo que no ve la viga en sí ve la paja en otro (Mt 7,3). ¿No es el ojo el autor de la prevaricación? Y vio la mujer, dice, que el árbol era bueno para comer, y grato a los ojos para mirarlo (Gn 3,6). Puerta de la

muerte, antorcha de la envidia, horno del rencor, con todo el incendio de la codicia recorre lo ajeno más deprisa que corre el fuego por la hierba seca y terrena. Es obra de Dios que el ojo, abierto así en esfera, se estreche angostísimo en la pupila, para que vea con mesura lo que ve, no lo envidie; prevea, no arrebate; mire adelante, no mire con desprecio: que el ojo sea ventana del alma, espejo de la mente, luz del cuerpo, guía de los miembros, no entrada de los vicios.

Pero volvamos a lo dicho antes. Mirad por vosotros, dice. Por vosotros: no dijo «por ti», porque todo lo que el hombre mire por otro, lo mira por sí; y cuanto él vea por el otro, tanto verá el otro por él, como se aclara por lo que sigue: Si tu hermano peca contra ti, dice, repréndelo; y si hace penitencia, perdónalo (Lc 17,3). Ea, hombre, por mandato de Dios, perdona, perdona los pecados: sé misericordioso con los delitos, sé tú el remisor de los pecados cometidos contra ti; solo no pierdas en ti las ínfulas de la potestad divina; todo lo que no remitas en otro, te lo negarás a ti en otro.

Si tu hermano peca contra ti, dice, repréndelo. Reprende como juez, como hermano remite, porque la caridad unida a la franqueza, la franqueza mezclada con la caridad, a la vez reprime el terror y levanta al hermano: el hermano está con fiebre cuando hiere a su hermano, está en furor cuando falta contra el prójimo, no se conoce a sí mismo, es ajeno a la humanidad: el que no lo socorre por compasión, el que no lo cura con paciencia, no lo sana con el perdón, no está sano, está enfermo, está débil, no tiene entrañas, y se muestra ajeno

al sentir humano. Se enfurece el hermano: atribúyelo a la enfermedad, ayúdalo como hermano; atribuye a la fiebre lo que así sucede, y no podrás imputar a tu hermano lo cometido; y darás con prudencia la culpa a la enfermedad, el perdón al hermano; para que su salud revierta en tu gloria, su perdón redunde en tu premio.

Si tu hermano peca contra ti, dice, repréndelo; si hace penitencia, perdónalo. Que nadie, al oír esto, remitiéndose a sí mismo la censura, tome con vana presunción un papel y lo imponga al hermano que falta: y así juzgue duro remitir los delitos. Piense el hombre que es pecador, que pecará: y entonces empieza a amar el perdón, no a amar la venganza. Oyes que debes remitir, y no oyes que se te debe remitir a ti. También tú pecarás mañana contra aquel que hoy pecó contra ti; y será tu juez el que antes era tu reo, y te devolverá el perdón si lo diste: si no lo diste, o negará el perdón o, si lo da, te imputará más de lo que perdone. Remite al que peca, remite al que se arrepiente, para que, cuando tú peques, se te devuelva en perdón, no se te regale. Siempre es bueno el perdón, pero dulcísimo cuando se debe. Ha vencido la pena, se ha adelantado al juez, ha escapado del juicio el que, remitiendo, se ha procurado ya el perdón antes de faltar.

Y si siete veces al día, dice, peca contra ti, y siete veces al día se vuelve a ti, diciendo: Me arrepiento, lo perdonarás (Lc 17,4). ¿Por qué ata con una ley, estrecha con un número, encierra con un límite el perdón al que así impulsa por la misericordia, así suelta por la gracia: si siete

veces, si ocho veces? ¿vence el número a la gracia? ¿se opone la cuenta a la bondad? ¿y una sola culpa entrega a la pena a aquel a quien siete faltas cometidas entregaron ya al perdón? De ningún modo. Pues así como es dichoso el que remitió siete veces, así es más dichoso el que remitió setenta veces siete. Pedro, olvidado de este mandato, pregunta al Señor, diciendo: Si mi hermano peca contra mí, ¿cuántas veces le remitiré? ¿Siete veces? (Mt 18,21) Respondió el Señor: No solo siete veces, sino setenta veces siete (Mt 18,22). El número prescrito, pues, no estrecha el perdón, sino que lo dilata, y lo que termina por precepto lo deja sin término al albedrío; de modo que, si has remitido cuanto él mandó, haya otro tanto de obediencia, y de premio.

Pero el número séptimo, número que parece pequeño, se halla amplísimo en misterio: pues el número séptimo, avanzando por los días, hace el sábado, que el Señor bendijo y destinó al descanso, tanto de su obra como del trabajo humano. El número séptimo, corriendo por ogdóadas, multiplica por siete las semanas de tal modo que nos cierra el Pentecostés cumplido con la solemnidad del misterio, y derrama entonces con sonido celestial toda la lluvia del Espíritu Santo sobre la mies de la Iglesia. El número séptimo, cuando se apresura por los meses, nos consagra las fiestas del séptimo mes con toda la santidad del ayuno (Lv 23). El número séptimo, cuando va por los años, hace semanas, hace el año que da descanso a la tierra, desata todos los lazos de la obligación fraterna (Dt 15). El número séptimo de los años,

cuando recorre las semanas, lleva el año quincuagésimo, que se llama jubileo, a toda la plenitud del perdón y de la remisión (Lv 25); para que se quite la servidumbre, vuelva la libertad; para que se rompan los documentos y registros de las cauciones; resucite el deudor, quede sepultada la deuda; vuelva el campo del pobre, perezca todo el contrato del rico hecho por codicia.

Y si el número séptimo, multiplicado por siete a través de los días, de los meses, de los años, otorgó toda la remisión y el perdón, estime y considere el oyente cristiano qué puede traer el número séptimo multiplicado setenta veces siete. Entonces de verdad cesará el contrato de lo prestado y de lo debido, entonces de verdad será abolida toda la condición de servidumbre, entonces vendrá aquella, aquella libertad sin fin, entonces volverá el campo eterno, para vivir siempre. Vendrá, vendrá entonces la verdadera remisión, cuando sea abolida incluso la necesidad misma de pecar, cuando, pereciendo la inmundicia, el mundo (mundus) será llamado ya verdaderamente limpio (mundus), cuando, volviendo la vida, no habrá muerte, cuando, reinando Cristo, el diablo perecerá ya. Orad, hermanos, para que el Señor nos aumente también la fe, de modo que podamos creer, ver y poseer estos bienes.

Sermón CXL.

Sobre la Anunciación de santa María Virgen

Sea ahora bastante pura la mirada de nuestros ojos para poder fijarse en la claridad del orto divino: pues si toda la salud o pureza de nuestros ojos apenas soporta el fulgor del sol que nace, ¿cuánta limpieza de la vista interior hay que preparar para que pueda soportar el esplendor del autor que surge y resplandece? Pero en el sexto mes, dice, fue enviado el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón que se llamaba José (Lc 1,26-27). El santo evangelista señala el lugar, el tiempo, la persona, para que la verdad del relato quede probada por los indicios manifiestos de los hechos mismos.

Fue enviado, dice, el ángel a una virgen desposada. Dios envía a la virgen un portador alado: pues da las arras y recibe la dote el que trae la gracia; devuelve la fe y entrega los dones del poder el que enseguida desata el compromiso del consentimiento virginal. Vuela presuroso el intérprete a la esposa, para apartar y suspender de la esposa de Dios el afecto de un desposorio humano, y no para quitar la virgen a José, sino para devolverla a Cristo, a quien fue dada en prenda en el seno cuando era formada. Cristo, pues, recibe a su

propia esposa, no arrebata la ajena; ni hace separación cuando junta consigo en un solo cuerpo a su criatura entera.

Pero oigamos qué hizo el ángel: Entrando a ella, dice: Salve, llena de gracia, el Señor está contigo (Lc 1,28). En esta palabra hay una ofrenda, la ofrenda de un don, no el simple oficio de un saludo. Salve. Es decir: recibe la gracia. No tiembles, no estés solícita por la naturaleza. Llena de gracia. Porque en otras hay gracia, en ti vendrá a la vez toda la plenitud de la gracia. El Señor está contigo. ¿Qué es esto: el Señor en ti? Porque viene a ti no con el propósito de visitarte, sino que desciende a ti por un nuevo misterio de nacimiento. Añadió con propiedad: Bendita tú entre las mujeres (Lc 1,28). Porque en aquellas en quienes Eva, maldita, castigaba las entrañas, en ellas se alegra ahora, es honrada, es admirada María, bendita. Y fue hecha ahora verdaderamente madre de los vivientes por la gracia la que fue madre de los que mueren por la naturaleza.

Ella, al oírlo, se turbó por sus palabras (Lc 1,29). ¿Qué es esto, que ve a la persona y se turba por las palabras? Porque el ángel había venido amable en el aspecto, fuerte en la guerra, apacible en el porte, terrible en la palabra, profiriendo cosas humanas, prometiendo cosas divinas. Por eso también a la virgen, a quien la vista había inquietado levemente, la turbó sobremanera el oído; y a la que la presencia del enviado había conmovido poco, la sacudió con todo su peso la autoridad del que enviaba. ¿Y qué más? Enseguida sintió que era recibido en ella el Juez de lo

alto, cuando ya antes había visto y contemplado al aposentador celestial. Pues aunque con suave impulso, con afecto piadoso, Dios convertía para sí a una virgen en madre, el Señor a una sierva en engendradora, se turbaron sin embargo sus entrañas, su mente retrocedió, su misma condición se estremeció, cuando Dios, a quien no abarca toda la creación, se recogió y se escondió entero dentro de un pecho humano.

Y la Virgen, dice, pensaba qué saludo era este (Lc 1,29). Advierta vuestra caridad, como dijimos, que la Virgen consintió a un saludo no de palabras, sino de hechos; y que la voz no fue de homenaje común, sino que fue toda la fuerza del poder de lo alto. Piensa, pues, la Virgen, porque responder pronto es propio de la ligereza humana, pero pensar es propio de un peso grandísimo y de un juicio maduro. Mucho ignora cuán grande es Dios el que no se pasma ante la mente de esta Virgen, no admira su ánimo: el cielo se llena de pavor, tiemblan los ángeles, la creación no lo soporta, la naturaleza no basta, una sola muchacha abarca de tal modo a Dios en su pecho, lo recibe, lo agasaja con hospitalidad, que como alquiler por esa casa exige paz para la tierra, gloria para los cielos, salvación para los perdidos, vida para los muertos, parentesco de lo terreno con lo celestial, comercio de Dios mismo con la carne, lo gana como paga por ese mismo seno, y cumple aquello del Profeta: He aquí la herencia del Señor, los hijos; la recompensa, el fruto del vientre (Sal 127,3). Pero cierre ya el sermón, para que, por don

de Dios y si el tiempo lo permite, hablemos con más agrado del parto de la Virgen.

Sermón CXLI.

Sobre la Encarnación de Cristo

Cuán grande es el secreto de la alcoba regia, con qué reverencia, con qué temblor se tiene el lugar donde reposa la potestad misma del príncipe, cómo a ningún extraño, a ningún impuro, a ningún infiel se abre y se permite allí el acceso; cuán limpios, cuán castos, cuán fieles homenajes aguardan allí: lo enseñan las insignias manifiestas de la corte imperial. ¿Quién, siendo vil, quién, siendo indigno, se acerca a las puertas mismas del palacio? Ciertamente a la cámara del esposo nadie es admitido si no es muy cercano, muy íntimo, de buena conciencia, de fama loable, de vida probada. Pero dentro de esa misma cámara Dios toma solo a la virgen; solo es recibida la virginidad intacta.

Por eso, oh hombre, advertido por estos ejemplos, estima quién eres, cuán grande eres, cómo eres, y solo entonces considera si puedes penetrar el secreto del nacimiento del Señor, si mereces llegar a la cámara de aquel pecho donde reposa toda la majestad del Rey de lo alto, toda la majestad de la divinidad; si debes, examinador temerario, fijarte con ojos humanos, con sentidos corporales, en la concepción de la virgen; si puedes, árbitro audaz y curioso, contemplar

las manos mismas de Dios que obran para sí el santo templo de un cuerpo dentro del seno de la progenitora, desnudar a tus miradas el misterio escondido a los siglos, revelarte el sacramento invisible a los ángeles mismos; y presidir así la fábrica celestial hasta comprender con claridad cómo Dios entró en el santuario de una carne cerrada, cómo en aquel venerable seno pintó los rasgos del sagrado cuerpo sin que la Virgen lo advirtiera, cómo sin que lo sintiera la que concebía consolidó los huesos que habían de durar por los siglos; cómo, fuera del orden del hombre, produjo la verdadera forma de un hombre; cómo, sin la solicitud de la carne, asumió toda la verdad de la carne; por qué razón, fuera de la naturaleza de nuestra carne, asumió su cualidad entera: y si no se te ha abierto libre acceso a estas cosas, ¿no pudo Dios asumir ahora de la carne lo que en el principio asumió del limo? Más bien, porque todo es posible para Dios, y a ti no te es posible llegar ni siquiera a la menor de las obras de Dios, no examines la concepción de la Virgen, sino cree; piensa piadosamente que Dios quiso nacer, porque haces injuria si lo indagas; percibe por la fe el gran misterio del nacimiento del Señor, porque ni siquiera la menor de las obras de Dios podrás alcanzar sin la fe, como dice la Escritura: Todas sus obras son en la fe (Sal 33,4).

Pero tú quieres que aquí todo conste por la razón, donde todo consiste en la fe; la cual, sin embargo, no subsiste sin razón, sino por la razón de Dios, no por la tuya, hombre. ¿Qué hay tan razonable como que Dios pueda cuanto

haya querido? El que no puede lo que quiere no es Dios. Lo que Dios manda, pues, lo ejecuta el ángel, lo cumple el Espíritu, lo efectúa el poder, lo cree la Virgen, lo recibe la naturaleza, lo narran los cielos, lo anuncia el firmamento, lo muestran las estrellas, lo predican los Magos, lo adoran los pastores, lo conocen los ganados, atestiguándolo el profeta: Conoció el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su Señor (Is 1,3). Tú, hombre, si no enseguida con los ángeles, reconócelo al menos muy tarde con las bestias; no sea que, mientras te demoras, quedes pospuesto a las mismas bestias a las que antes habías sido comparado. Mira, las bestias halagan con la cola, acarician con las orejas, lamen con la lengua, y con el movimiento que pueden reconocen que su autor ha venido, contra la naturaleza, a tu naturaleza; y tú, con los judíos, examinas y criticas, los cuales excluyeron de sus posadas a su Señor, a quien las bestias recibieron en sus pesebres. Por eso, si al fin vas a prestar oído piadoso al menos a los ángeles, admite, si no con dicha, al menos con dignación, lo que el ángel ha de decir: cosa que un discurso bien necesario para vosotros nos obliga, santos hermanos, a diferir hoy y a referir en el sermón siguiente.

Sermón CXLII.

Sobre la Anunciación de santa María Virgen

Habéis oído hoy, hermanos carísimos, al ángel tratando con una mujer de la restauración del hombre. Habéis oído que se trataba de que el hombre, por los mismos caminos por los que se había deslizado a la muerte, volviera a la vida. Trata, trata el ángel con María de la salvación, porque un ángel había tratado con Eva de la ruina. Habéis oído al ángel construyendo con arte inefable, del limo de nuestra carne, un templo de la majestad divina. Habéis oído que Dios es colocado en la tierra, el hombre en el cielo, por un misterio incomprensible. Habéis oído que, de un modo inaudito, Dios y el hombre se mezclan en un solo cuerpo. Habéis oído que la frágil naturaleza de nuestra carne es fortalecida por la exhortación del ángel para llevar toda la gloria de la deidad.

En efecto, para que la fina arena de nuestro cuerpo no sucumbiera en María bajo tan gran peso de la fábrica celestial, y para que en la virgen no se quebrara la tenue vara que había de llevar el fruto de todo el género humano, la voz del ángel, para ahuyentar el miedo, se adelantó enseguida, diciendo: No temas, María (Lc 1,30). Antes de la causa se anuncia por el nombre la dignidad de

la virgen: pues María en lengua hebrea se llama en latín señora (domina): el ángel, pues, la llama señora, para que el temblor de la servidumbre abandone a la progenitora del Dominador (dominator), a la que la autoridad misma de su vástago hizo y obtuvo que naciera y se llamara señora.

No temas, María, porque has hallado gracia (Lc 1,30). Es verdad que el que ha hallado gracia no sabe temer. Has hallado gracia. ¿Ante quién? Ante Dios. Bienaventurada la que, sola entre los hombres, mereció oírlo antes que todos. Has hallado gracia. ¿Cuánta? cuanta había dicho más arriba: llena. Y verdaderamente llena, pues con lluvia abundante había de derramarse sobre toda la creación e infundirse en ella. Porque has hallado gracia ante Dios. Al decir esto, el ángel mismo se admira de que o bien una mujer sola, o bien todos los hombres por una mujer, hayan merecido la vida: se pasma el ángel de que Dios entero venga a las estrecheces de un seno virginal, Dios para quien toda la creación junta es estrecha. De aquí que el ángel se detenga, de aquí que llame a la Virgen por su mérito, la interpele por la gracia, apenas le descubra la causa mientras escucha, para hacer avanzar su entendimiento, apenas la componga, con largo temblor. Considerad, hermanos, con qué reverencia, con qué temblor conviene y corresponde que asistamos a tan gran misterio, cuando el ángel mismo, no sin miedo, disipa el miedo de la que escucha.

He aquí que concebirás en el seno (Lc 1,31). Con razón concebirás lo que la carne no conoce, la condición no tiene, la naturaleza no admite. He

aquí que concebirás en el seno. ¿Quién llega al fruto antes de sentir el trabajo y el sudor de la tierra? ¿Quién coge las manzanas antes de dedicar y emplear en la planta su industria? ¿Quién llega a alguna morada fuera del camino? ¿Quién, fuera de la naturaleza, recibe el crecimiento de la naturaleza? Bienaventurada, pues, y verdaderamente bienaventurada María, que, sin los cuidados del engendrar, sin las molestias del dolor de madre, llegó a tan grande gloria de descendencia. Bienaventurada la que de tal modo recibió y guardó en su propio pecho la prenda divina, que todo lo exterior del cuerpo no lo supo. Bienaventurada la que lo que había recibido de lo alto, al referírselo el ángel, de tal modo lo confió y encomendó a su mente sola. Dentro de la casa de la Virgen se lleva a cabo el negocio celestial de tal modo que, permaneciendo los cerrojos, los recintos mismos de la casa no lo sienten.

Concebirás, y darás a luz un hijo (Lc 1,31). El que entra y sale, y no deja huella alguna de su entrada ni de su salida, es un morador divino, no humano; y el que con su concepción guarda virgen a la virgen y con su nacimiento la deja virgen no es un hombre terreno, sino celestial. Apártese, pues, el orden de nuestra carne; nada reivindique aquí para sí nuestra naturaleza, donde para una descendencia divina se instituye un orden celestial en una naturaleza divina. Que las palabras concepción y parto no fatiguen el ánimo del oyente, ni muevan a la ligera el sentir del cristiano, donde para una descendencia celestial se cumplen las divinas insignias del poder de Dios.

Concebirás y darás a luz un hijo. No dijo «para ti»; dijo «tuyo». ¿Por qué? Porque lo santo será llamado Hijo de Dios (Lc 1,35). Virgen, la gracia te hizo madre, no la naturaleza; la piedad quiso que se te llamara progenitora, lo que la integridad no permitía; en tu concepción, en tu parto creció el pudor, aumentó la castidad, se robusteció la integridad, se consolidó la virginidad, perseveraron todas las virtudes. Virgen, si todo se te conserva intacto, ¿qué diste? Si virgen, ¿cómo madre? Si esposa, ¿cómo progenitora? Aquel por quien todo se te acrecentó no menguó nada, Virgen. Virgen, tu autor es concebido de ti, tu origen nace de ti, en tu vástago está tu progenitor, en tu carne está tu Dios, y recibió por ti la luz del mundo el que dio la luz al mundo. Advertida, pues, por el ángel, Virgen, no te atrevas a llamarlo hijo tuyo, sino que, en cuanto lo hayas engendrado, invoca al salvador: porque la virginidad no da a luz un hijo para sí, sino que da a luz la prenda del autor, y la integridad lleva a su señor, no a un niño de crianza, como dice el ángel: Y le pondrás por nombre Jesús (Lc 1,31), que en la palabra latina se llama Salvador.

Y dijo María al ángel: ¿Cómo será esto? (Lc 1,34) He aquí que María pregunta: y si el que pregunta duda, ¿por qué solo Zacarías incurre en reproche como un preguntón quejumbroso? Porque el juez instructor de los pechos penetró no las palabras, sino los corazones; juzgó no lo que dijeron, sino lo que sintieron; pues era distinta la causa de los que preguntaban, del todo diversa la manera. Ella creyó contra la naturaleza, él duda

en favor de la naturaleza; ella pregunta el orden de una cosa que queda íntegra, él da por escrito que no puede hacerse lo que Dios manda; él, con ejemplos que lo empujan, no llega a la fe, ella sin ejemplo corre hasta la fe; ella se admira del parto de una virgen, él discute sobre una concepción conyugal. Con razón, pues, ella habla, ella conoce y confiesa a Dios en su cuerpo; él calla, hasta que, convicto, devolviera de su propio cuerpo a Juan, a quien había negado.

¿Cómo será esto? ¿Por qué? Puesto que no conozco varón (Lc 1,34). Mujer, ¿qué varón buscas? ¿el que tú perdiste en el Paraíso? Devuelve el varón, mujer, devuelve el depósito de Dios, devuelve de ti al que perdiste por ti: deja a un lado el orden de la naturaleza, reconoce el orden del Creador. Él asumirá de ti y hará un varón, el que en el principio te hizo y te asumió del varón; no busques varón, cese la obra del hombre, porque para la restauración del hombre basta el arte divino. De aquí que Dios mismo venga a ti, porque te arrepentiste de haber llegado al hombre.

Ya no la carne a la carne; sino que el Espíritu Santo vendrá sobre ti (Lc 1,35). Porque lo que nace de la carne es carne; y lo que nace del Espíritu es espíritu (Jn 3,6). El que nace, pues, del Espíritu es sin discusión Dios, porque el Espíritu es Dios. El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra (Lc 1,35). La cubre con su sombra el poder de Dios, para que la fragilidad humana, que va a llevar a Dios, no sucumba. Y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. No conoce el ardor de nuestro cuerpo aquella

a quien protege la sombra del poder divino; ni busca el secreto de una morada mundana la que se ve rodeada con el velo del esplendor de lo alto.

Por eso lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios (Lc 1,35). Que nadie tome aquí «santo» en sentido común, sino con aquella singularidad con que se clama en los cielos: Santo, Santo, Santo, Señor Dios Sabaot (Is 6,3). María, por su parte, es enviada a Isabel, la virgen a la estéril, la niña a la anciana, para que en piadosa competencia ambas tomen, reciban por igual, una la fe a partir de la novedad, la otra el poder a partir de la necesidad.

Oído esto, respondió María: He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra (Lc 1,38). La que es llamada señora por el ángel se reconoce y se confiesa ella misma esclava. Porque el ánimo devoto crece hacia el homenaje con los lazos de los beneficios: se acrecienta hacia la gracia, no salta a la arrogancia, no se hincha hasta la soberbia. Hágase en mí según tu palabra. La que cree a la palabra con razón concibe al Verbo: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios (Jn 1,1); y llega a la cosa entera la que con el oído consiente al secreto de la fe. ¡Cuánto peca el hereje que no cree después del hecho, cuando ve que ella lo creyó tanto antes del hecho!

Sermón CXLIII.

Sobre lo mismo

Se os debe, ciertamente, un sermón del nacimiento, pero el inefable misterio de la Natividad del Señor conviene más creerlo que referirlo. La Virgen dio a luz. Lo que la naturaleza no tiene, la costumbre no conoce, la razón ignora, la mente no abarca, el cielo se llena de pavor, la tierra contempla con pasmo, la creación admira, ¿cómo lo narrará la palabra humana? En efecto, el evangelista, así como abre con palabra humana la concepción de la Virgen, el parto de la Virgen, así lo cierra con un arcano divino: y lo hace para que el hombre no se atreva a examinar lo que se le ha mandado creer. ¿Quién alcanza el arcano de Dios, el parto de la Virgen, las causas de las cosas, el negocio de los siglos, el comercio de la divinidad y de la carne, hombre y Dios un solo Dios?

El evangelista dice así: Fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea cuyo nombre era Nazaret, a una virgen desposada con un varón cuyo nombre era José, y el nombre de la virgen era María (Lc 1,26-27). Fue enviado el ángel por Dios; donde el mediador es un ángel, cese la opinión humana; donde el mensajero es celestial, sea rechazada la interpretación terrena. Entorpézcase la curiosidad humana donde el in-

térprete es de lo alto. Fue enviado el ángel por Dios. El que oye con más atención que fue enviado por Dios rehúye escudriñar el secreto de la deidad. Lo que Dios manda por medio de un ángel merece saberlo el que teme saberlo. Escucha al Señor que dice: ¿Sobre quién miraré, sino sobre el humilde y el manso, y el que tiembla ante mis palabras? (Is 66,2) El humilde y el manso: cuanto es manso el que obedece a lo mandado, tanto es no manso el que examina lo mandado.

Fue enviado el ángel a una virgen. Porque la virginidad es siempre pariente de los ángeles. Vivir en la carne fuera de la carne no es vida terrena, sino celestial. Y si queréis saberlo, adquirir la gloria angélica es más que tenerla; ser ángel es cosa de felicidad, ser virgen cosa de virtud; pues la virginidad obtiene con sus fuerzas lo que el ángel tiene por naturaleza. El ángel, pues, y la virgen cumplen un oficio divino, no humano.

Entrando, dice, el ángel a ella, le dijo: Salve, llena de gracia, el Señor está contigo, bendita tú entre las mujeres (Lc 1,28). Salve, llena de gracia, el Señor está contigo: veis con qué dones ha sido dada en prenda la virgen. Salve, llena de gracia, el Señor está contigo. Salve: es decir, recibe. ¿Qué? Los poderes de los dones, no del pudor. Salve, llena de gracia. Esta es la gracia que dio gloria a los cielos, Dios a la tierra, fe a las naciones, fin a los vicios, orden a la vida, disciplina a las costumbres. Esta gracia la trajo el ángel, la recibió la Virgen, para devolver la salvación a los siglos. Salve, llena de gracia. Porque a cada uno la gracia se ha dado por partes, pero a María la plenitud de la gracia

se le dio toda entera a la vez. Todos, dice el evangelista, hemos recibido de su plenitud (Jn 1,16). Por eso dice también David: Descendió como la lluvia sobre el vellón (Sal 72,6). El vellón, aunque procede de un cuerpo, no conoce las pasiones del cuerpo; así la virginidad, aunque está en la carne, ignora los vicios de la carne. La lluvia celestial, pues, se derramó con plácido descenso sobre el vellón virginal, y toda la ola de la divinidad se escondió en el vellón absorbente de nuestra carne, hasta que, exprimida por el patíbulo de la cruz, se derramara sobre todas las tierras como lluvia de salvación. Y como gotas que destilan sobre la tierra (Sal 72,6). Para que los tiempos, repartidos por gotas vivificantes, regaran los brotes de la fe, no los ahogaran.

Salve, llena de gracia, el Señor está contigo. Fue enviado el ángel por Dios, ¿y qué dice? El Señor está contigo. Luego estaba con la Virgen el que había enviado a la Virgen. Dios precedió a su mensajero, pero no se apartó de Dios: no puede ser contenido por los lugares el que se halla en todos los lugares; y está entero en todas partes aquel sin quien nada está entero. Bendita tú entre las mujeres. Verdaderamente bendita la virgen, que posee el decoro de la virginidad y ha llevado la dignidad de madre. Verdaderamente bendita la que mereció la gracia de una concepción de lo alto y se llevó la corona de la integridad. Verdaderamente bendita la que recibió la gloria de un vástago divino y se mostró reina de toda la castidad. Verdaderamente bendita la que fue mayor que el cielo, más fuerte que la tierra, más ancha

que el orbe; pues a Dios, a quien el mundo no abarca, ella sola lo abarcó. Llevó al que lleva el orbe, engendró a su progenitor, alimentó al que alimenta a todos los vivientes.

Pero veamos qué dice el evangelista: María, dice, al ver al ángel, se turbó por sus palabras (Lc 1,29). Se turbó la carne, se sacudieron las entrañas, tembló la mente, quedó atónita toda la profundidad del corazón: porque en la entrada del ángel sintió la virgen la entrada de la divinidad. Se turbaba el templo del cuerpo humano, y se conmovían las estrecheces del domicilio carnal, cuando toda la grandeza de Dios se escondía en un pecho virginal.

Pero, si os parece, antes de penetrar el arcano de la fe cristiana, hablemos a los que atribuyen el parto de la virgen, el gran misterio de la piedad (1 Tim 3,16), la restauración de la salvación humana, a una injuria de la divinidad. Dios vino a la virgen, es decir, el artífice a su obra, el Creador a su criatura. ¿Cuándo la restauración de la obra no redunda en honor del artífice? ¿Cuándo no se tiene por honor y gloria que el hacedor repare su hechura? Para no perder su obra, ¿no la recobra uno cuando envejece, y la levanta cuando cae, y la reforma para mejor cuando se destruye? Por tanto, lo que se hace en el parto de la virgen no es injuria del Creador, sino que es salvación de la criatura. Si Dios hizo al hombre, ¿quién le reprocha que lo rehiciera? y si se cree dignamente que lo formó del limo, ¿por qué se juzga indigno que lo reformara de la carne? ¿Qué es más precioso, la carne o el limo? Por tanto, cuanto más preciosa es

la materia de nuestra restauración, tanto mayor es la gloria.

¿O cuándo no es Dios el plasmador del hombre en el seno? Escucha a Job: Tus manos me hicieron y me plasmaron (Job 10,8). Y después: Como queso me cuajaste: con huesos y nervios me entretejiste, me diste vida y misericordia (Job 10,10-12). Y David: Tú me formaste, y pusiste sobre mí tu mano (Sal 139,5). Y Dios a Jeremías: Antes de que estuvieras en el seno te conocí, y en el seno te santifiqué (Jer 1,5). Si, pues, dibujó los rasgos de Job en el vientre de su engendradora, si ensambló los miembros de David en el seno de su madre, si santificó a Jeremías en el seno de su progenitora, si llenó a Juan del Espíritu Santo en el seno de una estéril, ¿qué tiene de extraño ahora que habitara en el seno de una virgen el que tomó a la mujer del costado del hombre? Él volvió a tomar al hombre del seno de la mujer, él que formó a la virgen del cuerpo del varón; y por consiguiente, hombre, lo que a ti te parece nuevo para Dios es antiguo.

Pero dices: «¿Qué necesidad de nacer tenía Dios, que tiene a mano la potestad de hacer?». ¿Qué necesidad? Que rehiciera naciendo la naturaleza misma que había hecho obrando: porque la que había sido hecha para engendrar para la vida, ella misma engendraba para la muerte. Por el pecado del primer hombre la naturaleza recibió una herida mortal, y comenzó a ser origen de muerte la que era principio de vida. Este es, pues, el negocio de la natividad que impulsó a Cristo a nacer: que la natividad del autor diera a

la naturaleza su curación, y que la curación de la naturaleza fuera la vivificación de los hijos.

Sermón CXLIV.

Sobre lo mismo

La profundidad del asunto nos hace aplazar el sermón sobre el nacimiento de Cristo, y nos obliga a ello la grandeza del misterio. La Virgen dio a luz: ¿quién lo dirá? El Verbo se hizo carne (Jn 1,14): ¿quién lo narrará? Si el Verbo de Dios da a la infancia el vagido, ¿cómo clamará en palabras el hombre imperfecto? Cuanta luz dio la estrella de noche a los Magos que buscaban, tanta claridad ofrece a los oyentes el sermón del maestro sobre el nacimiento del Señor: para que se alegren de haber encontrado a Cristo, no se atrevan a divagar, honren con dones la infancia, no la disminuyan. Pero orad, hermanos, para que el que poco a poco creció en nuestro cuerpo se digne crecer poco a poco en nuestra palabra.

El evangelista refirió hoy que el ángel habló así: No temas, María, porque has hallado gracia ante Dios (Lc 1,30). No temas, María: ¿por qué? Porque has hallado gracia. No teme el que encuentra, sino el que pierde. Halló, halló esta, concibiendo, la gracia de un vástago de lo alto, ella que al dar a luz no perdió las insignias de la virginidad. No temas, María. ¿Qué teme la que concibe la seguridad del universo, da a luz los gozos de los siglos? No hay temor donde el nego-

cio es divino, no humano; donde hay conciencia de virtud, no de vergüenza. ¿Qué teme la que recibió a aquel a quien temen todas las cosas que son temidas? ¿Qué teme aquella cuyo defensor es el juez de la causa, y la integridad testigo de su inocencia? No temas, María, porque has hallado gracia ante Dios. Lo que en el principio estaba junto a Dios, el Verbo, Dios, la virgen lo halló dentro de sí, y fue hecha gran templo de la deidad la que era pequeño hospedaje de la humanidad; y a aquel a quien no contenía la pequeñez del cuerpo humano comenzó a contenerlo la grandeza de un seno virginal.

He aquí, dice, que concebirás en el seno (Lc 1,31). Por reverencia habría bastado decir «concebirás»; lo que encarece, «en el seno», ¿qué es? Que la concepción fuera verdad, no figura; que el parto fuera la realidad, no imagen; que, así como de Dios verdadero nació Dios verdadero, así de una concepción verdadera naciera la verdad de un cuerpo humano. En el nacimiento de Cristo, hermanos, se quitó la injuria del cuerpo humano, no su naturaleza; ni fue destruida la criatura, sino condenada la culpa. Hay, pues, una herejía que miente diciendo que Cristo asumió un cuerpo aéreo: finge que no tuvo carne, sino que simuló un hombre.

Concebirás en el seno, y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Lo que en hebreo es Jesús, en griego Soter, se dice en latín Salvator. Con razón, pues, se le conserva todo intacto (salva) a la Virgen que engendró al Salvador (Salvatorem) de todos. Y le pondrás por nombre Jesús,

porque en este nombre se adora toda la majestad de la deidad: todos los que moran en los cielos, todos los que habitan la tierra, todos los que están retenidos en la profundidad del infierno, se postran ante este nombre, lo adoran. Escucha al Apóstol que dice: Que al nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los del cielo, de la tierra y de los infiernos (Flp 2,10). Este nombre, que dio vista a los ciegos, oído a los sordos, carrera a los cojos, habla a los mudos, vida a los muertos, y el poder de este nombre ahuyentó toda la potestad del diablo de los cuerpos poseídos. Y si el nombre es tan grande, ¿cuán grande será la potestad? Pero ¿quién es este que es llamado con este nombre? Que lo diga ya el ángel. Y será llamado Hijo del Altísimo (Lc 1,32). Veis que lo que concibe la Virgen no es un vástago terreno, sino celestial. La Virgen dio a luz, pero Dios recibió al Hijo. Por tanto, el que discute sobre esta natividad de modo humano apunta a toda injuria contra tan gran Progenitor.

Y el Señor, dice, le dará el trono de David su padre (Lc 1,32). De aquí el hereje engendra las nieblas de su incredulidad, de aquí se fabrica la materia de su error. «He aquí —dice— que no lo digo yo, sino el ángel: El Señor Dios le dará; ¿acaso no es mayor el que da que el que recibe? y el que recibe, antes de recibir no tenía». Pero nosotros, hermanos, oigamos esto no como incrédulos, sino como fieles; y sea para nosotros argumento de fe lo que para ellos es ocasión de error. El Señor Dios le dará. ¿Quién da, o a quién da? Sin duda Dios da al hombre, la divinidad a la carne. El Señor Dios le dará. ¿Qué Dios? Sin duda el Verbo

que era en el principio, siempre Dios. ¿A quién da? A lo que se hizo carne, y habitó en nosotros (Jn 1,14). Escucha al Apóstol que dice: Dios estaba en Cristo reconciliando consigo el mundo (2 Cor 5,19). Consigo, sin duda, no con otro. Este Dios, pues, que estaba en Cristo, se daba a sí mismo el reino en Cristo, y confería al cuerpo asumido lo que siempre había poseído por su divinidad, como se prueba por las palabras mismas del ángel.

El Señor Dios le dará el trono de David su padre. Ves que cuando recibe se le llama hijo de David; cuando da, se le nombra Hijo de Dios; él mismo dijo: Todo lo que tiene el Padre es mío (Jn 16,15). ¿Y qué necesidad hay de recibir donde está la potestad de tener? Dice: Todo lo que tiene el Padre es mío. ¿Quién recibe lo que es suyo? ¿O es gracia del que da, si es del que recibe lo que se dona? Reconocemos que recibió, pero es este que nació, que asumió la carne, que asumió la infancia, que soportó la cuna, que asumió las edades, que sostuvo el trabajo, que sintió el hambre, que padeció la sed, que no rehuyó tantos géneros de injurias, que subió a la cruz, que sufrió la muerte, que entró en el sepulcro: hereje, atribuye a este lo que recibió. ¿Pero piensas que desdeña recibir honor de Dios el que recibió de los hombres tantas injurias? ¿O crees que tiene a menos que un padre le confiera el reino el que asumió de enemigos las penas y la muerte? Hereje, lo que es de la injuria, lo que es de la infancia, lo que es de la edad, lo que es del tiempo, lo que es de lo dado, lo que es de lo recibido, lo que es de la disminución, lo que es de la muerte, si entiendes que no es de la divinidad,

sino del cuerpo, no infligirás injuria alguna al Hijo, no harás distancia alguna en la Trinidad.

Pero volvamos a nosotros, y hablemos ya de lo que es nuestro. El Señor Dios, dice, le dará el trono de David su padre, y reinará en la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin (Lc 1,32-33). El que en el cielo estuvo siempre sentado con el Padre recibió ahora el trono de David en la tierra: el que reinará siempre para sí ha obtenido ahora para nosotros, en la casa de Jacob, un reino eterno. Alegrémonos, hermanos, porque el que reinó para sí va a reinar para nosotros; alegrémonos, porque vino a reinar en la tierra para que nosotros podamos reinar con él en el cielo. Escucha al Apóstol: Si padecemos con él, también reinaremos con él (2 Tim 2,12). Para nosotros nació, para nosotros sin duda vino a dar el reino, como él mismo lo promete cuando dice: Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os ha sido preparado desde el origen del mundo (Mt 25,34). Dijo «para vosotros», no «para mí». Viene para estar siempre con nosotros, para estar siempre ante nuestros ojos el que ahora solo es tenido en nuestros corazones. Vendrá, para que aquellos que tienen gloria por el reino tengan confianza por la familiaridad.

Y su reino no tendrá fin. Tú que crees en su venida, alégrate, porque prometió un reino sin fin, donde hay milicia sin sucesor, donde las dignidades son perpetuas. Pero ¿qué es esto, que los que ambicionan lo que ha de pasar no ambicionan lo que ha de permanecer? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto, que compran con oro honores caducos y no

quieren recibir gratuitamente los sempiternos? Hermanos, aquí se preparan los cargos, aquí se decretan los puestos, aquí se asignan los honores; aquí, el que no haya recibido los nombramientos de la fe del Evangelio no tendrá allá las ínfulas de las dignidades eternas. Por tanto, si nos agrada la milicia, si queremos militar siempre, empuñemos las armas de Cristo, velemos, seamos sobrios, venzamos al diablo, derribemos los vicios, para que podamos recibir premios y coronas a la vez de nuestro Señor Jesucristo mismo, que reina con Dios Padre ahora y siempre, y por todos los siglos de los siglos. Amén.

Sermón CXLV.

Sobre la generación de Cristo, y sobre José, que quería repudiar a María

Vais a oír hoy, hermanos, cómo el bienaventurado evangelista nos refirió el misterio de la generación de Cristo. La generación de Cristo, dice, era así: Estando desposada su madre María con José, antes de que convivieran, se halló que tenía en el seno del Espíritu Santo; pero José, su marido, como era justo y no quería exponerla, quiso repudiarla en secreto (Mt 1,18-19). ¿Y cómo es justo el que decidió no examinar la concepción de su esposa? ¿No indaga la causa de un pudor sospechoso, no vindica la fama del matrimonio, sino que la echa de menos? Quiso repudiarla en secreto. Esto parece convenir más al piadoso que al justo; pero a juicio humano, no divino. Ante Dios ni la piedad existe sin la justicia, ni la justicia sin la piedad; en el sentir celestial no se tiene la equidad sin la bondad, ni la bondad sin la equidad. Las virtudes, si se separan, se desmoronan; la equidad sin bondad es fiereza, y la justicia sin piedad es crueldad. José, pues, con razón era justo, porque era piadoso; y piadoso, porque justo. En efecto, porque piensa en la piedad, estuvo libre de crueldad; porque modera la causa, guardó el juicio; porque difiere la venganza, evitó

el crimen; porque rehúye al acusador, huyó de la sentencia. Hervía su santo ánimo, herido por la novedad del asunto; estaba allí la esposa encinta, pero virgen; estaba llena de una prenda, pero no vacía de pudor; estaba inquieta por la concepción, pero segura de su integridad; estaba vestida con el don de madre, pero no excluida del honor de la virginidad.

¿Qué iba a hacer el esposo ante esto? ¿Acusarla de crimen? Pero él mismo era testigo de su inocencia. ¿Hablar de culpa? Pero él mismo era el guardián de su pudor. ¿Insistir en el adulterio? Pero él mismo era el defensor de su virginidad. ¿Qué iba a hacer ante esto? Piensa en repudiarla, porque no podía ni descubrirlo fuera ni guardar dentro lo que había sucedido. Piensa en repudiarla, y se lo dice todo a Dios, porque no tenía qué decir al hombre. Y nosotros, hermanos, siempre que el asunto turba, la apariencia engaña, el color del negocio hace ignorar lo interior, declinemos el juicio, sustraigamos la venganza, huyamos de la sentencia, digámoslo todo a Dios; no sea que, mientras quizá ansiamos con ligereza el castigo de los inocentes, pronunciemos contra nosotros mismos una sentencia dañosa, como dice el Señor: Con el juicio con que juzguéis, se juzgará de vosotros (Mt 7,2).

Ciertamente, si nosotros callamos, clamará Dios, responderá el ángel, que se adelantó así a José para que no abandonara la inocencia: José, dice, hijo de David, no temas recibir a María tu cónyuge; porque lo que en ella ha nacido es del Espíritu Santo (Mt 1,20). Dará a luz un hijo, y le

pondrás por nombre Jesús; porque él salvará a su pueblo de sus pecados (Mt 1,21). José, hijo de David. Veis, hermanos, que en una persona se llama a un linaje, veis que en uno se nombra a toda una estirpe, veis que en José se cita ya la serie de la genealogía de David. José, hijo de David. Nacido en la vigésima octava generación, ¿cómo se le llama hijo de David, sino porque se abre el arcano del linaje, se cumple la fe de la promesa, la concepción de lo alto del parto celestial queda ya sellada en carne virginal? José, hijo de David. Con tal palabra se había proferido a David la promesa de Dios Padre: Juró el Señor a David la verdad, y no lo defraudará: del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono (Sal 132,11). Hecho que ciertamente se gloría en tal cántico: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha (Sal 110,1). Del fruto de tu vientre: bien «fruto de tu vientre», bien «del seno», porque el huésped celestial, el morador de lo alto, de tal modo descendió al hospedaje del seno que no conoció los cerrojos del cuerpo; de tal modo salió de la morada del vientre que la puerta virginal no se abrió, y se cumplió aquello que se canta en el Cantar de los Cantares: Huerto cerrado, hermana mía, esposa; huerto cerrado, fuente sellada (Cant 4,12).

José, hijo de David, no temas. Se advierte al esposo que no tema la causa de la esposa; y en verdad el ánimo piadoso, mientras se compadece, más se llena de pavor. José, hijo de David, no temas. No sea que, estando seguro en la conciencia, sucumbas ante el conocimiento del misterio. José, hijo de David, no temas. Lo que ves es poder,

no crimen; aquí no hay una caída humana (lapsus), sino un descenso divino (illapsus); aquí hay premio, no culpabilidad; aquí hay crecimiento del cielo, no detrimento del cuerpo; aquí no hay traición de una persona, hay secreto del juez; aquí hay palma del juez instructor, no pena de suplicio; aquí no hay hurto de un hombre, hay tesoro de Dios; aquí no hay causa de muerte, sino de vida. Y por eso no temas, porque la que da a luz la vida no merece que la maten. José, hijo de David, no temas recibir a María tu cónyuge. Llamar cónyuge a la esposa es de ley divina: así pues, como, permaneciendo la virginidad, es madre, así, permaneciendo el pudor, se la llama cónyuge.

José, hijo de David, no temas recibir a María tu cónyuge; porque lo que en ella ha nacido es del Espíritu Santo. Vengan, oigan, los que preguntan quién es aquel a quien María engendró. Lo que en ella ha nacido es del Espíritu Santo. Vengan, oigan, los que con un torbellino griego se esforzaron por nublar la pureza latina, Anthropotokos, Christotokos, para quitar Theotokos, blasfemando. Lo que en ella ha nacido es del Espíritu Santo. Y lo que ha nacido del Espíritu Santo es espíritu, porque Dios es espíritu (Jn 3,6; 4,24). ¿Por qué, pues, preguntas quién es el que nació del Espíritu Santo, cuando Dios mismo te responde que es Dios? ¿cuando te increpa Juan, que dice: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios, y el Verbo, Dios, se hizo carne, y habitó en nosotros, y vimos su gloria (Jn 1,1.14)? Juan vio la gloria; el infiel mira la injuria. Lo que en ella ha nacido es del Espíritu Santo.

Y vimos su gloria. ¿De quién? Del que nació del Espíritu Santo, de aquel que, Verbo, se hizo carne, y habitó en nosotros. Lo que en ella ha nacido es del Espíritu Santo. La virgen concibió, pero del Espíritu; la virgen dio a luz, pero a aquel que predijo Isaías: He aquí que una virgen recibirá en el seno, y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel, que se interpreta Dios con nosotros (Is 7,14; Mt 1,23). Dios con nosotros, con ellos hombre. Y maldito el hombre que pone su esperanza en el hombre (Jer 17,5).

Oigan los que preguntan: ¿quién es el que nació de María? Darás a luz un hijo, dice el ángel, y le pondrás por nombre Jesús (Lc 1,31). ¿Por qué Jesús? Dice el Apóstol: Que al nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los del cielo, de la tierra y de los infiernos (Flp 2,10); ¿y tú, juez instructor engañoso, preguntas ahora quién es Jesús? Toda lengua confiesa ya que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre (Flp 2,11); ¿y tú todavía indagas quién es Jesús?

Darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús; porque él salvará a su pueblo. No salvará al de otro. ¿De qué? De sus pecados. Que es Dios el que perdona los pecados, si no crees a los cristianos, cree, infidelísimo, al menos a los judíos, que dicen: Siendo hombre, te haces a ti mismo Dios (Jn 10,33). ¿Quién puede perdonar los pecados, sino solo Dios? (Mc 2,7) Negaban que fuera Dios los que no creían que perdonara los pecados; tú crees que él perdona los pecados, ¿y dudas en confesarlo Dios?

El Verbo se hizo carne, para que la carne del hombre fuera promovida a la gloria de Dios, no para que Dios se convirtiera en la injuria de la carne, como dice el Apóstol: El que se junta al Señor es un solo espíritu (1 Cor 6,17). ¿Y cómo no, cuando Dios se junta al hombre, es un solo Dios? Las leyes humanas extinguen dentro de treinta años todas las cuestiones litigiosas, ¿y Cristo, por cerca de quinientos años, ha de responder a las causas de su natividad, padecer pleitos sobre su nacimiento, sostener cuestiones sobre su condición? Hereje, deja de juzgar a tu juez, y adora en los cielos a Dios, al Dios a quien el mago adoró en la tierra.

Sermón CXLVI.

Sobre lo mismo, y sobre José, el esposo, y la esposa madre

Siempre que, recorridas las metas del año, se acerca el día de la Natividad del Señor, y el fulgor del parto virginal se difunde por todo el orbe con llameante resplandor, es por voluntad, no por pavor, que callamos. ¿Qué mente se atrevería a interponerse en el orto mismo del rey divino? Cuando irrumpen los rayos del sol, la vista humana se embota; cuando Dios resplandece, ¿cómo no ha de quedar herida toda la mirada de los ánimos? Repuestos, pues, los sentidos tras el estupor de la nueva luz, es tiempo de que nosotros, vista ya la generación de Cristo por la carne, contemplemos también los arcanos de su divinidad.

La generación de Cristo, dice el evangelista, era así (Mt 1,18). Hermanos, si queremos entender lo que se dice, no pesemos las palabras divinas con medidas humanas; hay que dejar a un lado el sentir humano donde todo lo que se dice es divino. Así, que Cristo nazca no es costumbre, sino signo; no es naturaleza, sino poder; no es orden, sino potestad; y es milagro celestial, razón no humana. Aquí, ¿qué abarcará la ciencia mundana? aquí, ¿qué buscará la inteligencia de la carne? La generación de Cristo, dice, era así. No dijo «Así se hizo», sino «Así era», porque la gene-

ración de Cristo estaba junto al Padre cuando era engendrado de la madre. Lo que era, siempre era; lo que fue hecho, eso se restituía: era Dios, se restituía hombre; nos asumió del seno el que nos había plasmado del barro.

Estando desposada su madre María. Habría bastado decir: estando desposada María. ¿Qué quiere decir esposa madre? si madre, no esposa; si esposa, todavía no madre. Estando desposada María su madre. Esposa por la virginidad, madre por la fecundidad; madre que no conoce varón, que conoce el parto. ¿O cómo no era madre antes de la concepción la que después del parto es virgen madre? ¿O cuándo no era progenitora la que engendró al autor de los siglos, dio principio a las cosas? La naturaleza, virgen, es siempre madre; así la corrupción es siempre madrastra. Es, pues, propio del don virginal que una virgen regenere por Dios lo que una virgen engendró por Dios: Dios y la integridad son un consorcio celestial; la virginidad juntada a Cristo es el vínculo perfecto de la virtud. Que la Virgen conciba es honor del Espíritu, no carga de la carne; que la Virgen dé a luz es secreto de Dios, no servicio conyugal; que Cristo nazca es de la majestad divina, no de la flaqueza humana: es la gloria entera de la deidad, donde no se siente ninguna injuria de la carne.

Estando desposada su madre María con José, antes de que convivieran, se halló que tenía en el seno del Espíritu Santo (Mt 1,18). ¿Qué es esto, que el arcano de la inocencia celestial se destina a una esposa, y no a una mujer libre? ¿Qué es esto, que el peligro de la esposa se procura así por los

celos del esposo? ¿Qué es esto, que tan grande poder se tiene por crimen, la salvación segura por peligro? ¿Qué es esto, que entre inocentes así se fatiga el pudor, sucumbe la vergüenza, se cansa la castidad, se hiere la fe, se alza la acusación, apremia la causa, se quita toda posibilidad de excusa? ¿Quién excusa a la esposa a quien su concepción acusa? ¿O de qué servirá un defensor externo, cuando está presente un testigo interno del hecho? ¿Qué tenemos, hermanos? Ni los trazos, ni las letras, ni las sílabas, ni una palabra, ni los nombres, ni las personas en el Evangelio están vacíos de figuras divinas. Se busca una esposa, para que ya entonces se significara a la Iglesia como esposa de Cristo, según aquello del profeta Oseas: Te desposaré conmigo en justicia y en juicio, y en misericordia y miseraciones, y te desposaré conmigo en la fe (Os 2,19-20). Por eso dice Juan: El que tiene a la esposa es el esposo (Jn 3,29). Y el bienaventurado Pablo: Os he desposado con un solo varón, para presentaros como virgen casta a Cristo (2 Cor 11,2). Verdaderamente esposa la que con parto virginal vuelve a engendrar la nueva infancia de Cristo.

José, el esposo, es administrador, para que este cumpla en aquel José la figura de la Pasión de Cristo: José por sus sueños proféticos incurrió en los celos, Cristo por las visiones proféticas recibió la envidia; José, arrojado al pozo de la muerte, sale vivo del pozo, Cristo, entregado al sepulcro de la muerte, vuelve vivo del sepulcro. José fue vendido, Cristo fue tasado en un precio; José es llevado a Egipto, Cristo es empujado a huir a

Egipto; José suministra pan abundantemente a los pueblos hambrientos, Cristo sacia con el pan del cielo a las naciones que habitan por todo el orbe. Así resplandece por qué este José llevó el tipo del esposo celestial, portó su imagen, caminó como su figura.

María es llamada madre, ¿y cuándo no es María madre? A las reuniones de las aguas, dice, las llamó mares (maria) (Gn 1,10). ¿No concibió esta en un solo seno al pueblo que salía de Egipto, para que emergiera, renacida, una descendencia celestial a una nueva criatura, según aquello del Apóstol: Nuestros padres estuvieron todos bajo la nube, y todos atravesaron el mar, y todos fueron bautizados en Moisés en la nube y en el mar (1 Cor 10,1-2)? Y para que María vaya siempre delante de la salvación humana, al pueblo que la ola engendradora dio a luz lo precedió ella misma con derecho en el cántico. María, dice, hermana de Aarón, tomando un pandero en su mano, dijo: Cantemos al Señor, porque se ha cubierto de gloria (Ex 15,20-21). Este nombre es hermano de la profecía, este es saludable para los que renacen, este es insignia de la virginidad, este decoro de la pudicia, este indicio de castidad, este sacrificio de Dios, este virtud de la hospitalidad, este colegio de santidad; con razón, pues, este nombre materno es el nombre de la madre de Cristo.

Hemos dicho por qué la madre es esposa, por qué José es esposo, por qué el nombre materno es de María, para mostrar que todo en torno al nacimiento de Cristo fue místico: ahora expongamos por otras causas por qué se buscó una esposa para

el parto de Cristo. Isaías había predicho que una virgen daría a luz a Dios del cielo, rey de la tierra, Señor del orbe, restaurador del mundo, matador de la muerte, restituidor de la vida, autor de la perpetuidad (Is 7,14): cuán triste sería esto para los mundanos, cuán terrible para los reyes, cuán temible para los judíos, lo probó el suceso mismo de la natividad del Señor. Pues cuando Judea oyó de los Magos que lo anunciaban que había nacido Cristo, Herodes lo supo, enseguida los judíos maquinaron perder a Cristo, Herodes matarlo (Mt 2,1-16); y mientras temen un sucesor para sí, intentaron perder al salvador de todos. En efecto, como no pudieron encontrarlo, destruyen su patria, mezclan la leche con la sangre, estrellan a sus coetáneos con furor parricida; despedazan a los compañeros de su inocencia, porque no podían encontrar partícipes de culpa a quienes castigar. Y si hacen esto nacido ya Cristo, ¿qué habría hecho tanta ferocidad con Cristo concebido? De aquí que se provea un esposo, se provea una apariencia marital, para ocultar el milagro, para cubrir el signo, para velar el parto de la Virgen, para no dar lugar a la acusación de crimen, para burlar así las asechanzas del furioso. Cristo, aunque entregado a la muerte, si hubiera sido extinguido en el seno, la muerte precipitada se habría llevado lo que había venido para nuestra salvación. Y como este pasaje podría aportarnos mucho si se expusiera, baste, hermanos, que hoy hayamos gustado de antemano el misterio del Señor.

Sermón CXLVII.

Sobre el misterio de la Encarnación

Qué fue lo que hizo, hermanos, que el Señor Cristo entrara en el comercio de un cuerpo terreno, entrara en las estrecheces de la carne humana, habitara la morada de un seno virginal, puesto que ya antes comenzamos a oírlo, oigámoslo hoy más plenamente. Vosotros sois mi vida, vosotros mi salvación, vosotros mi gloria: y por eso no consiento que ignoréis lo que Dios me ha dado saber.

El evangelista conoció a Dios cuando dice: A Dios nadie lo vio jamás (Jn 1,18). Así, al Dios que conocía, lo reconocía, lo sentía: porque la creación no podía verlo, era arrastrada por una dura servidumbre, rendía un triste homenaje a causa de la majestad invisible; el pavor había asediado todas las cosas; el temor había disuelto el universo; el terror lo había sacudido todo; en el cielo el esplendor divino había postrado a los ángeles; en la tierra los truenos y los rayos sacudían los corazones de los mortales. Así el pavor, excesivo, excluyó el amor al que domina; ahuyentó a los ángeles a la tierra; arrastró a los hombres a los ídolos; ocupó el mundo con errores vanos: hizo que todos huyeran del Creador, adoraran a las criaturas. No puede amar el que teme mucho: de

aquí que el mundo prefiriera perecer antes que temer; la muerte misma es más leve que el pavor. En efecto, Caín, cuando comenzó a ser atormentado por el terror de su parricidio, pide la muerte, cree que sería descanso perecer (Gn 4,14). ¿Y qué diré de Caín? Aquel Elías, cuando sintió que lo rociaba el temor entero, pedía de nuevo la muerte de la que había huido, juzgando mejor sucumbir a la muerte que al temor (1 Re 19,4). También Pedro, turbado por el temor del poder del Señor, suplicaba a Cristo que se apartara de él: Apártate de mí, dice, porque soy un hombre pecador (Lc 5,8). Decía esto porque el peso del pavor había extinguido cuanto había de amor y de fe; así el temor, si no es templado por el amor, vuelve rebelde aun la servidumbre devota.

Viendo, pues, Dios que el mundo vacilaba por el temor, obra enseguida para llamarlo de nuevo con amor, invitarlo con la gracia, retenerlo con la caridad y atarlo con el afecto. De aquí que lava la tierra envejecida en males con un diluvio vengador, y llama a Noé padre de un nuevo siglo, le habla con palabras suaves, le da una confianza familiar, lo instruye con piedad acerca del presente, lo consuela por la gracia acerca del futuro; y ya no con mandatos, sino con un trabajo compartido, encierra en una sola arca la prole de todo el mundo (Gn 7), para que el amor de la compañía quitara el temor de la servidumbre, y se conservara por un amor común lo que había sido salvado por un trabajo común. De aquí que llama a Abraham de entre los gentiles, lo acrecienta en el nombre, lo hace padre de la

fe, lo acompaña en el camino, lo guarda entre extranjeros, lo enriquece con bienes, lo honra con triunfos, lo empeña con promesas, lo libra de injurias, lo halaga con la hospitalidad, lo hace admirable con un vástago ya sin esperanza (Gn 12); para que, colmado de tantos bienes, atraído por tanta dulzura de la caridad divina, aprendiera a amar a Dios, no a temerlo; a adorarlo amando, no sintiendo pavor. De aquí que consuela a Jacob en sueños cuando huye (Gn 28), lo provoca a la lucha cuando vuelve, lo estrecha en el abrazo del luchador; para que amara al padre de la lucha, no lo temiera.

De aquí que llama a Moisés con voz de padre, le habla con caridad paterna, lo invita a ser el libertador de su pueblo (Ex 3). ¿Y qué más? Lo hace Dios: lo dio para que fuera Dios del Faraón (Ex 7,1); lo hace Dios, lo fortifica con signos, lo arma con prodigios, gana las guerras con sus mandatos, concede al soldado vencer con su sola palabra, le otorga triunfar con preceptos, y por todas las coronas de las virtudes lo promueve a su amistad, le concede ser partícipe del reino celestial, y le otorga ser él mismo el legislador; pero todo lo recibió para que amara: en efecto, tan encendido estaba en el amor de Dios que él mismo amaba ardientemente y exhortaba así a los demás a amar: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza (Dt 6,5). Todo lo que hay de corazón, todo lo que hay de mente, todo lo que hay de fuerza humana, quiso que fuera poseído por el amor de Dios de

tal modo que el afecto mundano del hombre no tuviera qué violar.

Pero por estas cosas que hemos recordado, cuando la llama de la caridad divina encendió los corazones humanos, y toda la embriaguez del amor de Dios se derramó en los sentidos humanos, con la mente herida comenzaron a querer contemplar a Dios con ojos carnales. A Dios, a quien el mundo no abarca, ¿cómo podía abarcarlo la estrecha mirada humana? Qué será, qué deba, qué pueda: no lo mira el derecho del amor. El amor ignora el juicio, carece de razón, no conoce medida. El amor no acepta consuelo de la imposibilidad, no recibe remedio de la dificultad. El amor, si no llega a lo que desea, mata al amante; y por eso va a donde es llevado, no a donde debe. El amor engendra el deseo, crece con el ardor, el ardor tiende a lo no concedido. ¿Y qué más? El amor no puede no ver lo que ama: de aquí que todos los santos tuvieran por pequeño todo lo que habían merecido si no veían al Señor. Y en verdad, hermanos, ¿cómo rendirá homenaje por los beneficios, si no ve al dador de los beneficios? ¿O cómo cree que es amado por Dios aquel que no merece su vista? De aquí que el amor que desea ver a Dios, aunque no tenga juicio, tiene sin embargo el celo de la piedad. De aquí que Moisés se atreva a decir: Si he hallado gracia ante ti, muéstrame tu rostro (Ex 33,13). De aquí que otro diga: Muestra tu rostro (Sal 80,4). En efecto, también los gentiles mismos fabricaron imágenes por esto, para ver con los ojos, en sus mismos errores, lo que adoraban.

Sabiendo, pues, Dios que los mortales se atormentaban y se cansaban con el deseo de verlo, eligió para hacerse visible aquello que fuera grande para los terrenos y no mínimo para los de lo alto. Pues lo que en la tierra había sido hecho por Dios semejante a sí, ¿no podía no ser tenido por honroso en el cielo? Hagamos al hombre, dice, a nuestra imagen y semejanza (Gn 1,26). La devoción perfecta debe a la imagen lo que debe también al rey. Si hubiera tomado un ángel del cielo, sería tenido igualmente por invisible; si de la tierra algo menor que el hombre, sería injuria para la divinidad, y habría abatido al hombre, no lo habría levantado. Que nadie, pues, carísimos, crea que es injuria para Dios que Dios viniera a los hombres por medio de un hombre, y asumiera de nosotros, para ser visto por nosotros, él que vive y reina, Dios, ahora y por todos los siglos de los siglos. Amén.

Sermón CXLVIII.

Sobre lo mismo

Hoy, hermanos, debemos restituir el sermón de ayer, hoy debemos repetir la alegría de la natividad del Señor: cuando concibe la Virgen, la virgen da a luz, la virgen permanece, no es costumbre, sino signo; no es razón, sino poder; es el autor, no la naturaleza; no es común, sino único; es divino, no humano. Cese, pues, el trabajo de la vana filosofía: que Cristo naciera no fue necesidad, sino potestad; fue honor, no fue injuria; fue misterio de la piedad, no fue detrimento de la deidad; fue restauración de la salvación humana, no fue esto menoscabo de la sustancia divina. El que, no naciendo, hizo al hombre de un limo intacto, naciendo él mismo hizo al hombre de un cuerpo intacto; la mano que se dignó asumir el barro para nuestra hechura se dignó asumir también la carne para nuestra restauración. Así, que el Creador se halle en su criatura, que Dios se halle en la carne, es honor de la criatura, no es injuria del Creador.

Pero cree que esto es una afrenta el que cree que el barro es más precioso que la carne. ¿Se arrepiente quizá de haber sido cambiado de la injuria del barro al honor de la carne, a la gloria del hombre? Hombre, ¿por qué eres tan vil para ti,

tú que eres tan precioso para Dios? ¿Por qué, tan honrado por Dios, te deshonras así a ti mismo? ¿Por qué preguntas de qué fuiste hecho, y no inquieres para qué fuiste hecho? ¿No fue hecha para ti toda esta casa del mundo que ves? Para ti la luz infundida aparta las tinieblas que la rodean, para ti está templada la noche, para ti está medido el día: para ti el cielo resplandece con el variado fulgor del sol, de la luna, de las estrellas; para ti la tierra está pintada de flores, de bosques, de frutos; para ti fue creada en el aire, en los campos, en el agua, la hermosa, continua y admirable multitud de los seres vivientes, para que una triste soledad no turbara el gozo del mundo nuevo.

De aquí que te hizo ser de la tierra, para que fueras señor de lo terreno, y fueras común con ello en la comunión de su misma sustancia: y sin embargo no te igualó, terreno, a lo terrestre de tal modo que no te igualara también, animado desde el cielo, a lo celestial: y para que tuvieras la razón en común con Dios, el cuerpo en común con las bestias, te dio un alma del cielo, te dio un cuerpo de la tierra, para que en ti se conservara la concordia entrelazada del cielo y de la tierra. Y todavía tu Creador discurre qué añadir a tu honor: pone en ti su imagen, para que la imagen visible hiciera presente a la tierra al Hacedor invisible, y en lo terreno te dio sus veces, para que no se privara al vicario del Señor de tan amplia posesión del mundo. Y si esto es así, ¿por qué se tiene ahora por injuria que Dios acogiera en sí con clemencia lo que por sí mismo hizo en ti, y quisiera ser visto verdaderamente en el hombre, en quien antes

había querido ser visto a modo de imagen; y concediera que fuera él mismo la realidad el que antes había recibido ser la semejanza?

Concibió la virgen, la virgen dio a luz: que no te turbe la concepción, que no te confunda el oír del parto, puesto que la virginidad excusa cuanto hay del pudor humano. ¿O qué lesión del pudor hay allí donde la deidad entra en consorcio con la integridad, siempre amiga suya; donde el intérprete es un ángel, la madrina la fe, el desposorio la castidad, la donación la virtud, el juez la conciencia, la causa Dios, la concepción la integridad, el parto la virginidad, la madre una virgen? Que nadie, pues, juzgue de modo humano lo que se hace por un sacramento divino, que nadie examine un misterio celestial con razón terrena, que nadie trate según la costumbre el arcano de la novedad, que nadie mida con un ejemplo lo que es singular, que nadie componga una afrenta a partir de la piedad, que nadie corra peligro a partir de la salvación.

Ciertamente, el que desea saber cosas más altas, recurra a la Ley, busque por la Ley la ciencia de la Ley, conozca el hecho del autor por la autoridad del autor. La Ley refiere que Dios creó al hombre para una vida propia, que mandó a la tierra producir frutos para el hombre con una servidumbre espontánea; que mandó a las fieras, a los ganados, a los rebaños estar sujetos a la potestad humana, no al arte, para que el hombre, sin conocer el trabajo, ignorante del dolor, poseyera bienaventurado las delicias (Gn 2). Pero, para que el hombre no tuviera todo esto, el ángel que se

contaba entre los primeros lo envidió, y prefirió convertirse en diablo antes que ver al hombre tan lleno de gloria. En efecto, encendido por este rencor, ataca con engaños a la mujer, e induce a la virgen a gustar el fruto prohibido: la virgen inducida induce enseguida al virgen, su marido, y derribó el estado de vida, mientras sirve el alimento de la muerte, el pasto del pecado; y ella misma se hace materia de la ruina de todos, la que había sido hecha para singular consuelo. De aquí el primer pecado, de aquí el origen de la muerte, de aquí el trabajo, de aquí el dolor, de aquí el gemido, de aquí se propagó la amarga condición de nuestra servidumbre. Pues el hombre, antes señor de todo, fue abatido a la servidumbre de todo, y teme a todos el que era temido por todos; y apenas puede con el arte el que reinaba con la potestad.

De aquí es, hermanos, de aquí es que tal sea el orden del nacimiento de Cristo: el diablo había venido a una virgen, el ángel vino a María; para que lo que el ángel malo había derribado, el ángel bueno lo levantara. Aquel persuadió la incredulidad, este la fe: aquella creyó al persuasor, esta cree al autor. Nace Cristo para restaurar naciendo la naturaleza corrompida; asumió la infancia, soporta los alimentos, recorre las edades, para instaurar la única edad perfecta, permanente, que él mismo había hecho: lleva al hombre, para que el hombre ya no pueda caer; al que había hecho terreno, lo hizo ser celestial; animado con espíritu humano, vivifica el espíritu hasta lo divino: y así lo eleva todo entero hasta Dios, que no deja en él

nada de lo que es del pecado, de la muerte, del trabajo, del dolor, de la tierra, por don de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre vive y reina en la unidad del Espíritu Santo, Dios, ahora y siempre, y por los inmortales siglos de los siglos. Amén.

Sermón CL.

Sobre la huida de Cristo a Egipto

Si la palabra no descubre, el sentido no recibe, la mente humana no abarca la concepción de la Virgen, el parto de la Virgen, ¿quién podrá decir que Dios huyó como un hombre? Se apareció, dice, el ángel del Señor a José en sueños, diciendo: Toma al niño y a su madre, y huye a Egipto (Mt 2,13). Si hemos dicho que fue obra de piedad que Cristo naciera, ¿qué diremos de lo que se lee, que Cristo huyó? Tal vez, así como dijimos que nació para restaurar la naturaleza, digamos que huyó para hacer volver a los que huyen. Y en verdad, si para hacer volver a la oveja extraviada él mismo anda errante por los montes, ¿cómo no ha de huir él mismo de los pueblos fugitivos para traerlos de vuelta? Toma al niño y a su madre, y huye a Egipto. ¿Qué significa que la causa del cielo se trate de tal modo que el sentido humano se confunda, el ánimo se fatigue, la inteligencia se esfuerce, el oído se embote, la fe vacile, la esperanza titubee, la creencia misma sucumba?

Toma al niño y a su madre, y huye a Egipto. Persiguiéndolo un hombre, Dios huye; enfureciéndose la tierra, el cielo tiembla; y al volar el polvo, los ángeles se turban de pavor, y el pavor del padre se muestra cuando el hijo huye. Toma

al niño y a su madre, y huye a Egipto. Perseguido David por Saúl, se refugió en Judea, y lo acogió la vecindad (1 Sam 21-22); la casa de una sola viuda le bastó a Elías para esconderse (1 Re 17). Huyendo Cristo, falta lugar, la provincia no alcanza, la patria no socorre. Mientras emigra, no bastan las gentes vecinas, no bastan las regiones limítrofes: sino que busca como destierro el triste lugar de Egipto, extraño en el vestido, bárbaro en la lengua y en las costumbres. Toma al niño y a su madre, y huye a Egipto. Si huye el refugio de todas las cosas, se esconde el auxilio de todos; si siente espanto la fortaleza de todos, si la defensa del universo no se defiende a sí misma, ¿por qué se reprocha la huida humana, se acusa el temblor, se culpa el espanto? ¿Por qué se acusa de crimen a Pedro, que niega, a Juan, que se aterra y huye, a todos los discípulos, porque desertan por pavor (Mt 26; Mc 14)?

Y concedido, hermanos, que esto haya sucedido, ¿por qué se pone por escrito, por qué se cuenta en los libros, por qué se lee a los siglos, por qué se da a conocer en las lecturas de cada día, por qué se divulga entre todas las gentes? ¿Acaso para que la lengua, el lugar, la edad, el tiempo, todas las cosas conozcan un temor divino? Pues así como las proezas, cuando se leen, levantan los ánimos al progreso, así las flaquezas, cuando se recitan, abaten los ánimos. ¿Qué pretende, pues, el evangelista al escribir esto para memoria sempiterna? Es propio de un soldado devoto callar la huida de su rey, referir su constancia, hablar de sus proezas, silenciar sus temores, descubrir sus ha-

zañas, ocultar sus flaquezas, borrar sus reveses, pregonar sus victorias, para poder quebrantar la audacia de los enemigos y excitar el valor de los compañeros. El evangelista, pues, al referir tales cosas, parece haber provocado los ladridos de los herejes y haber quitado su defensa a los fieles.

Toma, dice, al niño y a su madre, y huye a Egipto. Se manda la huida, no el viaje; se impone la necesidad, no la voluntad: el ángel ordena una peregrinación escondida, no un libre salvoconducto; para que el camino, que de por sí es penoso, fuera siempre más penoso por el temor. Es ya tiempo, pues, de que indaguemos por qué causa se nos escribió esto. Toma al niño y a su madre, y huye a Egipto. Que el guerrero huya en la guerra es cosa de arte, no de temor; cuando Dios huye del hombre, es cosa de misterio, no de pavor: el poderoso, cuando se retira ante el débil, no teme al que lo persigue, sino que lo saca fuera; pues quiere vencer a campo abierto el que desea obtener del enemigo una victoria pública; no consiente en entablar un combate oculto el que quiere transmitir su triunfo a los siglos. Una victoria secreta y un valor escondido no dejan ejemplo a la posteridad. De ahí que Cristo huya para ceder al tiempo, no a Herodes: pues no huyó de la muerte el que había venido a arrebatar al enemigo la victoria; ni se llena de pavor ante las asechanzas humanas el que había venido a descubrir todas las astucias del fraude diabólico; ni temió entonces, cuando era niño, pues según el hombre no supo temer, y según Dios pudo no temer. Cristo, hermanos, si hubiera sido inmola-

do entonces en aquel rebaño de lactantes, la muerte habría sido para él un azar, no voluntad; no habría sido poder, sino debilidad; habría sido necesidad, no potestad; y habría sido premio de la inocencia, no habría sido gloria de la majestad. Ciertamente, ¿dónde quedaría lo que dijo Dios: No cocerás el cordero en la leche de su madre (Ex 23,19; 34,26)?

Va a suceder, dice, que Herodes buscará al niño (Mt 2,13). Herodes buscaba, pero buscaba el diablo por medio de Herodes, el cual veía que los Magos, a quienes tenía como príncipes en sus errores, se le habían escapado. Si Cristo, atado con pañales, ocupado bajo los pechos de su madre, callado de lengua, oculto en las obras, nulo en el andar, convirtió a los abanderados del diablo, esto es, a los Magos, en guías fidelísimos, el diablo veía ya lo que Cristo podría hacer en la edad perfecta: y por eso movía a los judíos, instigaba a Herodes, para adelantarse a la infancia de Cristo, sospechosa para él, para anticiparse a las futuras insignias de su poder, para que el astuto maquinador arrebatara el estandarte de la cruz, mortal para él, victoriosísimo para nosotros. Presentía el diablo, presentía que Cristo, con sus doctrinas, con sus prodigios, restauraría pronto la vida, y que se adueñaría del mundo entero el que, llorando todavía, se había adueñado de lo que era la cima misma del mundo, según aquello del profeta: Antes de que el niño sepa llamar a su padre o a su madre, recibirá la fuerza de Damasco y los despojos de Samaria (Is 8,4). Y, como lo prueban los mismos judíos cuando dicen: Veis

que nada adelantamos; he aquí que el mundo entero va tras él (Jn 12,19), Cristo había prometido por la Ley y por los profetas que vendría en la carne, que subiría por los grados de las edades, que anunciaría la gloria del reino celestial, que predicaría la doctrina de la fe, y que con el solo imperio de su palabra pondría en fuga a los demonios, daría vista a los ciegos, carrera a los cojos, palabra a los mudos, oído a los sordos, remisión a los pecadores, vida a los muertos.

Por eso Cristo, que había de cumplir esto siendo varón, siendo niño aplazó la muerte, no la huyó. En efecto, el evangelista afirma que su huida no vino del miedo al peligro, sino del misterio de la profecía, al decir así: Toma al niño y a su madre, y huye a Egipto. Y después: Para que se cumpliera lo dicho por el Señor por medio del profeta, que dice: De Egipto llamé a mi hijo (Mt 2,15; Os 11,1). Cristo, pues, huyó para que quedara en pie la verdad de la Ley, la fidelidad de la profecía, el testimonio del salmista, como dice el mismo Señor: Era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito de mí en la Ley de Moisés, y en los profetas, y en los salmos (Lc 24,44). Cristo huyó por nosotros, no por sí; Cristo huyó para reservar los misterios que habían de dispensarse a su tiempo.

Cristo huyó para proveer a los prodigios futuros, para quitar a los incrédulos motivo de excusa y para dar a los que habían de creer la confianza de la fe, porque en la persecución es mejor huir que negar. En efecto, Pedro, por no querer huir, negó; Juan, para no negar, huyó (Mc 14).

Sermón CLI.

Sobre lo mismo

La lectura de hoy ha conmovido los corazones, sacudido las entrañas, pasmado el oído. He aquí, dice, que un ángel del Señor se apareció a José en sueños, diciendo: Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto (Mt 2,13). Aquel a cuyo nacimiento no resiste la virginidad, no se opone la razón, no contradice la naturaleza, ¿qué potestad, qué fuerza, qué peligro prevalece hasta obligarlo a la huida? Toma al niño y a su madre, y huye a Egipto. Más reverente habría sido decir: «Ve a Egipto», para que fuera un viaje, no una huida; voluntad, no necesidad; juicio, no miedo; humano al menos, si no divino: pero ahora se manda la huida, se manda desde el cielo, se manda por un ángel, de modo que parece que el temor se apoderó del cielo antes que de la tierra.

Toma al niño y a su madre, y huye a Egipto. Huye a Egipto, de los tuyos a los extraños, a los sacrílegos desde los santos; desde tu templo a los santuarios de los demonios, a la patria de los ídolos desde la región de los santos. Así no basta la anchura de Judea, así se estrecha la dilatada posesión del mundo, no le da cabida lo secreto del templo. La muchedumbre de los sacerdotes no lo acoge, no lo esconde la incontable multitud

de los parientes, de modo que se toma al profano Egipto como escondite de la deidad: así apremia la situación, si no hay tiempo de considerar el pudor de la virgen, la fatiga de la madre, la vergüenza del sexo, el peligro de José, el cansancio de la distancia, la ruina de toda la casa y, lo que es más duro que todo esto, que unos judíos hayan de peregrinar entre los gentiles, con quienes no tienen siquiera comunión; o más bien, para quienes es un profundo naufragio por la transgresión de la Ley. ¡Oh, qué dura es la peregrinación, aun entre conciudadanos y hermanos! Sabe lo que es su propia casa el que siente la ajena: ¿y dónde queda aquello de: Señor, te has hecho nuestro refugio (Sal 90,1)? ¿Y: Nuestro Dios es refugio y fuerza (Sal 46,2)? Si el refugio huye, si la fuerza teme, si el baluarte emigra, ¿qué vida, qué esperanza, qué seguridad, qué defensa queda? Contra las asechanzas de un rey libre, a Elías le bastó una sola viuda (1 Re 17); contra las amenazas de Herodes, un cautivo, a Cristo no le basta toda Judea. Elías consume con fuego del cielo a los enviados a él (2 Re 1); Cristo se salva solo con la huida. Baste hasta aquí haber amontonado las quejas por la huida de Cristo.

Hermanos, que Cristo huyera fue cosa de misterio, no de temor; fue liberación, no peligro del Creador; fue propio del poder divino, no fue propio de la fragilidad humana; no huyó por causa de la muerte del autor, sino que huyó por causa de la vida del mundo. Pues el que había venido a morir, ¿por qué iba a huir de la muerte? Cristo habría dado muerte a toda la causa de nuestra

salvación si se hubiera dejado matar de pequeño. Cristo había venido a confirmar con ejemplos a los que había enseñado con preceptos, y a hacer él mismo lo que había mandado hacer; y a probar posible a la vista lo que parecía imposible al oído. Había venido a infundir en el mundo el conocimiento de su deidad y a quitar la ignorancia del género humano. Había venido a despertar a la fe con prodigios los corazones perezosos de los mortales. Había venido a vencer al diablo en combate público, para que fuera vencido por todos, por mandato divino, y derribado por ejemplo humano. Había venido a cumplir las promesas de su presencia, para conceder que lo vieran aquellos a quienes había dado conocerlo. Había venido para que el judío volviera del desprecio de la Ley. Había venido a introducir a los gentiles en la fe. Había venido a elegir a los apóstoles como maestros del orbe, a llenarlos de doctrinas celestiales, a guarnecerlos de prodigios, a armarlos de señales, para que con las señales domaran a los fieros, con los prodigios sanaran a los enfermos, con las doctrinas instruyeran a los dóciles: y, en suma, había venido a destruir la muerte muriendo, a deshacer los infiernos penetrándolos, a abrir los sepulcros resucitando; a regalar los terrenos a los celestiales subiendo a los cielos. Todo esto, sin duda, se habría perdido para nosotros si Cristo, estando en la cuna, no hubiera huido.

Pero dirás, oyente: «Pudiendo obrar de otro modo, ¿por qué se sometió a tantas y tales injurias?» ¿Por qué? Primero, porque ni el hombre podía salvarse sin el hombre, ni las injurias hu-

manas podían extirparse sin injurias humanas: hace suya la causa el que quiere proteger a otro; el que no padece con otro no puede extirpar las pasiones. Cristo nos asumió en sí para darse a nosotros; soportó nuestras pasiones para quitar nuestras pasiones. De ahí que Cristo huyera, para moderar nuestras huidas en las persecuciones. El mártir apresado debe mantener la constancia; el no apresado debe huir del perseguidor, para conceder al perseguidor tiempo de enmendarse y no quitarse a sí mismo tiempo de suplicar, como dice el Señor: Si os persiguen en esta ciudad, huid a otra (Mt 10,23). Quien provoca al perseguidor lo hace; lo corrige quien se aparta. Debemos, pues, huir, no debemos provocar, si queremos que se salven nuestros perseguidores, por quienes se nos ha mandado orar. Orad, dice, por los que os persiguen (Mt 5,44). Hay que orar, hay que huir, para que el que se enfurece por ignorancia sea sanado, y el que padece alcance por la paciencia la palma, no alcance por la temeridad el peligro. Hermanos, si los mártires no hubieran huido de Saulo, no habrían hecho de él a Pablo, y un mártir. Esto enseñó Cristo que había que hacer, este ejemplo nos dejó: que, habiendo huido el Señor, no tenga el siervo por indigno huir.

Y hay otra causa de que Cristo huyera, de que siendo niño aplazara el tiempo de su Pasión, de que subiera a la cruz pasado el año trigésimo de su vida corporal: que quien había hecho al hombre perfecto para la vida lo restaurara para una vida perfecta; y tal como lo había dado a la tierra, tal lo devolviera al cielo. Y que huyera a

Egipto obedece a otra causa. Huyó a Egipto para castigar la incredulidad de los judíos con la fe de los gentiles: pues a su Señor, a quien Judea había ahuyentado, Egipto lo recibió obedientemente, para mostrar en figura que su Iglesia había de anteponerse a la Sinagoga, los gentiles a los judíos, en la fe.

Sermón CLII.

Sobre la matanza de los niños

Adónde tiende el celo, adónde salta el rencor, adónde se deja llevar la envidia, lo ha descubierto hoy la crueldad de Herodes: la cual, al rivalizar por las estrecheces de un reino temporal, procura extinguir el nacimiento del rey eterno, como dice el evangelista: Entonces Herodes, viendo que había sido burlado por los Magos, se enojó mucho: y enviando, mató a todos los niños que había en Belén y en todos sus términos (Mt 2,16). Viendo que había sido burlado por los Magos. Se duele la impiedad de haber sido burlada, se enfurece la crueldad de haber sido diferida, brama la astucia de haber sido engañada, y el fraude, vuelto contra sí, se estrella. Herodes rechina los dientes, cayendo él mismo en el lazo que tendió: de ahí desenvaina la iniquidad que había fraguado: de la fe toma las armas de la incredulidad; con furor terreno busca al que no cree nacido del cielo; hacia el seno de las madres empuja los campamentos de los soldados, entre los pechos asalta la ciudadela de la piedad, en los tiernos pechos endurece el hierro, derrama la leche antes que la sangre, hace sentir la muerte antes que la vida, impone tinieblas a los que entran en la luz.

Así obra el maestro del mal, el ministro del engaño, el artífice de la ira, el inventor de la maldad, el autor de la impiedad, el saqueador de la piedad, el enemigo de la inocencia, el adversario de la naturaleza, malo para todos, peor para los suyos, pésimo para sí: de quien Cristo huyó, no para escapar de él, sino para no verlo. Tendiendo a lo alto, cae de lo alto; golpeando el cielo, entra en lo profundo; va contra sí el que va contra Dios; se mata a sí mismo el que intenta matar a la vida, porque la salvación no puede ser apresada por la perdición, la vida por la matanza, la eternidad por el fin. ¡Oh ambición, qué ciega siempre! ¡Oh, qué pésima es siempre la presunción! ¡Oh, cómo pierde lo concedido el que trata de atrapar lo no concedido! Herodes, asediando un reino terreno, ataca el celestial; ávido de lo terreno, se arroja sobre lo divino, y persigue a la piedad misma con toda impiedad. Había oído que había nacido un rey; había preguntado dónde, cuándo, de dónde; y para qué: pero no preguntó como debía, porque en él estaba el amor de pecar; el amor de la inocencia no permanecía. Resuelto a la maldad, pronto a la atrocidad, dispuesto al crimen, no indaga las causas de la inocencia, abroga el derecho, confunde lo lícito y lo ilícito, él, que tiene por compañera a la malicia, a quien es odiosa la equidad, amiga siempre la iniquidad, que vive de matanzas, que se fortifica con sangre, que sigue la crueldad, para quien todo se apoya en el temor, nada se apoya en el amor.

Herodes, ciego entonces, busca así a Cristo con espadas, lo rastrea con sangre, lo escudriña

con crueldad; temiendo a un sucesor, arremetió contra el autor; mató a los inocentes, queriendo que pereciera la inocencia. El regidor del pueblo, guardián de las costumbres, censor de la disciplina, indagador de la justicia, defensor de la equidad, conservador de la inocencia, acrecentador del pueblo, hace de la causa del inocente el crimen de los inocentes, convierte en castigo el don de los que lo vaticinaron, ordena que el orto del autor sea el ocaso de los que nacen, manda que el negocio del que salva sea el peligro de los que habían de ser salvados. Un juez cita a los que oyen, interroga a los que hablan, refuta a los que niegan, apremia a los reos, abate a los culpables, reprende a los sabedores, añade a los cómplices, entrega a la sentencia a los descubiertos.

¿Y los niños? Su lengua calló, sus ojos nada vieron, nada oyeron sus oídos, sus manos nada hicieron; y los que no tienen acto alguno, ¿de dónde su culpa? Recibieron la muerte los que no supieron vivir; no les valió el tiempo, no los excusó la edad, no los defendió el silencio, a ellos, cuyo único crimen ante Herodes fue este: haber nacido. Y en verdad, ¿cómo no iban a devolver a la naturaleza lo que les había prestado, aquellos a quienes se les exigía la causa del autor? ¡Hombre infeliz, que preparó todo para su acusación, no dejó espacio para la excusa, sino que lo preparó todo para el castigo! ¿Quién excusará a aquel a quien golpea la inocencia, acomete la infancia, acusa la leche como la sangre? Esto, contra Herodes.

Pero Cristo, presciente de lo futuro, sabedor de los secretos, juez de los pensamientos, escrutador de las mentes, ¿por qué abandonó a los que sabía que serían buscados por su causa, y conocía que serían muertos por su causa? Nacido rey, y rey celestial, ¿por qué descuidó a los soldados de su inocencia, por qué despreció a un ejército de su misma edad, por qué dejó así la guardia asignada a su cuna, de modo que el enemigo, buscando solo al rey, se ensañara con toda la tropa? Hermanos, Cristo no despreció a sus soldados, sino que los promovió: a ellos les dio triunfar antes que vivir, a ellos los hizo alcanzar la victoria sin combate; a ellos les regaló coronas antes que miembros; a ellos quiso que dejaran atrás los vicios con las virtudes, que poseyeran el cielo antes que la tierra, y no injertarlos en lo humano antes que en lo divino. Cristo, pues, envió por delante a sus soldados, no los perdió; recobró sus escuadrones, no los abandonó. Bienaventurados aquellos a quienes hemos visto nacidos para el martirio, no para el siglo. Bienaventurados los que cambiaron los trabajos en descanso, los dolores en refrigerio, las tristezas en gozo. Viven, viven, los que viven de verdad, los que merecen ser muertos por Cristo.

Bienaventurados los vientres que llevaron a tales, bienaventurados los pechos que se derramaron para tales, bienaventuradas las lágrimas que, derramadas por tales, otorgaron a las que lloraban la gracia del bautismo. Pues de modo diverso, con un solo don, son bautizadas las madres en sus lágrimas, y los hijos en su sangre. En el martirio de los hijos padecieron las madres;

pues la espada, atravesando los miembros de los hijos, llegó al corazón de las madres, y es necesario que sean consortes del premio las que fueron compañeras de la pasión. Sonreía el pequeñuelo a su asesino, jugaba con la espada el niñito, el lactante miraba el horror del verdugo como a su nodriza, la edad que no conocía la luz se alegraba al ir a morir, el hijo niño mira a todo hombre no como a enemigo, sino como a padre. Las madres soportaron cuanto hubo de angustia y de dolor, y por eso no carecerán del gozo del martirio las que derramaron las lágrimas del martirio.

Atienda aquí el oyente, atienda, para entender que el martirio no se sostiene por el mérito, sino que viene por la gracia. En los pequeños, ¿qué voluntad, qué albedrío, donde también la naturaleza misma estaba cautiva? Del martirio, pues, lo debemos todo a Dios, nada a nosotros. Vencer al diablo, entregar el cuerpo, despreciar las entrañas, sobrellevar los tormentos, cansar al verdugo, sacar gloria de las injurias, vida de la muerte, no es propio de la virtud humana; es don divino. El que corre al martirio por su propia virtud no llega a la corona por Cristo: pero que nos conduzca al pasto celestial el que se dignó yacer en nuestro establo, Jesucristo Nazareno, Señor nuestro, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Sermón CLIII.

Sobre lo mismo

Hermanos, no es propio del sentido humano descubrir el misterio del parto virginal: lo que la naturaleza no tiene es del autor, no de la naturaleza; es obra del espíritu de lo alto, que la carne no puede percibir; donde no hay indicio de humanidad, allí está la señal de la deidad, como dice el profeta: El Señor Dios mismo os dará una señal. He aquí que una virgen recibirá en el seno (Is 7,14). Donde no hay nada del uso terreno, allí todo es del orden celestial; lo que no es del mundo no puede someterse al entendimiento mundano. Una concepción que conserva a la virgen, un parto que deja a la virgen: lo que engendra es divino, no humano; Dios camina donde no se halla en absoluto huella de paso humano; la costumbre falla cuando se obran milagros; las costumbres no miran a las señales, la singularidad no admite ejemplo, como descubre la lectura de hoy, que narra los combates divinos de los pequeños.

Alzada por su rey, su propia cohorte ansía entera morir antes que él más que morir con él: los soldados consagrados a Cristo comenzaron a militar antes que a vivir, a pelear antes que a jugar, a derramar la sangre antes que a desear los pechos de la leche: las almas ardientes no sopor-

taron las demoras del cuerpo; volando del regazo a las furiosas cuñas de los enemigos, anticipan con proezas las caricias, con heridas los besos, con el hierro los ungüentos, para poder habitar el cielo antes que la tierra, llevar los premios del espíritu antes que la carne, presentar triunfos a Dios antes que recibir los alimentos de los hombres. En verdad, en verdad, hermanos, estos son los mártires de la gracia: confiesan callando, pelean sin saber, vencen sin enterarse, mueren sin darse cuenta, sin conocerlo toman las palmas, ignorándolo arrebatan las coronas. Así pues, como la virginidad, que no conoció la corrupción, dio honra a la madre, así la infancia, que ignoraba la pasión, arrebató las palmas y las coronas del martirio. Pero ¿qué diremos de que el rey mismo, que debía mantenerse firme, huyó solo, y huyó por aviso del Padre? Esa huida es de amor íntimo, no de temor cobarde. Si Cristo se hubiera quedado, la Sinagoga los tendría por hijos; la Iglesia no los tendría por mártires.

Sermón CLIV.

Sobre san Esteban, protomártir

Así como los letreros fijados en los linderos de las fincas proclaman a su dueño, así los nombres mismos de los santos indican a menudo sus méritos y atestiguan sus distinciones. Así Abraham mostró con el añadido de su nombre lo que creyó por la fe, cuando de Abram es llamado Abraham por Dios: para que el que había de ser ensanchado en su linaje fuera antes ensanchado en su nombre, como dice el Señor: Y no se llamará ya más tu nombre Abram, sino que tu nombre será Abraham, porque te he puesto por padre de muchas naciones (Gn 17,5). Así su santa cónyuge, cuando de estéril se hace fecunda, de Saray fue llamada Sara, para que también ella creciera en el nombre antes que en la prole; y porque, permitiéndolo el Señor, soltó la risa ante la idea de que una viejecita, surcada ya de arrugas, concibiera, de que una fecundidad ya desesperada diera a luz, de que la esterilidad, en los últimos límites de la vejez, quedara encinta, a lo que dio a luz lo llamó en seguida Risa; y acomodó en el nombre lo que había experimentado en su sentir cuando reía: Y le puso por nombre Isaac (Gn 21,3), que se interpreta risa. Así Jacob, que en el seno comenzó a luchar antes que a vivir, a vencer con las fuerzas

antes que con los miembros, aun dentro de las entrañas maternas obtuvo el nombre mismo de suplantador, porque se sabe que, antes de nacer, suplantó a su hermano, reprobado por Dios (Gn 25).

Y como sería largo recorrerlos uno por uno, así como Pedro recibió su nombre de la piedra, porque fue el primero que mereció fundar la Iglesia en la firmeza de la fe, así Esteban fue llamado por la corona, porque fue el primero que mereció entablar el combate por el nombre de Cristo, el primero que mereció inaugurar el martirio con la sangre de los soldados de Cristo. Tenga Pedro el antiguo principado del coro apostólico, abra el reino de los cielos a los que entran, ate con su potestad a los culpables, absuelva con clemencia a los penitentes; Esteban es el primero de los mártires, conduzca Esteban al ejército purpurado, él, que por la sangre aún caliente de su Señor derramó su propia sangre como guerrero ávido. Y porque él mismo se ganó una púrpura teñida con su propia sangre, con razón obtuvo después de su rey la corona el que ya al nacer recibió su nombre de la corona: en verdad, al que conoció de antemano y predestinó, a ese mismo lo llamó ahora el primero a la gloria del martirio.

Sermón CLV.

Sobre las calendas de enero, que eran profanadas por la diversa superstición de los gentiles

Cuando Cristo nació piadosamente para nuestra salvación, en seguida el diablo engendró contra la bondad divina numerosos y funestos portentos, para hacer de la religión una burla, convertir la santidad en sacrilegio, preparar a Dios una injuria con el honor de Dios. De ahí viene, hermanos, de ahí viene que hoy los gentiles saquen, arrastren y paseen para ser vistos a sus dioses, con fealdades rebuscadas, con deshonra inventada, más torpes que la torpeza misma, a los que hacen indignos de ser vistos. ¡Qué vanidad, qué demencia, qué ceguera, reconocer dioses y difamarlos con burlas desdichadas! Son burladores, no adoradores, los que hacen escarnio de los dioses que veneran; los injurian, no los honran, los que así deforman a los dioses por quienes creen haber sido formados; los confunden, no los glorifican, los que los componen de la confusión misma.

En verdad, como dice el Apóstol: Como no tuvieron a bien conocer a Dios, Dios los entregó a un sentido réprobo, para que hagan lo que no conviene (Rom 1,28): cuando dan lo divino a aquellos a quienes quitan lo humano, cuando los

juzgan dignos del cielo a la vez que los hacen indignos de la tierra misma, verdaderamente han sido entregados a un sentido réprobo; y no es esto de juicio humano, es de la sabiduría de Dios, que sean vengadores de las injurias hechas a Dios los mismos que resultan autores de la injuria. ¡Qué ira, qué venganza podría castigar así en los ídolos la ofensa contra Dios, que la posteridad, con un culto torpe, juzgara que fueron hombres torpísimos aquellos a quienes la antigüedad, con altares, incienso, víctimas, gemas, oro, mintió que eran dioses, y que marcara su vida, sus costumbres, sus actos en sus mismos rostros, y enseñara que tales han de ser rehuidos antes que adorados!

Lloremos, hermanos, por los que han seguido tales cosas, y alegrémonos de haber escapado nosotros de ellas por don del cielo. A aquellos cuyos adulterios modelan en estatuas, cuyas fornicaciones confían a las imágenes, cuyos incestos rotulan en pinturas, cuyas crueldades encomiendan a los libros, cuyos parricidios transmiten a los siglos, cuyas impiedades resuenan en las tragedias, cuyas obscenidades representan en juego, ¿con qué demencia los creerían dioses, sino porque, poseídos por el deseo de los crímenes, por el amor de las maldades, ansían tener dioses criminales? El que desea pecar honra y venera a los autores de los pecados. De ahí que el adúltero se haya entregado a Venus; de ahí que el cruel se consagre a Marte.

Esto hemos dicho, hermanos, para descubrir la causa: por qué los gentiles hacen hoy que sus

dioses cometan tales cosas como las que soportamos, y los hacen tales que sean horror y vergüenza para quienes los ven; logran que alguna vez también los mismos que los hacen sientan horror de ellos y los abandonen, y que los cristianos se glorien de haber sido librados de tales cosas por Cristo: con tal que no se contaminen con sus espectáculos, que no se manchen tocando su incienso, que huyan del peligro de consentir en tales cosas, porque el consentimiento es siempre igual a los hechos, como lo prueba el Apóstol cuando dice: No solo los que las hacen, sino también los que consienten con los que las hacen (Rom 1,32). Y si tan grande es la condenación por el consentimiento, ¿quién llorará bastante a los que se hacen a sí mismos simulacros? ¿No han perdido estos la imagen de Dios, no han perdido la semejanza, no han sido despojados de la vestidura de Cristo, los que se han formado según las formas sacrílegas de los simulacros?

Pero dice alguno: «No son estas aficiones de sacrilegio, son votos de juego; y esto es alegría de lo nuevo, no error de lo viejo; esto es el comienzo del año, no ofensa de la gentilidad». Te equivocas, hombre: no son juegos, son crímenes. ¿Quién juega con la impiedad, quién bromea con el sacrilegio, quién llama risa a una atrocidad? Mucho se engaña quien así piensa; es tirano el que se atreve a tomar el vestido de tirano. El que se hace dios se convierte en contradictor del Dios verdadero; no quiso llevar la imagen de Dios el que quiso llevar la máscara de un ídolo; el que quiso bromear con el diablo no podrá gozarse con Cristo. Nadie

juega seguro con la serpiente, nadie bromea con el diablo impunemente.

Si hay, pues, en nosotros entrañas de piedad, si hay en nosotros alguna consideración de humanidad, si nos mueve algún afecto por la salvación de los hermanos, apartemos a los que así corren a la perdición, son arrebatados a la muerte, son arrastrados al Tártaro, se apresuran a la gehena. Aparte, pues, el padre al hijo, el señor al siervo, el pariente al pariente, el ciudadano al ciudadano, el hombre al hombre, el cristiano a todos los que se compararon con las bestias, se igualaron a los jumentos, se acomodaron a los rebaños, se configuraron como demonios. Y el que libra halla premio; el que descuida incurre en desfavor. Bienaventurado el que es guardián de su propia vida y proveedor de la salvación ajena.

Sermón CLVI.

Sobre la Epifanía y los Magos

Siempre que la cauta pericia de los médicos templa un antídoto de jugos saludables contra las enfermedades mortales, si el enfermo se atreve a tomarlo fuera del arte, fuera de la prescripción, fuera de tiempo, lo que se previó para la salud se vuelve causa de peligro; así la palabra de Dios, si un oyente temerario se atreve a conocerla fuera del magisterio, fuera de la doctrina, fuera del dogma de la fe, lo que es materia de vida se vuelve ocasión de perdición. Hay que procurar, hermanos, que por impericia en el oír no se convierta en daño de las almas lo que se nos escribió divinamente para nuestro provecho.

¿Piensas que el evangelista enseña hoy que unos caldeos, escrutadores de los astros, Magos errantes por las constelaciones, que investigan los asuntos del cielo en las tinieblas de las noches, que atribuyen al curso de las estrellas las causas del nacer y del morir, que establecen los bienes o los males de los hombres por el arbitrio de los luminares, encontraron, guiados por una estrella, el nacimiento de Cristo escondido a los siglos? De ningún modo. Así lo piensa el mundo, así lo entienden los gentiles, así lo hace parecer la apariencia de la lectura: pero la palabra evangélica

no dice cosas humanas, sino divinas; no usuales, sino nuevas; no engañosas por arte, sino apoyadas en la verdad; no que juegan con los ojos, sino que se clavan en los corazones; no vacilantes en conjeturas, sino afirmadas por la autoridad; venidas de Dios, no del hado; no reunidas con números, sino adquiridas con prodigios.

Habiendo nacido Jesús, dice, en Belén de Judá, en los días del rey Herodes, he aquí que unos Magos vinieron de Oriente a Jerusalén, diciendo: ¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos? Hemos visto su estrella en Oriente, y hemos venido a adorarlo (Mt 2,1-2). Cuando nace Jesús, surge el origen de las cosas, es engendrado el dador del linaje, nace el autor de la naturaleza, para restaurar la naturaleza, devolver el linaje, recrear el origen. Adán, el primer hombre, padre del linaje, origen de la generación, perdió de tal modo el bien de la naturaleza, la libertad del linaje y la vida de la descendencia cuando delinquió, que una sucesión digna de lamentarse llevó el mal de la naturaleza, la servidumbre del linaje, la muerte de la descendencia. De ahí que Cristo, naciendo, devolvió la naturaleza, muriendo quitó la muerte, al resucitar hace volver la vida: y el que había dado al hombre el alma desde el cielo, desde allí hizo que el hombre constara también de carne, para que la mancha terrena no hundiera de nuevo el sentido celestial en la caída de la carne, como dice el Apóstol: El primer hombre, de la tierra, terreno; el segundo hombre, del cielo, celestial: cual el terreno, tales también los terrenos; y cual el celestial, tales también los celestiales (1 Cor

15,47-48). Y Juan evangelista: Todo el que ha nacido de Dios no peca, sino que la generación de Dios lo guarda (1 Jn 5,18). De ahí, pues, que nazca Cristo, para levantar a la naturaleza celestial a los que yacían en una descendencia terrena.

Habiendo nacido Jesús en Belén de Judá. Belén, hermanos, en hebreo se llama casa del pan. Con estas palabras, pues, se señala la casa de Judá, se nombra el linaje, para que se cumpla la fidelidad de la promesa, la verdad de la profecía, como dice Jacob: Judá, te alabarán tus hermanos, tus manos sobre la espalda de tus enemigos, te adorarán los hijos de tu padre (Gn 49,8). Y después: No faltará príncipe de Judá, ni caudillo de sus muslos, hasta que venga aquel para quien estas cosas están reservadas, y él será la expectación de las naciones (Gn 49,10). De donde también David: Judá, mi rey (Sal 60,9).

Habiendo nacido Jesús en Belén de Judá en los días del rey Herodes. ¿Qué significa que en tiempo de un rey nefando Dios descienda a la tierra? ¿que la divinidad se mezcle con la carne? ¿que se haga con un cuerpo terreno un comercio celestial? ¿Qué significa? ¿Y cuándo no llega el rey verdadero a expulsar al tirano, a liberar la patria, a restaurar el orbe, a devolver la libertad? Herodes, renegado de la nación judía, invadió el reino, suprimió la libertad, profanó las cosas santas, confundió el orden; abolió cuanto hay de disciplina, cuanto hay de culto; con razón, pues, a la nación santa, porque le falta lo humano, la socorre lo divino, y Dios mismo la asiste, ella que no tenía un hombre que la asistiera. Así vendrá

Cristo de nuevo, para derribar al Anticristo, para que el orbe sea liberado, la patria del paraíso sea devuelta, la libertad del mundo se haga perpetua, toda la servidumbre del siglo sea quitada.

He aquí que unos Magos vinieron de Oriente. De Oriente a Oriente vienen los Magos, para que los recibiera al llegar el mismo que había mandado que vinieran: pues ¿cuándo buscaría un mago a Dios, si Dios no se lo mandara? ¿cuándo habría encontrado un astrólogo al rey del cielo, si Dios no se lo revelara? ¿cuándo adoraría en la tierra a un solo Dios sin Dios un caldeo que en el cielo servía a tantos dioses como astros? Mayor señal celestial es la que dan los Magos que la que da la estrella: que el mago conoce al rey de Judea, al autor de la Ley, y el judío no lo conoce; Caldea lo anuncia, Judea no lo anuncia; Jerusalén lo rechaza y huye; Siria lo sigue y lo adora.

He aquí que unos Magos vinieron de Oriente, diciendo: ¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos? Hemos visto su estrella. Y sin embargo, ¿qué es lo que se ve? En verdad, como dijo el Apóstol: Siendo rico, se hizo pobre (2 Cor 8,9); siendo rico en su deidad, se hace pobre en nuestra carne; y comenzó a tener una sola estrella el que hizo, tiene y contiene toda la creación. Hemos visto su estrella. Por fin ve el mago a aquel que tiene la estrella, que no es tenido por la estrella; ni es él llevado por el curso de la estrella, sino que él mismo lleva el curso de la estrella, cuyo curso dirige así por el cielo, así modera su marcha, así templa su camino, que sirve al paso de los Magos y es enviada a su andar. Pues cuando el mago camina,

la estrella camina; cuando el mago se sienta, la estrella se detiene; cuando el mago duerme, la estrella vela: así comprende el mago que, para quienes es igual la condición de caminar, es igual la necesidad de servir; y ya no cree que la estrella sea Dios, sino que juzga que es consierva suya, al verla de tal modo sujeta a sus servicios.

¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos? Hemos visto su estrella en oriente, y hemos venido a adorarlo. Al decir: ¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos?, no preguntan, sino que insultan: cuando los que saben preguntan a los que no saben, no son ellos los que ignoran, sino que acusan a los negligentes, increpan a los perezosos, delatan a los malos, azotan a los contumaces, acusan a los siervos de no haber salido al encuentro de su Señor. Pues ¿qué buscan de los hombres los que por Dios conocían lo que buscaban? ¿Para qué necesitaban para esto el oficio de una indicación humana, ellos a quienes para esto servían los astros del cielo? ¿De qué les servía la lámpara del templo a ellos, para quienes brillaba el admirable astro del cielo?

¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos? Es decir: ¿por qué el rey de los judíos yace en un pesebre, y no se recuesta en el templo? ¿Por qué no brilla en la púrpura, sino que yace desaliñado entre pañales? ¿Por qué se oculta en una cueva, y no se le tiene manifiesto en el santuario? Los jumentos recibieron en el pesebre a aquel a quien vosotros desdeñasteis recibir en su propia casa. Reconoció, como está escrito, el buey a su dueño,

y el asno el pesebre de su señor (Is 1,3); pero tú, Israel, no has buscado a tu Señor.

Hemos visto su estrella. Apareció la estrella no porque quiso, sino mandada; no por señal del cielo, sino por impulso de la Divinidad; no por ley de los astros, sino por novedad de señales; no por el clima del cielo, sino por el poder del que nacía; no por arte, sino por Dios; no por la ciencia del astrólogo, sino por la presciencia del Hacedor; no por cálculo aritmético, sino por sanción divina; por providencia de lo alto, no por curiosidad caldea; no por arte mágica, sino por profecía judía.

Así, cuando vio el mago que habían perecido los cuidados humanos, que habían fallado sus artes, que se habían vaciado los trabajos de la sabiduría mundana, que se habían entumecido los sudores de todas las escuelas, que se habían agotado los tesoros de toda la filosofía, que había huido la noche pagana, que habían caído las nieblas de las opiniones, que se habían escondido las sombras mismas de los demonios, que la estrella no ocultaba, como un cometa, con su cabellera esparcida lo que anuncia, ni oscurecía lo que alumbra, habla así: «Justo es que te vea, con un rayo nuevo, con una luz que hace de señal, con un resplandor cierto, brillar sobre Judea, y mostrar allí a un rey nacido fuera de la ley del mundo, fuera del orden de la carne, fuera de la naturaleza humana». Así, depuesto el error, sigue, corre, llega, encuentra, se alegra, se postra, adora; porque no por la estrella, no por el arte, sino por Dios, se admira de haber encontrado a Dios en carne humana. Así pues, hermanos, con la lectura pre-

sente no se ha confirmado el error mágico, sino que se ha deshecho. Pero baste esto por hoy, para que, por Dios, lo que sigue brille con claridad.

Sermón CLVII.

Sobre lo mismo

Las fiestas del Señor expresan sus causas con sus nombres: pues así como Cristo, naciendo, dio el día natalicio, y resucitando dio el día de la resurrección, así con la luz de las señales mostró el día de su iluminación. Pues el que naciendo se veló primero con un cuerpo humano, después, obrando, se reveló él mismo por un arcano celestial: después Dios mismo apareció de modo trino, el que en el parto se mostró hombre singular. Con razón, pues, la presente solemnidad se denomina con el nombre de Epifanía, en la que resplandeció la deidad, que para nosotros quedaba oscurecida en nuestra carne.

Esta es, hermanos, esta es la fiesta que, concebida en tiempos diversos, dio a luz tres insignias de la deidad. En la Epifanía los Magos confiesan a Cristo Señor con dones místicos, y los adoradores de los astros, moradores de la noche, encuentran al autor de la luz en densas tinieblas: para que esto sea gracia del autor, no sea industria del que así busca; no sea de la estrella, sino de Dios; sea don del Creador, no sea beneficio de la criatura; no sea de arte humana, sea don divino.

He aquí que unos Magos, dice, vinieron de Oriente, diciendo: ¿Dónde está el que ha nacido

rey de los judíos? Porque hemos visto su estrella en Oriente, y hemos venido a adorarlo (Mt 2,1-2). Hemos visto su estrella. ¿Y qué no es suyo? La estrella es suya, no él de la estrella. Su estrella. La que recibió el ser, pero no lo dio; una estrella cuyo orto tenía en su mano el autor, no una que tuviera en su mano el orto del autor. Su estrella. Que venía no de un horóscopo, sino del Progenitor; por mandato, no por hado; no de un calculador, sino del autor; no para dar un orto, sino para sufrir un ocaso. Estrella no legisladora, sino portadora de señal; que no trae el orden de los días, sino la luz de las noches. Esta estrella es ministra del camino, no de la vida; compañera de los Magos, no pariente de Cristo; no señora del que domina, sino esclavita de los siervos.

Pero dice alguno: «¿Por qué unos Magos? ¿Por qué por medio de una estrella, si con las estrellas, con el origen, no hay causa alguna, ninguna razón con la naturaleza?» ¿Por qué unos Magos? ¿Por qué una estrella? Para que por Cristo la materia misma del error se convirtiera así en ocasión de salvación: como por Cristo la causa de la muerte se ha hecho causa de la vida. Desbaratar al enemigo con su propia espada es insignia singular de valor. En los Magos la culpa estaba en la ignorancia, no en la voluntad; y en el crimen no había empeño, sino error. Buscar a Dios y no saber buscarlo es más necesidad que culpabilidad. Fue, pues, obra de piedad que Dios se dejara encontrar por los que lo buscaban y atribuyera la culpa al error. En efecto, Pablo, por un juicio semejante, de perseguidor fue hecho predicador, porque por

celo de la Ley combatía la Ley, y pecaba contra Dios por amor de Dios. De ahí que la fe corra hacia Pablo, la incredulidad corra de vuelta a la ignorancia.

Pero todavía dice el oyente: «Concedido que la estrella, no por su propio impulso, sino por mandato de Dios, mostrara el camino a los Magos que buscaban: ¿de dónde tan gran conocimiento de los dones místicos, de dónde tan grandes misterios de los presentes?» No por arte caldea, sino por la antigua tradición de los santos antepasados: estos eran del linaje de Noé, de los hijos de Abraham, que habían aprendido por Dios, no por arte, que Cristo había de nacer; y por un alto misterio habían conocido que era hombre, Dios, rey, y destinado a morir. De ahí que trajeran dones adecuados a la fe de los padres, para ofrecer a sabiendas oro al rey, incienso a Dios, mirra al que había de morir, y con tal don satisfacer a la piedad y al honor. Pero baste esto sobre los Magos.

En la Epifanía Cristo, en unas bodas, dio a las aguas sabor de vino (Jn 2,1-11), para que el haber asistido Cristo a unas bodas fuera cosa de poder, no de placer; no fuera de humanidad, sino de potestad; fuera por causa de una señal, no del vientre; no fuera preparativo de embriaguez, fuera manifestación de la deidad. En efecto, cuando el agua cambió de naturaleza, en seguida descubrió a su autor, y el Creador de los elementos se reveló a la criatura por su cambio. Felices las bodas, felices aquellas en las que Cristo está presente, que se consagran no con el lujo, sino

con prodigios. ¿Qué no se convirtió allí en gracia, donde el agua se convirtió en vino?

En la Epifanía Cristo, consagrando nuestro bautismo, entró en el cauce del Jordán (Mt 3,13-17), para que a quienes naciendo había asumido en la tierra, renaciendo los levantara al cielo; tuviera libres en sí a los que había visto cautivos fuera de sí; hiciera él mismo vivos a los que la culpa había hecho mortales; volviera perpetuos a los que la muerte había hecho temporales; y a los que el diablo había hecho desterrados de lo terreno, los hiciera él mismo consortes suyos en lo celestial. De ahí, hermanos, que el Espíritu Santo se derramara entonces con un descenso pleno, cuando el Padre clama desde el cielo: Este es mi Hijo amado (Mt 3,17); para que aquellos cuya obra al crearnos había sido una con el Hijo tuvieran una sola dignación en nuestra restauración; y así Cristo, en tiempos diversos, en un mismo y único día, por el don de los Magos, por el cambio del agua y por la voz del Padre, se conociera que era Dios por un testimonio trino, y de la trina manifestación de Cristo se hiciera una sola y sagrada solemnidad de la Epifanía.

Sermón CLVIII.

Sobre lo mismo

A menudo nos preguntamos por qué Cristo entra así en el mundo, de modo que experimenta las estrecheces del seno, padece la injuria del parto, soporta las ataduras de los pañales, tolera una cuna débil, busca con lágrimas el alimento de los pechos, siente los grados de las edades y sus necesidades. ¿Y cómo debía venir el que quiso traer la gracia, expulsar el temor, buscar la caridad? La naturaleza enseña a todos qué puede, qué merece la infancia. La infancia, ¿qué barbarie no vence, qué fiereza no amansa, qué crueldad no reprime, qué furor no contiene, qué potestad no depone, qué rigor no ablanda, qué dureza no disuelve, qué amor no reclama, qué afecto no arranca, qué favor no impone, qué caridad no obtiene? Que esto es así lo saben los padres, lo sienten las madres, lo comprueban todos, lo atestiguan las entrañas humanas. Así, pues, quiso nacer el que quiso ser amado, no temido: y sin embargo, oíd qué consigue ante la malicia humana la infancia, tan dulce, tan tierna, tan querida.

Al oírlo, dice, el rey Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él; y reuniendo a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntaba dónde había de nacer el Cristo (Mt

2,3-4). Si Jerusalén, si el rey, si los escribas, si los príncipes de los sacerdotes se turban así ante la infancia de Cristo, ¿qué habrían hecho estos si Cristo hubiera venido en seguida como hombre perfecto, si apoyado en riquezas y en multitud, si con gente sospechosa, si con extranjeros? Ellos, que nada conceden al tiempo, nada a la edad, nada al pobre, nada al padre; sino que en cuanto oyen que ha nacido, preparan al que nace la muerte, al inocente engaños, maldad al piadoso, espadas al desnudo, soldados al que está solo, matanza al que llora, castigo al padre: y para que la violencia se mezcle con la sangre, la acerba crueldad declara la guerra a las cunas, acosa los pechos con dardos, estrella los escudos contra los regazos, para hacer entrar en el sepulcro antes que en el mundo a una prole humana y divina.

Concedido que el rey Herodes, por amor del reino, por temor a un sucesor, se viera forzado a maquinar tales cosas: ¿por qué Jerusalén, por qué los príncipes, por qué los escribas? Porque el profano no quiere que nazca Dios, el siervo su señor, el reo su juez, el rebelde su príncipe, el incrédulo su juez instructor. Jerusalén se había empapado de diversa contaminación, los sacerdotes habían profanado las cosas santas y, vendiendo los pecados, habían convertido en lucro el perdón y la piedad. Los escribas habían cambiado la doctrina celestial, la ciencia saludable, el magisterio vital, en un sentido cruel, en la caída de la incredulidad, en una palabrería mortal. De ahí que no quieran que Cristo nazca, teman que viva, porque sabían que pronto serían entregados a la ignominia,

arrastrados a los oprobios, echados del templo, privados del sacerdocio, despojados del provecho de las ofrendas. Pues, una vez inflamados por la codicia, cautivos de la pompa, heridos por los vicios, ebrios de vanidad, empapados de lujo, como nada podían pensar de enmienda, nada esperaban de perdón.

El buen administrador, cuando con trabajo continuo obtiene abundante fruto, desea que su señor venga a su ganancia, ansía que venga a su gozo: el operario diligente, cuando ha cumplido la obra del trabajo emprendido, desea que llegue el padre de familia, para recibir su salario: el soldado devoto, después del combate, después de la victoria, anhela la presencia del rey, para ver compensados con premios sus sudores y sus heridas; así desea que Cristo venga a su palma el que derriba las guerras del mundo con valor infatigable; así no quiere que Cristo venga el que, vencido por los atractivos del siglo, tiembla ante el castigo, nada presume del perdón. Hermanos, hagamos el bien, apartémonos del mal: huyamos de los vicios, sigamos las virtudes, desentendámonos de lo presente, pensemos en lo futuro, encaminémonos a nuestro reino, lleguemos a nuestra palma, aspiremos a la gloria, tendamos con todos nuestros deseos a la corona.

Pero vuelva ya el sermón a lo que sigue. Entonces Herodes, dice, llamando en secreto a los Magos, averiguó con diligencia por ellos el tiempo de la estrella que se les había aparecido, y enviándolos a Belén, dijo: Id e informaos con diligencia acerca del niño, y cuando lo hayáis

encontrado, avisadme, para que también yo vaya a adorarlo (Mt 2,7-8). Llama a los Magos ocultamente, porque nada se atreve a hacer a las claras una mente fingida, una conciencia engañosa. Llama a los Magos ocultamente, porque el ladrón ama la noche, el salteador tiende sus emboscadas a escondidas. Averigua con diligencia el tiempo de la estrella: pero mientras teme por su reino, no teme la señal del cielo, no se espanta ante el autor del tiempo. ¿Por qué te turbas, Herodes? ¿Por qué andas tan inquieto por un sucesor? Aquel para quien militan los astros no se deja retener por un imperio terreno.

Id e informaos con diligencia acerca del niño, y cuando lo hayáis encontrado, avisadme. Herodes, te equivocas: al mago se le mandó adorar, no delatar; vino a dar testimonio, no a traicionar; a él se le concedió ver, a ti no se te concedió encontrar. Id e informaos. Como si no bastara con haber preguntado una vez a los Magos. A los que preguntaban piadosamente se dio una respuesta sin piedad; el mensajero de la salvación se convirtió en ruina para los que oían mal. El siervo contumaz oye que ha nacido el Señor, pero al Señor que nace le prepara lazos, no honra; le prepara la muerte, para verse libre de la servidumbre. Pero como ni Dios podía acabarse, ni perecer la salvación, ni morir la vida, el Señor permanece en el honor, el siervo se quedó en el crimen; y es arrastrado al castigo el que desdeñó venir al homenaje; es apresado para la sentencia el que no quiso llegar a la gracia.

Id e informaos con diligencia acerca del niño, y cuando lo hayáis encontrado, avisadme. Con razón dijo avisadme (renuntiate mihi), porque siempre renuncia (renuntiat) al diablo el que se apresura a llegar a Cristo; el que va a ser cristiano, cuando oye del sacerdote: «¿Renuncias al diablo?», respondió: «Renuncio». Con propiedad, pues, dice Herodes que los Magos debían avisarle (renuntiare), él, que sabía que ocupaba el lugar del diablo, que conocía que hacía el papel de Satanás. Para que también yo vaya a adorarlo. Quiere mentir, pero no puede: vendrá, para ser doblegado a los tormentos, arrojado a los suplicios, postrado para el castigo, el que había fingido adorar para ensañarse.

Pero los Magos, en cuanto pasaron las nubes de la incredulidad judía, y en el cielo sereno de la fe cristiana vuelven a ver la estrella que habían visto, precediéndolos ella, guiándolos ella, llegaron al lugar sacratísimo del nacimiento del Señor. Y abriendo sus tesoros le ofrecieron dones: oro, incienso y mirra (Mt 2,11). Oro al rey, incienso a Dios, mirra al que había de morir, ofrecen a la devoción del Señor, tesoros grandísimos de conocimiento para los que habían de creer en adelante; así vuelven a lo suyo por el camino de la inocencia los que pisotearon el camino del fraude de Herodes hasta arruinarlo.

Sermón CLIX.

Sobre lo mismo

Hace unos días, esto es, el octavo día antes de las calendas de este mes, desde el cual el día comenzó a crecer porque había amanecido el día verdadero, los que lo han leído, o han prestado oído a los que leían, recuerdan fácilmente que el Señor Cristo Jesús nació en la carne, como está escrito en el Evangelio (Lc 2). Los pastores israelitas, velando sobre su rebaño, lo conocieron por el anuncio de los ángeles: hoy los Magos gentiles, que seguían artes curiosas, lo encontraron manifestado en la misma carne, indicándolo las señales. A aquellos les habló la voz de los ministros espirituales, anunciándoles el amanecer de la natividad del Señor; a estos, una estrella, como lengua de los cielos. Dicen aquellos a quienes muchas veces habían sido enviados los profetas: Pasemos hasta Belén, y veamos esta palabra que nos ha llegado (Lc 2,15); dicen estos, a quienes ninguno de los profetas había hablado jamás, y preguntan inquiriendo: ¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos? Hemos visto su estrella en Oriente, y hemos venido a adorarlo (Mt 2,2).

Se acercan, pues, aquellos de cerca, estos vienen de lejos; pero unos y otros convergen con piadosa devoción en un mismo y único lugar de

la fe: y allí contemplan, admiran, reconocen a Cristo rey, puesto delante de aquellos dos jumentos proféticos, que llevan el tipo y la figura de los dos pueblos. Pues reconoció el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su señor (Is 1,3). Pues reconoció el buey judío, sacudido el yugo de la Ley, y reconoció también el asno pagano, depuesta la fiereza de la necedad; aquel dejando el trabajo superfluo de la observancia, este abandonando el errante extravío de la superstición. Uno y otro lo reconocieron, porque uno y otro se acercaron a un mismo pesebre del Señor para comer, para comer no el heno de la muerte, sino el alimento de la salvación. Comed, comed, piadosos animales, los manjares de la vida eterna: y con fauces tan ávidas como podáis apoderaos del alimento de la retribución perpetua, no dividiéndolo en pedazos, sino tomándolo íntegro y entero. Pues Cristo no puede ser comido y dividido; íntegro es tomado por los creyentes, íntegro es recibido en la boca del corazón. Pues el Verbo se hizo carne, y habitó en nosotros (Jn 1,14): habitó, desde que se dignó llenar el seno de la Virgen.

Aquellos ofrecieron, como está escrito, oro, incienso y mirra (Mt 2,11). Nosotros, el incienso de la fe de una región lejana; nosotros, la mirra de buen olor de una confesión cercana; nosotros, los dones fragantes de la caridad: pues ofrecemos estas tres cosas cuando confesamos a Cristo rey, y Señor, y hombre. Pero adoremos a Cristo en espíritu y en verdad, si le hemos ofrecido los dones de la fe y de la confesión: y también nosotros, como aquellos Magos, que son los guías de nuestra fe

y los príncipes de nuestra creencia, advertidos en sueños, esto es, en esta vida, que es semejante al sueño, burlado el rey Herodes, esto es, el diablo, príncipe de este mundo, por otro camino, esto es, por otra vida, volvamos a aquella patria nuestra de la que fuimos desdichadamente arrojados por Adán, pero a la que ahora hemos sido misericordiosamente devueltos por Cristo.

Sermón CLX.

Sobre lo mismo

Aunque en el mismo misterio de la encarnación del Señor estuvieron siempre presentes, claras, las insignias de la divinidad, la solemnidad de hoy descubre y revela de muchos modos que Dios vino a un cuerpo humano, para que la mortalidad, siempre envuelta en oscuridades, no perdiera por ignorancia algo tan grande como lo que mereció tener y poseer por la gracia. Pues el que quiso nacer para nosotros no quiso ser ignorado por nosotros: y por eso lo descubre así, para que el gran misterio de la piedad no se convirtiera en ocasión de un gran error.

Hoy el mago encuentra llorando en la cuna al que buscaba resplandeciente en las estrellas. Hoy el mago admira claro entre pañales al que por largo tiempo soportaba oscuro en los astros. Hoy el mago revuelve con profundo asombro qué ve y dónde: el cielo en la tierra, la tierra en el cielo, al hombre en Dios, a Dios en el hombre, y al que el universo entero no puede contener, encerrado en un cuerpo pequeñísimo. Por eso el mago, que no alcanza a escrutarlo, no puede abarcarlo, en seguida adora; pues ve que no brillan así en el cielo las estrellas, la luna, el sol, como contempla que ha resplandecido la carne en la tierra; ve

que en un mismo y único cuerpo se ha reunido el comercio de la divinidad y de la humanidad. Este, mientras cree que es Dios, siente que es rey, entiende que ha de morir por amor del género humano, y con pensamiento temeroso considera cómo puede morir Dios, cómo puede ser muerto el restaurador de la vida. Y así el mago deja de buscar con arte lo que con arte no puede encontrar: y como ve que por largo tiempo anduvo errante en el cielo con los astros errantes, se alegra de haber llegado en la tierra a Dios bajo la guía de un único astro, y descubre el mago que todo lo que se ve en el cielo, claro a los ojos humanos, está oscurecido por profundos misterios.

Y ya, viéndose creer y no discutir, confiesa con dones místicos: con el incienso que es Dios, con el oro que es rey, con la mirra que ha de morir. Con el incienso, Dios; con el oro, rey; para aplacar con un rico homenaje a aquel a quien había abordado y ofendido con un empeño curioso e importuno; y cumple aquello que muchos suponen dicho del eunuco de Etiopía: Etiopía se adelantará con sus manos a Dios (Sal 68,32). El mago, adelantándose al judío con sus manos, ve a Cristo, porque cuando el judío entregaba con maldad a Cristo a Herodes, entonces el mago reconocía con sus dones que Cristo era Dios. De ahí que el gentil, que era el último, haya sido hecho el primero: porque entonces, a partir de la fe de los Magos, quedó inaugurada la creencia de los gentiles, y quedó señalada la crueldad de los judíos.

Hoy Cristo entró en el cauce del Jordán para lavar el pecado del mundo: Juan mismo atestigua

que vino para esto. He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo (Jn 1,29). Hoy el siervo sostiene al Señor, el hombre a Dios, Juan a Cristo; lo sostiene para recibir el perdón, no para darlo. Hoy, como dice el Profeta: La voz del Señor sobre las aguas (Sal 29,3). ¿Qué voz? Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido (Mt 3,17). Hoy la voz de Dios está sobre las aguas, porque Dios Padre, para probar la credibilidad de la generación, él mismo testigo de su Hijo, él mismo su garante, se hace presente. Este es mi Hijo amado, porque no tenía otro que diera testimonio: el arcano del Padre no tenía árbitro; la generación divina no conoce testigo; la divinidad no admite un conocimiento ajeno, como lo dice el mismo Hijo. Nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni nadie conoce al Padre sino el Hijo (Mt 11,27).

Hoy el Espíritu Santo flota sobre las aguas en forma de paloma, para que, así como aquella paloma de Noé había anunciado que el diluvio se había retirado del mundo (Gn 8,11), así por indicio de esta se conociera que había cesado el perpetuo naufragio del mundo; y no trajera, como aquella, un ramo del viejo olivo, sino que derrama toda la riqueza del crisma sobre la cabeza del nuevo padre, para cumplir lo que predijo el Profeta: Por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría por encima de tus compañeros (Sal 45,8). Hoy el Señor está sobre las aguas. Con razón sobre las aguas, y no bajo las aguas, porque Cristo no sirve a su bautismo, sino que manda sobre los sacramentos.

Hoy el Dios de la majestad ha tronado; y si el Padre truena desde el cielo, si el Hijo está en pie en las corrientes del Jordán, si el Espíritu Santo aparece corporalmente desde lo alto, ¿qué significa que el Jordán, que huyó ante la presencia del arca de la Ley (Jos 3), no retrocede ante la presencia de toda la Trinidad? ¿Qué significa? Porque el que se somete a la piedad comienza a no estar sujeto al temor. Aquí la Trinidad ejerce toda su gracia, habla consigo toda su caridad: allí reprende a los elementos, para instruir en el temor a sus siervecillos. Entre todas estas cosas, sin embargo, tales y tan grandes, permanece intrépido Juan, porque no puede temer el que, nacido todo él para el amor de Dios, es aprobado por el testimonio de un ángel.

Hoy Cristo da comienzo a las señales celestiales, al convertir el agua en vino (Jn 2,11), para que aquel de quien el Padre ya había probado con su voz que era Hijo probara él mismo con prodigios que era Dios, porque es autor de los elementos el que cambia los elementos; y él mismo hizo la naturaleza, él que no se fatiga en obrar contra la naturaleza: transforma el agua en vino, para que con el vigor de la divinidad progrese la torpeza de nuestra naturaleza. Pues el que con fragmentos que fluían y con un incremento furtivo extendió y ensanchó cinco panes en hartura para cinco mil hombres (Mt 14,13-21), pudo, con aumentos crecientes, ampliar y perpetuar para la fiesta de bodas las medidas de vino. Pero el agua había de convertirse en el misterio de la sangre, para que Cristo brindara copas de vino puro, del vaso

de su cuerpo, a los que beben, para cumplir aquello del Profeta: Y tu cáliz que embriaga, ¡qué excelente es! (Sal 23,5) De tres modos, pues, ha sido probada hoy la deidad de Cristo: por el don de los Magos, por el testimonio del Padre, por el cambio del agua en vino; porque la autoridad de la Escritura estableció que toda palabra se sostiene en tres, al decir: En boca de dos o tres testigos se mantenga toda palabra (Mt 18,16). Pero como la fiesta misma nos invita ya a venir a la mesa del Señor y a la alegría de este cáliz, basta haber concluido grandes cosas en un breve sermón, por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina ahora y siempre, y por todos los siglos de los siglos. Amén.

Sermón CLXI.

Sobre la parábola del siervo que vuelve del campo, y sobre la gratitud del hombre hacia Dios

Habéis oído, hermanos, cómo el Señor exige el servicio divino con el ejemplo de la servidumbre humana, diciendo: ¿Quién de vosotros, que tenga un siervo arando o apacentando, le dirá cuando vuelva del campo: Pasa en seguida y recuéstate a la mesa; y no le dice: Prepárame la cena, y cíñete, y sírveme hasta que yo coma y beba, y después de esto comerás y beberás tú? (Lc 17,7-8) ¿Acaso agradece a aquel siervo, porque hizo lo que le había mandado? No lo creo (Lc 17,9). Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: Siervos inútiles somos; hemos hecho lo que debíamos hacer (Lc 17,10).

Así también vosotros. ¿Qué hay de semejante? Más bien, es muy desemejante. ¿Debe el hombre a Dios tanto como el hombre debe al hombre? De ningún modo. Pues el orden es otro, la causa diversa, la fe desemejante. Dios hizo que el hombre fuera, mandó que naciera, le dio vivir, le concedió saber, le regaló también los tiempos, le distribuyó las edades, le admitió a la gloria, le abrió el camino al honor, lo puso al frente de los animales, y le asignó el dominio de toda la tierra con ley y edad fijadas: y cuando tales y tan grandes pri-

meros beneficios de Dios al hombre se hubieron perdido, restauró otros segundos, tanto mayores cuanto divinos, tanto más excelentes cuanto celestiales. Pues dio después como habitante del cielo al que había dado antes como morador de lo terreno, para que nada adverso para él, ninguna embestida, ninguna serpiente escondida entre los bienes terrenos, pudiera ya deslizarse contra el hombre; y una condición ya segura conservara al que había perdido una libertad insegura; y fuera el hombre libre de todos, con la sola servidumbre del Señor, a quien debe la condición en que fue hecho, a quien debe su origen: porque ha sido redimido, porque ha sido comprado, debe sin duda servidumbre, como dice el Apóstol: Habéis sido comprados a precio; no os hagáis siervos de los hombres (1 Cor 7,23). Y el Profeta, para reconocer su condición, su origen: Yo soy tu siervo, dice, e hijo de tu esclava (Sal 116,16). Esto a Dios; ¿qué cosa semejante debe el hombre al hombre? Y sin embargo Dios pide siquiera otro tanto; porque el hombre nada quiere dar a Dios, a quien lo debe todo.

Pero repitamos la lectura, y pongamos ante nuestros ojos la semejanza misma, y entonces brillará lo que hemos dicho: que a Dios no le pagamos servidumbre alguna, al hombre se la pagamos toda. ¿Quién de vosotros, que tenga un siervo arando o apacentando, le dirá cuando vuelva del campo: Pasa en seguida y recuéstate a la mesa; y no le dice: Prepárame la cena, y cíñete, y sírveme hasta que yo coma y beba, y después de esto comerás y beberás tú? ¡Qué familiar, qué

casera, qué tomada del uso cotidiano, qué común es esta enseñanza! Si el que oye es señor, reconoce que exige tales cosas a su siervo; si es siervo, sabe que él presta estas cosas a su señor.

Pues el siervo, después de las vigilias antes del alba, después de los variados y duros trabajos de todo el día, después de las idas y venidas temblorosas y angustiadas, prepara la cena a su señor y, ceñido, sirve lo que había preparado: no se ensoberbece por haberlo hecho, sino que tiembla al hacer cada cosa con devoción, y pone delante de su señor manjares múltiples, condimentados con todo arte para todo sabor; mientras él ha de probar una cenita a medio cocer y quizá sin sal; ofreciendo copas frecuentes, varía los vasos, cambia los vinos; ante los relatos, más largos aún, de un larguísimo banquete, está de pie inmóvil, está sin saber moverse, está, él, a cuya servidumbre no le está permitido cansarse. Y cuando el señor ya pasa parte de la noche durmiendo, la consume en reposo, el siervo recoge, cuida, atiende, coloca, compone, repone, y de tal modo se entretiene en las cosas necesarias, que nada o poco de la noche se reserva para la comida y el sueño. Después de todo esto, si no vela hasta el día siguiente y no se adelanta al señor mientras duerme, cansado, incansable, madrugará para los azotes; para el castigo presente de nada le vale el trabajo de ayer, porque todo lo que el señor haga con el siervo indebidamente, con ira, queriendo, sin querer, olvidándose, pensándolo, sabiéndolo, sin saberlo, es juicio, justicia, ley; la ira del que manda es de-

recho para el súbdito, y ante el capricho del señor la condición de la servidumbre no tiene voz.

Si, pues, también el siervo siente lo que debe al hombre sirviendo de tal modo, también el señor, al dominar, aprende y entiende, siendo él mismo su maestro, qué servidumbre debe al Señor de los señores. Esto cumplía Pablo, que así escribía los rótulos de su servidumbre: Hasta esta hora tenemos hambre, y sed, y estamos desnudos, y somos abofeteados (1 Cor 4,11). Y en otro lugar: Hago lívido mi cuerpo, y lo sujeto a servidumbre (1 Cor 9,27). El buen siervo aplicaba el castigo, obrando de tal modo que se golpeaba continuamente hasta amoratarse: y no aflojaba las riendas al cuerpo, para que la carne, relajada por la indulgencia, no incurriera en la servidumbre de otro.

Pero, hombre, lo que exiges a tu siervo, dalo a aquel que te hizo señor. Tú que siempre duermes y exiges a tu siervo vigilias incansables, vela alguna vez por tu Señor, que vela por ti sin cesar; asiste siquiera un momento a tu Señor, que ayuna, tú, a quien tu siervo asiste siempre cuando comes; dispensa al siervo inocente, tú, a quien tu Señor halaga cuando pecas; da entretanto el perdón, tú, a quien tu Señor siempre perdona. Ciertamente, si has hecho algo bueno, cree que has pagado al Señor una deuda, no que le has hecho un favor.

Cuando hayáis hecho, dice, todo lo que se os ha mandado, decid: Siervos inútiles somos; hemos hecho lo que debíamos hacer. ¿Cuándo es útil por sí mismo el hombre para lo divino, él que es tan inútil para sí en lo humano? Considere el hombre los males del corazón, los vicios de la

carne, las olas de los placeres, las tempestades de los deseos, los escollos de las iras, los naufragios de los crímenes, y entonces dará a Dios todo lo que en él hay de útil, se atribuirá a sí todo lo que hay de inútil.

Pero volvamos a lo propuesto, para que quede ya patente por qué amonestó el Señor a sus discípulos. Para enviar a sus apóstoles a los pueblos que languidecían con dolores diversos, Cristo les dio el poder del espíritu, les dio una potestad de lo alto, les dio la gracia de las curaciones; por eso, recorriendo los lugares, devolvían la vista a los ciegos, la carrera a los cojos, el oído a los sordos, y, para no deteneros con cada cosa, daban la salud a todos los que estaban mal; por eso, al volver, se gloriaban diciendo: Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre (Lc 10,17). A los cuales el Señor modera, diciendo: No os alegréis de que los demonios se os sometan; alegraos, en cambio, de que vuestros nombres estén escritos en los cielos (Lc 10,20).

Así pues, para que no perdieran por la soberbia lo que habían conquistado con el trabajo, y no se atribuyeran a sí lo que habían obtenido de Dios, los llama de nuevo a la humildad, que es madre de la enseñanza, con tal ejemplo: ¿Quién de vosotros, que tenga un siervo arando o apacentando, le dirá cuando vuelva del campo: Pasa en seguida y recuéstate a la mesa; y no le dice: Prepárame la cena, y cíñete, y sírveme hasta que yo coma y beba, y después de esto comerás y beberás tú? Después de acabados los trabajos, y de tantas y tan grandes pruebas de prodigios, los apóstoles

se tenían por muy útiles; pero que se movían en el barro de la carne y en el limo de este cuerpo, y que eran inútiles, no lo sabían; pero quedan al descubierto cuando Judas entrega, Pedro niega, Juan huye (Mt 26; Mc 14), todos lo abandonan, para que apareciera solo aquel en quien estaba, y de quien venía, toda la utilidad.

En cuanto a lo que dijo: Y después comerás tú, advierte a los discípulos que después de su ascensión ansíen unirse en seguida al Señor en aquella bienaventuranza de lo alto. Pues, en efecto, aquí da por buenos a los que han de dejarlo todo, y los ciñe para soportar la pasión, y los perfecciona para el trabajo de su ministerio. Pues entonces los apóstoles sirvieron al que estaba a la mesa durante todo el tiempo en que, entre las cocinas de los pecadores y los hogares de los gentiles, prepararon la cena del Señor sobre las mesas de la Iglesia en memoria perpetua. Esta cena la conoce el que es fiel; el que no la conoce y desea conocerla, que sea fiel.

Sermón CLXII.

Sobre el que quería dividir la herencia

Habéis oído hoy, hermanos, qué pidió al Señor un heredero de bienes mundanos. Maestro, dice, di a mi hermano que reparta conmigo la herencia (Lc 12,13). La codicia precipitada e incauta creyó árbitro de un pleito mundano al juez instructor mismo del mundo; y quiso que se hiciera autor de la división el que había venido a restaurar la unidad del género humano. Maestro, di a mi hermano que reparta conmigo la herencia. Este no es maestro de ganancia, sino amor.

Di a mi hermano que reparta conmigo la herencia. Cuando dice: di a mi hermano, antepuso lo que recuerda la caridad, lo que interpela a la naturaleza, lo que golpea el afecto. Di a mi hermano que reparta conmigo la herencia. No puede decir a un hermano: «Divide», el que enseñó por medio del Profeta: Mirad qué bueno y qué agradable es que los hermanos habiten en unidad (Sal 133,1). Di a mi hermano que reparta conmigo la herencia. ¿Qué herencia mayor, qué herencia mejor que el vínculo de la caridad divina? Porque la herencia alguna vez perece, la caridad nunca, como dice el Apóstol: La caridad nunca decae (1 Cor 13,8).

Pero dice alguno: «¿Entonces la caridad nunca perece, nunca se quebranta?» Absolutamente nunca, porque la caridad, si existe, permanece; si no permanece, no existe. Como el árbol estéril que en primavera se pone todo blanco de flores no da fruto, sino que engaña, así es la caridad que se supone y no existe: sacudida por las olas de las ocasiones, se desvanece, y así hiere a los solícitos y engaña a los incautos.

Pero volvamos a lo comenzado. Maestro, di a mi hermano que reparta conmigo la herencia. La herencia mundana trae a los descendientes pleitos antes que caudal; antes de dividir los bienes, divide a los herederos; antes de entregar a cada uno las porciones debidas, despedaza a los mismos sucesores y los reparte en bandos. Por tanto, esta no es herencia, sino pelea; y es madrastra de los hijos, no sus bienes. Enriquece a sus hijos el que deja a sus hijos la más plena caridad.

Pero tú, quienquiera que seas, que importunas al Señor con semejante petición, provocas al Señor, llevas al Señor a pleito, con quien el Apóstol te enseña y muestra que tienes la herencia en común: Herederos, dice, de Dios somos, y coherederos de Cristo (Rom 8,17). Este es así heredero contigo, este es tu hermano, el que en la suerte de nacer, en la condición de crecer, en el orden de vivir, en el término de morir, quiso hallarse en todo semejante a ti. Pues, siendo él el único heredero de Dios y el Hijo único por naturaleza, quiso e hizo que tú fueras partícipe con él, coheredero con él, por la gracia, tú que eras miserable y estabas sometido a la última servidumbre. Tendrás,

por tanto, y podrás poseer felizmente lo que se te ha dado, si permaneces en el palacio del Padre, si tienes en común la herencia divina.

La suerte divina puede darse, no puede dividirse, porque en lo celestial ni el que da pierde, ni el que recibe lo guarda para sí solo. ¿Por qué, entonces, hombre, lo llamas a una división, por qué, miserable, lo invitas a un litigio, por qué le pides una parte a él, que buscó y te dio el todo? Escarmentado al menos, desiste, y arrepiéntete ya de haber pedido tales cosas. Pues recibiste la porción de la hacienda principal, y, una vez recibida, peregrino, vagabundo, disoluto con los disolutos, glotón, la perdiste (Lc 15,13). De ahí desterrado del paraíso, de ahí privado de la herencia, de ahí proscrito de la vida.

Hombre, te dice Cristo: «Lo que de mí y por mí conseguiste, sin mí no podrás poseerlo, porque ya has visto qué fuiste sin mí; sabiendo esto, así pedí al Padre por ti, el más ingrato de todos: Padre, los que me diste, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo (Jn 17,24). Y como ni siquiera esto podía bastarte de amparo, pues estando conmigo en el paraíso, fuera de mí pereciste, añadí diciendo: Padre, como tú en mí y yo en ti, así también estos sean uno en nosotros (Jn 17,21). Yo, para tener los bienes del Padre, procedí del Padre, no me retiré en absoluto del Padre: y por eso quiero tenerte en nosotros tanto como nosotros mismos somos y permanecemos en nosotros. Deja, pues, de dividir lo de arriba o de litigar por lo terreno en mi presencia, no sea que a quien hoy tienes y posees como dador

piadoso lo experimentes después como juez instructor severísimo».

Pero oigamos ya qué respondió el Señor: Hombre, dice, ¿quién me ha constituido juez o repartidor sobre vosotros? (Lc 12,14) ¿Quién me ha constituido juez? ¿Y dónde queda aquello que tú dijiste, Señor: El Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo el juicio al Hijo (Jn 5,22)? ¿O repartidor sobre vosotros? ¿Y quién separará a los justos de los injustos, como el pastor separa las ovejas de los cabritos (Mt 25,32)? Si a ti se te debe el juicio del hombre, y por ti ha de celebrarse la división del mundo entero, ¿cómo dices: quién me ha constituido juez o repartidor sobre vosotros?

Ciertamente todo juicio está en manos de Cristo, y lo estuvo, y lo estará, pero entonces no había venido a juzgar, sino a ser juzgado, ni a condenar a los reos, sino a ser condenado, inocente, por los reos. En el hombre obraba como Dios, en el siervo como señor, para ser esclavo nacido en casa del tiempo, él que era Hacedor y juez instructor de los siglos. Con razón, pues, respondió: ¿Quién me ha constituido juez o repartidor sobre vosotros? ¿Y quién lo constituiría juez a él, que constituyó y restituyó todas las cosas? Cristo no podía ser árbitro a elección de un litigante, él que es la suma y la potestad de todo juicio. Pero ¿por qué el litigante no le objetó: «¿Cómo, sin que tu hermano te lo pidiera, hiciste tal petición? ¿No sabes que no es mediador justo el que es elegido por una sola parte?» Pero no dijo esto; sino que asistió sin ser visto, para que a aquel le fuera

lícito, y no al hermano, apartarse de la sentencia del que adjudicaba.

Y como Cristo había venido a corregir, no a condenar al reo, con un precepto quita la yesca de los pleitos, diciendo: Mirad, guardaos de la avaricia (Lc 12,15). Es decir: deséchese la avaricia, y no habrá contienda en la herencia. La avaricia, hermanos, niega a los padres, divide a los hermanos, separa a los compañeros, disuelve la amistad, excluye el afecto: quien la tenga dentro de sí no será de nadie, no será suyo. La avaricia, hermanos, como dijo el Apóstol, es la raíz de todos los males (1 Tim 6,10): y cuando ha comenzado a echar raíces en el corazón, disipa los ornamentos de las costumbres como un árbol dañino, enlazado con raíces funestas, desune y disipa los monumentos de los antepasados.

Sermón CLXIII.

Sobre el desprecio del cuidado de las cosas terrenas

Bienaventurados aquellos cuyos corazones ha penetrado hoy la escucha de la palabra del Señor. Bienaventurados aquellos cuyas mentes ha movido hacia la fe tan grande y tal promesa del Salvador. Bienaventurados los que por la creencia en los mandamientos celestiales han quedado libres de los duros cuidados del presente. Pues con tal voz se dirige hoy el Señor a sus discípulos, o más bien, a todos sus oyentes: No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis (Lc 12,22).

La vida es más que el alimento, y el cuerpo es más que el vestido (Lc 12,23). ¿Quién hay tan envidioso de sus propios bienes, quién tan enemigo de sus propias delicias, que desprecie lo que se ofrece espontáneamente y está preparado desde el cielo, y codicie lo conseguido con trabajos y dolores mundanos? Muy degenerado es el ánimo, del todo servil la mente que busca los vahos de los cocineros, las suciedades de la cocina, los manjares que hieden con el horror de ayer, ella, a quien sirve y tiene al lado de continuo un aparato regio. No gimas, pues, hombre, procurando cosas vanas, no te fatigues preparando cosas caducas,

porque Dios asiste siempre y en todas partes como preparador de tu comida.

¿Qué rey no procura la debida ración a sus soldados devotos? ¿Qué señor no suministra estos alimentos a sus siervos fieles? ¿Qué padre no da pan a sus hijos? Si, pues, Dios es para nosotros rey y Señor y Padre, ¿qué nos negará? El soldado que milita a sus propias expensas desacredita al rey; el siervo que vive a su propia costa acusa a su señor; el hijo solícito por sí mismo culpa a su padre, que aún vive. No expongas, pues, hombre, a Dios pensando de tal modo por ti mismo, a Dios, que con la justicia del que reina, el celo del que es señor y el afecto del que engendra, ha recibido en sí toda tu solicitud y ha tomado sobre sí tu cuidado, diciendo: No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis.

Pero quizá la lluvia de miel y el alimento único te desaniman con el ejemplo del hastío de los judíos, y no crees que la carne, compuesta de variedad de humores, se sacie con el solo maná, según su voluntad: dices: «Dios, así como quiso que el cuerpo constara de miembros diversos, así quiso y mandó que se nutriera de manjares variados». Superfluo es, oh hombre, ese temor que te acosa: pues al banquete del Creador acude y vuela toda la creación. Por eso, si te asustan la singularidad y la escasez del alimento de la Ley, que te invite y te atraiga la efusión del banquete celestial del Evangelio, que en un solo plato pone delante de Pedro, cuando iba a comer, las especies de toda la creación (Hch 10,11-16). Pues todo lo que Noé, transportador de un siglo nuevo, guardó

como semilla del siglo, todo lo que vuela y se mueve en el aire, todo lo que se engendra y vive en la tierra, todo lo que está en las aguas y se mueve, todo esto se inmola desde el cielo en el único plato de Pedro y se presenta para la cena. Si, pues, hombre, quieres recibir y comerlo todo, desdeña procurarte despensas viles.

Y nosotros, ciertamente, nos esforzamos por probarte con grandes ejemplos que, si piensas en lo de arriba, no te faltará lo carnal: pero Dios, en lugar de las insignias de su majestad, remite al que duda de sus promesas a ejemplos viles e ínfimos, para refutarte con tal examen a ti, a quien no atrajo un modelo tan grande para imitar. Considerad, dice, los cuervos, que no siembran ni siegan, no tienen despensa ni granero, y Dios los alimenta; ¿cuánto más valéis vosotros que ellos? (Lc 12,24) Con razón remite al infiel que duda al ave amiga de la guerra, compañera del furor, insaciable de sangre, y que se ensaña con los muertos mismos más cruelmente que el hierro. Pues, cuando cesa la espada, ese verdugo perversísimo se arroja sobre el cuerpo exánime, lo desgarra, lo dispersa, lo esparce, para que la sepultura misericordiosa no encomiende al reposo nada que se encuentre del cadáver.

Así el Señor, con tal ejemplo, pone de relieve la locura del que duda, que piensa que Dios negará a los hijos piadosos lo que proporciona a las aves impías; y piensan que no dará los medios de vida a los que por él dejan patria, casa, padres, hijos, cónyuges, él que concedió al recién nacido crecer y puso término al desarrollo del cuerpo.

¡Oh miserable, oh dignísimo de toda infelicidad, que, cuando se le da un reino, suspira por el pan; cuando se le regala la perpetuidad, llora por la bebida; cuando se le reviste de la gloria de la inmortalidad, se lamenta por el vestido del cuerpo! Consciente de su infelicidad de origen, no cree que pueda hacerse feliz; y, nutrido en el polvo terreno, duda que vaya a ser habitante del cielo.

Con razón, pues, añadió el Señor lo que sigue: ¿Quién de vosotros, pensando, puede añadir un codo a su estatura? (Lc 12,25) El escrutador íntimo expone los pensamientos de las mentes humanas; pues todo hombre, al desear la hermosura de su cuerpo, anhela ser alto: pero esto el hombre puede pensarlo, esto el hombre no puede obtenerlo por sí; a aquello llega creyendo, a esto no puede llegar pensando. De ahí que el Señor, conocedor del deseo humano, extendió al hombre hasta la forma de Cristo, para que fuera hermoso con toda la belleza de la medida de Cristo el que en su pequeñez era deforme, avergonzándose él mismo de ello; por eso añadió con razón: Si, pues, no podéis ni siquiera lo que es mínimo, ¿por qué os preocupáis por lo demás? (Lc 12,26) Es decir: ¿por qué, hombre, presumes cosas mayores pensando, tú que por la fe desesperas de las menores? ¿Qué hay menor que el vestido, qué mayor que el crecimiento del cuerpo? Cree, pues, que Dios puede darte el vestido del cuerpo, él, de quien la fe te promete el crecimiento del cuerpo.

Pero, como Dios ama de tal modo al género humano que a los mismos a quienes corrige con el derecho del señor al punto los consuela y aca-

ricia con halago paterno, a los que parecía haber irritado con la comparación de un ave asquerosísima los conduce al ejemplo de una flor fragante y hermosísima. Considerad, dice, los lirios, cómo crecen: no trabajan ni hilan. Pero os digo que ni Salomón en toda su gloria se vestía como uno de ellos (Lc 12,27). ¡Oh, cuánto se abaja la piedad de lo alto por amor del hombre! Pues el que podía afirmar sus preceptos con la sola autoridad, los inculca y los establece con todo el trabajo de un maestro, y el que bastaba para poner el término de su promesa en la sola fe, conduce a los oyentes a la fe en lo prometido con el ejemplo del que persuade; confirma a los que dudan con la comparación del lirio, ensalza el lirio con el ejemplo de Salomón: porque, según el testimonio del Señor mismo, entre todos los reyes del mundo Salomón resplandeció hermoso por una gloria singular, por un ornato único, y el lirio vence y aventaja en gracia a todas las flores de la tierra; y tanto dista el lirio de todo lo que brota, cuanto consta que el rey aventaja a todos en hermosura, en gloria.

Ni hemos de describir nosotros más ampliamente la belleza del lirio, cuya prerrogativa la hace singular el testimonio del Señor: pero hay que repetir, sin duda, aquello que el Señor encomendó con doble ejemplo para robustecer nuestra fe; porque el cristiano, seguro de la vida, del reino, de la inmortalidad, no debe ser acosado por la necesidad del alimento y del vestido, cuando ve que Dios ha dado tan gran gloria de vestiduras a una planta nacida hoy y que perecerá mañana. Pero así como estas cosas, por su sequedad, son

destinadas al fuego como en el horno (Lc 12,28), así son destinados a los fuegos de la muerte, a los fuegos de la gehena, los que dudan que Dios les conceda lo presente, cuando sienten ya que se les ha otorgado lo futuro.

Y vosotros no busquéis qué comeréis o qué beberéis, y no os elevéis a lo sublime; pues todas estas cosas las buscan las gentes del mundo. Pero vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de ellas. Buscad, en cambio, el reino de Dios, y todas estas cosas se os añadirán (Lc 12,29-31). Cuando se llama padre nuestro, muestra que no le falta un piadoso cuidado de nosotros: cuando nos manda buscar el reino celestial, muestra que todo se ha de añadir; indica que estará a nuestra disposición todo lo que requiere el aparato celestial.

Sermón CLXIV.

Sobre el fuego celestial, sobre la separación hecha por Cristo, y sobre la división de la Iglesia y la Sinagoga. Sobre aquello de Lucas: «He venido a echar fuego sobre la tierra», etc.

Así como a los que tienen fiebre les es siempre amarga la comida saludable, así también la palabra del Señor resulta a menudo contraria a los inexpertos; a unos y a otros, sin embargo, les sucede de otro modo: por debilidad o del cuerpo o de la mente. Hoy el Señor parece haber exasperado el oído de algunos, al decir: He venido a echar fuego sobre la tierra, ¿y qué quiero sino que se encienda? (Lc 12,49) Y más abajo: ¿Pensáis que he venido a enviar paz a la tierra? No, os digo, sino separación (Lc 12,51).

¿Y dónde queda aquello de: He aquí el Cordero de Dios (Jn 1,29)? ¿Dónde aquello: Como oveja fue llevado al matadero, y como cordero mudo ante el que lo esquila, así no abrió su boca (Is 53,7)? ¿Y también aquello: Decid a la hija de Sion: He aquí que tu rey viene a ti, manso (Mt 21,5)? ¿Y qué es esto, que este Cordero hiera tan duramente en su predicación? ¿Por qué embiste así como un carnero con su palabra quien en la Pasión calla con tanta paciencia y en la muerte sucumbe con toda humildad? Y en verdad, hermanos, Cristo entró en su mundo manso y apacible en todo: al

nacer, dulce, en nuestro germen; al ser acariciado tiernamente en la cuna, él más tierno todavía; al derramarse, pequeñito, y abandonarse en un regazo humano; al ser estrechado al cuello de su madre, y estrecharlo con todo el abrazo de la caridad. Y para nutrir con todo su afecto mientras es nutrido, recorre poco a poco todas las edades y crece: vive siempre pobre, anda siempre solitario, porque el pobre es siempre de todos; el solitario está siempre abierto a todos.

¿Y qué es esto, que esparza tanto fuego con sus palabras, que inflame y propague incendios tan grandes y tales, diciendo: He venido a echar fuego sobre la tierra? ¿Qué es? Cuando un campo, por largo descuido, se vuelve selva y se ensucia con todo el horror de una maleza agreste, siempre se abre y se limpia con el fuego de un cultivador expertísimo: el cultivador aplica el fuego con solicitud benigna, para que, quemadas las zarzas, se descubra el primer rostro del campo y se entregue libre al labrador, se haga fácil el camino al arado, la tierra largo tiempo estéril se vuelva fecunda en semilla, y, gozosísima, compense ya con fruto gozoso su largo y triste reposo. Así pues, cuando el césped judío, agotado hasta la indigencia por el arado continuo de la Ley y por un cultivo incesante, no respondió a la semilla ni al trabajo, sino que devolvió cizaña por trigo y produjo espinas con todas sus fuerzas, Cristo volvió la industria del cultivo divino hacia los sembrados de los gentiles; y, deseando limpiar los barbechos de las naciones, largo tiempo ahogados por las zarzas, el maestro supremo echa primero fuego sobre la

tierra, y todo lo que había afeado la maleza natural, todo lo que había secado el rigor del invierno, lo purga y lo consume con fuego de artífice; a fin de que los suelos, extenuados por un largo ayuno, engordasen abonados con su propia ceniza, y tras larga dureza se volviesen tiernos y blandos; y así, aptos para el cultivo evangélico, quedasen dispuestos para la semilla; y en surco dichoso diesen ya fruto del treinta, del sesenta y del ciento por uno.

Pero este mismo cultivo no es nuevo para el antiguo y celestial labrador, pues para plantar la Ley, para sembrar la gracia, siempre acostumbró servirse de la obra del fuego. Cuando iba a dar la Ley, envió delante el fuego en la zarza (Ex 3,2); pero la zarza llevó el incendio divino, no lo concibió, prefigurando ya entonces a un pueblo lleno de las espinas de la malicia e ingrato al cultivo de la Ley. Y ahora, al destinar a los apóstoles a los campos de los gentiles, los empapó de tal modo con una lluvia de fuego, y el fuego se posó sobre ellos (Hch 2,3), que pudieran secar lo húmedo, empapar lo seco, cocer lo crudo, calentar lo frío, encender lo apagado, quemar lo dañino, y, en obra diversa, con un solo y mismo fuego, cultivar para la abundancia celestial todos los desiertos de la tierra, como dice el Profeta: Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del orbe sus palabras (Sal 19,5).

Pero pasemos ya a lo que sigue. He venido a echar fuego sobre la tierra, ¿y qué quiero sino que se encienda? Pero tengo que ser bautizado con un bautismo, ¿y cómo me siento apremiado hasta

que se cumpla? (Lc 12,50) El agua apremia al fuego: hay que meditar una unión tal, tan dividida. La onda apremia a la llama, la llama multiplica la onda. ¿Qué discordia es esta, tan grande, tan concorde? Aquí, como dijimos, se representa la figura del labrador divino: pues todas las cosas germinan llenas de calor y se nutren de humedad. Por eso Dios, padre de todas las cosas, nos hace germinar y nos nutre con el comercio del fuego y del agua, él que arde, se enciende, hierve y jadea por nosotros con tan gran afecto. Tengo que ser bautizado con un bautismo. Cristo es bautizado en su propia sangre, para que todo lo que asumió de nuestra carne sea lavado, renovado y llevado a la forma entera de su divina majestad. Cristo es bautizado con el bautismo de su Pasión, él que lavó el pecado del mundo entero, que no podía ser abolido sino por aquel que había hecho el mundo.

¿Pensáis, dice, que he venido a enviar paz a la tierra? No, os digo, sino separación. ¿Por qué? Porque la unión celestial está en esta separación terrena. Nadie puede estar atado a la tierra y juntado al cielo. Sea, pues, grata y querida esta separación terrena, que de tal modo nos separa de lo terreno que nos injerta en lo divino.

Habrá, dice, desde ahora cinco divididos en una sola casa, tres contra dos y dos contra tres: se dividirá el padre contra el hijo, y el hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la hija contra la madre; la suegra contra su nuera, y la nuera contra su suegra (Lc 12,52-53). Aunque dijo que serían divididos cinco en número de una sola casa, se dividirán seis nombres: padre, hijo,

madre, hija, suegra, nuera; pero como la suegra es la misma que es madre, es cierto que en estos nombres se hallan solo cinco personas. Se dividen tres contra dos en cuanto que, juntada la esposa al esposo, la suegra, que es la tercera, quedará dividida en la casa. Así pues, esta Sinagoga en la que la Iglesia se junta a Cristo, y que es madre y suegra, permanece ya del todo dividida de su marido. Y dos se dividen contra tres de este modo: en cuanto que de este consorcio de Cristo y de la Iglesia se escinde y se divide la Sinagoga, la otra heredera, para que Cristo y la Iglesia, divididos de los herejes, permanezcan y se junten en un solo Espíritu.

Se divide también el padre contra el hijo, y el hijo contra el padre, en cuanto que el pueblo judío, que por la generación carnal de Cristo obtuvo el nombre de padre, se separa por envidia de Cristo Hijo: el padre, lleno de rencor, convierte su afecto en odio, él para quien la gloria del hijo es un castigo perpetuo, es un tormento continuo, como dice el Apóstol: De ellos son los padres, de los cuales es Cristo según la carne, el cual está sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos (Rom 9,5). Se divide también la madre contra la hija: porque la Sinagoga es la madre, de la cual por medio de Pedro y de los demás apóstoles nace la Iglesia hija, la cual, cuando mereció tener el consorcio de Cristo, rey divino, soportó a su madre como rival y como madrastra. ¿Y qué madre es para su hija lo que la suegra para la nuera? Porque esta Sinagoga madre, cuando vio que la Iglesia, la nuera, había llegado de entre los gentiles, mató

malvadamente al hijo para no ver el consorcio de la nuera: mató a Cristo, por si al menos así, furiosa, lograba extinguir el amor de la nuera. Pero de la muerte Cristo resucitó para unas nupcias enteras con la Iglesia, para probar que la caridad no se separa con la muerte, sino que crece.

Ahora bien, el Señor reprende a los que se afanan por escrutar con excesiva curiosidad el rostro del cielo, el surgir de las nubes, el curso de las estrellas, las regiones del orbe, y no se esfuerzan con ningún estudio, con ningún indicio, por reconocer el tiempo de su salvación. Hipócritas, dice, sabéis examinar el rostro del cielo y de la tierra; ¿y cómo es que no examináis este tiempo? (Lc 12,56) El ojo que se derrama pierde la luz, porque toda la visión del hombre se contiene dentro de la pupila. No te afanes, pues, por ver muchas cosas, para que te veas a ti mismo; no presumas de contemplar lo excelso, ni pretendas divisar lo lejano, porque el ojo estrecho no abarca muchas cosas, no penetra lo excelso, no alcanza a ver lo lejano, y así nada ve quien cree verlo todo. Reconoce, pues, el día de la salvación, el tiempo aceptable (2 Cor 6,2), por Cristo Jesús nuestro Señor, si quieres, desde ti mismo.

…

Sermón CLXV.

Sobre la consagración de san Proyecto, obispo de Forum Cornelii

Declaro que debo veneración a todas las iglesias, y un servicio fidelísimo; pero a servir a la iglesia de Forum Cornelii me impulsa más particularmente el amor de su mismo nombre. Pues Cornelio, de beatísima memoria, ilustre por su vida, resplandeciente en todas partes con todos los títulos de las virtudes, conocido de todos por la grandeza de sus obras, fue padre para mí: él me engendró por el Evangelio (1 Cor 4,15), él, piadoso, me crió piadosísimamente, él, santo, me formó en un santo servicio, él, como pontífice, me ofreció y me consagró a los sagrados altares; y por eso el nombre de Cornelio es para mí ilustre, venerable, admirable. El amor al homónimo me impulsa, pues, a salir con deseo al encuentro de los deseos de la iglesia de Forum Cornelii, y a consagrar pontífice, con más amor, a Proyecto, varón venerable.

Dije Proyecto, pero no abyecto, según aquello: En ti fui arrojado desde el seno; desde el vientre de mi madre tú eres mi Dios (Sal 22,11). Y en verdad este Proyecto, desde el seno de una madre humana, permaneció continuamente en el seno

de la madre divina, él que, sin conocer su propia casa, perseveró en ser morador de la casa de Dios.

Pero cómo, hermanos, desde la misma cuna subió los grados y oficios de la milicia eclesiástica, puesto que contarlo me sería largo, como dice el Señor: Edad tiene, hable él por sí mismo (Jn 9,21), por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

Sermón CLXVI.

Sobre el ayuno cuaresmal

La sencillez tiene, ciertamente, la gracia de su inocencia, tiene el fruto de su fe; el premio de la ciencia no puede tenerlo, la palma de las virtudes no puede tenerla. Una cosa es vivir para el propio ocio y la propia seguridad, otra soportar vigilias y trabajos por todos. La sencillez hace un buen ciudadano, no hace un soldado valiente: por eso aquel paga tributo, este recibe soldada y honores. El ciudadano o cede o sucumbe ante la adversidad; el soldado soporta la adversidad y la rechaza; aquel no aprendió a luchar, este aprendió a no temer; aquel siempre se guarda, este vence. Esto hemos dicho para mostrar qué distancia hay entre aquel que recibe y sigue con sencillez el sacramento de la fe cristiana, y aquel que se afana por comprender con ciencia y por conocer el misterio de esa misma fe.

He aquí el ayuno de la Cuaresma, que mañana emprende con devoción solemne la Iglesia universal: muchos piensan que, solo por afán de abstinencia, o nos fue transmitido, o el Señor lo cumplió por nosotros, y que no encierra el misterio de una inteligencia más alta, sino que fue dispuesto únicamente para castigar los cuerpos, cercenar los vicios, templar las mentes. Ahora

bien, este número cuarenta se halla tan sagrado desde los siglos, tan místico, que por una ley inviolable consta como empleado siempre para realizar las cosas divinas y llevar a cabo los mayores asuntos de Dios. Para que esto brille con toda claridad, recorramos ejemplos abundantísimos.

Cuando el mundo, en los lamentabilísimos comienzos del género humano, se ensuciaba con la nefanda inmundicia de los vicios, y apestaba entero con el horror de los crímenes, y casi pretendía oscurecer con el humo mismo de su iniquidad la tan grande claridad del cielo, se derrama durante cuarenta días y cuarenta noches una lluvia celestial para purificar la tierra (Gn 7,12): para que, como el mundo debía ya perecer por sí mismo en cuanto a lo que había sido hecho, se alegrase de haber renacido por tal bautismo, y supiese que lo que es ya no se lo debe a la naturaleza, sino a la gracia de su autor; y para que la tierra, origen de nuestro cuerpo, preludiase la forma misma de nuestro bautismo; para que la que antes producía a los hombres nacidos para la muerte los produjese ya renacidos para la vida. Atended, hermanos, cuán grande es este número cuarenta, que entonces abrió el cielo para lavar las tierras, y ahora con la fuente del bautismo abre el orbe entero para renovar a las naciones. Con razón corremos nosotros cuarenta días mediante el ayuno, para llegar a la fuente del bautismo y de la salvación.

Durante cuarenta años una lluvia panificadora alimentó en el desierto al pueblo de los judíos (Ex 16,35): no produjo de la tierra el crecimiento de la semilla por el ministerio acostumbrado,

sino que más bien ella misma hizo fluir el grano sobre las tierras; y quitó todo el trabajo de la servidumbre humana, ella que con suave rocío ofreció y trajo a los hambrientos un sustento celestial. Durante cuarenta días la exploración enviada por Dios recorrió la tierra de la promesa (Nm 13,25): para que este número sagrado llamase al pueblo israelita hacia las tierras prometidas, él que a nosotros nos llama con los cursos de cuarenta días de los ayunos y nos conduce hasta el cielo. Pues también ahora una inspección celestial explora y recorre durante cuarenta días la tierra de nuestro cuerpo, para que, vencidas y expulsadas las naciones de los vicios, la muchedumbre de las virtudes posea la región de nuestro corazón.

Y como nada hay que omitir, Moisés mismo, con un ayuno de cuarenta días (Ex 24,18), de tal modo fue purificado y vaciado del cuerpo humano, que todo entero se transformó en la gloria de la divinidad; y, todavía en la oscuridad de nuestro cuerpo, resplandecía con toda la luz de la deidad; y la vista de los mortales no podía mirarlo, a él que, alimentado largo tiempo con la sustancia de Dios, se había olvidado de todos los auxilios del alimento mortal: de donde aprendió que a los que moran ante Dios y con Dios no les faltan los sustentos de la vida. Y en verdad, hermanos, no sabe de cansancio, no puede morir aquel cuyo pan, cuya vida es Dios. Con razón mereció un hombre así sancionar la Ley, él que había dejado todo cuanto en el hombre la Ley podía apremiar. Quizá un ayuno perpetuo habría logrado esto para Moisés; pero no lo habría hecho

todavía tal, si hubiese faltado este sagrado número cuarenta.

El ayuno elevó a Elías al cielo (2 Re 2,11), y al cuerpo así purificado le asignó el servicio de un carro de fuego, para mostrar cómo sirve a los inocentes la gehena, que abrasa a los culpables: pero para que también Elías llegase a esto, recorrió antes el camino místico del número cuarenta (1 Re 19,8). Ezequiel, eximio entre los profetas, yaciendo cuarenta días sobre un costado (Ez 4,6) —hablo a quienes conocen la Ley—, al prefigurar la cautividad futura, la libera: porque este número sagrado toma sobre sí las iniquidades para borrarlas; entra en las cautividades para liberarlas; padece cadenas para soltarlas. Por eso, pues, el Señor, autor del misterio escondido desde los siglos en este número, se mantuvo dentro de ese mismo número de cuarenta días de ayuno (Mt 4,2), para que lo que había esbozado en sus criados, la Verdad misma, ya por sí misma, lo llevase a término una vez hecho y comenzado, afianzase lo tierno, completase lo incoado, y corroborase con el ejemplo lo que había establecido con preceptos; pues no habría bastado haber ordenado con palabras este misterio tan grande de un número tan grande, si no lo hubiese recomendado también con el hecho.

Y sin embargo, hermanos, desde el tiempo del diluvio nos hemos esforzado por abrir el misterio de este sacramento, sin atrevernos a tocar lo anterior, a escudriñar lo más alto, a decir lo callado, a sacar a la luz lo que, con certeza, estuvo guardado tanto tiempo: sobre todo porque veo

que para mí sería temerario y para vosotros no necesario escudriñar tales y tan grandes orígenes de las causas. Es propio de la verdadera devoción, es propio de un servicio fidelísimo, inquirir qué quiere el señor que se haga, no por qué lo quiere.

Si, pues, por tantos testimonios se demuestra que el Señor nos transmitió, bajo el misterio de un número tan grande, un ayuno de cuarenta días sencillo, puro, igual, ¿de dónde esta variedad, de dónde esta novedad, de dónde semanas ora relajadas, ora rígidas, ora sobremanera indulgentes, ora severas? ¿De dónde este uso de un ayuno destemplado, que o aflige sin perdón o suelta hasta la crápula? Es decir, ¿asignar a sus usos, por separado lo caliente, por separado lo frío, por separado los remedios de la sal, por separado los del alimento, y descuidar por completo al sazonador (conditor) de la vida? Ciertamente, quienes sazonan los alimentos del cuerpo aprendan a templar con sabiduría el pasto del alma, no sea que, o demasiado salado o del todo insípido, engendre un hastío mortal del alimento saludable. Sea igual el ayuno: y, como nos fue transmitido, guárdese para la disciplina del cuerpo y del alma. Ciertamente, el que no puede ayunar no presuma introducir novedades: reconozca más bien que es de su propia fragilidad lo que relaja, y redima con limosnas lo que no puede suplir con ayunos; porque el Señor no requiere los gemidos de aquel que así ha redimido para sí los gemidos de los pobres.

Sermón CLXVII.

Sobre san Juan Bautista predicando, y sobre hacer penitencia

Oportunamente, en el tiempo del ayuno, nos llega el beatísimo Juan como doctor de la penitencia; doctor de palabra y de obra, maestro verdadero, lo que afirma con la palabra lo demuestra con el ejemplo. El magisterio se apoya en la ciencia, pero la autoridad del magisterio consiste en la vida; haciendo lo que hay que enseñar, logra un oyente obediente. Enseñar con hechos es la única norma de la doctrina; la doctrina en las palabras es ciencia, en los hechos virtud. Aquella ciencia, pues, es verdadera, que esté mezclada con la virtud; aquella, aquella es divina, no humana, como lo prueba el evangelista cuando dice: Lo que Jesús comenzó a hacer y a enseñar (Hch 1,1). El preceptor, cuando hace lo que hay que enseñar, instruye por el oído y forma con el ejemplo.

En aquellos días, dice, vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, y diciendo: Haced penitencia, porque se ha acercado el reino de los cielos (Mt 3,1-2). Haced penitencia: ¿por qué no más bien «Alegraos»? Alegraos más bien, porque a lo humano sucede lo divino, a lo terreno lo celestial, a lo temporal lo sempiterno, a lo malo lo bueno, a lo angustioso lo seguro, a las miserias lo dichoso, a lo que perecerá lo que

permanecerá. Haced penitencia. Arrepiéntase de veras, arrepiéntase el que antepuso lo humano a lo divino, el que quiso servir al mundo, y no tener el dominio del mundo con el Señor del mundo. Arrepiéntase el que prefirió perecer con el diablo antes que reinar con Cristo. Arrepiéntase el que, huyendo de la libertad de las virtudes, quiso ser cautivo de los vicios. Arrepiéntase, y arrepiéntase mucho, el que, por no retener la vida, entregó sus manos a la muerte.

Porque se ha acercado el reino de los cielos. El reino de los cielos es premio de los justos, juicio de los pecadores, castigo para los impíos. Bienaventurado, pues, Juan, que quiso que el juicio fuese prevenido por la penitencia; quiso que los pecadores no tuvieran juicio, sino premio; quiso que los impíos entraran en el reino, no en el castigo. Y Juan cantó entonces cercano el reino de los cielos, cuando el mundo, todavía niño, iba ganando el crecimiento de sus edades. Ahora sabemos ya lo cercanísimo que está el reino de los cielos, cuando el mundo, cansado por la extrema vejez, se vacía de fuerzas, depone los miembros, pierde los sentidos, es apremiado por dolores, rechaza la cura, muere a la vida, vive para las enfermedades, proclama su desfallecimiento, atestigua su fin. Nosotros, pues, más duros que los judíos, que seguimos a un mundo que huye, que olvidamos los tiempos futuros, ansiamos los presentes, que, puestos ya en el juicio mismo, no tememos, que no salimos al encuentro del Señor que ya viene, que queremos que permanezca la muerte, no queremos la resurrección de los muer-

tos, que queremos servir, no queremos reinar, hasta el punto de diferir a nuestro Señor un reino tan grande. ¿Dónde queda aquello: Cuando oréis, decid: Venga tu reino (Lc 11,2)? Tenemos necesidad, pues, de una penitencia mayor, y la medida de la medicina debe aplicarse según la medida de la herida.

Arrepintámonos, hermanos, arrepintámonos pronto, porque ya se nos niega el espacio del tiempo, ya se nos cierra la hora misma, ya la presencia del juicio nos excluye el lugar de la satisfacción. Corra la penitencia, no sea que la sentencia se adelante: porque el Señor, en cuanto que no ha venido todavía, en cuanto que todavía espera, en cuanto que se demora, desea que volvamos a él, no que perezcamos, nosotros, a quienes siempre habló con tal piedad: No quiero la muerte del pecador, sino que el impío se convierta de su camino y viva (Ez 33,11). Volvamos, pues, penitentes, hermanos, y no temamos la estrechez del tiempo, porque el autor del tiempo no sabe de estrecheces: lo prueba el ladrón del Evangelio, que en la cruz y en la hora de la muerte arrebató el perdón, invadió la vida, forzó el paraíso, penetró hasta el reino (Lc 23,43). Y nosotros, hermanos, que no buscamos el mérito por la voluntad, adquiramos al menos la virtud por la necesidad; para no ser juzgados, seamos nuestros propios jueces: nos debemos la penitencia a nosotros mismos, para poder quitarnos de encima la sentencia.

La primera felicidad es gozar de la seguridad perpetua de la inocencia, conservar inviolada la

santidad de la mente y del cuerpo, no sentir ninguna de las inmundas manchas del mundo, no tener conciencia de culpabilidad, no conocer las heridas del pecado, poseer siempre la gracia de las virtudes, vivir siempre en la esperanza de los premios celestiales. Pero si por ventura nuestra mente ha sido traspasada por algún dardo del pecado, si la carne se hincha por el crimen, si la fragilidad humana se corrompe con la podre de los vicios, entonces aquella medicina de la penitencia, que no es para los sanos, socorra a los enfermos; acérquese el hierro de la compunción, aplíquese entonces el cauterio del dolor, pónganse entonces los fomentos de los suspiros, evapórese el ardor de la conciencia hinchada; entonces lávense con lágrimas las úlceras de la culpabilidad, entonces los cilicios limpien la inmundicia del cuerpo. Soporte, soporte la amarga cura de la penitencia el que no quiso conservar la salud debida. Para quien estima su vida, ninguna cura es dura: no le sea ingrato el médico que por el dolor lo llama de nuevo a la salud. El que conserva el crédito de la inocencia no paga el interés de la penitencia. El Señor lo declara diciendo: No necesitan médico los sanos, sino los que están mal (Mt 9,12). Y declaró quiénes estaban mal, diciendo de nuevo: No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores (Mt 9,13).

Juan llama de vuelta por la penitencia, Cristo llama por la gracia: por eso Juan anda todo él formado por la penitencia, en el vestido, en el alimento, en el lugar. Vino, dice, Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea y diciendo:

Haced penitencia. Por los desiertos de Judea, que con su esterilidad iba perdiendo el culto de la Ley, el trabajo de los profetas, la fecundidad de los padres, la cosecha de Dios, clama Juan la penitencia: por eso con razón son llamados a la penitencia los desiertos de las disciplinas, no de los hombres, no de los lugares: el clamor llama donde no asiste oyente.

Y el mismo Juan tenía un vestido de pelos de camello (Mt 3,4). Pudo tenerlo de pelo de cabra, pero no hacía falta un cilicio: sino que tomó los pelos de un animal tortuosísimo, que nada tiene de recto, nada de gracia, nada de belleza, al que la naturaleza dio al trabajo duro, destinó a una gran carga, entregó a la extrema servidumbre. Con tal vestido debía revestirse el maestro de la penitencia; para que los que se habían torcido apartándose de la disciplina de lo recto, y se habían vuelto enteramente deformes con las formas de los pecados, fuesen sometidos a las grandes cargas de la penitencia, sujetos a las duras angustias de la satisfacción, llevasen los trabajosos suspiros de la compunción; para que, enderezados y adelgazados a la manera de una aguja, entrasen por el estrecho ojo de la penitencia a las anchuras de la remisión, y se cumpliese el dicho del Señor: Un camello puede pasar por el ojo de una aguja (Mt 19,24).

Y su comida eran langostas y miel silvestre. La langosta, destinada a castigar a los pecadores (Ex 10), con razón se figura como alimento de la penitencia, para que, saltando del lugar del pecado al lugar de la penitencia, pueda volar hasta el

cielo con las alas del perdón. Esto había sentido el Profeta, que decía: Como la sombra cuando declina he sido quitado, y he sido sacudido como las langostas; mis rodillas se han debilitado por el ayuno, y mi carne se ha mudado a causa de la misericordia (Sal 109,23-24). Oyes cómo fue sacudido como langosta del pecado a la penitencia, y dobló las rodillas para cargar los pesos de la penitencia: y se añade el alimento de la miel, para que la dulce misericordia templase las amarguras de la penitencia.

Sermón CLXVIII.

Sobre la parábola de las cien ovejas

Así como el viajero experto halló el modo de entrar en las profundidades del mar y de atravesar las sendas sin camino de una vía líquida, así la Ley divina nos concedió y nos enseñó a oír algo de las palabras de Dios y a penetrar hasta el secreto del sentido divino. Por eso, soltando la balsa de nuestra mente de la orilla de la carne, entramos en el piélago de la palabra evangélica, confiando en que, soplando el Espíritu Santo, llegaremos al puerto de la inteligencia celestial. Hoy nuestro Señor elevó la esperanza de los pecadores hasta el perdón, y reprimió la murmuración de los soberbios con un ejemplo piadosísimo.

Se acercaban, dice, al Señor los publicanos y los pecadores para oírlo: y murmuraban los fariseos y los escribas, diciendo: Este recobra a los pecadores, y come con ellos (Lc 15,1-2). No menos envidiosos que soberbios, sacaban malicia de la bondad del Señor: de la piedad de Dios se volvían impíos, de la miseración de Cristo se hacían crueles, de la curación celestial tomaban dolencia, y convertían el perdón de los penitentes en culpabilidad del juez. Recobra a los pecadores, y come con ellos. Así ve el envidioso, así siente el soberbio: así entiende el avaro, así comprende

el malvado. Recobra a los pecadores. No dicen «acoge». ¿Qué había perdido el que recobra? Perdona las culpas, convierte la ira en gozo, cambia el dolor en gracia, cualquiera que encuentra lo que había perdido. Recobra a los pecadores. Recobra Dios a los pecadores, pero Dios no permite que sean pecadores aquellos a quienes recobra; el pecador, al acercarse, no viola a Dios; Dios santifica al pecador cuando se acerca. Fariseo, Cristo no recobra los pecados cuando recobra al pecador, porque Dios no es receptor del crimen, sino del hombre. Por eso el fariseo debió mirar a los pecadores no tales como venían, sino tales como regresaban. Ciertamente vieron a Pablo, a quien habían enviado como perseguidor, volver pronto como predicador.

Pero oigamos ya con qué comparación, con qué semejanza da a entender Dios su gozo por el regreso del pecador. Y les dijo una parábola: ¿Qué hombre de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se había perdido, hasta que la encuentra? (Lc 15,3-4) Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso; y al llegar a casa convoca a los amigos y a los vecinos, diciéndoles: Alegraos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido (Lc 15,5-6). Así, os digo, habrá gozo en los cielos por un solo pecador que hace penitencia, más que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia (Lc 15,7).

Siempre, ciertamente, que recuperamos lo perdido, obtenemos un nuevo cúmulo de gozos, y

nos es más grato haber encontrado lo perdido que no haber perdido lo guardado. Pero esta parábola habla y expresa la verdad de la piedad divina más que de la costumbre humana. Dejar lo grande, amar lo menor, es propio de la potestad de Dios, no es propio de la codicia humana: porque Dios hace ser aun las cosas que no son; y de tal modo sigue lo perdido que retiene lo que dejó; y de tal modo encuentra lo extraviado que no pierde lo que se guardó.

Así pues, este pastor no es terreno, sino celestial, y toda esta parábola no está figurada con trabajos humanos, sino sombreada con misterios divinos; como en seguida se ve claro por el número mismo, cuando dice: ¿Qué hombre de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas? ¿Por qué no cincuenta, por qué no doscientas, sino cien? ¿Por qué no cuatro, por qué no cinco, sino una? Para mostrar que el mayor dolor no había venido de la pérdida, sino del número. Pues la pérdida de una sola había deshecho todo el número de cien; y había reducido el todo de la derecha a la izquierda, de modo que, por la pérdida de una, también la izquierda las encerrase a todas, y la derecha no tuviese nada. El número noventa y nueve yace encerrado en la izquierda, queda sujeto, apretado, oprimido: pero en cuanto percibe y siente el aumento de uno, pasa en seguida a la palma de la derecha, llega en seguida a la corona del número cien; y si no haber tenido el número cien es cosa de dolor, ¿de qué dolor es haberlo perdido? Veis que por la pérdida de una sola oveja este pastor se había dolido de que

todo el rebaño había caído de la derecha, y había recaído entero en la izquierda; y por eso, dejadas las noventa y nueve, sigue a una, busca a una, para encontrar a todas en una, para reintegrar a todas en una.

Pero desvelemos ya el secreto de la parábola celestial. El hombre que tiene cien ovejas es Cristo. El buen pastor, el pastor piadoso, que en una sola oveja, esto es, en Adán, había puesto todo el rebaño del género humano, la había colocado entre las delicias del paraíso, la había colocado en la región de los pastos vitales: pero ella olvidó la voz del pastor al creer a los aullidos de los lobos, y perdió los rediles de la salvación, y quedó toda herida con heridas mortales. Por eso Cristo, viniendo al mundo a buscarla, la encontró en el seno de una región virginal. Vino en la carne de su natividad, y levantándola a la cruz la puso sobre los hombros de su Pasión, y gozoso con todo el gozo de la resurrección, por la ascensión la llevó y la condujo hasta la morada celestial.

Y llamó a los amigos y a los vecinos. Esto es, a los ángeles. Diciéndoles: Alegraos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido. Se congratulan y se gozan con Cristo los ángeles por el regreso de la oveja del Señor, y no se indignan de que esta presida sobre ellos en todo el trono de la majestad, porque la envidia ya había sido ahuyentada del cielo junto con el diablo: ni podía ya, por el Cordero que había quitado el pecado del mundo, penetrar en las alturas el pecado de la envidia.

Hermanos, él nos buscó en la tierra, busquémoslo nosotros en los cielos; él nos llevó a la gloria de su divinidad, llevémoslo nosotros con toda santidad en nuestro cuerpo: Glorificad, dice el Apóstol, y llevad a Dios en vuestro cuerpo (1 Cor 6,20). Lleva a Dios en su cuerpo el que no lleva ningún pecado en la actividad de su carne.

Sermón CLXIX.

Sobre la parábola de la dracma perdida

Que en todas las lecturas evangélicas se ocultan sentidos místicos y permanecen secretos de inteligencia celestial, solo lo saben los que han recibido la gracia del Espíritu divino. He aquí que, después de que el Pastor de lo alto buscó la oveja perdida del rebaño de cien, la encontró y devolvió ya al redil celestial todo el gozo de los ángeles, se presenta como figura la mujer del Evangelio: la cual, encendida una luz, busca de tal modo una dracma perdida de entre diez dracmas, que, encontrada esta, de su ganancia, de su gozo, da a luz la causa de los gozos celestiales. Pues dice así: ¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende una lámpara y barre la casa, y busca con diligencia hasta encontrarla? (Lc 15,8) Y cuando la encuentra, convoca a las amigas y a las vecinas, diciendo: Alegraos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido (Lc 15,9). Así, os digo, habrá gozo ante los ángeles de Dios por un solo pecador que hace penitencia (Lc 15,10).

¿Piensas que esta mujer es una cualquiera, o se cree con sentido humano que tuvo diez dracmas, o se piensa que perdió una por un azar mundano, o sucede sencillamente que la busca en tiempo

de noche, o que enciende la lámpara según la costumbre de nuestro uso, o es habitual que la perdió y la encontró dentro de la casa, o familiar que convoca a las amigas y a las vecinas para la alegría, cuando no se lee que, al perderla, las convocara para el duelo? Nuevo género de pérdida, y que muestra la dracma no robada, sino caída; y que habla de ella escondida en las tinieblas domésticas, y no enterrada por las astucias de extraños. Veis cuán singular es todo, cuánto pasa y sobrepasa la costumbre humana, cuánto respira y huele a un sentido divino, cuánto eleva al cielo la inteligencia de la mente, cuánto la coloca en lo alto, cuánto la obliga a encender la lámpara de un corazón elevado, y, a semejanza de la mujer del Evangelio, a buscar por las oscuridades de la lectura del Señor la dracma de la ciencia saludable.

Antes de que Cristo viniera a la oveja errante, y, gastada por sus lamentables correrías, la levantara al cielo sobre sus hombros misericordiosos, y, cargado con el piadoso animal, llegara a los rediles inaccesibles a los lobos, la mujer que tenía diez dracmas soportaba largas tinieblas, y no solo lloraba la única dracma perdida, sino que no veía las mismas nueve dracmas que le quedaban. La noche era continua para ella, era suya una oscuridad profunda y persistente; para ella la lámpara sin fuego divino no lucía para consuelo de la noche. Pero después de que el fuego de lo alto, el fuego del Espíritu Santo, se derramó sobre los apóstoles en lluvia de llamas, y encendió con todo el calor de su fuego los corazones de los mortales, no menos fríos que oscuros, la mujer, esto es, la

Iglesia, encendió su lámpara, esto es, aquella mirada interior de su corazón, esto es, como dice el Apóstol, iluminados los ojos de vuestro corazón (Ef 1,18). Encendió, pues, su lámpara, y tras el trabajo apostólico trastornó aquella casa judía, ciega por las tinieblas de la ignorancia, hasta encontrar en Cristo, de las diez dracmas, esto es, del Decálogo de la Ley, la dracma perdida. Cristo es la moneda plena de la deidad, Cristo es la dracma de nuestra redención y de nuestro precio, Cristo es el que estaba en el Decálogo de la Ley y estaba escondido, Cristo es aquel a quien también la Sinagoga tenía, y no veía, porque las tinieblas la combatían.

Las diez dracmas, hemos dicho, son las diez palabras de la Ley, de las cuales también la Sinagoga había perdido una, el Verbo. ¿Cuál? Aquella que Juan encontró el primero en la Iglesia, porque era una lámpara ardiente, como dice el Señor: Él era una lámpara ardiente (Jn 5,35), y como dice el evangelista: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios (Jn 1,1).

Que esto estaba en el Decálogo, quede ya patente. Escucha, dice, Israel: el Señor tu Dios es un solo Dios (Dt 6,4). Al no ver esto en el Hijo, la Sinagoga lo pierde en el Padre; al no creer en Cristo, crucifica mortalmente a Cristo; a la cual con razón se le dice a continuación por medio del Decálogo: No matarás (Ex 20,13). Pues al decapitar la serie misma de los mandamientos, el judío resultó homicida de Cristo antes que de la Ley; por eso también volvió todo el cuerpo del Decálogo contra Cristo. No matarás, no cometerás

adulterio (Ex 20,14): queda condenada la Sinagoga, que, unida a los dioses de los gentiles, rechazó a Cristo, el cual, dejando a un lado la potestad del que domina, descendió hasta ella con afecto de cónyuge. No hurtarás (Ex 20,15). Hurtó la resurrección del Señor la que dio dinero a los soldados para enterrar y ocultar la verdad de la resurrección (Mt 28,12-13). Nada de falso testimonio. Ella es la que buscó testigos falsos (Mt 26,59-60), para cumplir aquello: Levantándose testigos inicuos, me preguntaban lo que yo ignoraba (Sal 35,11). Y en verdad no podía entregar de otro modo al autor de la verdad, porque siempre solo la falsedad combate la verdad. Así se desploma, así cae peldaño a peldaño el que resbala y se derrumba de la escala de los mandamientos. Pues si hubiera creído que el Señor Dios es uno, no habría llegado a esta sima de ruinas.

Pero sigamos ya la lámpara de nuestra madre la Iglesia, y, caminando a la luz del rostro del Señor, lleguemos a la dracma de Cristo; y convoquemos a las amigas y a las vecinas, esto es, a las iglesias de los gentiles, no sea que ignoren que nuestra madre ha encontrado su dracma; y digamos con el Profeta: He preparado una lámpara para mi Cristo (Sal 132,17). Y oigamos de qué sirvió la lámpara: He aquí que la oímos en Efrata, la encontramos en los campos del bosque (Sal 132,6). Entraremos en su tabernáculo, adoraremos en el lugar donde se posaron sus pies (Sal 132,7). He aquí que lo que buscábamos por campos extensos y bosques dilatados, esto encontrémoslo en el Señor, esto a la luz de la lámpara de la

madre. Por esto alégrese también el cielo, porque en un solo pecador que hace penitencia ha brillado la plenitud de todo el pueblo cristiano, y toda la forma de la deidad de Cristo ha resplandecido en nuestra dracma.

Sermón CLXX.

Sobre Cristo, que por nosotros toma diversas formas, llama a los apóstoles, los envía a curar enfermedades y manda la pobreza

El bienaventurado Marcos, al referir hoy que el Señor recorrió las aldeas de Galilea, reveló su inefable piedad para con nosotros. Y recorría Jesús, dice, las aldeas de alrededor enseñando (Mc 6,6). Habéis oído cómo recorre, cómo una piedad incansable te busca por todas partes a ti y por ti. Y aquel que abarca él mismo todas las cosas, y no es abarcado él mismo por criatura alguna, entra; y se estrecha en tu cuerpo, se encierra en tus moradas. Y aquel cuya majestad atestigua la voz cotidiana de los fieles, clamando: Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria (Is 6,3), por ti recorre tus lugares, aparece, es visto y es tenido. ¿Adónde se mueve la plenitud inmóvil; adónde se acerca, o de dónde se retira aquel de quien están llenas todas las cosas? Y sin embargo va, vuelve, desciende, asciende, y a ti entero, y por ti, hombre, padece Dios, porque te quiere sin medida, te ama sin medida.

Toma apariencias, varía sus formas, cambia sus oficios: y ora, ígneo, te resplandece en la zarza (Ex 3,2), para encenderte a ti, frío por la incredulidad, con el calor de la fe; ora brilla, llameante, en

la columna celestial (Ex 13,21), para que, quitadas las tinieblas de tu ignorancia, puedas recorrer por las soledades de este mundo el camino de la ciencia saludable; ora el mismo se te convierte en columna de nube, para templar los ardientes calores de tus ánimos; ora te protege como águila con las alas de la sabiduría, y te invita al vuelo celestial, como dice Moisés: Como el águila protege su nido, y confía sobre sus polluelos, extendiendo sus alas los recibió, y los acogió sobre sus espaldas: solo el Señor los alumbraba, y no había con ellos dios extraño (Dt 32,11-12). Ora, como gallina, saca, guía, llama, recibe, protege, lleva, abriga, rodea, abraza (Mt 23,37), y, olvidada de su vuelo, desmemoriada por un tiempo de su libertad, se afana en tus aposentos, en tu polvo, para alimentarte, instruirte, formarte con nutrimentos caseros, familiares, domésticos; ora, como buen pastor, busca él solo al extraviado en los montes altísimos, él solo lo encuentra, él solo lo pone sobre sus hombros, y, para que no seas ya invadido por las mordeduras de los lobos en los pastos terrenos, te eleva y te conduce hasta los rediles celestiales (Lc 15,4-5). Así, como dijimos, toma apariencias, varía sus formas, y, para mudarte a mejor, él mismo tantas veces muda y cambia sus oficios. Y porque el enemigo había rondado largo tiempo para despedazar y devorar, ahora Cristo necesariamente ronda para reivindicarte, para arrebatarte, como dice la Escritura: Vuestro adversario, como león rugiente, ronda buscando a quién devorar (1 Pe 5,8).

Y convocó, dice, a los doce (Mc 6,7). Tras los largos tiempos de una noche tenebrosa, Cristo, nuestro día eterno, volvió a brillar en la luz con el deseado esplendor de su aurora, para ajustar significativamente sus doce horas a sus doce apóstoles. Este día lo vio con espíritu profético el bienaventurado salmista, cuando cantaba: Este es el día que hizo el Señor, exultemos y alegrémonos en él (Sal 118,24). Por eso también el Apóstol llama a los creyentes hijos de la luz y del día: Vosotros sois hijos de la luz y del día (1 Tes 5,5). Y convocó a los doce. Este número doce, por el cuatro, nos muestra y forma una cuadriga tripartita: en la cual la Trinidad entera es llevada y transportada por todo el orbe en las correrías apostólicas, para que el manso guerrero venza al diablo, el apacible vencedor doblegue la soberbia del mundo, el combatiente pacífico quite las discordias de las naciones, para que, destruido el infierno, esto es, la fosa del pecado, la larga cárcel de las almas, conduzca la cautividad del género humano, liberada, a la gloria de su triunfo. Este carro de la Trinidad lo vio con espíritu profético el bienaventurado salmista, cuando decía: Subiste a lo alto, llevaste cautiva la cautividad, recibiste dones entre los hombres (Sal 68,19). Este carro lo preparaba el Señor para sí, para su Padre y para el Espíritu Santo, cuando decía: Tomad sobre vosotros mi yugo, porque mi yugo es suave, y mi carga es ligera (Mt 11,29-30). No sabe cansarse el portador de la misericordia, el conductor de la piedad.

Que los doce patriarcas, los doce distribuidos en tribus (Gn 49), las doce fuentes del desierto (Ex 15,27), las doce piedras del Jordán levantadas de su cauce (Jos 4), fueron trazados como figura y forma del número apostólico, lo dejamos al escrutador de la Ley para que lo pruebe más a fondo, puesto que la serie de la lectura propuesta intenta descubrirnos por qué envió a los discípulos de dos en dos a predicar. Y comenzó a enviarlos de dos en dos. Los enviaba de dos en dos, para que la soledad, desamparada, no negase, como Pedro, o huyese, como Juan. Pronto cae la fragilidad humana, que, confiando soberbiamente en sí, desprecia a los compañeros, no quiere tener colega, como dice la Escritura: Y ay del que está solo, cuando caiga, y no hay un segundo que lo levante (Ecl 4,10). Y cuánto se fortalece uno con la ayuda del otro lo atestigua la misma Escritura, cuando dice: El hermano ayudado por su hermano es como una ciudad fortificada (Prov 18,19).

Y comenzó a enviarlos de dos en dos. Ni es de extrañar, hermanos, que la Trinidad, que por el número doce subió a la cuadriga tripartita, suba ahora también a una biga; para que con dos mensajeros se muestre y brille el llamamiento de dos pueblos, como dice el Apóstol: ¿Acaso es Dios solo de los judíos? ¿No lo es también de los gentiles? Sí, también de los gentiles (Rom 3,29); y para que se cumpla el vaticinio de Isaías, que atestigua haber visto al que montaba una biga, cuando oye que se le dice: ¿Qué ves tú? y respondió: Veo a uno sentado en una biga; por lo cual en seguida clama

que cayó Babilonia, y todas sus imágenes esculpidas (Is 21,7-9). ¿Quién duda, hermanos, que Cristo cabalgó en correrías salvadoras por medio de estas bigas, cuando ve que por la predicación apostólica se han derrumbado los templos, han perecido los ídolos, han cesado los mugidos de las reses y las víctimas, y los mismos altares, con el humo del incienso, se han desvanecido ya por todos los siglos? Estas bigas las había visto Habacuc cuando clamaba: Tú que montas sobre tus caballos, y tu cabalgada es salud (Hab 3,8).

Y les dio, dice, potestad sobre los espíritus inmundos. Esta es la insignia del poder divino; este el trofeo de un triunfo singular: que el saqueador mismo sea entregado ahora como botín a su propio botín, cautivo él mismo de sus propios cautivos, encadenado el diablo mismo a los que antes tuvo encadenados, de modo que quede sujeto al mando de aquellos cuya servidumbre lo había hecho antes magnífico. Con razón siente dolor, con razón gime, con razón rechina los dientes el que se ve abatido por la sentencia de los hombres, por la potestad de los hombres, él que durante tanto tiempo, con larga persuasión, se había fingido Dios ante los hombres.

Y les mandó que no llevasen nada para el camino, sino solo un bastón: ni alforja, ni pan, ni cobre en la faja (Mc 6,8). Cuando un hombre invita a los obreros al trabajo, no solo les procura lo necesario para el sustento, sino que además derrama banquetes con generoso aparato, para que el convite de una humanidad desbordante supere el peso de la obra y el trabajo. ¡Cuán inhumano

cree a Dios el que, invitado a sus obras, avanza cargado de alforja, pan y dinero, y ansioso, de modo que, obrero infiel, acude a la obra o cansado o más lento, o acaso no puede acudir! Él promete recompensas copiosas, con tantos documentos de deuda, con tantos testigos garantiza un salario abundante, ¿y tú, con espíritu impío, piensas que no te proporcionará ni pan ni vestido? Cuando no existías, te dio el ser; y todo lo que tienes, hombre, te lo dio él mismo; y cuando vivías para ti y para tus placeres, no te negó lo necesario para el sustento: ¿y piensas que al que sirve a sus poderes, a sus obras, no le concederá ni pan ni vestido? Esto mismo que llevas en la alforja, en la faja, ¿quién te lo dio? ¿Por qué sales a su encuentro para insultarlo con lo que es suyo? Sabe que eres rico.

Desiste, hombre, de tus riquezas: te basta la pobreza divina; depón los fardos de tus riquezas; el cargado no puede llegar por el camino estrecho a la obra de la mies del Señor; ven expedito, ven libre a las obras, antes de que, desnudo y despojado, obrero infiel en todo, seas arrebatado al castigo; porque, como está escrito: Al que muere no lo siguen las riquezas. Sea tu conciencia tu alforja, sea tu vida tu pan; para que Cristo sea el pan verdadero en tu vida, él que dijo: Yo soy el pan (Jn 6,35). Sea para ti tu salario el dinero, porque reclama seguro su recompensa a Cristo el que, para seguir a Cristo, desnudo, despreció lo que tenía, rechazándolo fielmente.

Sermón CLXXI.

Sobre los discípulos que comían sin lavarse las manos

Así como los rayos, cuando con terrible choque deshacen las rocas, los montes, los árboles, los techos mismos de las casas, sobrecogen los sentidos y las mentes de los hombres: así el Señor, cada vez que truena contra los fariseos, corrige y enmienda a los suyos con un temor saludable, como hoy nos enseñó la palabra evangélica: que los fariseos y los escribas vituperaron a algunos de los discípulos del Señor, porque comían sin lavarse las manos (Mc 7,2). Nadie, al oír esto, piense que los discípulos del Señor comían con las manos descuidadas y enlodadas en señal de desprecio, y que no guardaban ni honraban el decoro ni de la mesa del Señor ni del convite común: puesto que esto ni lo consiente la naturaleza, ni lo admite el afecto de la hospitalidad. ¿Quién no ofrecería en seguida agua para las manos en homenaje al que llega, quién la rehusaría en seguida, con tristeza del que la ofrece? ¿Sobre todo cuando el Señor mismo, invitado a la mesa, reprende a Simón? A mis pies, dice, no diste agua (Lc 7,44). Así pues, quiere que se haga lo que de ese modo se muestra que exige.

Pero los fariseos no buscaban en los discípulos del Señor el cuidado del cuerpo, sino los

bautismos de su superstición; ignorando el único bautismo, que el Señor había ideado no solo para lavar, sino para renovar las almas y los cuerpos; que lavase no el cuerpo para el aseo de la vida, sino la conciencia para la salvación. Esto pedía el Profeta cuando decía: Lávame más aún de mi injusticia (Sal 51,4). Es decir: ¿hasta cuándo me lavas según la Ley, y no me lavas? Lávame una vez por la gracia, a mí, a quien los innumerables lavatorios de la Ley no lavaron.

Pero que nos lo descubra la misma palabra evangélica que sigue: Los fariseos, dice, y todos los judíos, si no se lavan a menudo las manos, no comen, observando la tradición de los ancianos; y cuando vuelven de la plaza, si no se han bautizado, no comen, guardando el bautismo de copas y jarros y vasijas de bronce y lechos (Mc 7,3-4). Fariseo, ¿tú que te crees limpio, cuando todas tus cosas están contaminadas por tu banquete? En la plaza tú discutiste sobre la sangre del inocente, indagaste cómo arrebatar la hacienda del pobre, escudriñaste de qué manera entregar la libertad a la servidumbre; y estando tus entrañas impregnadas de tan gran crimen, ¿cómo te bastaría para lavarte y limpiarte el agua de fuera? Esta podrá limpiar nuestros corazones y nuestros cuerpos cuando ella misma haya sido purificada por el comercio del Espíritu Santo, para que con un ministerio visible lleve a cabo el sacramento invisible de nuestra purificación. Pero tú, judío, bautizas copas, jarros, vasijas de bronce, que, carentes por naturaleza de movimiento y de sentido, así como no conocen la culpabilidad, tampoco sienten; a

estas las honras, y a ti, por quien todo ha sido contaminado, no te limpias; estas cosas sujetas a tus usos, a tus servicios, las purificas, y a ti, sujeto a los oficios divinos, a los ministerios divinos, no te purificas.

Pero nosotros, hermanos, oigamos no lo que el Señor respondió a los judíos, sino lo que respondió a sus discípulos: Decía, pues, que lo que sale del hombre, eso contamina al hombre (Mc 7,20). Porque de dentro, del corazón de los hombres, proceden los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades; el fraude, la impudicia, el mal de ojo, las blasfemias, la soberbia, la necedad: todos estos males proceden de dentro y contaminan al hombre (Mc 7,21-23). ¿Qué extensiones de tierras, qué grandeza de ciudades, qué anchura de regiones tiene fuerza para soportar tantos adversarios, para contener tantos enemigos, para sostener naciones tan grandes, como vicios, delitos y crímenes arrebatan los sentidos humanos, como padecen los corazones de los hombres? Habéis visto, hermanos, cómo contra una sola oveja acuden especies enteras, toda la fiereza de las bestias, que se ensañan tanto más porque no pueden saciarse, salteadores de diente voraz que no pueden hartarse con la captura de una sola; que tanto más arden y se consumen porque no pueden capturarla y devorarla; cómo contra una sola paloma se lanzan tantos milanos, tantas águilas, tantos buitres voraces, un tropel tan grande de aves inmundas. Este gran número, esta multitud, la había sentido el Profeta cuando

cantaba: Me rodearon males sin número: me han alcanzado mis iniquidades, y no pude ver (Sal 40,13).

De dentro, del corazón de los hombres, proceden. Es soportable el enemigo cuando embiste las murallas desde fuera, cuando, situado fuera, cede a veces en el combate; pero el que tiene dentro al enemigo, aquel cuyo adversario se ensaña ya en sus mismos aposentos interiores, ese se comprende y se siente oprimido, ese se ve y se llora cautivo, ese no puede tomarse a sí mismo por asalto, no puede ser su propio libertador; busca ayuda ajena, busca otro defensor. De dentro salen, del corazón. Nuevo es este orden de batalla: del hombre, contra el hombre, salen naciones a guerrear; no contentas con vencer en lo oculto, con derribar en lo escondido; como si buscaran fama con la ruina del hombre.

Los judíos, que están fuera, lávense a sí mismos y sus cosas por fuera; nosotros, hermanos, limpiémonos por dentro de estas inmundicias de los vicios: venzamos en nuestras mentes, combatiendo Cristo por nosotros, a estas naciones de maldades; ahuyentemos de nuestros corazones, con el terror del nombre del Señor, a estas bestias de los delitos; rechacemos con fuerza de nuestros sentidos, con la lanza de la cruz, a estas rabias de los crímenes y a estas aves voracísimas; para que el esplendor de nuestra ciudad, la santidad de nuestro templo, el adorno íntegro y singular de nuestra casa, llame e invite a nuestro autor a habitar siempre en nosotros. Allí no pueden volver los vicios, donde Cristo mora con sus virtudes.

Sermón CLXXII.

Sobre la envidia y la hipocresía

Habéis oído hoy, hermanos, cómo el portero envidioso, al dejar fuera a los otros, se excluyó a sí mismo. Ay de vosotros, dice, legistas, porque os habéis llevado la llave de la ciencia; vosotros no entrasteis, y a los que entraban se lo impedisteis (Lc 11,52). Habéis oído, pues, cómo el portero envidioso, al dejar fuera a los otros, se excluyó a sí mismo. El fariseo había recibido las llaves no para cerrar, sino para abrir a los que deseaban entrar; pero, para que otro no entrase, prefirió por rencor quedarse él mismo fuera.

Todos los vicios, ciertamente, tienden siempre y se lanzan al daño de los suyos; pero la envidia consume siempre más a los suyos: la envidia ha sido siempre verdugo de los suyos; estira los sentidos, tortura los ánimos, atormenta las mentes, corrompe los corazones. ¿Y qué más? Quien la ha acogido soporta sus propios suplicios sin fin, porque ama tener siempre dentro de sí un torturador doméstico. ¿Qué fin de males hay allí donde el bien de uno es castigo de otro? ¿donde la felicidad ajena es tormento ajeno? Mal múltiple: cuantas son las prosperidades de los hombres, tantos son los tormentos de los envidiosos. Con los demás vicios podrá luchar el ánimo cristiano;

de la envidia, quien no huye antes de sentirla, no escapa. Ella persuadió a los legistas a no abrir la Ley, sino a cerrarla; y a no prestar la doctrina del precepto saludable, sino a negarla; a cerrar con cerrojo la fuente de la ciencia y del caudal vital, a obstruir sus riquezas en el secreto de su origen. Esta enfermedad ha de huirse con presteza, porque a los que ha tocado no les permite ya sanar.

La envidia tentó el cielo; pues allí hizo del ángel un diablo; abrasó las tierras, ella que en efecto nos cerró las delicias del paraíso con un guardián de fuego (Gn 3,24). Apremia a los reyes, pues ella empujó a Herodes a ensañarse de tal modo contra los coetáneos de Cristo, que se derramó de los tiernos miembros la sangre antes que la leche (Mt 2,16). Viola la caridad, pues hizo de Caín un fratricida, y empapó la tierra todavía inocente con el derramamiento de una sangre nueva (Gn 4,8). Devasta pueblos; pues esta hizo a los judíos, si es lícito decirlo, si la palabra lo admite, deicidas: deicidas hemos dicho, no por aquello a que llegó, sino por aquello a que tendió esta fechoría. Pues en Cristo los judíos intentaron aplastar no solo a un hombre, sino a Dios, el Hijo de Dios, matar sus poderes, cuando dicen: Este es el heredero, venid, matémoslo, y será nuestra su herencia (Mc 12,7). Pero ¿qué puede el diablo contra Dios? ¿Qué puede la envidia contra la caridad del Señor? El diablo nos escatimó la tierra, pero Dios nos regaló el cielo; el legista se llevó las llaves de la ciencia, pero Cristo otorgó por medio de Pedro las llaves del reino celestial (Mt 16,19). Y así la envidia ha quedado despojada de sus ganancias, y el hombre

se ha enriquecido por la necesidad misma de sus pérdidas.

Bien añadió, pues, el Señor a continuación, diciendo: Guardaos de la levadura de los fariseos (Lc 12,1). Porque en la levadura no hay mole de grandeza, sino de hinchazón; y el amasijo se infla con tal apariencia, no se enriquece: pues cuanto más fervientemente ha fermentado, tanto más se hincha la masa de harina, y llena toda su forma de ligereza y de hinchazón. Con razón, pues, dijo el Señor: Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. ¿Qué es la hipocresía sino una apariencia compuesta con arte, que hace una cosa en los hechos y promete otra en el rostro? Entre los fariseos se hinchaba por la ciencia, como dice el Apóstol: La ciencia hincha (1 Cor 8,1). Pues la ciencia los hinchaba para la soberbia, no los instruía para la vida; y los corrompía para la malicia, no los promovía a la prudencia. Estaba en su rostro la hipocresía, estaba en su mente la hidropesía de la envidia, estaba en su pecho una fuente sedienta, estaba un agua ardiente, que se inflamaba más y más con sus propios caudales, de modo que no apagaba la sed del que bebía, sino que aumentaba el incendio. Así, así, sirviendo la hipocresía, la envidia da siempre de beber a los suyos.

De esta enfermedad nos aparta el Apóstol, cuando nos impulsa a celebrar la santa Pascua del Señor no con la levadura vieja, ni con la levadura de la malicia y de la maldad, sino con los ázimos de la sinceridad y de la verdad (1 Cor 5,8). La verdad no conoce la hinchazón, la sencillez ignora

por completo la hipocresía. Con los ázimos de la sinceridad y de la verdad. Estos son los ázimos del corazón, estos amasados con dulzura celestial, estos sazonados con la grosura de la gracia, estos cocidos al fuego del Espíritu Santo; comiéndolos, inmolamos solemnemente para nuestra Pascua al Cordero de Dios, al Cordero que quita el pecado del mundo (Jn 1,29), nosotros, por quienes Cristo nació para el gozo entero, y fue transformado para la entera gloria.

Sermón CLXXIII.

Sobre san Juan Bautista y Herodes

El buen pastor pasa noches en vela y días angustiosos, para que ni el astuto ladrón, ni la fiereza taimada de los lobos, trame nada pernicioso, nada dañino, contra el querido rebaño. El buen pastor, como dijo el Señor: da su vida por sus ovejas (Jn 10,11). Pero también las ovejas buenas oyen con oídos atentos la voz de su pastor, siguen siempre el albedrío de su pastor, hacen toda la voluntad de su pastor. Suben las colinas, buscan lo escarpado, cambian a menudo de región: y así penetran en lugares aptos para los pastos, regados por corrientes, umbrosos, cómodos, secretos para el reposo; encuentran amenidades, y disfrutan de delicias.

Y vosotros, hijitos, porción abundante del rebaño del Señor, vestidos ya de un vellón níveo y divino, tierna cría, fecundísima de germen celestial: si por oír nuestra voz habéis llegado a menudo a lugares saludables, a pastos saludables; si por los caudales de nuestra predicación habéis templado los calores de vuestros ánimos, el ardor de vuestra sed; si bajo el amparo de nuestra doctrina habéis reposado con alguna comodidad, atended a lo que ordenamos, oíd lo que decimos, aprobad lo que hacemos; y percibid el plan de

nuestra predicación no según vuestra voluntad, sino según nuestra disposición: y ya hablemos desde este escalón, ya prediquemos desde la sede sacerdotal según lo pida el tiempo, como ovejas buenas, como rebaños queridos, prendas amadas, sin desdén, diligentes, y con toda la carrera de la fe, reuníos, acudid. Ni el cambio de lugar, tan cercano, y los espacios tan estrechos, os vuelvan perezosos o murmuradores: porque ni la oveja llega a los rediles si vaga a su capricho; ni el discípulo podrá obtener la ciencia si pretende ser enseñado según su voluntad; tampoco el enfermo podrá jamás recobrar la salud si es curado según su propio albedrío.

Pero como hoy nuestro sermón es contra un lobo furioso, empuñemos el cayado pastoral y pasemos a la lectura evangélica. Oyó el rey Herodes, dice (pues se había hecho manifiesto el nombre de Jesús), y decía: Juan el Bautista ha resucitado de entre los muertos, y por eso obran en él los prodigios (Mc 6,14). El necio cree piadosamente acerca del muerto, al que persiguió cruelmente cuando vivía. Juan ha resucitado, dice; y sin embargo, sin saberlo, confiesa que, muerto por Cristo, resucita en Cristo. Herodes, ¿qué hizo tu espada? ¿qué logró tu crueldad? ¿hasta dónde avanzó tu impiedad? ¿si, como tú mismo dices, ha vuelto a los prodigios, ha resucitado para las obras divinas el que se creía extinguido por tu furor? Juan ha resucitado, como tú mismo reconoces: aquí no perece la persona, sino la debilidad; aquí no sucumbió Juan, sino más bien la muerte a tal muerte: la pena ha sido burlada, el verdugo

queda escarnecido, la sentencia misma del miserable juez instructor ha sido engañada, la cual no destruyó al que mató, sino que lo promovió.

Juan ha resucitado de entre los muertos, y por eso obran en él los prodigios. Aunque enemigo de la Ley, por la Ley, sin embargo, había aprendido la resurrección prometida de los muertos. Y si sabía que Juan resucitaría, ¿por qué lo mató, insensato? Si sabía que por tal muerte Juan había de ser elevado a la cumbre de todo el poder divino, a toda insignia de potestad, ¿por qué se hizo autor de una muerte tan grande? Siempre tiene fiebre la impiedad, siempre la crueldad está poseída por el frenesí, el furor no sabe carecer de demencia; pues se ensaña contra sí cada vez que apunta contra otro; se castiga a sí mismo al abatir al inocente; es todo él mortal para sí cuando se muestra cruel con el justo. He aquí que Juan, como tú mismo dices, vive ya en Cristo: vuelve para tu castigo el que vino, por don celestial, para la medicina de todos.

Pero otros decían: Es Elías; y otros decían: Es un profeta, o como uno de los profetas (Mc 6,15). Al oír esto, Herodes dijo: Es Juan, a quien yo decapité; este ha resucitado de entre los muertos (Mc 6,16). Con sentido malévolo, pero veraz, se muestra él mismo testigo de su crimen, aseverador de su maldad, acusador de su fechoría. Juan, a quien yo decapité, es él; este ha resucitado de entre los muertos. Dice verdad: pues así como los suyos resucitan en Cristo, así Cristo mismo padece en los suyos; y así como el honor de la cabeza se extiende a los miembros, así el castigo

de los miembros redunda en dolor de la cabeza, en injuria de la cabeza. Juan, a quien yo decapité, es él. Este rey sabio, juez egregio, censor de las costumbres, custodio de la disciplina, vengador de la inocencia, castigo de los crímenes, dice que decapitó a Juan, calla por qué lo decapitó, para que la torpeza de semejante hecho no confundiera la potestad regia: pero el evangelista lo revela, para llevar la deshonra del que mató a la gloria del que fue muerto.

Porque el mismo Herodes, dice, mandó prender a Juan, y lo encadenó en la cárcel por causa de Herodías, la mujer de Filipo, su hermano, porque se había casado con ella (Mc 6,17). Porque Juan decía a Herodes: No te es lícito tener la mujer de tu hermano (Mc 6,18). Herodías, que por amor de la maldad se empeñó en ser mujer de dos hermanos, para violar el afecto con el afecto, y para que Herodías se asociase a Herodes, a fin de que no fueran distintos ni siquiera en el nombre los que eran semejantes en la maldad, en las costumbres y en la vida, y se unieran por el vocablo aquellos a quienes había unido la torpeza de los crímenes: esta Herodías, pues, acechaba a Juan (Mc 6,19). Herodes no vencía el ánimo de la adúltera, pero difería la abominación de la adúltera. Ella, para que no hubiera quien la reprendiera, tendía a la muerte del que la reprendía; él, para agradar a la incestuosa, cautivo él mismo, solo retuvo al justo y lo tuvo encadenado y encerrado, porque, siendo reo, no podía fácilmente dictar sentencia contra el inocente.

Habiendo llegado, dice, un día oportuno, Herodes dio una cena por su natalicio a los príncipes, a los tribunos y a los principales de Galilea; y habiendo entrado la hija de la misma Herodías, y habiendo bailado, y agradado a Herodes y a los que estaban recostados con él, el rey dijo a la muchacha: Pídeme lo que quieras, y te lo daré (Mc 6,21-22). Y le juró: Lo que me pidas te lo daré, aunque sea la mitad de mi reino (Mc 6,23). ¡Rey ingrato, inhumano, que a tan gran virtud, a tan glorioso trabajo, a tan memorable hazaña, no dio todo su reino, sino la mitad! ¿Y por qué se reservó para sí siquiera una parte, él que después de tanta gloria de su casa, después de tanta santidad de su familia, después de tal ejemplo de castidad, no debía existir, ni ser visto, ni vivir? Aquella hija del crimen, pues, no de la naturaleza, corrió en seguida no tanto a su madre cuanto a la sentina misma de su maldad; para que la que había entrado toda fluida, toda desatada, volviese volando cruel y truculenta, y, para hablar de las artes mismas, cantase una tragedia nefanda la que había representado torpísimamente una comedia.

Y ella, saliendo, dijo a su madre: ¿Qué pediré? (Mc 6,24) Y ella dijo: La cabeza de Juan el Bautista. Y entrando en seguida con prisa ante el rey, pidió diciendo: Quiero que me des en seguida en un plato la cabeza de Juan el Bautista (Mc 6,25). Y el rey se entristeció; por el juramento y por los que estaban recostados con él, no quiso entristecerla; y en seguida el rey, enviando a un verdugo, mandó traer su cabeza (Mc 6,26-27). Y él fue y lo decapitó en la cárcel, y trajo su cabeza en un plato,

y se la dio a la muchacha, y la muchacha se la dio a su madre (Mc 6,27-28). Así juzga una mente oprimida por la crápula, desatada por el vino y hundida, en cierto modo, en el naufragio entero de la embriaguez. Quiero que me des en seguida en un plato la cabeza de Juan. El germen de la serpiente pide la cabeza de un hombre, sabiendo que su propia cabeza había sido condenada por la sentencia soberana, como dice Dios: Él acechará tu cabeza, y tú espiarás su calcañar (Gn 3,15).

La extensión de la lectura nos arrastra a lo largo, y la inmensa profundidad del pasaje mismo nos lleva muy hondo. Dejemos para otro día lo que sigue, no sea que, mientras el sermón se apresura hacia el fin, pase por alto lo que ha de decirse por extenso. Esto encomendamos a la cláusula de nuestro discurso: que la serpiente corrió en vano: pues este Juan nuestro, muerto, destruyó toda la descendencia de la antigua serpiente y la extinguió con el derramamiento de su sangre.

Sermón CLXXIV.

Sobre la degollación de san Juan Bautista

De los manjares sangrientos de la cena de Herodes, de un convite tan funesto, se horrorizó y se llenó de pavor entonces la tierra, entonces el cielo, y hoy, conmigo, vuestro oído. Herodes, dice, dio una cena por su natalicio (Mc 6,21). Bien dicho cena, porque este natalicio está entregado no a la luz, sino a las tinieblas, el día en que nació un hijo de la noche, no del día. Por su natalicio, dice, dio una cena a los príncipes, a los tribunos y a los principales de Galilea. ¿Qué hizo la impiedad, siempre incauta y ciega? Convoca a todas las potestades, para tomar para sí no tanto muchos compañeros de su convite cuanto innumerables testigos de su crimen, y tener tantos árbitros de su fechoría cuantos gobernadores de la disciplina tuvo.

Y habiendo entrado la hija de la misma Herodías y habiendo bailado, dice, y agradado a Herodes (Mc 6,22). Respondió a su torpe linaje, al agradar a un padre más torpe; porque del adulterio no debía procrearse sino una torpe: la que, con pasos quebrados, con el cuerpo desatado, con la trabazón de los miembros desencajada, con las entrañas fluyendo con arte, se volvía, con toda su deformidad, más hermosa para su padre. Y en

verdad Herodes la creyó entonces suya, cuando la vio tal; pues la habría creído ajena, si la hubiera visto siquiera un poco púdica. La serpiente se ocultaba entonces en la mujer, que, reptando con pasos sinuosos, derramó con todo su cuerpo un veneno mortal, de modo que el furor hería las mentes, el veneno los cuerpos de los que estaban recostados, los hombres se convertían en bestias; ya no se embriagaban tales con vino, sino con sangre; ya no rabiosos por el pan, sino que se alimentaban de carnes humanas. A tales hombres los volvió verdaderamente tales, a quienes entonces presentó la cabeza de Juan con la sangre todavía humeante; para que se comprobase aquel cántico del salmista: Dieron las carnes de tus santos a las bestias de la tierra, derramaron su sangre como agua (Sal 79,2-3).

He aquí lo que dan a luz los convites prolongados noches enteras; he aquí lo que engendra el vino, que se compra con medida y se bebe sin medida. He aquí adónde se precipita la carne, cuando se inflama con los incendios del placer hasta la fechoría de la disolución. Pregunto: ¿por qué se la estrecha con tan grandes escuadrones? Basta la carne infeliz a sí misma, con sus propias caídas, para su ruina, como atestigua el Profeta cuando dice: ¿Por qué os lanzáis contra un hombre? ¿Matáis todos vosotros, como a una pared inclinada y a una cerca derribada? (Sal 62,4) Yacía en Herodes la carne oprimida por la crápula, cautiva de la embriaguez, la cual, con la disolución haciéndole cosquillas, y la lascivia no tanto

jugando cuanto burlando, prometería que daría todo cuanto la torpeza pidiera.

Pídeme lo que quieras, dice, y te lo daré; y le juró. Jura el miserable, al abjurar de cuanto hay de honestidad y de virtud. Pídeme lo que quieras. ¿Qué había de pedir la disolución sino la destrucción de la castidad, la muerte violenta del pudor, la muerte de la santidad, siempre contraria a ella? Quiero que me des en un plato la cabeza de Juan. Si la cabeza del varón, según el Apóstol, es Cristo (1 Cor 11,3), ya entonces, con boca nueva, la antiquísima serpiente tendía a la muerte de Cristo el Señor. Quiero que me des en un plato la cabeza de Juan. Ya entonces el dragón ávido, sediento, saboreaba en la cabeza del siervo la Pasión del Señor. Quiero que me des en un plato. ¿Por qué en un plato, por qué llevas preciosamente a quien matas vilmente, sino porque preciosa a los ojos del Señor es la muerte de sus santos (Sal 116,15)? Esto mismo que quieres no lo haces como tú quieres, porque un designio de lo alto te mueve de otro modo que como quieres. En aquel antro entonces funesto, no palacio de rey, la rabia feroz creyó tener su pasto cuando vio la cabeza del mártir; sintió tener su bebida cuando, sedienta, contempló el licor de la sangre sagrada; se esfuerza e intenta engullir el plato de su crueldad con toda la boca, con todas las fauces.

Pero Juan vino, puesto en alto, como lámpara sobre el candelero, para ahuyentar las tinieblas, como dice el Señor: Él era una lámpara que ardía y brillaba (Jn 5,35). Vino Juan, como juez resplandeciente en el tribunal, para que el que reprendió

el adulterio expusiera y condenara al homicida; y el que, viviendo piadosamente, había llamado a la penitencia al incestuoso, lo había reservado para el perdón, condenase, muerto, también el homicidio. ¿Qué perdón, pregunto, merece el que en la muerte de Juan mató tan cruelmente a la penitencia misma?

En vano corristeis, Herodes y Herodías, nombres asociados no por el afecto, sino por el crimen, que muy neciamente creísteis que se podía interceptar la voz. Yo soy, dice, la voz del que clama en el desierto (Jn 1,23). La voz no puede ser matada, sino que clama más, librada de las estrecheces del cuerpo. Así la voz de Abel, derramada ya en su sangre, suena más, penetra más, llega más hasta el cielo (Gn 4,10). Así ahora Juan clama por todo el orbe, por todos los siglos cuenta a todos vuestra fechoría, y lo muestra entre las naciones.

He aquí que Juan se gloría de tener por cabeza a Cristo, él que se creía condenado en su cabeza. He aquí que en el día en que tú acabaste el tuyo, él se ganó su natalicio del cielo: porque cuando tu orto se hundió en el fin, entonces su fin surgió en natalicio. Porque el justo comienza a vivir cuando merece ser muerto por Cristo; por esta muerte la vida del mártir es trasladada, no arrebatada; más brilló por la muerte el que murió para vivir eternamente. He aquí que tú yaces en la muerte, Juan vive, muerto. Tú perdiste la púrpura teñida de múrice; Juan, revestido de su sangre, se gloría siempre en una púrpura resplandeciente. Tus convidados se hacen ahora partícipes en los castigos; Juan se alimenta en la mesa celestial con

los coros de los ángeles. Él oye continuamente la sinfonía celestial, tú oyes siempre el gemido y el rechinar del infierno. Él, entregado como precio de tu meretriz, de tu bailarina, es ahora honrado con un reino, ahora con premios celestiales; tú has recibido el salario de tu sentencia con tu hija en el Tártaro.

José dejó su vestido cuando huía de la adúltera (Gn 39,12); Juan, por no ver a la adúltera, arrojó hasta su mismo cuerpo. José, por no cometer adulterio, aceptó de buen grado la cárcel; Juan, por reprender el adulterio, cambió el desierto por la cárcel. José, al revelar sueños, escapó de la muerte; Juan, por revelar al Hijo de Dios, aceptó también la muerte. José, al preparar el pan temporal, mereció un collar de oro, y honra; Juan, por mostrar a los creyentes el pan celestial, mereció por su sangre el collar del martirio.

Con razón este Juan es mayor que todos entre los nacidos de mujer (Mt 11,11), él que no solo reprendió a las adúlteras, sino que también pisoteó, por amor de la virginidad, el consorcio lícito de las mujeres. Y si Juan, tan grande, Juan, tal como era, separado de las mujeres por un desierto tan grande, no escapó de los peligros de las mujeres, ¿quién es el que, viviendo entre mujeres, confía en escapar sin un trabajo grandísimo, sin una cautela grandísima, sino aquel que es alimentado por el Espíritu Santo? El cual, con el Progenitor y el Nacido, dispone a una todos los siglos por todos los espacios del tiempo.

Sermón CLXXV.

Sobre Marcelino, obispo de Vicohabentia, y sobre el parto de santa María Virgen

Los comienzos de todas las cosas son, ciertamente, duros, pero más duros que todos son los comienzos de quien engendra. La santa iglesia de Rávena, para dar a luz por primera vez, hizo camino, soportó angustias, sintió dolores. Y esto hizo, hermanos, para guardar el orden del parto divino por toda la senda de la verdad: pues la Virgen madre, para dar a luz al primogénito de toda la creación (Col 1,15), recorrió el camino de toda su patria; así fue consagrado el parto virginal, así el nacimiento de los primogénitos. Y necesariamente, hermanos, el Camino es engendrado en el camino. Yo soy, dice, el Camino (Jn 14,6); para que quedase excluido todo acceso del error, y el viajero se dirigiese por fin al cielo, él que largo tiempo había soportado en vano los sudores y los trabajos del camino terreno.

Y sucedió en aquellos días, dice el evangelista, que salió un edicto de César Augusto, para que se empadronara todo el orbe (Lc 2,1). Y subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David que se llama Belén, por ser de la casa y familia de David, para empadronarse con María, su mujer desposada, que

estaba encinta (Lc 2,4-5). Y sucedió en aquellos días que se cumplieron los días del parto, y dio a luz a su hijo primogénito (Lc 2,6-7).

Quisiera decir aquí algo de un dolor. ¿El Señor de todos acude a obedecer el edicto del César, y de un pagano, y algún siervo todavía resiste irreverentemente al decreto del bienaventurado Pedro, al decreto del príncipe cristiano? Pero, como ni lo próspero ha de mezclarse con lo adverso, ni lo triste con las alegrías, dejando esto a un lado, proclamemos la alegría del vástago de hoy. Tenga ahora el nacido, el que nació primero, la reverencia del primogénito, y conserve también su honor: Marcelino se ha llevado y ha conquistado hoy todo el afecto de un parto de la casa. Rodean los hijos, están presentes los allegados, concurre todo el parentesco, exulta toda la familia, y hasta los aposentos interiores de la casa danzan y se alegran: porque han merecido ver con sus ojos, recibir en sus manos, hoy por primera vez, el parto y la prole de su santa progenitora. También la progenitora misma, esposa, madre y virgen, en la misma alcoba de su unión, se maravilla con nueva alegría de haber engendrado.

Pero que a nadie turbe, que a ninguno inquiete, que se vea que la esposa misma ha dado a luz en el mismo tálamo: tal concepción no viene del crimen, sino de la virginidad, ya que en tal vástago el parto es celestial, no humano: ni hay aquí lugar alguno para una sospecha siniestra, donde el esposo mismo es tenido por testigo y custodio de su esposa. Quienquiera que estés inquieto por el hecho, quédate del todo seguro con el ejemplo

más grande, y que el temblor del que te precedió te aproveche para tu cautela y defensa. Aquel José, marido solo de nombre, esposo en la conciencia, mira fluctuante y angustiado a su esposa encinta, porque no podía acusar a la inocente, ni acusar a la encinta; callar no era seguro, hablar era peligro. El acusador de la inocente comete crímenes, no los descubre. Él mismo era testigo de su castidad, era custodio de su pudor: una cosa sabía, otra veía; lo confundía la vista a él, a quien no confundía la fe de la Virgen: su conducta y su vida en una encrucijada; su mente justa y su ánimo santo son atormentados por un pensamiento dudoso; percibe, pero no puede penetrar un misterio tan grande, porque ni podía acusar, ni era capaz de defenderla ante los hombres.

Con razón le sale al punto al encuentro un ángel, con razón le llega al punto en socorro una respuesta divina, a él, en quien, al faltar el consejo humano, no faltó la justicia. ¿Y qué dice? José, hijo de David, no temas (Mt 1,20). El que nada había hecho, ¿qué temía? Temía, porque, aunque no había culpabilidad alguna en el hecho, había en la causa grandísimo pavor. El ánimo santo se llena de pavor ante todo lo que no alcanza. Guárdate, pues, hombre, de disputar de tal modo sobre el parto de nuestra madre, puesto que basta con que el ángel haya respondido: No temas recibir a María tu cónyuge; porque lo que en ella ha nacido es del Espíritu Santo. Dichosamente da a luz la que, dando a luz, conquistó más y más la corona y la gloria de la virginidad.

Pero este que hoy nos ha nacido siempre tendió las redes en el mar. Nadie se extrañe, pues, de que Pedro haya deseado tener por colega a un pescador. Orad, pues, hermanos, para que merezca pescar hombres el que hasta ahora se afanó en capturar peces para la vida de los hombres.

Sermón CLXXVI.

Sobre el ciego

Cada vez que Dios cura los padecimientos desesperados de los cuerpos humanos, otras tantas despliega el poderío de su deidad: pero en una y la misma enfermedad, cuando cambia el orden de su curación, nos hace escudriñar más a fondo las causas por las que lo hace. Pues al ciego que estaba sentado junto al camino le devolvió la vista con una sola orden (Mc 10,46-52); al otro, ciego de nacimiento, nacido no para la luz, sino para las tinieblas (Jn 9,1-7), a quien la naturaleza había escatimado la vista, y a quien la misma naturaleza, que prepara y abre los ojos, había cerrado y negado los ojos, Cristo le aplica barro, y con un colirio material modela, hace, procura los ojos, no los restaura, para suplir al hombre, con mano que crea, no que cura, la luz de aquello de que había hecho al hombre entero. Pero este ciego, cuya curación nos refirió el evangelista Marcos, es sanado de un modo tan nuevo que obliga a todos a indagar por qué una ceguera contumaz se atreve así a hacer esperar a su autor, a cuyo asentimiento, mirada y mandato perecen las enfermedades, vuelven las saludes, nace la vida, acaba la muerte, todas las cosas se mantienen, todas se desvanecen.

Llegó, dice, Jesús a Betsaida, y le traen un ciego, y le rogaban que lo tocase; y tomando de la mano al ciego, lo sacó fuera de la aldea (Mc 8,22-23). ¡Como si no hubiera podido curarlo en el lugar, o hubiese necesitado el favor de un lugar, él que dio la vista a todos! Esta es la Betsaida cuya incredulidad reprocha el Señor, diciendo: Ay de ti, Corozaín, ay de ti, Betsaida: porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los prodigios que se han hecho en ti, hace tiempo que habrían hecho penitencia en cilicio y ceniza (Mt 11,21). Así pues, tomándolo de la mano, lo saca de la casa de la infidelidad, lo levanta del asiento de la incredulidad, para dar la fe antes que los ojos, para devolver la salud a la mente antes que al cuerpo, para prestar el servicio de una guía humana antes de obrar la insignia del poder divino. Ellos rogaban que al menos lo tocase: pero Cristo, que no sabe sentir horror del pobre, sabe amar al pobre, dio al pobre la mano entera, y Dios prestó a la invalidez un servicio público, para que el hombre no sienta horror del hombre, y el que ve mire al que no ve, y con mano que guía haga que el ciego no conozca la orfandad de la luz: no diga el hombre: «Mi mano no tiene qué dar al pobre»; dé la mano misma al pobre, y será más haber dado al pobre la mano que una moneda, haber ofrecido al pobre el camino que haberle dado al pobre un pedazo de pan.

Y lo sacó fuera de la aldea, y escupió en sus ojos. Con la saliva del Señor llena las cuencas vacías de los ojos, con boca divina da una saliva portadora de luz, para que una gota de rocío santo

bautizase los ojos del pecador, para que el perdón abriese los que había cerrado la culpa. Nadie dude, pues, de que los miembros mortales, del todo secos, pueden revivir con la lluvia divina, cuando ve que unos ojos resecos por la ceguera son así de pronto levantados a la luz por una pequeña gota de la saliva del Señor: Se levantarán, dice Isaías, los muertos, y resucitarán los que están en los monumentos, y se alegrarán los que están en la tierra (Is 26,19). ¿Cómo? Porque el rocío que viene de ti es salud para ellos; lo que la lluvia es para la semilla, eso es la lluvia del Señor para los que han de resucitar.

Y le impuso las manos. Al hacer, al reparar, al componer al hombre, las manos sanadoras del Señor asisten siempre a los hombres. Tus manos, dice, me hicieron y me plasmaron (Sal 119,73). Y le preguntó si veía algo. Pregunta como hombre, obra como Dios. El que ve lo escondido de las tierras, el que contempla lo oculto del corazón, aquel para quien está desnudo todo lo que para todos está cubierto, ¿busca ver en su propia obra, en sus propios ojos, se afana por saber, conoce por el informe de otro? De ningún modo. Sino que pregunta para que los presentes supieran, y los futuros conocieran, que la curación de esta ceguera no era simple, sino mística.

En efecto, el que era curado respondió, al preguntarle el Señor, que se le había dado hasta entonces no la luz, sino una especie de aurora y una luz que despuntaba: Veo, dice, a los hombres como árboles que andan (Mc 8,24). Para unos ojos imperfectos las formas se agrandan, las apa-

riencias se turban, las cosas mismas engañan, porque todavía no captan la visión, sino que soportan aún la sombra de la visión. ¿Y por qué, sin embargo, como árboles, no como columnas, u otra cosa, y no de pie, sino andando? Porque tras la curación de Cristo había visto que los hombres pasan como árboles en este mundo, que no permanecen; el que ha sido curado por Cristo ve en seguida que la plantación del germen humano en esta vida es temporal. Hay que repetir, pues, la curación de Cristo, para que los ojos perfeccionados vean lo futuro, lo cierto, lo permanente y lo eterno. De nuevo, dice, le puso las manos sobre los ojos, y comenzó a ver; y quedó restablecido, de modo que veía claramente todas las cosas, y lo envió a su casa, diciendo: Vete a tu casa, y si entras en la aldea, no se lo digas a nadie (Mc 8,25-26).

Ábrase ya la inteligencia espiritual, para que conozcamos quién es este ciego, y por qué no viene por sí mismo, sino que es traído por otros, y es conducido por la mano de Cristo, y es sacado fuera de la aldea, y recibe la vista en otro lugar, él que largo tiempo había soportado entre los suyos su larga orfandad: y escupió en sus ojos, y se repite la imposición de la mano divina, y a aquel a quien se le da ver fuera de la casa no se le concede decir a los suyos qué vio, cómo vio, por quién vio. Hermanos, este ciego es el judío, que en la Sinagoga, esto es, en la casa de la incredulidad, y en la aldea, esto es, en la asamblea de los malignos, estaba retenido en la ceguera de la ignorancia, y estaba sentado, oprimido. Por eso no venía él a Cristo, sino que Cristo vino a él, y le tomó la

mano, para que se gloriase de haber sido curado por don del que llama, no por beneficio de la Ley, no por su propio albedrío. Lo saca fuera, para que en la Iglesia vea la luz de la fe por la libertad de la gracia, él que bajo el velo de la Ley nada veía.

Le impone primero la mano, para que vea pasar la sombra de la Ley; para que vea pasar como árboles a los sacerdotes, a los escribas, a los fariseos y toda la figura de la observancia judía, que, como están en el tiempo, así con el tiempo envejecen, nacen, verdean, florecen, fructifican, perecen, se desvanecen. De nuevo le impone la mano, para que, levantándose, vea ya no lo caduco, sino lo eterno, y vea cuanto hay de luz, de honor y de gloria divina: como aquel gran Pablo, de entre ellos, que fuera de la aldea y en el camino cayó judío, para levantarse cristiano (Hch 9,4); y fue cegado en la Ley, para ver en la gracia, como él mismo declara: Ahora vemos en un espejo y en enigma; pero entonces veremos cara a cara (1 Cor 13,12). Entonces, cuando lo que ha sido sepultado en la muerte resucite en la vida, y todo lo que ha sido sembrado en la ignominia resucite en la gloria (1 Cor 15,43).

Apéndice

Apéndice, sermón VI. Sobre las palabras del Evangelio, Mateo 17: «Esta clase no se expulsa con nada, sino con la oración y el ayuno»

Las armas que el Señor nos mostró contra la maldad de los demonios debemos ciertamente conservarlas. Esta clase, dice, no se expulsa con nada, sino con la oración y el ayuno (Mt 17,21). Cuando se practican con fe plena, es piedad. Y la piedad es útil para todo, pues tiene la promesa de la vida presente y de la futura (1 Tim 4,8). Consideremos, pues, con provecho los frutos de la oración y del ayuno, porque ellos mismos son las armas contra los pensamientos perversos. El ayuno purifica la mente, eleva el sentido, somete la carne al espíritu. El ayuno hace el corazón contrito y humillado, que Dios no desprecia (Sal 51,19). El ayuno disipa las nieblas de la concupiscencia, extingue los ardores de las pasiones, enciende la verdadera luz de la castidad. El ayuno no ama la verbosidad, juzga la superfluidad de las riquezas, desprecia la soberbia, recomienda la humildad, concede al hombre entenderse a sí mismo, lo que es, débil y frágil; y al entenderse así flaco, busca y recibe más adecuadamente la ayuda del poder de Dios, y la busca por medio de frecuentes oraciones y súplicas.

La oración, ciertamente, es el refrigerio de los ayunos, y atrae la gracia del Espíritu Santo. La oración ablanda la dureza del corazón, templa la austeridad, endulza el ayuno. Pues así como sin bebida no hay refrigerio completo, así también el ayuno sin la oración no puede alimentar perfectamente el alma. ¿Y qué es la oración sino la ascensión del alma de lo terreno a lo celestial, la búsqueda de lo de arriba, el deseo de lo invisible? Apártese la discordia de las costumbres mundanas, que oprimen cada día la mente humana. La oración es unión con el Espíritu Santo: si es que en la oración está atento el ánimo, como clama el Profeta: Mi alma tuvo sed de ti, de cuántos modos mi carne de ti (Sal 63,2). Y lo que ha de desearse con sed se dice a continuación: para ver tu poder (Sal 63,3). Creedme: si el alma de sustancia humana tiene plenamente sed de ver el pleno poder de Dios, y no disimula vencida por el hastío, será colmada de grasa y de grosura espiritual (Sal 63,6): y, sedienta de aquella visita de Dios, clamará con su propio sentido, con fe: Mi alma se adhirió en pos de ti, tu diestra me sostuvo (Sal 63,9).

El ayuno quita la inercia, aparta del ánimo los estorbos carnales. Pero la oración perseverante une a Dios, y así, gozosa, se gloría de estar en presencia del Señor. Y el alma adherida al Señor comienza a tener seguridad y libertad; no sufre pavores ni temores. Y recibido tan gran patrocinio de la diestra de Dios, ¿cómo podrá ser dañada por potestad alguna, puesto que está escrito que

nadie la arrebata de la mano del Padre (Jn 10,29)? Esto otorga el ayuno, esto otorga la oración.

Apéndice, sermón VII. Sobre las palabras del Evangelio, Juan 14: «Mi paz os doy, mi paz os dejo»

Es voz del Señor, hermanos carísimos: Mi paz os doy, la paz os dejo (Jn 14,27). Antes de hablar de la paz, veamos primero cuáles son los bienes de la paz. La paz es serenidad de la mente, tranquilidad del ánimo, sencillez del corazón, vínculo del amor, consorcio de la caridad. Ella es la que quita las rivalidades, reprime las guerras, contiene las iras, pisotea a los soberbios, ama a los humildes, aplaca a los discordes, concilia a los enemigos, es grata a todos. No busca lo ajeno, nada considera suyo; enseña a amar la que no sabe odiar. No sabe ensalzarse, no sabe hincharse.

Así pues, el que la recibió, consérvela; el que la perdió, búsquela de nuevo; el que la dejó escapar, indáguela: porque el que no haya sido hallado en ella es repudiado por el Padre, desheredado por el Hijo, y no menos se hace extraño al Espíritu Santo. Pues rechaza el don ofrecido el que ha despreciado el bien de la ley dada; ni podrá llegar a la herencia del Señor el que no ha querido observar el testamento. No puede tener concordia con Cristo el que quiere estar en discordia con un cristiano. Es, pues, crimen de contumacia despreciar lo que se manda, rehusar lo que se prescribe, apartarse de lo que se ordena.

¿Qué tienes tú en común con la discordia, cristiano? ¿Por qué amas las rivalidades, cosa que no pudo agradar al autor de la paz? ¿Por qué ejercitas enemistades, de las que no pudo escapar ni siquiera el que primero las inventó? Pues al principio, al desplegar enemistades contra el primer hombre plasmado, la serpiente es muerta; al tener envidia del hombre, ella misma es derribada; al desear engañar a Adán, ella misma es la primera degollada. Por tanto, o abraza la caridad de Cristo, cristiano, o reconoce que, por la semejanza de tus obras, eres igual al autor de la discordia.